



# POLVO EN EL CIELO

DANIEL CANTOS PARDO



Lectulandia

2071. El mundo es distinto ahora, pero los errores son los de siempre.

El antiguo equilibrio de fuerzas global es cosa del pasado. EE.UU. ha desaparecido. China y la India se han erigido como las principales potencias mundiales junto a Europa que, ahogada por la crisis económica y con la necesidad de hacer frente a la Coalición Asiática, se ha reinventado a través del Neocapitalismo a costa de sus propios ciudadanos. Las religiones tradicionales han sido sustituidas por la Casa de la Conciliación, una amalgama de todas ellas que sirve a los intereses del Estado. La libertad política ya no existe, la libertad religiosa ya no existe, la libertad de pensamiento ya no existe. La libertad ya no existe.

En este contexto tres vidas discurren en paralelo sin saber que podrían cambiar el curso de la historia; Benjamin, un joven publicista en el momento más dulce de su carrera; Emily, alto cargo del Gobierno decidida a cambiar las desigualdades del sistema; y Seymour, un niño que amenaza con desestabilizar los cimientos de la nueva Fe.

Los errores son los de siempre, pero el mundo es distinto ahora.

**Lectulandia**

Daniel Cantos Pardo

# **Polvo en el cielo**

**Polvo en el cielo - 1**

ePub r1.0

Titivillus 07.01.18

Título original: *Polvo en el cielo*  
Daniel Cantos Pardo, 2017  
Diseño de cubierta: Alberto Gómez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota del autor

Quisiera dedicar esta página de mi primera obra a reconocer a todos aquellos que me han tendido la mano en el largo, pero increíblemente satisfactorio, proceso de elaboración de *Polvo en el Cielo*.

En primer lugar, me gustaría expresar mi agradecimiento a Alberto Gómez, de Azote Estudio Creativo, por la maravillosa portada que ha elaborado para esta novela. Asimismo, quiero extender dicho agradecimiento a Raúl Albert, Germán Maroto y Francesc Giménez, pues su ayuda durante el desarrollo y corrección de este proyecto ha resultado inestimable. Gracias a todos, amigos.

Además, no puedo acabar sin dedicar cada una de las páginas que componen esta obra a dos personas que significan mucho para mí.

En primer lugar, a mi madre, Tina, la persona más fuerte que he conocido en la vida y la que, con todo su esfuerzo, me ha convertido en lo que soy. Gracias por cada gota de sudor que derramaste por mí, por cada consejo y cada sonrisa.

Como no podía ser de otra manera, estás páginas también van para ti. Estuviste ahí desde antes que la primera palabra de *Polvo en el Cielo* saliese de mi cabeza y, ya entonces, creíste en mí. Para ti, Marian, mi compañera en todos los sentidos que tiene esa palabra, y en los que nos atrevamos a inventar para nosotros.

## Porque soy quien soy

Jarko Torvalds fumaba un grueso puro mientras contemplaba, a través de la ventana de su despacho, la quietud de las hojas en los árboles plantados frente a la sede de las Naciones Unidas en Ginebra. Torvalds estaba inquieto, nunca había imaginado que pasaría a los anales de la historia y menos por una causa tan innoble. Apenas podía creerlo. Tenía la certeza de que los miembros de la Asamblea General le esperaban ansiosos en la Sala de los Derechos Humanos, pero no le importaba. El mundo estaba en shock y él no era una excepción. Necesitaba prepararse para lo que estaba a punto de hacer y había decidido tomarse el tiempo que fuese necesario.

Después de contemplar como el humo de la gran calada que le había dado a su Davidoff alcanzaba el techo sus ojos se fijaron de nuevo en los árboles que se erguían afuera. Le recordaban a los tupidos abedules con los que jugaba en su Finlandia natal cuando solo era un niño. Por aquel entonces se pasaba horas recorriendo un bosquecillo cercano a su casa. En invierno le gustaba golpear con los pies o los hombros los árboles hasta que un buen montón de nieve se desprendía de una de las ramas y le caía, espesa, sobre la cabeza. Recordar aquella sensación helada de la nieve virgen colándose por el cuello de su jersey y las reprimendas de su madre le hicieron sonreír por un leve instante. Ahora él era un hombre adulto, ella había muerto hacía tiempo y el Mundo se había vuelto loco diecisiete días atrás. Torvalds clavaba su mirada en los árboles pensando que ellos eran lo único apacible que quedaba en la Tierra. Tenía miedo de apartar la vista, un miedo irracional a hacerlo solo durante un instante para descubrir después que habían sido arrancados por el viento, un violento y abrasador viento nuclear.

Cuando el fuego de su puro casi le quemaba los dedos, Jarko Torvalds decidió definitivamente salir de su despacho y enfrentarse a la situación que le sobrevenía sin remedio. Miró una última vez a través de la ventana, apagó su puro contra el cristal, la abrió y lanzó la colilla a la calle. Se dio un segundo para respirar cuando su mano agarró el pomo de la puerta y, sin más, lo giró para salir de la estancia.

Los pasillos del edificio habían sido decorados con retratos de algunos de los grandes personajes del pasado siglo; Mahatma Gandhi, Martin Luther King, La Madre Teresa, Vicente Ferrer y Lev Walesa entre otros. Torvalds se preguntaba qué pensarían ellos acerca de todo lo que había ocurrido y de que alguien hubiese tenido la idea de colgarlos allí como si fueran un trofeo de caza mayor, como si pudiesen resolver la locura que los hombres del presente habían desatado.

Los miembros de la Asamblea General Extraordinaria de la ONU se fundieron en un silencio sepulcral cuando Jarko Torvalds entró en la Sala de los Derechos Humanos. El hombre se dirigió al estrado y sintió que estaba recorriendo la Milla Verde. Las estalactitas multicolor que colgaban del techo apuntaban hacia él como cuchillas amenazantes. Torvalds las miró de reojo un par de veces, tenía la sensación de que se le iban a venir encima de un momento a otro. Después de lo que le pareció

*una eternidad por fin llegó a su destino y se preparó para dirigirse a los asistentes. Cuando levantó la vista contempló las butacas vacías de los representantes de China e India. No le sorprendía. Se decidió por fin a hablar.*

*—Damas y caballeros, representantes de las grandes naciones y estados miembros de la Organización de Naciones Unidas. —Las palabras se le clavaban en la garganta—, comparezco hoy ante ustedes como presidente de la Asamblea General, y lo hago con gran pesar. La infamia ha inundado nuestro Mundo. Como todos saben, hace hoy diecisiete días, el 23 de octubre de 2041, China e India lanzaron un ataque devastador y sin previo aviso contra los Estados Unidos de América. Más de medio millar de detonaciones nucleares se sucedieron sobre suelo norteamericano entre las cuatro cuarenta y uno y las seis y veintisiete, hora de la Costa Este.*

*Un par de sollozos se elevaron sobre el silencio de hemiciclo mientras Jarko intentaba recomponerse.*

*—Se calcula que más del noventa por ciento de la población murió con las explosiones, y el resto sucumbió a los pocos días por los efectos mortales de la radiación. Canadá se vio obligada a cerrar sus fronteras como medida de seguridad. El norte de México ha sido afectado por la radiación, por lo que las autoridades han decidido retrasar la frontera cuarenta kilómetros al sur y, de igual manera, clausurarla. —Torvalds aún no se creía lo que estaba a punto de decir—. La totalidad de la población estadounidense se considera... exterminada.*

*Los susurros en la sala se convirtieron en llantos entrecortados. El eco acrecentaba la sensación de desesperanza.*

*—Este ha sido el mayor y más cruel genocidio de la Historia de la Humanidad y las consecuencias son, por el momento, inimaginables. Puedo asegurarles que hoy es el día más triste de mi vida. Lo que les voy a decir ahora no es producto de la cobardía, si no de la precaución. Hace dos días, los representantes de India y China hicieron una exigencia a esta organización y amenazaron con repetir su brutal asesinato de masas si no era cumplida. Creo firmemente que el Mundo no debe arrodillarse ante la tiranía, pero he reflexionado mucho y también entiendo que, como alguien dijo una vez, los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. En verdad les digo, damas y caballeros, que espero no morir hasta haber visto a los responsables de esta masacre mundial pagar por sus crímenes, si es que existe manera de que puedan hacerlo. No obstante, en este funesto día, es mi deber para garantizar la integridad y seguridad del resto de estados del planeta, anunciar la disolución inmediata e irrevocable de la Organización de Naciones Unidas.*

Historia novelada de la Gran Crisis, Vol.1. Cap.3.  
Gran Biblioteca de la Federación Europea. Munich.

\* \* \*

Cuando Benjamin Bryar alzó la vista para contemplar por primera vez el enorme rascacielos de las oficinas centrales de G-Corp no tenía ni la menor idea de que estaba a punto de tomar la decisión que le llevaría inexorablemente a morir. El viaje había sido tedioso, no por la escasa hora de vuelo desde Heathrow hasta Ginebra, si no por todo el papeleo que lo había precedido. El país había abandonado el Pacto de Schengen hacía veinticinco años, cuando se formó la Federación Europea, casi un lustro después de la devastación de los Estados Unidos. Desde entonces entrar se había convertido en una misión prácticamente imposible. Pese a que el Departamento de Recursos Humanos de G-Corp había conseguido que las autoridades Suizas permitieran la tramitación de su visado de estancia temporal, Bryar había tenido que encargarse de rellenar innumerables formularios, entrevistarse con un representante diplomático en la embajada de Suiza en Londres, entregar decenas de copias de toda clase de documentación y, por supuesto, abonar las tasas de ingreso en el país transalpino. Todo ello le había llevado tres semanas y ahora solo esperaba que mereciese la pena. Hacía poco menos de un mes había recibido una llamada del asistente personal de Jacques Pascal, presidente y fundador de G-Corp, requiriéndole en la sede central para una reunión. Aparte de aquello Ben no podía imaginar por qué estaba allí. «No creo que se tomen tantas molestias para despedirme», pensó. Por todos era sabida la animadversión del Gran Hombre hacia los publicistas pero, pese a ello, no creía que su puesto estuviese en peligro. Bryar seguía mirando la imponente estructura que se encontraba frente a él. Un coloso de cristal y acero con sobrias líneas onduladas que se disparaban hacía el firmamento. Calculó que debía medir al menos trescientos metros. Allá, en el techo de Ginebra, aguardaba Jacques Pascal.

Se decidió a entrar en el edificio. La puerta automática se deslizó hacía el suelo, quedando oculta en alguna parte bajo los pies de Ben. La recepción era inmensa, el firme de mármol blanco hacía que sus zapatos resonasen por toda la gran estancia. Delante de él una joven tras un mostrador levantó la vista y le ofreció una sonrisa. Bryar se acercó a ella.

—Buenos días —dijo la muchacha—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me llamo Benjamin Bryar. Creo que... el señor Pascal me está esperando.

La joven perdió la sonrisa súbitamente y la sustituyó por una leve cara de asombro.

—Un momento, por favor.

Cogió su SmartPad y pulsó un par de veces la pantalla. Tuvo que esperar unos segundos para que alguien contestase al otro lado. Mientras anunciaba la presencia de Ben, él se fijó en que era más atractiva de lo que le había parecido al acercarse a ella. Llevaba su pelo rubio oscuro recogido en una larga coleta, tal y como marcaban los cánones profesionales, pero Bryar notó enseguida que ese no era su peinado habitual.



También se percató del color miel en los ojos de la joven y de sus labios sonrojados que, aunque finos, no dejaban por ello de ser atractivos. Se jactaba de conocer bien a las mujeres, era un hombre apuesto y a sus treinta y dos años y con su facilidad de palabra sus numerosos *affaires* eran de sobra conocidos por sus compañeros de oficina en Londres. Era vanidoso y le gustaba vestir trajes de color azul marino como el que llevaba ese día, aunque no solía usar corbata para conseguir un toque más informal. De metro ochenta y complexión atlética, Benjamin Bryar gozaba de su soltería. Lucía un peinado corto a los lados, con la parte superior de su cabello castaño claro algo más larga y moldeada con cera, lo que le confería un toque desaliñado que buscaba naturalidad y desprendía un ligero aroma a arrogancia. El color de sus ojos hacía juego con el de su pelo y sus rasgos faciales, algo aniñados, eran la antítesis de su sonrisa pícara. Una combinación que le daba buen resultado habitualmente. La recepcionista volvió a depositar su atención en él, con la sonrisa de nuevo en su rostro.

—Todo en orden, señor Bryar —afirmó—. Si es tan amable, puede aguardar en la sala de espera. En un momento alguien bajará para acompañarle hasta el despacho del señor Pascal.

Ben asintió cortésmente y se dirigió a la sala. En ese momento la joven volvió a dirigirse a él.

—Por cierto, felicidades.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Ben, desconcertado.

—Ha conseguido usted entrar en Suiza. —La sonrisa de la mujer era menos profesional, más espontánea.

—Espero que resulte más fácil salir —bromeó Bryar.

Mientras caminaba pensó que, según como fuese la reunión, quizá volvería a hablar con la recepcionista antes de salir del edificio. Probablemente con alguna excusa intentaría conseguir su contacto. Al fin y al cabo solo parecía ser unos años menor que él y no conocía a nadie en Ginebra.

La sala de espera estaba diseñada como dos grandes rectángulos de cristal, uno inmerso en el otro. La combinación de ambos formaba un pasillo de cuatro lados con sofás, sillones y pequeñas mesas bajas que rodeaban un bosquecillo de bambú, ubicado dentro del rectángulo menor. Bryar se sentó en uno de los sillones y se inclinó hacia la mesilla que tenía justo delante. Un canal de últimas noticias estaba encendido en el panel de la mesa y hablaba de un nuevo atentado en Oriente Próximo. Al parecer una célula de renegados habían volado una Casa de la Conciliación en Amman. A Ben no le interesaba aquello, así que cambió el canal y entró en el menú de servicios. Escudriñó los tipos de café que estaban disponibles y finalmente eligió la opción «café solo». El panel se deslizó en un segundo bajo la mesa y un pequeño orificio se abrió en el centro de esta. Se oyó el sonido de agua a presión cayendo sobre algún tipo de recipiente metálico y un instante después un vaso de plástico con un humeante brebaje salió a través del agujero de la mesa, que se

cerró de nuevo. Bryar lo tomó con cuidado por el borde superior y sopló un par de veces dentro del vaso antes de dar el primer sorbo. No era gran cosa.

Su atención se centró ahora en el pequeño bosque de bambú que se encontraba en el centro de la estancia. Ciertamente otorgaba a aquel lugar una sensación de armonía. El verde vivo de las cañas estaba bañado por algún tipo de luz artificial de la cual Ben no acertaba a ver el origen. Parecía natural, pero estaba seguro de que no lo era. Bryar dio otro sorbo a su café y escuchó el sonido de pisadas acercándose hacia donde se encontraba. Se giró, aún sentado, y vio a un hombre alto y robusto dirigiéndose hacia él.

—Ese café es una mierda, ¿verdad? Al menos, eso me han dicho. —El hombre lanzó una risa burlona al aire mientras Ben se ponía en pie.

—Ehhh... no puedo negarlo —Bryar correspondió con una sonrisa y aceptó el apretón de manos que le ofreció el sujeto.

—Bienvenido a la Sede Central de G-Corp, Benjamin. Soy Jules, el asistente personal del señor Pascal. Hablamos hace un tiempo.

Aquel era Jules. Ben recordaba su voz por la breve conversación que habían tenido, pero de ningún modo lo había imaginado así. No le resultaba extraño su cabello oscuro peinado hacia un lado, ni sus ojos castaños. Tampoco su envergadura, pese a que era de aspecto fornido y superaba el metro noventa de altura. No era su satinado traje negro, que resplandecía como la obsidiana recién pulida, ni la potencia con la que Jules le estaba estrechando la mano. Todo eso era perfectamente natural. Lo que impresionaba y casi intimidaba a Benjamin Bryar era la fina línea color aluminio de medio centímetro de grosor que se extendía desde el labio inferior de la boca de Jules y bajaba por el centro de su barbilla y su nuez hasta perderse más allá del cuello de su camisa. Hacía ocho años que Ben no venía una línea como aquella y tenía un significado inequívoco. Jules era un androide.

—Me alegra que hayas podido venir. El señor Pascal te está esperando y te aseguro que no suele esperar a nadie —dijo Jules, con gesto amable.

—Bueno... —Bryar titubeó, todavía no había asimilado lo que confirmaban sus ojos—. La verdad es que para mí es un honor.

—¡Oh, venga! Déjate de formalismos, guárdalos para el jefe. Estoy seguro de que ardes en deseos de conocer qué demonios pasa. —El androide caminó hacia la salida de la sala de espera—. Vamos, el ascensor está por aquí. Disfrutarás de una buena vista.

Ben abandonó la habitación unos pasos por detrás de Jules. Le costaba seguir su ritmo. El ascensor se encontraba al otro extremo de la recepción y Jules parloteaba animosamente sobre el origen de la piedra del suelo, de la talla de las columnas y demás curiosidades arquitectónicas en las que Bryar no estaba interesado. Ben miró a la recepcionista, que observaba absorta el panel que tenía delante, y siguió avanzando hacia el otro lado del vestíbulo. Cuando llegaron a la puerta del ascensor Jules ofreció el dorso de su mano al detector y una luz verde confirmó que el elevador había

aceptado la identificación. Las puertas se abrieron inmediatamente y frente a Ben se presentó un sencillo cubículo de cristal en el que debían caber, aproximadamente, una docena de personas. Cuando cruzó las puertas se percató de que el suelo también era de cristal. No le gustaba. Bryar jamás había reconocido padecer vértigo, pero lo cierto es que no le entusiasmaba la idea de comprobar como la tierra firme se alejaba más y más de sus pies. Por otro lado, no tenía alternativa.

—Vamos al último piso, ¿verdad? —preguntó con resignación, sabiendo la respuesta.

—No podía ser de otro modo. —Jules ofreció una sonrisa cómplice—. ¿Miedo a las alturas?

—No, pero nos llevamos mejor cuando mantenemos las distancias entre nosotros.

—Eres un tipo gracioso, Bryar. —Jules soltó una risotada—. Me gustan los ingleses graciosos, no son muy comunes.

«Tampoco los androides, y con sentido del humor», pensó Ben, aunque se limitó a asentir educadamente aceptando el cumplido. Jules se acercó al controlador del ascensor, colocó su dedo índice sobre un pequeño panel táctil y realizó una pequeña y rápida serie de tres movimientos. Finalmente volvió a colocar la parte exterior de su mano frente a él y las puertas se cerraron. La estructura comenzó a subir con una velocidad endiablada.

—Piso noventa y nueve —informó Jules—. Ya que no disfrutas con esto te recomiendo que mires al frente. Sé que es un tópico, pero Ginebra está preciosa en esta época del año.

El androide extendió el brazo señalando al infinito. La mirada de Bryar lo siguió instintivamente y quedó atrapada en la maravillosa estampa que formaba la ciudad transalpina. Los pintorescos edificios bajos parecían envolver cálidamente la orilla del lago Lemán. El sol veraniego regaba las fachadas con colores vivos y dibujaba líneas doradas sobre el agua. Algunos barcos de vela bailaban sobre ellas, espantándolas en un centelleo con el movimiento de las olas que creaban hasta que la tranquilidad las hacía unirse de nuevo. Ben casi había olvidado que se encontraba más de trescientos metros por encima de todo aquello, pero la voz de Jules hizo que su mente volviese al ascensor.

—Hemos llegado.

El cubo de cristal se paró suavemente y las puertas se abrieron ante Ben. Una estancia casi tan grande como el vestíbulo aguardaba al otro lado. Una voz firme y profunda serpenteó desde el fondo de la sala hasta colarse en el ascensor.

—Buenos días, Benjamin. Acércate.

Naturalmente, Bryar solo había oído esa voz en los vídeos corporativos de G-Corp donde con efusividad y aburrimiento a partes iguales el presidente de la compañía, con un discurso prefabricado, felicitaba a sus trabajadores por los logros obtenidos, hablaba de los magníficos resultados e instaba a seguir superando los objetivos. Nunca le habían gustado. Desde el punto de vista de la publicidad, aún

pese a ser interna, no eran más que bazofia. Esa escueta bienvenida no era bazofia, ni efusiva, ni aburrida. Era simple y llanamente la voz de Jacques Pascal.

Ben salió del ascensor y se dirigió al imponente escritorio de ébano tras el que se encontraba Pascal, a casi cincuenta metros. Jules le siguió unos pasos por detrás. La habitación era inmensa y estaba muy despejada, ocupaba casi toda la última planta del edificio. Estaba decorada con sobriedad, pero con un toque menos modernista que el resto de las instalaciones. El suelo era de mármol, al igual que el del vestíbulo pero más oscuro, con vetas negras que partían en todas direcciones. Tanto el lado izquierdo de la estancia como el del fondo finalizaban en un muro de cristal que permitía contemplar las vistas con las que Ben había quedado ensimismado en el ascensor. En la pared derecha se levantaba una pequeña biblioteca del mismo material que el escritorio. Los libros parecían viejos. A su lado, un estrecho y alto pie soportaba un busto de estilo griego o romano. Unos metros después una puerta se erguía en la pared. Estaba cerrada, pero Bryar pensó que no podía más que llevar al resto de la planta, probablemente una sala privada o una habitación. Ben llegó frente al escritorio y se detuvo, no había silla para sentarse. Intentó pensar que decir pero, antes de que abriese la boca, el hombre que tenía enfrente comenzó a hablar.

—Bienvenido a la sede de G-Corp, Benjamin. Soy Jacques Pascal, pero supongo que eso ya lo sabes.

—Por supuesto, señor Pascal. Es un honor para mí poder conocerle. Gracias por recibirme.

—No hace falta que me adules, Benjamin. Si te he recibido es porque yo mismo te he hecho llamar. Estamos aquí para hablar de negocios.

La mirada de Pascal era profunda y penetrante. Ben estaba acostumbrado a tratar con todo tipo de personas, le gustaba el arte de la conversación, verbal y no verbal, y se vanagloriaba de dominarla bien pero, cuando aquel hombre le miró a los ojos por primera vez, Bryar tuvo la sensación de que sus pensamientos habían sido saqueados en un instante. El rostro de Jacques Pascal mostraba la firmeza y severidad que se le presupone a cualquier hombre de negocios, solo que él no era uno más, era El hombre de negocios. Tenía las facciones angulosas y marcadas, que combinaban con cuatro gruesas marcas de arrugas en su frente. A Ben le sorprendió descubrir también líneas de expresión en las comisuras de sus labios, como las que se asocian a las personas que sonrían con frecuencia. Su pelo plateado crecía hacia atrás flanqueado por dos anchas entradas. Ben y el mundo entero conocían ese rostro, pero fueron los ojos negros y escrutadores de Pascal los que le hicieron sentirse intimidado por la grandeza que había tras ellos.

—¿Has tenido un buen viaje, Benjamin? —preguntó Pascal, sacando a Bryar de sus divagaciones.

—Excelente, señor, apenas ha durado una hora.

—Eso sí resulta curioso, no me decepcionas. —La respuesta de Ben hizo que los labios de Pascal mostrasen una leve mueca de sonrisa—. A mis años he oído todo

tipo de historias, pero desde hace mucho tiempo no había escuchado a nadie describir su entrada a Suiza como excelente.

—El viaje ha sido excelente, señor. Lo cierto es que los preparativos han sido algo más... tediosos.

—Eso ya me resulta más familiar, Benjamin. —El gesto de Pascal se convirtió en una evidente sonrisa—. Por favor, no es necesario que seas tan cauteloso. Te he hecho llamar a ti y, créeme, tenía muchos más para elegir. No quiero un cortesano más. Tengo dos docenas de esos antes de chascar los dedos. Así que, por favor, habla sin tapujos.

—Bueno, si quiere franqueza... Conseguir entrar en Suiza ha sido un verdadero infierno. He tenido que pasar tres semanas chupándole el culo a funcionarios estirados en la embajada, he rellenado los mismos formularios una y otra vez y he tenido que dar explicaciones hasta de cuantas veces iría a mear mientras estuviese aquí.

—Es una singular definición de tedioso, Benjamin. —El tono de voz de Pascal se volvió más amable, menos formal—. A decir verdad, esa era tu primera prueba.

—¿Prueba, señor?

—Necesitaba saber que serías capaz de desenvolverte entre toda esa burocracia, que no desistirías y que podías convencer a las autoridades de que eras apto para entrar en el país. Desde que Suiza decidió abandonar el Pacto de Schengen es casi imposible entrar sin una excepcional razón.

—Y yo ni siquiera sabía cual era la mía. Si me permite, ¿tengo una buena razón para estar aquí, señor?

Pascal clavó su mirada en los ojos de Ben. Su gesto era serio, pero Bryar intuía que la pregunta no le había desagradado.

—No podrías tener una mejor, Benjamin.

Jacques Pascal se levantó de su silla y se acercó a Ben mientras recorría con su mano el escritorio. Era apenas un poco más alto que él, de complexión delgada y erguida. Su traje oscuro estilizaba aún más su figura. Cuando estuvo a su lado no le miró a él, si no a Jules, que todavía aguardaba en silencio unos metros por detrás.

—Jules, déjanos a solas. Ya he tomado la decisión. Será él.

—Como desee, señor —asintió el androide.

Jules volvió al ascensor y desapareció unos segundos después tras las puertas de este. Pascal hizo un gesto, ofreciendo a Benjamin acercarse al gran ventanal que cubría la parte izquierda de la sala. Bryar le acompañó hasta allí, deteniéndose un par de metros antes ya que, aunque el muro de cristal parecía sólido y se levantaba del suelo al techo, la sensación de vértigo le era inevitable.

—Adelante, Benjamin —dijo Pascal—. Puedes preguntármelo.

—No sé a que se refiere, señor —mintió Ben.

—Vamos, Jules despierta curiosidades allá donde va y he visto como le mirabas.

—Pascal parecía divertirse con aquello, como un niño que enseña a sus amigos un

juguete recién estrenado que ellos no poseen.

—Bueno, no hay mucho que preguntar. Es un androide, ¿verdad, señor?

—En efecto.

—Y los androides se prohibieron y destruyeron tras el Incidente de Copenhagen. Recuerdo que mis padres poseían uno que se ocupaba de las labores del hogar y tuvieron que entregarlo para que fuese destruido.

—No te equivocas, Benjamin. —Pascal contemplaba el paisaje a través de la cristalera unos pasos por delante de Ben—. Yo mismo fui uno de los impulsores de la Prohibición tras lo ocurrido en Dinamarca.

—Eso no lo sabía. —Bryar tragó saliva y se posicionó junto a Pascal, intentando evitar mirar hacia abajo—. Lo que no entiendo, señor, es porqué tiene uno si decidió que lo mejor era prohibirlos.

—Sencillo, Benjamin. Porque soy quien soy. —Pascal se volvió hacia Ben—. En el mundo en que vivimos a veces hay que fomentar la mascarada. Cuando tienes el poder que yo tengo no solo haces las cosas que quieres, en ocasiones tienes que hacer cosas que otros no pueden para que no olviden que tú sí puedes hacerlas. Yo tengo el poder suficiente para evitar que fuese destruido, y eso hice. Hoy es una pieza singular, el único androide activo sobre la faz de la Tierra, y es mío. Además, tenerlo como asistente conlleva algunas ventajas añadidas.

—¿Puedo preguntar cuáles? —Ben estaba intrigado.

—Sin ir más lejos, sé que no te gustan ni nuestro café ni nuestras alturas.

—¿Cómo lo ha sabido? —Bryar dio un respingo de sorpresa.

—No te preocupes por eso, Benjamin —Pascal dejó escapar una pequeña carcajada—, es sencillo. Puedo monitorizar todo lo que Jules ve y oye en cualquier momento desde el panel de mi escritorio. Por supuesto, no puedo controlar sus movimientos, solo observo.

—Entiendo.

—Bueno, Benjamin. Creo que ya hemos cumplido con la cháchara. ¿Te gustaría saber por qué estás aquí? —Pascal puso su mano sobre el hombro de Ben y le miró de frente.

—Ardo en deseos, señor.

Desde el día en el que Bryar había recibido la llamada de Jules se había preguntado qué podían querer de él. Era curioso por naturaleza, pero los trámites para entrar en Suiza le habían hecho apartar de su cabeza la razón última de su viaje. Ahora, con Pascal frente a él, se encontraba de nuevo verdaderamente intrigado.

—No es ajeno para mí que en vuestra oficina de Londres corre el rumor de que detesto a los publicistas. No voy a engañarte, es completamente cierto. No me malinterpretes, sois necesarios para algunas tareas; informar de la aparición de nuevos productos, aplacar con creatividad alguna que otra noticia inconveniente... Por eso tengo a unos millares de vosotros en nómina, pero vuestro cometido tradicional simplemente no encaja en mi modelo de negocio.

—Lo siento, pero no veo dónde quiere llegar, señor.

—Tranquilo, lo harás enseguida. —Pascal apartó su mano del hombro de Ben—. La finalidad de un publicista, a mi modo de verlo, es convencer. Convencer a la gente de que un producto es mejor que otro, incluso si son idénticos. Convencer de que lo necesitan, más que eso, que lo desean, que no pueden vivir sin tenerlo. Vuestro trabajo es vencer a la competencia pero, Benjamin, hace años que no hay competencia. G-Corp controla el noventa y nueve por ciento del mercado del Mundo Libre. Da igual que seas de la Federación Europea, de Sudamérica, el Norte de África o Asia Menor. Si compras un paquete de palomitas, nosotros lo fabricamos. ¿Un coche? Lo hemos diseñado y ensamblado. Si viajas lo haces en nuestros aviones, con nuestra agencia de viajes. Ropa, comida, ocio, lujo, energía, cualquier cosa que pase por tus manos ha pasado por las de G-Corp primero. El monopolio de cualquier tipo de comercio, industria o servicio es nuestro. Por si fuera poco, nuestra cooperación con la Federación y su modelo Neoliberalista y las cuotas de gasto obligatorias impuestas a los consumidores fomentan que la gente compre más y más. Yo hice que vuestro trabajo fuera estéril, la publicidad es una lengua muerta.

—Muy instructivo, señor. Trabajo para usted desde hace tres años y sé en lo que consiste. —Bryar no se encontraba cómodo después del monólogo de Pascal—. Pese a todo, me apasiona ser publicista, siento que nací para ello, y no es de mi agrado que me haga llamar para jactarse de mi oficio en mi cara.

—¡Oh, Benjamin! No te lo tomes así. —El tono de Pascal era mucho más distendido, pero sin una pizca de disculpa—. Estás aquí para demostrar que me equivoco. —El hombre volvió a dirigir su mirada al horizonte, a través de la cristalera—. G-Corp va a ir un paso más allá. Tenemos en nuestras manos la revolución tecnológica más grande desde la invención del chip de plástico. En realidad no concierne solo a la tecnología, puede afectar a todo. Las posibilidades son inimaginables.

—¿Y en qué puedo ayudar yo, señor?

—El proyecto puede resultar algo controvertido, Benjamin. Hay que enfocarlo a la perfección, maximizar sus beneficios de cara a la Opinión Pública, conseguir que se ninguneen sus puntos más oscuros. Quiero que lideres el proyecto. Te lo aseguro, nos va a costar mucho que la gente lo vea con buenos ojos, pero si lo hacen, si tú consigues que lo hagan, los beneficios pueden ser mayores de lo que nadie pueda imaginar.

—Suena bien pero, ¿de qué se trata? —Benjamin apenas podía esconder su nerviosismo. La idea sola de poder desplegar toda su imaginación en algo que parecía tan importante era al fin un sueño cumplido.

—Vamos a levantar a los muertos, chico.

—¿Señor? —Por un segundo Bryar pensó que Pascal seguía mofándose de él.

—Tal y como lo has oído.

—¿Cómo es eso posible?

—¿Has oído hablar de Maximilian Weber, Benjamin? —Sonó casi como una pregunta retórica.

—Por supuesto. Weber era químico, físico, biólogo y no recuerdo cuantas cosas más. Fue el padre de los androides, pero creo recordar que lleva muerto unos tres años. —Ben no podía estar más desorientado—. ¿También vamos a resucitarle?

—Nadie ha hablado de resucitar. He dicho que vamos a levantar a los muertos, no a resucitarlos. Y, desde luego, Max Weber no necesita ser resucitado. Ha estado trabajando para mí en los laboratorios de G-Corp de Berna.

—Es... increíble, señor.

—Ya sé que es increíble, Benjamin. Lo que quiero que me digas es que aceptarás el proyecto. Weber se está encargando de la parte técnica y quiero que tú dirijas el resto.

—¿Qué tendría que hacer exactamente?

—Aunque no lo creas, te toca la parte difícil. Sé que suena tétrico, pero necesitamos cadáveres, Benjamin, tantos como podamos conseguir y no podemos comprarlos...

—Señor Pascal —interrumpió Ben—, si esto tiene algo que ver con mi hermana, yo...

—¡Por favor! —Pascal alzó la voz—, ¿crees de verdad que necesito tu influencia? —Se tranquilizó un poco—. Ya sé quién es tu hermana, Benjamin, sé que es la Secretaria de Estado de la Federación y el ojito derecho del Gran Ministro. ¿Y sabes quién soy yo? Soy Jacques Pascal. El gobierno no es problema, si fuera así no estarías aquí, simplemente las leyes no permiten la adquisición de cuerpos humanos, así que tú tienes que conseguir que la gente nos los done.

—¿Nos los done?

—Padres, madres, tíos, sobrinos... Hay que convencer a los familiares de los muertos de que nos donen cualquier cuerpo en buen estado y recién fallecido. —Pascal colocó sus dos manos sobre los hombros de Bryar con gesto paternalista—. Benjamin, te estoy dando la oportunidad de que muestres todo tu potencial, de que te luzcas. Sé que eres capaz, puedes conseguir que parezca algo bueno en lugar de algo siniestro. Y es algo bueno. Ya lo has hecho antes y con mucho éxito. Estás aquí por lo que conseguiste con la campaña de «El Último Sueño». Piénsalo, no es tan diferente.

—Yo creo que sí lo es, señor.

—Son exactamente lo mismo, temas tabú. El suicidio lo era, incluso condenado por la Casa de la Conciliación. Después de un poco de trabajo, tu buen hacer y las palabras adecuadas, ¿en qué se convirtió? Lo que podía parecer algo malo se volvió piadoso, comprensible. La capacidad tecnológica de G-Corp y tus palabras han permitido que quién así lo quiera pueda acabar con su vida de forma apacible, soñando lo que desea. Y lo que es más importante, de forma legal, socialmente aceptada y dejando unos Feds extra en nuestras cuentas como último legado. Más de noventa mil personas en dos años, Benjamin. Y fuisteis tú y tu equipo quienes les



disteis esa oportunidad. ¿Me estás diciendo que no puedes con esto?

Las ideas corrían por la mente de Ben en todas direcciones. Aquello le parecía macabro pero, por otro lado, podía ser la oportunidad de su vida. Pascal tenía razón, «El Último Sueño» también podía haber sido polémico y salió airoso de ello. La ambición de Benjamin se hizo hueco en su cabeza.

—Acepto, señor. Gracias por confiar en mí.

—Me alegro de oírlo. —Pascal sonrió con evidente emoción, aunque sin perder la compostura—. Hoy mismo partirás hacia Berna para encontrarte con Weber. Él te pondrá al día. Jules te acompañará. Está esperándote abajo en un coche para iniciar el viaje. Pasaréis por tu hotel para recoger tus cosas.

A Ben le sorprendió la rapidez con la que todo estaba ocurriendo. Cuando se quiso dar cuenta, Pascal estaba estrechándole la mano y caminaban juntos hacia el ascensor.

—Benjamin, te deseo mucha suerte. Espero que vayas informándome con regularidad.

—Claro, señor, pero hay una cosa que todavía no comprendo.

—¿Qué ocurre?

—Usted ha dicho que lo que vamos a hacer es levantar a los muertos, no resucitarlos. ¿Para qué?

Pascal adoptó una postura solemne, aunque no carente de algo de arrogancia.

—Para que trabajen para mí, por supuesto.

## Un chico especial

—Buenas noches, señoras y señores. Gracias por seguir con nosotros tras la pausa publicitaria. Continuamos aquí, en «Ahora, Actualidad», con el debate de uno de los temas más comentados las últimas semanas. Nos acompañan hoy para darnos su visión el profesor Hans Philler, licenciado en sociología, Charlotte Perkins, responsable de una ONG de ayuda a los apátridas, Otto Gubbens, miembro del Ministerio del Interior irlandés y Michael Fullham, economista.

(Los colaboradores saludan. La presentadora prosigue)

—Las consecuencias del genocidio norteamericano siguen multiplicándose. Como saben, al desplome de la economía mundial y la grave crisis sanitaria y medioambiental a la que se enfrentan el resto de naciones del continente americano y el resto del mundo se suma otra incógnita. Casi tres millones doscientos mil estadounidenses que estaban fuera de su país el ya conocido como Día de la Masacre se encuentran ahora sin un hogar al que volver. Las autoridades de los estados europeos se ven desbordadas buscando una solución a la reubicación de estos ciudadanos entre el caos mundial. Muchos son partidarios de la legalización y nacionalización inmediata de los apátridas, pero algunas voces discordantes creen que deberían tomarse medidas alternativas y más controvertidas. Charlotte Perkins tiene la palabra.

(Habla Perkins)

—Gracias Anna. Mi postura ante este tema es contundente. Los norteamericanos supervivientes a la masacre se encuentran en una situación límite y de no actuar correctamente podemos condenarlos a la exclusión social. Sabemos que el pueblo estadounidense se formó de la inmigración y que, pese a ser hoy americanos, muchos de ellos mantienen fuertes lazos culturales y sociales con los países de sus antepasados. Creo que por este motivo, y ante la imposibilidad de volver a sus hogares, debería permitirse que cada uno de ellos decidiese que nacionalidad desea adoptar y concedérsela. Tenemos que facilitar que esa gente pueda reconstruir su vida después del gran desastre que han vivido.

(Interrumpe Fullham)

—No quiero parecer insensible ante la catástrofe, Charlotte. Desde aquí me gustaría, ante todo, enviar un sentido pésame a los norteamericanos que a buen seguro han perdido a la mayoría de sus seres queridos y se han visto abocados a esta situación. No obstante, hemos de tener en cuenta que el genocidio ha sobrevenido durante la mayor depresión económica que ha sufrido Europa en toda su historia. Llevamos casi quince años arrastrando esta crisis que apenas nos ha permitido seguir con los estamentos supranacionales de la Unión Europea y, desde luego, la aniquilación de los Estados Unidos ha agravado más la delicada situación en la que nos encontramos. El mercado internacional se ha hundido, el contexto económico es crítico, puedo asegurar que la tasa de paro se va a disparar aún más. Con la desaparición del mercado norteamericano y la ruptura de relaciones con China e India estamos prácticamente condenados a la autarquía continental. En este momento facilitar la legalización masiva de los americanos que se encontraban en Europa, además de los que han sido expulsados de los países atacantes, podría suponer el toque de gracia al Estado del Bienestar. No tenemos viviendas para todos, ni trabajo, y el aumento de los costes sanitarios y de servicios sociales por la inclusión repentina de tres millones de personas en la sociedad europea podría ser desastroso.

(Continúa Perkins)

—¿No puedo creer lo que estoy oyendo! ¿Cuál es su recomendación? ¿Debemos abandonarles a su suerte? ¿Condenarles? ¿Expulsarles? ¿Lanzarles al mar?

(Fullham se irrita)

—¿Eso no es más que demagogia! Por supuesto que debemos ayudarles, pero teniendo en cuenta la realidad actual. No podemos tomar una decisión que condene también a la ciudadanía europea. Mi opinión sobre el tema es que se debe acometer la creación de un Comité de Urgencia de la Unión Europea que busque salidas viables a la relocalización de los norteamericanos. Posiblemente establecer cuales son las regiones con una densidad de población más baja, con un índice de paro no muy elevado y estabilidad política... tal vez Islandia.

(Perkins habla de nuevo)

—¿Su solución es exiliar a esa pobre gente al hielo?

*(Fullham replica)*

*—¿Usted no soporta opiniones que difieran a la suya! ¿Al hielo? El pueblo islandés es mucho más que eso, querida. No creo que sea oportuno que menosprecie así a esa nación.*

*(Charlotte contesta)*

*—¿Quién está haciendo demagogia ahora, Fullham?*

*(La presentadora ataja la disputa)*

*—Por favor señores, mantengamos un tono de respeto e intentemos dirigir este debate hacia opiniones y propuestas constructivas. Estoy segura de que los espectadores desean conocer la opinión gubernamental. Señor Gubbens, ¿qué posibilidades se han planteado en el ministerio?*

*(Habla Gubbens)*

*—Bueno, quiero transmitir que el equipo del Ministerio del Interior irlandés, en colaboración con sus homónimos europeos, está buscando soluciones satisfactorias de ayuda al colectivo de norteamericanos afectados. Temo decir que la rapidez con la que debemos actuar, unida a la difícil situación en la que nos hemos visto sumergidos, haga que probablemente no podamos encontrar una respuesta perfecta al caso que nos ocupa. No obstante, quiero lanzar un mensaje de tranquilidad tanto a los estadounidenses que se encuentran en Irlanda y en toda Europa, así como a los propios ciudadanos de la Unión. Les aseguro que contamos con gente muy preparada que está valorando distintas posibilidades. La Unión Europea, estoy seguro, no va a dejar a nadie a su suerte. Por el momento lanzo una petición a todos los ciudadanos; sigan siendo tan solidarios como han demostrado hasta ahora, su ayuda es inestimable y favorece la estabilidad social mientras las instituciones buscan la solución más satisfactoria posible.*

*(La presentadora redirige el debate)*

—Gracias, señor Gubbens. Profesor Philler, ¿podría darnos su opinión personal?

*(Philler habla)*

—Nos encontramos ante una situación casi sin precedentes en la historia de la humanidad. Posiblemente el hecho con mayor similitud sea la concesión al pueblo judío del estado de Israel tras la Segunda Guerra Mundial. No obstante, el contexto es muy diferente. Sin ninguna duda los supervivientes se encuentran ante una situación catastrófica desde el punto de vista personal, económico y social. Más allá de la relocalización geográfica de estos, creo que debemos fomentar una rápida inclusión de los estadounidenses en nuestra sociedad. Al fin y al cabo, tal y como ha dicho la señorita Perkins, tenemos muchos nexos de unión. Debemos acogerles y que así lo sientan. Deben ser parte de nuestra vida, de otra forma estarán condenados al ostracismo y rápidamente se verán abocados a ser simples parias. No podemos permitir que eso ocurra, sería desastroso tanto para ellos como para...

*(Interrumpe la presentadora)*

—Gracias, profesor Philler. La actualidad manda y lamentablemente nos hemos quedado sin tiempo para continuar el debate. Les agradezco a todos su presencia y su participación y esperemos que la resolución de esta crisis sea la más beneficiosa para todos.

*(La presentadora se levanta de la mesa y se dirige a otra zona del plató)*

—Ahora, proseguimos con uno de los temas más controvertidos de la semana. Todos han visto ya las últimas polémicas fotografías que nos llegan desde el Reino Unido, en las que podemos ver al príncipe Harry durante la fiesta celebrada en...

Fragmento de *Ahora, Actualidad*. 24 de noviembre de 2041.  
Sky Channel Ireland.

\* \* \*

El barrio de Little America había sido construido al estilo de las clásicas urbanizaciones estadounidenses del siglo xx. Se alzaba junto a la ladera este de

Seaton Park, en Aberdeen, Escocia. Igual que había ocurrido en muchas otras ciudades europeas, los norteamericanos supervivientes al Día de la Masacre se habían congregado en pequeñas comunidades con la intención de salvaguardar en la medida de lo posible su estilo de vida. Las pequeñas casas allí construidas habían sido testigos de innumerables momentos de dolor, melancolía y desesperación. También en ellas se habían cicatrizado heridas, oído risas y creado nuevas esperanzas. Los apátridas de mayor edad habían encontrado en ellas un nuevo hogar de reposo y descanso, los más jóvenes habían crecido entre sus muros y se habían enamorado, en muchas ocasiones, entre ellos. Ahora algunos eran padres. En todos habitaba ahora un gran sentimiento de comunidad.

Dentro de una de esas casas, tras su puerta de color amarillo, Heather Bean intentaba que su hijo practicara uno de sus ejercicios diarios. El Conciliador no había bendecido a Heather con más niños, así que aquel pequeño había recibido todo el amor de su madre. Ambos estaban sentados en el sofá del salón. Frente a ellos, un gran cuenco de fruta sobre una mesa baja contenía naranjas, plátanos, fresas, piñas, uvas y otras piezas diferentes, todas ellas de plástico. Junto a estas, se encontraban unos tarjetones con los dibujos de las mismas. Heather cogió uno de ellos, con la silueta de una manzana, y se lo mostró su hijo.

—Mira, Seymour. ¿Sabes lo que es? Es una manzana. A ti te gustan mucho, ¿verdad? ¿Puedes coger la manzana de la cesta, cariño?

Mientras su madre le hablaba Seymour mantenía la mirada perdida hacia la nada. Por solo unos instantes desviaba sus pupilas hacia la tarjeta que tenía delante para volver inmediatamente a contemplar un vacío que solo él era capaz de vislumbrar. Su madre intentaba amorosamente llamar su atención para que hiciese lo que le estaba pidiendo, pero Seymour no tenía un buen día y le estaba resultando especialmente fatigoso realizar sus ejercicios. Heather había aprendido a notarlo.

—Sé que es difícil, mi amor, pero inténtalo, vamos. Un poquito más, solo esta y habremos acabado por hoy.

El pequeño giró la cabeza lentamente hasta observar de reojo el cuenco de fruta. Entonces alargó la mano con delicadeza y palpó varias piezas antes de decidirse. Agarró la manzana, pero no se la ofreció a su madre, si no que la dejó reposando sobre su regazo mientras la sostenía entre sus manos. Su mirada volvió a perderse.

—¡Muy bien, cariño, estoy muy orgullosa de ti! —Heather estaba contenta, Seymour no solía acertar cuando tenía ese estado de ánimo—. Ya está. Por hoy hemos acabado. Lo has hecho muy bien, Sey. ¿Quieres jugar con Billie ahora?

Billie, la perra de la familia, que había permanecido pacientemente tumbada en una alfombra al otro extremo del salón mientras Heather y su hijo practicaban, levantó la cabeza al oír su nombre y comenzó a mover su cola de un lado a otro. Era un precioso ejemplar de golden retriever. Heather y su marido la habían traído a casa hacía seis años, cuando Seymour tenía cuatro. El médico del niño les había recomendado hacerlo, ya que un estímulo de esa clase ayudaba a los pequeños como

él a diferenciar los objetos de los sujetos. Lo cierto es que Billie y Seymour habían conectado desde el primer día; el joven parecía disfrutar de su compañía y la perrita siempre había sido una fiel amiga. Billie se levantó con talante alegre y se acercó a Seymour, apoyando su cabeza sobre las piernas de este. El niño le respondió acariciando su pelo mecánicamente una y otra vez.

Heather se dispuso entonces a recoger los utensilios que habían estado utilizando. Guardó los tarjetones en el cajón de un armario cercano, llevó el cuenco con la fruta hasta la cocina y lo dejó sobre el frigorífico. Se acercó a la ventana y contempló el césped del pequeño jardín trasero de su hogar. El verano era templado en Aberdeen, le recordaba a los otoños que había pasado en las afueras de su Chicago natal, hacía tanto tiempo. Se percató entonces de su propio tenue reflejo en el cristal de la ventana. Su cabello castaño y liso le caía suavemente hasta la nuca y sus profundos ojos azules parecían cansados, demasiado para una mujer que ese año cumpliría treinta y nueve. Permaneció mirándose, observando las arrugas que comenzaban a aflorarle en las comisuras de los labios. Decidió que quizá mañana compraría esa crema antiarrugas de la que una amiga le había hablado hacía unas semanas. El sonido de la puerta al abrirse le sacó de sus pensamientos y un ladrido de bienvenida avisó de que era su marido quién había llegado. Heather salió al vestíbulo a recibirle mientras Billie saludaba a Roger dando alegres vueltas a su alrededor. El hombre se quitó la chaqueta y la colgó en una de las perchas de la entrada, acarició con aprobación a la perra y dedicó una sonrisa a su mujer.

—¿Qué tal ha ido hoy en el trabajo, amor mío? —preguntó Heather.

—Bien, bien, aunque hemos recibido una partida doble de material y estoy molido. Me alegro de estar en casa. —Roger se acercó a su esposa y le dio un escueto beso en los labios.

—Tendré la cena en una hora.

—Estupendo. ¿Dónde está Seymour?

—En el salón, hemos estado practicando con las frutas. Lo ha hecho muy bien.

Heather volvió a la cocina. Roger entró en el salón y se aproximó a su hijo.

—¡Hola, pequeño gamberro! Mira quién está aquí. Papá ha llegado.

El niño hizo una mueca intentado mostrar lo que parecía una sonrisa mientras su padre le colmaba de atenciones.

—Oye, mamá me ha dicho que hoy lo has hecho muy bien. ¡Ése es mi chico! ¿Qué estabas haciendo ahora? ¿Jugabas con Billie?

—Sí... —afirmó Seymour, no sin esfuerzo.

—Estupendo, cariño. Sigue jugando. Después de cenar te leeré un cuento en la cama, ¿te apetece?

—Cuento.

—Muy bien. Voy a ir con mamá, ¿vale? —Roger dejó a su hijo en el sofá y entró en la cocina, donde Heather troceaba unos pimientos sobre una tabla de madera—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Yo solo... también me siento cansada hoy, eso es todo.

—Deberíamos contratar a alguien para que te ayude en casa, y con Seymour.

—No es necesario —dijo Heather de forma cortante.

—Vamos, cariño.

—No quiero hablar de eso.

—Está bien —dijo Roger con resignación. Él sabía, incluso antes de pronunciar las palabras, que su mujer reaccionaría de esa manera.

—¿Has ido hoy a comprar? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuánto has gastado?

—Unos mil quinientos Feds. —Heather no apartaba la vista de sus quehaceres.

—Sabes que estamos casi a final de mes. Tenemos que gastar otros cinco mil antes de septiembre o nos amonestarán. La Cuota de Gasto de los consumidores es del ochenta por ciento del sueldo total, te lo digo siempre, y si no la cumplimos nos harán gastar un cinco por ciento más durante un año.

—Lo sé, cariño. —Su mujer se giró, dejando el cuchillo sobre la tabla, y se colocó frente a él—. Tranquilo, sólo me equivoqué una vez, no volverá a pasar. —Heather colocó sus manos en el cabello de Roger y lo acarició—. Roy, ya sabes que me gusta esperar a que solo queden un par de días, no quisiera que Seymour necesitase algo y no tuviésemos dinero.

—Está bien —dijo Roger, más tranquilo—, pero aún así cinco mil Feds son muchos incluso para una urgencia. Cómprate algo para ti, algo que disfrutes.

—Bueno, he pensado comprar una batidora nueva. A Seymour le encantan los zumos con leche y la que tenemos está muy vieja. Además hay una crema que me gustaría comprarme.

—Muy bien, mi amor, haz lo que quieras. —Roger acarició suavemente los brazos de su mujer.

—Hay otra cosa de la que quería hablarte —dijo Heather, casi con miedo en su voz—. Evelyn me ha dicho que este domingo celebrarán una barbacoa en su casa por el cumpleaños de Paul.

—¡Ah, estupendo! Nos vendrá bien distraernos un poco. ¿Cumple cuarenta, no? Guau... como pasa el tiempo, a mí solo me quedan cuatro meses para llegar. No me hago a la idea.

—Quiero que Seymour venga con nosotros —Heather decidió no andarse con rodeos.

—Heather, no es una buena idea.

—Pero habrá otros niños allí con los que poder jugar, será bueno para él.

—No será bueno para él —Roger se sentía frustrado por tener una conversación que ya había vivido otra muchas veces—. No jugará con los niños, no puede. Se reirán de él, ya sabes como son.

—Seymour solo es un chico especial —dijo Heather desesperadamente.



—No, amor mío. No es especial, es autista, y no pasa nada. Ambos le queremos más que a nada en el mundo. Es un niño maravilloso, pero hay cosas a las que no puede llegar. Es por su propio bien.

Su mujer agachó la cabeza y dejó caer sus manos desde el rostro de su marido hasta sus hombros. Se apretó contra él y comenzó a sollozar.

—Ya está, cariño. Sé que solo quieres lo mejor para él. Pero no lo olvides, tú eres lo mejor para él, lo has sido desde el primer día de su vida.

—Sí... —Heather se secó las lágrimas de las mejillas.

—Llamaré a la niñera. Si puede venir el domingo tú y yo iremos a esa barbacoa y lo pasaremos en grande. Será divertido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó ella sin demasiada efusividad.

Heather ofreció a su marido la sonrisa más sincera que pudo mostrar y continuó con la cena. Casi una hora después tres humeantes platos con verduras y carne acompañaban a la familia en la mesa del comedor. Heather ayudaba a su hijo a cenar y de vez en cuando pinchaba un trozo de champiñón o de pimiento de su plato y se lo llevaba a la boca. Roger comía la carne troceada mientras repasaba sin mucho interés los titulares de las noticias de deportes en el panel de la mesa. El aroma de los alimentos recién cocinados no podía disimular el olor a melancolía que se respiraba en el ambiente. Roger sabía que su mujer le amaba, pero su desesperado deseo de que Seymour hiciese vida normal les llevaba a discutir casi a diario. Sin duda había hecho mella en su matrimonio. Él solo deseaba que ella se dejase ayudar. A Roger le hubiese gustado contratar a una interna que le ayudase con la casa, incluso con Seymour, y diera la posibilidad a Heather de tener tiempo para ella misma y para los dos. Podían permitirselo, ya que pese a ser consumidores a él le iba bien en el trabajo. Quizá entonces podrían salir a cenar alguna noche más, hacer un viaje, vivir un poco. Roger sabía que eso no pasaría. Cada minuto que Heather pasaba separada de Seymour sentía que le estaba fallando. Muy en el fondo de su alma pensaba que su mujer se culpaba de la enfermedad de su hijo. Ya le costaba conseguir que un par de veces al mes Heather accediese a llamar a Sarah, una joven vecina, para que hiciese de niñera y ellos pudiesen salir a tomar un simple café o ir de compras. Todo lo demás era sencillamente soñar despierto.

Cuando la familia terminó de cenar, Roger cogió al pequeño y le llevó al piso superior, donde se encontraban las habitaciones. La estancia de Seymour estaba decorada con distintas tonalidades de verdes, su color favorito. Cuando el niño dibujaba en su pequeña mesa de escritorio de madera de pino siempre lo hacía con ese color. No conseguía perfilar ninguna figura reconocible, pero siempre usaba el verde. Roger abrió las sábanas de la cama y arropó al muchacho entre ellas. Acercó una silla junto al cabezal y seleccionó un libro de la estantería. La portada rezaba *Los músicos de Bremen*. Comenzó a leer mientras Seymour permanecía con la mirada fija hacia el techo. Roger hablaba acerca de un burro, un perro, un gato y un gallo que habían escapado de sus dueños, ya que estos habían decidido que ya no les eran útiles

y querían sacrificarlos. Los animales se habían encontrado en los caminos y juntos habían decidido dirigirse a la ciudad de Bremen, donde querían comenzar una nueva vida como músicos. Roger, sin detenerse, imaginaba poder enseñarle a su hijo las ilustraciones, reír con él, que el pequeño le preguntase por esto, por aquello, cualquier cosa. Deseaba ver la mirada curiosa de un niño que escucha a su padre como si cada palabra fuese excepcional, pero no era así. Al pasar de página, una frase hizo que dos gruesas lágrimas se le escapasen de los ojos; «En cualquier parte se puede encontrar algo mejor que la muerte». Se la guardó para sí mismo, pero poco importaba. Seymour ya tenía los ojos cerrados. Roger esperaba que aquellos animales tuviesen razón. Contemplaba a su pequeño dormido, y en ese instante parecía rezumar paz. Le gustaba verle así, ya que era el único momento en el que Seymour era un niño normal. Su corto cabello de color negro profundo, su tez pálida que había heredado de su madre y sus finos brazos le conferían una imagen de inocente fragilidad, tal y como debía ser un niño. Lo cierto es que no se parecía a él, tal vez en el color de su pelo, pero Roger tenía la piel más morena, los ojos oscuros en lugar de azules, otro rasgo de Seymour heredado de Heather, y había sido mucho más corpulento de niño. Ahora alcanzaba el metro noventa y su complexión era ancha y fuerte. Roger se levantó de la silla y la movió hasta su lugar intentando no hacer ruido. Caminó hasta la puerta y observó a su hijo unos instantes más.

—Nadie puede arrebatarte esto, mi niño, ojalá seas feliz en tus sueños —dijo en un susurro.

Se dirigió a su habitación. Heather estaba tumbada en la cama y veía sin mucho interés un programa acerca de las paradisíacas playas de Brasil. Su marido se acercó a ella, se colocó a su lado y le besó en la frente.

—¿Se ha dormido? —preguntó Heather.

—Sí, antes de acabar el cuento. Me gusta leerle, aunque creo que no comprende del todo lo que digo, es posible que solo le guste escuchar mi voz. —Roger sonrió con resignación.

—Eres un buen padre, Roy. Siento lo de antes, no debí... no me gusta discutir contigo.

—Lo sé. No pasa nada. Respecto al cumpleaños de Paul, creo que deberíamos comprarle un regalo.

—¿Cómo qué?

—No sé, algo que no tengan, para la casa quizá. ¿Puedes encargarte?

—Claro, ¿cuánto quieres que gastemos?

—Lo que quieras, ya sabes que aún tenemos bastante que gastar hasta cumplir la cuota.

—De acuerdo, miraré alguna cosa en el G-Market mañana.

—Estupendo —Roger giró la cabeza hacia su mesa de noche para comprobar la hora—. Creo que debería dormir, mañana me espera un día duro. Maldito pedido doble —farfulló.

—Buenas noches, Roy. —Heather se recostó sobre la almohada que tenía tras la espalda.

—Buenas noches, cariño.

Roger se giró, colocándose de espaldas a su mujer, e intentó dormir mientras el narrador de la televisión hablaba de la magnífica arena de la playa de Copacabana. Heather tardó casi una hora más en conciliar el sueño, aunque apenas prestaba atención a la televisión. Su cabeza estaba, como siempre, en la habitación contigua.

El timbre de la casa hizo a Roger despertarse repentinamente. Miró el reloj, marcaba las seis y veinte de la mañana y él no debía despertarse hasta las siete. Mientras se levantaba el timbre sonó de nuevo. Heather abrió los ojos con pereza.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No lo sé, están llamando al timbre —contestó Roger, somnoliento.

—¿Qué hora es?

—Demasiado pronto. Voy a ver que ocurre.

Roger bajó las escaleras y se dirigió a la puerta, que sonó por tercera vez. Miró a través del cristal y vio a su amigo Paul Monroe al otro lado. Abrió la puerta mientras se desperezaba.

—Hola Paul, es muy pronto. ¿Qué sucede?

—Lo siento, Roger —contestó el hombre, evidentemente nervioso.

En el suelo, junto a Paul, había una gran bolsa de basura.

—¿Qué sientes? —dijo Roger sin comprender.

—Por el Conciliador, Roger, no sabes cuánto lo siento —repitió—. Verás, hace un rato cogí el coche para ir al trabajo. Estaba dando marcha atrás para salir del garaje y he oído un gemido brutal. Se me ha helado la sangre.

—Joder, Paul, me estás asustando, dilo de una vez. —Roger estaba impaciente.

—He atropellado a tu perro.

—¿A Billie? ¿Pero qué coño?

—Lo siento de verdad, Roger. No lo he visto. Tengo el maldito piloto automático estropeado hace un mes y estaba conduciendo en manual. En cuanto lo he oído aullar he parado en seco pero...

—¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado, Paul?

—No he podido hacer nada. —El hombre suspiró y señaló la bolsa de basura junto a sus pies—. Ojalá hubiese podido llamar al veterinario o algo así, pero al salir del coche he visto que tenía la cabeza atrapada bajo la rueda. Cuando he quitado el coche estaba destrozada.

—Mierda, ¡mierda!

Roger escuchó a alguien bajar las escaleras detrás de él y deseo con todas sus fuerzas que no fuese Seymour. Se giró y vio a su mujer, que aguardaba en el último escalón apoyada en la barandilla.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó ella.

—Enseguida entro —contestó su marido—. ¿Puedes preparar café?

—Claro, voy —dijo Heather. Se dirigió a la cocina.

—No sabía que hacer, Roger —siguió Paul—. He pensado que querríais enterrarlo o algo, así que lo he metido en la bolsa. No quería traerlo destapado y que lo vieses de golpe.

—Era una hembra, Paul, una perra. Se llamaba Billie.

—Lo siento.

—No has tenido la culpa —Roger intentó calmarse—, ha sido un accidente. No lo entiendo, joder, debió escaparse anoche. Lo ha hecho alguna vez, pero siempre había vuelto bien.

—Roger, te compraré otro perro... perra.

—No es necesario, Paul. Te lo agradezco, pero no. Oh, no tengo ni idea de que le voy a decir a Seymour, le hacía tanto bien tenerla cerca.

—No sé que decir, Roger.

—No tienes que decir nada. Te agradezco que hayas traído a Billie. La enterraré en el jardín antes de ir a trabajar, no quiero que Heather o el niño la vean así.

—Te ayudaré.

—Déjalo, Paul. Además, ya llegas tarde al trabajo.

—¡Qué les jodan! —exclamó—. Ya me inventaré algo. Déjame hacer al menos eso, Roger. Somos amigos.

—Está bien, pero antes entra y tomemos una taza de café. Será mejor estar despejados.

Roger contó lo ocurrido a su mujer mientras bebían el café en la cocina. Heather lloró amargamente, pues apreciaba a Billie, pero le dolía más pensar en como esto afectaría al pequeño Seymour. Cuando hubieron apurado sus bebidas, Roger y Paul cogieron un par de palas del trastero y salieron al jardín. La bolsa con los restos de Billie seguía en la entrada. Roger la arrastró hasta la parte de atrás y señaló a Paul un lugar en el linde izquierdo de la parcela. Comenzaron a cavar hasta tener un agujero de unos ochenta centímetros de profundidad. Entonces Roger cogió de nuevo la bolsa y con la ayuda de Paul consiguió sacar al can. La cabeza de Billie estaba abierta por un costado, la lengua le colgaba de la boca empapada de sangre, tenía un ojo cerrado y un gran corte en una de sus orejas. Roger se sintió tremendamente apenado. Se tomó un momento y acarició varias veces el lomo del animal, tumbado frente a él. Cuando terminó, metió sus brazos por debajo del cuerpo y lo levantó, depositándolo con cuidado en el agujero. Se despidió de ella mentalmente e hizo una seña a Paul. Ambos comenzaron a echar la tierra extraída sobre el cadáver magullado de Billie.

Cuando terminaron el trabajo se despidieron escuetamente y Paul, cabizbajo, cruzó la calle en dirección a su coche. Roger entró de nuevo en su casa. Heather estaba sentada en el sofá del salón, aún con su taza de café en la mano.

—¿Has pensado en cómo se lo vamos a decir a Seymour? —preguntó ella.

—Le he dado vueltas, pero aún no lo sé. —Roger no tenía ganas de pensar, se encontraba abatido—. Voy a darme una ducha. Si no me doy prisa llegaré tarde a

trabajar. No puedo retrasarme, ya te dije que teníamos pedido doble.

—Claro...

—Lo siento de verdad, Heather, pero ahora no puedo hacer nada más. Compraremos otro perro. Seymour se encariñará con él.

—¿Esa es tu solución?

—¡Por el Conciliador! Ya te he dicho que no sé que hacer. Lo pensaremos esta noche, ¿de acuerdo? Tengo que ponerme en marcha. Estoy molido y aún ni siquiera ha empezado el día.

Roger subió las escaleras y entró en el cuarto de baño. Heather pudo escuchar unos instantes después el chorro de agua a presión de la ducha. Salió de la casa y se dirigió al patio trasero, donde su marido había enterrado a la perra hacía solo unos minutos. Heather se colocó junto a la tierra removida, que se le antojó como una cicatriz entre el césped que cubría el resto de la parcela. Se agachó y posó su mano sobre ella. Acarició levemente la tierra. Estaba húmeda.

—Gracias por haber sido una buena amiga para Seymour. Me has ayudado a ser madre. Te quiero, Billie. Descansa —dijo.

Y lloró de nuevo.

Roger salió hacia el trabajo a las siete y media con gesto serio y cansado. Heather preparó en la cocina el desayuno para Seymour, y una vez lo tuvo listo subió a su habitación para despertarle. Cuando entró su hijo no estaba en la cama, si no sentado frente a su pequeño escritorio. Seymour permanecía quieto, tenía la mirada perdida hacia el horizonte, que se podía observar a través de la ventana justo delante de él. Sostenía en la mano un lápiz de cera. Su madre se acercó a él y le besó en la mejilla.

—Buenos días, mi príncipe. ¿Qué haces levantado? ¿Te hemos despertado papá y yo?

Seymour no respondió, pero su madre vio unos papeles en la mesa y cayó en la cuenta de que el niño había estado dibujando. Cogió uno y lo observó.

—Así que tenías ganas de dibujar, mi amor. ¡Pero que bonito! —dijo con gesto exagerado—. ¿Qué es, cariño? Díselo a mamá.

—Billie —contestó Seymour.

Heather sintió un escalofrío. Miró el dibujo con atención por primera vez y vio los habituales garabatos de color verde que su hijo solía hacer sobre el papel, pero esta vez, además, había una pequeña mancha marrón sobre ellos. Los trazos pardos eran más gruesos, como si el chico hubiese hecho más fuerza para plasmarlos que para dibujar el resto. Giró su cabeza y miró a través de la ventana. Tras ella se encontraba el jardín trasero y allí, perfectamente visible, la tumba de Billie.

—Es por eso que siempre pintas verde, ¿verdad, cariño? —Ella nunca lo había pensado, pero realmente tenía sentido—. Pintas lo que ves por tu ventana. Pintas el patio.

Heather descubrió de pronto que Seymour podía haber visto toda la escena, a su marido y Paul enterrando a la perra. Deseó que el pequeño no hubiera presenciado tal

cosa. Se agacho, nerviosa, para ponerse a su altura y colocó sus manos sobre los hombros del niño.

—¿Qué has visto, Seymour?

—Billie —repitió con la mirada fija al exterior.

—Cariño, ¿has visto a papá ahí fuera? —Heather comenzó a subir el tono de su voz sin percatarse de ello—. ¿Has visto lo que ha pasado? Seymour, ¿qué has visto?

Seymour dirigió la mirada hacia su madre con gesto de disgusto y comenzó a gemir tímidamente. Heather continuaba interrogándole, cada vez más nerviosa. Cuando se quiso dar cuenta de lo que estaba haciendo Seymour ya estaba gritando y lanzando los brazos de un lado a otro para liberarse de ella. El niño corrió hasta una esquina de su cuarto, se sentó allí y comenzó a moverse compulsivamente hacia delante y atrás mientras jadeaba. Aún sostenía entre sus dos pequeñas manos el lápiz de cera marrón. Heather, preocupada y avergonzada por haber cometido esa estupidez, salió de la habitación y esperó tras la puerta en silencio casi una hora, hasta que el pequeño salió de aquel estado.

Después de comer, con Seymour ya más calmado, Heather y el pequeño se dirigieron al G-Market para comprar algunas cosas. Al llegar, ella colocó al niño en la silla infantil que todos los carros del centro comercial poseían. El joven permaneció dócilmente sentado. Era un poco mayor para utilizarla y usualmente atraía la mirada de curiosos mientras lo hacía, pero Heather prefería tener siempre controlado y a salvo a su hijo. No le importaba lo que los demás pensasen. La mujer percibió que Seymour se mostraba más apático que de costumbre aunque su estado pareciera tranquilo. Por mucho que resultase difícil apreciar la diferencia en un niño autista, una madre sabía darse cuenta.

Aquellos grandes almacenes tenían una apariencia aséptica, limpia e impersonal. Eran lo que los sociólogos llamaban un «no lugar». Se podía encontrar uno en casi cada localidad del Mundo Libre y cada uno era igual que los demás. Como un hospital o la sala de espera de un aeropuerto, estaban pensados para que todos resultasen familiares entre sí. Heather no tenía esa sensación, no le gustaban, echaba de menos la calidez de las pequeñas tiendas del centro de Chicago, pero habían pasado a la historia hacía treinta años junto a toda su patria y sus seres queridos. Ella no podía evitar sentir melancolía, y la opulencia monopolista del G-Market solo agravaba esa sensación, por ello lo detestaba. Caminó empujando el carrito en el que Seymour permanecía sentado por los interminables pasillos de altas estanterías repletos de comida, ropa, calzado o pequeños electrodomésticos, productos de ocio y otros menos comunes, como artilugios eróticos y toda clase de productos exóticos. Incluso había un gran panel que anunciaba El Último Sueño. Por supuesto, todo llevaba impreso «fabricado por G-Corp».

Deambularon un rato por la sección de productos para el hogar mientras Heather ojeaba que podían comprar hoy. Al acercarse a los cosméticos buscó la crema que había pensado llevarse el día anterior, pero estaba agotada. Heather suspiró pensando

que si no gastaba algo Roger volvería a sermonearle al llegar a casa, así que se dirigió a la zona de los pequeños electrodomésticos en busca de la batidora para Seymour. Antes de llegar a ella un holoanuncio le llamó la atención. Una simulación humana de un hombre de mediana edad hablaba efusivamente junto a una gran pantalla tridimensional.

«¡No lo pienses más! ¡Aprovecha la oportunidad!

Ahora, y solo por tiempo limitado, el nuevo paquete de entretenimiento audiovisual de G-Media.

¡En oferta exclusiva para consumidores!

¡Sí, como has oído! Solo tú, consumidor, puedes adquirir este combinado con más de doscientos cincuenta canales.

¡Puro entretenimiento! ¡Nada de aburridas noticias!

¡Las mejores series! ¡Todo el deporte!

¡Los concursos más divertidos y muchos programas de cotilleos!

Y todo esto por solo ¡999 Feds!

Disfruta un año de esta suscripción, ¡es muy fácil!

Solo tendrás que introducir el código en la consola de tu panel y podrás verlo todo en la comodidad de tu hogar.

Además, si lo contratas ahora, te regalamos 30 canales de anuncios con los que podrás estar a la última sobre qué cosas comprar.

¡No dejes pasar la oportunidad!».

Mientras el hombre del holoanuncio seguía parloteando, Heather recordó que debía buscar un regalo para Paul. Después de lo ocurrido no podía evitar sentirse furiosa con él. No tenía ganas de pasar el día pensando en que podía gustarle, así que cogió una unidad del paquete del holoanuncio y la metió en el carro. El vendedor virtual paró un segundo su enloquecido discurso y lanzó un preprogramado; «gracias, consumidor». Acto seguido continuó narrando las maravillas del producto. Heather decidió que por hoy ya había comprado bastante, no le importaba si Roger opinaba que debía haber consumido algo más, ella prefería ahorrar hasta final de mes, por precaución. Siempre podía gastar el resto el último día del mes.

Seymour seguía cabizbajo al volver a casa, así que su madre decidió que no practicarían sus ejercicios. Heather preparó una taza de leche caliente para el pequeño y ambos se sentaron en el sofá. Seymour tomaba su bebida despacio y con delicadeza. A Heather le gustaba mirarle cuando estaba tranquilo. Su hijo, encerrado en su mundo, se comportaba como si nadie le mirase, como si estuviera solo en el universo. Heather imaginaba que era así, que ella no estaba sentada a su lado si no fuera de la casa, mirando a través de la ventana, y que realmente Seymour no sabía que estaba siendo observado. A veces fantaseaba que golpeaba con cuidado el vidrio y su hijo giraba la cabeza, le veía fuera, sonreía y corría hacia ella.

—Quiero a Billie —espetó Seymour de pronto.

Las palabras de su hijo devolvieron a Heather a la realidad. De pronto no tenía ni la menor idea de que tenía que decir. Pensaba que el pequeño debía haber visto algo aquella mañana, pero no creía que él hubiese entendido la escena.

—Billie no está, mi amor, ya no está —dijo sin más.

—Fuera —insistió Seymour.

—Cariño... —Heather pensaba como explicar lo ocurrido a su hijo—. Fuera ya no hay nada. Billie está en el cielo ahora, está con el Conciliador. Seguro que está jugando y muy contenta.

Seymour se quedó callado e inexpresivo. Su madre no sabía si le entendía, y eso le partía el corazón. Hubiese preferido que su hijo llorase, gritase y tuviese una rabieta. Entonces le habría dicho que pronto tendrían otro cachorro, aunque eso no le hubiese consolado, pero la furia e impotencia de su hijo habría sido terapéutica para los dos. Sin embargo, Seymour no dijo una palabra. Heather se sentía agotada, el día había sido muy duro para ella, así que decidió acompañar al pequeño hasta su cuarto para que jugase solo un rato y se dirigió al cuarto de baño, donde empapó bajo el grifo una pequeña toalla de manos. Después volvió al salón, accionó el panel de la pared, activó G-Music y seleccionó una lista de reproducción musical que llevaba su nombre. Instantáneamente la melodía comenzó a sonar. La mujer se tumbó en el sofá y tapó sus ojos con la toalla mojada. «Ziggy Stardust», de Bowie, sonaba en el hilo musical. Heather se había aficionado al pop-rock británico clásico cuando fue adoptada por una pareja de Newcastle. El Día de la Masacre, cuando Estados Unidos fue borrada del mapa, su marido y ella se encontraban en Europa, pero sus situaciones habían sido muy diferentes. Roger estaba de vacaciones con sus padres y su hermana mayor en el norte de Italia, pero ella estaba en un campamento en España, aprendiendo el idioma. Se quedó completamente sola en el mundo solo veinte días después de cumplir nueve años. El Plan de Adopción de Menores Apátridas le asignó a un matrimonio británico sin hijos. Él era músico y ella trabajaba en una floristería. Habían sido buenos con ella. Su padre adoptivo le enseñó a tocar la guitarra, aunque ahora ya nunca la usaba. De él heredó el gusto por el british rock de los setenta y ochenta del pasado siglo. Casi sin darse cuenta sucumbió apaciblemente a su cansancio entre las notas que sonaban en el aire, cerró los ojos bajo la humedad de la toalla y se durmió.

El sonido de la puerta al cerrarse la despertó. No sabía cuanto tiempo había pasado, pero la tenue luz que entraba por la ventana le confirmó que estaba anocheciendo. Roger entró en el salón.

—Me he quedado dormida —dijo Heather.

—¿Un día duro?

—Sí, lo ha sido. ¿Y el tuyo?

—No quieras saberlo. Vengo destrozado —se quejó Roger—. ¿Cómo está Seymour?



—Ha preguntado por Billie. Creo que te vio esta mañana en el jardín, con Paul.

—Por el Conciliador... ¿Qué le has dicho?

—Que Billie se ha ido al cielo. No sé si me ha entendido.

—Voy a ver como está.

—De acuerdo. Prepararé la cena.

—No tengo mucha hambre, basta con cualquier cosa. Estoy tan cansado que podría dormirme de pie.

Roger se acercó a su mujer e intentó reconfortarle con una caricia sobre su hombro. Esta le devolvió el gesto colocando su mano sobre la de él. Roger se dirigió al piso superior y entró en la habitación de su hijo, que estaba sentado frente al escritorio, aparentemente sin hacer nada.

—Hola, pequeñín. ¿Cómo está mi chico hoy? —Roger se agachó y abrazó a su hijo—. ¿Has cuidado de mamá?

El niño se mostró taciturno. Incluso con los límites de su enfermedad solía dar alguna pequeña muestra de alegría al ver a su padre, pero aquella vez se limitó a quedarse quieto.

—Oye, Seymour. Creo que esta mañana has visto a papá en el jardín. Lo siento si eso te ha puesto triste, pero papá no ha podido hacer nada por Billie. Ahora no tienes que preocuparte por ella. —El niño no dio respuesta—. Después de cenar te leeré un cuento de los que te gustan, ¿vale?

—No —dijo Seymour, zafándose del abrazo de su padre.

—Mamá está preparando la cena. —Su padre se apartó de él y decidió no insistir más—. ¿Tienes hambre? Vamos a cenar.

Cogió a su hijo de la mano y bajaron juntos al primer piso. La cena transcurrió como el día anterior y tantos otros. Con Heather más preocupada de que Seymour comiese que de alimentarse ella misma y Roger más cansado que hambriento, masticando en silencio y con desgana. Al acabar, el hombre cogió al pequeño, le llevó a su habitación y le arropó en la cama, pero no se quedó a contarle un cuento como hacía todas las noches. El pequeño lo había dejado claro y Roger no quería perturbarle, sabía que no era bueno para él. Entró en su cuarto y contempló a Heather, estaba sacando uno de sus camiones de un cajón, estaba desnuda a excepción de unas braguitas de color blanco. La visión del cuerpo de su mujer hizo que Roger sonriera pensando en otros tiempos, cuando ambos podían pasar horas dedicados solo el uno al otro y al amor. A sus treinta y ocho años, Heather conservaba una figura esbelta y estilizada. Su largo cuello, sus hombros estrechos, sus senos, pequeños pero firmes, y sus largas piernas le seguían otorgando una sensualidad que, no obstante, hacía tiempo había dejado en segundo plano. Roger se acercó a su mujer, le abrazó suavemente por la espalda y le besó en la nuca, con sus manos rodeando su cintura. Heather sostenía el camisón entre las manos.

—¿No decías que estabas molido?

—Verte así me ha despertado —Roger subió su mano derecha hasta el cuello de

su mujer y jugueteó con su cabello.

—En cuanto te tumbes te volverá a entrar sueño —contestó Heather, esquiva.

—No si te tumbas conmigo —contraatacó su marido.

—No tengo ganas, Roy —Heather no se anduvo con rodeos. Apartó las manos de su marido con delicadeza pero firmemente—. Lo siento.

—No pasa nada. Sé que ha sido un día duro. —Suspiró y se tumbó en su lado de la cama—. Solo es que eres tan hermosa... y últimamente...

—Lo sé, Roy —le cortó Heather—. No es solo que esté cansada o que el día haya sido un infierno. Es simplemente que no me apetece. Sé que debería, pero ya no me apetece. —La mujer se sentó, abatida, a los pies de la cama.

—Amor mío —dijo Roger, incorporándose y acercándose a ella—. Estamos pasando una mala racha, eso es todo. Si quieres pediré más tiempo libre en el trabajo. Podemos escaparnos a algún sitio unos días.

—No creo que eso vaya a solucionar nada, Roger. El problema no está en nosotros, está en mí. —Heather comenzó a sollozar.

—Cariño, no digas eso. Si hay algo que te preocupa solo cuéntamelo, por favor.

—Roger... —El llanto de Heather se acrecentó—. No puedo hacer el amor porque me aterroriza la idea de tener otro hijo.

—Heather, si es por eso no lo entiendo. —Roger no pudo esconder su gesto de sorpresa—. Sabes que podemos usar métodos para que no suceda y, aunque así fuese, un hijo siempre es una bendición.

—¡No digas eso! —Heather enfureció—. No puedo traer al mundo otro hijo. ¿Has pensado por un momento si...?

—Cariño —interrumpió su marido—, no lo hagas. No puedes culparte por la enfermedad de Seymour. Sabes que no tiene nada que ver con nosotros.

—¿Cómo puedes estar seguro, cómo? Roger, hace un mes tuve una falta, solo fue un retraso, imagino que sería cosa de los nervios, no lo sé. Pero desde entonces no paro de darle vueltas y no quiero que suceda. Los anticonceptivos no son cien por cien efectivos.

—¡Claro que lo son! —La situación había crispado a Roger—. Heather, amor mío, deja de culparte, tenemos un hijo maravilloso y tú le quieres más que nadie en el mundo. Eres una madre estupenda, pero tu estado no le ayuda y respecto a nosotros...

—¿Nosotros qué?

—Sólo digo que nuestro matrimonio corre peligro si no hacemos que cambien las cosas.

El cuerpo de Heather se estremeció al oír aquellas palabras. No es que no se diera cuenta de que su relación no era como antes, pero no creía que las cosas pudieran llegar a tal extremo. Cuando lo meditó un segundo pensó que su comportamiento había sido egoísta en ciertos aspectos. Roger era un marido y padre dedicado, y nadie podía negar que amaba a su familia. Quizá ella no había sabido sacar fuerzas, quizá no había estado a la altura pero, sin duda, aquel no era el momento de discutirlo.

Estaba realmente agotada y las palabras de su marido habían sido el toque de gracia aquel día.

—Lo siento, Roy. Lo intentaré, ¿de acuerdo?, lo prometo, pero ahora necesito dormir.

—Está bien. Heather, no quiero que dudes de lo que siento por ti.

—Lo sé, lo sé —dijo la mujer—. Mañana será otro día. No te preocupes. Buenas noches, Roy.

—Buenas noches, querida.

Roger apagó la luz de su mesa de noche y permaneció tumbado, boca arriba, contemplando el techo de la estancia. La discusión con su mujer no le permitía conciliar el sueño, pese a que su cuerpo estaba extenuado debido al trabajo. Miró a Heather, que se había colocado de costado, orientada hacia el lado contrario al que se encontraba él. No sabía si estaba dormida. El silencio de la habitación conseguía que sus pensamientos sonasen tan claros como si los estuviera expresando en voz alta. Recordó el día en el que una joven y radiante Heather se lanzó a sus brazos nada más llegar a casa y le contó entre besos que estaba embarazada, y como hicieron el amor hasta medianoche entre risas y promesas de dedicación eterna. Vino a su cabeza el nacimiento de Seymour, y el orgullo y miedo que sintió al cogerle por primera vez entre sus brazos. Aquellos eran recuerdos felices, pero también los amargos volvían a él. Rememoró como la preocupación llegó a su hogar unos meses después del nacimiento de su hijo, cuando comprendieron que algo le ocurría. Los médicos no pudieron más que confirmar sus temores y desde entonces sus vidas cambiaron irremediablemente. Al principio no fue difícil, el autismo de Seymour no le hacía tan diferente de los otros niños pequeños, pero conforme fue creciendo los demás adquirieron el habla, la comprensión del mundo, la empatía, el amor. La enfermedad se hacía más evidente día a día, y Heather sucumbió con ella. Su sonrisa se fue apagando, su alegría, su buen humor. Se convirtió en una devota cuidadora de su retoño y nada más importaba, ni siquiera Roger o ella misma. Entre los recuerdos fue quedándose dormido, apenas sin percatarse. Su sueño no fue profundo, ni placentero, ni reparador. El bullicio de su mente le pasaba factura y no conseguía permanecer mucho tiempo dormido. No transcurrían más de veinte o treinta minutos entre una mirada al reloj y la siguiente. Después de cada una de ellas le costaba más volver a conciliar el sueño. Finalmente, se quedó simplemente mirando el pasar de los minutos. Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada y hacía media hora que se había despertado por última vez. Nervioso y hastiado por la situación, salió de la cama y bajó a la cocina para beber un vaso de agua. El suelo de la estancia estaba frío y el llevaba los pies desnudos. Se desanimó pensando que aquello podía desvelarle aún más. Cuando hubo vaciado el vaso regresó al piso superior y se dirigió a su cuarto de nuevo, pero pensó en observar unos instantes a su hijo mientras dormía. Si algo podía relajarle ahora era aquello.

Roger abrió con sigilo la puerta del cuarto de Seymour para no despertarle. La

penumbra le impedía ver al pequeño. Ir descalzo le ayudó a acercarse a la cama sin hacer ruido pero, al llegar a ella, el silencio que le rodeaba fue súbitamente ahuyentado por un grito, casi un rugido, que salió desde su garganta.

—¡Seymour!

Su hijo no estaba en la cama, desecha y vacía. Roger abandonó el cuarto como una exhalación y comenzó a comprobar agitadamente el resto de la planta.

—¡Seymour! ¡Hijo! ¡Seymour! —continuaba exclamando.

No había respuesta. La oscuridad era su único hallazgo en cada una de las habitaciones. Heather, asustada por los alaridos de su marido, se había despertado y ahora se encontraba junto a la puerta de su dormitorio.

—¿Qué ocurre, Roger? —preguntó nerviosa.

—Seymour no está. No está en su cama. ¡No consigo encontrarle! —dijo Roger sin detener su búsqueda.

—¡Oh, Conciliador! —gimió Heather.

Se lanzó hacia las escaleras para ayudar a su marido. Heather creía que iba a desmayarse. Su respiración era rápida y entrecortada pero el aire no parecía cargar de oxígeno sus pulmones. Comprobó la cocina, el baño y el salón sin parar de gritar el nombre de su hijo, pero no obtuvo resultados. Roger, mientras tanto, había abandonado el piso superior y se dirigía al garaje. Comprobó el interior de su coche, así como el suelo debajo de este. Miró tras algunas cajas almacenadas, bajo su mesa de carpintería e incluso en el cuarto de la caldera. A Seymour a veces le gustaba encontrar un sitio apartado y tranquilo y quedarse allí un buen rato, pero nunca lo había hecho por la noche. El niño siempre dormía de una sola vez y, desde luego, nunca había salido de casa en plena madrugada.

—¡Roger, llama a la FedPol! —gritó Heather, que había entrado en el garaje.

—¡No! ¡Tengo que seguir! Llámala tú, yo voy a salir en su busca —dijo mientras accionaba la puerta del garaje.

—¿Crees que puede estar en la calle? ¡Encuéntrale, por favor!

Roger salió del garaje antes de que su mujer pudiese acabar la frase. Mientras Heather llamaba a la FedPol desde el panel de la cocina, Roger corrió calle abajo escudriñando cada hueco, detrás de cada árbol. Corría tanto como podía, de un modo que hacía que sus piernas le ardiesen. Cuando se alejó hasta unas quince casas más allá de la suya decidió retroceder y comprobar la otra dirección. Si no encontraba nada, entraría en casa a por una linterna y se adentraría en Seaton Park. Al llegar junto a la puerta amarilla de su hogar oyó un ladrido que parecía venir de la parte trasera y se estremeció pensando que un animal salvaje pudiese rondar por allí con Seymour perdido. Se apresuró hacia el jardín trasero y lo que contempló al doblar la esquina le heló la sangre. Su hijo estaba allí, tumbado sobre la tierra y, junto a él, un enorme perro mugriento con su boca junto a la cabeza del pequeño. Roger corrió hacia ellos emitiendo sonidos para intentar ahuyentarlo o atraerlo. Cualquier cosa antes de que le hiciese daño a su hijo. La mirada del perro fue atraída por el estruendo

del hombre y el animal se lanzó en carrera hacia él. Roger frenó, se protegió la cara con sus brazos, cerró los ojos de puro temor y se preparó para recibir una dentellada, pero en lugar de eso sintió como el perro posó las patas sobre sus piernas para ponerse de pie y golpeó su torso amistosamente con su cabeza, casi una caricia. Roger abrió los ojos.

—¡Heather!

Ella corrió afuera nada más oír la llamada de su marido. Cuando llegó allí contempló a Seymour aún tumbado sobre el césped y galopó hacia él. Ni siquiera prestó atención al animal que se apoyaba en su marido, pero Roger sí lo hacía, y no cabía en su asombro. Era Billie. No la había reconocido hasta que la tuvo justo frente a él. Estaba sucia, completamente manchada de tierra, pero no había duda, era ella. Roger estaba absolutamente desconcertado. ¿Todo aquel día había sido un sueño? ¿Estaba soñando ahora mismo? Sus ojos dictaban sentencias que su razón no podía aceptar, pero era Billie quien estaba lamiéndole la mano en ese momento. La misma perra que, destrozada, había enterrado esa misma mañana junto a Paul. Ahora, las heridas que habían llevado a Billie hasta la muerte parecían simples viejas cicatrices y sólo la suciedad entre su pelo enmarañado dejaba constancia de que había estado enterrada. Mientras tanto, Heather repasaba nerviosa con la mirada cada pequeña parte de su hijo. No parecía haber sufrido daño. Estaba tranquilo y solo en los dedos tenía un poco de sangre, nada realmente grave. Parecía haberse levantado un par de uñas, y todas ellas estaban llenas de tierra. Heather miró entonces a su lado y vio la razón de las heridas de su hijo. El pequeño había escarbado con sus manos la tumba de Billie. El lecho estaba vacío. Heather se giró hacia su marido y fue entonces cuando por primera vez prestó atención a la presencia del animal. Miró a Roger, conmocionada.

—¿Qué está ocurriendo, Roy?

—No lo sé —respondió sencillamente su marido.

Roger no salía de su asombro. Billie daba vueltas alrededor de Roger ladrando y moviendo la cola con gesto animado. Este la miraba, casi hipnotizado, intentado armar el puzzle en el que se habían convertido sus pensamientos. Súbitamente una frase volvió clara a su cabeza. La había leído la noche anterior, cuando Seymour ya estaba dormido; «En cualquier parte se puede encontrar algo mejor que la muerte».

—¡Billie! —exclamó Seymour, alegre.

## **Pax europea**

*Profesor: Sé que a muchos de vosotros no os interesa la Historia, solo tenéis quince años y preferís vuestros chismes tecnológicos, estar con los amigos o simplemente holgazanear. La Historia es importante, nos ayuda a comprender de dónde venimos, porqué el mundo es tal y como lo conocemos. La Historia nos ayuda a entender la razón de las cosas.*

*Alumno 1: ¿Cómo puede ayudarme a comprender el mundo lo que hiciese uno de esos romanos hace dos mil años?*

*Profesor: ¡Puede, Roberto! Y mucho. Tú, como italiano, eres descendiente cultural de ese gran imperio. Nuestra civilización ha heredado mucho de Roma, pero no hace falta que nos vayamos tan lejos. La Historia Contemporánea, cómo es el mundo hoy en día. ¿Alguien sabría decirme qué hecho trascendental cambió el rumbo de los acontecimientos por última vez? ¿Qué nos ha llevado hasta hoy?*

*(Silencio)*

*Alumna 1: ¿El Día de la Masacre?*

*Profesor: Buena respuesta, Giulia, pero no. El Día de la Masacre fue sólo la primera consecuencia del hecho que cambió el Mundo. El punto de inflexión, la singularidad, fue el Cambio Climático.*

*Alumno 2: No lo entiendo.*

*(Risas del resto)*

*Profesor: Veréis. A finales del siglo pasado, los investigadores comenzaron a dar mucha importancia a la Teoría del Cambio Climático, que se basa en que el consumo desmedido de recursos del ser humano y el continuo aumento de población de la Tierra tendría un efecto desastroso a largo plazo, ya que estábamos consumiendo más recursos de los que podíamos crear de manera sostenible y contaminando el medio ambiente hasta un punto de no retorno, un punto en el que no podríamos vivir*

en nuestro propio planeta. Se hicieron muchas conferencias sobre este tema, llamadas Cumbres de la Tierra, y se formaron pactos entre las naciones para disminuir sus emisiones y conseguir un futuro más sostenible. En la primera década de este siglo, Estados Unidos, China e India eran los países que más contaminaban.

*Alumna 2: Pero Estados Unidos impuso un bloqueo económico a esos dos países por la polución, ¿no? ¿Cómo pudo hacerlo si también contaminaba como ellos?*

*Profesor: ¡Exacto, Francesca! Pero esa solo fue la razón de cara a la galería. En la Cumbre de Bratislava, en 2030, Estados Unidos forzó a China y la India a firmar un pacto a tres bandas en el que todos ellos se comprometían a disminuir sus emisiones a la mitad en un plazo de cinco años. Muchas veces estos tratados quedaban solo en papel mojado. Los asiáticos no tenían ninguna intención de cumplir el acuerdo, pero no sabían que era justo lo que Estados Unidos quería que sucediese.*

*Alumna 2: ¿Por qué Estados Unidos quería fastidiarlos?*

*Profesor: No es que quisiera «fastidiarlos», es que querían controlarlos. Estados Unidos se consagró como la primera potencia del planeta tras la Segunda Guerra Mundial, pero entonces veía amenazada esa posición por esos dos países emergentes. Sabía que era cuestión de tiempo que ocupasen su lugar, así que tramaron un plan para frenar su ascenso. Estados Unidos se preparó concienzudamente para poder cumplir el acuerdo alcanzado en Bratislava, sabiendo que China e India no lo harían. En 2034, al comprobar que estos no habían seguido la hoja de ruta, Estados Unidos impuso un embargo económico a los asiáticos, parecido al que usó contra Cuba en el siglo xx, y presionó para que sus socios de Reino Unido, la antigua Unión Europea y Sudamérica se sumasen a él. Esto provocó una Crisis Mundial, ya que China e India eran los mayores productores del mundo y todos los países tenían muchas empresas que fabricaban sus productos allí. Los países de occidente lo pasaron mal reestructurando su industria de nuevo, pero el golpe para los asiáticos era mortal de necesidad, pues su economía estaba basada en la exportación. La mayoría de su población cayó en la ruina. Hacia el año 2038, el número de personas por debajo del umbral de la pobreza en China era casi del sesenta por ciento, y luego llegó la Plaga del Arroz. Hubo muchas, muchísimas muertes. Con su desarrollo económico detenido casi por completo, revueltas debido a la escasez de alimentos y una emergencia sanitaria muy importante, estas dos naciones rogaron a los Estados Unidos que levantase el embargo y permitiese la ayuda humanitaria. Después de tres años de negativas interpretaron el inmovilismo de los norteamericanos como una*

*declaración de guerra. Sin previo aviso lanzaron un ataque bilateral contra los Estados Unidos, el Día de la Masacre, tal y como es conocido.*

*Alumno 3: ¿Cómo pudieron hacer eso?*

*Profesor: Por desesperación. Pero debéis recordar una cosa, la violencia siempre tiene una explicación, pero nunca justificación. Gaspard, ¿sabes que ocurrió después? El Genocidio Norteamericano conllevó que la crisis económica mundial se acrecentase todavía más. La situación para Europa fue desastrosa, perdimos a nuestro mejor aliado económico y cultural, y la poca relación con las naciones atacantes desapareció. Sumida en la desesperación, la Unión Europea se transformó en un estado federativo en 2044. ¿Alguien sabe por qué se hizo esto? Os lo explicaré. Como país, la actual Federación Europea tiene una apariencia de mayor cohesión y es más fuerte política y militarmente frente a la Coalición Indochina y su bloque asiático de influencia. En un primer momento, se negoció que Rusia formase parte de la Federación, pero su gobierno lo rechazó y hoy en día su posición se considera neutral. ¿Entendéis el porqué de una Federación?*

*Alumno 4: Creo que sí.*

*Profesor: La idea era buena, pero las cosas no se hicieron bien. La necesidad de actuar rápido llevó a que el Parlamento Europeo eligiese por votación al Gran Ministro de la Federación, arrebatándole ese derecho al pueblo. Sabéis quién es, ¿no?*

*Alumna 2: Conrad Schroeder.*

*Profesor: Eso es. Se estableció la capital de la Federación en Munich y se aplicaron medidas para paliar la terrible crisis. Fue tres años después, en 2047, cuando se estableció el nuevo modelo de capitalismo. Lo que llaman el Neocapitalismo, el Capitalismo Extremo.*

*Alumno 2: ¿Esa palabra no está prohibida?*

*Profesor: A las cosas hay que llamarlas por su nombre. El sistema de ciudadanos y consumidores consiguió que Europa remontase el vuelo económico, pero a costa de*



*pisotear los derechos y la dignidad de los asignados como consumidores. Todos vuestros padres lo son, ¿verdad?, ¿por qué creéis que es? No hay ningún hijo de ciudadano aquí. Este sistema fragmenta a la sociedad. Consumidores con consumidores, ciudadanos con ciudadanos. Es un error y vosotros, las nuevas generaciones, sois las responsables de enmendar el error que nosotros cometimos. Vuestros padres no pueden votar, no pueden ejercer un cargo público, ¡ni siquiera pueden decidir que quieren hacer con su dinero! La Cuota de Gasto les obliga a derrochar la mayoría de su sueldo, y si la incumplen se les castiga aumentándola, ¿os parece eso justo?*

*Alumna 1: No sé... no.*

*Profesor: No lo es, Giulia. Por eso debéis estudiar. Tenéis que abrir vuestra mente al conocimiento, crecer como seres humanos. Sólo así estaréis preparados dentro de tres años, cuando realicéis el Test de Asignación Social. Convertíos en ciudadanos, solo a ellos se les escucha. Y cuando lo hayáis hecho, alzad la voz por vuestros semejantes consumidores, porque ellos no tienen manera de hacerlo.*

*---FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN---*

*Interrogador: Así que eres un disidente.*

*Profesor: Soy un ciudadano que hace uso de su libertad de expresión.*

*Interrogador: No, nada de eso. Eres un sujeto subversivo que emponzoña las mentes de unos adolescentes que no tienen recursos intelectuales para defenderse de sus mentiras. Un disidente. Como ves, las pruebas no podrían ser más contundentes. ¿Te declaras culpable?*

*Profesor: Me declaro culpable de ser inocente, agente.*

*Interrogador: Sabes, este tipo de denuncia suele ser anónima. En CONTROL no revelamos la identidad de la persona en cuestión para salvaguardar su seguridad, pero dado que no volverás a impartir clases, y que solo estamos tú y yo en esta sala, voy a darte una pista. Uno de tus alumnos, uno de ellos te ha denunciado. Grabó la clase con su SmartPad y lo presentó en comisaría. Ya lo ves, te crees tan listo, un*

salvador de las nuevas generaciones. No te necesitan, no creen tus engaños. Saben que el sistema funciona, tienen casas a las que volver, videojuegos a los que jugar, paneles con los que explorar la Red y un sinfín de productos para consumir. Son felices así, no quieren gente como tú.

*Profesor: Algún día la querrán, se cansarán de esto. El Capitalismo Extremo es el peor error de la historia de Europa.*

*Interrogador: Ese término lo crearon hace más de veinte años periodistas sensacionalistas tan deleznable como tú solo para poder escribir unos titulares y tener un puñado de visitantes en sus patéticos digitales. El Neocapitalismo es la panacea de la Federación, lo único que nos ha permitido permanecer fuertes frente al enemigo.*

*Profesor: Siento lástima por usted, es incapaz de pensar por sí mismo. Le oigo y me parece estar hablando con el mismísimo Schroeder.*

*Interrogador: El Gran Ministro no ofrece su confianza dos veces. Sé que una vez estuviste a su lado. ¿No fuiste uno de los miembros del Comité de Reordenación Económica? ¿Qué te ocurrió, Filippo? Tú ayudaste a crear el Neocapitalismo, ¿por qué lo desprecias ahora? Debes haber perdido la cabeza.*

*Profesor: No me importa nada de lo que diga.*

*Interrogador: Debería importarte.*

*Profesor: No. Hágame las preguntas que tenga que hacerme y apúntelo todo si quiere, pero acabe de una vez. No puede amenazarme con nada que me haga cambiar de opinión, porque estoy cansado y solo quiero irme a casa. En cuanto llegue allí pienso suicidarme, así que cualquier cosa que usted insinúe dejará de tener importancia.*

*Interrogador: Estás muy equivocado, no vas a ir a ninguna parte.*

Caso Filippo Perosio. Transcripción de interrogatorio 1-C. Cargos: Disidencia.  
Archivo de la Comisaría 14. Clasificado: Alto Secreto.

\* \* \*

—¿Qué haces todavía aquí?

—¿Te molesta?

—Me molesta que te vayas.

—No seas dramático, solo son un par de semanas.

—¿Y qué voy a hacer yo mientras tanto?

—Gobernar un continente, ¿te parece poco?

—Sabes que no tengo ni idea de hacerlo sin ti.

—Y tú sabes que estás exagerando.

—¿Puedo pasar? Preferiría seguir exagerando sentado.

—Claro, tengo diez minutos.

Emily Bryar estaba revisando sus emails cuando Anker Andersen se presentó en la puerta de su despacho. Se encontraba a punto de salir, dos semanas de vacaciones le esperaban tras los muros del Volksgeist, el edificio sede del gobierno federal, pero no le importaba gastar unos minutos con un buen amigo. Andersen tomó asiento frente a ella y se puso a jugar con una pequeña pelota antiestrés que Emily tenía sobre la mesa.

—¿Funciona? —preguntó Anker, refiriéndose al artilugio.

—No demasiado.

—¿Cuándo sale tu vuelo?

—Dentro de dos horas —contestó Emily, con la vista fija en la pantalla de su panel.

—¿No tienes que pasar por casa?

—Tengo la maleta en la recepción.

—Chica precavida, ¿me llamarás cuando llegues?

—Cuando aterrice en Montevideo serán las cuatro de la madrugada en Munich.

—Pensándolo mejor, seguro que estarás bien —afirmó Andersen con una sonrisa—. Deja ya ese maldito panel, el trabajo seguirá aquí cuando vuelvas.

—Dame un minuto, ya casi he terminado —replicó Emily.

—Señorita Bryar —dijo Anker, bromeando—, soy su jefe, no se lo estoy pidiendo.

Emily asintió con una sonrisa y centró su atención en Andersen. Era una enamorada de su trabajo, así que el carácter desenfadado de Anker le ayudaba en ocasiones a darse cuenta de cuándo detenerse. Él, uno de los hombres más poderosos de todo el mundo, a menudo parecía tomarse las cosas demasiado a la ligera. Era alto y muy apuesto, a sus cuarenta y seis años poseía unos marcados rasgos de sus orígenes daneses, con los ojos claros como la lluvia y una media melena del color del trigo que le caía graciosa y espesa tras las orejas. Sus facciones eran angulosas y

varoniles y su sonrisa sabía atrapar a las masas. Con ella se había echo un hueco en el Partido de la Fuerza Europea, el PFE, y alzado hasta el sillón del Gran Ministerio de la Federación como el primero elegido por votación entre los ciudadanos, después de los eternos veinticinco años de mandato de Conrad Schroeder y del breve Laertes Tavalas.

—¿Cómo lo habéis planeado? —preguntó Anker, con un tono algo paternalista.

—Bueno, iremos en el mismo vuelo, pero en asientos diferentes, a varias filas de distancia. Cuando aterricemos en el Aeropuerto de Carrasco saldremos separados, cogeremos taxis diferentes y nos encontraremos en el hotel.

—¿Y el resto del viaje?

—¡Por el Conciliador, Anker! No te preocupes tanto —Emily colocó un mechón de su negro pelo tras su oreja y resopló, tal como hacía siempre que se encontraba contrariada—, sabes que tendré cuidado. Estaremos en el otro extremo del mundo, pero no serían unas vacaciones en pareja si nos pasamos el día yendo cada cual por su lado. No soy tan importante, no creo que la prensa tenga interés en mi vida.

—Eres la Secretaria de Estado de la Federación y mi mano derecha. Les interesas, y mucho.

—Tú les interesas más. Monta un escándalo aquí cuando me vaya y listo —dijo Emily, bromeando.

—Eso sería perfecto, ¿verdad? —Anker alargó su brazo y estrechó cariñosamente la mano que Emily tenía sobre la mesa—. Sabes que sólo me preocupo por ti. Si esto saliese a la luz sería muy perjudicial para todo el Ejecutivo pero sobre todo lo sería para ti, eso es lo que no quiero que pase.

—Siempre he sabido el riesgo que corro. Es mi vida, Anker, no puedo vivirla como la dicte la Opinión Pública. Si hay consecuencias, las asumiré.

—Siempre tan segura de ti misma —Andersen suspiró y volvió a dar a su voz un tono de humor para relajar la conversación—. ¿No podrías haberte enamorado de un buen chico ciudadano del que pudiera sentir envidia cuando os viese en las revistas? —bromeó.

—Sabes que no funciona así. Cuando estoy con Garin no veo a un consumidor, simplemente veo a un ser humano extraordinario que me hace muy feliz. —Emily sonrió inconscientemente.

—Y así debe ser. No sabes como lamento que tengáis que ocultaros. Comprendo que no debe ser nada fácil, ojalá pudiese hacer algo al respecto.

—Eres el Gran Ministro, Anker. El primero elegido por la ciudadanía. Si alguien puede hacer algo, eres tú. Puedes abolir el sistema consumidor/ciudadano.

Emily sabía lo que diría Andersen antes siquiera de pronunciar sus palabras. Lo habían discutido muchas veces, y era uno de los pocos temas que ponían de los nervios a Anker.

—No es tan fácil, supondría lanzar por los aires el Neocapitalismo. Para bien o para mal, el cabrón de Schroeder afianzó tanto el sistema que dudo que los cimientos

de la Federación Europea aguantasen su caída. Lo siento, Emily, pero no puedo poner en peligro el Mundo Libre por intereses personales.

—Lo sé, lo sé. El mundo es así, ¿no?

—No, la Federación es así. El resto del mundo es mucho peor. —Andersen se levantó de su asiento—. Ahora vete. No hagas esperar a Garin. Te prometo que tendré montañas de trabajo para ti cuando vuelvas.

Emily salió de detrás de su escritorio y abrazó a Anker, que le devolvió una cariñosa sonrisa y salió del despacho. Ella cogió su maletín, cerró la puerta con su huella digital y su gesto de seguridad y se dirigió al ascensor. Al llegar al vestíbulo saludó con gesto espontáneo al conserje, que agachó la cabeza cortésmente y se apresuró a entregarle el equipaje que había depositado en un pequeño cuarto contiguo al inicio de la jornada. Tan pronto como Emily recibió su maleta salió por las grandes puertas giratorias del Volksgeist y se vio inmersa en el bullicio del centro de la capital de la Federación, en la Plaza de Marienhof. Se dirigió al borde de la acera, donde aguardó un minuto hasta ver el taxi que había solicitado con su SmartPad un momento antes. El vehículo se detuvo justo delante de ella y mostró su nombre en el panel que llevaba incorporado en la puerta. Emily guardó su equipaje en el maletero, subió al taxi e informó a la consola central de que su destino era el aeropuerto. El taxi volvió a encender su silencioso motor eléctrico y el piloto automático puso rumbo a su destino.

Fuera estaba lloviendo, las pequeñas gotas de lluvia adornaban la ventanilla junto a la cara de Emily. Ella disfrutaba del tintineo que producían al impactar contra el cristal, del leve murmullo que creaba la lluvia a su alrededor al precipitarse en la soledad de aquella cabina solamente habitada por ella. Era algo con lo que había gozado desde que era niña. El día no era frío, eran mediados de agosto y, pese a la lluvia, el clima templado le recordaba al del verano en Inglaterra. Pronto pasaría y los días gélidos se adueñarían del territorio germano durante muchos meses antes de volver a darle un respiro.

Emily sacó un pequeño espejo plegable del bolsillo de su abrigo. Odiaba llevar bolso, pues para ella colgar un bulto del brazo o en la mano era como estar manca, así que nunca lo hacía. Abrió el aparejo y se miró en él para comprobar si su maquillaje necesitaba ser retocado. Le gustaba contornearse los ojos con lápiz negro, lo cual hacía juego con su oscura y lisa melena a la vez que resaltaba el verde de sus ojos y el tono blanco de su piel como porcelana. Tenía los rasgos faciales finos y un pequeño y gracioso hoyuelo en el centro de la barbilla. Su boca era pequeña, pero sus labios carnosos y le encantaba realzarlos con pintalabios rojo. No durante el trabajo, pero solía hacerlo al salir. El contorno de los ojos seguía bien definido, así que sacó el carmín del mismo bolsillo y se acarició los labios con él hasta que su color se volvió escarlata. Al acabar guardó los utensilios en el abrigo y se quedó un rato mirando a través de la ventanilla.

El trayecto hasta el aeropuerto duró casi media hora. Había bastante tráfico en la

autopista y los tiempos de las alocadas maniobras para ganar unos minutos por trayecto habían quedado atrás con la incursión de los vehículos autopilotados. Ahora los coches parecían bailar el vals en suntuosa armonía por las arterias del asfalto de las ciudades y los trayectos interurbanos, pero cuando se formaba algún atasco no había nadie a quién gritar para que se diese prisa. Emily bajó de su taxi, recogió su equipaje y entró en la terminal. Comprobó en el panel informativo el número de la puerta de embarque que correspondía a su vuelo. Era el número trece, cosa que no le gustó, ya que era un poco supersticiosa, una herencia de su madre. Dio un respingo de resignación y se dirigió hacia ella. No necesitaba facturar su maleta. En el camino se detuvo en uno de los kioscos de prensa y ojeó la sección de revistas. El vuelo hasta Montevideo se alargaría hasta diez horas, así que pensó que sería buena idea tener algo con lo que entretenerse. Decidió comprar una sobre curiosidades científicas y otra de interés general, con entrevistas, reportajes y temas relacionados con la actualidad. Acercó su SmartPad al panel donde se anunciaban y las descargó en él. Un pitido le confirmó que la transacción se había realizado correctamente. Emily siguió su camino y cuando llegó al control de seguridad se colocó en la cola y comenzó a buscar con la mirada a Garin. Había medio centenar de pasajeros esperando para pasar por los escáneres. Ella dio unos pasos a un lado para comprobar si estaba entre ellos y le descubrió casi al principio de la cola. Ahí estaba Garin. Él le había visto antes y ahora le miraba con una sonrisa cómplice. Emily se la devolvió tímidamente y volvió a su lugar en la fila. Pese a no poder estar a su lado se sentía reconfortada. Garin era una pieza fundamental en su vida. En ocasiones, Emily vivía por y para su trabajo, pero si había algo que podía hacer que se olvidase de este, de todo, era él. Le había conocido fortuitamente once meses atrás cuando, tras un apagón energético, el sistema inteligente de su casa se había vuelto loco. La calefacción se conectaba hasta alcanzar más de 30 grados, la alarma saltaba en plena madrugada y el autogestor del frigorífico encargaba una y otra vez productos al G-Market porque erróneamente detectaba que no quedaban existencias. G-Corp mandó a uno de sus operarios y Garin se presentó ante su puerta. Emily recordó el estremecimiento que recorrió su cuerpo la primera vez que le vio, con su cabello rubio peinado hacia un lado, sus grandes ojos castaños, su tez clara y su casi metro noventa de altura. Sin embargo, lo que más cautivo a Emily fue la sonrisa de Garin, perenne e inmensa, abarcando toda su cara, igual que la que le había dedicado hacía un momento en la cola del escáner. Rememoró como Garin había estado comprobando una y otra vez la consola central de su hogar sin encontrar el fallo hasta que se giró hacia ella y le preguntó; «¿ha intentado razonar con él?», a lo que Emily, cayendo inocentemente en la burla respondió «¿se puede hacer eso?». «No, pero hubiera sido divertido verle intentándolo», contestó Garin entonces junto a una gran risotada. En aquel momento Emily se sintió estúpida, pero cómoda por alguna extraña razón. G-Corp tuvo que cambiar por completo el sistema inteligente casi dos semanas después, pero Emily y Garin pasaron aquella tarde charlando, riendo y

comiendo las dos docenas de yogures que el frigorífico había encargado por error.

La fila avanzó y Emily pudo ver como Garin superaba el control y recogía sus pertenencias al otro lado del escáner. Unos quince minutos después, tras un par de registros a otros usuarios, llegó su turno. Entregó su tarjeta de embarque al oficial, que al comprobar su nombre le cedió raudo el paso con un escueto «gracias, señorita Bryar». A Emily no le gustaba que le concediesen trato de favor alguno, pero desde hacía seis meses, al formar parte del Ejecutivo, le ocurría frecuentemente. Había aprendido a aceptarlo con cortesía, aunque le resultaba molesto. De camino a la puerta de embarque se distrajo curioseando un par de tiendas, aunque no compró nada.

Al llegar a la puerta correspondiente descubrió que aún no la habían abierto para acceder al avión. Buscó a Garin, que permanecía sentado en una de las largas filas de asientos. Emily se colocó en el de enfrente, separada de él por los escasos tres metros del pasillo que transcurría entre sus hileras de asientos. De vez en cuando se intercambiaban miradas cómplices, alguna sonrisa, pero nada que pudiese llamar la atención del resto de personas que se encontraban allí. Probablemente alguna de ellas habría reconocido a Emily y no querían que su conexión fuese descubierta. Ella se entretenía leyendo en su SmartPad una de las revistas que había comprado mientras Garin simplemente observaba a la gente pasar. Unos minutos después, un anuncio comenzó a escucharse por los altavoces de la terminal.

«Damas y caballeros, les informamos que el embarque para el vuelo 8643 de G-Air con destino Montevideo está abriendo sus puertas. Rogamos a todos los ciudadanos que vayan a tomar este vuelo que se dirijan a la puerta trece para embarcar. Los consumidores podrán hacerlo una vez se haya completado el embarque de los ciudadanos».

Era la manera habitual de proceder, pero Emily no pudo evitar sentirse herida y avergonzada al mismo tiempo. Miró a Garin, que le sonrió, haciéndole saber que no le importaba, y con un leve gesto de cabeza le animó a dirigirse a la puerta de embarque. Emily se levantó de su asiento y se dispuso a embarcar. Al llegar a la azafata que controlaba el paso esta le selló su billete y le deseó un buen vuelo, sin apenas mirarle. Cuando entró en el avión, un joven auxiliar de vuelo le ayudó a encontrar su asiento y dispuso su equipaje en el compartimento que se encontraba encima de su cabeza. Emily se colocó en el sillón que tenía asignado y contempló la pista por la ventanilla. Siempre había pensado que eran el contraste perfecto al bullicio de las terminales, donde la gente iba de un sitio a otro sin descanso. Las pistas, sin embargo, parecían lugares desérticos, casi apocalípticos, yermos de asfalto flanqueados por hierba débil y moteados por los aviones estacionados, que se asemejaban a cadáveres metálicos esparcidos aquí y allá. Volvió su vista hacia el interior de la nave esperando, un poco ansiosa, ver entrar a Garin. Tuvieron que pasar

diez minutos para que eso sucediese. Él tenía asignado un asiento en la parte trasera del avión, junto al resto de consumidores, por lo que unos instantes después de entrar en el habitáculo el mismo joven que le había acompañado a ella dirigió a Garin hacia el fondo, justo por el pasillo que se encontraba junto al asiento de Emily. Garin no le miró ni un momento mientras se acercaba a ella, algo que le puso nerviosa. Sin embargo, en el momento de encontrarse a su lado, Garin lanzó un pequeño trozo de papel al regazo de Emily con un gesto tan rápido que nadie pareció percatarse. Ella se apresuró a desplegarlo y comprobar que contenía. Cuando lo hubo hecho pudo leer «en cuanto lleguemos te invito a un par de rondas de mojitos». Emily sonrió y pensó «Los mojitos son cubanos», aunque sabía que Garin solo estaba bromeando.

Cuando todo el mundo hubo embarcado, los auxiliares cerraron las puertas de la nave y los pilotos comenzaron con las pruebas de los motores. Un par de minutos después el comandante se presentó por megafonía, explicó que las condiciones meteorológicas eran buenas pese a la lluvia y pidió atención para seguir las medidas de seguridad que explicarían a continuación. Al acabar, el avión comenzó a desplazarse torpemente hacia la pista de despegue. Cuando la nave se detuvo al comienzo de esta, el piloto volvió a dirigirse a los pasajeros, asegurando que despegarían en unos minutos cuando el tráfico aéreo cesase y la torre de control diera su permiso. Emily pensó que una vez estabilizados en el aire intentaría dormir un poco para llegar descansada y evitar el aburrimiento de tantas horas de vuelo. En ese momento su SmartPad comenzó a sonar. Emily lo sacó de su bolsillo y comprobó la pantalla, la llamada era del número personal de Anker. Una de las azafatas caminó apresuradamente hasta Emily y le recordó severamente, aunque con una sonrisa en el rostro, que el uso de aparatos electrónicos no estaba permitido dentro del avión.

—Lo siento, es importante —dijo Emily.

—Le entiendo, señorita, pero las normas de seguridad son muy claras y es necesario que...

Emily silenció a la azafata con un contundente gesto de su mano a la vez que se ponía de pie.

—Le digo que es importante, voy a contestar, lo siento. —Emily aceptó la llamada y colocó el dispositivo junto a su oreja—. ¿Qué pasa, Anker?

—Emily, ¿dónde estás? —Andersen sonaba nervioso.

—Estoy en el avión, ¿qué demonios pasa?, estamos a punto de despegar.

—Estáis en tierra, menos mal. No sabes como lo siento, Emily, pero tienes que bajarte de ese avión.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? —Emily no cabía en su asombro.

—De verdad, lo siento mucho por ti y por Garin, pero ha ocurrido algo y te necesito aquí.

—Está bien, está bien. —Emily intentó tranquilizarse—. ¿Qué ha pasado?

—Nos ha llegado un mensaje urgente de la Secretaría del primer ministro chino. El mismísimo Lao Kahn ha pedido una VidCom conmigo dentro de una hora.



—¿El primer ministro chino? Anker, hace años que la Federación no tiene relaciones diplomáticas oficiales con la Coalición, ¿y me estás diciendo que China pide una videoconferencia urgente de jefes de estado?

—No sé que quieren, Emily, pero tiene que ser importante y necesito que estés conmigo para que me ayudes a valorarla.

—Anker, como esto sea una broma te juro que...

—Emily, baja de ese avión. ¿Podrás estar aquí a tiempo?

—Por el Conciliador... lo intentaré. Voy para allá, Anker.

Emily colgó el teléfono. No se había dado cuenta hasta ese momento, pero todo el avión le estaba observando. Giró su cabeza y contempló a Garin, que parecía no entender nada. Emily le miró a los ojos y casi no pudo contener las lágrimas en los suyos. Entonces Garin comprendió lo que estaba pasando y le ofreció, de nuevo, otra de sus sonrisas, pero esta vez no pudo conseguir que pareciese sincera ni que ocultase su dolor. Emily se dirigió a la azafata.

—Necesito bajar del avión —dijo apresuradamente.

—Lo siento, señorita, pero eso es del todo imposible —afirmó con rotundidad la mujer.

—No, tengo que hacerlo, es una cuestión de vida o muerte.

—Si lo desea podrá usted coger un vuelo de regreso tan pronto como aterricemos en Montevideo, pero...

—¡No me ha oído! —gritó Emily—. ¡Le estoy diciendo que necesito bajar de este maldito avión!

—Señorita, le pido que no use ese tono o me verá obligada...

—¡Es una cuestión de estado! —Emily gritó aún con más fuerza—. Soy Emily Bryar, Secretaria de Estado de la Federación Europea. —Rebuscó en uno de los bolsillos de su chaqueta, que se encontraba en el asiento de su lado—. Aquí tiene mi documentación y le puedo asegurar que si no estoy fuera de este avión en cinco minutos las consecuencias serán muy graves.

La azafata comprobó la documentación y, antes de que transcurriese un minuto, el avión estaba dirigiéndose de nuevo hacia la terminal. Emily corrió a través del *hall* de aeropuerto tan deprisa como le permitieron sus tacones, sin percatarse siquiera de que su equipaje permanecía en el compartimento del avión. Salió a toda prisa y se introdujo en uno de los taxis que esperaban en la puerta de la terminal. Cerró la puerta y exclamó «¡Al Volksgeist por favor!». La consola del vehículo reconoció la ubicación y tomó rumbo hacia ella, pero no con la premura que a Emily le hubiese gustado. Ahora sólo podía pensar en dos cosas; Anker y Garin, Garin y Anker. No podía sacarse de la cabeza qué estaría ocurriendo en el mundo para que el primer ministro chino reclamase una audiencia inmediata con el Gran Ministro de la Federación Europea. Solo el Conciliador sabía lo que debía estar pasando por la mente de Anker en este momento. La Coalición Indochina y la Federación eran enemigos declarados desde casi el mismo Día de la Masacre, cuando la geopolítica

mundial se transformó de la noche a la mañana. Durante los primeros lustros del nuevo orden mundial, el Gran Ministro Schroeder se había preocupado de que la tensión entre las potencias fuera todo lo llevadera posible hasta que la recién nacida Federación hubiese conseguido la fortaleza suficiente, pero en los últimos años de su mandato las relaciones, ya de por sí tensas, se habían enfriado hasta convertirse en inexistentes. Emily no era optimista, algo tan apresurado solo podían ser malas noticias. Algún tipo de exigencia, quizá la declaración de una guerra abierta. Prefería no imaginarlo. Sus pensamientos volaron miles de pies por encima del taxi hasta llegar al avión en el que había estado hacía solo unos minutos, en el que aún se encontraba Garin. Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas al tiempo que imaginaba a Garin dirigiéndose al otro lado del mundo completamente solo. Emily no podía evitar sentir que le había fallado pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Pensó que no podría hablar con él hasta más de diez horas después, incluso entonces no sabía si podría localizarle y poder explicarle porqué le había abandonado en aquel estúpido avión.

Cuando el taxi llegó frente al Volksgeist, Emily confirmó el pago con su SmartPad y salió corriendo del vehículo. Al entrar en la recepción vio al mismo conserje que apenas unas horas antes le había entregado su equipaje. El hombre la miraba ahora con cara de asombro. Por supuesto, no tenía la menor idea de la razón por la que había tenido que volver tan apresuradamente. Emily se colocó junto al ascensor y, jadeando debido a la carrera, pulsó el botón de llamada casi una docena de veces. El elevador se demoró medio minuto que le pareció una eternidad. Entró precipitadamente y exclamó «¡A la octava planta, por favor!». La femenina voz aterciopelada de la Inteligencia Simulada del ascensor afirmó con diligencia y delicadeza, y el elevador se dirigió al destino indicado. Emily abandonó el ascensor antes de que las puertas se abrieran por completo. La planta octava agrupaba la mayoría de los despachos de los altos cargos del gobierno de la Federación, entre los que se encontraban el de Emily y el de Anker, así como la sala de reuniones. Emily se dirigió al despacho de Anker, pero al llegar se encontró la puerta cerrada. Caminó entonces por los pasillos que llevaban a la sala de reuniones y al girar la última esquina se encontró con Giles Lebouf, el Ministro de Defensa, que fumaba un cigarrillo apoyado en la pared junto a la puerta de la estancia.

—¡Emily! ¿Dónde estabas?

—¡Se suponía que me iba de vacaciones! Giles, ¿qué está ocurriendo? —dijo Emily, intentando recuperar el aliento.

—No tenemos ni la menor idea, las cosas siguen igual. Estamos esperando a recibir la señal del gobierno chino.

Giles Lebouf dio otra calada a su cigarrillo y se atragantó con ella. Comenzó a toser y su abultada panza se movió rítmicamente arriba y abajo al son de sus quejidos. El escaso y blanquecino pelo que quedaba en su cabeza le cayó a un lado. Sus ojos pequeños parecían dos piedrecillas calentándose sobre un par de braseros

que eran sus mofletes enrojecidos. Su aspecto era poco marcial, aún vistiendo su uniforme militar con todas sus condecoraciones. A Emily no le agradaba, pero por alguna razón Anker confiaba en él.

—¿Habéis declarado la alerta?

—No lo he creído necesario —afirmó Lebouf mientras apuraba su cigarrillo—. De momento solo es una VidCom, pero he puesto a los altos mandos del ejército en preaviso, por si las cosas se tuercen. No me fío de ese hijo de perra amarillo.

—¿Crees que van a jugárnosla?

—Si el jodido Kahn me da media oportunidad le meteré un supositorio nuclear por su culo septicémico, así que espero que no sea tan tonto como parece.

—¿Está Anker dentro? —preguntó Emily.

—Sí. Está hecho un flan, deberías pasar.

Emily asintió y entró en la sala de reuniones. Dentro se encontraba Anker acompañado de Mina Nilsson, la Ministra de Exteriores. Andersen repasaba unos documentos junto a Nilsson sin poder ocultar su nerviosismo. Cuando vio a Emily exhaló un suspiro y le miró con evidente cara de preocupación.

—¡Emily! ¿Cómo estás? —preguntó.

—Eso no es importante ahora, ya tendré tiempo para torturarte más tarde. ¿Qué sabemos? —dijo Emily, intentando no pensar en Garin.

—A las dos treinta y cuatro hora de Munich hemos recibido un comunicado del gabinete gubernamental chino en el que se pedía, por decirlo de alguna forma, una VidCom de carácter urgente entre Lao Kahn y el Gran Ministro de la Federación, con hora establecida para las cuatro en punto —expuso Mina Nilsson con su característica pasividad—. En dicho comunicado se ha explicitado que los únicos interlocutores en la conferencia deben ser los jefes de estado y que, en ningún caso, alguien más debe estar presente. A su vez, se exponía que la VidCom transcurriría en inglés, por lo que no serían necesarios traductores.

—¿Hemos descubierto de qué se trata? ¿En qué posición estamos? —preguntó Emily. Se sentó junto a Anker mientras Lebouf entraba en la sala.

—Bueno, ahora son las tres cuarenta y nueve —prosiguió Nilsson—. Hemos tenido poco más de una hora. Nada más conocer la noticia he puesto en marcha todo el sistema de contrainformación. Hemos rastreado el envío del comunicado, contactado con nuestros informadores y con los topes en los gobiernos de la Coalición, pero si he de ser sincera no hemos conseguido mucho.

—No hace falta tanta tontería para saber lo que trama ese cabrón —interrumpió Lebouf—. Puedo decirlo yo mismo, nada bueno.

Mina suspiró, ninguneando con serenidad el comentario de Lebouf.

—Aparte del concienzudo análisis de la situación expuesto por el Ministro de Defensa —dijo, irónicamente, Nilsson—, y siempre extrapolando los pocos datos fiables que tenemos, puedo afirmar casi con seguridad que no nos encontramos ante una situación de peligro en cuanto a seguridad nacional. La falta de información es

información en sí misma. Mi opinión es que si la Coalición pretendiese declarar la guerra o llevar a cabo cualquier otro acto pernicioso para la Federación alguno de los agentes contactados habría recibido esa información o, al menos, escuchado rumores. Sin embargo, todos nos han reportado lo mismo; calma tensa, lo de siempre. Además, he pedido que un experto en semántica y semiótica estudiara el comunicado. Aparte de la latente violencia lingüística propia de los estados totalitarios lo ha encontrado más urgente que amenazante.

—No es mucho, pero al menos no son malas noticias —afirmó Emily.

—No son más que conjeturas —interrumpió Anker—. No os preocupéis, estoy listo para lo que Kahn quiera decir. Preparémonos, quedan cinco minutos para la conexión. ¿Dónde se ha metido Lafayette?

—El Vice Gran Ministro está fuera de la ciudad. Le he avisado, pero no llegará a tiempo —explicó Mina Nilsson.

Andersen se levantó de su asiento, dio unos cuantos pasos a un lado y otro de la sala y finalmente se colocó erguido tras la mesa de reuniones, justo delante de la pantalla situada al otro extremo de la sala. La cámara que retransmitiría su imagen estaba incrustada en ella, por lo que su interlocutor tendría la sensación de que le miraba a los ojos. Emily, Mina y Giles se acomodaron en uno de los extremos, fuera del rango de la cámara. Pese a que Anker sería el único que aparecería en la imagen, ellos podrían ver y oír lo que estaba a punto de suceder. Los minutos pasaron lentos y cargados de tensión. Anker apoyaba ambas manos en la mesa y mantenía silencio, igual que el resto de asistentes. Justo cuando el reloj marcó las cuatro una pequeña alerta intermitente comenzó a sonar. La gran pantalla que se encontraba frente a Andersen mostró la notificación de una nueva conferencia entrante. El panel del escritorio surgió serpenteante ante Anker. Este solo tenía que presionar el botón de entrada y todo estaría en marcha.

—Dejemos que el cabrón sude un poco —dijo Andersen.

Miró a sus compañeros con una sonrisa en la cara que no conseguía disimular por completo su nerviosismo. Dejó pasar casi veinte segundos más antes de pulsar el botón. Justo al hacerlo, la imagen del primer ministro chino inundó completamente la pantalla.

—¿Le he cogido en mal momento, señor Andersen? —preguntó irónicamente Lao Kahn, demostrando su disgusto por la espera.

—Para nada, Kahn. Puedo dedicarle unos minutos —contraatacó el Gran Ministro.

—Tiene suerte de que yo también pueda hacerlo —refunfuñó Kahn—. Usted y yo nunca hemos hablado en persona, así que no hemos podido presentarnos debidamente.

—No creo que ninguno de los dos necesite presentación.

—Está usted en lo cierto, señor Andersen —concedió Kahn, mostrando una sonrisa sibilina.

El inglés de Kahn era perfecto, salvo por pequeños matices en la pronunciación. Andersen se sentía un poco más tranquilo. No se consideraba un gran negociador, pero su agudeza lingüística le había valido en muchas ocasiones para controlar conversaciones incómodas como la que estaba teniendo en ese momento. Hablar con Lao Kahn no le estaba impresionando tanto como había imaginado. Era un hombre menudo, con los rasgos de la cara redondeados salvo por los característicos ojos rasgados de su etnia, con el pelo moreno y engominado, peinado hacia atrás. Su semblante era duro pero no por naturaleza, eran sus muecas y sus gestos los que le daban ese parecer. Anker había visto multitud de discursos de Kahn. Su expresividad era la propia de un dictador y su discurso populista acompañaba esa imagen. Sin embargo, físicamente se asemejaba más a un funcionario cualquiera escondido tras un mesa en algún departamento gubernamental. En cualquier caso, sabía que se encontraba frente a un hombre brillante y no estaba dispuesto a darle la ventaja de infravalorarlo.

—Está claro que ninguno de los dos disfrutamos de esta conversación —prosiguió Kahn—. Permítame ir al grano.

—Adelante —se limitó a decir Anker.

—Hay un acontecimiento reciente del que me consta ustedes no tienen la menor idea.

—Parece usted muy seguro de esa afirmación.

Pese a que Andersen quiso imbuir sus palabras de autoridad la sentencia de Kahn le había desorientado lo suficiente para que desviase su mirada un instante hacía el resto de espectadores de la sala, algo que no pasó desapercibido para su interlocutor.

—No es necesario que finja, señor Andersen. Le hemos pedido que se entrevistase conmigo a solas, pero sé que no ha cumplido su parte del trato. —Kahn sonrió, sabiendo que volvía a tener las riendas de la conferencia—. No se preocupe, el motivo de esta VidCom no es bélico. La Coalición no ha decidido borrarles del mapa todavía. Si usted y yo estamos hablando es porque hay un asunto que ineludiblemente debemos tratar en persona.

—¿De qué se trata? —preguntó Anker, más dócil.

—No puedo revelarles detalles por esta vía de comunicación. Le aseguro que la idea me entusiasma tan poco como a usted, pero es necesario que nos veamos las caras.

—No veo cómo. No voy a viajar a China con una información tan vaga y sin garantías —contestó rotundamente Andersen.

—Eso no será necesario, señor Andersen. Seré yo quién vaya a visitarles, y será un acontecimiento público.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. Usted es el máximo mandatario de China y la Coalición es nuestro mayor enemigo.

—Eso está por ver, créame. Si son ustedes mínimamente responsables de la seguridad de su nación me harán caso. No me importa que excusa se inventen de cara

a la Opinión Pública, pero en tres semanas viajaré junto a una delegación hasta Munich. El presidente hindú me acompañará también.

—No estoy dispuesto a concederle eso.

—¡Lo haremos! —interrumpió súbitamente Emily, colocándose frente al rango de visión de la cámara—. Soy Emily Bryar, Secretaria de...

—Sé quién es usted, señorita Bryar. Parece tener mejor juicio que su colega el Gran Ministro.

—Emily... —balbuceó Andersen.

—Anker, creo que debemos hacerlo —afirmó Emily—. Señor Kahn, más le vale que lo que tenga que contarnos sea importante.

—No sé si les gustará, señorita Bryar, pero les aseguro que no les decepcionaré. Tres semanas. Envíen un comunicado con los pormenores cuando hayan elaborado su farsa pública.

Kahn desapareció de la pantalla, que quedó completamente a oscuras. Anker se sentó con la mirada perdida.

—¿Se puede saber a que coño ha venido eso? —exclamó Lebouf—. Te has bajado los pantalones delante de los jodidos chinos, Bryar.

—Giles, estoy convencida que detrás de la fachada de Kahn se escondía algo más —dijo Emily—. Pretendía parecer seguro, pero creo que lo que tiene que contarnos le sobrepasa.

—Estoy de acuerdo con Emily —afirmó Mina—. Si este tema fuese algo que la Coalición pudiese ocultarnos para su beneficio sin duda lo harían. Si se han puesto en contacto es porque no han tenido más remedio.

—¿Cómo se supone que vamos a explicar esto a la gente? —dijo, por fin, Anker.

—Les diremos que Bryar se ha enamorado del jodido amarillo y viene para que pasen juntos la luna de miel —dijo Lebouf, irónico.

—He pensado... —continuó Emily, haciendo caso omiso de los improperios de Giles—. He pensado que faltan dos meses para el treinta aniversario del Día de la Masacre.

—¿Quieres que celebremos un cumpleaños? —exclamó, furioso, el Ministro de Defensa.

—¡Giles, cállate de una maldita vez! —rugió Anker, congelando a Lebouf en su asiento—. ¿Qué has pensado, Emily?

—Una distensión —contestó—. Podemos presentarlo como una Cumbre de la Paz. Tras treinta años de enemistad, un primer acercamiento. Los mandatarios de la Coalición vienen a Munich. Hacemos un acto público en el que se hable de trabajar por la paz, por el inicio del fin del conflicto.

—Es una buena idea —secundó Nilsson.

—Podría funcionar —dijo Andersen, meditabundo—. ¿Crees que tendremos tiempo de prepararlo en tres semanas?

—Bueno, yo ya he aplazado mis vacaciones —respondió Emily. Sintió una

punzada en el estómago nada más pronunciar las palabras, pues la imagen de Garin había vuelto a su cabeza.

—De acuerdo —aceptó Anker—. Creo que en ese caso habrá que enviar una invitación al presidente de la República de Rusia. No podemos arriesgarnos a que se sienta menospreciado si lo ninguneamos. La neutralidad rusa es más vital que nunca.

—Lo haremos —afirmó Emily—. Sé que no te gustará la idea, pero también deberíamos dirigir una invitación a Pascal.

—De ninguna manera —sentenció Andersen—. Ese cabrón se invitará solo.

# Revital

## **Max Weber**

*Para otros usos de este término, véase Max Weber (desambiguación)*

*Maximilian Wilhelm Weber (Hallstatt, Austria, 30 de mayo de 2007 - Lion, Francia, 2 de diciembre de 2068) fue un físico, químico, biólogo, ingeniero, cirujano, inventor y astrónomo austriaco considerado como el científico más relevante de la primera mitad del siglo XXI. Pese a que cuenta con numerosos trabajos de gran importancia en todos sus campos de estudio, se le conoce principalmente por ser el padre de la robótica androide y ginoide.*

## **Biografía**

*Hijo de Joseph Weber, mecánico de maquinaria pesada, y Rose Goldman, enfermera, ambos de ascendencia judía. En 2016, Weber emigró junto a sus padres a Boston, Estados Unidos. Allí comenzó sus estudios en el Caledonian High School, un centro especializado en el desarrollo de las potencialidades de superdotados. Tras su graduación en 2022, ingresó en el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde... (ver +)*

## **Principales aportaciones**

*En el año 2037 entró a formar parte de la entonces incipiente empresa G-Corp, fundada por el empresario Jacques Pascal, quién se había interesado mucho en los estudios sobre Inteligencia Artificial a los que Weber había dedicado sus primeros trabajos. Se mudó a Ginebra, donde lideró el departamento inaugurado por él mismo para la creación y el desarrollo de androides y ginoides. Cuatro años después, Max Weber presentó al mundo junto a Jacques Pascal a «Ray», el primer androide en ser comercializado de manera masiva. Entre 2037 y 2063 se mantuvo a cargo del proyecto, lanzando al mercado cerca de setecientos modelos diferentes de androides y ginoides de carácter doméstico, laboral, compañía, ayuda a discapacitados, eróticos, etc. así como la elaboración de modelos exclusivos, ediciones limitadas y encargos de todo tipo. Debido al gran realismo que presentaban sus diseños, conceptualizó la «Marca de Plata» para poder diferenciar a los androides de los*



*humanos, una fina línea de aluminio que recorría verticalmente el cuerpo de los androides desde su labio inferior hasta su nuca, pasando por su torso, entre sus piernas y su espalda. (Ver +)*

### ***Controversia y desaparición***

*Tras el Incidente de Copenhagen, que desencadenó la Prohibición de cualquier tipo de androide y ginoide, el desarrollo de estos productos se canceló y los cerca de treinta millones de unidades en activo fueron destruidas. Este hecho afectó personal y profesionalmente a Max Weber, que se mostró como un ferviente oponente de la Prohibición. A finales de 2063 dimitió de su puesto en G-Corp al sentirse traicionado por su presidente, Jacques Pascal, ya que aunque su empresa poseía el monopolio de la fabricación de androides se posicionó activamente a favor de la iniciativa.*

*Tras su marcha de G-Corp, Max Weber adquirió un complejo de laboratorios en el oeste de Francia, donde trabajó en proyectos no revelados hasta el año 2068. El 2 de diciembre de ese año fue declarado desaparecido tras un incendio en el ala norte de sus instalaciones. Pese a que no se encontró resto alguno, fue declarado oficialmente fallecido el 12 de febrero de 2069.*

Fuente: Fedpedia.

\* \* \*

Apenas dos horas después de que Benjamin subiese al coche él y Jules llegaron a las afueras de Berna. El vehículo giró a la derecha a unos cinco kilómetros de la ciudad para entrar en un camino sin asfaltar. El traqueteo hizo que Ben se sujetase al asa de la puerta con fuerza. La silenciosa energía eléctrica que impulsaba los automóviles desde hacía años había ayudado a que el ambiente dentro de ellos fuese propicio para la conversación. Cómo no se necesitaba conductor, los cuatro asientos de la cabina estaban dispuestos de frente, permitiendo que todos sus ocupantes se encontrasen de cara a los demás, aunque en este caso solo Benjamin y Jules compartían el interior. El androide se había mostrado muy animado durante todo el trayecto, parlotteando acerca del paisaje, los últimos acontecimientos deportivos, de la arquitectura de Ginebra y de Londres, temáticas que habían mantenido a Ben más o menos distraído durante la primera hora de viaje. Sin embargo, siempre que él había querido redirigir la conversación hacia algo relacionado con el proyecto en el que se estaba embarcando Jules lo había desestimado tan rápida como cortésmente, alegando

que ya tendrían tiempo para tratar temas serios a su llegada a Berna.

Tras diez minutos de accidentado recorrido por el pedregoso camino en el que se habían adentrado el coche se detuvo. Bryar miró a través de la ventanilla y contempló una amplia llanura de verdísimo césped flanqueada por dos altas montañas en el extremo opuesto al que se encontraban.

—Hemos llegado —espetó Jules.

—Aquí no hay nada —respondió Ben.

—Por supuesto que lo hay. Coge tu equipaje.

El androide abrió una de las puertas del coche y salió de la cabina sin más dilación. Benjamin tiró de su maleta y le imitó un instante después. Quedó un poco asombrado al ver como Jules hacía un gesto parecido a un desperezo, igual que lo haría un humano, uno real, con la intención de desentumecer sus miembros tras un trayecto como el que acababan de hacer. El androide se quitó la chaqueta de su traje y la colgó de su brazo. El coche, hasta ahora inmóvil, arrancó de nuevo y se alejó de ellos iniciando su nuevo viaje hacia quién sabe dónde.

—Tenemos que seguir a pie —dijo Jules—. No te preocupes, no serán más de un par de minutos.

—No creo que un par de minutos nos lleven a ningún sitio —contestó Ben. Miró en todas direcciones sin descubrir ninguna edificación a su alrededor.

—La impaciencia siempre me ha fascinado —afirmó el androide con una sonrisa en el rostro—. Pongámonos en marcha —Jules comenzó a caminar en dirección al centro de la llanura que se extendía ante ellos—. Idílico escenario, ¿no es cierto? —preguntó, retóricamente, Jules—, le dan a uno ganas de descalzarse y sentir la hierba mojada entre los dedos de los pies. Puedes hacerlo si quieres, por desgracia a mí no me serviría de nada.

—Creo que seguiré como estoy, pero gracias.

—El Conciliador da pan a quién no tiene dientes, ¡ja! —exclamó el androide, divertido—. No te ofendas, solo es una pequeña broma.

Continuaron avanzando por el valle en dirección hacia su centro, a ninguna parte. El paisaje tenía algo de bucólico. El día había sido soleado, pero eran cerca de las siete de la tarde y el sol comenzaba a descender entre las dos montañas del horizonte. Jules, que continuaba sujetando su chaqueta sobre su brazo izquierdo, parecía disfrutar del paseo. Bryar tenía sentimientos enfrentados hacia el androide. Sin ninguna duda, el tipo era afable y educado, además de poseer un sentido del humor desenfadado que le otorgaba cierto encanto. Justo aquellas cualidades, las que Ben habría admirado en cualquier otra persona, le incomodaban en Jules. Se sentía comedido ante su presencia. A los ojos de Benjamin, salvo por su Marca de Plata, Jules era humano, demasiado humano.

—Es aquí —afirmó Jules, deteniéndose en medio de ninguna parte.

—Sigo sin ver nada —dijo Bryar, resignado.

—Lo verás en un minuto —replicó Jules. Parecía disfrutar manteniendo el

misterio. El androide desplegó la chaqueta de su brazo y volvió a enfudársela. Una vez lo hubo hecho se irguió en el mismo lugar en el que se encontraba y miró al frente—. Pitágoras. Arquitecto. Lima. Heliocentrismo. Troya —pronunció claramente Jules.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Ben, confundido.

Casi antes de acabar la frase Benjamin se dio cuenta de la respuesta. El suelo comenzó a vibrar, cada vez con más fuerza, bajo sus pies. Jules le miró con una sonrisa en los labios, conector de que Ben acababa de percatarse de lo que ocurría. La vibración dio paso al estruendo, y este a un súbito movimiento de la tierra. Justo frente a ellos comenzó a alzarse, con un gran sombrero de hierba fresca, algo parecido a un elevador. La operación apenas duró el minuto que el androide había prometido. Cuando el estruendo y los temblores cesaron, un ascensor redondo de lo que parecía aluminio y casi diez metros de diámetro se encontraba frente a ellos. Por los bordes de la parte superior se deslizaban guijarros de la tierra que se había elevado con él.

—Bienvenido a La Ciudadela, Benjamin —Jules hizo un gesto con la mano a modo de invitación para que Ben se adentrara en el ascensor—. Tú primero.

—Gracias —solo acertó a decir Benjamin.

Y caminó mansamente hacia su interior. Cuando estaba a un metro las puertas de aluminio pulido se deslizaron hacia los lados permitiendo el paso a Ben y Jules. Una vez dentro, el androide realizó los gestos correspondientes en el panel del elevador, le mostró el dorso de su mano y este inició su descenso.

—Como ya habrás deducido, todo el complejo está bajo tierra.

—Debería haberlo imaginado nada más bajar del coche —declaró Ben.

—No seas tan duro contigo mismo, Benjamin —replicó Jules, amable—. Ha sido un día largo.

—Y estoy seguro de que todavía no ha terminado.

—¡Muy cierto! —exclamó Jules—. El señor Weber nos estará esperando en el hall. Te lo presentaré, hablaremos con él y podrás hacerle todas esas preguntas a las que buscabas respuesta durante nuestro paseo en coche. Después de eso te acompañaré a tu habitación y podrás comer algo y descansar. Dejaremos la visita al complejo para mañana, cuando hayas recobrado fuerzas. La Ciudadela es un complejo impresionante, estoy seguro de que te gustará.

El ascensor continuaba descendiendo, pero Bryar no podía afirmar a qué velocidad. Su interior circular era completamente hermético y, salvo la consola de control, el resto de la pared circundante y las puertas eran tan solo aluminio pulido desnudo. Transcurrieron otros treinta segundos antes de que Ben percibiese que el habitáculo comenzaba a reducir la velocidad hasta detenerse. Las puertas se abrieron. Tenían delante un pasillo de unos quince metros completamente recubierto del mismo material del elevador.

—Por aquí, Benjamin —indicó Jules—, este es el corredor de contención. Ante

cualquier amenaza, la compuerta blindada que se encuentra en el otro extremo queda sellada, cerrando herméticamente La Ciudadela y protegiéndola de cualquier peligro proveniente del exterior.

Ben acató la petición del androide y le acompañó a lo largo del pasillo. Cuando llegaron al final, la pesada compuerta de acero emitió un fuerte rugido metálico y se elevó hacia el techo. La sala que se abrió ante los ojos de Benjamin era mucho más acogedora de lo que había podido imaginar. La decoración no tenía un estilo concreto, pero recordaba a los clubes de jazz de mediados del siglo pasado. La habitación era, definitivamente, un recibidor similar al de cualquier buen hotel, con un par de sofás y sillones de madera y cuero a un lado y al otro, unas mesas y un gran reloj de péndulo en el extremo de la pared derecha. En uno de los sillones orejeros se encontraba un hombre, o al menos lo que Ben podía intuir que era un hombre, puesto que la mayoría de su cuerpo estaba oculto tras el periódico de sábana que estaba leyendo.

—Hemos llegado, Creador —dijo Jules.

—Dame un segundo, Jules —replicó el hombre.

El androide y Benjamin permanecieron junto a la puerta, de pie, durante casi medio minuto. Ben no comprendía con certeza lo que estaba ocurriendo, pero se estaba acostumbrando a esa sensación, por lo que decidió esperar sin hacerse más preguntas. Cuando el hombre finalizó su quehacer plegó el diario, lo depositó con cuidado sobre la mesa y se acercó a los visitantes.

—Buenas tardes, señores. Perdonen mi insolencia, pero no hay nada que me irrite más que dejar de leer una noticia a medias. Es una de mis pequeñas manías.

—No tiene importancia, Creador —afirmó Jules—. Benjamin, te presento al Doctor Maximilian Weber.

El hombre extendió la mano, ofreciéndosela a Ben. Daba la sensación de ser un tipo apacible y sosegado, de alrededor del metro setenta de altura y con un ligero sobrepeso. Sus cabellos combinaban vetas castañas con otras grises y escaseaban en la parte superior de su cabeza. Tenía las mejillas carnosas y dos pequeños ojos castaños tras unas gafas de finos cristales completamente redondos. Además, sonreía de una manera que le otorgaba cierta candidez.

—Es un honor conocerle, doctor —dijo Benjamin.

—Lo mismo digo, señor Bryar —respondió Weber, con cortesía—. Le esperábamos con entusiasmo. De su buen hacer depende que podamos continuar nuestro trabajo.

—Espero resultar útil, aunque me temo que todavía no sé lo suficiente acerca de este proyecto para poder valorarlo.

—Estoy seguro de que lo será. Estamos al corriente de su talento —le halagó Weber. Dirigió su mirada al androide—. Jules, me alegro de volver a verte, ¿qué tal estás?

—Funciono correctamente, o al menos eso dice mi sistema de conservación. —El

androide emitió una efusiva risotada, a la que acompañó otra del doctor.

—He querido venir a recibirle, señor Bryar —dijo Weber—, porque es usted una pieza vital de nuestro proyecto. Sin embargo, sé que son muchas las dudas que le asaltan y creo que este no es el momento apropiado para disiparlas. Si le parece bien, Jules puede acompañarle a su habitación. Relájese un rato, tome un baño o lo que más le apetezca. Después, si lo desea, puede cenar conmigo en mi estancia. Allí podremos hablar acerca de lo que le ha traído aquí.

—Estupendo, no me vendrá mal despejarme un poco.

Tras despedirse, el pequeño hombre desapareció rápidamente por uno de los pasillos que se encontraban al otro extremo del hall. Jules, con su habitual cortesía, ofreció a Benjamin acompañarle hasta su habitación. Los corredores de la instalación mantenían el mismo estilo de decoración, pero la ausencia de ventanas y la certeza de encontrarse bajo tierra creaban en Ben una sensación de claustrofobia. Un pasillo condujo al siguiente y ese al próximo hasta que, después de varios giros más a izquierda y derecha, Jules por fin se detuvo frente a una de las puertas. Junto a ella había un pequeño detector de huellas del tamaño de la palma de una mano. El androide hizo varios movimientos sobre dicho panel y se volvió hacia Ben.

—Por favor, coloca las cinco huellas dactilares de tu mano sobre el panel y manténlas unos segundos.

Benjamin hizo lo que Jules le pidió. El metal del que el detector estaba construido desprendía frío, pese a que la sensación térmica de las instalaciones rondaba los veintitrés grados y era muy agradable. Tras un instante el panel emitió un pitido y Jules hizo un gesto, confirmando a Ben que ya podía retirar sus dedos.

—Esta será tu habitación, es la número seis. Acabas de archivar tus huellas en el panel, por lo que sólo tú podrás abrir la puerta desde el exterior.

—Ya veo —contestó Ben.

—Espero que sea de tu agrado. Son las siete y media, me he percatado que no llevas reloj. Tienes uno en tu mesa de noche, te recomiendo que te lo pongas, es fácil perder la noción del tiempo aquí abajo. El señor Weber te espera a las nueve, su habitación es la número dos, está al final del pasillo.

—De acuerdo.

—Que pases una buena noche, Benjamin. Vendré a buscarte por la mañana para mostrarte el resto del complejo.

—Buenas noches, Jules. Y gracias.

—No hay de qué —Jules extendió su mano ofreciéndosela a Bryar, que la estrechó sintiendo el metal bajo la piel sintética de los dedos del androide.

—Por cierto, puedes llamarme Ben. Benjamin es... demasiado formal.

—¡Ja! De acuerdo —aceptó Jules, divertido—. Pensaba que no me lo pedirías nunca, Ben.

Tras la despedida el androide se alejó por el corredor y Ben colocó de nuevo sus dedos sobre el panel para abrir la puerta de su habitación. Nada más hacerlo se

desbloqueó y le cedió el paso. Benjamin cruzó el umbral y se permitió un instante para escudriñar su nuevo dormitorio. Estaba decorado con un estilo mucho más sobrio y minimalista de lo que había visto hasta entonces en el complejo. Las paredes eran blancas y los muebles combinaban el negro y diferentes tonos de gris. Pese a la ausencia de colores vivos el entorno estaba dotado de cierta calidez. Se dividía en dos espacios. El primero, más cercano a la puerta, era algo parecido a una pequeña sala de estar con una alfombra de pelo largo, un sofá de dos plazas, una chimenea eléctrica en la pared y un panel de considerables dimensiones. Al fondo de la estancia, tras un biombo, se encontraban una cama de matrimonio, un pequeño sillón, un armario y una mesa de noche. El amplio cuarto de baño era la única sala separada del resto, tras una puerta situada en la pared derecha. Cuando Benjamin contempló la inmensa bañera de acero inoxidable decidió que un buen baño sería una gran idea para relajar sus músculos. Abrió el grifo y ajustó la temperatura del agua a treinta y ocho grados. Mientras la bañera se colmaba, Bryar volvió al dormitorio y abrió su maleta. Sacó de ella un pantalón beige y una camisa azul celeste, una muda de calcetines, ropa interior y lo depositó todo con delicadeza sobre la cama. Había comprobado que el cuarto de baño contaba con un set de toallas y un albornoz, así que sólo tomó un pequeño estuche con productos de higiene personal y se dirigió a darse su baño.

Benjamin sintió una reconfortante sensación al deshacerse del traje que llevaba puesto. Las prendas usadas cayeron al suelo sin que él les diera la más mínima importancia. La bañera se había llenado y el ambiente se sentía húmedo por el vapor del agua caliente. Ben introdujo poco a poco una de sus piernas en la bañera para aclimatarse a la temperatura y una vez lo hubo hecho se sumergió por completo. Mantuvo su cabeza bajo el agua tanto tiempo como le permitieron sus pulmones, notando como el calor le acariciaba las mejillas y sus párpados cerrados. Cuando no pudo contener más la respiración sacó la cabeza y apoyó su nuca en el borde de la bañera. Se mantuvo así algo más de un cuarto de hora, disfrutando del silencio en el primer momento de relajación de ese largo día. Al acabar, Benjamin quitó el tapón para que el agua desapareciese y se dio una ducha templada para tonificar y refrescar su cuerpo. Salió del baño tras afeitarse y peinarse, sintiéndose un hombre nuevo. Recogió las prendas que había colocado sobre la cama y se dispuso a vestirse. Mientras se abrochaba el botón del puño de la manga izquierda de su camisa descubrió con la mirada el reloj del que Jules le había hablado y decidió ponérselo. Marcaba las nueve menos cinco. Ben no tenía noción de que el tiempo hubiese pasado tan deprisa, pero apenas le importó. Ya estaba listo, así que salió de su habitación y se dirigió hacia el final del pasillo.

Conforme Benjamin se acercaba a la puerta de la habitación número dos un sonido iba tomando cuerpo en sus oídos, el sonido de una canción de otra época, definitivamente antigua, como hecha a medida de la decadente decoración. Cuando alcanzó su meta la melodía era clara y se podía diferenciar en ella susurros de

trompetas y platillos al compás de varias voces femeninas que parecían cantar en alemán. Bryar golpeó la puerta con sus nudillos y, tras un instante, oyó la voz de Weber reclamando un segundo para acudir a la llamada. No se hizo esperar mucho. Maximilian abrió la puerta y cedió amablemente el paso a Ben, que cruzó el umbral devolviendo el saludo.

—Justo a las nueve, puntual como buen inglés. No esperaba menos de usted —bromeó Weber.

—No deben perderse las buenas costumbres aunque, si le soy sincero, ha sido mera casualidad —respondió Benjamin.

—No creo en las casualidades, Benjamin, ¿puedo llamarle Benjamin?

—Benjamin, o mejor Ben, pero solo si también me tutea —puntualizó amistosamente Bryar.

—En ese caso, no aceptaré menos que el mismo tratamiento. Puedes llamarme Max.

—De acuerdo, Max —aceptó Benjamin—, aunque debo reconocerte que se me va a hacer difícil tutear a una eminencia.

—¡Nada más lejos! —exclamó Weber, rechazando el halago—. Yo no soy ninguna eminencia y, si algún día lo fui, ahora no soy más que un rumor en el viento, como tantos otros... Pero no nos desviemos de nuestro cometido. ¡He preparado una cena suculenta! Vayamos a degustarla, seguro que nuestra conversación será más fructífera con la tripa llena.

Maximilian extendió el brazo hacia una mesa situada en el centro de la estancia. Solo había dos sillas junto a ella, pero tenía el tamaño suficiente para que seis comensales pudieran sentarse a su alrededor con espacio de sobra, y estaba colmada de manjares. Algunos de ellos reposaban sobre bandejas cubiertos todavía con grandes tapas metálicas circulares, como las que se utilizan en los restaurantes a los que Ben solía llevar en Londres a sus conquistas. Otros de los platos se encontraban descubiertos; había una gran ensalada con trozos de frutas tropicales, un cóctel de gambas, varios tipos de gruesas salchichas cocinadas al vapor y cortadas en finas lonchas, puré de patatas y verduras a la plancha.

—¡Qué cabeza la mía! Casi olvido el vino. Discúlpame un instante, Ben.

Bryar tomó asiento y escudriñó la estancia mientras Weber buscaba la bebida. No era diferente al resto de lo que había visto, salvo por su propia habitación. Maderas nobles, cueros marrones y granates, espejos ribeteados con pan de oro y luces tamizadas. Tenía la sensación de encontrarse en un cabaret. Sin embargo, aquella no era una simple habitación como la suya, si no más bien un apartamento. Contaba con una cocina tipo office integrada en el salón y varias habitaciones más tras algunas puertas. Estaban cerradas, así que Ben no podía saber que había tras ellas.

—Sé que el estilo no es del agrado de todo el mundo —dijo Maximilian, que había vuelto a la mesa con una botella de licor entre las manos—, por eso he hecho que te alojen en la seis. Es algo más contemporánea aunque, para mí, también algo

más impersonal.

—No está mal... solo me ha sorprendido. Tengo la sensación de haberme metido en una máquina del tiempo al bajar en ese ascensor.

—Es una buena comparación. Eres ingenioso, no me extraña que seas bueno en tu trabajo —afirmó Weber, sentándose a la mesa—. ¿Te gusta el vino, Ben?

—No digo que no cuando se me ofrece —bromeó Bryar.

—Estupendo, estupendo. Hago que me traigan este tinto desde España, es de una región llamada La Rioja, famosa por sus caldos. Lo dejan madurar en barricas de roble, lo que le da un sabor excepcional. Es un placer para el paladar. Los entendidos dicen que debe tomarse vino blanco con el pescado y tinto con la carne, pero aquí tenemos ambas cosas así que al cuerno con ellos, he creído que sería apropiado.

—Estoy seguro de ello —respondió Ben mientras Weber le servía un poco de bebida en su copa—, he de reconocerte que tanto viaje me ha despertado el apetito, y todo tiene una pinta estupenda. No sé ni por donde empezar.

—Simplemente coge lo que te plazca y comamos hasta estar saciados. El comer es uno de los grandes placeres de la vida.

Maximilian destapó las bandejas que todavía permanecían cubiertas. En una de ellas había una pierna de cordero acompañada de frutos secos, en otra una lubina entera horneada sobre especias y en la tercera un guiso de patata y buey.

—Es un gran banquete —afirmó Ben—. ¿Quién lo ha cocinado?

—Yo, por supuesto.

—Jamás lo habría adivinado. Es usted una caja de sorpresas.

—¿Dónde ha quedado lo de tutearnos, Ben? —recordó Weber.

—Lo siento —dijo Bryar, sonriente—, ya te he dicho que se me haría difícil.

—No importa. La sal de la vida está en las pequeñas cosas. Como preparar una buena cena, el tacto del cuero al sentarse en un magnífico sillón o la posibilidad de leer un periódico en gran formato de papel, cómo el que me viste ojear antes. Por desgracia, muchas de esas cosas ya escasean. Tengo que hacer que me los impriman especialmente, ahora todo son paneles por aquí y SmartPads por allá. Encuentro fascinante todo aquello que requiere dedicación, práctica, ensayo y error. La cocina, aunque no lo creas, es una de mis pasiones. Para dominarla es necesario tener perseverancia. Tiempos de cocción, selección de materias, combinaciones, pruebas, metodismo... quizá sea mi vocación científica, pero me agradan todas las disciplinas en las que uno tiene capacidad de mejora, de optimización. Pero, por favor, no dejemos que todo esto se enfríe.

Los dos comensales se dispusieron a comenzar el festín. Benjamin colmó su plato con una ración de ensalada de frutas, unos espárragos braseados, una cucharada de puré y un trozo de lubina, mientras que Maximilian hizo lo propio con algunas piezas de salchichas de los más variopintos colores, un puñado de guisantes, algo de ensalada y un gran pedazo de cordero.

—¿La decoración también es cosa tuya, Max? —preguntó Benjamin.



—En efecto. La mayoría de las cosas aquí los son. Como te he dicho, sé que no le gusta a todo el mundo, pero yo me enamoré de esta estética en mi niñez y todavía no he encontrado algo con lo que me sienta más a gusto.

—¿Y cómo ocurrió eso? —interpeló Ben mientras degustaba un trozo de lo que creía mango, o papaya, de la ensalada.

—Fue en el viejo mundo... ¿Cuántos años tienes, Benjamin?

—Treinta y dos.

—¡Oh! Tú ni siquiera habías nacido, pero imagino que habrás oído hablar de ello. A principios de siglo hubo una gran crisis económica que fue especialmente dura en Europa. Mi padre era mecánico en una fábrica y perdió el empleo. Él y mi madre decidieron que lo mejor era emigrar a los Estados Unidos y probar suerte allí. Nos mudamos a Boston, en la Costa Este del país, en 2016. Teníamos familia en la zona y nos ayudaron a aclimatarnos. Por aquel entonces éramos judíos, había una pequeña comunidad en la ciudad y le consiguieron trabajo a mis padres. Yo debía tener ocho o nueve años. —Weber conseguía masticar y hablar al tiempo sin que pareciese que estaba probando bocado—. El cambio me afectó, pues perdí a mis amigos y te aseguro que no me había sido fácil conseguirlos. No era muy sociable. Un día estaba volviendo a casa desde el instituto y una pandilla comenzó a perseguirme. No pude hacer otra cosa que salir corriendo. Me siguieron un buen rato hasta que por equivocación entré en un callejón sin salida. Estaban a punto de atraparme, así que me colé por la única puerta que había en aquel lugar y, casi sin darme cuenta, estaba entre las bambalinas de un club de jazz. Nada más entrar se me acercó un hombre de una estatura desmesurada, tanto que a mi me pareció un gigante, con un traje gris y brillante. Lo recuerdo como si fuese ayer. Parecía un mafioso, estuve a punto de volver a salir corriendo y entregarme a los matones que me esperaban fuera. Pero antes de que pudiera moverme el hombre había colocado su enorme mano sobre mi hombro. Me preguntó qué hacía allí y no tuve valor para mentirle, así que se lo conté. Resultó ser un tipo de lo más simpático. —Weber pinchó con su tenedor un trozo de especiada salchicha—. Era uno de los músicos de la banda que estaba ensayando para aquella noche. Me dejaron quedarme a verles preparar el espectáculo y allí, sentado sobre una de las mesas del salón vacío, despertó mi pasión por el jazz, el blues, por todo esto —afirmó, señalando los ornamentos de su apartamento—. Después de aquello me escapaba dos o tres noches por semana para ver las actuaciones. Los músicos me dejaban colarme por la misma puerta trasera que me había salvado y me quedaba tras los telones, oyéndoles crear sus sinfonías y viendo como el público las disfrutaba mientras bebían cócteles, reían y vitoreaban.

—Es una gran historia —aseguró Ben, que había escuchado atentamente.

—Siempre se tiene alguna cuando te haces viejo —aseveró Maximilian, casi melancólico.

—¡Qué el Conciliador sea testigo! —exclamó Ben al probar la primera cucharada de puré—, este es el mejor puré de patatas que he probado en mi vida.

—El mérito es de mi madre, o debería decir de mi abuela. Es un receta de familia. Dime, Ben, ¿la comida es de tu agrado?

—No podría serlo más, Max. ¿Y este vino? ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Rioja.

—Te aseguro que haría palidecer a cualquier otro servido en Londres.

—Me alegro de que te guste —dijo Weber mientras se servía varias cucharadas de guiso de buey—. ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?

—Creo que no tengo ninguna historia tan interesante como las tuyas, amigo mío —afirmó Ben.

—Entonces, haz que lo sea. ¿No es eso en lo que consiste el marketing?

—De acuerdo, me has tocado el orgullo —bromeó Bryar—, pero no prometo nada, el vino está comenzando a afectarme. —Benjamin se sirvió algo de cordero—. Nací en Chelmsford, en el condado de Essex, al este de Londres. Vivíamos en las afueras de la ciudad mis padres, mi hermana Emily y yo. En los alrededores de nuestra casa había una pequeña pradera donde solía jugar con Emi, a ella le encantaba, pero lo cierto es que yo solo lo hacía para divertirla. Lo que de verdad me gustaba era ir con mis padres al centro en coche y pasear por las calles concurridas. Me fijaba en los carteles, los anuncios, en la gente comprando. Creo que aquello despertó mi vocación por la publicidad. Me mudé a Londres en cuanto pude y estudié en la universidad mientras trabajaba en un restaurante para poder pagarla. No hay mucho que contar de aquella época. Mientras estaba sirviendo comida pensaba en estar en clase, y en clase solo deseaba salir para poder mezclarme entre el bullicio de Leicester Square, Covent Garden o el Soho. Cuando por fin me licencié, G-Corp dominaba el mercado casi por completo. Recuerdo las noticias en la prensa cuando era adolescente; La gran G adquiere blablabla y se convierte en la primera fabricante mundial de lo que quiera que fuese, G-Corp domina el sector aeronáutico tras la absorción de las principales líneas aéreas europeas, Jacques Pascal se hace con el sector servicios... y así sin cesar. Al principio me negué a trabajar en la Corporación pese a que estaban contratando a la mayoría de mis compañeros de promoción. Conseguí dirigir la campaña de una de las pequeñas empresas supervivientes y tuvimos cierto éxito. Vendíamos paquetes vacacionales, escapadas de fines de semana, sorpresas románticas... Éramos pequeños, muy pequeños, y por eso podíamos hacer lo que G-Corp no podía.

—¿Y qué era eso? —preguntó Weber.

—Dar un trato personal. Aportar algo de calor humano a nuestra relación con los compradores. G-Corp es demasiado grande. Si miras a la calle desde la ventana de tu ático las personas te parecerán hormigas, pero si los ves pasar a través de tu escaparate podrás ver la expresión de sus caras. Aumentamos nuestras ventas más de un veinte por ciento en el primer año. Hacer de tus defectos tus mayores virtudes, esa ha sido siempre mi máxima.

—¿Y cómo acabaste en la Corporación?

—G-Corp compró la empresa.

—¡Ja! Eso es típico de Pascal. —La risa de Weber se asemejó por un momento a la de Jules—. Se interesa por todo lo que le gusta, y todavía más por lo que no le gusta. Cree que todo es una cuestión de dinero —dijo Weber, con gesto serio por primera vez en la velada.

—Cualquiera que te oyese diría que le desprecias.

—Y ese cualquiera acertaría. —Maximilian paró de comer y miró de frente a Ben—. Jacques Pascal es un hombre codicioso, vil y traicionero. No puedes fiarte de él.

—No lo entiendo... —dijo Benjamin, desorientado ante el giro en la conversación—. Si de verdad crees eso, ¿por qué trabajas para él?

—Yo no trabajo para él. Pascal cree que todo el mundo está para servirle, pero se equivoca. Estoy aquí porque creo en este proyecto y él es el único que puede financiarlo, pero no estoy a sus órdenes. Ya destrozó mis sueños una vez y no permitiré que vuelva a hacerlo.

—¿Te refieres a la Prohibición?

—Me refiero al genocidio de los androides, prohibición es solo un eufemismo que queda muy lejos de lo que se hizo con ellos, y que Pascal fomentó. —Los ojos de Weber se volvieron cristalinos y adquirieron un tono rojizo—. No quiero hablar de eso ahora, quizá en otra ocasión. Aún hay mucho que discutir esta noche, mucho que debes saber. Acabemos la cena y te contaré qué tenemos entre manos.

Los comensales siguieron degustando cada uno de los platos durante los siguientes quince minutos, alternando momentos de silencio con algunos comentarios triviales, menos fluidos y sinceros que los que habían compartido al comienzo de la velada. Terminaron la botella de vino y, pese a que Max se ofreció a abrir una segunda, Bryar le instó a seguir con agua durante el resto de la cena, pues notaba el embriagador calor del tinto en su cabeza, y no se creía con suficiente lucidez para mantener una charla de trabajo con unas copas más en su cuerpo. Ben podía percibir que el humor de Weber se había resentido tras los comentarios sobre Pascal. Estaba intrigado acerca de la relación de aquellos dos hombres excepcionales, pero prefirió no intentar saber más, al menos por el momento. Cuando ambos acabaron sus platos, Maximilian se apresuró a recogerlos y ofreció a Ben un té para digerir la copiosa cena. Tardó un par de minutos en volver con dos humeantes tazas de aromático té negro que colocó delicadamente en la mesa.

—Y bien, Benjamin, dime, ¿qué es lo que sabes de todo esto? —preguntó Weber—. ¿Qué te ha contado el Gran Hombre?

—Lo cierto es que no mucho —reconoció Ben—. Salí de su despacho con más preguntas que respuestas. Me dijo simplemente que íbamos a levantar a los muertos y cuando le pregunté para qué me dijo que para que trabajasen para él.

—¡Viejo pretencioso! Pero en una cosa tenía razón, vamos a levantar a los muertos. De hecho, ya los hemos levantado. —Weber se acomodó en el respaldo de su asiento—. Voy a contártelo todo Ben, ya es hora de que sepas para qué estás aquí.

Tú no puedes recordarlo, solo tendrías dos años, pero yo sí lo recuerdo... el día en que el mundo cambió, el Día de la Masacre, cuando Estados Unidos pasó a la historia. Ese fue el comienzo de todo esto. La Coalición, la Federación, la hegemonía de G-Corp, el Neocapitalismo. Muchos fuimos los que perdimos a los nuestros aquel día, los que llevamos una herida que no se cerrará nunca. Mis padres murieron allí, junto a todos los demás. Yo llevaba cuatro años trabajando para Pascal en Ginebra, pensaba ir a la semana siguiente para pasar unos días con ellos, pero no quedó un lugar al que volver. Los hindúes y los chinos se encargaron de que así fuese y Europa estaba demasiado ocupada con la crisis, el cambio climático y los apátridas para pensar en el valle de la muerte en el que se habían convertido los Estados Unidos de América. Nadie había vuelto a pisar aquella tierra hasta hace seis meses.

—¿Quieres decir que alguien lo ha hecho? —preguntó Bryar, sorprendido.

—Yo mismo. El pasado febrero, junto a un pequeño destacamento científico. Tomamos tierra en una playa de la Costa Este a cuarenta kilómetros de lo que fue Nueva York.

—¿Y qué buscabais?

—Que las condiciones fueran las adecuadas, y lo son.

—¿Adecuadas para qué?

—Para empezar de nuevo, mi querido amigo. La mayoría de aquella tierra es pasto de la radiación, la vida es casi imposible en esas circunstancias, pero lo hemos conseguido, hemos encontrado la manera de reducir los niveles a términos aceptables para el ser humano.

—¿Cómo es eso posible? —Ben se mostraba verdaderamente interesado en lo que Weber le estaba contando.

—Con polvo, Ben, simple y mundano polvo orgánico. Nos hemos basado en la manera tradicional de eliminar la radiación, algunas de las técnicas que se utilizaron tras desastres nucleares como los de Chernobyl o Fukushima, que consistían en arraigar en la zona ciertos tipos de plantas que absorbían la radiación del suelo y el aire, solo que esta vez hemos sido más imaginativos. Varios miembros de mi equipo estudiaron concienzudamente estas especies de plantas, intentando descubrir las propiedades que las hacían tan adecuadas para la tarea. Cuando lo descubrieron, potenciaron el efecto y se dieron cuenta de que podían transferir sus propiedades a otros tipos de organismos, los hongos. El resultado es un microorganismo muy eficaz en la absorción de radiación que puede ser lanzado por un avión o un deslizador, como si se fumigara, o incluso liberado a nivel del suelo, y que elimina casi por completo la contaminación radioactiva de la zona con la que entra en contacto.

—Es asombroso pero, ¿qué tiene que ver con levantar a los muertos? —Bryar no conseguía ver la conexión entre los dos hechos.

—Esa es mi parte del trabajo —dijo Weber, con sonriente orgullo—. Lo cierto es que el hongo, pese a sus propiedades, supone en sí mismo un problema. Es muy perjudicial para el ser humano, mortal la mayoría de las veces. Toda la radiación que

absorbe puede ser transmitida al hombre tan solo con que este lo respire. La exposición durante dos o tres horas a este agente conlleva la muerte sin remedio, así que nos volvíamos a encontrar en una encrucijada. El polvo debe ser eliminado del aire, del agua y de la tierra una vez haya cumplido su función. Destruirlo no es complicado, pero sí lo es si tan siquiera puedes acercarte a él.

—Entiendo.

—Pero hay alguien que sí puede hacerlo.

—¿Los muertos? —preguntó Bryar, con escepticismo.

—En efecto.

—Pero están muertos.

—Eso ya no es un problema —afirmó Weber, seguro de sí mismo—. Hace años, tras el genocidio de los androides, rompí mi relación con la Corporación y trabajé por mi cuenta durante un tiempo. Cualquier Inteligencia Artificial había sido prohibida, así que decidí centrarme en mis estudios sobre biología y mecánica orgánica. Fueron tiempos oscuros para mí, llenos de odio y de dolor, y he de reconocer que hice algunas cosas de las que no me siento orgulloso, pero los resultados fueron muy prometedores y satisfactorios. Gracias a ellos hemos podido llegar a donde hoy estamos. Además, no es una simple cuestión sanitaria. Vamos a necesitar una ingente cantidad de mano de obra para recomponerlo todo, y es un entorno muy peligroso. Por supuesto, con los trajes adecuados personas normales podrían realizar la tarea, pero resultaría mucho más costoso mantener los grandes campamentos que serían necesarios y las cantidades de víveres que necesitaríamos exportar desde la Federación, por no hablar de los peligros de la radiación.

—Estoy ansioso por entenderlo.

—¿Qué diferencia a un muerto de un vivo, Benjamin?

—¿De verdad he de responder a eso? —Tomó tímidamente el primer sorbo del té, con miedo a quemarse la lengua.

—El colapso de su cuerpo, por supuesto. Tú estás vivo porque tu cuerpo está en marcha, funcionando en armonía. Cuando a alguien le sobreviene la muerte es porque alguna parte de él no ha sido capaz de continuar con su tarea. Durante mis años en Francia teoriqué acerca de la posibilidad de reanimar un cuerpo mediante algunos elementos mecánicos, en combinación con sustancias estimulantes del sistema nervioso, los músculos y las neuronas. No obstante no era más que teoría, pero con los medios con los que contamos aquí lo hemos hecho posible. No pretendo que lo comprendas a la perfección, no es sencillo de asimilar si no has estado presente durante toda su concepción, pero necesito que me creas.

—Tienes razón, Max, no puedo llegar a entenderlo. Se supone que... no, no consigo hacerme una idea.

—Mañana te lo mostraré. Tenemos un sujeto de pruebas. Lo llamamos Cesare —explicó Weber, tomando un sorbo de su bebida.

—¿Y qué se supone que puede hacer? Está... ¿consciente?, ¿puede hablar?

—¡Oh, no! No puede ni hablar, ni pensar, ni recordar, ni sentir. Cesare está muerto en todos los sentidos de la palabra. Su cuerpo se mantiene en buen estado porque hacemos que su sangre bombee a través de su cuerpo, se depure, pero es incapaz de hacer nada si no se le ordena antes.

—¿Y cómo puede hacerse eso? —preguntó Bryar, intrigado.

—Bueno, estableciendo un puente. Será más fácil cuando lo veas.

—Estoy deseándolo, aunque he de reconocer que me resulta siniestro, Max. —A Benjamin le fascinaba e incomodaba la idea a partes iguales.

—Entiendo lo que debes sentir. No es fácil imaginarlo, pero mañana lo tendrás ante tus ojos y lo verás todo más claro. Hacemos esto por la causa más noble que cualquiera puede tener, Benjamin. Este mundo está absolutamente loco y nosotros tenemos la posibilidad de hacer algo bueno por él y por todos los que lo habitamos. Vamos a devolver a los Estados Unidos al mapa.

—Parece imposible.

—Y, sin embargo, lo es. No sin un esfuerzo científico y económico nunca visto antes, pero lo hemos estudiado a fondo y puedo asegurarte que vamos a hacerlo.

—Es increíble...

—¿Te gustaría dar un paseo, Ben? Las vistas no son gran cosa aquí abajo, pero nos ayudará a digerir la comida.

—Jules se ofreció a enseñarme el complejo por la mañana.

—No te preocupes, no iremos muy lejos. Solo un paseo, un cuarto de hora. A mi edad si no hago un poco de ejercicio después de algún exceso me cuesta conciliar el sueño.

—Está bien, vayamos entonces.

Benjamin apuró el último trago de su té y dejó la taza sobre la mesa. Weber se levantó y acarició su barriga, emitiendo un suspiro. Ambos salieron de la habitación y caminaron por un par de pasillos hasta llegar de nuevo al *hall* en el que se habían visto por primera vez.

—Como puedes ver, Ben, el ala oeste la ocupan los dormitorios. No somos muchos aquí, así que tenemos bastante espacio.

—¿Cuántas personas hay ahora mismo?

—Somos quince, dieciséis contándote a ti. La mitad formamos el equipo científico del proyecto, mañana podrás conocer a algunos. Además, contamos con un par de cocineros, tres técnicos de mantenimiento para el laboratorio, un médico y dos conserjes, que se encargan de la limpieza de las habitaciones y las instalaciones en general.

—Pensaba que habría mucha más gente aquí —dijo Bryar.

—Estamos los indispensables. No queríamos filtraciones hasta estar seguros de que podíamos llevar esto adelante. Al fin y al cabo nuestra iniciativa mal entendida hubiera supuesto un escándalo de proporciones inimaginables.

—Lo entiendo.

—¡Pero ahora es tu turno, amigo mío! —exclamó alegre Weber, dando una palmadita en el hombro a Ben—. Tú eres quién debe contárselo a todos, y convencerles de que es algo bueno, algo excepcional.

—No va a ser fácil —afirmo escuetamente Benjamin.

—¿Hay algo que merezca la pena que lo sea? Como te decía, allí están las habitaciones, ya sabes donde lleva esa otra puerta. —Weber señaló la compuerta por la que Jules y Ben habían accedido horas antes—. Justo al otro lado, al este, se encuentra el comedor, una sala de recreo y varias de reuniones. La puerta norte conduce al laboratorio. ¿Te apetecería echar un vistazo?

—¿Por qué no? —aceptó Ben.

Weber y Bryar se dirigieron hacia allí. Nada más cruzar el umbral la estética clásica se esfumó, dejando paso a paredes blancas, lisas, sin ornamentos. Caminaron por un pasillo con puertas a un lado y al otro. A Benjamin aquello le recordaba a un hospital.

—Como puedes ver, aquí el pragmatismo se impone a mis preferencias personales —afirmó Weber—. Contamos con los mejores equipos técnicos. Las habitaciones que hay tras estas puertas son salas de pruebas, pero el laboratorio en sí está un poco más adelante. Creo que te gustará.

Siguieron caminando por el pasillo durante un minuto. La iluminación era tenue, según explicó Maximilian, para ahorrar la energía de los generadores durante la noche. Cuando llegaron al final del corredor se encontraron en una enorme sala cuadrada, de unos cien metros por lado, completamente vacía.

—Aquí está, Benjamin. El laboratorio —dijo Weber, señalando al suelo.

Bryar bajó la mirada y descubrió que estaba sobre una enorme placa de cristal. Miró a un lado y al otro y confirmó que todo el suelo era del mismo material. El laboratorio estaba justo bajo sus pies, por lo menos a treinta metros. Sintió el golpe del vértigo en su cabeza, lo que le hizo tambalearse por un segundo. No pasó desapercibido para Weber.

—¿Te encuentras bien, Benjamin? —preguntó.

—No me gustan las alturas —respondió angustiado.

—Siento oír eso. A mí me parecen todo un espectáculo. El ascensor que conduce abajo está en el centro de esta sala. Y lo siento, pero he de decirte que también es de cristal —dijo Weber, entre apesadumbrado y jocoso.

—¿Qué obsesión tiene esta empresa por los ascensores de cristal? —se quejó Bryar.

—Economía de la luz, mi querido amigo. La energía es uno de nuestros bienes más preciados, el cristal ayuda a iluminar todo esto correctamente sin necesidad de tanto despilfarro.

—Voy a pedir un aumento —gruñó Ben, resignándose.

Inhaló una bocanada de aire y reunió fuerzas para echar otro vistazo abajo, aunque apenas podía distinguir nada, pues el laboratorio se encontraba en penumbra.

Máquinas, más maquinas, lentes y tubos de ensayo quedaban casi por completo sumergidos en las sombras. Sólo una débil luz, allá en la distancia al otro extremo del cuadrilátero, le permitía vislumbrar la silueta de un hombre, erguido e inmóvil, como un maniquí.

—¿Quién es él? —preguntó Benjamin, señalando la figura—. ¿Es Cesare?

—No, mi querido amigo. Cesare está en su soporte vital. Aquel es Jules.

—¿Jules? ¿Y qué hace allí?

—Espera —contestó Maximilian.

—¿A qué?

—A nosotros. Jules no tiene necesidades orgánicas que le limiten. No necesita dormir, ni comer, ni todas esas cosas de las que depende el hombre para mantenerse sano y con vida. Él es el último exponente de mi legado.

—¿Se pasará ahí de pie toda la noche?

—Es posible.

—¿Sin hacer nada?

—Solo en apariencia. En este instante puede estar jugando al ajedrez con medio centenar de personas a través de la Red, o leyendo la obra completa de algún escritor contemporáneo. ¿Quién sabe? No te dejes engañar por tus ojos, Benjamin. Una cosa es segura, cuando despiertes por la mañana, Jules habrá aprovechado el tiempo mucho mejor que tú. —Weber colocó su mano en el hombro de Ben—. En unas horas volveremos aquí, ahora todo está apagado y es un poco lúgubre, estoy seguro de que te gustará más cuando lo veas por la mañana.

—Estoy seguro —respondió Benjamin—. Ahora, si no te importa, me gustaría volver a mi habitación. Ha sido un día muy largo y he de recuperar fuerzas para abordar lo que nos espera.

—Por supuesto, amigo mío.

—Muchas gracias por la cena.

Weber se ofreció media docena de veces a acompañar a Benjamin a su dormitorio, pero Bryar insistió en dejarle continuar con su paseo. Mientras se dirigía a su cuarto la imagen de Jules, petrificado como una estatua sombría, no abandonaba sus pensamientos. Había conocido al androide esa misma mañana y pasado gran parte del día con él, pero esa era, sin duda, la primera vez en la que había podido contemplar su verdadera naturaleza artificial, y no le gustaba. Esa sensación se mantuvo en el estómago de Ben hasta que llegó a su habitación. Se cambió rápidamente y se acomodó entre las sábanas de su cama. El calor reconfortó su cuerpo cansado, y en unos pocos minutos había olvidado todo y se hubo dormido plácidamente.

Unas horas después, un par de golpeteos sordos sacaron a Benjamin de su descanso. Comprobó el reloj de pulsera que había depositado en la mesita. Marcaba las nueve en punto. Los golpes se repitieron y Ben cayó en la cuenta de que probablemente era Jules quién estaba llamando. Habían quedado por la mañana para



ver las instalaciones, pero Bryar lo había olvidado por completo.

—¿Quién es? —preguntó Ben.

—¿Se te han pegado las sábanas, Benjamin? —respondió Jules, al otro lado de la puerta.

—Estaré listo en un par de minutos.

Bryar se levantó rápidamente de la cama, tanto que sintió un leve mareo, y se dirigió al baño. Lavó su cara con agua helada, intentando arrancarse la somnolencia de dentro. Enjuagó su boca e hizo unas gárgaras. Tras esto volvió al dormitorio y se cambió tan veloz como pudo. Eligió un pantalón azul y una camisa blanca. Se colocó el reloj de pulsera en la muñeca y se apresuró a abrir la puerta.

—Tienes suerte de que no sea capaz de sentir impaciencia —dijo Jules, sonriendo.

—Lo siento, estaba recuperándome del día de ayer. Estuvo cargado de emociones fuertes.

—En ese caso, quizá quieras desayunar.

—No te preocupes, no tengo hambre. ¿Empezamos? —respondió Ben.

Bryar y el androide se adentraron por los laberínticos pasillos del complejo, con puertas aquí y allá. Ben pensó que no sería difícil perderse entre aquella maraña de bifurcaciones. Jules le mostró la sala común ubicada en el mismo ala de las habitaciones. Era bastante corriente, un par de paneles con acceso a la red, un media center de G-Corp, unos sofás y una máquina de café. Jules volvía a mostrar su personalidad jovial y desenfadada, pero la imagen del androide entre la penumbra volvió a la mente de Ben, emborronando aún más la dudosa opinión que este tenía de su acompañante.

—Ahora nos dirigiremos al otro lado del complejo. En aquella zona está el área de recreo. Créeme, cuando uno está bajo tierra necesita algún tiempo de ocio. La sensación de estar encerrado y la falta de luz solar crean mucho estrés en los humanos.

—Lo de la luz es cierto. No llevo aquí ni un día y ya me encuentro desorientado —contestó Ben.

Jules y Benjamin cruzaron el *hall* y se adentraron en el ala este. La primera habitación que visitaron era el comedor. No era demasiado grande, con varias mesas redondas de ocho comensales cada una. Al fondo había una gran barra a modo de autoservicio, pero en esos momentos se encontraba vacía. Salieron de la estancia y entraron en otra que se encontraba justo enfrente. Bryar intuyó al instante que se trataba de la sala lúdica. Por todo su espacio se distribuían un billar, varias máquinas arcade del siglo pasado, paneles de Red, un par de juegos virtuales junto a otros de mesa, un equipo de música y una pequeña pantalla de cine al fondo.

—Como puedes comprobar, Benjamin, esta es la sala de esparcimiento. Por favor, siéntete libre de venir aquí siempre que lo desees. He probado esas máquinas de videojuegos antiguas y me han parecido de lo más divertidas, aunque muy fáciles.

—¿Te gustan los videojuegos? —preguntó, sorprendido una vez más, a Jules.

—Bueno, tienen cierto interés, al Creador le encantan. Por otra parte, interactuar con esas máquinas es como echar un vistazo a tus antepasados. ¿No te gustaría mantener una amistosa charla con un hombre de cromagnon?

—No creo que supiera de lo que hablar.

—Y lo cierto es que él tampoco, ¿no es así? —ironizó Jules, liberando una carcajada tras su comentario—. Sigamos. No nos entretendremos mucho más en esta zona.

Al salir de la sala de ocio, Jules mostró a Benjamin las tres salas de reuniones que se disponían a continuación. No había mucho destacable en ellas, tan solo los elementos típicos de esa clase de estancias. Al volver al pasillo, el androide ofreció a Ben salir de aquel ala para continuar la visita, pero Bryar había fijado su atención en un elemento de aquel lugar. Al fondo del corredor se hallaba una puerta, similar a la primera que cruzaron el día anterior al entrar en la Ciudadela.

—¿Qué hay allí? —Benjamin señaló en dirección a la puerta.

—No te preocupes por eso, Benjamin. No vamos a utilizarla.

—Aún así me gustaría saberlo —insistió Ben.

—Tras esa puerta está la estación de metro —respondió escuetamente el androide.

—¿Estación de metro? ¿Adónde lleva?

—Al refugio. Todo esto solo es una mínima parte de la Ciudadela. Este el complejo científico, pero hay mucho más. ¿Recuerdas las dos montañas al fondo del valle que observamos ayer?

—Las recuerdo —afirmó Bryar.

—Pues están completamente huecas. La Ciudadela tiene capacidad para albergar a casi diez mil personas. Más allá hay muchas más instalaciones que nunca han sido utilizadas. Comedores, dormitorios comunes, baños, salones, almacenes de comida, una enfermería e incluso un colegio infantil. Vivimos tiempos de locura, Benjamin. Cualquier medida de precaución es poca y G-Corp no está desprevenida. Muchas personas podrían sobrevivir allí abajo durante varios años —dijo Jules, sin darle mucha importancia—. El metro conecta todas las zonas para que sean accesibles sin necesidad de salir a la superficie.

—Pascal ha construido un arca de Noe por si llega la tempestad —dijo Benjamin, sorprendido.

—Por así decirlo, pero esperemos que, por el bien de todos, haya tirado el dinero, ¿verdad? —El androide parecía divertido—. No sería la primera vez que lo hace, ¡ja, ya lo creo que no! ¿Seguimos con la visita, Benjamin?

—Claro, por supuesto —Bryar sabía que no conseguiría más información del androide sobre ese tema.

—Hemos dejado lo mejor para el final. Ahora te mostraré el laboratorio, aunque sé que anoche Weber y tú ya echasteis un vistazo.

—¿Nos viste? —interrogó Ben, con un poco de temor en la voz.

—Igual que vosotros me visteis a mí —sonrió Jules—. Aunque parezca humano, debes recordar que no lo soy. —Tocó con la punta de su dedo índice la Marca de Plata de su barbilla—. No tengo las mismas limitaciones cognitivas que vosotros, no obstante, si estoy atado a otras.

—Entiendo.

Bryar y el androide se dirigieron hacia el laboratorio. Cruzaron el *hall* de nuevo y atravesaron el pasillo hasta la enorme sala con suelo de cristal en la que Ben había estado la noche anterior. Intentó no mirar abajo, evitando sentir vértigo de nuevo. Continuaron caminando hasta el centro de la estancia, donde un ascensor de cristal cilíndrico les estaba esperando. Entraron en él, las puertas se cerraron, y comenzaron a descender lentamente.

—No te preocupes, Benjamin. En un momento estaremos abajo. Weber y el resto del equipo están esperándonos.

Tan solo quedaban unos diez metros para llegar al suelo del laboratorio. Benjamin echó un vistazo. Desde donde se encontraba tenía una panorámica perfecta del complejo. Lo que la noche anterior le había parecido lúgubre y solitario ahora se antojaba pulcro, luminoso y esterilizado. Weber estaba en lo cierto, las grandes cristaleras permitían que la luz fluyese con naturalidad por toda la gran sala, aprovechando al máximo este recurso. Eran las máquinas y los aparejos los que dividían el cuadrilátero en diversas zonas, pero no se podía encontrar ni un solo muro entre todas ellas. Bryar comprobó que al pie del ascensor esperaban Weber y varias personas más. Todos ellos contemplaban como él y el androide se acercaban a ellos en su descenso. Maximilian miró a Ben a los ojos y le dedicó un guiño cómplice y una sonrisa. Las puertas del elevador se abrieron y el equipo científico al completo recibió a Benjamin con un caluroso aplauso. Ben hizo gestos de agradecimiento, aunque no se sentía merecedor de tan halagador recibimiento. Weber se acercó a él y le estrechó la mano mientras rodeaba sus hombros con el otro brazo.

—¡Mi querido amigo, bienvenido al laboratorio! —exclamó Maximilian, acercando su rostro al de Ben para hacerle una confidencia—. Espero que la cena se asentara bien en tu estómago. Yo apenas he podido dormir. La edad hace que uno pague sus excesos.

—Dormí como un bebé, gracias —contestó Bryar. Dirigió su mirada hacia el resto de asistentes—. Muchas gracias por este recibimiento. Aún no les conozco, pero su reputación les precede. El doctor Weber me ha explicado a grandes rasgos los logros de su trabajo, y puedo asegurarles que estoy ansioso de verlo con mis propios ojos. Quiero que sepan que mi compromiso con el proyecto es máximo y que daré lo mejor de mí para que mi tarea aquí nos beneficie a todos.

—¡Excelente, Benjamin! Yo no podría haberlo expresado mejor —dijo Weber, exultante—. Ahora, por favor, déjame que te presente a mi equipo. Estos son los doctores Hans Schaffer, Linda Goodman y Maurice Lacroisse, ellos son los responsables de la mutación del hongo que utilizaremos para absorber la radiación en

el entorno hostil de los antiguos Estados Unidos. El doctor Lacroisse logró la modificación genética que lo convierte en un agente exterminador de la radiación tan eficaz.

Benjamin saludó a los tres científicos mientras Maximilian seguía con las presentaciones.

—Los doctores Reginald Jones y Samantha Peters, diseñadores del soporte vital donde Cesare descansa en los periodos en que no está activo. El soporte nutre el cuerpo y lo estimula para que sus músculos y órganos no se degraden y su sangre circule, aunque solo es un prototipo. Están trabajando en una versión mucho más pequeña que pueda instalarse al raso para albergar muchos cuerpos al mismo tiempo en un espacio reducido y en otra versión de emergencia que los sujetos puedan cargar como una mochila. Son un gran activo en nuestro equipo. La doctora Helen Krasucka es una magnífica cirujana, la conozco de mis tiempos en Lion. Ella y yo nos encargamos de instalar el nexo en el cerebro de Cesare. Ese pequeño ingenio de mi invención es el que nos permite controlar al sujeto. Se instala en la zona del hipotálamo y hace, por decirlo de alguna manera, las funciones de un traductor. Se le transmiten las órdenes en digital y este las convierte al «lenguaje del cerebro», la química, de manera que así conseguimos que Cesare cumpla nuestra voluntad.

—Encantado de conocerles a todos —afirmó Bryar.

—Y bien, amigo mío, ¿estás preparado para conocer a Cesare? —preguntó Maximilian.

—Estoy expectante.

Todo el equipo se puso en marcha hacia la zona norte del laboratorio, seguidos por Bryar y el androide, que no había articulado palabra desde que salieron del ascensor. Dejaron atrás un par de grandes máquinas del tamaño de veinte hombres hasta llegar a una zona parcialmente despejada en uno de los extremos de la estancia, donde se detuvo la comitiva al completo. La cápsula llamó inmediatamente la atención de Benjamin. Medía unos dos metros y medio y tenía la forma de una vaina. Estaba fabricada de algún tipo de metal brillante y era completamente hermética, por lo que su contenido hubiese sido un misterio de no ser por una única y sencilla palabra rubricada en el centro de su superficie. «Cesare», se podía leer. De su parte superior escapaban cinco gruesos tubos que se perdían tras la pared del laboratorio.

—Este es el soporte vital de Cesare —explicó el doctor Reginald Jones—. Cuando el sujeto está en él se le suministra una solución salina, proteínas y otros compuestos que posibilitan que su cuerpo se encuentre en buen estado para el trabajo físico.

—Los doctores Jones y Peters han hecho una labor estupenda —continuó Weber—. Ahora, damas y caballeros, debo pedirles silencio. Por todos mis colegas es sabida mi devoción por la teatralidad, pero en este caso si les pido esto es para que el señor Bryar pueda contemplar al sujeto con total atención. —Maximilian sacó un pequeño comunicador del bolsillo y lo ajustó en su oído—. Doctora Peters, si es usted

tan amable, proceda a abrir el soporte vital —requirió Weber.

Samantha Peters se acercó a la cápsula y pulsó un botón situado en uno de los laterales, el cual había pasado desapercibido hasta ahora para Ben. Pasaron unos segundos antes de que el soporte iniciara respuesta alguna. Cuando por fin lo hizo emitió un fuerte y sordo rugido, provocado por la separación entre el frontal del soporte, que se desplazó unos dos palmos hacia adelante, y su parte posterior. El artilugio quedó entonces dividido en dos mitades iguales. Un movimiento más pausado y sibilino siguió a este, y la mitad delantera se elevó por encima del resto de la cápsula. Fue en ese momento cuando Benjamin Bryar contempló a Cesare por primera vez. Desde la noche anterior había intentado imaginar el aspecto que tendría, pero solo un vistazo le bastó para percatarse de que no habría podido hacerlo aunque hubiese pasado la noche en vela pensando en ello. Cesare, erguido en su ataúd de metal, tenía los ojos tan abiertos y muertos que Ben sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Buenos días, Cesare. Por favor, sal de tu soporte vital, ven hasta nosotros y mantente en pie. —Weber se giró entonces hacia Benjamin—. Por supuesto, no es capaz de comprender las formas comunes de cortesía, se limita a obedecer órdenes, pero no me gusta hablar como un vulgar esclavista.

Sin dilación, el sujeto comenzó a moverse, dejando atrás la cápsula que lo contenía, y dio unos pasos hasta encontrarse frente al grupo. Después permaneció quieto como un espectro. Su movimiento no podía definirse como natural pero tampoco era mecánico, y resultaba extrañamente familiar para Ben. La imagen de su hermana Emily le vino a la mente y de como, cuando era niña, se levantaba en plena noche entre la vigilia y el sueño para no recordar nada a la mañana siguiente. En efecto, si Cesare podía parecerse a algo que Benjamin conociese era a un sonámbulo.

—Adelante, amigo mío —animó Maximilian—, debes contemplarlo, no quiero que pierdas detalle.

Bryar se acercó tímidamente. Si bien estaba fascinado por lo que sus ojos le contaban, sentía en sus adentros que faltaba algo. Benjamin, como todo ciudadano de la Federación, profesaba la Fe de la Conciliación, pero no se consideraba religioso más allá de la norma impuesta. Sin embargo, frente a Cesare, le abrumó un sentimiento de culpa espiritual. Miró a todos y cada uno de los presentes y pensó que, por muy brillantes que fuesen, estaban jugando a ser Dios y le estaban pidiendo que jugase con ellos. Ben se tomó unos minutos para escudriñar al sujeto, que seguía sin reaccionar pese a su atenta mirada. A simple vista era un hombre de quizá cuarenta o cuarenta y dos años, de complexión atlética, espigado, unos centímetros más alto que el propio Bryar. Su color de piel era claro, pero no estaba pálido ni desnutrido y de haber estado vivo cualquiera hubiese afirmado que tenía el aspecto de un alguien saludable. Vestía algo parecido a un pijama de hospital de color azul celeste y unas sandalias de cuero negro. No era su aspecto lo que ponía los pelos de punta a Benjamin, eran otros detalles, algunos pequeños, pero que hacían evidente que en

Cesare no quedaba nada de su naturaleza original. Aquello no era humano, no tenía alma. Sus ojos negros apuntaban petrificados hacia un horizonte inexistente. Miraban, pero no veían. Bryar detuvo su atención en el torso de Cesare, no había respiración, no había latidos, solo un silencio muerto. Colocó su mano bajo la nariz, rozándola por error con su dedo índice, lo que le hizo retirar la mano con presteza.

—No tengas miedo, Benjamin —dijo Weber—. Cesare es incapaz de hacerte daño alguno. ¿Verdad, Cesare? Asiente, Cesare.

El cadáver sonámbulo obedeció inmediatamente, afirmando con la cabeza, pero eso no tranquilizó a Ben. Este volvió a acercar su palma a la cara de Cesare, pero no pudo sentir aliento alguno. Se armó de valor y tocó con su mano la mejilla del hombre, la pasó por su rostro hasta llevarla a la frente.

—Está frío —dijo Ben, casi como una pregunta.

—Se mantiene a una temperatura constante de veinticinco grados —contestó la doctora Peters—. Al no tener consciencia y mantener solo algunas de sus funciones vitales es la temperatura adecuada para optimizar su consumo energético.

—Tengo que presentarte al último miembro de nuestro grupo, amigo mío —afirmó Maximilian—. Maria, saluda a Benjamin.

—Buenos días, señor Bryar.

Una voz dulce y cálida resonó por todo el laboratorio. Ben miró en todas direcciones intentando encontrar a la mujer que le había hablado, pero no vio a nadie nuevo junto al equipo científico.

—¿Dónde está? —Se sintió algo estúpido al formular la pregunta.

—Maria no es un ente corpóreo —respondió Weber—. Ella es un enlace entre nosotros y el cerebro de Cesare.

—¿Es una Inteligencia Artificial?

—¡Oh, no! La única IA que queda en el mundo es nuestro común amigo aquí presente. —Max señaló a Jules, que permanecía en silencio entre el grupo de científicos—. Maria es una IS, una Inteligencia Simulada. Puede imitar la comunicación humana pero no tiene capacidad para aprender por sí misma. Es... por así decirlo, un programa informático. Está albergada en nuestros servidores y tiene acceso directo al nexo de nuestro sujeto, de manera que ella también puede darle órdenes.

—Entiendo. ¿Nos oye a todos o sólo a ti? —preguntó Benjamin.

—Le oigo perfectamente, señor Bryar —contestó la voz femenina—. Puedo oír cualquier cosa que perciba el sujeto, así como lo transmitido a través del comunicador que el doctor Weber lleva en su oído.

—¿Me oyes a través de Cesare?

—Así es —aseveró Maria.

—Maria es una parte fundamental de nuestro proyecto —interrumpió Maximilian—. Un solo sujeto en un entorno como este es perfectamente controlable por una persona, pero cuando nos encontremos sobre el terreno, con un número mucho mayor

de individuos con tareas distintas y en un terreno hostil, Maria será la encargada de darles las directrices de su trabajo. Además, puede monitorizar el estado de los sujetos, su situación geográfica y otras estadísticas que nos ayudarán a optimizar nuestro cometido una vez nos encontremos en los Estados Unidos.

—Es un placer resultar útil.

—¡Por supuesto que lo eres, querida! —exclamó, con cariño, Weber—. Maria es enteramente obra mía. Pese a las limitaciones de elaborar una inteligencia no adaptable y sin capacidad de aprendizaje, estoy muy orgulloso de ella. Sus exquisitos modales hacen casi real la ilusión de raciocinio.

—No dejarás de sorprenderme, Maximilian —concluyó Bryar—. Encantado de conocerte, Maria.

—Lo mismo digo, señor Bryar.

—Maria, ¿podrías hacerle a Benjamin una demostración de las capacidades de Cesare? —prosiguió Weber.

—Por supuesto, doctor.

La voz se apagó y un instante después el sujeto comenzó a moverse hacia el otro extremo de la sala. Comenzó con paso lento, aumentando la velocidad progresivamente hasta acabar dando un par de vueltas al trote a la estancia. Cuando terminó desapareció tras una de las grandes máquinas del laboratorio.

—Por favor, sigan al sujeto —reclamó Maria.

La comitiva acató la petición y siguieron a Cesare hasta otro espacio en el que había una mesa con tubos de ensayo y varios productos químicos. El «sonámbulo» escogió una de las botellas y trasvasó parte de su contenido a una finísima probeta sin derramar una sola gota en el proceso. Maria siguió guiando silenciosamente a Cesare durante otros diez minutos haciendo que mostrase sus habilidades, su precisión en los movimientos y sus competencias físicas. El equipo al completo analizaba la demostración. Algunos de los doctores se intercambiaban comentarios mientras que otros observaban las reacciones de Benjamin a los movimientos de Cesare. Maria dio por finalizada la prueba después de que el sujeto controlase con un guante háptico un brazo mecánico del tamaño de tres hombres. Cesare volvió frente al grupo y quedó inmóvil de nuevo.

—Gracias, querida —dijo Weber.

—Ha sido un placer, doctor, ¿puedo hacer algo más por ustedes?

—Eso es todo por ahora. Por favor, devuelve a Cesare a su soporte vital. —Maximilian se giró hacia los demás—. ¿Imaginas de lo que seríamos capaces con un ejército de Cesares, Benjamin? Ya lo has visto, es eficiente, es preciso, apenas necesita descanso y, sobre todo, es inmune al hongo cargado de radiación. Podemos hacer historia, amigo mío. ¿Qué te ha parecido?

—Bueno —carraspeó un par de veces—, mentiría si dijera que era tal y como me lo había imaginado. No me cabe duda de la efectividad de... Cesare, y tengo algunas ideas pero también me ha resultado algo siniestro.

El doctor Weber abrió la boca para contestar a Bryar, pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, Jules dio un paso al frente e interrumpió la conversación.

—Quizá te gustaría compartir esas ideas con el señor Pascal, Benjamin. Acaba de informarme de que quiere veros a ti y al Creador en la sala de reuniones en cuanto sea posible.

—¿Qué querrá ese viejo avaro ahora? —farfulló Weber.

—Creador, el señor Pascal me pide que le recuerde que puede ver y escuchar todo lo que se dice en mi presencia —explicó Jules, con media sonrisa cortés en el rostro.

—Pues recuérdale a él que yo mismo te diseñé y no hay nadie en el mundo que entienda mejor tu funcionamiento. —Maximilian hizo un par de garabatos en el aire con sus manos que pretendían ser una burla—. En fin, veamos que quiere ahora. Señores, espero que sepan perdonar nuestra ausencia —dijo hacía el resto de doctores.

El androide se puso en marcha en dirección al elevador y tanto Benjamin como Weber le siguieron con presteza. Llegaron arriba, de nuevo al suelo de cristal, salieron por el pasillo y aparecieron en el hall. Desde allí tomaron rumbo al ala este del complejo. Ninguno de los tres se dirigió a los otros en ningún momento, aunque el doctor siguió balbuceando débilmente improperios casi inaudibles de vez en cuando. Entraron en la sala de reuniones y se sentaron alrededor de la mesa que ocupaba el centro de la habitación. Casi de inmediato, la imagen de Pascal apareció en el panel de VidCom de la pared que tenían enfrente. Las montañas de Ginebra se podían contemplar tras él, por lo que Ben supo que estaba enviando la señal desde su despacho.

—Buenos días, señores —saludó.

—¿Se puede saber que es tan importante para que nos interrumpas? —recriminó Weber hacia el panel.

—Como puedes ver, Benjamin, Maximilian no me tiene en muy alta estima. —Pascal se dirigía directamente a Bryar, eludiendo intencionadamente la interpelación del doctor. Parecía disfrutar enfureciéndole—. Una pena, desde luego, pero es algo normal. Cuando dos personas pasan mucho tiempo colaborando estrechamente a menudo acaban surgiendo discrepancias. Max y yo nos conocimos hace ya tantos años... ambos éramos tan jóvenes y brillantes.

—Lo cierto es que yo era un poco más de ambas cosas —puntualizó Weber, con sarcasmo.

—Y, sin embargo, treinta años después sigo siendo yo quién te extiende los cheques a ti, mi querido amigo —ironizó Pascal.

—¿Por qué nos ha llamado, señor? —preguntó Ben, cansado de los reproches de ambos.

—He estado siguiendo vuestra pequeña visita de esta mañana a través de Jules. Quería que me contases de primera mano tus valoraciones.

—Como habrá visto, justo estaba hablando de ello antes de venir aquí —dijo



Benjamin—. No soy un científico, si es factible o no hacer lo que ustedes planean lo dejo en sus manos. Estoy seguro de que lo han estudiado y si están dispuestos a dar este paso es porque lo habrán valorado bien pero, respecto a lo que quieren de mí, no va a ser fácil.

—Si lo fuese no te necesitaríamos, Benjamin —contestó tajantemente Pascal.

—Lo entiendo. Tengo que pensar bien en como enfocarlo, un paso en falso podría ser fatal. La experiencia con la campaña de El Último Sueño me será de ayuda pero esto es aún más peliagudo. Estamos hablando de algo tremendamente delicado. Tengo varias cosas en mente, pero creo que puedo venderlo.

—Estoy ansioso por oírlas.

—Bueno, ya saben, prejuicios, superstición, dolor familiar. Se supone que deben entregarnos los cuerpos de sus seres queridos, ¿de cuánto tiempo estamos hablando? ¿Hay algún requisito de otra índole?

—Setenta y dos horas —interrumpió Weber—. La donación debe hacerse en un periodo no superior a tres días, antes de que el cuerpo entre en la fase aguda de descomposición. Además, la causa de la muerte no puede estar relacionada con un politraumatismo severo o con una dolencia cerebral o neuronal. Por último, hemos decidido que por cuestiones físicas la edad de los sujetos debe oscilar entre los veinticinco y los cincuenta y cinco años de edad.

—Al menos es un margen amplio —resopló Bryar—. Está bien, esto es lo que he pensado. No podemos engañar a la gente con la idea de que vamos a devolver a la vida a sus parientes. Nos explotaría en la cara, y si perdemos una pizca de credibilidad nadie más estará dispuesto a donar un cuerpo más. Sin embargo, podemos jugar con esa idea, sugerirlo, pero sin decir nada vinculante. Los sujetos necesitan un nombre, no uno propio si no uno colectivo, algo que les aporte un valor positivo.

—¿Cómo qué? —preguntó Weber.

—Desde luego no están vivos, pero tampoco parecen completamente muertos. Debemos utilizarlo a nuestro favor. El fin al que están destinados es noble y puede tener muy buena prensa si añadimos otros alicientes. Debemos conseguir que los familiares piensen que les estamos haciendo un favor. Que es una oportunidad que no pueden dejar pasar.

—Creo que eso es algo exagerado —afirmó el doctor.

—La retórica no entiende de exageraciones, si sabes llevar al público a tu terreno no tendrán más remedio que darte la razón. La verdad no importa, sólo tener razón. —Bryar parecía haberse emocionado progresivamente con la idea, y ahora hablaba con evidente entusiasmo—. Si yo le pido a alguien que me entregue el cadáver de su hijo para hacerle trabajar como un zombie esclavo con toda seguridad me mandará al cuerno. Sin embargo, si le ofrezco la oportunidad de que ese mismo ser querido recobre su vitalidad para formar parte de un gran proyecto, gracias al cual millones de personas podrán volver a tener un hogar al otro lado del océano es posible, y solo

posible, que decida hacerlo.

—He de reconocer que me gusta como piensas —afirmó Pascal desde el panel.

—¿Qué desea más que nada en el mundo el familiar de un fallecido? Que viva de nuevo. Debemos crear la ilusión en las familias de que si nos los entregan no todo ha acabado para ellos.

—Tú eres el mago de las palabras. Quiero que te pongas a ello inmediatamente, Benjamin —dijo Pascal.

—No lo dude, señor, pero esta campaña ha de ser perfecta. Como he dicho, no podemos permitirnos cometer ningún error. Necesitaré ayuda.

—Contaba con ello.

—No quiero que haya filtraciones, de momento nos irá bien con otros dos publicistas. Yo me encargaré del guión creativo. Dos de mis compañeros de Londres serían idóneos para nuestras otras necesidades. Paulo Silva, del departamento audiovisual, tiene un don innato para crear la atmósfera adecuada. Silva nos vendrá muy bien, pero es a Robert Gordon al que quiero aquí por encima de todo. Rob es algo hipocondriaco, no creo que le apasione trabajar bajo tierra, pero no he conocido a nadie en mi vida con un olfato como el suyo para el control de daños. Detectará, en caso de haberlo, el más mínimo fallo en nuestra campaña, una simple palabra o un gesto que pudiera herir alguna sensibilidad. Es nuestro seguro de vida.

—Me encargaré de ello —dijo el androide.

—¿Cuándo podrían estar aquí? —preguntó Bryar.

—Los tendrás en cuarenta y ocho horas, Benjamin.

—¿Y la aduana?

—No te preocupes por eso —expuso Pascal, jocoso—. La prueba era para ti, no para ellos. Chasquearé los dedos y estará hecho.

—Está bien —respondió Ben. Pensó en lo terrible que le había resultado a él su entrada en el país y agradeció que sus compañeros no tuviesen que pasar por ello y así poder contar con ellos lo antes posible—. Prepararé todo para que podamos empezar tan pronto lleguen —dijo Benjamin.

Pascal se despidió y cortó la comunicación. Jules se levantó de su asiento y explicó que debía volver a Ginebra para gestionar la llegada de los publicistas. Solo quedaron Benjamin y Maximilian, que salieron conversando hasta el hall. A Ben le hervía la cabeza de ideas. Weber le ofreció volver al laboratorio para seguir charlando con el resto de doctores y explicarle los pormenores del proyecto y otras pautas, pero Bryar solo quería ir a sus dependencias y apuntar todas aquellas ideas que le rondaban la mente. Se disculpó y se dirigió raudo a su habitación. Al entrar se tumbó en la cama, sacó su SmartPad y comenzó a anotar una tras otra las posibles estrategias, los pros, contras y oportunidades que imaginaba. Se mantuvo durante más de una hora con la misma tarea hasta que, casi sin darse cuenta, el sueño le fue venciendo. Acabó dormido con el pequeño artilugio sobre su torso, moviéndose arriba y abajo al compás de su respiración, pero su descanso no era tranquilo. Todas

esas ideas tomaron forma en sus sueños, formando una amalgama onírica en el que Ben seguía trabajando. Se despertó de súbito, exaltado de emoción y con unas perlas de sudor asomando en ambas sienes. Una palabra había tomado forma en su cabeza. La repitió para sí mismo media docena de veces y, cuando estuvo seguro de que era la apropiada, se atrevió a pronunciarla.

—Revitalis.

## El Hijo del Conciliador

—Quiero que estéis atentos, porque solo voy a decirlo una vez. Todos vosotros estáis muy acostumbrados a ser los que dais los discursos, os encanta aleccionar a la gente sobre lo que está bien y lo que está mal, os creéis dueños de la verdad, una verdad inmutable decís, pero puedo aseguraros que eso está a punto de cambiar. Os miro y siento asco. Habéis causado más muerte que cualquier plaga o guerra de este mundo. Día tras día emponzoñáis la mente de cada hombre, mujer y niño que tiene la desgracia de prestar sus oídos a vuestros cantos de sirena. Les mantenéis cerca con delirios esquizofrénicos sobre dioses que se manifiestan en arbustos en llamas, cuentos que hablan de convertir el agua en vino y promesas sobre falsos paraísos con prados de hierba suave y setenta vírgenes. Les abocáis a la destrucción, incluso a la autodestrucción, en nombre de quimeras. Os aprovecháis de la incultura y la idiotez de la que vosotros mismos sois responsables. Ha llegado el día en que vais a dejar de hacerlo, porque ahora soy yo quién necesita sacar provecho de ella. La civilización está a un paso del olvido, la extinción llama a nuestras puertas, las aporrea, y no tengo la más mínima intención de dejarle pasar. No me importa cuales sean los medios para contenerla, si he de usar vuestras armas, lo haré. Creo en la excepcionalidad del individuo. Nosotros, los humanos, cada uno de nosotros, somos capaces de los mayores logros, de alcanzar las cotas más altas de superación y dignidad, pero la masa se torna estúpida, miedosa y permisiva. Vosotros lo sabéis mejor que nadie, sanguijuelas, habéis estado chupando de su sangre, gangrenando su interior desde que el primer hombre se puso en pie y contempló las estrellas buscando una respuesta. Estáis aquí porque sois los representantes de las tres religiones monoteístas y sus facciones presentes en el espacio de la Federación Europea y su zona de influencia. El Mundo Libre tiene un enemigo que no descansa y que está obsesionado con acabar con nuestro modo de vida. Si flaqueamos un instante, tened la seguridad de que la Coalición Indochina y sus aliados no lo desaprovecharán. Vuestra fracturación es nuestra debilidad. Lo diré claramente para que no haya ninguna duda; tengo tres religiones y solo necesito una. Que nadie malinterprete lo que acabo de decir, sé que el cristianismo es mayoría en la Federación, pero no se relaman sus sibilinos labios todavía señores cardenales, no pretendo imponer su fe sobre la de cualquier otro en el Mundo Libre. Cristianismo, Islamismo y Judaísmo, las tres igualmente corruptas, podridas, primitivas... muertas. Os diré lo que vais a hacer; le hablaréis al mundo y le diréis que corren tiempos sombríos. Pero de esa sombra nacerá una nueva fe, una fe al servicio de la Federación que promulgue los valores y doctrinas que sean necesarias para conseguir una sociedad fuerte con la más férrea perseverancia en la lucha contra nuestros enemigos asiáticos y la inquebrantable convicción de que nos alzaremos con la victoria. Vuestra primera reacción será resistiros al cambio, no me cabe duda. Es lo que habéis estado haciendo desde hace miles de años. Os voy a dar un consejo, no

*lo hagáis. De lo contrario, os juro por cada uno de vuestros falsos dioses que desplegaré todo mi poder contra vosotros para convertir hasta el último de vuestros huesos en barro y vuestros templos en cenizas. La unión de las tres religiones se producirá lo queráis o no. Todo aquel que no colabore será considerado un disidente.*

*—¿Tiene usted idea de lo que nos está pidiendo?*

*—Soy Conrad Schroeder, Gran Ministro de la Federación Europea. No os estoy pidiendo nada en absoluto.*

Grabación de la reunión entre Conrad Schroeder y líderes religiosos del Mundo

Libre.

Despacho del Gran Ministro de la Federación Europea.

Fecha: 22.06.2048.

Archivos confidenciales del Volksgeist.

\* \* \*

—¿Vas a tardar mucho más? —preguntó Heather desde la puerta que daba al jardín trasero.

—No, estaré listo dentro en un par de minutos —contestó Roger—. Creo que Billie está a punto de terminar.

—De acuerdo, te espero dentro. Quedan diez minutos para la una, intenta acabar rápido o llegaremos tarde a la barbacoa.

Roger vigilaba a la perrita Billie mientras ella hacía sus necesidades en el jardín trasero. Llevaban toda la semana sin sacarla a pasear por la calle, tenían miedo de hacerlo sin saber muy bien porqué. Al fin y al cabo ellos eran consumidores, lo que había ocurrido era muy extraño y no querían meterse en problemas. El animal se mostraba nervioso por la falta de ejercicio. Husmeaba rápidamente cada esquina del vallado, corría los pocos metros que podía hacia la otra dirección y volvía a oler los alrededores. Para Roger se había convertido en un suplicio. Él y Heather sacaban al can casi una docena de veces al jardín trasero a lo largo del día para compensar su encierro, pero las salidas eran breves y no saciaban el ansia de libertad de Billie. Tras un par de correteos y tirabuzones más a Roger le pareció que la perra por fin había terminado. Se acercó hasta donde estaba, recogió los excrementos con un guante de látex y una bolsa de basura y ambos volvieron dentro. Heather estaba esperándoles en la cocina. Nada más entrar Billie corrió hacia el salón, casi tropezando con su dueña, y desapareció de la vista del matrimonio.

—¿Estás listo? —preguntó ella.

—Sí. Deja que me lave las manos un segundo y podremos irnos. —Roger abrió el grifo de la pila de la cocina y enjuagó sus manos.

—¡Roger! Sabes que no me gusta que te laves las manos ahí. Para eso está el

cuarto de baño. En esa pila lavamos los vasos y los platos en los que comemos.

—Vale, vale, lo siento. No lo olvidaré la próxima vez —contestó sin mucho entusiasmo—. ¿Dónde está Seymour?

—En el salón, con Sarah. Ha llegado mientras estabas fuera. Están viendo un programa en el panel.

—Oh, estupendo, entonces todo listo. —Roger se secaba las manos con un par de gamuzas de cocina.

—¿Crees que debemos decirle algo sobre Billie? —preguntó ella.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, me refiero a que es posible que se le ocurra salir a dar un paseo con Seymour y se la lleven. —El tono de Heather demostraba preocupación.

—No lo había pensado, pero quizá si debemos decirle alguna cosa.

—¿Se te ocurre algo?

—Tranquila, déjame a mí.

La pareja salió de la cocina y entró en el salón. La joven Sarah, hija de los Thoothrot, y Seymour estaban sentados en el sofá el uno al lado del otro. La muchacha sostenía la mano del pequeño entre las suyas. Era una chica encantadora y Seymour tenía mucha confianza con ella. Sarah era menuda y tenía el cabello rubio y pajizo. Iba al instituto que estaba al otro lado de Seaton Park y siempre se había mostrado mucho más madura de lo que sus quince años habrían hecho suponer.

—¿Ya tienes novio, Sarah? ¿Hay algún chico al que le gustes en el instituto? —preguntó Roger, iniciando la conversación.

—Son todos unos pesados. Estoy más interesada en mis notas, señor Bean. Tengo que esforzarme si quiero estar bien preparada para el Test de Asignación Social.

—Haces bien. Eres una chica lista, trabaja duro para hacerte un hueco en el mundo. Ya tendrás tiempo para chicos, y además podrás encontrar uno mucho mejor si consigues ser ciudadana.

—Eso haré.

—Sarah, volveremos alrededor de las cinco —dijo Heather—. ¿Puedes quedarte hasta entonces?

—No hay problema, señora Bean. Hoy es domingo, no tengo mucho que hacer. Sey y yo jugaremos un rato. Y me he traído algunos ejercicios en mi SmartPad para practicar mientras él hace la siesta.

—Estupendo, muchas gracias, Sarah.

—Por cierto —interrumpió Roger—, no dejes que Billie salga a la calle. Ha estado algo débil últimamente. La llevamos al veterinario y nos dijo que era una especie de... anemia. Estamos dándole medicación y tiene las defensas bajas, podría enfermar si come algo del suelo o alguna cosa así. Si se pone muy nerviosa sácala unos minutos al jardín trasero, pero nada más.

—Muy bien. No se preocupen por nada.

—Contigo aquí no lo haremos, sabemos que eres de confianza.

—Gracias —contestó Sarah, casi ruborizándose—. Por cierto, mis padres también van a la barbacoa de los señores Monroe. ¿Pueden decirle a mi padre que llegaré a la hora de la cena? Quiero ir a la biblioteca cuando ustedes vuelvan.

—No hay problema, portaos bien —dijo Roger, sonriendo.

Heather se acercó a su hijo y le besó en la cabeza. Seymour emitió un leve gimoteo de cariño.

—Ya he cogido el regalo —afirmó Roger—. Vámonos, ya llegamos tarde.

—Hasta luego, chicos —se despidió Heather.

El matrimonio salió de su casa y caminaron por la acera en dirección a la casa de Paul y Evelyn. Estaba solo a cinco viviendas de la suya, y el día era soleado. Heather disfrutaba de la caricia del astro rey en su rostro y Roger lo hacía con olor de la hierba de los jardines. Al otro lado de la calle, Seaton Park y sus frondosos árboles bailaban con la suave brisa del estío.

—Hace un día glorioso —afirmó Heather, sonriendo.

—Tú estás gloriosa —respondió Roger, colocando su brazo sobre los hombros de su esposa—. Disfrutemos de esta tarde de ocio, es justo lo que necesitamos.

Heather asintió al requerimiento de su marido. Hoy se sentía especialmente contenta, como no lo estaba desde hacía mucho tiempo. A decir verdad, lo acontecido con Seymour y Billie había preocupado a su esposo, pero no así a ella. Al principio tuvo miedo, pero poco después este se desvaneció y solo quedó en ella la convicción de lo que había defendido desde hacía años; Seymour, su pequeño, era un muchacho extraordinario. No le cabía la menor duda de que él había salvado a Billie. No podía usarse la lógica para explicar lo sucedido, y por eso ella se aferró a su fe, la fe en su hijo. Tardaron solo un par de minutos en llegar al jardín de los Monroe. El olor de la carne a la brasa había podido percibirse casi desde que salieron por la puerta amarilla de su hogar, pero ahora era fuerte y espeso. Ya desde la acera se oía el chisporrotear de la grasa de los chuletones y las hamburguesas al gotear sobre las brasas ardientes. Paul estaba frente a los fogones, controlando la carne, con la camisa remangada y un delantal de cuadros.

—¡Heather, Roy, bienvenidos! Ya pensaba que no apareceríais.

El hombre hizo un gesto a la pareja para que entrasen en el jardín. La casa de los Monroe era muy similar a la suya, pero su jardín solo estaba vallado en los laterales, marcando los límites con las parcelas colindantes. La parte delantera era completamente abierta, por lo que el césped crecía justo al acabar la calle. El jardín estaba abarrotado de vecinos y amigos, casi una treintena en total, que conversaban y reían. Habían desplegado varias mesas y sillas por toda la parcela y media docena de niños correteaban entre ellas, jugando. A los apátridas y sus descendientes les gustaba organizar reuniones como aquellas. Les hacía recordar la manera en la que se habían criado en sus barrios de los antiguos Estados Unidos, donde los lazos que se creaban en las comunidades eran fuertes y duraderos. Roger y Heather se acercaron a Paul, que giraba un par de hamburguesas y las apretaba contra la parrilla con una

paleta de cocina.

—Muchas felicidades, Paul —dijo Heather, saludándole con un beso.

—Gracias, Heather —contestó—. Nos hacemos viejos.

—¡Cuarenta primaveras! ¿Cómo se lleva eso, amigo? —preguntó, con sorna, Roger.

—¡Mejor que tú! —bromeó Paul.

—¡Qué más quisieras! —Roger dio un efusivo abrazo a su amigo, que intentó no mancharle con la grasa de sus manos—. Te hemos traído un regalo —dijo, ofreciéndole la bolsa.

—¡Oh! Te diría que no era necesario, pero me encantan los regalos. Voy a abrirlo ahora mismo.

—De acuerdo, pero no descuides la barbacoa o esa carne se convertirá en una suela de zapato —dijo Roger.

—¿Qué estás diciendo? Te puedo asegurar que no habrás probado ternera como esta en tu vida. Además, nadie de aquí tiene paladar para poder apreciarla, ¡así que al cuerno! —exclamó entre risas.

Paul cogió la bolsa y la depositó sobre una mesa de su lado. Evelyn salió de la casa en ese momento y su marido le hizo un gesto para que se acercara hacia ellos. Monroe sacó el paquete y lo movió un par de veces junto a su oído con gesto interesante. Tras esto, arrancó el envoltorio de papel con la impaciencia de un niño y miró la caja del descodificador de canales que le habían regalado.

—¡Mira esto, Evy! ¡Un paquete de programación con novecientos noventa y nueve canales! Muchísimas gracias a los dos. A Evelyn le encantan esos programas sobre los famosos y yo pienso seguir criando esta panza con una cerveza en la mano y un buen programa de deportes.

—Ha sido un placer, espero que te guste de verdad —dijo Heather.

—Por supuesto que me gusta. Lo programaré esta misma noche. Espera un momento... ¡Viejo zorro! Ya se lo que pretendes —exclamó mirando a Roger—. Quieres venir a ver los partidos, maldito hooligan del Celtic. Pretendes reírte de mí viendo como tu equipo aplasta a mi pobre Aberdeen. —Bromeó.

—Me has pillado. Ahora ya no tienes escapatoria.

—¿Queréis algo de beber, chicos? —preguntó Evelyn.

—Sería genial —dijo Roger.

—Enseguida os traeré un par de cervezas —contestó, volviendo dentro de la casa.

—¿Por qué no vais a sentaros por algún lado? Os prepararé algo de comer y os daré un grito cuando lo tengáis listo.

—De acuerdo. Espero que cumplas tu promesa, como no sea la mejor carne del mundo me pasaré una semana recordándotelo.

—Pasarás una semana soñando con ella, cretino —rió Paul.

Roger y su mujer saludaron al resto de vecinos invitados. Estaban los McCann, los Rose, los Callaghan y otros a los que el matrimonio no conocía tanto. Roger vio a



Herman Thoothrot y a su mujer Helen sentados en una de las mesas junto con otras personas. Se acercaron hasta ellos y se sentaron a su lado.

—¿Cómo estás, Roger? —preguntó Herman.

—Tengo la espalda molida por el trabajo, pero hoy me siento bien.

—¡Qué me vas a contar! La maldita rodilla no para de darme pinchazos, pero qué le vamos a hacer. ¿Está Sarah con tu pequeño?

—Así es. Se han quedado viendo alguna cosa en el panel. Tienes una hija estupenda, Herman.

—Es una bendición —respondió, orgulloso, Thoothrot.

—Por cierto, me ha comentado que iría a la biblioteca cuando volviésemos a casa. Quería que te lo dijese, pero me aseguró que volvería para la cena.

—¡Por el Conciliador! Si no le conociese lo suficiente creería que es alguna excusa para escaparse toda la tarde con algún chico, y casi me alegraría de ello. Tiene quince años y apenas le entiendo cuando habla. Y no es porque utilice una jerga ridícula como la mayoría de críos. Es lista a rabiar, no sé a quién habrá salido.

—A mí, por supuesto —interrumpió Helen Thoothrot.

—Yo te apoyo, Helen —confirmó Heather—. Estos hombres solo saben mirarse el ombligo.

—Creo que tenemos problemas, Roger —dijo Herman, divertido.

—Has destapado un avispero —bromeó Roger.

La fiesta prosiguió así durante algo más de una hora. Los comensales se acercaban hasta Paul, que les servía directamente del fuego a su plato. Bebían cerveza fría comentando los resultados del último partido de fútbol, charlando sobre la última película que habían visto o destapando los cotilleos del barrio. Todos lo pasaban bien. La comida dio paso a una enorme tarta que Evelyn había encargado para su marido. Era de trufa con almendras, su preferida, y tenía casi un metro de diámetro. Todos los asistentes vitorearon a Paul cuando consiguió apagar las cuarenta velas con tan solo dos soplidos. Su mujer repartió la tarta entre los invitados y, cuando hubieron terminado, entre cafés y licores suaves, algunos comenzaron a jugar a las cartas y otros simplemente siguieron disfrutando de la templada y acogedora tarde en el jardín de los Monroe.

Eran las tres, y a solo cinco viviendas de aquello, Sarah Thoothrot repasaba los ejercicios de su SmartPad en el salón mientras Seymour dormía en su habitación. La joven se encontraba atascada en un problema matemático que había comenzado veinte minutos atrás. Hasta tres veces había borrado toda la operación y comenzado de nuevo, pero siempre se topaba con un callejón sin salida en el mismo punto. Intentaba concentrarse, pero la perrita Billie no paraba de revolotear a su alrededor, gimiendo débilmente para atraer su atención.

—¿Qué ocurre, Billie, quieres salir a pasear? No puedo sacarte, el señor Bean me dijo que no lo hiciese. ¿Te encuentras mal?

La perrita seguía gimiendo, esta vez con más fuerza, al saber que había atraído la

atención de Sarah.

—Está bien, está bien. Te sacaré un momento al jardín trasero. Pero solo cinco minutos.

La joven se levantó del sofá, se dirigió a la cocina y Billie corrió tras ella. Sarah abrió la puerta del jardín y el animal salió como una exhalación. La muchacha se colocó en el centro de la parcela para controlar al can, que corría de un lado a otro en el reducido espacio y escarbaba aquí y allá. Billie estaba muy inquieta.

—¿No tienes que hacer tus cositas? —dijo Sarah. No tenía muchas esperanzas de que el animal tuviera en cuenta sus palabras. El teléfono comenzó a sonar y Sarah se dirigió a la cocina para contestar la llamada—. No te muevas de aquí, ¿vale? Vuelvo en un minuto.

La muchacha entró en la casa, se acercó al panel situado junto a la nevera y pasó su mano para descolgar.

—¿Quién es? —preguntó.

—Buenas tardes, jovencita. ¿Están tus padres en casa? —preguntó un hombre al otro lado de la línea.

—Esta no es mi casa, soy la niñera del hijo de los señores Bean.

—Entiendo. Llamo del Departamento Comercial de G-Media para ofrecerles en exclusiva un nuevo modelo de panel recreativo. Dime, ¿no hay manera de que hable con el titular de la línea? —requirió el hombre.

—Lo siento, los señores Bean han salido.

—Muy bien. ¿Podrías grabar entonces lo que voy a decir a continuación y avisarles del mensaje cuando vuelvan? Estoy seguro de que les interesará muchísimo. Voy a empezar. ¿Has pulsado ya el botón? Nuestro nuevo e increíble panel recreativo le sumergirá a usted y su familia en una nueva dimensión de...

—Lo siento, ahora estoy ocupada. Llame en otro momento —interrumpió Sarah.

—¡No, sólo será un momento!

La joven hizo caso omiso a las súplicas del vendedor y desconectó el panel. Se dirigió de nuevo al jardín con la intención de hacer entrar a Billie en casa, pero justo al cruzar el umbral de la puerta vio como el animal saltaba la valla y escapaba tras ella. No tuvo tiempo de reacción alguna. Salió rauda a la calle en su busca, pero había desaparecido. Su primer impulso fue correr hacia cualquier lado hasta encontrarla, pero pensó en el pequeño Seymour y volvió dentro. No quería que este despertase y no le encontrase en casa, eso podría haber sido aún más grave. Se acercó al panel del comedor y buscó el número del SmartPad del señor Bean, pero la idea de explicarle lo ocurrido le dio miedo, así que decidió esperar a que el matrimonio volviese. Quizá, con suerte, Billie estaría de nuevo en casa antes que ellos.

Mientras tanto, en el jardín de los Monroe, los invitados seguían charlando y divirtiéndose. Evelyn había sacado algunos dulces de la casa, y los más glotones seguían picoteando a pesar de la copiosa comida con la que habían sido agasajados. Heather hablaba con Sophia Callahan, que vivía con su marido en la casa que estaba

junto a la suya. Eran mayores que Roger y Heather, debían tener unos cincuenta y cinco años. Sophia siempre se interesaba mucho por Seymour, preguntaba a Heather cada vez que coincidían, y ella notaba que lo hacía de corazón. Le contaba los progresos que el chico hacía en cuanto a percepción espacial, reconocimiento de objetos y el resto de ejercicios que practicaba con él. Sophia era ama de casa, nunca había tenido otro trabajo que no fuese atender su hogar, pero siempre recordaba que, de joven, había querido dedicarse al cuidado de los necesitados. «Mi marido y mis hijos han recibido ese amor, así que no me arrepiento», solía decir siempre. Roger jugaba al poker con Paul, Herman y otro par de amigos de los Monroe. No se le daba demasiado bien y había estado perdiendo desde que comenzaron, pero por suerte no estaban apostando Feds, por lo que la economía familiar seguía a salvo. Herman repartió las cartas y, tras mirarlas, Paul dijo que no iba en esa mano, pidió que le disculpasen un momento, se levantó y entró en su casa. Roger tenía un rey y un siete, apostó y esperó conseguir al menos una pareja con las cartas que aún estaban boca abajo sobre la mesa. La primera de ellas fue un tres, pero eso no le impidió aceptar el incremento en la apuesta de uno de los amigos de Paul. Tampoco tuvo suerte con la segunda, un as, no obstante siguió adelante. La tercera carta era un rey. Roger ya casi saboreaba las mieles de la victoria cuando Herman soltó una risotada y mostró sus cartas, tenía dos ases en la mano que junto al que estaba en la mesa formaban un trío. Roger resopló y se resignó a perder de nuevo. Le tocaba repartir, así que cogió la baraja y se dispuso a mezclarla. En ese momento, Paul salió de su hogar con una caja de regalo de un tamaño considerable entre sus manos.

—Por favor, amigos, un momento de atención —pidió el hombre.

Los invitados hicieron caso a Monroe y, a excepción de alguna risa y cuchicheo, guardaron silencio y esperaron a que hablase, expectantes.

—Para mí hoy es un día muy feliz —comenzó a decir—, no porque cumpla cuarenta años, si no porque tengo la oportunidad de celebrarlo con mi familia y vosotros, mis amigos. Eso es todo lo que un hombre puede desear. Un trabajo con el que traer tranquilidad a mi hogar, salud para mantenerlo y grandes amigos para poder disfrutar de la vida en momentos como este.

—¿Vas a ponerte a llorar? —preguntó burlescamente uno de los invitados.

—¡Cierra el pico, Frank! —le espetó Paul—. Lo que voy a contar es importante. Como os decía, os doy las gracias por estar aquí y por todos vuestros presentes. Sin embargo, hoy yo también tengo un regalo para alguien. Veréis... —Paul carraspeó para aclararse la voz—, hace unos días ocurrió un suceso desafortunado y muy desagradable. La mayoría de vosotros conocéis a los Bean, Roger y Heather, son nuestros amigos y vecinos. Por favor, chicos, venid aquí.

Paul hizo señas a la pareja para que se acercasen hasta él. A Roger se le heló la sangre. No le había costado ni un segundo entender que era lo que estaba ocurriendo. Miró a su mujer y sus ojos le confirmaron que ella pensaba exactamente lo mismo. Suspiraron y se levantaron con desgana, ya abatidos por lo que estaba a punto de

hacer su amigo. Llegaron hasta él e intentaron camuflar sus sensaciones.

—Siento que os lo debía —les susurró Paul, tras lo que volvió a hablar hacia todos—. A principios de semana me disponía a ir a trabajar con mi coche cuando, sin darme cuenta... atropellé al perro de Roger y Heather.

Algunos de los invitados hicieron un gesto de desagrado, otros emitieron un leve quejido y el resto permanecieron impasibles.

—Al parecer ella, porque era una hembra —dijo mirando a Roger—, se escapó de casa por la noche, yo estaba dando marcha atrás saliendo de mi garaje y cuando me quise dar cuenta ya era tarde. Sé que ese animal era muy especial para ellos, y que además tenía mucha importancia para su hijito Seymour. Solo fue un accidente, pero aún así no podía evitar sentirme mal por lo ocurrido. Pasé dos noches sin apenas dormir con un gran remordimiento dentro de mí. Así que hace dos días Evelyn y yo fuimos al G-Market y os hemos comprado esto.

Paul alargó los brazos, ofreciendo el regalo que sujetaba a la pareja. Roger tardó unos segundos en recogerlo, intentando pensar alguna excusa con la que rechazarlo cortésmente, pero casi todo el vecindario estaba mirándole, enternecidos con la historia que Paul acababa de contar y no pensaba que cualquier cosa que dijese fuese a dar resultado. El hombre acercó el paquete a su mujer, y entre los dos desataron el gran lazo que lo cerraba. Abrieron la caja, y nada más hacerlo se oyó un tierno y agudo ladrido. Heather alargó los brazos y extrajo al pequeño animal de la caja. Al contemplarlo, los invitados suspiraron y comenzaron a aplaudir espontáneamente. El cachorro lamía las manos de Heather, que no sabía muy bien como reaccionar.

—No entiendo de perros —continuó Paul—, no sé de qué raza era vuestro animal, pero este es un beagle. Una beagle en realidad, porque también es una chica. —Paul guiñó un ojo a Roger—. Hablé con el dependiente y me dijo que esa raza es estupenda para estar con niños, que son cariñosos y juguetones. —Monroe puso su mano sobre el hombro de su amigo—. Deseo de corazón que os haya gustado y que esta nueva perrita pueda llenar vuestro hogar de amor tanto como lo hizo la anterior.

—Es un gran detalle, Paul —contestó Roger, intentando parecer sincero—. Nos conmueve que hayas querido... bueno. Lo que me gustaría explicar es...

Un nuevo ladrido se oyó en el jardín. Pero esta vez no era el débil y frágil sonido emitido por un dulce cachorro, si no el propio de un perro adulto, con la garganta fuerte y las cuerdas vocales graves. La gente se giró al oírlo y vieron un golden retriever sentado en la acera, devolviéndoles de forma inocente la mirada con la cabeza ladeada. Roger y Heather no podrían creer que estuviera ocurriendo. Billie ladró de nuevo y corrió al lado de sus amos. Los invitados no entendían la escena, pero si había alguien desorientado ese era Paul Monroe. Clavó su mirada en el animal, que estaba a un escaso metro de él, saludando a su amo con el movimiento de su cola, y no le cabía duda de que era el que había atropellado hacía escasos días, el que estaba muerto, al que había matado. No podía entenderlo, las heridas de su cabeza habían sanado y ahora no parecían más que viejas cicatrices.

—¿Qué sucede aquí, Roger? —Solo acertó a preguntar.

—Es largo de explicar, amigo. No es el momento. Mira, de verdad que te agradecemos el gesto, ha sido precioso, pero como ves Billie está bien. No podemos aceptar esta perrita. —Devolvió el animal a Paul, que la sujetó dócilmente casi sin pensarlo—. Creo que es mejor que nos vayamos a casa ahora.

Roger cogió de la mano a su mujer, que aún no había pronunciado una palabra desde que Paul comenzase a hablar. El matrimonio miró al resto de invitados, ambos hicieron un leve gesto con la cabeza, algo parecido a un intento de disculpa, y se encaminaron a su hogar.

—Vamos, Billie, nos vamos a casa —dijo Heather.

Cinco minutos después de la escena en el jardín de los Monroe, Sarah Thoothrot escuchó el ruido de la puerta principal abriéndose y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Miró el reloj del panel del salón y comprobó que solo eran las tres y media. Los Bean habían vuelto antes de lo previsto. Se asomó a la entrada con temor, sin saber aún cómo explicarles lo que había ocurrido. Sin embargo, su miedo se atenuó en cuanto vio a la pareja entrar junto con Billie, que jugueteaba entre ellos, contenta con su aventura.

—Señores Bean, ¡han encontrado a Billie! —dijo Sarah, aliviada—. Lo siento, lo siento mucho. Fui una torpe, no debí dejar que se escapase.

—No te preocupes, Sarah —contestó Heather, apesadumbrada.

—Les prometo que sólo fue un momento, estaba muy nerviosa, así que la saqué al jardín como ustedes me dijeron, pero llamaron al teléfono y entré un segundo para contestar. No debí dejarla sola. Cuando salí solo pude ver como saltaba la valla.

—No es tu culpa, Sarah, de verdad, no importa —afirmó Roger—. ¿Dónde está Seymour?

—Está arriba, en su cuarto. Está durmiendo la siesta. Todo ha ido bien, se ha portado como un ángel.

Pese a la comprensión de los Bean, Sarah percibió que algo ocurría, parecían abatidos. La señora Bean se quitó la fina chaqueta que cubría sus hombros, la colgó en la percha junto a la puerta y se dirigió a la cocina.

—Voy a prepararme un té. ¿Quieres uno, Roy? —preguntó a su marido.

—Me vendrá bien —contestó, y puso su atención a Sarah—. Sé que hemos vuelto un poco antes de lo acordado pero no te preocupes, voy a pagarte hasta las cinco —explicó mientras sacaba su SmartPad de uno de sus bolsillos.

—¡Oh no, señor! No podría aceptarlo, y menos después de mi torpeza con Billie.

—Por supuesto que sí. Ya te he dicho que no te preocupes, muchacha. —Roger le hizo un gesto para que la joven acercase su dispositivo y, con un leve contacto de las carcasas, los SmartPad confirmaron la transferencia mediante un breve zumbido—. Toma, ya puedes ir a la biblioteca si quieres, nosotros nos quedamos con Seymour.

Sarah aceptó el pago con vergüenza y se dirigió al salón para recoger sus cosas. Roger entró en la cocina, donde su mujer estaba calentando agua para el té. La joven

recogió su mochila y la colocó en su espalda. Se asomó a la cocina y se despidió rápida y cortésmente de los Bean, que le ofrecieron una despedida igualmente corta y con desgana. La puerta de la casa se cerró de nuevo, dejando dentro tan solo al matrimonio, a su pequeño y, por supuesto, a Billie, que ahora dormía apaciblemente en una de las alfombras del salón, satisfecha de haber saciado, aunque brevemente, sus ansias de libertad. Roger se sentó frente a la pequeña mesa que había en la estancia, donde Heather ya había depositado un par de tacitas que esperaban a ser llenadas con el brebaje que estaba al fuego. La tetera emitió un sonido agudo y sibilante, como el de un pequeño tren de juguete, y Heather la cogió para servir la bebida. Llenó las dos tazas, devolvió la tetera al banco y se sentó junto a su marido, que alargó una de sus manos y estrechó la de su mujer.

—Ha sido toda una escena —afirmó Roger.

—He pasado la mayor vergüenza de mi vida, y lo peor es que no sé porqué debemos sentirnos avergonzados —explicó Heather, mientras soplabla en su té.

—No tenemos que hacerlo, nosotros no hemos hecho nada malo. Pero vamos a tener que aclarar este tema, ¿has visto la cara de Paul?

—Sí... ¿No podemos contar simplemente que no era tan grave como parecía? No sé, que llevamos a Billie al veterinario y la curaron.

—Eso funcionaría con casi todos —dijo Roger—. La mitad no sabían lo que estaba pasando. Ellos no vieron a Billie y podrían pensar que Paul exageró con su estado cuando la atropelló, que los nervios le hicieron verla peor de lo que estaba, pero Paul no lo creará.

—¿Por qué no, qué podemos decirle? —insistió Heather, reafirmando.

—¡Por el Conciliador, Heather! Tú viste como estaba Billie. La trajo en una jodida bolsa de basura, tenía la cabeza abierta, ¡se le veían los sesos y la enterramos! Estaba muerta y ahora está viva ¡estaba muerta, maldita sea! —gritó Roger, exaltado—. ¿Qué explicación vamos a darle a eso?

—¡No lo sé! No lo sé, ¿de acuerdo? —replicó Heather, compungida—, pero no grites, Seymour está durmiendo en el piso de arriba y yo no tengo la culpa de todo esto.

—De acuerdo, lo siento —se disculpó su marido—. Tengo que hablar con Paul.

—Me da miedo, Roy. No puedes contarle lo que ocurrió. No quiero que nadie sepa lo que hizo Seymour, es... demasiado especial.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? No hay ninguna explicación convincente, Heather. Si no puedo dársela, al menos he de darle la verdad —dijo Roger, más tranquilo—. Es nuestro amigo, no lo entenderá, ¡ni yo lo entiendo!, pero no dirá nada si se lo pido. Nos conocemos desde hace muchos años.

—Roger, no quiero que nadie lo sepa —insistió la mujer.

—No hay otra manera, cariño. Tengo que hablar con él, si no lo hago será peor. A saber qué debe estar pensando ahora. Debemos ser la comidilla del barrio. Prefiero ser yo quien zanje el tema, de lo contrario imagina lo que se puede acabar contando. Ya

sabes como son estas cosas, la historia va creciendo de una boca a otra.

—Roger...

—¿Confías en mí? —preguntó Roger.

—Sí.

—Pues deja que yo me encargue.

El matrimonio apuró el té y ambos tomaron caminos separados. Heather subió a la habitación de su hijo, que ya estaba despierto, y jugó con él un buen rato. Después practicaron algunos de los ejercicios de percepción de Seymour. El pequeño estaba tranquilo y concentrado aquella tarde, lo que calmó en parte los nervios de su madre. Roger pasó la tarde en el salón, sentado en el sofá reflexionando acerca de como enfocar todo lo que había ocurrido. De vez en cuando se levantaba para contemplar el paisaje a través del ventanal. La calle estaba vacía, la puesta de sol comenzaba y los cada vez más tenues rayos carmesíes se deslizaban tímidamente entre las hojas de los árboles de Seaton Park. La familia hizo un paréntesis en sus actividades para cenar alrededor de las ocho. Seymour estaba de buen humor, un poco más hablador que de costumbre, aunque su discurso se limitaba a unas pocas palabras y una casi inapreciable sonrisa en el mejor de los casos. Cuando hubieron acabado, Heather preguntó a su marido si quería arropar al pequeño y contarle un cuento, pero Roger le pidió que lo hiciera ella. Tenía algo en la cabeza. Su mujer cogió a Seymour y se dirigió al dormitorio. Roger se quedó pensando un cuarto de hora más. Cuando se sintió listo se acercó al panel de la cocina y pronunció el nombre de Paul Monroe, pulsó «VidCom» y esperó. Tres tonos después apareció la imagen de Evelyn. Su gesto era cortés, como siempre, pero Roger pudo notar la presencia de la incomodidad en sus ojos.

—Hola, Roger. ¿Ocurre algo? —preguntó la mujer en la pantalla.

—Buenas noches, Evelyn, perdona que llame tan tarde —se disculpó Roger—. Me gustaría hablar con Paul, es por lo ocurrido esta tarde.

—Bueno... verás, Paul ya se ha ido a la cama. No se encontraba muy bien... ya sabes... demasiada comida pasa factura.

—Es importante —respondió Roger, insistente.

—No me gustaría despertarle, es que no tiene buen humor para eso. Siempre se enfada cuando le sacan del sueño...

Evelyn miró hacia un lado, a algo que quedaba fuera de la vista de la pantalla. Roger no tenía la menor duda de que Paul estaba allí, escuchando, y le preocupaba que no quisiera ponerse frente al panel, pero tuvo que resignarse.

—Está bien. ¿Podrías decirle algo de mi parte por la mañana?

—Claro —afirmó ella.

—Dile que me gustaría hablar con él. Creo que le debo una explicación y quisiera dársela. Si puede, dile que nos vemos mañana en el pub Cardigans a eso de las seis y media, al salir del trabajo. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Sí, Roger, se lo diré —Evelyn miró de nuevo hacia su lado—. Tengo que

cortar, es tarde.

—De acuerdo. Gracias Evelyn.

Roger apagó el panel y se dio unos segundos para pensar en lo que había ocurrido. Cuando llamó no se había imaginado que su amigo pudiese rechazar hablar con él. Le molestaba y le preocupaba a partes iguales. Roger bebió un sorbo de agua y subió a la planta superior. La puerta de la habitación de su hijo estaba entornada. Se acercó a ella y la empujó unos centímetros con la palma de su mano. Seymour estaba dormido, o al menos lo parecía. Al contemplar a su hijo, el hombre sonrió por primera vez desde lo ocurrido en la barbacoa de los Monroe. Volvió a poner la puerta tal y como estaba y entró en su cuarto. Heather estaba tumbada en la cama, viendo un programa en el panel de la pared que estaba enfrente. Roger se quitó la ropa y se colocó un pantalón y una camiseta más cómodos para dormir. Se tumbó junto a su mujer, que le acarició el torso con su mano con gesto cariñoso.

—¿Que tal estás? —pregunto Heather.

—No lo sé. Acabo de llamar a Paul y no se ha querido poner frente al panel, ha contestado Evelyn —dijo Roger, preocupado.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dejado un recado. Me gustaría verle mañana en el Cardigans. Quiero hablar con él a solas.

—¿Estás seguro de eso?

—Es lo que debo hacer. Aunque aún no sé cómo voy a explicárselo.

Heather besó a su marido en la mejilla y apagó el panel. Se recostó de lado, de cara a Roger, y le puso encima uno de sus brazos. Su marido le dio las buenas noches y pronto estuvo dormida, no así Roger, que no era capaz de cerrar los ojos. Su cabeza daba vueltas pensando en la mejor manera de explicarle todo aquello a su amigo, la forma correcta para que quedase satisfecho y zanjase el tema pero sin necesidad de mentirle. Él mismo intentaba entender una y otra vez qué había pasado la noche en la que Seymour desenterró a Billie, más su razón le impedía aceptar la única explicación que podía encontrar. El tiempo pasaba y Roger no conciliaba el sueño. Fue entonces cuando una revelación fue abriéndose paso en su cabeza, cada vez más clara. Fue ocupando todos sus pensamientos hasta que, en plena noche, era una idea tan sólida en su mente que parecía estar pronunciándola en voz alta.

—No recuerdo la última vez que estuve enfermo —afirmó, por fin, hacia la oscuridad de la habitación.

Heather se despertó al escuchar a su marido, aunque no abrió los ojos. Se acurrucó junto a él y le preguntó, aún casi dormida, si ocurría algo.

—Cariño —dijo Roger—, ¿cuánto hace que no estoy enfermo?

—¿Qué dices, Roy? —refunfuñó Heather, desprezándose con los ojos cerrados—. Duérmete, cariño.

—Lo digo en serio, Heather. Llevo una hora pensándolo y no consigo recordarlo. Y tampoco cuándo lo estuviste tú.



—No digas tonterías, Roy. Vuelve a dormirte.

—Aún no he pegado ojo —contestó.

—Entonces hazlo o mañana no podrás ni levantarte de la cama.

Heather volvió a dormirse rápidamente, pero Roger no lo consiguió. Los primeros rayos de luz le sorprendieron aún en vela y decidió levantarse para darse una ducha y estar despejado antes de salir hacia el trabajo. El agua caliente le calmó un poco los cansados músculos, después bajó progresivamente la temperatura de la ducha para que el agua fría activase su circulación y despejase su mente. Al acabar se vistió, bajó a la cocina y se preparó una taza de café disfrutando del silencio. Heather y Seymour aún dormían y en la calle apenas se podía oír de vez en cuando el solitario sonido de algún coche al pasar. Cuando acabó de bebérselo, cogió sus cosas y se marchó al trabajo.

Como de costumbre el almacén estaba hasta los topes y Roger apenas podía tomarse un respiro entre un cargamento y el siguiente. Se pasó toda la mañana meditabundo, obsesionado con la idea que su mujer había desdeñado tan rápidamente. Cuando llegó la hora de la comida apuró el *sandwich* y la manzana que se había preparado antes de salir en unos minutos y fue directo al departamento de Recursos Humanos. Hank Collins estaba sentado tras su mesa, con el papel de su bocadillo aún en ella, y unas cuantas migas desperdigadas sobre el escritorio y los paneles con los que trabajaba.

—Hola, Roy. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Quisiera que comprobases una cosa, Hank —contestó el hombre.

—Claro, dime —Collins retiró el envoltorio de su comida de la mesa. Roger se sentó frente a él.

—Verás, necesito que compruebes cuando pedí mi última baja.

—¿Cómo dices? —respondió Hank, dando un respingo.

—La última vez que me ausenté del trabajo por una baja —insistió Roger.

—¿Para qué lo necesitas?

—Es un asunto personal, ¿puedes hacerlo o no? —dijo Roger, taxativo.

—Sí, sí, solo dame un momento. —Hank activó su panel y tecleó unas cuantas veces sobre este—. Aquí está, hace poco más de dos años. Tuviste tres días, tras la muerte de tu padre.

—No —dijo moviendo la cabeza—, me refiero a mi última baja por enfermedad.

—¡Ah! De acuerdo, veamos. —El hombre repitió la operación, pero esta vez tardó más en encontrar la respuesta—. Nueve días, por gripe, del catorce al veintidós de enero del 2060, hace once años.

—Once años sin coger una baja por enfermedad... —repitió Roger, afianzando sus pensamientos.

—Es mucho tiempo.

—Once años... —dijo de nuevo.

—Sí —afirmó Hank, desorientado por la actitud de Roger—. Mira Roy, no sé por

donde vas. Es mucho tiempo, lo reconozco, eres un trabajador excepcional, pero si esto tiene que ver con una subida de sueldo... eso lo llevan los de arriba, tengo las manos atadas.

—No te preocupes por eso —contestó, desechando la excusa de Hank—. Me has ayudado mucho, gracias.

Roger se levantó de su asiento y abandonó el despacho antes de que Collins pudiese entender qué estaba ocurriendo. Volvió a su trabajo y pasó el resto de la jornada como cualquier otra, pero solo su cuerpo estaba allí. Su mente, ahora más que nunca, se encontraba focalizada en una revelación que ahora sabía cierta. No entendía como podía haber estado tan ciego. Lo que había pasado con Billie, lo que hizo Seymour, ocurría cada día delante de sus narices y él no había sido capaz de verlo. Cuando acabó su jornada fichó rápidamente y cogió su coche para acudir a la cita con Paul. Roger esperaba que su amigo hubiese recapacitado y le ofreciera al menos la oportunidad de explicarle lo sucedido. Condujo en manual con celeridad, intentando llegar puntual. El tiempo parecía detenerse cada vez que un semáforo en rojo le hacía frenar unos instantes, pero finalmente llegó a Cardigans con cinco minutos de ventaja. Salió del coche y entró en el pub. Nada más abrir la puerta comprobó que Paul había respondido a su petición. Estaba sentado en la barra con una pinta de cerveza delante. Media docena más de parroquianos ocupaban un par de mesas y dos taburetes más de la barra. Su amigo le miró con gesto serio, pero él le devolvió una sonrisa. Para Roger, el simple hecho de que estuviese allí ya era una victoria. Se acercó hasta él y le dio una palmadita cariñosa en la espalda, justo antes de sentarse a su lado y hacer un gesto al camarero para que le sirviese lo mismo.

—Gracias por venir, Paul —dijo, para iniciar la conversación.

—No las tenía todas conmigo, ¿sabes? —respondió Paul, con seriedad y sin mirar a Roger.

—Te entiendo. Mira, si quería hablar contigo es porque creo que te debo, te debemos una explicación.

El camarero colocó delante de Roger una espumosa pinta de cerveza rubia.

—¡Ya lo creo que me la debes! Me dejaste como un imbécil delante de todo el vecindario. Y eso es lo que menos me importa, ¡qué se vayan al cuerno! —Monroe dio un largo trago a su bebida—. Por el Conciliador, ¿qué demonios está pasando? Vi a tu jodida perra, Roger, y estaba muerta.

—Lo sé... no es fácil de explicar, pero te prometo que lo voy a hacer. Solo... necesito saber que lo que vamos a hablar quedará entre nosotros. No puedes contárselo a nadie, ni siquiera a Evelyn. Heather no quería que te lo contase, le da miedo y, si te digo la verdad, a mí también —expuso Roger.

—Eres un gilipollas —sentenció Monroe—, pero eres mi amigo y veo que para ti es importante. Si me pides que no diga nada no lo haré, pero no me cuentes una milonga, porque si lo haces te juro que no volveré a dirigirte la palabra en lo que me queda de vida. Solo quiero saber que es lo que ha pasado de una maldita vez.

—De acuerdo, me parece justo. —Roger bebió un sorbo de su pinta antes de comenzar a explicarle lo ocurrido a Paul—. ¿Recuerdas que hicimos un hoyo en el jardín trasero de mi casa para enterrar a Billie, no?

—Cómo olvidarlo —interrumpió Paul.

—Bueno pues, al parecer, Seymour nos vio hacerlo. Estaba despierto y nos vio a través de la ventana de su cuarto.

—Joder, lo siento. No es una escena agradable para un crío.

—No lo es, pero no importa. La cuestión es que él sabía donde la habíamos enterrado. Heather habló con él mientras yo estaba en el trabajo. Le explicó lo que había pasado y le dijo que Billie estaba en el cielo, ya sabes, ese tipo de cosas, pero Seymour parecía no entenderlo o no querer hacerlo. Cuando llegué a casa le encontré más desanimado que de costumbre, pero no le di importancia. Me pareció normal después de lo que había pasado. Nos fuimos a dormir y yo me levanté en mitad de la noche. Fui a su cuarto a comprobar como estaba, pero la cama estaba vacía. Heather y yo le buscamos desesperadamente por toda la casa y como no aparecía salí a buscarlo afuera. Me recorrí medio vecindario hasta que oí unos ladridos detrás de mi casa. Corrí hacía allí y encontré a Seymour. Había cavado con sus pequeñas manitas donde enterramos a Billie y ella estaba con él, estaba bien.

—Eso no es posible, Roger. No puedes decirme eso —contestó Paul, insatisfecho con la explicación—. Yo mismo la metí en una bolsa. Te aseguro que ese animal estaba más muerto que el Gran Ministro Schroeder, tenía los sesos fuera y, por si fuera poco, estuvo enterrado. ¿Pretendes decirme que todos estábamos equivocados y que tu chiquillo la desenterró sin más?

—No, no es eso...

—¡Ya te lo he advertido, Roger! Nada de pamplinas. No puedes pretender que me crea eso.

—Hay más —dijo escuetamente.

—Pues habla.

—No te lo niego, Paul. Billie estaba muerta, de eso no me cabe la menor duda. —Roger bajó el tono de su voz para que nadie más en el local le escuchase—. Fue Seymour, mi hijo hizo algo.

—¿El muchacho es cirujano? —Satirizó Monroe.

—Estoy hablando en serio, Paul. Seymour... le dio vida de nuevo. Tú mismo lo has dicho, estaba muerta. Él la desenterró con sus propias manos y de alguna manera consiguió que volviese a estar bien. Nadie más estuvo allí, piénsalo. Sé que parece de locos, pero es la única explicación posible. Heather también lo cree así, por eso no quería que te lo contase.

—¡Esta es aún mejor! —gritó Paul.

—¡Te estoy diciendo la verdad! ¿Crees que es fácil para mí? ¡Es mi hijo, joder! —respondió Roger—. ¡Me da miedo! Temo por lo que esto pueda suponer, pero te lo estoy contando porque creo que es lo que debía hacer. No te hablo a la ligera, llevo

casi una semana pensando en esto día y noche, me consume. Ayer me di cuenta de algo y hoy lo he comprobado.

—¿Y qué es? Si se puede saber.

—No he cogido una baja por enfermedad en el trabajo desde hace once años, poco antes de que Seymour naciese. ¿Te parece normal? Ni un simple resfriado, una otitis, unas fiebres, nada. Once años sano.

—¿Has pedido un aumento? —contestó desdeñosamente Paul.

—¡Estoy intentando ser sincero contigo! ¿No ves lo que veo yo? Es mi hijo, tiene que serlo. Es una bendición, tiene un don.

—Roger, me estoy cansando de esto. Tu hijo no tiene ningún don, no es más que un lelo.

Roger saltó como un resorte al escuchar las palabras saliendo de la boca de Paul. Se levantó del taburete con un impulso animal y agarró con su mano izquierda a Monroe por la camisa, derribando su pinta con el codo. Su otro puño se cerró con fuerza y se alzó por encima de la cabeza del que hasta ahora había considerado su amigo, amenazante. Los otros clientes interrumpieron sus conversaciones y miraron expectantes la escena. Ni siquiera el camarero se atrevió a reclamar orden.

—¡No vuelvas a hablar así de mi hijo! —rugió Roger—. ¡No tienes ni idea de lo que estás hablando! ¡Eres estúpido! Heather tiene razón... —jadeó—. No puedes darte cuenta de lo especial que es... nadie puede.

Paul aprovechó el instante de vacilación de Roger para zafarse de su agarre con un rápido manotazo. Cuando consiguió estar libre de nuevo, retrocedió un par de pasos.

—¡No te acerques a mí ni a nadie de mi familia! —gritó—. Te juro que si lo haces te arrepentirás. Tú y yo hemos acabado.

Sin perder un instante, Paul Monroe abandonó el pub con toda la dignidad que pudo reunir. Roger se quedó de pie, inmóvil, quemándose por dentro por como todo aquello se había desarrollado. Solo volvió en sí cuando el camarero se dirigió hacia él.

—Amigo, le pondré otra cerveza, creo que la necesita, pero si vuelve a comportarse así le tendré que pedir que se vaya.

Roger asintió, se sentó de nuevo y aceptó la copa. Mientras tanto Paul permanecía en su coche en dirección a su hogar lleno de ira y frustración. Apreciaba de verdad a Roger, pero pensaba que había perdido la cabeza y le odiaba por haberle forzado a llegar a esos extremos. Estaba dispuesto a mantener su amenaza, nunca más cruzaría una palabra con él. Las luces de la ciudad centelleaban a su alrededor y una y otra vez las dejaba atrás para encontrarse con otras, tan nuevas como iguales. Una palabra se repetía dentro de su cabeza; CONTROL, CONTROL, CONTROL... aquellos repetitivos anuncios, las vallas publicitarias y los carteles que animaban a los consumidores y ciudadanos a informar a las autoridades de cualquier conducta extraña, incívica o subversiva que detectasen entre sus vecinos y amigos. Siempre

decían lo mismo:

«Si ves algo o notas algo extraño entre los que te rodean. ¡No te lo pienses! Infórmanos. Recuerda, cualquiera puede ser un disidente. No dejes que sigan impunes. Ayúdanos a proteger a los tuyos».

Cada metro que recorría, cada vez que las ruedas de su coche giraban, estaba más seguro de lo que debía hacer. Por fin llegó a su casa, el coche aparcó en el garaje y entró por la puerta que llevaba a la cocina. Evelyn estaba allí, preparando la cena. No le costó un segundo descubrir que su marido estaba alterado. Le preguntó que le ocurría, preocupada por qué podía haber pasado con Roger, pero no recibió respuesta alguna. Paul pasó a su lado como una exhalación y entró en el salón. Las venas de su frente estaban hinchadas y su rostro enrojecido por la rabia. Subió las escaleras y abrió la puerta de su dormitorio. Cruzó el umbral y se detuvo frente al panel de la pared. Respiró hondo unos segundos, intentado recobrar el aliento que se le escapaba. Antes siquiera de conseguirlo activó el dispositivo y tecleó en él. La imagen de un oficial apareció en la pantalla.

—CONTROL, ¿qué podemos hacer por usted?

—Sí, quiero informar de una conducta sospechosa en mi barrio —afirmó Paul Monroe.

Él no podía imaginar que, a más de dos mil kilómetros de su hogar, alguien acababa de prestar oídos a su historia. En el centro de Praga, a pocas manzanas de la Sede Mundial de la Casa de la Conciliación, Radek Capek interfería cada señal que recibía CONTROL desde su mugriento apartamento en busca de algún chivatazo que poder vender al mejor postor, y tenía al comprador perfecto para el chisme que acababa de cazar. Grabó la conversación y, en cuanto terminó, la escuchó una vez más y marcó el número de su cliente. Un par de frases en clave fueron suficientes para concertar una cita. Se verían en media hora, allí mismo. La ratonera de Capek era un vertedero de desechos, restos de comida podrida y paredes mohosas y desconchadas, en conjunto con el aspecto orondo y desaliñado de su dueño. Años atrás, Radek había sido uno de los mejores tecnólogos de la Federación, un cabecilla del Departamento de Contención Digital de CONTROL, encargado de evitar que cualquier enemigo de la nación pudiese piratear las bases de datos en busca de secretos de estado. Un ilustre miembro del PFE y un ciudadano respetable, hasta que se le acusó de comerciar con la información que tenía la obligación de proteger. Se le degradó a consumidor y fue condenado a cadena perpetua en la prisión de Brno pero, tras pasar ocho años entre rejas, recibió la amnistía junto a noventa y nueve presos más de toda la Federación, con motivo de la celebración del vigésimo aniversario de la toma de posesión de Conrad Schroeder como Gran Ministro. Cuando salió, se le adjudicó un puesto en la lavandería de uno de los G-Market de la capital, pero no tardó ni dos meses en volver a sus antiguos trapicheos. Ahora compaginaba planchar

camisas con cualquier delito digital que pudiese llevar a cabo. Era su manera de ganar unos Feds extra no declarados.

Alguien llamó a la puerta con cinco golpes de nudillos acompasados, a modo de santo y seña. Capek se relamió los labios, pensando en los Feds frescos que estaban a punto de entrar en su casa, pulsó el panel que estaba al lado de la butaca donde se encontraba y la puerta se deslizó a un lado. La silueta de una mujer se dibujó en el umbral.

—Adelante, princesa —murmuró mientras hacía un pesado gesto con su brazo.

—Ten un poco de respeto, gordo asqueroso, soy una Hermana de la Conciliación, háblame como es debido —espetó la mujer.

—No tienes ni una pizca de sentido del humor, Nicoletta —gruñó él.

Nicoletta Braco cruzó la puerta y se colocó de mala gana frente a Capek. Otro hombre le acompañaba, pero este se quedó junto a la entrada sin mediar palabra. A Radek le gustaba mirar, y lo hacía con sudorosa lujuria. No tenía trato con muchas mujeres y se sentía excitado cada vez que contemplaba una. Braco era alta y esbelta, algo huesuda, y aunque a ojos de Capek debía tener algo más de cuarenta y cinco años, conservaba una bonita figura. Su rostro era frío, anguloso, algo atípico para una italiana, pero su piel atezada y su cabello oscuro sí denotaban sus orígenes. Iba vestida de calle, como siempre que le visitaba, jamás le había visto ataviada con la clámide de la Conciliación, pero le gustaba imaginarle con esa prenda, o desnuda, ambas cosas le estimulaban cuando se masturbaba pensando en ella. Hacía tres años que le había visto por primera vez y desde entonces contactaban siempre que tenía alguna información que pudiera interesarle, casi siempre pirateada de alguna señal de la Federación. Denuncias sobre renegados que seguían profesando las antiguas creencias, en su mayoría.

—Acabemos con esto, ¿qué tienes? —preguntó Nicoletta, inquisitiva.

—Hoy tengo un pececito jugoso recién pescado para ti, pero lo primero es lo primero, ¿qué tienes tú para mí? —dijo Capek, juguetón.

Braco sacó de uno de sus bolsillos una memoria de Feds y la lanzó sobre Radek, que intentó cogerla al vuelo sin éxito. Le golpeó en la barriga y cayó al suelo.

—Habla, gordo —insistió la mujer.

—Un pirado ha llamado a la línea de CONTROL y ha informado sobre un incidente de lo más extraño. No le hubiera hecho mucho caso, pero lo he grabado y lo he pasado por análisis. Ni un solo signo de mentira en toda la transmisión. Nada en la voz, en los gestos ni en los ojos. Como he dicho, seguramente esté mal de la cabeza pero, desde luego, el tipo cree lo que dice.

—¿Y qué dice?

—Compruébalo tú misma.

Capek activó el panel y la VidCom de Paul comenzó a reproducirse. Braco la escuchó con atención hasta que terminó.

—Devuélveme mi dinero, bola de mierda —se limitó a decir.

—Lo siento, preciosa, no se admiten devoluciones —dijo Capek, acompasando sus palabras de una risita estridente.

El hombre que acompañaba a Nicoletta dio un paso al frente, pero esta hizo un gesto cortante con el brazo y él se paró en seco. Braco se mantuvo unos instantes mirando fijamente a Radek, que seguía sonriendo como un estúpido.

—Explícame porqué debería interesarme esto —dijo al fin.

—Bueno, creí que te gustaría saber que hay alguien por ahí multiplicando los panes y los peces... ¡Ups! Lo siento, se supone que eso no pasó nunca y yo no debería saberlo, ¿no es así? —afirmó, sarcástico y burlón—. Tengo la información de ese tal Paul Monroe, ¿quieres saberla? Regalo de la casa.

—Desembucha.

—Veamos... —Radek buscó el archivo en el panel—, Paul Monroe, cuarenta años recién cumplidos. Consumidor, por supuesto. Casado con Evelyn Monroe. Dos hijos, Michael y Brittany. Trabaja en un matadero de G-Corp en Aberdeen, Escocia. —Buscó un poco más en la información del panel—. Parece ser que el tipo al que denuncia por conducta sospechosa es Roger Bean, otro consumidor don nadie de la zona.

—Tú también eres un consumidor —dijo Nicoletta, con autoridad hiriente.

—Solo por los avatares de la vida, encanto —sonrió—. Lo interesante de esta VidCom no es la denuncia en sí, no son más que dos muertos de hambre que se han enemistado seguramente por un mendrugo de pan duro. A lo que debes prestar atención es a lo que Monroe expone en su denuncia. ¿Perros resucitados? Eso no se oye todos los días. Además, según Monroe, Bean afirma que su hijo tiene algo que ver en ello. Once años sin ponerse enfermo, ¡ese hombre es un obseso del trabajo!

—No vuelvas a llamarme para algo como esto —le cortó Braco—. Si quieres hacerte una paja coge unas pinzas, encuéntrate la polla y busca una foto en la Red.

—Eres una desagradecida, ¿lo sabías? Tienes suerte de que me gusten las niñas malas —afirmó Capek, chupándose obscenamente la palma de la mano y pasándola por su sebosa barriga.

—Ten cuidado no revientes. No querrás hacerle ese favor al mundo.

Nicoletta se giró y salió del apartamento. El hombre que le acompañaba la siguió fielmente, todavía sin emitir el más mínimo sonido. Ambos dejaron atrás el edificio y subieron a un coche aparcado al otro lado de la calle. El vehículo se puso en marcha en cuanto cerraron las puertas y se dirigió a la sede de la Casa de la Conciliación sin necesidad de conductor.

—Quiero toda la información que puedas conseguirme de Paul Monroe, Roger Bean y de ese hijo suyo. Inmediatamente —requirió Nicoletta.

—Creía que no estaba interesada en la historia —respondió el hombre.

—No iba a darle la satisfacción a ese pedazo de grasa, pero si la mitad de lo que he oído ahí dentro es cierto, tengo la oportunidad que llevo toda la vida buscando y no voy a dejar que se me escape, no otra vez.

—¿De verdad le cree, Hermana?

—Vi los ojos de ese Monroe en el video, él creía en lo que estaba diciendo —afirmó—. Ten un vuelo a Aberdeen listo para mañana por la mañana. Tres ocupantes, tú, yo y otro Hermano de la Conciliación. Lo dejo a tu elección, alguien de fiar. Quiero el informe de los sujetos antes de subir al avión.

—Muy bien, me pondré con ello en cuanto llegemos a la Sede.

—Por cierto, Tom, quiero que hagas otra cosa —dijo Braco, pensativa, mirando por la ventana.

—¿De qué se trata?

—Convoca al Consejo de las Madres y los Padres y pide en mi nombre que aprueben la Excepción.

El viaje hasta la Sede apenas duró unos minutos, en los cuales Nicoletta Braco no dejó de pensar en que su oportunidad podía al fin haber llegado. Su coche se deslizó por la rampa del garaje y nada más este se detuvo salió como una exhalación hacia el ascensor. A Tom le costó seguir su ritmo y por poco consiguió pasar entre las puertas del elevador un momento antes de que se cerrasen. No volvió a intercambiar palabra alguna con su superiora. Al llegar a la quinta planta, Braco se dirigió hasta su despacho. Una vez dentro sacó una maleta del armario, la colocó sobre su mesa de escritorio y comprobó de un vistazo que contenía todo lo que le resultaría necesario en su viaje. Era una mujer precavida, la experiencia le había enseñado a serlo. Un equipaje listo podía marcar la diferencia cuando el tiempo apremiaba. Satisfecha con el contenido de la maleta, la cerró y la depositó en el suelo. Volvió entonces al armario y cogió la percha en la que colgaba su clámide, el uniforme de todo Hermano o Hermana de la Conciliación. Con él entre los brazos caminó hasta el baño reservado para su uso personal, que conectaba directamente con su despacho. Ya dentro colgó la percha con su uniforme en un seca toallas de la pared y comenzó a desvestirse. La ropa interior era lo único que le separaba de la completa desnudez. Nicoletta se mantuvo un instante contemplando su figura en el espejo que tenía delante. Se veía bella pese a tener algún que otro complejo sobre ciertas partes de su cuerpo, a los que en cualquier caso no daba demasiada importancia. Tras su pequeña reflexión, cogió su clámide y se la colocó, primero en la cabeza, luego ambos brazos y, finalmente, la ajustó a su figura. El símbolo de la Casa de la Conciliación quedaba unos centímetros por encima de su seno izquierdo. Lo formaban cuatro círculos perfectos de color borgoña, tres del mismo tamaño, colocados formando una pirámide y entrelazados con un punto intermedio en común y un cuarto, de mayor tamaño, que los rodeaba. Metaforizaban la unión de las tres antiguas religiones en una sola, más grande. Braco volvió a mirarse en el espejo, pero esta vez no se vio a sí misma, si no a quién quería ser. La clámide era una pieza única, similar a una toga con mangas, de color azul celeste. La misma prenda denotaba el rango que su poseedor ostentaba dentro de la jerarquía de la Casa de la Conciliación. Era sencillo distinguir los grados, pues una franja color borgoña en el final de ambas mangas significaba que el Hermano o



Hermana estaba recientemente ordenado, una segunda franja sobre los puños suponía ser un miembro veterano, estar al cargo de una Casa o una tarea administrativa de igual importancia. Si además de las dos marcas anteriores los hombros también estaban decorados con una franja borgoña, el Hermano o Hermana había alcanzado el grado de responsabilidad más alto fuera del Consejo, y seguramente tendría asignada para su cuidado una amplia zona de la Federación o sus aliados. Por último, una franja más rodeando el cuello significaba que se había dejado de ser un Hermano o Hermana para convertirse en un Padre o Madre de la Conciliación, un miembro del Consejo, uno de los diez elegidos, un emisario de la Voz del Conciliador. Era esa franja, la del cuello, la que Nicoletta aún no lucía y la que ansiaba por encima de todo.

Volvió a su despacho y se sentó tras su mesa. Conectó su panel y pasó casi media hora cambiando las fechas de algunas reuniones que tenía en los próximos días. Estaba decidida a esclarecer todo el asunto de Aberdeen, no pretendía volver hasta saber con seguridad lo que estaba ocurriendo. Alguien llamó a la puerta y Braco le dio paso, era el Hermano Tom.

—¿Qué tienes? —preguntó Nicoletta.

—Están preparando el informe, lo tendré antes de que partamos. He podido conseguir un vuelo para las seis de la mañana, quedan ocho horas, quizá sería mejor que descansásemos un poco antes, ¿no cree, Hermana? —preguntó Tom, aún desde el umbral de la puerta.

—La labor del Conciliador es mi descanso, tú puedes irte a casa si quieres. Vuelve con un coche a las cinco para ir al aeropuerto, tengo aquí todo lo que necesito. ¿Qué hay de la Excepción?

—Acabo de comunicarlo al Consejo, pero no sé como reaccionarán. Es la segunda vez que realiza usted la petición, y la primera...

—¡No me importan las veces! —exclamó Braco—. Necesito la Excepción activa para poder ejecutarla si se da el caso, no voy a dejar que esto se me resbale entre los dedos esperando a que la burocracia haga su trabajo. La quiero para mañana al mediodía, sin excusas.

—Lo... lo intentaré, Hermana —respondió Tom, temeroso.

—No me falles, o estarás fallando al Conciliador mismo.

—Entendido. Por cierto, he considerado que sea el Hermano Patrik el que nos acompañe. Siempre ha mostrado devoción por nuestra... por su causa, y ha solicitado en un par de ocasiones trabajar directamente bajo sus órdenes.

—¿Patrik? ¿No es ese muchacho recién ordenado que me sigue en cada acto al que asisto? —replicó Nicoletta, con desprecio.

—Lleva cuatro años en la Casa, Hermana, y se ha presentado voluntario en cuanto he hecho la petición. Siente la mayor admiración por usted.

—¿Sabes, Tom? Por muy idiota que seas, a veces, aunque sea sin proponértelo, haces alguna cosa bien. Es cierto que ese chico me tiene en un pedestal, así que me

obedecerá fielmente sea cual sea mi requerimiento —afirmó Braco, satisfecha—. Está bien, que nos acompañe.

—De acuerdo.

—Ahora vete y déjame trabajar, vuelve a por mí tal y como te he dicho. Y consigue la Excepción.

—Me pondré a ello, Hermana. Buenas noches.

Tom desapareció por el pasillo sin recibir despedida alguna de Nicoletta, que nada más estuvo sola volvió a dedicar su atención al panel. Pasó toda la larga noche comprobando una y otra vez los informes del antiguo caso, el primero en el que había pedido que se aprobase la Excepción. No quería volver a cometer ningún error, no podría perdonárselo. Las horas pasaron y los ojos le ardían por la falta de sueño, pero era incapaz de despegarse de su panel. Cuando se hicieron las cuatro creyó oportuno darse una ducha. Eso le despejó durante un rato y volvió a sus quehaceres con mayor ahínco. No obstante, el cansancio se reagrupó rápidamente en sus huesos y ya daba cabezadas cuando su SmartPad sonó, sacándole bruscamente del tenue sopor en el que se encontraba.

—¿Sí? —contestó.

—Hemos venido a recogerle, Hermana —respondió Tom al otro lado—. El Hermano Patrik y yo estamos en el garaje. ¿Quiere que suba para ayudarle con el equipaje?

—Puedo apañármelas sola —refunfuñó mientras colgaba.

Braco apagó el panel y cogió la maleta. Echó un vistazo rápido a su despacho y salió sin más dilación. Cuando llegó al garaje, sus dos acompañantes se encontraban fuera del coche, esperándole servilmente. El Hermano Patrik hizo ademán de intentar ayudarle con su maleta, algo que Nicoletta rehusó inmediatamente con un gesto de desprecio. Metió su equipaje en el maletero y los tres subieron al coche. El trayecto al aeródromo fue corto y apenas pronunciaron palabra. El automóvil les llevó hasta la pista. Una vez allí salieron y solo unos pasos después ya subían las escaleras que les condujeron dentro del avión. Aparte de ellos, el piloto y una azafata, nadie más viajaba en él. Tomaron asiento y tras un cuarto de hora se encontraban en el aire, rumbo a Aberdeen.

—¿Dónde está el informe? —requirió Nicoletta a Tom.

—Lo tiene listo para poder comprobarlo en su SmartPad, Hermana —respondió.

Braco sacó su dispositivo, lo extendió y leyó detenidamente la información que su ayudante y el equipo de la Casa de la Conciliación había podido recopilar acerca de los sujetos. Lo que descubrió no le sorprendía en absoluto. Tipos grises, rancios, carne de cañón. No eran diferentes al resto de consumidores, esa masa a la que Nicoletta despreciaba y compadecía a partes iguales. No podía evitar verles como personas de segunda clase, sin ambiciones, dejando pasar sus patéticas vidas en la repetición constante de un mismo día que se sucedía entre una puesta de sol y la siguiente. La poca información acerca del hijo de Roger Bean, Seymour, le pareció

algo más interesante. Según relataba el informe el chico padecía autismo, era el único hecho remarcable, ya que apenas se conocían otros datos sobre él aparte de unas pocas fotos sacadas de las Redes Sociales junto a sus padres, pero muchas menos que las que habrían encontrado de la mayoría de niños. Los Bean tampoco eran especialmente activos en estas. Comprobó que Heather Bean estaba suscrita al servicio de G-Music y lo utilizaba con frecuencia, pero su presencia en la Red era testimonial por lo demás. Cuando se dio por satisfecha pasó a un compartimento privado del avión, dio orden de que no se le molestase en el resto del vuelo e intentó descansar un poco. Cuarenta minutos después Tom llamó a la puerta del habitáculo y la abrió. Nicoletta se despertó bruscamente.

—¿Qué pasa? ¿Es que no has entendido que no quería ser molestada? —exclamó Braco, irritada.

—Lo siento, Hermana, pero es que hemos llegado —respondió Tom, diligente.

La mujer giró la cabeza para mirar a través del ojo de buey que había en la estancia y comprobó que el avión estaba en tierra, detenido en una de las pistas. Nicoletta se levantó precipitadamente, tan rápido que sintió un leve mareo que, por otra parte, no permitió que fuese percibido por su ayudante.

—Un coche nos está esperando —dijo Tom—. Nos llevará hasta el hotel. Allí podrá seguir descansando.

—De ninguna manera. Vamos en busca de Paul Monroe.

—Pero Hermana, debería descansar. Podemos ir a buscarle esta tarde a su casa, tenemos su dirección.

—Te lo he dicho un millón de veces, la labor del Conciliador es mi descanso. Vamos a ese matadero, ahora.

Cuando descendieron hasta el asfalto un coche les esperaba a escasos metros. Tom indicó el destino y salieron al encuentro de Paul. El matadero estaba situado en la zona sudeste de la ciudad, así que tardaron un poco en llegar. Braco no articuló palabra y sus dos acompañantes no se atrevieron a abrir la boca sin que ella lo hiciese antes. Nicoletta pasó el tiempo contemplando el paisaje a través de la ventanilla del vehículo. Escocia le resultaba fría y brumosa, igual que Praga, incluso para encontrarse en agosto. En su niñez, en esa época del año siempre salía a jugar con los otros niños entre los olivos de su pequeña ciudad natal, Agnone. Recordó los finos vestidos de tela que llevaba, sin mangas, tan livianos que el cuerpo casi no los apreciaba y podía sentirse libre para saltar, correr, trepar o cualquier cosa que le apeteciese hacer. Pensaba que en Aberdeen y todos esos fríos lugares de la Federación los niños nunca podrían sentirse así, disfrutando del sol en la cara, o notando la agradable caricia del agua helada recorriendo la garganta después de varias horas de juego bajo la sombra de aquellos olivos. Les compadecía a todos ellos. Mientras Nicoletta seguía perdida en sus pensamientos el boscoso paisaje se fue tornando más y más urbano, hasta que el coche se detuvo a las afueras de Aberdeen en un complejo de naves industriales.

—Si nuestra información es correcta —dijo Tom—, Paul Monroe debería encontrarse en el edificio de enfrente.

—Gracias por tu magnífica deducción —ironizó Braco—, justo en la puerta pone «Matadero de Aberdeen». No perdamos más tiempo, en marcha.

Nicoletta y los dos hombres salieron del coche y entraron en el edificio. Los tres vestían sus clámides, lo que les otorgaba un aire poderoso y místico. Nada más cruzar la puerta se encontraron con varias docenas de hombres que transportaban paquetes envueltos y piezas de animales de aquí para allá. El ruido era tremendo. Gritos, risas, órdenes y el chocar de la carne contra la carne. Los que se percataron de su presencia les miraban confundida y descaradamente. Pasaron unos segundos hasta que uno de ellos llamó al encargado a voz en grito para ponerle al corriente de la visita. Este apareció desganado desde detrás de una gran estantería.

—¡Por el Conciliador! ¿Qué es lo que ocurre ahora? —se quejó el hombre.

—No hace falta que nombres al Conciliador para recibir una respuesta que te pueden dar los hombres —interrumpió Braco, levantando la voz con gesto severo y atrayendo la atención del encargado—. El mequetrefe que te ha llamado solo quería advertirte de nuestra presencia. Y bien, ya estás advertido.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el hombre sin muy buenos modales mientras se acercaba a Nicoletta.

—Mi nombre es Nicoletta Braco, y como podrás comprobar por mi clámide, si es que tienes la cultura suficiente, soy una Hermana de la Conciliación de tercer grado. Estos dos hombres son mis ayudantes.

—Sí, sí, eso ya lo veo. Yo soy Bob Stone, soy el encargado de esto. ¿Qué se les ha perdido aquí?

—Nada en absoluto —respondió ella—. Puedo asegurarte que no me quedaré ni un segundo más del necesario en esta asquerosa pocilga que llamáis trabajo. Estoy buscando a un hombre y tengo entendido que está aquí. Se llama Paul Monroe.

Nada más pronunciar su nombre uno de los trabajadores soltó el bulto que cargaba y palideció súbitamente. El encargado se giró y dirigió la mirada a él.

—Paul, mueve el culo aquí, la señorita te está buscando —farfulló.

—Soy una Hermana de la Conciliación, no una señorita. Sé que tu mala educación es debida a la profunda ignorancia de tu alma, pero igualmente ya me estoy cansando. Si me faltas al respeto una vez más me encargaré de que te suban tu cuota de gasto hasta el cien por cien —amenazó Nicoletta.

La cara de Stone se colmó de miedo y acertó a hacer un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Mientras tanto, Paul había llegado al encuentro de la comitiva.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó, aunque había oído cada palabra de la conversación.

—Monroe, esta señori... la Hermana de la Conciliación pregunta por ti —respondió Stone, mucho más comedido.

—¿Qué desea? —preguntó Paul a Nicoletta, intentando parecer sereno.

—Tan solo hablar con usted, pero quisiera hacerlo en algún sitio un poco más privado, si es que tienen algo que se le parezca —respondió ella, con algo más de respeto del que le mostraba al encargado.

—¡Oh, por supuesto! —intervino Stone—. Por favor, disponga de mi despacho el tiempo que necesite. Está ahí mismo, justo en esa zona de oficinas —dijo, señalando a un lado.

Bob Stone acompañó a los tres Hermanos de la Conciliación y a Paul hasta su despacho, quitó unos cuantos papeles y restos de comida de su mesa mientras se disculpaba y salió de allí como una exhalación. Nicoletta miró con desprecio la butaca del encargado y dudó un momento si debía o no sentarse, pero finalmente lo hizo. Alargó su mano con un gesto inequívoco, pidiéndole a Paul que también tomase asiento. Patrik y Tom permanecieron de pie, tras Monroe, junto a la puerta.

—Bien, señor Monroe —comenzó Nicoletta—, nos consta que en la noche de ayer hizo usted una llamada al servicio de CONTROL de la Federación Europea, ¿es así?

Cuando escuchó aquellas palabras a Paul se le erizó hasta el último pelo del cuerpo. Se había arrepentido de aquello media hora después de hacerlo. Pensaba que su llamada podía traerle problemas a Roger, pero no imaginaba que un miembro de la Conciliación le buscaría en su trabajo al día siguiente.

—Bueno... yo...

—Lamento si le ha parecido una pregunta, señor Monroe. Era una afirmación —dijo Braco, severa.

—Sí, lo hice. Está bien, solo es que me siento un poco confuso porque... no tenía la menor idea de que la Casa de la Conciliación tuviese algo que ver con CONTROL.

—La Conciliación tiene que ver con cada cosa de esta vida, señor Monroe —afirmó—. ¿Puedo llamarle Paul?

—Claro, por supuesto —dijo con miedo en la voz—. ¿Y como quiere que me dirija yo a usted?

—Soy la Hermana Braco. Volviendo a nuestro tema, interpuso usted una denuncia contra uno de sus vecinos, Roger Bean.

—Así es. —Paul notaba como el sudor recorría su espalda.

—En esa denuncia aludiste a ciertos asuntos que, digamos, nos han resultado... interesantes —explicó Nicoletta, con mirada sibilina.

—Mire, no debí hacer esa llamada, ¿de acuerdo? Roger es un buen hombre, pero habíamos discutido y yo estaba fuera de mí. —Paul intentaba explicarse, pero los nervios no le ayudaban—. No quiero que le pase nada, es mi amigo.

—Roger Bean no nos interesa lo más mínimo, no estamos aquí por él. Hemos venido por su hijo, Seymour, y por lo que dijiste en tu llamada acerca de él. Al parecer, su padre está convencido de que el pequeño tiene alguna clase de don.

—¿Es por eso? —Paul se sintió tremendamente aliviado.

—Sí, bueno. Imagino que solo es amor de padre, ¿sabe? No debe ser fácil tener un hijo así, ya me entiende. El chico es retrasado o algo parecido. —Monroe volvía a tener ahora su habitual labia.

—Es autista, Paul —recriminó Nicoletta—. Nosotros decidiremos que es y que no es relevante para nuestros intereses. Ahora lo único que necesitamos es que nos cuentes todo lo que Roger te haya dicho, todo lo que sepas, y que cuando salgas de este despacho guardes silencio acerca de nuestra pequeña reunión.

—¿Quiere que le cuente todo lo que me explicó Roger?

—Con pelos y señales —insistió Braco.

—¿Y qué saco yo? —contestó rápidamente Paul, cruzándose de brazos con gesto descarado.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó la Hermana, con media sonrisa en el rostro.

—Mi hijo, Michael, trabaja en el puerto. Tiene veinte años y en el TAS le asignaron el rol de consumidor, como yo. Quiero que se le ofrezca la ciudadanía. — Paul se estaba envalentonando por momentos—. Y algún buen puesto gubernamental en un despacho bonito, o algo así.

—Muy bien, tengo una contraoferta para usted —respondió Braco.

—Le escucho —dijo Paul, intrigado y emocionado.

—Su hija Brittany, de dieciséis años, suspenderá el Test de Asignación Social dentro de dos años, tras una llamada mía. Da igual lo bien que lo haga. Michael perderá su trabajo, y tú también. Retrasaré al máximo la reasignación de G-Corp. Imagino que con vuestra poca capacidad de ahorro os quedaréis sin dinero en dos o tres meses y os veréis todos viviendo en la calle.

—No haga eso, por favor —dijo Paul.

Tenía los ojos abiertos de terror y pensaba que su soberbia podía haber destruido a su familia.

—Entonces no vuelvas a intentar chantajearme, Paul. Una más como esa y estás acabado. Quiero que salga de tu boca todo lo que sepas, y lo quiero ya.

Monroe no lo pensó ni un segundo. Comenzó a explicar todo lo sucedido; el accidente con Billie, como la enterró junto a Paul, el incidente de la barbacoa y la conversación que ambos tuvieron en Cardigans. Nicoletta escuchaba atentamente sin poder ocultar la satisfacción que le provocaba lo que Paul estaba narrando. Si su convicción al comenzar ese viaje era férrea, las palabras de Monroe no habían hecho más que reafirmar su interés en llegar hasta el final del asunto. Sabía que no le mentía, lo veía en sus ojos, después de su coacción le tenía demasiado miedo para intentarlo. Cuando Paul acabó su relato Braco decidió que ya era hora de marcharse hacia el hotel. Se despidió del hombre escueta y fríamente, no sin antes recordarle que si hablaba con cualquiera de su reunión cumpliría su amenaza. Tras esto, Nicoletta salió del matadero unos pasos por delante de sus dos colegas, que le seguían como perritos falderos. Entraron en el coche y pusieron rumbo al hotel, ubicado en el casco histórico de Aberdeen. La Hermana volvió a mostrar su lado más distante

durante el trayecto y solo se dirigió a sus subordinados para ordenarles que se presentasen en su cuarto nada más dejaran sus pertenencias en sus respectivas habitaciones. El Hermano Tom estaba acostumbrado a los rudos modos de Nicoletta y sabía que era inútil intentar entablar una conversación con ella o preguntarle cual debía ser el siguiente paso antes de que ella misma decidiese explicarlo. Con la Hermana Braco solo había dos maneras de actuar; esperar y obedecer. Patrik sentía una abrumadora admiración por ella, pero aún no estaba acostumbrado a su manera de proceder. Siempre se había considerado una persona segura de sí misma y con iniciativa, pero cuando estaba junto a la Hermana no podía evitar comportarse de forma dubitativa, con la sensación de estar bajo una inflexible y rigurosa valoración de sus aptitudes.

Unos minutos después llegaron a la puerta del hotel, en la esquina de St. Magnus Court. El coche se alejó deslizándose silenciosamente calle abajo en cuanto sus ocupantes salieron y recogieron sus maletas. Nicoletta desapareció tras la puerta del hotel, sin tiempo para que Tom y Patrik le siguiesen. Cuando entraron, ella ya había recogido la tarjeta de su habitación y abandonado el hall. Ambos se dirigieron a la recepción e hicieron lo mismo. Cuando tuvieron sus tarjetas, caminaron hasta el ascensor y subieron hasta la quinta planta. Tenían habitaciones contiguas, la quinientos siete y quinientos ocho, no así la Hermana Braco, para la que Tom había reservado una *suite* en el octavo piso. Estaban a punto de entrar en sus estancias cuando el Hermano Patrik abrió la boca por primera vez.

—Tom, ¿tú crees lo que ha contado ese hombre?

—Yo creo en la Hermana Braco. Creo lo que ella cree —respondió Tom serenamente—. Patrik, sé que es una mujer difícil, pero su pasión por la Casa de la Conciliación no tiene límites. Ni siquiera se ha casado, no ha tenido hijos, dedica toda su vida a nuestra causa. ¡Qué el Conciliador me perdone!, pero no creo que yo hubiese sido capaz de atender esta labor sin el apoyo de mi esposa y mis hijos.

—Entiendo lo que dices, pero no veo dónde vamos a llegar en este asunto —dijo Patrik, un poco preocupado—. ¿La Excepción por ese niño? ¿No crees que es muy precipitado?

—Ya te lo he dicho, Patrik, creo lo que la Hermana cree —afirmó, abriendo la puerta de su habitación—. Vamos, apresúrate, ya debe estar esperándonos.

Sin más dilación, ambos entraron en sus cuartos y dejaron sus enseres. Dos minutos después volvían a encontrarse en el pasillo. Juntos se dirigieron a la *suite* de Nicoletta, que ya aguardaba nerviosa. Llamaron a la puerta, la cual se deslizó tras sus manos. Entraron y encontraron a su superiora sentada junto a una mesa redonda de madera tallada, acorde con el estilo clásico de la habitación.

—Sentaos —ordenó a ambos, que obedecieron sin dilación—. Después de lo que he escuchado esta mañana no tengo ni la más mínima duda, la Excepción es necesaria. ¿Ha dado ya su aprobación el Consejo, Tom?

—No, Hermana. Lo siento mucho. —Tom se disculpó, aún sabiendo que no

serviría de nada—. Seguiré intentándolo en cuanto vuelva a mi habitación.

—No sé como he de decirte que lo consigas de una vez —se quejó—. Espero que esté hecho para cuando salgamos. Esta tarde iremos a casa de los Bean y sea como sea ese niño, Seymour, vendrá con nosotros. Necesito la Excepción aprobada para poder llevármelo, no quiero ni un cabo suelto.

—¿Llevárnoslo? —preguntó Patrik de manera espontánea, lo que no gustó a Braco.

—Sí, Patrik, para eso estamos aquí. La Excepción nos libera del cumplimiento de las leyes federativas por tratarse de un caso de interés primordial para la Casa. Mi idea es firme. Seymour vendrá con nosotros, quieran sus padres o no. —Nicoletta depositó en la mesa un pequeño maletín que tenía a su lado. Había pasado desapercibido para los dos hombres hasta ahora, pero cuando lo abrió entendieron rápidamente lo que Braco quería decir. Contenía tres pistolas tásers eléctricas y unos *sprays*—. Según el informe, el marido sale de trabajar a las seis, apareceremos allí una hora más tarde. Intentaré hacerles ver que lo que vamos a hacer es lo adecuado, estoy segura de que son los designios del Conciliador, pero no debemos olvidar que tratamos con un par de consumidores. Su reacción natural será la de ofrecer resistencia, son demasiado cortos de miras para entenderlo en su totalidad. Por eso cada uno llevaremos una de estas armas. —Cogió los tásers y los cedió a Tom y Patrik, sin darles opción. Después señaló los *sprays*—. Estos aerosoles son tranquilizantes, pueden noquear a una persona en segundos. —Cogió uno y lo colocó bajo su nariz—. Solo hay que rociar al sujeto a unos diez centímetros de la cara y caerá inconsciente. Son inocuos, pero dejan a cualquiera KO durante cuatro o cinco horas.

—Pero... Hermana... —Intentó decir Patrik.

—No hay peros en nuestra causa, Hermano. Si dudas, dudas del Conciliador —recalcó—. Quiero el máximo de vosotros dos esta tarde. Ahora retiraos, nos encontraremos en el *hall* a las seis y media. Tom, que un coche nos esté esperando en la puerta.

—De acuerdo, Hermana.

—Y no me falles —reiteró.

Nada más quedarse a solas Nicoletta decidió tomar una ducha rápida y meterse en la cama. Su cuerpo estaba exhausto, pese a que su mente seguía tan activa como siempre. Sentía en su interior que aquello para lo que estaba en el mundo se cumplía al fin. Sería la descubridora del Mesías que ratificaría a la Casa en todo el planeta. Ni los paganos asiáticos podrían mostrarse indiferentes ante tal hecho. El Conciliador recompensaba a sus hijos con la prueba irrefutable de su bondad, de su poder, de su existencia. Y ella sería quién se lo mostraría a toda la humanidad, la gran Madre de la Conciliación, un miembro del Consejo, lo creía tan cerca que casi podía sentir ya su cuello bajo la franja borgoña. Entre sus sueños de grandeza cayó rendida y durmió durante el resto de la mañana y buena parte de la tarde. Cuando despertó, no pudo



más que enfundarse su clámide y su gabardina azul marino, bajo la que escondió la pistola eléctrica, y dirigirse a la entrada. Cuando llegó, Tom y Patrik le estaban esperando. Vestían las mismas prendas que ella, todas con el símbolo de los cuatro círculos de la Conciliación.

—¿Está aprobada la Excepción? —preguntó a Tom.

—Lo siento, Hermana. El Consejo aún no se ha pronunciado.

—Eres un inútil, pero no voy a dejar que tu torpeza retrase los designios del Conciliador. En marcha.

Salieron y subieron a un automóvil color perla que aguardaba justo en la puerta. El camino era corto, apenas diez minutos les separaban de su destino. Unas pocas calles después de iniciar el camino, las casas ajardinadas a ambos lados de la calzada hicieron saber a Braco que el coche se detendría en cualquier momento. Tenía los nervios de una colegiala, pero su experiencia le había enseñado a no mostrar ni el más mínimo indicio de ello. El vehículo detuvo la marcha progresivamente en una larga calle y paró completamente frente a una bonita casa con la puerta amarilla. Braco sabía que su momento había llegado.

—Dejadme hablar a mí. No quiero que abráis la boca si no os lo ordeno. Ah, y no os quitéis las gabardinas, no quiero que vean los tásers si no es necesario, si lo hicieran se volverían locos, ¿entendido?

Los dos hombres asintieron al unísono y siguieron a Nicoletta hasta la puerta amarilla. Ella llamó al timbre y una voz femenina contestó desde el interior, avisando de que había oído la llamada. Heather Bean abrió la puerta, y al ver a los tres miembros de la Conciliación preguntó con extrañeza.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarles?

—Por supuesto, señora Bean —respondió la Hermana—. Mi nombre es Nicoletta Braco, soy una Hermana de la Conciliación de tercer grado. Estos son los Hermanos Thomas y Patrik, nos gustaría hablar con usted y con su marido.

—¿Ocurre algo? —inquirió Heather, preocupada.

—Al parecer, un sujeto anónimo presentó una queja ayer sobre su esposo en el servicio de CONTROL, pero no tiene porqué preocuparse —afirmó, falsamente amigable—, no estamos aquí por eso. Nosotros somos miembros de la Casa de la Conciliación. No obstante, parte de la información de esa denuncia nos ha parecido... maravillosa, y queríamos que nos hiciesen partícipes de ella.

—Lo siento, no le entiendo. No tenía ni idea de que hubiese una denuncia.

—Ya le he dicho que no se preocupe por eso. —Dio un paso adelante—. Si nos lo permite, creo que podríamos hablar de este tema dentro con más tranquilidad. ¿Nos permitiría pasar?

—Claro... claro —titubeó Heather—. Adelante, iré a buscar a mi marido.

La comitiva entró en la casa. Heather les acompañó hasta el salón, ofreciéndoles sentarse. Después fue a la cocina en busca de Roger, que estaba ayudándole a preparar la cena. Nicoletta husmeó con la mirada cada rincón, esperando ver a

Seymour por alguna parte, pero el chico no estaba allí. Decidió colocarse en el sillón, delante del sofá, para tener una posición privilegiada frente a los Bean. Por contra, sus dos subordinados quedaron de pie junto a ella. Heather volvió al salón acompañada de Roger, que se secaba las manos con un trapo de cocina. Ambos tomaron asiento en el sofá y Roger depositó el trapo en uno de los reposabrazos. Nicoletta les miró durante unos segundos sin decir nada hasta que Roger rompió el silencio.

—Soy Roger Bean. Mi mujer me ha dicho que se ha presentado una denuncia. No hace falta que me diga nada más, ya sé quién ha sido. ¿De qué se me acusa? —dijo Roger, serio.

—Ya le he dicho a su mujer que no tenía importancia —expuso Nicoletta, con forzada sonrisa en el rostro—. Cualquiera puede ser víctima de la envidia de un mal vecino. Estamos aquí porque tenemos constancia de que ha ocurrido un hecho ciertamente inusual. Tengo entendido que tienen un hijo, ¿verdad?, ¿dónde está ahora? —se interesó.

—Tenemos un hijo, sí —respondió Roger—. Se llama Seymour, está arriba, en su habitación, jugando.

—¡Oh! Eso es estupendo. Quiero que me hablen de él.

—Es un pequeño estupendo. Tiene una enfermedad, padece autismo, pero es el mejor niño del mundo —dijo Roger, desconcertado—. Perdona, pero sigo sin entender el porqué de su visita.

—Hemos venido a conocer a Seymour. ¿Serían tan amables de presentárnoslo? —pidió Braco.

—Sí... Ahora subo a por él —respondió Heather, tras lo que se levantó y desapareció por las escaleras.

—Tiene una casa preciosa, señor Bean, parece que sabe cuidar de su familia.

—Gracias. ¿Por qué quiere conocer a mi hijo, Hermana? —dijo, con desconfianza.

—Porque le creo a usted —respondió.

—¿Me cree?

Heather volvió a aparecer con Seymour entre los brazos. Billie le seguía justo detrás. La mujer se sentó con su hijo en las rodillas y la perrita se tumbó junto al sofá. Nicoletta observó la cara del niño, su mirada perdida. No le pareció más que otro retrasado más al que acoger en una casa de caridad y, sin embargo, en su interior algo vibraba, afirmando que ese muchacho era justo lo que necesitaba.

—Efectivamente, le creo, señor Bean. Estoy al tanto de lo que contó a Paul Monroe, de todo lo sucedido. Sé lo que es capaz de hacer su hijo, tengo la prueba viviente justo delante —dijo Nicoletta, señalando a Billie.

—¿Cómo ha averiguado eso? —se sorprendió Roger, al tiempo que Heather tenía un escalofrío.

—No importa en absoluto. Lo que importa es que lo sé. Seymour tiene un don

único y estoy aquí para que eso no pase desapercibido.

—Hermana... no sé lo que ha podido escuchar o qué le han contado pero puedo asegurarle que ni nosotros mismos llegamos a entenderlo. No creo que...

—Yo si lo entiendo, Roger, lo entiendo perfectamente. Por eso estoy aquí. Quiero que me digáis una cosa, ¿sois fieles al Conciliador? —preguntó Nicoletta, cambiando su tono, mucho más severo.

—Por supuesto —se apresuró a decir Heather—, como cualquier persona en el Mundo Libre, somos hijos de la Conciliación.

—Muy bien, Heather, muy bien. Tú misma lo has dicho, vosotros, toda la gente de occidente es hijo o hija de la Conciliación, pero no Seymour.

—¿Qué quiere decir con eso? —cortó Roger, beligerante.

—Seymour no es un hijo de la Conciliación, lo que hace, de lo que es capaz, eso habla por sí mismo. Seymour es el Hijo del Conciliador.

—¿Qué? —exclamó Roger.

—¡Seymour es mi hijo! —Le acompañó Heather.

—Te equivocas —respondió Braco, tajante—. No importa que le engendrases, no importa que le llevases en tu vientre, que le amantases o le dices un hogar. Seymour está tocado por la gracia del Conciliador. Es con Él con quien debe estar, con nosotros.

—¿Quiere llevarse a mi hijo? —gritó Roger, levantándose de golpe mientras Billie le hizo lo propio—. ¡Por encima de mi cadáver!

—No hagas que eso sea necesario —contestó Nicoletta. Separó un poco su gabardina para dejar la pistola eléctrica a la vista.

Seymour comenzó a balancearse con gesto nervioso sobre su madre, emitiendo leves gemidos de disgusto.

—Veréis —continuó Braco—, en cuanto me enteré de lo excepcional de Seymour pedí al Consejo de las Madres y los Padres que se activase la Excepción, y así lo hicieron inmediatamente —mintió—. Vosotros solo sois un par de consumidores ignorantes, por lo que supongo que no tenéis ni idea de lo que eso significa. Tranquilos, os lo explicaré con palabras sencillas. La Excepción es un privilegio que la Casa de la Conciliación tiene con la Federación Europea gracias a, digamos, los servicios prestados. Consiste en que excepcionalmente, como su nombre indica, la Casa puede estar al margen de la ley para llevar a cabo alguna tarea de especial interés para ella. Bien, Seymour es esa tarea. Va a venir con nosotros, lo queráis o no.

—¡De ninguna manera! —rugió Roger.

El hombre se abalanzó contra la Hermana, pero antes de que pudiese recorrer los escasos metros que les separaban tres pistolas tásers le apuntaban al torso. Nicoletta se había levantado. Billie se incorporó y ladró amenazante un par de veces a los tres intrusos, pero se mantuvo junto a la familia.

—Te recomiendo que vuelvas a sentarte, Roger —sonrió Braco, que se sabía con las riendas de la situación—. De lo contrario te electrocutaré sin pensármelo dos

veces hasta que el cerebro se te quede más frito de lo que ya lo tienes.

—Roger, por favor, haz lo que te dice —suplicó Heather, aterrorizada.

Apretaba fuerte contra su pecho a su hijo, que seguía intentando balancearse atrás y adelante. El hombre accedió a la petición de su mujer sin borrar el gesto de ira que llevaba impreso en el rostro. Se colocó de nuevo junto a ella y colocó su mano sobre el regazo de Seymour, que seguía con su retahíla de quejidos y movimientos compulsivos.

—Eso está mejor, ¿por dónde iba? —dijo Braco, con teatralidad—. Ah, sí. Os estaba diciendo que Seymour vendrá con nosotros, pero antes quisiera saber un poco más sobre su don. Según ese amigo tuyo, Monroe, le aseguraste que llevas once años sin caer enfermo. Asombroso cuanto menos, pero podría ser casualidad. ¿Y tú, Heather, lo has estado en ese tiempo?

—No... no lo recuerdo —tartamudeó.

—¿No lo recuerdas, o no quieres contármelo? Vamos, Heather, no se lo diré a nadie —se burló.

—Ya se lo he dicho... no lo sé, no puedo pensar.

—Bueno, en ese caso, si no recuerdas si has estado enferma quizá es porque no lo has estado. Eso apoyaría nuestra pequeña teoría, ¿verdad, Roger?

—¿Por qué está haciendo esto? Tenga piedad —rogó el hombre—, somos gente sencilla, buenas personas. No nos merecemos esto.

—Cierto, no os lo merecéis. No merecéis tener a vuestro lado un ser tan único. Su singularidad no puede desperdiciarse gastando su vida junto a un par de inútiles consumidores. —Nicoletta desvió su mirada un instante hacia Billie—. Monroe mencionó otro hecho que llamó especialmente mi atención. Algo relacionado con el chucho, ¿qué puedes contarme sobre eso, Roger?

—No fue más que un malentendido. Paul creyó que había lastimado a Billie, a la perra, pero fue una exageración. Ella está bien, solo fueron unos rasguños.

—¿No estarás intentando engañarme, verdad Roger? —Jugueteó Braco—. Eso no es lo que me han contado. Monroe afirma que él mismo te ayudó a enterrar a ese saco de pulgas en tu jardín, y que tú le contaste cómo Seymour lo desenterró horas después y cobró vida de nuevo. ¿Has pasado eso por alto?

—Eso no es cierto. No sé que le ha contado Paul, pero todo eso no son más que mentiras. Nos peleamos anoche en el pub, los dos habíamos bebido demasiado. —Roger intentaba sonar convincente, aunque mentir nunca se le había dado bien—. Estaba muy enfadado conmigo y por eso se habrá inventado todas esas historias.

—¿Entonces dices que nada de lo que me contó es cierto? —preguntó Nicoletta, con tono más tranquilo.

—Eso es.

—¿Qué tu hijo no tiene ningún don especial?

—Ninguno.

—¿Qué no es más que un retrasado de los suburbios del culo del mundo?

—Exacto. Así es, solo es un pobre retrasado —dijo Roger. Se atragantó mientras las lágrimas brotaban de sus ojos—. No somos nadie, déjennos en paz, por favor. No somos nadie —repitió.

—En fin, está bien —dijo Nicoletta airadamente, mientras se ponía en pie y bajaba su arma—. Lo lamento mucho, la información que nos han facilitado debe de ser errónea. Espero que podáis perdonarnos, ya nos vamos.

Nicoletta comenzó a andar hacia la salida bajo la mirada asombrada del matrimonio. Pese a que los otros dos hombres seguían allí de pie con sus pistolas apuntándoles, a Heather le invadió una sensación de alivio al ver a la Hermana alejarse de su hijo. En aquel momento se sentía muy orgullosa de su marido, sus palabras habían conseguido convencer a la desalmada religiosa. Abrazó fuerte a Seymour, y mientras lo hacía comprobó con horror que Nicoletta Braco volvía sobre sus pasos hasta colocarse de nuevo frente a ellos.

—Solo una cosa más antes de que partamos —se relamió Braco—. Ya que hemos venido hasta aquí, ¿no os importará que nos aseguremos de que nada de todo esto es cierto, no?

—¿A qué se refiere? —preguntó, temeroso, Roger.

—Lo verás en un segundo. Tom —requirió Nicoletta—, dispara al perro.

—¡No! —gritó Heather.

Tom abrió los ojos de asombro ante la orden de su superiora y dudó una fracción de segundo, hasta que Nicoletta giró la cabeza y clavó su mirada en sus ojos. Le temía demasiado para no obedecerle. Apuntó al animal, apretó los dientes y accionó el gatillo. Dos endiablados garfios salieron despedidos de la punta de su pistola y se incrustaron en el lomo de Billie, que bramó de dolor mientras caía al suelo, convulsionando por los voltios que recorrían su cuerpo. Todo ocurrió en menos de un suspiro. Heather lanzó un alarido al aire y comenzó a llorar desconsoladamente. Roger respiraba con fuerza, intentando contener la ira que le rezumaba por cada poro de su cuerpo. Seymour saltó del regazo de su madre y corrió a un rincón, donde comenzó a golpearse la cabeza contra la pared. Cuando Tom soltó el dedo del gatillo la descarga cesó y Billie quedó en el suelo gimiendo, semiconsciente.

—Otra vez —ordenó Braco, serena.

Tom cerró los ojos y obedeció de nuevo. Los aullidos de Billie resonaban en toda la casa. La escena se repitió. Seymour se golpeaba más fuerte, Heather no cesaba en su histérico llanto y Roger reprimía el instinto de lanzarse hacia la Hermana y estrangularle. Apenas Tom había acabado cuando Nicoletta habló de nuevo.

—Otra.

Tom lo acató.

—Otra vez.

Obedeció de nuevo.

—Una más.

Las descargas se solapaban unas con otras en aquel dantesco escenario. Nicoletta

comenzó a chillar.

—¡Más! ¡Más! ¡Una vez más! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Otra descarga! ¡En el nombre del Conciliador, mata a ese jodido perro! ¡Má-ta-lo! —exclamó, fuera de sí.

Los quejidos de Billie, más y más fuertes, colapsaron súbitamente. Su cuerpo aún se tambaleaba debido a la electricidad, pero lo hacía en silencio. Tom sabía que por fin podía parar, el perro estaba muerto. Soltó el gatillo y apoyó sus manos en las rodillas, intentando coger aire.

—Patrik, coge al crío y oblígale a tocarlo. Quiero verlo con mis propios ojos —dijo Nicoletta.

—¡No! —exclamó Heather.

—Ni se te ocurra moverte, puta —amenazó la Hermana, apuntándole directamente a la cabeza.

Heather quedó petrificada y Patrik se apresuró a cumplir las órdenes de Braco. Corrió hacia donde estaba Seymour y le cogió en brazos, intentando no hacerle daño. El pequeño hizo un gesto para intentar zafarse de los brazos de su captor. El hermano Patrik no pudo caminar más que un par de pasos. Ante el asombro de todos, cuando las manos del pequeño empujaron el rostro del hombre este cayó desplomado al suelo, inmóvil. Seymour volvió a su rincón y se acurrucó en él.

—¡Patrik, Patrik! ¿Estás bien? —preguntó, alarmado, Tom.

—Por el Conciliador... —Comprendió Nicoletta—. Todo es cierto, todo es cierto. Es Él. Tom, rocíale el aerosol en la cara, que se quede inconsciente, así podremos llevárnoslo.

—No... no puedo —contestó.

—¡Es una orden! —repitió Nicoletta.

—¡No puedo hacerlo!

—Eres un inútil —respondió ella con desprecio.

Braco, sin dejar de apuntar al matrimonio, sacó del bolsillo de su gabardina el pequeño *spray*. Se acercó con cautela a Seymour, que apretaba los puños y tapaba su pecho con ambos brazos. Nicoletta acercó el aerosol a la cara del pequeño con cuidado de no tocarle y le roció dos veces. Casi al instante el niño perdió el conocimiento y cayó de bruces. Cuando Roger lo vio no pudo contenerse más, se lanzó contra la Hermana con los ojos inyectados en sangre por la ira y el llanto. Un instante después sintió dos punzadas en el pecho, y acto seguido se desplomó rígido al suelo por la electricidad que recorría su cuerpo. Braco no había dudado en dispararle. La descarga fue breve, pero suficiente para dejarle unos minutos incapacitado. Heather se tiró al suelo, abrazó a su marido y gritó su nombre.

—Si mueves un músculo haré lo mismo contigo —le dijo a Heather, tras lo que se dirigió a Roger—. Tienes suerte de que no tenga ganas de dar explicaciones, si no te habría dejado seco. Ahora voy a coger a Seymour —afirmó Nicoletta—. Como te he dicho, no te muevas.

Heather lloraba desconsolada sobre el pecho de su marido. Braco se agachó y

cogió al pequeño, que continuaba inconsciente, sosteniéndolo sobre su regazo con una mano. En la otra portaba la pistola táser, que no dejaba de apuntar a Heather.

—Tom, nos vamos —ordenó.

—¿Qué pasa con Patrik? —preguntó, asustado.

—Déjalo.

—¡No podemos hacer eso!

—Está bien, carga tú con él si quieres.

La Hermana Nicoletta se fue alejando del salón sin dejar de apuntar con su pistola. Tom le siguió, pero se detuvo para recoger a Patrik. Consiguió colocar el brazo del maltrecho hombre sobre sus hombros y así cargar con él. Cuando salieron de la casa Heather corrió hasta el portal, pero Nicoletta volvió a apuntarle y supo que cualquier intento por recuperar a su hijo acabaría con ella convulsionando por la electricidad que recorrería sus músculos. No pudo más que ver como aquella horrible mujer y sus secuaces subieron a su coche y se alejaron, llevándose a su pequeño. Heather rompió a llorar de nuevo, con las manos en su estómago, sintiendo como si le arrancasen las entrañas.

Dentro del coche Tom intentaba hacer reaccionar a Patrik, que no respondía a estímulo alguno. Nicoletta sonreía, no podía evitarlo, pensando en que lo había conseguido. El SmartPad de Tom comenzó a vibrar y el hombre respondió al instante. Estaba tan nervioso que su dispositivo casi se le cayó al suelo al sacarlo del bolsillo. Solo hubo una frase de su interlocutor, y no necesitó más que un «de acuerdo» como respuesta.

—El Consejo ha aprobado la Excepción —afirmó Tom.

—El Conciliador me recompensa —concluyó, convencida, Nicoletta.

## Redentor

*Por mi cuerpo, mis huesos, mi sangre y mi alma juro defender las leyes de la Casa de la Conciliación, morada del Conciliador, único y verdadero Dios de la humanidad. No habrá piedad ni misericordia en mí para aquellos que osen desviarse del camino. Allá donde estén estaré yo, y les redimiré a través del fuego y el acero. Sin tregua, sin descanso, sin la menor de las dudas magullaré mi cuerpo, quebraré mis huesos y derramaré mi sangre, porque mi alma es tuya. Soy el ejecutor de tus deseos, el guardián de tus normas, el garante de tu honor. Yo soy tu Redentor.*

Juramento de Iniciación de los Redentores.  
Código del Redentor de la Casa de la Conciliación, página 2, primer párrafo.

\* \* \*

—¡Allah Akbar! ¡Allah Akbar! —Abdel Bari gritó mientras disparaba su fusil desde la ventana hacia las dunas tras las que se escondían los soldados de la Federación.

Bari y su escuadrón, de apenas una veintena de hombres, llevaban defendiendo la vieja casa en la que se encontraban desde hacía tres días. La Cuarta Compañía del Ejército de la Federación pretendía tomar Tabuk en la campaña contra los renegados de Arabia Saudí en lo que la prensa había bautizado como la Guerra de la Conciliación. No les daban tregua, pero su posición era fuerte y la determinación de Abdel inquebrantable. El edificio de tres plantas se encontraba en un lugar estratégico, la entrada noreste de la ciudad, en el barrio de Almasif. Abdel Bari sabía que si ellos caían los tanques deslizadores y los drones de los infieles sacudirían la ciudad y la reducirían a cenizas en pocos días. Ya lo había visto antes en Arar y Turaif, y no estaba dispuesto a permitirlo de nuevo. Había distribuido a sus hombres por todos los pisos. Algunos se apostaban abajo, atentos a posibles emboscadas de los soldados, tiradores en el primer y segundo piso, con la orden de disparar a cualquier silueta que apareciese tras las dunas, y artilleros en la azotea equipados con RPGs, con los cuales ya habían conseguido detener dos acometidas de los deslizadores. En el segundo piso, Bari y otros tres de sus hombres guardaban con celo el dispositivo que les permitía seguir de una pieza, el inhibidor que impedía a la fuerza aérea de la Federación lanzar un ataque indiscriminado por aire. Volvió a asomarse por la ventana y disparó dos largas ráfagas mientras maldecía a sus enemigos.

—Jefe... —dijo Sharîf, uno de los hombres que le acompañaban, con temor—, nos estamos quedando sin munición, deberíamos reservarla para frenar las acometidas de los infieles.

—¡No podemos dar descanso a esos malnacidos! Tienen que saber que la



voluntad de Allah está con nosotros —se justificó Bari.

—Llevamos tres días aquí... —interrumpió Ismail. El joven sobrino de Abdel Bari se apostaba con su fusil junto al inhibidor—. No solo andamos escasos de munición, apenas tenemos comida, pero lo que en realidad me preocupa es el agua. Se nos terminó esta mañana, hace horas que no bebemos. Esta situación es insostenible.

—¡Cállate! —ordenó el jefe—. No creas que no te mataré por ser de mi familia. Si se te ocurre minar la moral de mis hombres con tus quejas lo haré sin dudar, en honor a la memoria de mi hermana.

—¡Solo digo que es cuestión de tiempo que consigan avanzar y acabar con nosotros! ¿De qué serviría eso? A veces una retirada a tiempo es una victoria, retrocedamos y vivamos un día más para luchar por la gloria de Allah.

—¡He dicho que no quiero oírte! —gritó Abdel. Agarró al muchacho por el cuello de su descosida camisa y le empujó hacia la ventana—. Ahora harás algo de provecho, quédate ahí y vigila los movimientos de los infieles. Con un poco de suerte algún francotirador te volará esa cabeza de chorlito que tienes si la asomas demasiado. Sharíf, ocupa el puesto de Ismail junto al dispositivo.

El enfurecido Bari miró con gesto de desaprobación a su sobrino durante unos segundos más y después se sentó en un resguardado rincón de la estancia, sacó un mendrugo de pan de uno de sus bolsillos y se lo comió airadamente. El silencio reinaba en el lugar. Ismail pensó que los soldados debían estar preparando alguna estrategia, pues no había habido muchos momentos en los tres días que llevaban sitiados en los que el sonido de las balas silbando en el aire no hubiera estado presente. De vez en cuando se asomaba tímidamente por la ventana, comprobando la situación. Lo hacía cada vez que la mirada de su tío se clavaba en él y le decía sin palabra alguna que era la hora de echar otro vistazo. El frente seguía tranquilo, demasiado. Pasaron casi cincuenta minutos sin que la situación cambiase. Sharíf dormitaba junto al inhibidor mientras Muntassir, el otro guardia, entraba y salía de la habitación trayendo las novedades del resto de pisos, que no eran muchas. Abdel Bari se limpiaba las uñas con su gran cuchillo oxidado, aburrido. De pronto, un sonido grave empezó a hacerse audible, evidenciando que algo se acercaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Abdel, instando a su sobrino a que mirase de nuevo.

—No veo nada —contestó Ismail—. Por el ruido diría que es un deslizador, pero debe estar detrás de las dunas, no consigo localizarlo.

—Toma esto, inútil —gruñó su tío, lanzándole sus prismáticos—. Úsalos, a ver si consigues ver algo.

Ismail obedeció y se asomó con prudencia un poco por encima del borde inferior de la ventana. El grave sonido había continuado acrecentándose hasta evidenciar que provenía de detrás de una de las dunas cercanas, pero el joven seguía sin poder ver que era lo que lo producía. El estruendo cesó y lo sustituyó el leve quejido de una compuerta abriéndose. Ismail no tenía dudas, era un deslizador, quizá uno de

transporte que traía nuevos refuerzos para los soldados de la Federación. Mientras escudriñaba el paraje con los prismáticos en busca de algún movimiento, una sombra se alzó sobre la duna que tenía enfrente, la sombra de un hombre. Lentamente, para no delatarse, se llevó la mano al costado en el que colgaba su fusil, lo agarró con fuerza y lo colocó sobre la repisa para apuntar con precisión e intentar abatir al enemigo con un solo disparo. Sin embargo, al volver a mirar algo le heló la sangre. En un primer momento había pensado que debía ser un soldado novato que no tenía en cuenta el valor de una buena cobertura, pero nada más lejos de la realidad. El atrevido enemigo que se hallaba a menos de cincuenta metros de él no estaba falto de experiencia ni estaba expuesto, pues no le habrían alcanzado ni aunque todos hubiesen disparado a la vez. Sus ojos, de un color ámbar profundo, apuntaban a Ismail directamente. Estaba exactamente donde quería estar, avisándoles de su llegada, presagiando su muerte como un ángel exterminador. No era un hombre, era un titán.

—¡Redentor! —aulló Ismail, intentando alertar al resto de sus compañeros.

Abdel Bari saltó como un resorte sobre su sobrino, le lanzó al suelo con un golpe seco en el torso y se colocó sobre él, amenazándole con su pistola, que apuntaba a la cabeza del joven. En el edificio se había formado revuelo, Bari podía oír a sus hombres discutir, asustados.

—¡Maldito seas, muchacho! —gritó—. ¡No permitiré que atemorices a mis soldados con tus historietas!

—Tío, tío mío, ¿tienes idea de a lo que nos enfrentamos? —El pánico se había apoderado de la voz de Ismail—. Es un Redentor, ¡un Redentor, joder!

—¡Eso no importa! Nuestra fe es inquebrantable —replicó Abdel incorporándose, pero sin dejar de apuntar a su sobrino.

—¿Y crees que la suya no lo es? La Conciliación les acoge cuando no son más que unos críos. Les entrenan día y noche, sin descanso, son máquinas de matar y están adoctrinados. Tienen fe ciega en cada palabra de su Credo. Y, pese a todo, solo seleccionan a los más aptos para convertirse en Redentores. No hay más que siete en todo el mundo, pero cada uno vale por diez mil hombres. —Ismail se arrastró un par de metros y se acurrucó en una esquina, sollozando—. Solo viven para hacer cumplir las normas de la Casa de la Conciliación y matar a todo aquel que consideren un renegado. No responden ante nadie, ni siquiera ante su Consejo. ¿Recuerdas la toma de Teherán? Los soldados estaban a las órdenes de un Redentor, tardaron solo dos días en hacerla caer. Por Allah... —Ismail rompió a llorar.

—No lo repetiré más, Ismail. —El dedo de Abdel Bari temblaba sobre el gatillo de su arma—. Cierra la boca de una puta vez o te meteré una bala en la cabeza.

—Son sus ojos, ¡sus ojos me han mirado! Son de color melaza, siniestros como los de un gato. Es por eso que les ponen, las Omnivalentes. Nos hablaron de ello en la universidad. Cuando juran fidelidad les sellan esas cosas en los ojos y las conectan a su sistema nervioso, entonces se convierten en puro instinto. Pueden ver a cientos de

metros, su brazo apunta por ellos y sus reflejos son automáticos. Cualquier información que deseen de la Red no tienen más que pensarla y aparece frente a sus ojos, ¡incluso la maldita velocidad del viento! Absolutamente todo. —El joven lloraba cada vez más fuerte, sin atender a las amenazas de su tío—. Ya estamos muertos... Estamos muertos ¡tenemos que intentar huir mientras podamos!

Ismail, presa del pánico, se levantó e intentó echar a correr. El sonido sordo de tres disparos rebotó por toda la habitación y el chico cayó al suelo con el pecho empapado en su propia sangre. Abdel Bari no había vacilado, su fe y su Dios eran más importantes que cualquier lazo terrenal. No estaba dispuesto a que el pavor de Ismail contagiase a los suyos y huyesen en masa tras él. Sharíf y Muntassir contemplaron la escena en silencio, a sabiendas de que cualquier intervención podía conllevar que sufrieran el mismo destino que Ismail. El muchacho, tirado en el suelo bajo el arco de la puerta, convulsionaba débilmente mientras sus perforados pulmones intentaban sin éxito inspirar un poco de aire que le mantuviese atado a la vida.

—¡Ya está bien de tonterías! Escuchadme todos. —Abdel Bari gritó para que se le escuchase en todo el edificio—. Hemos resistido y seguiremos haciéndolo. ¡Disparad, matad al infiel! ¡Allah está con nosotros!

Bari esperaba escuchar al instante el estruendo de todas las armas de sus hombres disparando para abatir al Redentor, pero apenas percibió nada más que un par de titubeos. Pensó entonces en dar ejemplo y comenzar él con el ataque. No obstante, al dar el primer paso hacia la ventana un escalofrío le hizo detenerse. Lo cierto era que, en el fondo de su alma, sentía el mismo miedo que el resto de los presentes. El joven Ismail seguía en el suelo, sufriendo los últimos estertores antes de la muerte. Ya no era completamente consciente, pero aún podía sentir como se le escapaba la vida, y estaba aterrorizado. Al tiempo que cerraba los ojos para no volver a abrirlos jamás, una voz grave y decidida llegaba hasta sus oídos desde el exterior, era el Redentor.

—¡Soldados de la Federación! —dijo, refiriéndose a los exhaustos hombres que se escondían tras las dunas, abatidos por el calor y la lucha—. Sabéis cual es vuestro cometido. Los renegados ignoran la evidente Verdad del Conciliador y se mantienen anclados en sus arcaicos dogmas y falsos dioses. ¡Es una ofensa para la Casa de la Conciliación! —rugió—. Debéis estar orgullosos, cumplís una misión divina y ahora estoy aquí para luchar a vuestro lado. ¡No vaciléis a mis órdenes!, pues si lo hacéis seréis tan renegados como los que cortan nuestro paso junto enfrente, y juro que no tendré piedad ni de ellos ni de vosotros. ¡Preparaos para atacar! Las mentes de esos hombres están enfermas, no tienen cura posible, y sus cuerpos son esclavos de ellas. Sin embargo, sus almas aún tienen una posibilidad. —El Redentor agarró con cada una de sus manos los dos subfusiles que le colgaban de las caderas y extendió sus musculosos brazos—. ¡Redimámoslos, y regalémosles la Conciliación con el Único Dios Verdadero! ¡Matadlos a todos! ¡Cargad!

Las dos docenas de soldados, atemorizados, atendieron la orden del Redentor

inmediatamente. Se lanzaron contra el edificio con él a la cabeza. Los renegados abrieron fuego hacia ellos, aprovechando su falta de cobertura. El fuego cruzado hubiera ocasionado una masacre de no ser por la presencia del Redentor. Pese a contar con una posición privilegiada y estar parapetados, casi ningún saudí consiguió disparar más de dos o tres ráfagas antes de ser abatido. Los granaderos del tejado no tuvieron ocasión alguna. El Redentor focalizó primero su atención en ellos, en cuanto se asomaron en busca de ángulo para disparar sus RPG estuvieron muertos incluso antes de poder darse cuenta. Algunos de los soldados de la Federación que corrían cerca de su magnífico aliado vitoreaban y aumentaban su ánimo al ver la increíble destreza del hombre. Sus brazos se movían más rápido que el viento, y sus disparos eran tan certeros como los de un francotirador de élite.

En apenas tres minutos los soldados entraron en la planta baja de edificio sin encontrar resistencia. El Redentor ordenó al grueso de la Compañía permanecer allí y controlar el perímetro para evitar emboscadas. Seleccionó a tres hombres y les ordenó subir a la azotea. Él se dirigió al primer piso, donde solo encontró cinco cadáveres. Cuatro de ellos abatidos por él mismo. Volvió a las escaleras y ascendió una altura más. Al llegar a la segunda planta encontró lo que estaba buscando, el inhibidor, grande como un armario. Había tres muertos en la estancia, tenía la certeza de haber acabado con dos de ellos. El tercero tenía tres disparos sucios en el pecho, realizados a poca distancia. Sintió en ese mismo instante que alguien seguía con vida en aquella habitación, y sabía donde se encontraba. Sacó el cuchillo que portaba en una funda de su muslo derecho y caminó lentamente hacia el inhibidor. Las pisadas de sus pesadas botas sonaban como truenos. El Redentor escuchó un quejido al otro lado del gran dispositivo. Cuando lo rodeó encontró a un hombre tumbado en el suelo, desarmado y lloriqueando en posición fetal, sin la más mínima herida. Miró su rostro y sus ojos inmediatamente le ofrecieron toda la información del sujeto que estaba disponible en la Red.

—Abdel Bari, vas a morir —sentenció el hombre—. ¿Quieres morir como un hombre o como un chiquillo?

—No... no quiero morir. Llévame como prisionero, os contaré todo lo que sé —suplicó mientras se ponía de rodillas.

—Yo no soy un simple soldado, soy el soldado del Conciliador. No me interesa lo que puedas decir. Cuando te reúnas con nuestro Dios, cuéntale a Él porqué le has negado.

El Redentor agarró con su mano izquierda el cuero cabelludo de Abdel Bari y le levantó con tanta facilidad que el renegado parecía ser de papel. Colocó la punta de su gran cuchillo en el estómago del saudí y lo mantuvo justo en ese punto. Bari se sentía hipnotizado por la mirada dorada de su captor.

—Por favor... por favor... ten piedad —rogó Bari por última vez.

—Te regalo la Redención, Abdel Bari. Esa es la única piedad de conozco.

El Redentor hundió el acero en el estómago de Abdel hasta la empuñadura y

después lo alzó hasta casi la garganta. La caja torácica del renegado se abrió por la mitad, desparramando por el suelo sus entrañas. Las ropas negras que portaba el Redentor se tiñeron de rojo sangre, apenas un poco más clara que su casaca, del característico granate de la Conciliación. Pasó su mano por el centro de sus pectorales, limpiando las salpicaduras de la sangre del renegado que habían tocado el símbolo de los cuatro círculos de la Casa, del mismo azul celeste que vestían los Hermanos en sus clámides. Los redentores eran los únicos con el privilegio de vestir la clámide borgoña, que simbolizaba su fe y dedicación completa al Conciliador, por ello los Cuatro Círculos eran azules en sus vestimentas. No obstante, eso ocurría en la civilización. Allí, en aquel nido de renegados, se equipaban con armaduras ligeras de cuero y kevlar, lo cual les protegía de las pocas veces que podían ser alcanzados por un proyectil enemigo y les dotaba de una imagen aún más aterradora.

Sacó un pequeño tubo metálico del bolsillo interior de su casaca, lo agarró por ambos extremos y giró sus manos en direcciones contrarias. El pequeño artefacto comenzó a emitir ligeros pitidos intermitentes. Se acercó al inhibidor y lo depositó sobre este. Entonces volvió a la planta baja. Los soldados que había enviado a la azotea ya habían vuelto, no quedaba ningún enemigo con vida en el edificio. El Redentor dio la orden de volver tras las dunas, donde esperaban los tanques deslizadores. Los hombres obedecieron al instante. Cuando todos hubieron estado a resguardo, el Redentor metió la mano en uno de sus bolsillos y el cielo se iluminó por la explosión de la ruinoso casa que acababan de tomar. Acercó entonces su gruesa muñeca a su boca y habló a través del pequeño transmisor que portaba en ella.

—Vía libre. Arrasadlo todo.

Los soldados, exhaustos por el asedio durante días bajo el sofocante calor de Oriente Próximo, esperaban resignados las órdenes de aquel a quién temían más que morir de sed o de hambre. El Redentor se giró y aguardó unos segundos, contemplándoles antes de dirigirse a ellos.

—Soldados, hijos de la Conciliación, habéis hecho un gran trabajo. Cada gota de vuestro sudor y de vuestra sangre nos acerca un poco más a la victoria, el día en que no quede un renegado sobre la faz de la Tierra, y todos los hombres alaben y honren juntos el poder y la misericordia del Conciliador. —Se pasó la palma de la mano por su frente, impregnada con la arena del desierto y la sangre de Abdel Bari—. Los ingenieros y los pilotos de los deslizadores de asedio esperarán aquí, los drones llegarán en unos minutos y reducirán este nido de renegados a cenizas. Cuando hayan terminado, entrad en la ciudad y acabad con lo que haya quedado. Los demás, volvamos al campamento base. ¡Bebed, comed, y preparaos para la siguiente batalla!

La mayoría de los soldados vitorearon las órdenes con la alegría de saber que esa noche dormirían en sus camastros con el estómago lleno. Los demás se resignaron a su suerte, pues cualquier objeción habría conllevado la muerte. Los afortunados se repartieron entre los tres tanques deslizadores de transporte y pusieron rumbo a las afueras de Maan, en la vecina Jordania, aliada de la Federación. Allí se encontraba el

campamento base, a unas cuatro horas de su posición. El camino de vuelta fue largo y tedioso. Los exhaustos soldados rezaban para no encontrarse con una milicia que les atacase y tener que verse de nuevo en el fragor del combate. Los que se encontraban en el deslizador que iba en cabeza, en el que también se hallaba el Redentor, sentían su presencia como una punzada en la nuca. Tenían miedo de abrir la boca siquiera, por si alguna cosa de las que dijese ofendiese la moral de aquel hombre temible. El Redentor pasó todo el trayecto leyendo un pequeño libro que escondía en el bolsillo interior de su casaca. No pronunció palabra alguna, pues no estaba acostumbrado a mantener conversaciones banales. El trabajo había sido cumplido, los soldados iban a recibir su recompensa, no había más que decir.

Los deslizadores entraron en el campamento base de Maan cuando el sol se escondía tras el horizonte y la noche comenzaba a reinar en los cielos. Los soldados salieron de los tanques entre gritos de júbilo y felicitaciones mutuas. No sabían cuando volverían a la primera línea de fuego, pero ninguno de ellos pensaba en eso, se encontraban demasiado cerca de la comida caliente y el descanso para frustrar su alegría con pensamientos tan sombríos. El teniente de guardia les recibió, y tras dejarles mostrar su efusividad por un tiempo prudencial les ordenó formarse y escuchar las órdenes.

—¡Soldados, apestaís como malditos asiáticos! La cena está lista, pero no consentiré que ni uno de vosotros pise el comedor hasta que os quitéis toda esa mierda de encima. Marchad a los barracones, dejad el equipo y daos una ducha. Cuando lo hayáis hecho la comida os estará esperando. ¡Rompan filas!

Todos corrieron hacia los barracones, exultantes ante la idea de desprenderse de todo el peso del equipo y de una ducha caliente. Todos menos el Redentor, que seguía erguido junto al deslizador en el que había viajado. El teniente se acercó hasta él.

—Señor —le requirió formal y cortésmente—, el general Maine necesita hablar con usted.

—¿Qué sucede?

—Una comunicación de la Federación, señor. Llega desde la Casa de la Conciliación.

—¿Comunicación? ¿Por qué la Casa no iba a lanzarla directamente a mis Omnilentes? —replicó el Redentor, incrédulo.

—No se decirle más. Me han pedido que le informase nada más llegar a la base. El general le espera en su despacho.

Sin mediar palabra, el Redentor se dirigió al encuentro de Maine. Anduvo por el silencioso campamento hasta el edificio prefabricado donde los oficiales tenían sus habitaciones y despachos. Ellos eran los únicos con el privilegio de contar con espacios privados en las desérticas afueras de aquella ciudad dejada de la mano del Conciliador. Entró en el edificio y subió hasta la planta superior. Cinco pasos le bastaron para llegar frente a la puerta del despacho de Sebastian Maine, el oficial al mando en la acometida de Arabia Saudí. El Redentor abrió la puerta sin llamar y

encontró al general sentado tras su mesa, con una taza de café en la mano, comprobando su panel.

—Podría haber llamado a la puerta, Redentor.

—Mientras estemos en combate soy su superior, Maine, hubiese sido simplemente una muestra de cortesía. ¿Se sentiría mejor si saliese y llamase ahora?

—En realidad no —espetó Maine antes de darle un sorbo a su café—. Tiene razón en todo salvo en una cosa, ¿sabe? Usted ya no se encuentra en combate.

—¿Cómo dice?

—Justo lo que acaba de oír —contestó Sebastian mostrando una falsa sonrisa—. La Conciliación le reclama en Praga. No diré que sus servicios aquí no son útiles al Ejército de la Federación, aunque por otro lado tampoco puedo decir que me vaya a ver llorar por su partida.

—Le advierto, general, que si esto es una treta para quitarme de en medio lo consideraré un renegado —dijo el Redentor posando la mano sobre el arma que colgaba de su cintura—. Ya sabe lo que eso significa.

—No soy un loco. Sé que estaría muerto antes de poder apurar mi café si intentase jugársela. Ya se lo he dicho, esta tarde ha llegado una comunicación del Consejo. Le reclaman en Praga.

—El Consejo no tiene autoridad para reclamarme, estoy por encima de él, solo respondo ante el Conciliador. Además, si el Consejo quisiese informarme de algo lo haría directamente a través de mis Omnilentes.

—No sabía que fuese usted tan quisquilloso con la semántica. El Consejo no ha querido importunarle mientras combatía en el frente, esa es la razón de que hayan enviado su comunicación directamente al campamento base. En cualquier caso no tengo ganas de seguir con esto, voy a transferirle el mensaje a sus Omnilentes ahora —dijo el general, con desgana—. Compruébelo usted mismo.

Sebastian Maine pulsó un par de teclas en su panel y frente a los ojos del Redentor apareció el mensaje de comunicación entrante. Solo él podía verlo, y no necesitaba realizar ni un movimiento para reproducirlo, bastaba con que su mente quisiese hacerlo. El video grabado comenzó y pudo ver la mesa del Consejo con el Padre Arthur Mormont presidiéndola.

«Jacobó Batiste, Redentor de la Casa de la Conciliación, orgullo del Conciliador, ejecutor de sus deseos, guardián de sus normas y garante de su honor. El Consejo de las Madres y los Padres suplica tu presencia en la Sede Central de Praga. Se ha activado la Excepción. La Casa precisa de tus virtudes. El Consejo ha debatido y se ha decidido que el Conciliador así lo quiere».

La grabación finalizó y el Redentor volvió a clavar su mirada en los ojos del general.

—Oh, ya está de vuelta —dijo Maine—. Resulta cómico como su mirada se ha

perdido en el horizonte cuando visionaba el comunicado. Parecía un... autista.

Batiste hizo caso omiso a la provocación de Maine, que no tuvo más remedio que continuar hablando.

—Y bien, ¿ha quedado satisfecho con la veracidad de la grabación?

—Afirmativo —contestó simplemente el Redentor.

—Me he tomado la molestia de preparar su viaje. A primera hora de la mañana saldrá en un tanque deslizador escoltado por cinco de mis hombres hacia Amman. Allí le espera un avión del Ejército que le llevará directamente a Praga. Cuando salga de territorio jordano será oficialmente problema de otro.

—No necesito escolta. No esperaré hasta mañana. Cogeré un jeep y saldré ahora mismo. Llegaré al aeródromo de Amman en tres horas si no encuentro inconvenientes. Para entonces espero que usted haya preparado mi transporte hasta la Federación.

—En cuanto salga del despacho descolgaré el teléfono y le conseguiré ambas cosas. ¿Desea algo más, Redentor? —preguntó con sorna el general, incorporándose.

—Estamos en el mismo bando, general Maine. ¿Por qué desea tanto que me vaya? ¿Es por volver a tener el mando de la campaña?

—Hace cuatro meses que iniciamos la acometida contra Arabia Saudí. —El general dejó a un lado su escritorio y se acercó a Jacobo—. Estamos aquí para limpiar la mierda de la Federación, vaciar este nido de renegados y conseguir asegurar el terreno para aumentar nuestras posibilidades contra el verdadero enemigo, los asiáticos. En estos cuatro meses he perdido dos mil trescientos catorce hombres y, de ellos, nueve han muerto por el fuego del arma que tan orgullosamente cuelga de su cintura. Esa con la que me ha amenazado hace cinco minutos.

—Redimí a esos hombres porque su comportamiento los evidenciaba como renegados.

—No, los asesinó porque dudaron, porque tenían miedo, miedo de la guerra, de morir, de usted. Como lo tienen el resto de mis soldados, como lo tengo yo. —Maine colocó su cara a escasos centímetros de la de Batiste—. Es usted la encarnación de los tiempos de locura que vivimos, ¿me convierte eso en un renegado, Redentor?

—Lo estoy valorando —dijo Jacobo con firmeza.

—Pues otórgueme la redención o siga valorándolo —le retó Maine—, pero hágalo fuera de mi despacho.

—Tenga preparado el avión, general.

—A sus órdenes, Redentor.

Maine realizó el oportuno saludo militar. Aunque despreciase a ese hombre, era su superior y sus convicciones le obligaban a seguir sus órdenes. Jacobo Batiste salió del despacho y se dirigió al aparcamiento en busca de un todoterreno. El soldado de guardia se sorprendió al verle entrar, su cuerpo se erizó desde sus pies hasta la cabeza y se mantuvo firme. Jacobo apenas le dedicó una escueta mirada y continuó su camino hacia uno de los vehículos. Abrió la puerta de este y pulsó el botón que



encendía su motor eléctrico. Era uno de los todoterreno estándar con los que el ejército se movía en territorio jordano, preparado para las primitivas carreteras que conectaban las poblaciones del país. Cuando salió del aparcamiento el soldado seguía firme, contemplando sus movimientos, pero sin siquiera atreverse a decirle nada.

La noche había caído en la zona y solo la luz de los faros acompañaba al tenue fulgor de las estrellas, brillantes como los ojos de un gato, iguales que los del hombre que estaba al volante. Batiste disfrutaba del silencio y la soledad. Era consciente de que su misión en la Tierra le alejaba del resto del mundo, pocos eran los que podían comprender la magnitud de su cometido. Los hombres le temían, las mujeres le habían sido vetadas, los niños se estremecían al oír las historias sobre los Redentores. Su convicción era inquebrantable, no había en su alma ni un solo resquicio que le hiciese pensar que había tomado el camino equivocado y, sin embargo, no era menos cierto que muy de vez en cuando anhelaba una pizca de calor humano. Continuó conduciendo durante el resto del camino entre esos pensamientos y la incertidumbre de cual sería el motivo por el que se habría activado la Excepción. Cierta júbilo creció dentro de él, pues solo podía significar que algo extraordinario había ocurrido, algo que evidenciaría ante los ojos de los incrédulos renegados que la Conciliación era la única y verdadera fe. Sin embargo, no veía como sus habilidades iban a ser de ayuda. Había sido entrenado para la guerra, igual que los otros seis Redentores que a día de hoy defendían el honor del Conciliador a lo largo del globo. Las peculiaridades y pormenores de la política y la burocracia le eran ajenas.

El localizador le llevó hasta el aeródromo, a pocos kilómetros de Amman. Era casi medianoche cuando el todoterreno de Jacobo Batiste llegó al hangar donde le esperaba un pequeño avión militar, listo para partir hacia la Federación. Nada más despegar envió un mensaje a través de sus Omnilentes informando a la Sede de su próxima llegada. Después aprovechó la soledad de la noche y el cielo para comer algo y descansar un poco mientras sobrevolaba el mar Mediterráneo. No pudo dormir mucho, pues le costó conciliar el sueño, y el vuelo apenas duró cuatro horas. Aterrizó en el aeropuerto militar de Praga a las cinco de la madrugada, hora central de la Federación. Debía estar amaneciendo en Jordania, sin embargo allí la noche aún era cerrada, parecía que no tuviese intención de acabarse nunca.

El Consejo le había preparado un transporte. Un coche con los cristales tintados le esperaba en la pista. Jacobo abrió la puerta y entró en el vehículo, en el que no había nadie más. El automóvil arrancó de inmediato, mostrando en el panel el destino de su trayecto, la Sede de la Casa de la Conciliación. Praga dormía a esas horas de la madrugada. Las imágenes que el Redentor podía ver a través de las lunas tintadas transmitían una cruel melancolía. Batiste no disfrutaba de llevar la Redención a aquellos lugares alejados donde hombres tan ignorantes como valientes daban sus vidas por su viejo Dios inexistente. No disfrutaba, al menos, la parte violenta y hostil de su cometido. Por otro lado, su alma recibía el consuelo de que con cada muerte acercaba al Conciliador a todas esas personas perdidas que no habían sido capaces de

escuchar las palabras adecuadas y tomar el nuevo camino, el único verdadero. Había otra cosa que Jacobo apreciaba de aquellas tierras de renegados; el sol, la calidez de sus rayos acariciando el rostro de todos los que se encontrasen bajo su majestuosa presencia. Volvió con su mente años atrás, cuando siendo un niño, en pleno verano, salía de las aguas del mar Mediterráneo y se tumbaba en la arena, que se le pegaba por todo el cuerpo, y esperaba que los rayos del astro rey secasen su piel. Hacía mucho tiempo que no pisaba España.

El automóvil entró en el garaje de la Sede e inmediatamente Batiste recibió un mensaje en sus Omnilentes que le sacó de sus tribulaciones.

—Bienvenido, Redentor —saludó el Padre Mormont—. Gracias por responder a nuestras súplicas con tanta presteza. Hemos querido que su gesto no quedase en balde y hemos aguardado en la Sede hasta su llegada pese a las intempestivas horas. Le esperamos en la Sala del Consejo.

Jacobo bajó del coche y tomó el ascensor. La Sala del Consejo se encontraba en la última planta del complejo. Apareció allí en un suspiro y se encaminó hacia la gran puerta detrás de la cual se encontraban los hombres y mujeres que decidían el camino de la Casa de la Conciliación, aquellos que tenían potestad sobre el resto de Hermanos y Hermanas, sobre todos menos sobre él y el resto de sus hermanos Redentores. Batiste empujó la puerta y encontró a Los Diez sentados tras su enorme mesa semicircular.

—Buenas noches, Madres y Padres del Consejo —empezó a decir el Redentor—. El Conciliador ha hecho que escuche vuestras súplicas. Estoy aquí para prestaros mi atención, sin embargo, sabéis que hasta hace una hora me encontraba en Arabia Saudí. Todavía soy necesario allí, os escucharé y decidiré donde quiere el Conciliador que esté.

—Somos conscientes de ello, Redentor —contestó Vera Macua, una de las Madres—. Algunos de nosotros ya formábamos parte del Consejo cuando este te dio el estatus de Redentor. Yo misma estuve presente en tu Juramento, y sabemos que desde ese momento tus acciones las guía el Conciliador mismo y que ni siquiera el Consejo puede ordenarte nada. No estás aquí para eso, pero creemos que lo que vamos a pedirte es lo suficientemente importante para que decidas dedicarle tu atención.

—Pues que hable el Consejo —contestó escuetamente Jacobo.

—Hace dos días aprobamos la Excepción —dijo el Padre Mikos Basinas.

—Ya se aprobó una vez, hace doce años, y resultó un error.

—Cierto —interrumpió Mormont—, pero esta vez no es como aquella. El Consejo aprende de sus errores. Estamos seguros de que nos encontramos ante un hecho excepcional, algo que solo puede venir de la mano del mismo Conciliador.

—¿De qué se trata?

—La Hermana Braco encontró a un niño —continuó Mormont—, el chico tiene diez años y creemos que posee la habilidad de sanar con la sola imposición de sus

manos, incluso de devolver la vida.

—¿Creemos? —recalcó Batiste con desdén.

—En efecto. Ahora mismo está bajo custodia de la Conciliación. La Hermana Braco cuida de él junto con otros Hermanos. Tenemos información acerca de hechos extraordinarios relacionados con él.

—¿Cómo cuales?

—La Hermana asegura que el chico revivió a su perro, que estaba muerto y enterrado desde hacía varias horas.

—¿El Consejo me pide audiencia porque un niño ha desenterrado a su mascota?  
—Se enfureció el Redentor.

—Nada más lejos, Redentor —negó Macua—. La propia Hermana fue testigo del don del joven cuando estaba hablando con sus padres mientras les pedía permiso para poder acogerle en el seno de la Conciliación.

—¿El niño curó a otro perro?

—Provocó un ictus a uno de los Hermanos que acompañaban a Braco cuando este fue a cogerle en brazos —sentenció, serio, Mormont—. El Hermano Patrik se encuentra en coma, y por el momento no da señales de mejora.

—¿Llega a ser consciente de la importancia de este hecho, Redentor? —preguntó Basinas—. Ese chico puede ser la evidencia de la Fe en la Conciliación. Tenemos que mostrarlo al mundo, pero es peligroso. Su habilidad puede sanar pero también herir, debemos aprender a manejarlo pero, mientras tanto, también debemos protegerle.

—Y protegernos —añadió Mormont—. Por eso te necesitamos cerca de él, Redentor. Su don puede convencer al mundo de nuestra verdad, pero si se nos va de las manos, es posible que tenga que otorgársele la Redención.

—Solo yo puedo decidir quién debe recibir la Redención —corrigió Jacobo.

—Y eso es justo lo que te suplicamos que hagas —argumentó la Madre Vera—. Queremos que estés cerca de él, que veas de lo que es capaz, que le protejas mientras mostramos al mundo la evidencia de nuestra fe. Habrá muchos que querrán silenciarle, intentarán hacerle daño, y nadie mejor que tú podrá evitarlo. Llegado el caso, si su don resulta ser una blasfemia, si supone un peligro para la integridad de la Casa, estarás ahí y serás tu quién decida si merece la Redención.

—Ser la niñera de la Excepción no es tarea para un Redentor. ¿Por qué no le ordenan a algún Hermano que lo haga? Sé que algunos poseen conocimientos de defensa.

—El chico está encerrado en su mundo. Es un autista, resulta difícil tratar con él —se lamentó Basinas—. Con lo que es capaz de hacer sería demasiado peligroso, no queremos que otro incidente como el del Hermano Patrik pueda tirarlo todo por la borda. Imagine que ocurriese algo así en público.

—Autista...

A Jacobo le vino a la cabeza la mofa que solo unas horas antes el general Sebastian Maine le había dedicado. Maine había bromeado sobre como Batiste

parecía un autista mientras visionaba el mensaje del Consejo. Lo cierto es que se sentía así a veces. Las Omnivalentes eran una herramienta extraordinariamente útil, pero también le alejaban del mundo. Podía tener toda la información que quisiese delante de sus ojos solo con pensar en ella. Si estaba en la Red, las Omnivalentes se encargarían de encontrarla en menos de un latido de su corazón. Sus músculos responderían ante cualquier amenaza que estas captasen sin que él diera ninguna orden consciente. Sus nervios siempre estaban preparados. Las Omnivalentes le convertían en lo más parecido a un Dios que hubiese pisado la Tierra pero eran una amante exigente, tanto que el día que las recibió juró no dedicar atención al amor, ni a la familia y renunció a poseer a una mujer por el resto de su vida. Jacobo sabía que la gente le temía por ser lo que era, y que muchas veces su mundo se reducía a lo que pasaba tras sus brillantes ojos amarillos.

—Lo haré —afirmó el Redentor.

# Objeto inamovible, fuerza irresistible

## La última batalla de la vieja Europa

*Hoy se cumplen dos años del día en el que el mundo cambió. Todos seguimos conmocionados por la destrucción masiva desencadenada por las potencias emergentes China e India, agrupadas recientemente junto con el resto de sus países satélites bajo el nombre de la Coalición. Al horror nuclear de los Estados Unidos se sumaron la violenta anexión que sufrió Pakistán por parte de la India, la victoria de Corea del Norte frente a su homónimo del sur, fusionadas bajo el nombre de la Gran Corea, y la invasión de los chinos en Japón, asimilada como colonia por el gigante asiático y con un gobierno títere controlado desde Beijing. La declaración de neutralidad de la República Rusa deja virtualmente sin aliados de peso a la Unión Europea, que se tambalea esperando el golpe de gracia de los asiáticos en forma de ataque o de exigencia de sumisión.*

*Algunos de los líderes europeos piensan que la rendición es la única salida si el continente quiere sobrevivir al nuevo imperialismo de oriente. Sin embargo, otros apoyan la iniciativa del canciller alemán, Conrad Schroeder, que propone una rápida conversión de la Unión Europea en un estado Federativo que dé una imagen de mayor fortaleza y unidad frente al enemigo que amenaza la soberanía de nuestro continente. Schroeder cree que dicha Federación conseguiría abanderar la resistencia a la Coalición si tiene éxito al sumar el apoyo de los países sudamericanos, sumidos en el caos desde el Día de la Masacre, y de las naciones musulmanas, que se encuentran a la deriva tras la escasez de petróleo y el aumento de las facciones radicales.*

*¿Es el Viejo Mundo capaz de enfrentarse a esta nueva potencia? Créame el lector si le digo que ninguno de los líderes europeos podría haber imaginado que nuestro continente, que vio nacer a las más grandes civilizaciones antiguas de las que todos bebimos, habría estado de nuevo obligado a postularse como el adalid de Occidente. Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa había asumido el cómodo papel de actor secundario en el Orden Global, importante, pero cediendo la tediosa tarea del liderazgo a los Estados Unidos, su pupilo y heredero cultural. Sin embargo, su cruel desaparición pone de manifiesto que Europa es la única candidata para volver a ocupar el trono que durante tantos siglos fue suyo. La República Rusa se niega a apoyar abiertamente a ninguno de los dos bloques, convirtiéndose en un mediador que en realidad tan solo se mueve por el interés. Su posición es la más cómoda, ya que sabe que su unión con cualquiera de las dos facciones supondría el fin del frágil equilibrio de poder que mantiene las espadas enfundadas. Recibe atenciones y ventajas de ambos y no ofrece nada a cambio. Las opciones de Europa son pocas; aceptar la tarea o rendirse y entregar a Oriente todas nuestras señas de identidad para que sean destruidas. Luchar, y quizá morir como hombres, o vivir como*

cobardes.

*No es una cuestión que atañe solo a nuestros gobernantes, es una pregunta que este humilde servidor lanza a cada uno de los ciudadanos de nuestro continente. Puede que valoren su vida lo suficiente para vivirla de rodillas, o quizá decidan vivirla así porque no la valoren como es debido.*

«La última batalla de la vieja Europa», artículo de opinión.

Firma: Filippo Perosio.

página 3, 23-10-2043, The Guardian, ed. impresa.

\* \* \*

—¿Sigues enfadado?

—Un poco.

—¿Incluso después de lo de anoche?

—Ummm, déjame pensarlo.

—¡Vamos! Han pasado tres semanas desde Montevideo... ¿Cuánto tiempo más vas a estar enfadado?

—Hagamos un trato. Tú hazme lo de anoche durante otras tres semanas y te aseguro que estarás perdonada, ¿qué te parece?

Emily soltó una carcajada y golpeó cariñosamente el hombro de Garin con la palma de su mano. La pareja desayunaba apaciblemente en la mesa de la cocina. Bebían zumo de naranja y café, acompañados de un par de tostadas con mermelada de ciruela. Garin bromeaba con Emily. Lo cierto es que no estaba enfadado, pero le resultaba divertido mantener la farsa. La vuelta desde Montevideo le había resultado extremadamente tediosa, en apenas día y medio había cruzado el mundo dos veces, pero ni por un momento se sintió dolido con Emily. Sabía que a ella le había resultado aún más difícil dejarle solo en el avión. Los dos tenían muchas ganas de pasar un tiempo juntos y alejados de todo, pero ese momento debería esperar un poco más. Habían pasado veinte días desde aquello y apenas habían tenido tiempo para verse, pues la visita de los asiáticos tenía ocupada a toda la cúpula de la Federación. Emily solo podía regalarle pequeños momentos como un desayuno juntos, pero aún así era suficiente para él. El sol entraba por el ventanal de la cocina y les acariciaba la cara mientras apaciblemente terminaban su desayuno. Una vez hubo apurado su zumo, Emily se levantó y comenzó a recoger. Garin hizo lo mismo.

—¿Tienes que irte? —preguntó él.

—Sí, tengo una reunión con el Comisario de CONTROL dentro de cuarenta y cinco minutos —farfulló Emily mientras depositaba en el limpiador automático los enseres del desayuno.

—Oh, dale recuerdos al señor Bashevis de mi parte —ironizó Garin.

CONTROL era el cuerpo de seguridad del estado encargado de la búsqueda y

captura de cualquier sujeto que se mostrase crítico con la forma de estado de la Federación y la organización del Neocapitalismo, los llamados disidentes. A Garin le resultaba divertido que curiosamente los disidentes siempre resultaban ser consumidores, y CONTROL no era especialmente agradable con ellos. La organización era conocida por detener a cualquier sospechoso por motivos ridículos, y una vez les ponían el antifaz a muchos no se les volvía a ver.

—Me gusta tan poco como a ti, pero se encarga de la seguridad de la Cumbre de mañana. No tengo más remedio, ¿lo entiendes?

—Por supuesto. Solo lávate las manos cuando acabes la reunión, no me gustaría que se te infectasen —bromeó.

Emily cerró la puerta del limpiador automático y pulsó un par de veces el botón del panel para que se iniciase, pero no hubo respuesta. Le dio un par de golpes más que no obtuvieron respuesta y finalmente lanzó un bufido al aire.

—Tranquila —sugirió Garin cariñosamente—, lo comprobaré cuando te vayas, ¿de acuerdo? De algo te tiene que servir acostarte con un técnico de domótica.

Emily sonrió un segundo y volvió a su semblante serio, se acercó a Garin y le abrazó, sintiendo su reconfortante calor alrededor del cuerpo.

—¿Estás nerviosa, verdad? —preguntó él.

—Lo estoy.

—Me gustaría poder compartir contigo esa carga —dijo él, acariciándole el cabello.

—Ya lo haces, créeme, lo haces. No puedo evitarlo, es tan... estresante. Quedan menos de veinticuatro horas y ni siquiera sé que es lo que ocurrirá mañana cuando vengan los asiáticos. Llevamos tres semanas especulando, ninguno de los confidentes sabe qué pueden querer. Solo espero que no...

—No pienses en eso, no va a ocurrir. Hasta yo, un pobre y estúpido consumidor sé que no vienen a declararnos la guerra. ¿Qué sentido tendría? Lao Kahn y Kunal Mitrajit no pondrían su cuello en peligro. Lanzarían la noticia desde la seguridad de su territorio.

—Es cierto...

—Entonces no pienses en ello. Si toda la red de la Federación no ha conseguido encontrar una pista tú no lo harás en unas horas, por mucho que te devanes los sesos. Además, hoy ya tienes bastante con el cabrón de Bashevis.

—De acuerdo, no sé como consigues siempre... gracias —dijo Emily justo antes de besarle.

—Vamos, ve a cambiarte o llegarás tarde. Yo me quedaré discutiendo con el limpiador, te aseguro que para cuando vuelvas habremos resuelto nuestras diferencias.

Emily besó a Garin una vez más y desapareció tras la puerta en dirección a su habitación. Él permaneció en la cocina, intentando solucionar el problema del limpiador automático, mientras Emily se cambiaba de ropa. Quince minutos después

se encontraba subida en un coche en dirección al Volksgeist. Estaba algo agitada, Oleg Bashevis siempre le ponía de los nervios y durante las últimas semanas había tenido que verle demasiado a menudo. El hombre representaba algo que ella detestaba, la separación de clases del Neocapitalismo, la razón por la cual se veía obligada a mantener su relación alejada de la Opinión Pública. El sistema consumidor/ciudadano era una prueba evidente de que en ocasiones seducir era más efectivo que prohibir. No había en la Constitución Federal una palabra acerca de que los consumidores y ciudadanos debiesen mantenerse separados, nada que les impidiese conocerse, hacer amistad, intimar, enamorarse... y sin embargo así era. Quizá no al principio, pero con el pasar de los años los ciudadanos comenzaron a enorgullecerse de su posición, desprestigiando a los consumidores. La separación real fue cuestión de tiempo. Un día, casi sin saber cómo, apareció ese eslogan que ahora todos los ciudadanos utilizan y los consumidores odian; «somos uno de cada nueve», haciendo referencia a que aproximadamente solo el once por ciento de la población ostenta el estatus de ciudadano. Emily pensaba en ello mientras contemplaba el bullicio de Munich a través de la ventanilla, preguntándose en qué momento el primer padre de familia habría pronunciado ese reproche a su hija; «no me gusta que salgas con ese chico, es un consumidor». A partir de ahí la igualdad social prendió como la pólvora y estalló en pedazos. Mientras el automóvil recorría la carretera Landsberger, Oleg Bashevis volvió a su cabeza y sintió un escalofrío. El hombre había insistido a Emily en que celebrasen su encuentro en el cuartel general de CONTROL, cuidadosamente situado en las afueras de la ciudad, al sur, donde hay menos ojos curiosos que puedan contemplar los furgones cargados de consumidores acusados de disidencia con el antifaz puesto. Ella se había negado alegando que estaba muy ocupada y le había ofrecido verse en su despacho del Volksgeist. Lo cierto es que sí lo estaba, pero esa no era la razón por la que había rehusado.

Unos minutos después, el coche de Emily Bryar giró hacia Schrammerstraße y se coló por el garaje del Volksgeist. Ella se apeó del vehículo y subió hasta el piso en el que se encontraba su despacho. Bashevis se hallaba junto a la puerta, esperándole, con sus fríos ojos azules como el acero templado clavados en ella. Emily no pudo evitar que una fugaz mueca de desagrado le asomase en el rostro y deseó con todas sus fuerzas que los escasos diez metros que les separaban fuesen suficientes para que el hombre no se hubiese percatado, aunque no tenía la más mínima esperanza. Oleg Bashevis era conocido por su perspicacia y su capacidad de observación. Era un hombre menudo, de alrededor de metro setenta, delgado y huesudo, con el rostro afilado y el pelo corto al estilo militar, frondoso y oscuro salvo por un mechón plateado que comenzaba en el lado derecho de su amplia frente. Siempre vestía un traje negro con una camisa blanca dividida por una fina corbata marrón.

—Creí que la reunión era a las nueve —espetó con seriedad Bashevis.

—Lo era, Comisario Bashevis, lo siento mucho. Ya le dije que estaba muy ocupada. Me ha sido imposible llegar antes. —Emily comprobó su reloj mientras



colocaba el pulgar sobre el identificador de la puerta, abriéndola. Eran las nueve y siete minutos—. Adelante, por favor. —Hizo un gesto a Bashevis con toda la cortesía que le fue posible.

El Comisario pasó a su lado y escudriñó con la mirada el despacho, con un gesto de desaprobación en su puntiagudo rostro. Emily le siguió y se colocó tras su escritorio.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el hombre.

—Claro.

—Tiene usted un despacho interesante —afirmó con desgana.

—No creo que estemos aquí para hablar de las curiosidades de mi oficina —contestó Emily, ansiosa por acabar con aquello.

—Cierto.

—Y bien, ¿de qué tiene que informarme?

—Los preparativos de la seguridad están yendo según lo planeado, a pesar de las limitaciones a las que me veo sometido —refunfuñó Oleg.

—No quiero empezar de nuevo con eso, Comisario, es un tema tratado y cerrado.

—Ni yo pretendo toparme de nuevo con su testarudez, solo hacía patente mi opinión.

—No olvide que está hablando con la Secretaria de Estado de la Federación, Comisario Bashevis, soy su superiora directa —sentenció Emily, tajante.

—No lo he olvidado. CONTROL está listo, y haremos lo inhumano porque la Cumbre se celebre sin incidentes. Tengo a cincuenta hombres vigilando día y noche el escenario y los alrededores de Marienhof, además de dos centenares de drones y cámaras de seguridad, pero sigo pensando que no deberíamos dejar entrar al público. Serán más de veinte mil personas, ¿por qué simplemente no lo retransmitimos por los Media?

—Lo retransmitiremos por los Media, se lo aseguro.

—¿Y por qué no dejamos que la gente lo vea tranquilamente en sus paneles, en sus casas?

—Ya se lo he dicho, Comisario. No sé si lo entiende, pero este acontecimiento es lo más importante que ha pasado en el mundo desde el Día de la Masacre. Los jefes de estado de la Coalición van a pisar suelo federativo, en son de paz, para dar inicio al fin de las hostilidades entre las dos superpotencias mundiales. —A Emily le hubiese gustado creer en lo que acababa de decir—. Debemos hacer partícipe de este hecho histórico a la gente, no podemos precintar Marienhof y emitirlo simplemente por los Media.

—No le quepa duda de que será un hecho histórico si algún disidente hace volar por los aires el escenario. El Gran Ministro de la Federación, los dos asiáticos y el presidente de la República Rusa a menos de quince metros los unos de los otros, ¿a quién se le ocurre? Si sucede algo el resto del mundo nos acusará de asesinar a sus líderes, sería nuestro final.

—¡Basta ya! —exclamó Emily—. ¿Algo que añadir? Que sea de provecho, se lo ruego.

—Al menos déjeme colocar una cortina antibalas en el escenario —reclamó Bashevis, casi como una exigencia.

—Ni lo sueñe, no pienso mostrar a los dirigentes del mundo dentro de una pecera de cristal, sería una imagen bochornosa y le aseguro que los asiáticos lo tomarían como un símbolo de debilidad.

—¿No había dicho que venían a entregarnos flores y ofrecernos promesas de amor eterno? —preguntó el Comisario con sarcasmo.

—Es... un comienzo.

Emily sintió que se sonrojaba por su descuido. Pensó en lo estúpida que había sido hablando así. Ahora estaba segura de que la insistencia de Bashevis no era más que una estrategia para incomodarlo, para que hablase más de la cuenta. Estaba convencida de que la semilla de la sospecha que había plantado en la mente de aquel hombre implacable germinaría pronto, no pararía hasta averiguar la verdadera razón de la visita de los asiáticos.

—¿Qué hay del traslado desde el aeropuerto? —preguntó ella, intentando redirigir la conversación.

—Está controlado. Viajaremos en seis coches completamente blindados. Habrá un retén cada doscientos metros en la autopista, y cada cien desde que nos adentremos en la ciudad. Son treinta y nueve coma un kilómetros hasta Marienhof —dijo el Comisario, señalando la ventana desde la que se veía el parque que al día siguiente sería testigo del acontecimiento—. Una vez aquí, todos los efectivos de CONTROL y la FedPol estarán en alerta máxima. Francotiradores en las azoteas, controles en las alcantarillas, agentes de paisano... más de dos millares en total.

—Bien —afirmó Emily, más tranquila—. ¿Algo de qué preocuparse?

—Siempre hay algo de qué preocuparse —apuntilló el Comisario.

—¿Algo tangible de lo qué preocuparse? —matizó Emily, molesta por la soberbia de Bashevis.

Este deslizó su mano bajo un lateral de su chaqueta y sacó un pequeño trozo de papel, del tamaño de una octavilla.

—¿Le parece esto lo bastante tangible? —preguntó mientras le cedía el impreso.

—¿Qué se supone que es?

—La comprensión lectora debe ser una habilidad valorada en la elección de un Secretario de Estado.

Emily contestó al dardo envenenado de Bashevis con una mirada de desdén. Desplegó el papel y comenzó a leer.

«Consumidores, hombres y mujeres esclavizados por el sistema Neocapitalista,  
¡DESPERTAD!

Abrid los ojos, la Federación no es más que una dictadura enmascarada tras un

disfraz de democracia.

¡DESPERTAD!

La Federación os niega vuestro derecho a la igualdad, os esclaviza con las cuotas de gasto y os engaña con lo material para mantener vuestras mentes alienadas mientras os utiliza para sostener un sistema moribundo y sin futuro.

¡DESPERTAD!

La Federación inunda vuestros corazones de miedo con la idea de una Guerra Mundial para conservaros dóciles y maleables.

¡DESPERTAD!

Otra sociedad es posible. Despertad, uníos a nosotros y la construiremos juntos. De las cenizas de la Federación surgirán los brotes de los que se alimentarán nuestros hijos».

Walden

—Han regado Promenadeplatz con esa basura —dijo el Comisario.

—¿Cuándo?

—En algún momento de esta madrugada. Hemos recibido el aviso a primera hora de esta mañana, pero es imposible saber cuánta gente puede haberlo visto.

—¿La habéis limpiado? —dijo Emily, todavía con la octavilla entre los dedos.

—Desde luego, solo queda esa copia, las demás han sido quemadas.

—¿Cuántas van ya?

—Cuatro en el último mes.

—¿Cree que puede suponer una amenaza real?

—Cualquier cuestionamiento del sistema es una amenaza real —afirmó Bashevis con convicción.

—No empezemos de nuevo... ya sabe a lo que me refiero. ¿Quién es ese Walden?, ¿puede que intente algo mañana?

—No tengo informes que me hagan pensar eso. Respecto a la identidad del disidente he de decir que no hemos podido recabar casi ninguna información sobre él. He interrogado a varios disidentes durante este mes, incluso al que cazamos repartiendo octavillas la segunda vez. Ninguno ha hablado, y le aseguro que no es por falta de ganas —dijo con una malévolamente mueca que parecía una sonrisa—. No saben nada. Sea quién sea es cauteloso, pero le cazaré, tarde o temprano todos cometen un error. Aunque podríamos cortar esto de raíz.

—¿En qué está pensando?

—Podríamos prohibir el papel —propuso—. Si deja de producirse sería mucho más complicado para cualquiera conseguirlo, e incluso podríamos rastrearlo cuando apareciese.

—Eso es una locura —sentenció Emily.

—¿Por qué habría de serlo? No es más que un vestigio del pasado, y como se puede comprobar no nos trae más que problemas.

—¿Y después qué? ¿Prohibimos también los grandes clásicos? ¿Llamamos a los bomberos para que los quemem todos en una gran hoguera? Ese libro ya lo he leído, y no acaba bien.

—Es usted quién me ha preguntado —dijo el Comisario con gesto hosco.

—Está bien, está bien. —Emily deseaba cerrar aquella conversación—. ¿Alguna cosa más?

—Le informaré si hay novedades, Secretaria de Estado.

—De acuerdo. Ahora, si no le importa, he de atender otros asuntos.

—Cómo no —dijo el hombre, incrédulo.

Bashevis se levantó y extendió su brazo hacia Emily, pero no tenía intención de estrecharle la mano, requería el papel que le había dado hacía unos minutos.

—Si no le importa me quedará con el impreso, quiero enseñárselo al Gran Ministro —mintió Emily.

—Por supuesto —concedió Bashevis mientras sus pupilas se dilataban, sospechando instintivamente.

Sin decir nada más, el hombrecillo salió de la oficina y se perdió tras la pared. Emily volvió a echar un vistazo a la octavilla, la releyó y pensó que desgraciadamente algunas de las cosas que el tal Walden exponía no estaban muy lejos de la verdad. La volvió a plegar y la guardó cuidadosamente en uno de los bolsillos de su abrigo.

Eran poco más de las nueve y media y el sol entraba por la ventana de su despacho agradablemente. Emily se preparó un té y lo bebió apoyada en el alféizar, disfrutando de un momento de tranquilidad antes de volver a la locura que estaba suponiendo ultimar los detalles sobre la falsa Cumbre de la Paz. Observó el parque de Marienhof y le resultó difícil imaginar que mañana se encontraría abarrotado de ciudadanos y consumidores curiosos, exultantes ante la idea de que al fin habría un acercamiento entre las dos superpotencias, algo que alejaría un poco la espada colgada sobre el cuello de la humanidad, amenazando con destruirla al menor recelo entre ellas. Se encontraba perdida entre sus pensamientos cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Anker.

—Por supuesto —Emily le dedicó una sonrisa sincera y apoyó su taza de té en la repisa de la ventana.

—¿Cómo va todo? —dijo Andersen de forma genérica.

—¿Es eso una pregunta o una petición para que empiece una conversación? —Jugueteó Emily.

—Ambas. —Anker se acomodó en el sofá que presidía la pared derecha del despacho. Parecía abatido.

—No voy mucho mejor que tú, imagino. Lo cierto es que apenas he tenido tiempo de pensarlo.

—Lo dudo, Emily. —Anker apartó de su cara un mechón de pelo que le caía

pesadamente sobre los ojos—. Estoy jodido. A decir verdad, empiezo a dudar de que pueda llegar a ser un buen Gran Ministro.

—No digas eso —contestó, severa.

—Es la verdad. Estas tres semanas han sido agotadoras y la realidad me ha dado un puñetazo en toda la cara. Estoy deshecho.

—Estás cansado, nada más —dijo con un tono más amable.

—En campaña estaba cansado, esto es otra cosa. Mentir a la gente, eso no va conmigo. Y tampoco creo que se me dé bien enfrentarme a los putos asiáticos. No sé que demonios pueden querer, pero espero que la cosa no se nos vaya de las manos. —Anker se recostó en el sofá, con los pies por encima del reposabrazos, y colocó ambas manos bajo su cuello—. Estamos jugando con las ilusiones del mundo entero. ¿Un proceso de paz? Ni siquiera sé como han podido crearlo. ¿Qué pasará cuándo vean que no hacemos progresos? No seamos ilusos, aunque les recibamos con guirnaldas de flores no vienen a enterrar el hacha de guerra.

—No adelantes acontecimientos, Anker. La Coalición estuvo de acuerdo con la coartada, así que deben asumir que tendremos que hacer algunos gestos de buena voluntad de cara a la Opinión Pública. La gente está cansada de tanta incertidumbre, anhelan la paz, tanto en la Federación como en Asia, de eso estoy segura. Si ven que sus gobiernos hacen avances quizá reclamen más, y esta pantomima podría incluso convertirse en algo real. —Emily tenía la voz llena de esperanza.

—No seas ilusa, ese fue el error de Norteamérica y mira cómo acabó. Quieren algo, y vienen a conseguirlo. Cuando lo tengan todo volverá a estar como antes, si no peor.

—Pues no se lo daremos.

—Entonces lo cogerán por la fuerza.

—Impediremos que eso pase. —Emily hablaba con determinación. Se acercó a Anker y se sentó en el reposabrazos junto a su cabeza.

—Eso es lo que me da miedo, no sé si seré capaz. El viejo Schroeder era un maldito hijo de perra, pero habría podido con esto. —Anker retiró su mano derecha del cuello y agarró la de Emily.

—Era un hombre duro, pero tú eres mejor que él —respondió Bryar—. Ni Schroeder ni Tavalas fueron elegidos por el pueblo, pero tú sí. La gente te ama, confían en ti y eso te hace más poderoso de lo que Schroeder fue nunca.

—Agradezco los ánimos —dijo Anker, acariciando su mano—, pero sé que no lo piensas. No fui elegido por el pueblo, fui elegido por los ciudadanos, y eso es una de cada nueve personas. Tú eres una gran defensora del retorno a la igualdad... Tengo que pedirte disculpas, Emily. Durante todos estos meses siempre que has nombrado el tema he pensado muy en el fondo que te veías condicionada por tu situación, pero me he dado cuenta de que simplemente habías abierto los ojos antes que los demás.

La confesión cogió a Emily completamente desprevenida. Hacía tiempo que casi había perdido la esperanza de escuchar a Anker pronunciar esas palabras. Siempre

sintió su apoyo y comprensión como amigo, pero como Gran Ministro se había mostrado inflexible en lo referente al tema. Le embargó una cálida felicidad que comenzó en el estómago y se extendió al resto del cuerpo, pero intentó no manifestarla tan profusamente.

—¿Qué has querido decir con eso, Anker?

—Quiero que me ayudes. —Él se incorporó y se sentó de frente a ella—. Cuando todo esto pase, cuando sepamos qué es lo que ocurre con la Coalición, si seguimos en pie quiero que le devolvamos la igualdad al pueblo.

—Por el Conciliador...

—No sé como hacerlo, por eso necesito tu ayuda, Emily. Sé que me la darás. No quiero gobernar una nación con personas de primera y de segunda clase. Estoy convencido de que la igualdad nos hará más fuertes en el mundo. Vamos a encontrarnos muchos problemas, incluso con nuestra gente, no será fácil. Me ayudarás, ¿verdad?

Ella no dijo palabra alguna, simplemente se abalanzó sobre Andersen y le abrazó con todas sus fuerzas. Un sí nunca fue más rotundo. Anker aceptó el abrazo con la vergüenza del que recibe un agradecimiento que cree no merecer. Estaba exhausto y las muestras de afecto de Emily no le hicieron sentir mejor. Se despidió de ella con un par de palabras y abandonó el despacho. Emily pasó el resto del día trabajando en los preparativos de la Cumbre. A lo largo de la mañana tuvo varias reuniones más, la Ministra de Exteriores Mina Nilsson, el Vice Gran Ministro Dominic Lafayette, el Ministro de Comercio Andrew Kauffman y el Ministro de Defensa Giles Lebouf, cada uno más preocupado y nervioso que el anterior. Tan solo Nilsson, con su carácter taimado y frío, parecía mantener la sobriedad. La seguridad, las verdaderas intenciones de la Coalición, el presidente ruso Krasimir Sokolov e incluso el enigmático disidente Walden eran las principales preocupaciones de todos ellos. Emily se sentía como una maestra que calma a un puñado de niños revoltosos, pero no le quedaba otra opción. Existiesen las dudas o no, faltaban menos de veinticuatro horas para que todo comenzase y no había manera de pararlo.

Volvió a casa cuando el sol ya se había puesto tras el horizonte, con el cuerpo cansado y la mente exhausta. Pese a todo ardía en deseos de contarle a Garin lo que Andersen le había propuesto. Al abrir la puerta descubrió que la casa estaba iluminada con una luz tenue y el aroma a comida recién cocinada impregnaba el ambiente. Avanzó unos pasos más y encontró a Garin sentado en el comedor, tras una mesa minuciosamente preparada con una botella de vino blanco y un par de velas de llamas ondeantes.

—Ya pensaba que me ibas a plantar —dijo Garin, sonriendo.

—¿Qué es todo esto? —cuestionó ella, con un tono más brusco del que pretendía mostrar.

—Mañana es un día muy importante. —Él se levantó de su asiento y se acercó a ella—, he pensado que deberíamos celebrarlo.

—No sé si hay mucho que celebrar —respondió Emily con escepticismo mientras Garin le abrazaba.

—Bueno, entonces celebremos que he arreglado el limpiador automático —bromeó.

—Eso sí es algo digno de celebrar —dijo ella, con una sonrisa sincera que se transformó en beso—. Eres maravilloso.

—Espero que pienses lo mismo después de probar la cena.

Garin pidió a Emily que se sentase mientras sacaba los platos de la cocina. No era un gran chef, pero el fino pescado azul horneado y las verduras convencieron a la joven. Disfrutaron juntos de la cena y el vino y compartieron una porción de tarta de queso que Garin había comprado aquella misma tarde. Él intentó que Emily no hablase de trabajo, pese a que ella inició esa conversación un par de veces. Mientras apuraban la botella de vino tras la cena, ya en el sofá, ella volvió a sacar el tema e insistió en que era importante cuando Garin intentó frenarle.

—Es algo que te incumbe, cariño. A los dos, a todos.

—¿Cómo me va a afectar a mí un tema de estado? —preguntó divertido.

—Anker ha venido hoy a mi despacho. Me ha confesado que quiere acabar con la división, amor mío. Nada de consumidores, todos ciudadanos, y me ha pedido ayuda.

Ella esperaba que Garin reaccionase de forma efusiva, tal y como ella misma lo había hecho al oír aquellas palabras de la boca del Gran Ministro. Sin embargo Garin mostró un gesto serio y permaneció callado unos segundos.

—¿No dices nada? —preguntó ella, con impaciencia.

—¿Quién más lo sabe? —se limitó a contestar.

—Creo que nadie. Ha sido una declaración espontánea, ni siquiera sé si había planeado contármelo hoy.

—Bien, si no lo sabe nadie más no quiero que te metas en eso —dijo Garin, con una frialdad que Emily no había visto nunca en él.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Esto es lo que hemos deseado siempre! La gente será igual, podremos estar juntos sin escondernos.

—La gente ya es igual, y nosotros ya estamos juntos. Emy, las personas no son diferentes porque a alguien se le ocurra categorizarlas, sin embargo intentar destruir ese castillo de naipes me parece peligroso.

—No lo entiendo... —gimió Emily con desgana, con el cansancio y la extenuación de nuevo en sus huesos—, creía que te alegrarías, creía que era lo que querías.

—Y lo quiero, pero tú me importas más que hacerme llamar de una manera u otra, de tener unas posibilidades u otras. Cuando has tomado una decisión las posibilidades ya no son necesarias, y yo hace meses que la tomé, quiero estar contigo, te amo, lo demás no me importa.

—Entonces...

—Por lo que me has dicho no es algo consensuado con el PFE ni con el resto de

líderes o con los Rectores Nacionales. ¿Qué crees que pensarán ellos? ¿Estarán dispuestos a sacrificar el único sistema económico que ha funcionado en los últimos cincuenta años por mero idealismo? Si hubiesen tenido que hacerlo ya lo habrían hecho. Me temo que si Anker y tú vais por ese camino no tendréis muchos hombros en los que apoyaros dentro de vuestras filas, ya ni que decir entre las de la oposición. Puede ser el fin de vuestras carreras, incluso más, podría llegar a ser peligroso y no quiero que nada te pase.

—Garin... —dijo Emily con un nudo en la garganta—. He tomado una decisión, voy a apoyar a Anker en esto. Llevo pidiéndoselo mucho tiempo, se lo debo.

—Eres su mano derecha, dedicas muchos más esfuerzos de los que nadie podría pedirte, no le debes nada.

—Si no lo iniciamos nosotros lo harán otros, y es posible que no podamos controlarlo —afirmó mientras se levantaba y desaparecía tras la pared del hall, volviendo unos segundos después con un pedazo de papel entre los dedos—, eso sí sería peligroso. —Emily le ofreció la nota a Garin, que la desplegó y miró con atención mientras ella volvía a sentarse frente a él—. ¿Qué sabes de esto? ¿Has oído algo? —le preguntó.

—Walden... no demasiado.

—Entonces no tardarás mucho en contármelo —replicó ella, con un tono inquisitivo.

—Un par de compañeros comentaron algo en el taller hace unos días. Hansel y Bob estaban haciendo una pausa para comer y les escuché hablar sobre el tal Walden, así que les pregunté. Hansel estaba pletórico, dijo que los consumidores necesitamos alguien que diga las cosas como son, que no se acobarde ante la presión del gobierno. Bob refunfuñaba, cree que ese tipo conseguirá meternos en problemas, hará que CONTROL aumente sus represalias a los disidentes y que los consumidores acabaremos siendo los que pagaremos los platos rotos. «Otras dos docenas de furgones bien cargados hasta CENTRAL para demostrar que la Federación tiene las riendas, ya lo verás», esas fueron sus palabras.

—¿No sabes nada más?, ¿no tienes idea de quién puede ser?, de si está sumando apoyos entre los... —Emily se mordió la lengua, pero era tarde.

—Entre los nuestros, puedes decirlo, no voy a ofenderme —Garin se levantó de la mesa—. Tengo claro lo que soy, y no pretendo ser más. ¿Lo ves, Emy? La distinción está aquí mismo, ha arraigado en todas partes, no os va a resultar tan sencillo acabar con ella.

—Garin, yo...

—Creo que será mejor que hoy pase la noche en mi apartamento —espetó, con un tono que no permitía discusión—. Te deseo mucha suerte para mañana, lo harás bien.

Sin más, el hombre abandonó la habitación y unos segundos después el sonido de la puerta anunció que se había marchado. Emily se quedó un largo rato sentada en el mismo lugar, muy quieta, mientras sentía un intenso dolor en su pecho. La situación



le había sobrepasado por completo. Cuando reunió fuerzas, recogió la mesa y depositó los utensilios manchados en el limpiador automático. Era un aparato bastante silencioso, sin embargo el murmullo de la soledad le permitió oír el leve tintineo que producía mientras eliminaba la suciedad de la vajilla. Funcionaba perfectamente, tal y como había dicho Garin. El día había sido largo y pesado y su final estaba resultando sombrío y melancólico. Emily decidió darse una ducha. Pensó que el agua caliente relajaría su cuerpo y así fue, pero no se sintió mejor. Sus músculos cansados y sus articulaciones doloridas no eran nada comparados con el pesar de ver a Garin decepcionado con ella, con la desilusión de saber que no quería verle envuelta en algo que para los dos sería tan importante. El agua no consiguió arrastrar esas sensaciones. Cuando volvió a su dormitorio se colocó un fino camisón turquesa de tirantes adornados con brillos y se dejó caer en la cama, perdiéndose en sus pensamientos. Cuando se percató había pasado algo más de una hora y el sueño aún no acudía a ella. Se movió entonces al otro lado de la cama, en la que solía dormir Garin, y se acurrucó en ella. Pasó sus manos por debajo de la almohada, apretándola contra su rostro. El aroma de su amante permanecía en ella, acercándole de igual manera su recuerdo y sus reproches, pero no le importó. Al mover la cabeza por la almohada sintió como si él estuviera allí mismo, acariciándole el cuello. Se mantuvo así unos minutos, buscando en el olor una ansiada paz que le impregnó por dentro, hasta que se quedó dormida.

El sonido del panel de la pared le despertó unas horas más tarde de un descanso sin sueños. El terminal marcaba las siete y cinco. Emily había vuelto a su lado de la cama durante la noche y estiró el brazo en busca del calor de Garin, pero solo encontró los pliegues vacíos de la sábana arrugada. Se levantó somnolienta y melancólica, se sentía sin fuerzas para afrontar el trascendental día que le esperaba. Tomó otra ducha caliente que le relajó los músculos, agarrotados después de toda una noche de sueño intranquilo y débil. De vuelta a su habitación se vistió con un traje de falda y chaqueta negro, combinado con una camisa color crema y unos zapatos de medio tacón a juego. Después se maquilló desganada y se dirigió a la cocina, donde se preparó un sencillo té. Lo bebió de pie, apresurada, comprobando que tras la ventana ya le esperaba el coche que debía llevarle hasta el aeropuerto.

El día aún no había nacido por completo y, aunque no había nubes en el cielo, el fresco nocturno no había abandonado el ambiente. Emily cogió su gabardina beige del perchero y salió de la casa en dirección al vehículo. Eran las siete y media. Aunque el viaje duró casi cuarenta minutos apenas se percató del paso del tiempo, estaba demasiado inmersa en sus pensamientos para hacerlo. El nerviosismo de la Cumbre se mezclaba en su garganta con el sabor amargo y pastoso de la discusión con Garin en la noche anterior. Tenía un nudo en el estómago tan fuerte que le dolía, y notaba los ojos cansados e hinchados.

Había mas de dos docenas de coches aparcados junto a los hangares del aeropuerto. El coche de Emily llegó hasta ellos y se detuvo con suavidad añadiéndose

a la fila. Incluso antes de salir de la cabina, Emily vio que Anker y el resto de ministros ya se encontraban allí. Abrió la puerta, salió y se reunió con ellos.

—Emily —saludó sencillamente Anker—, ¿todo va bien?

—Por supuesto —contestó ella, mostrando toda la seguridad que pudo fingir.

Además de Anker, se encontraban allí más de media docena de secretarios y ayudantes, Mina Nilsson, Giles Lebouf, Dominic Lafayette, Andrew Kauffman, el Comisario Bashevis y veinte hombres más de CONTROL.

—Yo diría que tienes mala cara —le espetó el Vice Gran Ministro Lafayette. El comentario anduvo a medio camino entre el sincero interés por su estado y el simple desprecio, como era habitual en él.

—Estoy bien, de verdad —insistió ella.

Dominic Lafayette era un hombre grueso pero apuesto, de pelo frondoso y cano y de estatura media. Pese a que hablaba correctamente inglés, tenía un marcado acento francófono debido a su procedencia belga. Tenía las facciones del rostro redondeadas, las cuales le hacían aparentar algunos años más de sus cincuenta veranos apenas cumplidos. Emily no se llevaba bien con él, le desagradaba la ambigüedad que siempre mostraba en sus palabras. Un gesto amable y un desprecio, una atención mezclada con frialdad, una flor y un puñal, así era Dominic Lafayette.

—Si todo va según lo planeado estarán aquí en menos de diez minutos —dijo Anker comprobando su reloj.

—Estaría bien hacer un repaso de la situación —afirmó Nilsson al tiempo que extendía el brazo a uno de sus ayudantes requiriéndole el SmartPad que sostenía—. Veamos, después de la recepción partiremos en los coches en dirección a Marienhof. En el primero de ellos viajarán seis de los hombres del Comisario Bashevis que chequearán la seguridad en cada uno de los retenes del camino, tanto en la autopista como una vez entremos en la ciudad. En el segundo vehículo iremos el Gran Ministro Andersen, el presidente Kahn, su traductor y yo misma. Nos seguirán el presidente hindú Kunal Mitrajit con su asistente, el Vice Gran Ministro Lafayette y el Comisario Oleg Bashevis. En el cuarto viajarán Emily Bryar y el Ministro de Defensa Lebouf con el presidente de la República Rusa, Krasimiv Sokolov. Ustedes viajarán en el quinto y sexto —dijo refiriéndose a la comitiva de ayudantes—. Por supuesto, un miembro de CONTROL será ubicado en cada una de las cabinas por su seguridad. Si fuera necesario activar la conducción manual debido a cualquier imprevisto, será este quien tome el mando del vehículo. Por favor, sigan sus instrucciones al pie de la letra si esto llegase a suceder. No podemos permitirnos un altercado durante esta Cumbre.

Anker agradeció a Nilsson la recapitulación con un par de palabras amables. El plan estaba trazado desde hacía días y ahora más que nunca Emily agradecía no tener que compartir cabina con Lao Kahn durante el viaje. Aunque no lo conocía, el presidente ruso le resultaba un «invitado» mucho menos molesto, sin embargo maldijo su suerte por tener que sentarse al lado de Giles Lebouf. Sus modales hoscos y su extremismo, agudizado con el porte marcial y su mirada sentenciosa hacían que

ella lo evitase siempre que le resultaba posible. Hacía meses, cuando durante una charla informal se había atrevido a preguntar a Anker el porqué de nombrar a un hombre así como Ministro de Defensa, este simplemente le respondió; «los hombres buenos saben dirigir con justicia, pero la justicia es para tiempos de paz». Emily seguía pensando que la decisión fue un error, pero nunca llegó a decírselo a Andersen.

Un rugido robótico comenzó a caer desde el cielo, haciéndose levemente audible en el ambiente. La comitiva alzó sus ojos y vieron como tres aviones bailaban descendiendo desde las nubes, formando casi un círculo entre ellos. Lao Kahn, Kunal Mitrajit y Krasimir Sokolov, dos enemigos y un convidado de piedra demasiado neutral para ser amigo, demasiado valioso para enfrentarse a él. Para evitar una pérdida mayor en caso de atentado, los dos líderes de la Coalición viajaban en aviones diferentes. Sokolov, por su parte, había partido desde Moscú unas horas después que ellos para hacer coincidir su llegada con la de los asiáticos. El primero de los aviones encaró la pista de aterrizaje a unos cientos de metros sobre ella y bajó con suavidad, lamiendo el asfalto con sus ruedas al posarse sobre la tierra. Los otros dos le siguieron con la misma facilidad, como si este hubiese marcado el camino a seguir. Cuando los tres finalizaron el aterrizaje, viraron y se acercaron lentamente hacia el hangar donde les esperaba la recepción. Anker, Emily y el resto ya había tomado sus posiciones de protocolo para recibir a los líderes de estado cuando descendiesen por las escaleras de sus respectivos aviones.

El primero en hacerlo fue Lao Kahn, seguido de su traductor y dos escoltas. Bajó con presteza los escalones, sin sostenerse en las barandillas y con su grueso estómago rebotando a cada paso. Anker esperaba al final de la escalera y aguantó a tenerle enfrente para tenderle la mano. Kahn no movió ni un músculo durante cuatro o cinco segundos. Toda la comitiva les miraba. El primer ministro chino era por lo menos veinte centímetros más bajo que Andersen, pero sus miradas se entrecruzaban como si se encontrasen de frente. El avión del que había bajado ya se retiraba de la pista para dar paso al siguiente cuando por fin, con el gesto aún imperturbable, Lao Kahn aceptó el apretón de manos de su homónimo y enemigo. Emily, que se encontraba cuatro posiciones después de Anker, respiró aliviada. El mandatario chino continuó saludando al resto de los presentes sin que asomara una ligera sonrisa de sus labios, seguido fielmente por sus escoltas y su traductor, que aún no había tenido trabajo, pues Kahn no había mediado palabra. El avión de Kunal Mitrajit ya había tomado posición para entonces, y el presidente hindú descendía hacia la pista acompañado tan solo de una asistenta personal. En esta ocasión el Gran Ministro Andersen no tuvo tiempo de tender su mano. Casi sin darse cuenta, Mitrajit se la estaba estrechando con ambas manos y un gesto amable en el rostro. Era la antítesis de su socio en la Coalición. Kunal Mitrajit era un hombre esbelto y bien plantado, con el pelo negro, liso y espeso, la piel canela y grandes ojos color azabache.

—Gracias por recibirnos, señor Andersen. Me consta que no debe ser fácil para

usted —agradeció en un correcto inglés.

—Estoy ansioso por escuchar lo que tengan que decir —acertó a contestar Anker.

Mitrajit asintió con un pequeño cabeceo y continuó estrechando la mano con energía a Nilsson, Lafayette y el resto de los asistentes, intercambiando unas pocas palabras cordiales con cada uno de ellos. Kahn se encontraba al final de la comitiva, dando instrucciones en mandarín a su traductor. El tercer avión abrió su escotilla y dos hombres vestidos con el uniforme militar ruso salieron de ella. Se colocaron a ambos lados de las escaleras y confirmaron con un gesto de sus brazos que el sitio era seguro a otros dos compañeros que aguardaban tras la puerta de la aeronave. Solo entonces asomó por la escotilla la figura de Krasimir Sokolov, el presidente de la República Rusa. Descendió con parsimonia, mostrando su talante orgulloso. Su aspecto era el de un hombre frío, con los característicos y duros rasgos eslavos en su cara, pelo castaño muy corto, ojos azules, casi grises, labios finos y extremidades largas y fibrosas. De los tres mandatarios era el único que había pisado suelo Federativo con anterioridad, el único que conocía al Gran Ministro.

—Anker, me alegro de verte. Ardo en deseos de saber qué demonios está pasando —afirmó Sokolov, conciliador y distante al mismo tiempo.

—Bienvenido, Krasimir. Ojalá pudiese contarte algo más. ¿La Coalición no te ha informado?

—No han soltado una palabra, y no ha sido porque no haya preguntado —respondió.

Sokolov no fue tan efusivo con Nilsson, Lafayette o Lebouf. Sin embargo, cuando llegó hasta donde se encontraba Emily se detuvo y le miró de arriba a abajo, como si quisiera analizarle o desvestirle.

—Tengo entendido que compartiremos un pequeño viaje, señorita Bryar —dijo con media sonrisa en el rostro.

—Así es, Presidente Sokolov, encantada de conocerle.

—El placer es mío, sin duda.

Todos los presentes comenzaron a subir a los coches, que estaban a tan solo unos metros de distancia. Emily cruzó una mirada con Anker antes de que este entrase en la cabina de su vehículo, preocupada por la actitud que había mostrado Lao Kahn. Antes de que le diese tiempo de abrir la puerta, el presidente Sokolov se le adelantó y le cedió la entrada con un gesto galante y zalamero. Emily aceptó la invitación y sintió como la mirada de Krasimir se clavaba en su cuerpo sin el menor escrúpulo mientras tomaba asiento. Acto seguido él mismo accedió al interior, dejando a Giles Lebouf plantado frente al coche, enrojecido de furia al comprobar que para el ruso era casi invisible. Después de él, subieron uno de los soldados de Krasimir Sokolov y el agente de CONTROL.

—Mercedes... siempre me han gustado los coches europeos —dijo Sokolov. Acarició con sus manos la tapicería de cuero demasiado cerca de la pierna de Emily —. Tengo algunos en mi garaje privado, incluso clásicos, de los que funcionaban con

gasolina. Lástima lo del petróleo. Recuerdo el coche de mi padre, le encantaba conducirlo pese a que solo era un utilitario. Ahora la electricidad mueve el mundo, es más fácil pero tiene menos encanto, ¿no lo cree así, señorita Bryar?

—Lo siento, no lo recuerdo. Tengo veintinueve años, era muy pequeña cuando nos quedamos sin petróleo.

—¡Oh, mi dulce niña! —exclamó Sokolov. Su entonación fue demasiado perversa para ser paternalista—. Le puedo asegurar que a un hombre le gusta tener entre las manos a una bestia desbocada, algo que pueda escaparse de su control. Esa clase de pasión siempre nos resulta atractiva.

—Ya veo...

Después de comprobar que el ruso no tenía la menor intención de cambiar de actitud, Emily deseó encontrarse en cualquiera de los otros transportes, incluso en el que viajaban Anker y Kahn. Lebouf parecía ahora solo una pequeña molestia comparada con los envites babosos que se veía obligada a aceptar con una sonrisa. Los coches comenzaron a moverse, colocándose en una ordenada fila con cinco metros de exacta separación entre cada uno de ellos. Salieron del aeropuerto en un abrir y cerrar de ojos y llegaron al primer retén de seguridad en apenas dos minutos. Los agentes de CONTROL del primer automóvil se comunicaban con los miembros de seguridad de cada retén a través de sus SmartPad, así que siempre y cuando la comitiva no se detuviera significaba que todo marchaba según lo planeado. Dentro del cuarto vehículo Emily seguía sintiéndose incómoda. La mirada de Krasimir seguía posada en ella y bajaba desde su escote hasta sus piernas para volver a subir hasta su rostro, haciendo lentamente el mismo recorrido una y otra vez.

—Espero que el viaje le haya resultado agradable, señor Presidente —dijo Emily, intentando tomar el control de la situación.

—Volar me aburre, si he de ser sincero. Uno se encuentra a merced de las circunstancias allí arriba. No puede hacer más que esperar y matar el tiempo.

—Lamento oír eso.

—No se preocupe por mí, señorita Bryar, le aseguro que ahora estoy mucho más entretenido. Además, he de confesar que esos dos asiáticos de mierda me tienen de lo más intrigado con toda esta pantomima.

—No creo que esa sea forma de hablar a una mujer, a una dama. Y tampoco creo que sea forma de tratarle —espetó de pronto Giles Lebouf, que hasta entonces no había abierto la boca.

Lo último que podía esperar Emily es que Lebouf saliese en su defensa.

—¿Sabes quién soy, gordo? —Krasimir clavó su mirada glacial sobre el Ministro de Defensa, con el gesto imperturbable.

—¿Necesitas que te lo recuerde? —Lebouf aceptó el reto.

—No, pero deja que yo sea quien te lo recuerde a ti. Yo soy el presidente de la República Rusa, y la República Rusa es la única cosa que mantiene alejada la Guerra Total de este estercolero al que llamamos mundo. Mi patria es quién mantiene vivo tu

culo orondo, y el de todos vuestros consumidores y ciudadanos —fanfarroneó Sokolov, enfatizando esas palabras—. Igual que a todos los amarillos y a los pieles tostadas, a todos esos que representan los hombres que van en los dos coches de delante, frente a los que os cagáis de miedo. Es a mí a quién debéis temer, tocadme los cojones una pizca y veréis lo que pasa. Bueno, tú sí puedes tocármelos —dijo a Emily, colocándole la mano en el muslo sin el menor pudor—. Solo me hace falta eso, tomaré partido por los asiáticos y os los lanzaré encima como a perros rabiosos. Están deseando borraros del mapa como hicieron con los norteamericanos. Soy Krasimir Sokolov, bola de grasa, recuérdalo cuando te dirijas a mí, y hazlo con respeto.

Giles Lebouf se mordía la lengua, pero lo que realmente le impedía respirar era la ira que supuraba por cada uno de sus poros, la que le pedía abalanzarse sobre Sokolov y estrangularle con sus propias manos. El soldado del presidente ruso se había puesto en guardia y escrutaba minuciosamente los movimientos de Lebouf, esperando el menor indicio de agresión para lanzarse en su contra. Emily luchaba contra la repugnancia que sentía al notar la mano de Sokolov sobre su piel desnuda, pero se recompuso y se propuso zanjar aquella disputa antes de que una acción precipitada echase por tierra todo el plan.

—El Ministro de Defensa solo pretendía salir en mi ayuda. —Emily fingió una sonrisa—. Al fin y al cabo, le adiestraron para socorrer al indefenso. —Miró a Lebouf, deseando que fuese lo suficientemente inteligente para seguirle el juego—, pero lo que el Ministro Lebouf no sabe es que yo no estoy indefensa en absoluto. —Emily se armó de valor y apartó la mano con un golpe firme, pero su mirada, clavada en los ojos de Sokolov, parecía juguetona—. Va a tener que esforzarse más, Presidente, no soy una mujer fácil.

Sokolov había picado, y parecía estar encantado con el desafío de Emily. Ella sabía que su provocación le traería problemas más tarde, pero al menos había conseguido alejar el peligro por ahora.

La comitiva de vehículos alcanzó las afueras de la ciudad, atravesando un nuevo retén. Emily había perdido la cuenta de cuantos habían dejado atrás ya. Cientos de curiosos se encontraban aglutinados tras las vallas de contención. Algunos de ellos ondeaban la bandera azul estrellada de la Federación, pero el símbolo que más se repetía en los carteles que portaban era el de la paz. El pueblo estaba hambriento de paz, anhelaba por encima de cualquier cosa dormir cada día sin la constante amenaza de la Guerra Total. Las caras destilaban esperanza y lanzaban vítores al paso de los vehículos. Sokolov miraba el espectáculo a través de la ventanilla, dando un respiro a Emily. Lebouf mantenía su mirada iracunda fijada en el ruso, pero a este no parecía incomodarle lo más mínimo. Los coches atravesaban Ifflandstraße reduciendo la velocidad cada vez más conforme crecía el gentío para permitir que la gente se impregnase del espíritu que había despertado la Cumbre de la Paz. «La Cumbre de la Farsa», pensó Emily. Conforme se acercaban a su destino la vergüenza crecía en su

estómago, subiendo hacia su garganta y creando un nudo en su pecho. Siempre había sido consciente del engaño al que estaban sometiendo al pueblo de la Federación, pero enfrentarse a él cara a cara le hacía sentirse vil e indigna. «Cualquier avance que consigamos en dirección a la pacificación será un logro que no habríamos obtenido de no ser por esto. Aunque solo sea para mantener las apariencias habrá merecido la pena», se dijo a sí misma, intentando dar sentido a lo que en ese momento le parecía una terrible equivocación. «Podríamos haberlo hecho de otra forma...» pensó mientras la comitiva bordeaba el Hofgarten. «Si no lo hicimos fue porque nos obligaron. Los asiáticos no nos dieron opción, tenían que venir aquí, en persona, y eso no habríamos podido ocultarlo».

—Esto resulta terriblemente aburrido. ¿Cuánto más vamos a pasearnos por la ciudad? —preguntó Krasimir Sokolov, que ya no miraba a través de los cristales.

—Solo un par de minutos más, Presidente. —Emily temía que se le hiciesen más largos si Sokolov volvía a las andadas—. Estamos a menos de un kilómetro de Marienhof.

El ruso soltó un bufido y movió sus manos despectivamente. Emily creyó que estas volverían a sus muslos, pero en lugar de ello Sokolov metió su palma en el interior de su chaqueta. Sacó de unos de sus bolsillos un paquete de tabaco con letras serigrafiadas en un idioma cuyo alfabeto Emily no conocía. Ofreció un cigarrillo acercando la cajetilla a todos los ocupantes del coche excepto a Lebouf, y cuando uno a uno todos se negaron encogió los hombros, arqueó una ceja y se encendió uno. Para Emily no era usual ver fumar a nadie, progresivamente desde hacía medio siglo se había convertido en un hábito menos popular. El humo le molestaba, pero no estaba dispuesta a que un comentario en ese sentido volviera a focalizar la atención de Sokolov en ella. Afortunadamente, antes de que este pudiese acabarse su cigarrillo el parque de Marienhof apareció frente a ellos cuando giraron hacia Schrammerstraße.

No se podía encontrar el menor indicio del césped color verde vivo que Emily solía contemplar desde la ventana de su despacho. La muchedumbre se amontonaba sobre él, tapizándolo con las figuras de miles de hombres y mujeres. Los asistentes emitieron un griterío de júbilo cuando la hilera de coches apareció y las pancartas se alzaron con cientos de mensajes de reconciliación. Emily se fijó en uno soportado por tres jóvenes que rezaba «4get, 4give, 4future», el gran cuatro era común para las tres palabras. Se le encogió el corazón mientras los vehículos se detenían y del primero de ellos salían raudos los agentes de CONTROL para sumarse al cordón de seguridad que impedía que los asistentes se acercasen peligrosamente a los mandatarios. Anker Andersen y Lao Kahn fueron los primeros en abandonar las cabinas. El público estalló en aplausos al ver a los dos líderes acercarse al pie del escenario donde unos instantes después darían sus discursos. Nuevas exclamaciones surgían de entre el gentío cada vez que los ocupantes de los automóviles se dejaban ver, aunque ninguna de ellas podía compararse a la que acaban de dedicar al Gran Ministro y su homónimo asiático.

Emily se acercó hacia ellos en un intento de comprobar qué tal le había ido a Anker y de separarse lo que fuese posible de Sokolov, que estaba ocupado hablando con Lafayette junto al coche del que él y Bashevis habían descendido. Andersen y Kahn saludaban a los invitados de honor a la Cumbre, que ocupaban varias filas de asientos colocados a los pies del escenario. Allí se encontraban los Rectores Nacionales de cada Estado Federal, máximos mandatarios de las regiones que treinta años antes eran naciones soberanas miembros de la Unión Europea. Además de ellos estaban presentes los líderes de las organizaciones supranacionales más importantes, el Fondo Monetario Occidental, la Unidad de Aranceles Euroamericana, el Pacto Africano y, por supuesto, Jacques Pascal. Anker estaba a punto de saludarle cuando Emily llegó junto a ellos.

—Hola, Pascal —pronunció desganado Andersen. El dueño de G-Corp se había presentado tal y como él auguró, pese a que no había sido convocado oficialmente—. Veo que recibiste nuestra invitación, me alegro de que hayas podido venir.

—Por supuesto que no, Anker. —Pascal se mostraba sonriente, seguro de sí mismo—. Un anfitrión no necesita invitación para ser recibido en su propia casa.

Pascal estrechó la mano de Anker con fuerza. Era diez centímetros más bajo que él y veinte años más viejo, pero le miraba como un halcón mira a un conejo, orgulloso y desde arriba.

—Estás lejos de tu casa ahora. —Las palabras de Andersen volaron como una amenaza.

—Y tú también, chico. Cuando estés ahí arriba soltando tu discurso, no olvides quién te permite seguir jugando a ser político. G-Corp hace posible el Neocapitalismo.

—Quizá te llesves una sorpresa —susurró.

—Solo los necios se sorprenden.

—¿Y qué te dice eso?

—Que debes ser propenso a la sorpresa, querido Anker. Pero por favor, no dejes que te entretenga más. Ve, ve a jugar, chico.

Anker contestó con una mirada fría y serena y continuó saludando al resto de mandatarios. Emily se encontraba tras él, no había querido interrumpirle mientras hablaba con Pascal, y ahora ella estaba justo delante de ese hombre. No tuvo más remedio que ofrecerle la mano para que se la estrechase.

—Bienvenido, señor Pascal.

—Muchas gracias, querida. —El gesto de Pascal era más desenfadado que hace un momento, sin embargo Emily no se sentía mejor por ello, solo significaba que ella no le importaba lo más mínimo—. Familia de genios, sin duda.

—¿Cómo dice?

—La tuya, una familia en la que no falta la inteligencia. Eres muy joven y ya ocupas uno de los cargos más importantes del gobierno de la Federación. Tu hermano Benjamin tiene también unas capacidades excepcionales. Últimamente hemos



trabajado estrechamente y ha demostrado sin duda su valía.

—¿Conoce personalmente a Ben? —preguntó Emily, sorprendida ante la noticia.

—Desde luego. Hemos iniciado un proyecto juntos. Le hice llamar desde Londres y ahora trabaja en nuestras instalaciones de Suiza. ¿No lo sabías? —Pascal mostraba un gesto sagaz.

—Benjamin y yo no estamos muy en contacto últimamente —se sinceró Emily.

—Es una verdadera lástima. En cualquier caso, estoy seguro de que muy pronto tendrás noticias tuyas —sonrió el hombre.

—Ha sido un placer verle, señor Pascal. —Emily intentó cortar la conversación, pero no esperaba la contestación de Pascal.

—Igualmente, Emily. Saluda a tu novio de mi parte. ¿Garin, verdad? Es uno de mis empleados aunque, por otro lado, eso no es extraño por aquí. —Pascal dotó a su voz de un cariz malévol.

—¿Cómo ha averiguado lo nuestro? —preguntó Emily, desconcertada.

—Suelo tener esa capacidad, querida, y además tengo otras. No quiero entretenerte más, Emily, el resto de tus amigos ya están en el escenario. No retraséis la función por mí.

Emily miró unos segundos a Jacques Pascal. No había ira en su mirada, ni recelo, odio o sorpresa, solo incredulidad. Subió las escaleras que llevaban al escenario y tomó asiento en la fila de sillas colocadas para los ministros tras los cuatro atriles en los que ya se encontraban los líderes. Todo estaba pensado, en el primer atril, colocado en el extremo izquierdo, tomaba su posición Krasimir Sokolov. A su lado, en uno de los dos atriles que reinaban en el centro del escenario se encontraba Anker, el otro estaba ocupado por Lao Kahn, y el del extremo derecho tenía a Kunal Mitrajit como protagonista. El público estaba expectante, deseoso de que alguno de los grandes hombres que se alzaban frente a ellos iniciase su discurso y oyesen las palabras que tanto ansiaban desde hacía treinta años.

—Pueblo de la Federación —inició Anker—, gracias por estar aquí. Os aseguro que me hace muy feliz veros a todos llenos de esperanza por la consecución de un fin tan noble como lo es la Paz. ¡Paz! —gritó Anker.

Los asistentes le acompañaron vitoreando la palabra como si estuviera un poco más cerca cada vez que salía de sus labios.

—Es para nosotros un honor poder contar hoy con los líderes de la Coalición y la República Rusa. No debemos olvidar que pese a todo, sin su esfuerzo y dedicación no habría sido posible que hoy nos reuniésemos aquí, avanzando hacia horizontes que lleven a la raza humana a un nuevo y mayor estado de progreso y excelencia. Es tiempo de perdonar el pasado, de enmendar los errores que todos cometimos y de caminar juntos.

El gentío aplaudió fieramente las palabras de su Gran Ministro, su líder. Cuando Andersen les pidió con un gesto de ambas manos que finalizasen su ovación, Lao Kahn miró a su traductor, situado a los pies del escenario, y este ascendió para

colocarse junto a su jefe. Uno de los secretarios se apresuró a facilitarle un micrófono. Kahn sabía hablar perfectamente inglés, pero al parecer su orgullo le instaba a expresarse en su idioma. Anker estaba preocupado por la actitud del primer ministro chino, se le antojaba demasiado belicista como para poder ofrecer iniciativas de paz reales en aquella Cumbre. Aunque fuese apariencia, aunque fuese una farsa, era mejor que nada. Kahn comenzó su discurso en mandarín. Sus manos bailaban efusivamente de un lado al otro, sobre su cabeza y por sus costados. Su voz retumbaba como un discurso militarista por todo Marienhof. Nadie entendía una palabra, pero el silencio de la masa personificaba la congoja de los asistentes a que su sueño se convirtiera en cenizas en sus manos.

—Estoy aquí en representación de la gran nación de China, soberana y libre, y de todos los ciudadanos de la gran y gloriosa Coalición. —El intérprete hablaba con voz monótona y gris, en contraste a Kahn y sus palabras—. Nuestro pueblo no desea la guerra, nunca la ha buscado, pero como nación antigua y orgullosa siempre nos hemos defendido de aquellos que han querido hacernos sucumbir, que nos han atacado o extorsionado, y aquí estamos. Hemos prevalecido y prevaleceremos. Estados Unidos actuó vilmente no solo contra nosotros, si no contra todo el planeta cuando estableció su embargo económico contra nuestros países e hizo pasar hambre a nuestro pueblo. Hambre, muertes, delincuencia, dolor, sufrimiento. Eso era lo que los norteamericanos querían para nosotros y, ¿por qué?, para mantener su supremacía mundial a base de malas artes y pobreza. ¡No lo aceptamos entonces!, y si la Federación quiere la paz, deberá demostrar que no tiene intención alguna de obtener control o influencia en los territorios de la Coalición y de todos sus aliados. En esos términos habrá paz, y no de otro modo.

Lao Kahn había acabado de hablar hacía quince segundos, la gente no respondió entonces y tampoco lo hizo cuando su traductor finalizó el discurso. El sonido del silencio era lo único presente. De repente comenzaron los aplausos, venían de unas solitarias manos, solo unas se batían entre las miles aglutinadas en Marienhof. Eran las de Anker. Por supuesto a él tampoco le habían gustado las palabras de Kahn, pero no estaba dispuesto a permitir que se abriera una nueva crisis institucional allí mismo. El público le acompañó, débilmente al principio, con más fuerza luego. No se escucharon vítores, pero pareció suficiente para no enfurecer al asiático. Mitrajit tomó la palabra.

—Perdonen a mi amigo, los chinos son mejores contando fábulas que haciendo discursos.

Todo el mundo estalló en una sonora carcajada. Kahn hizo una mueca de disgusto, pero no pronunció sonido alguno. Mitrajit rió con el resto. Aquel hombre exhalaba carisma, había conseguido diluir la tensión y meterse al público en el bolsillo con una sola frase, con un simple chiste. Antes de comenzar de nuevo miró sonriente a la muchedumbre y levantó la cabeza con un gesto elegante y grácil.

—Son ustedes en efecto un pueblo sabio y justo, pues es de sabios dejar el pasado

atrás, y es de justos recibir a sus invitados con la hospitalidad que nos están mostrando. —Su inglés con acento hindi parecía una fina canción sobrevolando las cabezas de la gente. Estos le escuchaban ávidos de más, pues era lo que habían venido a oír—. Paz. Mi amigo, el Gran Ministro Andersen, no podría haberla descrito mejor. Es la más noble de las causas y la mejor de las consecuencias. Paz es lo que siento dentro de mí cuando miro a cada uno de ustedes. Les doy mi palabra como representante de cada habitante de la India y como miembro de la Coalición que siempre me mostraré firme en la búsqueda y consecución de lo que ustedes nos están reclamando. Gran pueblo de la Federación, mi corazón está con ustedes.

Marienhof explotó en júbilo tras el discurso de Kunal Mitrajit, la ovación fue más grande incluso que la que había recibido Anker. El hindú bajó de su atril y se acercó al borde del escenario. Oleg Bashevis, sentado al lado de Emily, hizo el amago de levantarse para impedirselo, pero ella le agarró del brazo.

—¿Qué está usted haciendo? —preguntó él con brusquedad.

—No les quites esto.

—Pero la seguridad...

—No es un imbécil, Comisario. Se los está ganando, y si se acerca a él solo conseguirá que se los gane más todavía. No le impidas al pueblo amar, porque entonces solo podrán odiarte.

Mitrajit, mientras tanto, extendía los brazos hacia el público desde el borde del escenario, cruzándolos de vez en cuando sobre su cuerpo en gesto de abrazo. La ovación aún no había menguado cuando se retiró de nuevo hacia su atril y tuvo que pedir en varias ocasiones que cesaran para que el último interlocutor pudiese realizar su exposición. Cuando los ánimos por fin se calmaron fue el turno de Sokolov.

—Gracias a todos por recibirnos. Yo, Krasimir Sokolov, vengo a hablarles en nombre de la gran República Rusa. Desde la Gran Crisis, mi nación ha actuado como mediadora de los dos bloques resultantes. Hemos trabajado duro para que la Paz reinase en la Tierra. Ahora, con el compromiso de la Federación y la Coalición de trabajar hacia ella, la República Rusa seguirá poniendo todo su esfuerzo en que así sea.

Sokolov realizó la más corta de las intervenciones. Sabía que dijese lo que dijese no despertaría pasión alguna después del discurso de Mitrajit. En su interior se sentía ultrajado, pero no lo mostraba en absoluto. La multitud le contestó con aplausos corteses que cesaron pronto. Anker volvió a tomar la palabra para despedirse de todos. Les agradeció de nuevo su presencia allí y les aseguró que se retiraban para poder reunirse y tratar las posibles iniciativas con ánimo inquebrantable. Los agentes de CONTROL rodearon al instante el escenario, creando un cordón de seguridad desde este hasta la puerta del Volksgeist, que se encontraba a tan solo unos metros. Los cuatro líderes iniciaron la marcha seguidos por los ministros y los secretarios. Pronto se ocultaron tras la fachada del Volksgeist y el público de Marienhof comenzó a desaparecer como agua absorbida por la tierra.

Habían preparado una sala cercana al despacho de Anker para llevar a cabo la reunión con los asiáticos. Los secretarios y ayudantes quedaron fuera, igual que el traductor del presidente chino. Kahn no necesitaba fingir en la intimidad. La habitación estaba presidida por una mesa redonda con tantas sillas como asistentes, ni una más, ni una menos. La idea de que fuese redonda había nacido de Emily, pretendía que así no pudieran enfrentarse bandos a ambos lados, sobre todo para evitar que Sokolov tuviese que decidir en que lado de la mesa se sentaba. Oleg Bashevis les había acompañado hasta la entrada y les había dejado, excusándose con motivo de controlar el orden público tras la Cumbre. Una vez todos estuvieron alrededor de la mesa Anker ofreció una bebida a los invitados, pero todos la rechazaron. Kahn seguía con el rostro enjuto y firme. Andersen no se encontraba cómodo hablando con él, pero si estaba allí, si habían hecho todo aquello, era para que el asiático abriese por fin la boca.

—Y bien, señor Kahn, ¿va a contarnos ya que demonios está ocurriendo? —inquirió Anker.

El asiático sacó un pequeño dispositivo circular del bolsillo interior de su chaqueta y lo colocó sobre la mesa después de pulsarlo. Un pequeño LED azul se encendió en su centro.

—Inhibidor de señal, por si están grabando. No me fío de usted.

—Pues ya somos dos. Por favor, si ya ha activado su pequeño juguetito hable de una vez. —Por supuesto que les estaban grabando, Anker solo esperaba que los contrainhibidores funcionasen. Ya habían previsto aquello.

—Está bien —gruño Kahn—. Hace casi cinco meses un equipo científico del programa espacial de la Coalición detectó una anomalía cercana a Alpha Centauri.

—Señor Andersen —interrumpió Mitrajit—, pensándolo mejor, creo que sí tomaré una bebida. Un té helado, si es posible.

Anker miró con sorpresa al hindú. La historia de Kahn le había intrigado y le resultó molesta la superflua intromisión de Kunal Mitrajit. Hizo un gesto gentil a Emily, intentando ocultar su disgusto.

—Emily, querida. ¿Podrías darle al Presidente Mitrajit su refresco?

—Cla... claro.

Emily se levantó y se dirigió a la pequeña nevera de una de las paredes. Dentro había vasos con hielo preparados para la ocasión y, por fortuna, había té helado. También unas rodajas de limón. Emily colocó una en el vaso y lo sacó junto a una de las latas de refresco. El cristal sudó nada más salir de la nevera y se empañó por completo. Emily derramó el líquido dentro de él, colocó una servilleta bajo el culo del vaso y se lo ofreció a Mitrajit, que lo agradeció con un gesto de su cabeza y una sonrisa.

—Por favor, señor Kahn, continúe —pidió Anker.

—Como iba diciendo —Kahn dedicó una mirada reprobatoria a su homónimo hindú—, un equipo del programa espacial detectó hace cinco meses una anomalía

cerca de la constelación de Alpha Centauri, la más cercana a la Tierra. Trabajaban en un proyecto secreto, esa información es clasificada y no la compartiré con ustedes, pero puedo decirles que este nuevo ingenio permite convertir en imágenes ciertos datos, ciertas perturbaciones espaciales. Cuando nos informaron de su hallazgo pusimos a varios equipos más a trabajar con ellos. Tras dos meses consiguieron extrapolar seis imágenes del «objeto» detectado.

Mitrajit dio un largo sorbo a su té helado, lanzó al aire un suspiro de satisfacción y sacó de su bolsillo un pequeño sobre. Extrajo su contenido y lo lanzó sobre la mesa. Las seis fotografías cayeron delante de Anker.

—Como pueden comprobar, la anomalía es apenas visible como un haz de luz. No se encuentra ninguna forma reconocible, pero los científicos pudieron llegar a algunas conclusiones a partir de ese haz de luz y de los datos recabados.

—¿Y qué es? —pregunto Andersen, anonadado.

—No tenemos la menor idea. —Kahn había dejado su belicismo de lado por un momento. La seriedad se mantenía en su rostro, pero era la preocupación quién la motivaba—. Nos aseguran que no se trata de ningún cometa, asteroide o fenómeno natural.

—¿Y cómo llegan a esa conclusión? —preguntó Lebouf. Se había incorporado para mirar las fotografías, apoyando ambos antebrazos sobre la mesa.

—Porque viaja a 0,98 veces la velocidad de la luz, nada natural excepto la propia luz se mueve a esas velocidades y porque, además, se dirige hacia la Tierra en línea recta. En realidad, se dirige exactamente a donde estará nuestro planeta dentro de cuatro años y once días exactamente, el cuatro de septiembre de 2075, según su calendario. No sabemos si tiene intención de colisionar con nosotros o qué demonios se propone, pero el equipo encargado especula que por su haz de luz puede tener una masa equivalente a la del Monte Everest. Lo han bautizado con el nombre en clave «Pináculo».

—Por el Conciliador... Esto puede ser muy grave. Kahn, tenemos que hacer algo cuanto antes.

—¿Entiende ahora porqué queríamos reunirnos con ustedes en persona? Nos enfrentamos a una crisis desconocida y gracias a su genial idea ahora tenemos que perder el tiempo ofreciendo migajas de pan a la plebe —graznó Lao Kahn.

—¿Migajas de pan? La Paz es más necesaria que nunca. No podemos estar enfrentados mientras eso viaja directamente hacia nosotros, todos nuestros esfuerzos deben dedicarse a descubrir de qué se trata.

—No cederé ni un ápice de la soberanía de...

—¡La soberanía no me importa una mierda ahora mismo! —rugió Andersen, poniéndose de pie súbitamente—. ¡No sabemos qué es lo que está viniendo hacia nosotros! Exijo conocer cada detalle de la investigación que conllevó el descubrimiento de Pináculo, exijo conocer la naturaleza de ese ingenio, exijo que todos los implicados en el estudio de ese objeto faciliten sus informes a la

Federación. Dígame, Kahn, ¿qué demonios estaban tramando cuando se toparon por casualidad con esa anomalía, con Pináculo?

—Usted no está en posición de exigirnos nada, señor Andersen. Solo le diré que mientras ustedes espiaban asustados cada uno de nuestros movimientos, nosotros observábamos donde realmente había que mirar.

—Y lo que quiero saber es porqué estaban mirando allí.

—Eso es clasificado y no voy a ofrecerle ese tipo de acceso a los datos de la Coalición. Si hemos venido y les hemos expuesto nuestro descubrimiento es porque cabe la posibilidad de que Pináculo sea una amenaza para el Planeta.

Anker meditó las palabras de Kahn y decidió dejar a un lado por el momento los porqués de la investigación que descubrió el objeto no identificado.

—¿Qué proponen?

—Por el momento, averiguar más sobre él —respondió Kahn—. Voy a permitirles enviar a un equipo de tres científicos de la Federación a Shanghai, donde se ha establecido el grupo de trabajo que estudia a Pináculo. Recibirán información actualizada de las investigaciones a través de ellos mismos.

—Un momento —interrumpió Sokolov—, creo que se olvidan de alguien. Exijo que la República Rusa participe en esto.

—El equipo estará compuesto por tres personas, ni una más, repártanselas como quieran —gruñó Kahn.

—Dos serán rusos —asumió Krasimir.

—Dos serán europeos —corrigió Anker—. Estamos en territorio de la Federación, ustedes han venido hasta aquí porque se han asustado, necesitan nuestra ayuda. Entiendo que por el momento apenas sabemos nada de lo que está ocurriendo, pero si fuese algo que pudiesen controlar ustedes solos todos sabemos que esta reunión no habría tenido lugar. Dos serán europeos.

—Está bien... —Claudicó Sokolov.

—Preparen su viaje. —Kahn se levantó de su asiento y se abrochó los botones de la chaqueta—. Ahora nos retiraremos a nuestro hotel, partiremos esta noche de vuelta a la Coalición. Mi ayudante se quedará aquí y negociará con ustedes, o con quién quieran, las medidas oportunas para que la Opinión Pública valore esta Cumbre de la Paz como un éxito.

Sin más dilación, Lao Kahn abandonó la sala de reuniones acompañado por Mitrajit. Su traductor se quedó allí. Sokolov remoloneó unos instantes antes de salir con gesto hosco. Anker le pidió a Mina Nilsson que siguiese conversando con el ayudante de Kahn, de manera que pudiesen decidir las concesiones de ambos bloques y exponerlas en público esa misma tarde. Requirió al resto en su oficina en quince minutos y abandonó la habitación.

Emily se sentía exhausta y le dolía la cabeza, así que se fue a su despacho y se tumbó en el sofá. Solo pretendía cerrar los ojos unos minutos y olvidarse de todo. Esta Cumbre le había superado por completo. «Pináculo... No tenemos suficientes

problemas en la Tierra para que ahora nos caigan del cielo», pensó. No tenía intención de dormir, pero pronto comenzó a caer en su suave duermevela del que fue súbitamente arrancada.

—Señorita Bryar —Sokolov había entrado en el despacho sin que ella se diese cuenta.

—Oh, presidente. ¿Ha olvidado algo? —Se incorporó y su respiración comenzó a agitarse rápidamente, aunque intentó no evidenciarlo.

—Un asunto pendiente, uno que nos incumbe a ambos. —Sokolov se acercó a ella y le acarició el pelo.

—Presidente... no creo que...

—Señorita Bryar, «no» es una palabra que odio. —Su caricia se convirtió en una garra de hierro que sujetó a Emily por la nuca.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Emily paralizada por el miedo.

—¿Aún no lo sabes, chiquilla? Voy a follarte aquí mismo, en tu sofá, lo quieras o no. Recuerda quién soy.

Los ojos de Emily se abrieron desmesuradamente e inundaron su rostro de dolor y lágrimas. Sokolov metió la mano con brusquedad por debajo de su falda y apretó una de sus nalgas.

—Eres una mierda congelada de la estepa rusa que solo puede follar pagando o abusando. —Giles Lebouf estaba junto al marco de la puerta erguido y amenazante—. ¿Quieres probar ese baile conmigo?

Sokolov se frenó en seco y se apartó de Emily. Miró con desprecio a Lebouf y se pasó las manos por el pelo en gesto de soberbia.

—Siento la interrupción, Emily —ironizó Giles—, ha pasado algo. Tenemos una mañana movidita, aunque parece que algunos más que otros. Quizá deberías marcharte, ruso.

Sokolov le ofreció una media sonrisa a Emily y ella supo al instante que no sería la última vez que tendría que vérselas con él. Cuando pasó por el lado de Lebouf se detuvo un segundo ante él, desafiante, pero el Ministro de Defensa hizo caso omiso y se acercó a Emily, dejando plantado a Sokolov, que desapareció por el pasillo.

—¿Estás bien?

—Sí —Emily no podía dejar de temblar.

—Cómo me gustaría cargarme a ese puto ruso —dijo Lebouf.

—No sería yo quién te lo impidiese —intentó recomponerse—. ¿Qué ha pasado?

—Vamos al despacho de Andersen, Lafayette y Bashevis ya están allí.

—Giles... gracias —susurró ella—. Y, por favor, no se lo cuentes a Anker.

—Si es lo que quieres, de acuerdo.

Ambos recorrieron los escasos metros que les separaban de la oficina del Gran Ministro. Al entrar, encontraron a Anker y a sus dos acompañantes tras el escritorio. Bashevis parecía estar disculpándose.

—¿Cómo has podido ser tan imbécil? —le gritaba Anker, evidentemente

enfadado.

—No pudimos imaginarlo, señor. Estábamos tan centrados en la seguridad de la Cumbre... asumo toda la responsabilidad.

—No es responsabilidad lo que quiero, ¡es eficiencia!

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

Aún conservaba la marca de las lágrimas en la cara. Afortunadamente Anker estaba demasiado contrariado para caer en la cuenta.

—Mira, este idiota ha apostado hasta el último de sus hombres en Marienhof, la ciudad ha quedado sin vigilancia y esto es lo que ha pasado.

Anker giró su panel y mostró a Emily el video de uno de los canales de noticias de G-Media. Al parecer, según informaba en bucle el presentador del programa, cinco hombres y tres mujeres habían aparecido desnudos en diversas zonas de la ciudad después de haber sido secuestrados durante la Cumbre de la Paz. Se encontraban desorientados y bajo el influjo de alguna droga sedante. Todos ellos ciudadanos. Llevaban una frase escrita con pintura roja en el cuerpo; «Somos ocho de cada nueve». Walden había vuelto a actuar.



## Vil metal

—Buenas tardes, ciudadanos y consumidores. Interrumpimos la programación habitual para ofrecerles una información de última hora y vital importancia. No intenten cambiar de canal, este mensaje se está ofreciendo en todo el espectro televisivo. Hace escasos minutos se ha decretado el toque de queda en toda la ciudad y área metropolitana de Copenhagen debido a graves disturbios en los que estarían involucrados un grupo de al menos treinta y cinco androides. Las noticias que nos llegan desde allí son escasas y confusas, pero al parecer los hechos comenzaron en la conocida Plaza Octogonal de la ciudad. Según fuentes oculares, un androide fuera de sí atentó contra la estatua de la Sirena, símbolo de la capital danesa, emplazada en el lugar desde que fuese trasladada allí en 2036 debido a la subida del nivel del mar. Los testigos aseguran que varias personas intentaron que el androide cesara sus actividades, pero lamentablemente no consiguieron frenarlo hasta que la Sirena fue destruida casi por completo. Instantes después otros robots presentes en la escena adquirieron una conducta errática y atacaron a los humanos. Pese a que el dato no ha sido contrastado, se habla de la posibilidad de que dos personas hayan muerto durante la reyerta y varias decenas hayan resultado heridas. Agentes de la FedPol se personaron rápidamente en la Plaza Octogonal y consiguieron reducir a algunos de los androides enloquecidos. Sin embargo, se cree que al menos una docena de ellos ha escapado de la escena del crimen y se encuentra en paradero desconocido. Fuentes aún por confirmar nos informan de que se están produciendo otros altercados en varias áreas de la ciudad. El Gobierno ha iniciado un plan de contención excepcional y ha activado inhibidores de señal en Copenhagen y sus alrededores para que los androides no puedan comunicarse entre ellos. El ejército se ha hecho cargo de la situación y, como les hemos informado al principio de este espacio, ha decretado el toque de queda. Todos los humanos deben permanecer en sus hogares, cerrando puertas y ventanas y asegurándose de no mantener contacto con ningún androide. Los poseedores de alguna unidad deben desactivarla inmediatamente. Si esta se negase o mostrase algún comportamiento sospechoso, se recomienda aislarla en alguna habitación y mantenerla encerrada. Si tienen ustedes familiares o amigos en Copenhagen o el área circundante no intenten ponerse en contacto con ellos, les recordamos que las comunicaciones han sido intervenidas. A continuación vamos a dejar paso a Jake Green, nuestro corresponsal en la zona, que nos explicará los últimos acontecimientos desde el perímetro de seguridad.

—Buenas tardes, Amanda. Como bien has dicho, hasta ahora los datos con los que contamos son muy confusos. El ejército ha acordonado una zona de quince kilómetros alrededor de Copenhagen y no permite la entrada o salida de ningún individuo. Sabemos que a estas horas están peinando las calles de la ciudad, retirando a cualquier androide al que encuentren. Al parecer los disturbios han aumentado exponencialmente y todas las unidades de la capital están afectadas por

*este inusual comportamiento. Nunca en la historia se había producido un incidente violento entre androides y humanos. Recordemos que desde la creación de Ray, el primer modelo de androide en el año 2041, los robots están sometidos a la Doctrina, la cual les impide causar daño a cualquier persona. Sin embargo, la realidad es muy distinta ahora en Copenhagen. Los últimos rumores han disparado las cifras de víctimas mortales, que ascenderían ya hasta treinta. No obstante, debemos ser cautos con estas informaciones, ya que no hay ninguna fuente oficial que las confirme. El coronel encargado de la operación ha programado una rueda de prensa para mañana a primera hora. Quizá entonces podamos ofrecerles información fidedigna de qué ha ocurrido y cuántas víctimas se ha cobrado este inesperado y fatídico incidente. Lo que está claro es que lo sucedido cambiará para siempre nuestra relación con los androides. Su futuro es incierto ahora que la situación evidencia que pueden ser un peligro potencial para la humanidad.*

*—Muchas gracias, Jake. Hemos tenido conocimiento de que el doctor Weber, responsable del Proyecto Androide y creador de los novecientos veintisiete modelos disponibles hasta hoy, se ha desplazado con urgencia hasta Copenhagen para colaborar con el ejército en las tareas de pacificación. Hasta aquí esta emisión especial, volveremos a conectar en cuanto dispongamos de información actualizada en relación al incidente acaecido en Copenhagen.*

Primer Informe especial del Incidente de Copenhagen.  
GNC News, división de G-Corp Media.  
14 de junio de 2063.

\* \* \*

—Creo... me gustaría que revisásemos de nuevo el guión del anuncio cebo, Benjamin. Hay algunas frases que modificaría un poco, solo un poco y bastará, eso creo.

—¿Cuál es el problema, Rob?

Benjamin estaba exhausto, llevaban tres semanas trabajando en el spot, rodaban esa misma tarde y Robert Gordon se había mostrado muy escéptico desde el principio con la acogida que podía tener entre el público.

—Bueno, es que no me gusta la palabra «devolver». Cuando dices; «Revitalis puede devolver a sus seres queridos la posibilidad que toda buena persona desea para su vida, hacer de este mundo un lugar mejor».

—Ben, deja que lo cambie y acabemos con esto, quiero estar en Berna al mediodía, así podremos comer algo en un buen restaurante de la ciudad. Estoy harto de vivir bajo tierra como un topo.

Paulo Silva daba vueltas en la sala de reuniones como un gato encerrado en una jaula. Su carácter abierto, alegre y cálido no casaba bien con las limitaciones del

complejo científico de la Ciudadela. De los tres, era sin duda el que peor llevaba la clausura.

—¿Qué propones, Gordon?

—Verás, opino que el término «devolver» conlleva ineludiblemente que el sujeto ha sido privado de algo y, claro, debido a su estado... a ser un cadáver quiero decir, pues la concatenación de ideas lleva inexorablemente a sus familiares al recuerdo de que, efectivamente, está muerto, lo cual es sin lugar a dudas un pensamiento negativo y que puede afectar a las posibilidades de donación. Por contra, si sustituimos el término por «regalar» lo imbuimos de matices positivos que fomentan la relajación del espectador y le vuelven más proclive a aceptar el mensaje. Es pura Teoría de la Aguja Hipodérmica.

—De acuerdo, ¿algo más, Rob? —preguntó Bryar. Deseó que su colega no tuviese más objeciones.

—En realidad, sí. No me gusta que utilices la tercera persona del plural, prefiero la primera. Es más personal, más directo, si no parece que le estás hablando a mucha gente.

—Es que le estoy hablando a mucha gente.

—No, Benjamin. Muchas personas te están viendo, pero tú les hablas a cada una de ellas individualmente.

—¿Lo ves, Paulo? Por eso Rob está aquí, es el único de nosotros que está tan loco para hilar así de fino —Bryar dio un golpecito amistoso a Robert Gordon en el hombro.

—Solo intento hacer bien mi trabajo —se quejó Robert, tímidamente.

—Y lo haces perfectamente. Si no hay nada más que comprobar preparémonos para salir, estoy deseando ver el maldito sol.

Los tres compañeros recogieron sus cosas y abandonaron la sala de reuniones en la que habían pasado la mayor parte de aquellas últimas tres semanas. Desde que Robert y Paulo llegaron a la Ciudadela, apenas un par de días después que Benjamin, este solo había salido a la superficie en dos ocasiones. La primera para recibirles, la segunda viajó hasta Berna con Paulo para comprobar los platós de G-Media en la ciudad y confirmar si los podrían utilizar para grabar los spots para la campaña de Revitalis. Después de refrescarse un poco y cambiarse salieron al exterior, donde un coche ya les estaba esperando. No tardaron mucho en llegar a la ciudad, era algo más de la una de la tarde y no empezaría a grabar hasta las cuatro, por lo que pudieron cumplir el deseo de Paulo y comieron en un restaurante de la zona centro. Benjamin tomó un filete de ternera grueso y poco hecho con una guarnición de setas silvestres. Robert, que era vegetariano, miraba con incomodidad el plato de Ben cada poco tiempo, y luego volvía a pinchar un pequeño trozo de su mousaka. Era un chico joven de veintiséis años, nacido en Manchester pero de ascendencia americana, con el pelo castaño, largo, seco y lacio, atado en una discreta coleta que caía a plomo sobre su nuca. Su cuerpo era delgado y poco desarrollado, como el de un adolescente, y

aparentaba menos de su ya de por sí corta edad. Poseía rasgos finos, los ojos pequeños tras unas discretas gafas de montura al aire y la nariz aguileña. Su carácter taimado y desconfiado era lo que le hacía tan bueno para detectar cualquier mínima pauta en la publicidad que pudiese desagradar a algún colectivo. Había sido el propio Benjamin quien le había captado en Londres hacía cuatro años cuando aún estudiaba en la universidad. En realidad, su carrera estaba dirigida al análisis social, pero dio un giro cuando Bryar le presentó una suculenta oferta de trabajo en el proyecto de «El Último Sueño». Robert Gordon, el genio del análisis humano, no habría aceptado la oferta si no hubiese sido seducido por el carisma de Ben, en el que veía el reflejo de todo lo que él no podía ser. Le admiraba profundamente. Paulo Silva, el hombre que devoraba sin muchos modales el pescado que tenía en la mesa, era la contraposición de Gordon. Un muchachote brasileño que apenas superaba los cuarenta y poseía en el cuerpo la fuerza y color del azúcar tostado. Sus modos eran algo hoscos, pero tenía un don especial para la creación de escenarios. No le ofrecería a nadie la conversación de su vida, sin embargo, podía crear el ambiente perfecto para que dos personas la tuviesen.

Mientras tomaban el postre, Benjamin se fijó en un par de chicas sentadas unas mesas por delante de la suya. Se hacían confidencias y reían con los chistes y chismorreos de la una y de la otra, probablemente relacionados con algún hombre, pensó Ben. Una de ellas, con el pelo castaño en un corte de media melena, había atraído especialmente la atención de Benjamin y había detectado un par de miradas furtivas hacia él. Si algo había aprendido sobre las mujeres es que el mejor momento para insinuarse era cuando se encontraban de dos en dos. Si estaba sola podía interpretar el acercamiento como algo intimidatorio, de mal gusto, y por ello era más dada a rechazarlo. En el caso opuesto, cuando eran un grupo, resultaba aún más complicado intentar iniciar el contacto con una. Entraban en juego demasiadas cosas; vanidad, envidia, soberbia... Lo más probable era salir de allí con la cara roja, literal o metafóricamente. Sin embargo cuando eran dos, Benjamin sabía que era el momento oportuno. El misterio no era complicado, hablarle a una pero mirar a la otra, simple comunicación en estado puro. La chica a la que se dirigía se sentía atendida, por lo que no se molestaba, pero a la que miraba, la que se sentía deseada, esa era el verdadero objetivo.

—Disculpadme un momento, compañeros. —Benjamín soltó con desdén la servilleta sobre la mesa y se acercó, seguro de sí mismo, a la mesa donde se encontraban las chicas—. Perdónenme, señoritas, creo que se les ha caído esto.

Ben sacó una de sus tarjetas del bolsillo interior de su chaqueta con una rapidez propia de un prestidigitador. Ofreció la tarjeta a una de ellas, y su mejor sonrisa a la otra.

—Ingenioso, pero no te va a funcionar —contestó la chica morena con la tarjeta en la mano.

«Ya me está funcionando», pensó Benjamin, mientras la joven del cabello castaño

le devolvía la sonrisa.

—Soy nuevo en la ciudad, en realidad soy inglés, y ya sabéis lo complicado que es entrar en vuestro maravilloso país. No conozco a mucha gente aquí.

—Tienes una forma de hablar curiosa —apuntó la chica a la que Ben miraba—, siempre me ha gustado el acento británico. Yo soy Emma. ¿Qué te trae a Suiza?

—¡Emma! —exclamó su compañera. No estaba de acuerdo en que se mostrase tan amistosa.

—Vamos, Ive, no pasa nada, solo estamos charlando. Es inofensivo, ¿verdad?

—Tanto como un cachorrillo —bromeó Ben—. Me llamo Benjamin, Benjamin Bryar. Bueno, Ive ya lo sabe por mi tarjeta. —Bryar sabía que utilizar el nombre de alguien durante una conversación ayudaba a que la comunicación fuese más dinámica—. Respondiendo a tu pregunta, Emma, estoy aquí por trabajo. Lo cierto es que llevo casi un mes aquí y apenas he salido a divertirme. Y luego os he visto. —Focalizó de nuevo su mirada en Emma como queriendo decir; «en realidad te he visto a ti»—. He pensado que podríais darme alguna pista.

—Pues creo que tienes buen ojo, Benjamin.

—Puedes llamarme Ben.

—Tienes buen ojo, Ben. —Emma agachó la cabeza una milésima de segundo cuando pronunció su nombre. Benjamin casi pudo sentir como las mejillas de la joven se ruborizaron—. Trabajamos en un club cerca de aquí, el Elixir. Las mejores fiestas de la ciudad.

La joven sacó su SmartPad del bolso que colgaba de su silla y lo acercó a Ben, que hizo lo propio. Cuando ambos dispositivos se tocaron recibió la información del local donde trabajan las dos jóvenes.

—¿Vas a darle también nuestra dirección? —refunfuñó Ive. Tiró la tarjeta de Benjamin sobre la mesa con desdén. El pequeño rectángulo de plástico cayó al lado de Emma.

—Ive... Tienes que perdonarle, Ben. Es mi jefa y es muy protectora conmigo, en realidad con todo el mundo.

—Eso no es cierto, solo tengo un poco más de seso que el resto de la gente.

Emma hizo caso omiso al comentario de su amiga, estaba ocupada recogiendo la tarjeta que esta había lanzado sobre la mesa.

—¡Oh, eres empleado Ypsilon! ¡Nunca había conocido a un Ypsilon!, tu trabajo debe ser muy importante.

—Así es —se vanaglorió Benjamin—. Y secreto.

—Un hombre lleno de misterio —jugueteó ella. Esta vez la sonrisa de Emma no solo estaba cargada de simpatía, también había deseo. Por el momento solo era deseo por conocer, pero había picado el anzuelo—. Yo solo soy Delta. Ive es Lambda.

—Me gusta Delta —contestó Ben, seguro de sí mismo.

Suiza no formaba parte de la Federación Europea, así que no estaba sujeta al sistema del Neocapitalismo y todos sus residentes poseían el mismo estatus de

ciudadano. Allí no existían los consumidores, pero igualmente casi la totalidad de la población que no ostentaba un cargo público trabajaba para G-Corp, que era virtualmente la dueña del país. Aunque en el estado transalpino no existiese el rango de consumidor, el ser humano siempre se las ingenia para categorizarse y sentirse superior al resto de una manera u otra, así que los suizos daban una importancia mayúscula al grado que poseían dentro de la empresa. «Alpha & Omega» era el eslogan de G-Corp, en referencia a su carácter monopolista, que se jactaba de controlar todos los sectores económicos. Cada empleado poseía un rango ligado a la especialización de su trabajo y estos estaban estipulados por letras del alfabeto griego. Alpha era el rango más bajo y Omega el más alto. Un Ypsilon como Ben podía deslumbrar casi a cualquier persona del país solo con mostrar sus credenciales.

—¿Vendrás por el club? —preguntó Emma—. Yo soy camarera. Qué no se entere mi jefa, pero te invitaré a una copa —dijo, bromeando.

Ive ya se había dado por vencida y simplemente observaba malhumorada el devenir de los acontecimientos.

—Tengo curiosidad por saber de qué es capaz un Ypsilon —afirmó Emma.

—Puedes estar segura de que iré, y quizá acabes descubriéndolo. Un pequeño adelanto —Benjamin hizo un gesto al camarero, que se acercó raudo hasta ellos.

—¿Qué desea, señor?

Bryar miró el nombre que colgaba de la pechera del chaleco del empleado.

—Omar, estas dos encantadoras señoritas están invitadas a su almuerzo. —Mostró su SmartPad al camarero, donde se podía ver su autorización Ypsilon—. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, señor —aceptó, sin emoción en la voz.

—Chicas, os recomiendo el mousse de almendras para el postre, es increíble. —Sostuvo delicadamente la mano de Emma y le besó el dorso, a lo que ella contestó con una mirada interesante y prologada—. Nos vemos, Emma. Hasta pronto, Ive.

Benjamin se alejó de ellas y volvió con sus compañeros, a sabiendas de que al menos una de ellas seguía contemplándole.

—Creo que deberíamos ir al estudio —dijo Robert mientras Ben volvía a sentarse a su lado.

—He visto lo que has hecho, chico —dijo Paulo a Bryar, ninguneando el comentario de Gordon—. Eres bueno, realmente bueno, pero yo aún podría enseñarte un par de cosas. —Silva rió con suficiencia.

—En tus tiempos las cosas se hacían de otra manera —bromeó Ben.

—¡Eh! Solo llevo dos años casado.

—Eso es mucho tiempo fuera del mercado, amigo. La práctica se pierde rápido.

—En Brasil eso lo llevamos en la sangre —dijo con tono orgulloso—, no podemos perderlo. Si pudiera te lo demostraría y te levantaría cualquier mujer a la que intentases seducir.

—Es una pena, me gustaría verlo —rió Ben.

—Creo que deberíamos marcharnos —repitió Gordon.

Benjamin comprobó su reloj y vio que eran casi las tres, así que por fin las súplicas de Robert fueron escuchadas y los tres se dispusieron a marcharse. Su coche apareció delante del restaurante un instante después de que saliesen por la puerta. Robert le había dado la orden de recogerles desde su SmartPad mientras salían. Él nunca los había conocido, pero su padre le había hablado de los coches propulsados por gasolina y que necesitaban ser conducidos manualmente. Por lo que le había contado no le parecían especialmente prácticos. No se podía realizar otra tarea mientras se conducía, su autonomía era relativamente corta y había que buscar aparcamiento cerca del destino y luego caminar hasta allí.

El complejo audiovisual de G-Corp en Berna estaba en el norte de la ciudad. Su estilo arquitectónico era funcionalista, basado en líneas rectas y colores claros. Su tejado estaba forrado de placas solares que administraban la energía a los miles de dispositivos que se usaban en sus salas y estudios. No era tan grande ni estaba tan bien preparado como el de Londres, pero sería suficiente para rodar el spot que los tres habían planeado. Al llegar, casi una docena de atareados trabajadores les recibieron. Todos estaban preparando el decorado, las luces, las cámaras y el resto de elementos que el equipo de Benjamin les había ido requiriendo en los últimos días. Al mando de todos ellos estaba Bert Haumann, un tipo grande y sudoroso de unos cincuenta años con la frente ancha y dos grandes entradas en las sienes. Él era el realizador, quién se encargaría de la parte técnica del anuncio, guiado por Paulo, mientras Benjamin estuviese frente a las cámaras y Robert encogido en algún rincón, escudriñando si todo se hacía de manera políticamente correcta. Haumann les escoltó hacia el plató, una sala grande y poco decorada con un croma verde fosforescente al fondo. Delante de este, una mesa con un panel orientado hacia la cámara principal y una silla de cuero de color azul celeste. Paulo había decidido que el ambiente debía ser pulcro y minimalista, para que no hubiese distracciones visuales y el público pudiese centrarse en el mensaje de Benjamin. Para que no resultase frío, había decidido incluir el sillón de cuero, material que otorga calidez, pero de un color vivo y relajante que lo alejase de todas las connotaciones formales del negro o el marrón típicos de este material. El panel sería el punto de contraste de la imagen. Lo habían programado para que Ben pudiese controlarlo con el movimiento de su mano, por lo que no tendría ni siquiera que tocarlo. La idea era que acompañase su discurso con imágenes que reforzasen su mensaje. La selección de estas había sido agotadora, Robert se había mostrado muy crítico con la mayoría de la selección inicial y pese a rebuscar una y mil veces en la base de datos de la compañía no consiguieron encontrar el material suficiente como para que Gordon estuviese contento, si es que alguna vez lo estaba. En lo único que se habían puesto de acuerdo desde un principio es que no mostrarían ninguna imagen de Cesare, ya que hubiese resultado muy chocante para los espectadores. Fue entonces cuando Benjamin tuvo una idea, las imágenes que enseñarían serían las suyas propias, los momentos felices de su familia

que tenían almacenados en Vids y fotografías. Robert lo ponderó y llegó a la conclusión de que eso daría una imagen de sinceridad muy positiva para la campaña.

—Así que vas a ser la imagen de tu propia campaña, Benjamin.

El androide Jules hizo su aparición en el plató con su característica sonrisa burlona en el rostro. Ben se sorprendió, no le esperaba allí, pero por otro lado le pareció normal. Los ojos de Jules eran también los de Pascal, y el Gran Hombre no quería perderse el espectáculo.

—Así es, Jules. Bienvenido —replicó Bryar—. Caminamos sobre arenas movedizas, dar una imagen de total confianza es vital para el éxito de la campaña, ¿qué mejor que sea su responsable quién le hable al mundo?

—Tengo entendido que también vas a aparecer por ahí —dijo Jules señalando al panel junto al sillón—. Tengo curiosidad por ver cómo eras de pequeño. Podría haber buscado fotos tuyas en la Red, pero me gustan las sorpresas. Como es lógico yo nunca he sido pequeño, me crearon así, por lo que me fascina comprobar cómo un humano puede cambiar a lo largo de su vida. ¡Una vez me corte el pelo! —exclamó Jules, a la vez que reía sonoramente—, pero no me gustó. Tuve que reimplantarme de nuevo todo el cabello.

—Señor Bryar, creo que lo tenemos todo listo —interrumpió con cautela Haumann—. ¿Quiere hacer un ensayo antes de ponernos a grabar?

—No será necesario, Bert, muchas gracias. Creo que estoy preparado, ¿empezamos?

Todo el mundo se apresuró a colocarse en sus posiciones al tiempo que Ben se sentaba en el sillón celeste y buscaba la postura en la que le resultaba más cómodo y natural dirigirse a las cámaras. Encima de la principal, la que se encontraba frente a él, había colocado un teleprompter en el que podría leer su discurso si olvidaba alguna parte. El propio Robert había tomado el mando del aparato para controlar la velocidad de la comunicación, pero Ben se sentía seguro de sí mismo y no creía necesitar echar mano de él. Las luces del estudio se encendieron con un siseo eléctrico y el plató quedó completamente iluminado. Benjamin se sentía deslumbrado por todos los focos, que apuntaban hacia él como ojos de luz. Echó un vistazo para controlar la situación. Tal y como había vaticinado, Robert Gordon se había colocado en un extremo de la sala, con el control del teleprompter en la mano. Paulo estaba junto a la cámara principal dando un par de directrices al operador. Otras tres cámaras más con sus operadores se repartían por el plató. Justo al final de la sala se encontraba la cabina de realización. Benjamin podía verla parcialmente a través de su única ventana. Haumann estaba tomando asiento en aquel instante. Bryar no veía a Jules por ninguna parte, pero no le cabía la menor duda de que el androide estaría escudriñando sus movimientos desde algún lugar.

—Estamos preparados, señor Bryar, cuando desee —escuchó decir a Bert Haumann a través del interfono.

—Hagámoslo.



Haumann dio la orden a los operadores de cámara y los pilotos rojos de los aparatos se iluminaron al instante. Sus ojos de cristal se encontraron con los de Ben, que respiró profundamente una vez y se aclaró la voz antes de comenzar su discurso.

«Una de las situaciones más difíciles a la que nos enfrentamos en nuestras vidas es la de perder a un ser querido.

Cuando ese momento llega el dolor, la impotencia y la desesperación se instauran en nuestros corazones.

Estoy seguro de que muchos de ustedes conocerán esa sensación y sabrán exactamente a lo que me refiero.

No solo nos aflige la idea de haberle perdido, de no volver a verle, si no que pensamos en todas esas cosas que le quedaron por hacer.

Sus sueños, sus ilusiones, sus proyectos y metas se borraron de un plumazo, y solo nos quedó de ellos el recuerdo.

Soy Benjamin Bryar, responsable de una nueva iniciativa que pretende sustituir ese dolor, esa impotencia y desesperación por esperanza.

La iniciativa de la que les hablo es Revitalis.

Permitan que les presente a mi familia.

Estos son mis padres, Gregor y Olivia. El pelo de mi padre ya no es de color castaño, y mi madre ya no lo lleva tan largo, pero aún se parecen a como estaban en esta fotografía.

Esta es la pequeña Emily, a la que sin duda muchos conocerán ahora.

Siempre ha sido muy dulce.

Y ese muchachito sonriente soy yo, seguramente estaría tramando alguna travesura, ya no lo recuerdo.

Puedo asegurarles que estas son las personas a las que más amo en el mundo, las que más me importan.

He querido mostrarles esta fotografía porque lo que les voy a contar es algo muy íntimo, muy profundo.

Algo que cada uno de ustedes deberá meditar pacientemente.

Por ello quería abrirles mi corazón y ofrecerles un grado de honestidad acorde.

Hemos creado Revitalis para ofrecerles esperanza y consuelo a ustedes, y una nueva oportunidad para los suyos.

Créanme, jamás bromearía con algo tan importante.

Revitalis puede regalar a sus seres queridos la posibilidad que toda buena persona desea para su vida; hacer de este mundo un lugar mejor.

Ahora es posible.

Imaginen por un momento que el final no sea el final, si no el comienzo de algo tan grande y maravilloso que no nos habíamos atrevido a imaginarlo, hasta ahora.

No solo lo hemos imaginado, lo hemos hecho real.

Es real.

Revitalis les regala la oportunidad de que el sol vuelva a acariciar el rostro de sus seres queridos, de que caminen de nuevo y contribuyan a devolver al mundo parte de su esplendor perdido.

El territorio anteriormente conocido como Estados Unidos volverá a brillar, volverá a ser habitable, resurgirá de sus cenizas, y será gracias a ellos, gracias a ustedes.

Tendrán una nueva meta, un nuevo propósito, una ilusión, una esperanza.

Estarán a salvo, y ustedes recibirán puntualmente noticias sobre ellos.

Si desean regalarles a sus seres queridos el don de la revitalización deberán hacer la petición al responsable de Revitalis en el centro sanitario correspondiente en las siguientes setenta y dos horas a su deceso.

Ellos les brindarán toda la información necesaria.

G-Corp les abre esta puerta hacia un futuro que nunca hasta ahora había sido posible.

Les aseguro que me siento muy feliz de poder ser yo quien les ofrezca esta buena noticia.

Gracias a todos, gracias».

—¡De acuerdo, chicos, lo tenemos! —dijo Haumann a través del interfono.

Todos los presentes se unieron en un estruendoso aplauso. Benjamin lo recibió complacido, aún sentado en el sillón de cuero azul celeste. Bert Haumann salió de la sala de realización y se sumó a la ovación mientras se acercaba a Ben.

—Estupendo, señor Bryar. Ha hecho un gran trabajo. ¿Le gustaría que hiciésemos otra toma? —El hombre puso su mano sudorosa sobre el hombro de Ben.

—¿Has visto algo que debemos arreglar, algún fallo?

—No, ha estado usted espléndido —contestó Haumann con una sonrisa sincera.

—Entonces está hecho. No me gusta repetirme —dijo Ben, devolviéndole la sonrisa.

—¡Ya lo habéis oído, chicos! ¡Está hecho! ¡Esto es historia! —gritó el realizador dirigiéndose a todo el equipo.

Los aplausos volvieron a surgir en el estudio, esta vez dedicados a todos, los unos a los otros. Los operadores de cámara se felicitaban mutuamente y el equipo de sonido vitoreaba desde sus mesas de mezclas. Jules, que había salido de su escondrijo secreto, se acercó hasta Benjamin, que ya se había levantado, y le estrechó la mano duramente con su articulación mecánica.

—¡Qué espectáculo, Benjamin! ¡Todo un espectáculo! Casi le dan ganas de morir, si pudiese tal cosa, claro —afirmó bromeando, mientras su voz se entrecortaba con una risa potente—. El señor Pascal ha estado monitoreando en directo a través de mí, y quiere que sepas que está muy satisfecho con lo que ha visto. Se reitera en que eras tú, y solo tú, la elección acertada para este trabajo. ¿Cuánto tiempo llevará el montaje? —preguntó en dirección a Haumann—. El señor Pascal quiere que esté listo lo antes posible.

—En realidad es un trabajo sencillo, el estilo austero del spot lo simplifica todo.

Si empezamos ya, con todo el equipo enfocado a ello, diría que no tardaremos más que un par de horas.

—Excelente, excelente. Pues no pierdan un minuto. El Gran Hombre quiere que se emita esta misma noche, a las ocho.

—Esta noche... ¿no crees que es un poco precipitado? —Benjamin se sorprendió de la noticia, le pareció apresurado, lo que no pasó desapercibido para Jules.

—¡El tiempo es oro, Benjamin! ¡Este es tu día, y esta es tu noche! Como un niño el día de su cumpleaños, ¡ja! No te preocupes, mientras vosotros preparabais la campaña, nosotros hemos hecho el trabajo sucio. Todo el papeleo está listo, los responsables regionales han sido adiestrados. ¡Nos ponemos en marcha!

—Parece que no habéis perdido el tiempo.

—Yo nunca lo hago. Ahora quiero felicitar a Silva y a Gordon —dijo el androide.

Haumann se disculpó alegando que debía apremiarse para que el spot estuviese a punto y se alejó de Ben unos segundos después de Jules. Bryar miró el panel que había utilizado hacía un instante, aún estaba encendido, y mostraba una fotografía de su décimo cumpleaños. Estaba soplando las velas, con su madre detrás rodeándole con sus brazos. Su padre tenía la nariz manchada de trufa y reía congelado al lado del pequeño Ben. Emily estaba al otro extremo de la mesa, con el pelo enmarañado sobre su rostro. Se les veía felices. Benjamin se abstraigo por un momento, pensando en lo que acababa de decir, sin apenas darse cuenta de que hacía meses que no venía a sus padres, y más de un año a Emily. Ni siquiera había intercambiado con ella una simple llamada hacía semanas. Se sentía orgulloso y realizado por el trabajo bien hecho, pero no había en aquello ni un poco de la felicidad que veía en aquel instante captado hacía tantos años. Su trabajo consistía en eso, tamizar la verdad hasta quedarse solo con las pequeñas porciones que le interesaban, adornarlas, endulzarlas y ofrecérselas al público. Cuando eso ocurría, los hechos y datos habían sido tan procesados que nadie los habría asociado a las verdades de las que provenían. Sus escrúpulos y su conciencia nunca le habían impedido hacer su trabajo. «Yo nunca miento, nunca llego a mentir», se decía a veces pero, aunque fuese cierto, tampoco recordaba cual era la última vez que había dicho la verdad, una verdad pura, sin tallar, pulir y disfrazar, una verdad dura y sincera, sin zonas grises. Mientras su cabeza divagaba perdida entre esas ideas, Jules volvió a su lado junto con Paulo y Robert. Tenía uno de sus brazos sobre cada uno de los compañeros de Ben, en señal de amistad, y sonreía animadamente.

—¡Está confirmado, Benjamin! Esta noche a las ocho tu carita se meterá en todas las casas del Mundo Libre —exclamó el androide apretando con sus fuertes brazos a Paulo y Robert hacia él.

—Estupendo... —consiguió responder Ben. Aún le rondaba por la cabeza su pequeño ataque de conciencia.

—¿En qué canal? —quiso saber Robert Gordon. Hablaba con dificultad por el terrible peso de la extremidad de Jules sobre su escuálido cuerpo.

—¿En que canal? ¡Ja! —Se carcajeó el androide—. ¡En todos los canales, mi querido amigo! Es una de las ventajas de ser el dueño de toda la parrilla televisiva, ¡puedes hacer que la gente vea lo que se te antoje! Y lo verán, ya lo creo que lo verán. Si alguien quiere sentar su culo gordo delante de su panel de televisión esta noche, no tendrán más remedio que ver a Benjamin.

—Con esa cara seguro que apagan los paneles —bromeó Paulo, dándole un golpecito amistoso en el pecho a Ben—. ¿Qué te pasa, chico? Estás un poco pálido, incluso para ser inglés.

—Nada, nada. Solo es que los malditos focos daban un calor terrible —mintió Ben—, pero ya me encuentro bien, ¿han sido cosa tuya, Paulo?, ¿pretendías matarme? —Sonrió débilmente, intentando unirse a la broma.

—Me has pillado, y después te habría robado el puesto y despedido a Robert.

—¿A mí, por qué? —Se sobresaltó Gordon.

—Te está tomando el pelo, pequeño —dijo Jules—. Me gusta este tipo, es un poco soso e incapaz de comprender una broma, pero eso hace aún más divertido burlarse de él.

—¿Qué os pasa a todos conmigo? —se quejó Gordon.

—¿Lo ves, Benjamin? —Se carcajeó Jules—. Bueno, amigos ¿listos para volver a la Ciudadela?

—Si no hay más remedio... —Paulo no se encontraba muy cómodo bajo tierra, y su visita a la ciudad le había resultado corta e insuficiente.

—Vamos, vamos. Tendréis un par de horas para relajarnos y después nos reuniremos con el resto del equipo en el comedor para cenar y poder ver el spot todos juntos.

—Un baño caliente no me sentaría nada mal —dijo Robert.

—¡No hay más que decir! El coche nos espera.

La vuelta a la Ciudadela pasó en un santiamén para todos excepto para Benjamin. Paulo, Robert y Jules se mostraban animados y habladores, incluso Robert Gordon, a su manera, parecía más efusivo que de costumbre. Ben, por contra, seguía sintiendo una sensación helada de vacío en la boca del estómago. Cuando llegaron a la Ciudadela cada uno se dirigió a su propia habitación. Benjamin dispuso su mano sobre el detector de su puerta y esta se desplazó suavemente para dejarle paso. Se quitó los zapatos sin siquiera desatarlos, dejándolos caer sobre el suelo en medio de la habitación. Se desprendió también de su americana, que acabó arrugada junto al calzado, y se dejó caer sobre su cama. Se quitó el reloj de muñeca, apretó un par de botones para configurar la alarma y lo dejó al lado de su almohada. Se encontraba abatido, no tenía ganas de absolutamente nada que no fuese olvidarse de la sensación que le inundaba. Apenas le costó unos minutos alcanzar el sueño, aunque este fue débil, ligero y poco reconfortante.

La alarma de su reloj le hizo despertarse sobresaltado un poco más tarde de las siete. Se aseó y preparó para cenar con el equipo científico. Su descanso no había

mejorado su ánimo, pero no quería faltar a la cita. La legión de preguntas que habrían acompañado a su ausencia le disuadían de ello. Una pieza ligera de jazz sonaba como música ambiente en los pasillos del complejo. Benjamin se encaminó hacia el comedor principal, donde presumía que ya se encontraban todos los demás. Comprobó que estaba en lo cierto al llegar a la estancia. El equipo al completo se hallaba reunido en una gran mesa rectangular y vitorearon a Benjamin nada más cruzó el umbral de la puerta. El primero en levantarse fue Maximilian Weber, que le había guardado un lugar junto a él.

—Estamos ansiosos por ver tu presentación de Revitalis, querido amigo.

Weber se acercó a Bryar y abrió los brazos, ofreciéndole un caluroso y honesto abrazo que Benjamin aceptó por educación. En las semanas que había compartido con el Doctor había llegado a estimarle sinceramente, por ello le resultaba difícil aceptar de buen grado una felicitación.

—¿Te encuentras bien, Benjamin? —preguntó Maximilian, que detectó al instante el estado de ánimo de Ben.

—Estoy nervioso —mintió Benjamin, aunque pareció convencer a Max.

—¿Te preocupa no dar bien en pantalla, Benjamin? —bromeó el androide. Jules parloteaba en la mesa con varios miembros del equipo sobre temas triviales, pero no dudó en lanzar un chascarrillo tras la excusa de Bryar—. Debe ser la vanidad de estrellato.

—Bueno, no creo que sea una estrella precisamente —respondió Ben.

—Dímelo dentro de treinta y dos minutos, querido —sentenció Jules.

Al parecer, el androide decidió que por el momento ya le había tomado suficientemente el pelo, pues desvió su atención de nuevo hacia la mesa y continuó con su conversación. Weber dedicó una sonrisa a Ben y le hizo un gesto para que se acercase a la mesa y se sentasen juntos. Cuando todos estuvieron en su lugar los cocineros de la Ciudadela sirvieron los platos a todos los asistentes. Habían preparado una cena especial para celebrar el acontecimiento. Por supuesto, no resultó tan opípara como la que tomaron Weber y Benjamin el día de su llegada, pero había marisco, guiso y frutas de las que todos excepto Benjamin dieron buena cuenta. Ben intentó comer como los demás, sabía que Max se percataría si no era así, pero era incapaz de seguir el ritmo de sus colegas. La sensación de su estómago se tornaba en un fuerte nudo cada vez que un bocado se deslizaba por su garganta. No tenía ningún apetito y la comida le resultaba insípida. Cuando los comensales quedaron saciados, los cocineros retiraron los platos y sirvieron un ligero mousse de chocolate blanco como postre. Todos estuvieron de acuerdo en que el dulce era exquisito y Jules, que había permanecido con ellos durante la cena pese a que evidentemente no había comido nada, realizó un comentario acerca de que sentía mucha curiosidad por el sentido del gusto y, en especial, por el sabor del chocolate que tanto parecía agradar a los humanos. Mientras tanto, el postre de Benjamin seguía intacto sobre la mesa. Weber le miraba de reojo cada poco tiempo. Ben no tenía claro si finalmente iba a

preguntarle de nuevo qué le ocurría o si simplemente iba a pedirle su postre.

—Benjamin, esta debería ser una gran noche para todos, y en especial para ti.

Desgraciadamente para Ben, la primera de sus intuiciones había resultado la correcta.

—Sé que te ocurre algo y me gustaría que lo compartieses conmigo. Sabes que mi estima hacia ti es completa y no hay nada que me duela más que no poder tenderle la mano a un amigo.

—Te lo agradezco de verdad, Max, pero a decir verdad ni siquiera yo sé realmente lo que me pasa. —Las palabras salieron de la boca de Bryar sin que las pensase, pero una vez abierta esa puerta ya no se podía cerrar. Debía sincerarse con Weber—. Creí en este proyecto desde el primer día. Trabajar con los mejores, con alguien como tú, hacer algo nuevo, algo bueno, algo destinado a perdurar y, sin embargo, no siento que esté haciendo lo correcto. Y no lo entiendo, porque realmente eso nunca me ha preocupado. Toda mi carrera me he propuesto ser el mejor, conseguir que la gente creyese lo que yo quería que creyese, pero hoy, grabando ese maldito anuncio... De verdad que no lo entiendo, ya me he enfrentado a situaciones así, la campaña de El Último Sueño no fue fácil, pero en esa ocasión lo asumí como una vía para aliviar la desesperación. Me sentía bien hasta esta tarde, pero cuando he acabado la grabación una sensación extraña me ha invadido y no consigo deshacerme de ella. Creo que estamos jugando con las esperanzas de la gente.

—No jugamos con ellas, Benjamin. Lo que hacemos es dirigirlas a un noble objetivo, algo con lo que crear un mundo mejor. —Weber posó su mano amistosamente sobre el hombro de Benjamin.

—Supongo que tienes razón...

—¡Eh! Está a punto de empezar —exclamó el doctor Lacroisse. Activó el gran panel de la pared—. ¿En qué canal lo pongo?

—¿Qué más da?, ¡hoy somos los reyes de los medios de comunicación! —bromeó Paulo Silva.

Solo quedaban unos segundos para que fuesen las ocho.

—Aquí vas, pequeño —dijo Jules mientras le guiñaba un ojo a Ben.

Unos instantes después la programación se interrumpió por un bloque de publicidad. El rostro de Benjamin apareció como un gigante en el panel del comedor y dio paso a un plano más abierto en el que se podía apreciar el sobrio pero cálido espacio que Paulo había preparado para la ocasión. El Benjamin del panel comenzó su discurso con un tono seguro y sentido. Los asistentes guardaban absoluto silencio y se bebían las palabras que emitía el hombre de la pantalla, en el que el verdadero Ben no se reconocía. Su monólogo seguía con la presentación de la fotografía de su familia. Lo que en otro momento le había parecido una idea brillante para ganarse la confianza del público ahora se le antojaba mezquino y demagogo. El equipo parecía opinar lo contrario, pues pese a su silencio sus caras mostraban cada vez más entusiasmo. Un par de leves respiraciones de emoción se abrieron camino entre la

sala cuando se escuchó por primera vez la palabra «Revitalis», como si esta hubiese sido un sueño hasta entonces y, al oírla en aquel panel, por fin se hubiese materializado, se hubiese hecho realidad. Benjamin bajó la mirada y se encontró con su postre. Se había olvidado de que seguía frente a él, sin haber sido siquiera probado. El mousse había perdido gran parte de su textura, y lo que antes era un bocado esponjoso ahora parecía rancio y desinflado. El mundo a veces se jactaba de ser irónico. El discurso estaba terminando, Ben conocía cada palabra de principio a fin, y con ello sabía que vendrían las felicitaciones, los aplausos y los comentarios que debería aceptar con una sonrisa que no se sentía capaz de simular. Sus pronósticos no tardaron más que unos segundos en hacerse realidad. La sala se inundó de aplausos. Hasta los cocineros, respetuosamente apartados en un extremo de la habitación, batían sus manos con entusiasmo.

—¿Sigues pensando que no eres una estrella? —preguntó Jules entre el ruido de la celebración—. Apuesto a que no puedes salir a la calle sin que te pidan un autógrafo.

Benjamin asintió levemente y mantuvo silencio. Weber, consciente de la preocupación de su amigo, se limitaba a darle pequeñas palmaditas de ánimo en su espalda, más con la intención de hacerle saber de cómo se sentía que de felicitación. Ben tuvo que aguantar que casi todos los presentes le dedicasen agradecimientos personales y quisieran estrecharle la mano, justo lo que hasta esa misma tarde Benjamin hubiese deseado que pasase. Un par de los científicos fueron especialmente efusivos, asegurando que gracias a él, a su manera de elegir las palabras apropiadas, su trabajo iba a cobrar el valor que merecía. Le dieron la excusa perfecta para eludir el mérito, otorgándose a Robert Gordon e instando a la pareja a que dirigiesen sus felicitaciones hacia él. Cuando Benjamin creía que lo peor ya había pasado, una figura apareció a su lado sin que se diese cuenta de cómo había llegado hasta allí.

—Discúlpeme, señor Bryar.

Uno de los cocineros se había acercado. Ben creía recordar que se llamaba Philippe. Era un hombre de estatura media, con el rostro grueso, los brazos peludos y el cabello canoso despeinado por el gorro que ahora sostenía con una de sus manos.

—Me gustaría darle las gracias y estrecharle la mano.

—Gracias, pero no hay porqué, de verdad.

El hombre pareció apenado, se había tomado el rechazo de Ben como un desprecio personal más que como un acto de modestia o de vergüenza.

—Vamos, Benjamin —le animó Weber—. Phil solo quiere darte las gracias.

Benjamin recapacitó y se levantó de su asiento extendiendo su brazo hacia el del hombre, que sujetó la mano de Ben entre las suyas.

—Sé que solo soy un empleado Beta, señor Bryar, pero lo que usted ha dicho es muy importante, muy importante de verdad. Gracias a gente como usted a veces es posible creer que las cosas pueden ir un poco mejor.

—Muchas gracias, Philippe —dijo Ben, intentando que no se le atragantaran las palabras.

—Yo... yo tenía un hijo, señor Bryar. —Phil tardó un momento en poder volver a hablar. Sus ojos se habían vuelto vidriosos y su voz quebradiza. De pronto parecía haberse vuelto un ser hecho de cristal a punto de romperse—. Se fue hace casi un año. Sé lo que usted ha dicho, no vengo a decírselo por eso, solo quiero que sepa que si hubiese pasado ahora yo habría... hecho lo que usted ha dicho, y quizá el dolor de mi familia no habría sido tan grande. —Dos lágrimas brotaron finalmente de los ojos de Phil, pero su rostro permaneció impertérrito—. Solo era eso, señor Bryar.

—Gracias por compartirlo conmigo, amigo —contestó Ben.

Estaba aterrorizado por el poder de sus palabras, por lo que estas acababan de desatar. El hombre se alejó de Benjamin y volvió junto a su compañero en uno de los extremos de la sala. Sin que Benjamin supiese cómo, algunos de los presentes se habían hecho con un par de botellas de champán. Los corchos volaron por los aires y la festiva espuma bañó el suelo antes de que las copas se llenasen. Todos estaban preparándose para brindar cuando Benjamin habló de nuevo.

—Voy a salir —dijo sencillamente.

—¿Ya te retiras a tu habitación? La fiesta no ha hecho más que comenzar —replicó Paulo.

—No, me refiero a fuera. Necesito que me dé el aire.

El resto del equipo se mostró sorprendido por las palabras de Bryar.

—Está bien, Benjamin —se limitó a decir Weber.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Robert Gordon. Después de Benjamin era sin duda quién disfrutaba menos de aquella ruidosa escena.

—Te lo agradezco, Robert, pero prefiero dar un paseo solo.

Benjamin salió de la estancia y se dirigió al elevador que conducía a la superficie. Cuando pisó la hierba del valle que un momento antes se encontraba sobre su cabeza los últimos débiles rayos del sol se difuminaban tras las montañas que coronaban el lugar, dentro de las cuales se encontraban las demás zonas de la Ciudadela. Pronto sería completamente de noche, pero Ben no tenía intención de volver al complejo hasta que todos se hubiesen dispersado y vuelto a sus habitaciones. Caminó hacia el oeste, sin motivo alguno, a paso lento y apesadumbrado. De tanto en tanto miraba al cielo, buscando unas estrellas que se escondían de sus ojos tras la tenue claridad del moribundo día. La luz había dejado de dominar la pradera y la penumbra reinaba en ella, colmando de rocío las finas hebras de hierba. Benjamin se agachó y las acarició con su mano, ansioso por sentir alguna cosa que no fuese el implacable vacío que se había instalado en su interior. Pasó la mano por su nuca y el vello de su cuello se erizó por el contacto con la humedad que había recogido con sus dedos. Siguió así, caminando en la misma dirección al menos unos minutos más, hasta que un pequeño riachuelo se cruzó en su camino. No lo había visto antes. Estaba alejado del camino por el que se llegaba en coche a la Ciudadela. Ben se sentó junto a la orilla y se



descalzó, tirando los calcetines y los zapatos a un lado. Sumergió los pies desnudos en el agua clara. Estaba realmente fría. Al principio le dolieron, pero no le importó. Cualquier cosa era mejor que no sentir nada. Poco a poco el dolor fue desapareciendo y solo quedó un leve entumecimiento, como si sus pies hubieran sido arrastrados por las aguas y ya no formasen parte de él. Recostó su cuerpo sobre la hierba y entonces se encontró con las estrellas. Desde luego, ellas no podían ofrecerle consejo o alivio alguno, es posible que algunas de ellas ni siquiera existiesen ya. Lo que veía en el cielo podía ser solo el aullido agónico de algo que ya formaba parte de la memoria de la eternidad, como la carta de un soldado que llega a casa después de que este haya caído en combate y las palabras banales que había impreso en ellas se convierten en una fortuita y amarga despedida. Benjamin se preguntaba si todos aquellos ojos del firmamento seguirían allí la noche siguiente o si para alguno esta sería la última vez, el último destello de grandeza y que, miles de millones de kilómetros más allá, hacía años que ya no era más que un espectro. Un sonido artificial se mezcló de pronto con el ronroneo del riachuelo y la brisa sobre la hierba. Era el SmartPad de Benjamin el que lo emitía. Un chirrido rítmico e incesante que despojó a Ben de la poca paz que había conseguido atesorar en aquel momento de quietud. Lo sacó de su bolsillo y estuvo a punto de lanzarlo al agua, pero se detuvo justo un momento antes de que sus dedos se abriesen. Miró la pantalla y vio que era Emily quién le llamaba. Dudó si contestar, pero finalmente descolgó y su hermana apareció en la pantalla.

—¡Eres un completo imbécil! —gritó Emily al otro lado de la línea.

Tal y como se había imaginado Ben, no estaba contenta.

—Hola, Emy.

—¿Cómo que hola Emy? ¿Hola, Emy? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Supongo que no. —Benjamin se encontraba demasiado deprimido para enfrentarse a la situación, pero tampoco quería colgar a su hermana.

—¿Supones? ¿En qué demonios estabas pensando, Benjamin? Me has utilizado. Nos has utilizado a papá, a mamá y a mí. Joder, nos has convertido en otra de tus maniobras publicitarias. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Les he llamado hace un momento y ¡están orgullosos! Es posible que a ellos les ciegue su amor de padres, pero eso no te va a valer conmigo, mezquino gilipollas.

—Lo siento, Em...

—¿Qué lo sientes? ¡Y una mierda lo sientes! Revitalis... Te felicito, Ben, eres el artífice del último delirio de grandeza de Jacques Pascal y, ¿sabes qué?, le auguro un gran éxito, un éxito de masas. Has vendido perfectamente la idea, seguro que mañana hay miles de personas desesperadas haciendo cola en vuestros hospitales para recibir un poco de esa «esperanza» tuya. Espero que tus quince minutos de fama compensen que juegues con los sentimientos de esa pobre gente.

—Yo...

—¿Qué ocurre? Ah, vale, perdona. Debes estar celebrándolo, ¿no? ¿He interrumpido tu pequeña fiesta personal? No me lo permitas. Sal por ahí y echa un

buen polvo, te lo mereces. Seguro que encontrarás a montones de mujeres deseosas de follarse a ese tío tan honesto y sensible del que todo el mundo habla. Solo te llamaba para decirte que la próxima vez que planees tus estrategias de publicidad de mierda nos dejes fuera, a mí y a nuestros padres, de lo contrario te juro que utilizaré hasta el último de mis recursos para acabar contigo, y me da igual que seas mi hermano.

Emily colgó. La pantalla del SmartPad de Ben se apagó y se quedó mirándola completamente derrotado. La llamada de su hermana había sido demoledora, pero lo que le destrozó de verdad fue que incluso detrás de su máscara de fortaleza, Emily no pudo esconder que había estado llorando. El cristal del dispositivo estalló entre los dedos de Ben, víctima de la presión a la que inconscientemente lo estaba sometiendo. Benjamin miró su mano, que sangraba por su palma y la segunda falange de su dedo anular, sin poder siquiera sentir el dolor. Esta vez sí, lanzó el SmartPad al río con todas sus fuerzas y este se perdió entre la corriente perpetua. Un rato después, mientras caminaba de vuelta a la Ciudadela, los ojos de Ben se encontraban tan húmedos como sus pies. No fue hasta descender y llegar al *hall* cuando se percató de que había olvidado sus zapatos en la orilla del riachuelo. Maximilian Weber estaba allí, sentado en uno de los sillones con un periódico entre las manos, igual que el día que se conocieron.

—Benjamin —dijo Weber, mientras apartaba el periódico a un lado y se ponía en pie—, ¿dónde están tus zapatos?

—En la orilla de un pequeño río, a un par de kilómetros —contestó Ben mecánicamente.

—Curioso, ¿vas a volverte naturista? —preguntó Max, intentando romper el hielo—. ¿Te encuentras mejor?

—En realidad no, Max, pero no me apetece hablar de ello.

—No te preocupes, chico, no estoy aquí para atosigarte. Solo quería cerciorarme de que volvías sano y salvo. Nos dejaste preocupados y no habría podido conciliar el sueño. —Weber se acercó a Bryar y colocó la mano sobre su hombro, tal y cómo solía hacer.

—He vuelto, ya no tienes de qué preocuparte. Si me disculpas, me gustaría irme a la cama.

Benjamin se apartó del doctor, retirando su hombro de la mano de este y dándole la espalda. Puso rumbo en dirección al ala de las habitaciones, pero Max volvió a llamar su atención.

—Benjamin, no te tortures —inquirió Weber con tono paternalista—. Haremos que merezca la pena, tienes mi palabra.

—Hasta mañana, Max.

Benjamin caminó con la mirada y los pensamientos perdidos hacia su dormitorio. Una vez dentro, se desplomó en el sofá y por segunda vez en la misma noche comenzó a llorar, pero esta vez su llanto no fue tenue ni silencioso. Las lágrimas

saladas le empapaban las mejillas, sus ojos enrojecieron y se hincharon y su respiración se entrecortaba entre sollozos. A través de sus pupilas, desenfocadas tras las lágrimas, vio que había algo en la mesa que tenía delante de él, algo de lo que no se había percatado, que no estaba allí la última vez que salió de la habitación. Benjamin se inclinó hacia el objeto y se frotó los ojos para poder observarlo con mayor claridad. Era una botella de whisky y, junto a ella, un vaso sobre una nota. Levantó el vaso para poder cogerla y se la acercó lo suficiente para que las letras fuesen visibles entre los pequeños círculos que las lágrimas creaban en sus ojos. «Te la has ganado», rezaba simplemente el trozo de papel, y era Jules quién lo firmaba. Benjamin arrugó la nota con sus dedos y lanzó con furia el vaso contra la pared, el cual estalló en mil pedazos. Estaba cansado de la condescendencia del androide. Volvió a recostarse sobre el sofá, pero su mirada seguía clavada en la botella de la mesa. Tardó un par de minutos en armarse de valor y finalmente se lanzó hacia ella. La abrió con ansia y dio un gran trago que le quemó mientras bajaba por la tráquea. Aquello le hizo sufrir una arcada, tan grande que pensó que vomitaría allí mismo, pero consiguió no hacerlo, y poco después dio otro trago, y otro, hasta que su consciencia fue perdiéndose en el espacio vacío que el licor dejaba en la botella al abandonarla.

Benjamin Bryar amaneció en el mismo sofá a la mañana siguiente, con la boca pastosa y la ropa empapada en un sudor pegajoso y hediento. No conseguía abrir por completo los ojos sin que su cabeza diese síntomas de reventar. Consiguió arrastrarse pesadamente hasta el cuarto de aseo, allí se introdujo en la bañera, sin siquiera deshacerse de sus malolientes prendas, y abrió la corriente del agua fría con la esperanza de que esta le devolviese al mundo real. Pasó un buen rato antes de que se sintiese con las fuerzas suficientes para ponerse en pie. Lo hizo despacio y con precaución, pues su sentido del equilibrio seguía muy afectado. Salió de la bañera y se dirigió hasta la zona donde se encontraba su cama y el armario con el resto de su ropa, empapando toda la estancia por el camino. Consiguió vestirse en lo que le pareció una eternidad y salió de su habitación con la esperanza de poder conseguir un café en el comedor. No tenía la menor idea de qué hora podía ser, y no llevaba su reloj para comprobarlo. Al llegar a la zona común descubrió que debía ser al menos mediodía, ya que algunos de los doctores se encontraban allí, aparentemente almorzando. Algunos le miraron y vio en su expresión el reflejo de la sorpresa, pero ninguno de ellos le dijo nada. Jules también estaba allí, sentado a la mesa.

—¡Benjamin, por fin te has levantado! —dijo el androide con su usual tono desenfadado y pretencioso—. ¡Tienes un aspecto terrible! Parece que hayas celebrado el día de San Patricio tú solo... y en septiembre. Creía que eras inglés, aunque igual me he confundido de isla. —Algunos de sus acompañantes rieron tímidamente ante el comentario de Jules—. La próxima vez te llevaré simplemente té helado —se jactó.

—¿Cómo entraste en mi habitación? —preguntó Benjamin. No podía evitar tambalearse de pie junto a la entrada y tenía la mirada enrojecida por la resaca y el

odio que en ese instante sentía por el androide.

—Digamos que el lector de huellas de tu puerta y yo somos viejos colegas y que me debía un favor. Espero que no te haya sentado mal, amigo. No pretendía extralimitarme, solo tener un pequeño detalle por tu gran gesta de ayer.

—¿Gran gesta? ¿Así es como lo llamas?

Benjamin se acercó hacia la mesa, sin saber muy bien cuales eran sus intenciones. No sabía si sentarse, pedir ese café y resignarse a escuchar el incesante parloteo de la máquina o estrellar su puño contra lo que fingía ser su cara. Optó por lo primero, por mucho que sus entrañas le pidiesen golpear a Jules sabía que solo conseguiría romperse la mano contra el duro metal y que el resto del equipo sancionaría su comportamiento. Lo último que quería era convertir aquel engendro en una víctima, aunque no le hiciese ni un rasguño en el intento, así que se sentó.

—Lo llamo como lo que es. Esta mañana hemos recibido los primeros informes. ¡Más de seis mil peticiones en las primeras dos horas! Es mejor incluso de lo que podíamos esperar. Por supuesto, la mayoría de ellas no son válidas. La gente es estúpida, se presenta allí con cualquier motivo, familiares que murieron hace años, viejos, sea lo que sea. Solo unas ciento setenta entraban en los requisitos. Pero no importa, es normal, ya irán entendiendo como funciona.

—¿Dónde están Paulo y Robert? —preguntó Benjamin, sin atender al resumen de Jules.

—Se han ido a la ciudad. Te esperaron un rato, pero el señor Silva estaba ansioso por salir a la superficie y se marcharon hará una hora —informó el androide.

—Creo que seguiré sus pasos —dijo Ben. Se pasó los dedos entre los cabellos, intentando relajar la presión que sentía en la cabeza.

—Benjamin —llamó alguien desde la entrada al comedor.

Era Weber, con gesto más serio de lo normal en él. Llevaba la bata de laboratorio sobre un traje color canela y parecía haber estado trabajando desde bien temprano, delatado por el color pardo que asomaba en la piel debajo de sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ben, desganado.

—Necesito que vengas conmigo unos minutos.

Sin decir ni una palabra más, el hombre desapareció por el pasillo. Benjamin no pudo replicar nada y solo le quedo la opción de seguirle tan rápido como pudo en su penoso estado. Apenas si consiguió alcanzarle cuando el doctor se internaba en el corredor que llevaba al laboratorio central. Cuando llegaron al suelo acristalado bajo el que se encontraban las instalaciones Benjamin tuvo que reprimir las nauseas. Su animadversión por las alturas mezclada con el whisky que aún se resistía a abandonar por completo su cuerpo habían formado un explosivo cóctel en su estómago.

—Vamos, Benjamin —le apremió Weber.

El doctor ya se encontraba en el centro de la sala, dentro del elevador que descendía al laboratorio. Unos instantes después, intentando en vano no mirar bajo sus pies, Bryar entró junto a él en el ascensor y comenzaron a descender.

—¿Qué es tan importante, Max? No me encuentro demasiado bien.

—Eso es justamente lo que me importa —replicó Weber—. Quiero enseñarte algo.

Llegaron al suelo del laboratorio y las puertas del elevador de cristal se abrieron para dejarles paso. Dejaron atrás una de las enormes máquinas, una de las muchas de las que Benjamin no conocía su utilidad concreta, y llegaron a uno de los espacios abiertos de la sala. Allí se encontraba Cesare, de pie, inmóvil. Bryar apartó la mirada de él tan pronto como lo vio, sin embargo Maximilian lo contemplaba detenidamente.

—¿Qué es lo que ves, amigo mío? —le preguntó Weber tras unos segundos.

—¿Es una pregunta retórica?

—Por supuesto que no.

—Está bien... —resopló Bryar—. A Cesare, veo a Cesare.

—Sí, y no. Mira con más detenimiento.

El sujeto se mantenía justo como estaba cuando los dos hombres llegaron a la sala.

—Un muerto.

—No eres tan estúpido, Benjamin, no intentes hacérmelo creer.

—Me rindo.

—Te diré lo que veo yo —continuó el doctor, sin tener en cuenta la última afirmación de Ben—. Veo las barreras de las limitaciones humanas derrumbadas de nuevo. Veo hombres que han cruzado el umbral que otros dijeron que jamás podría cruzarse. Esos hombres somos nosotros. Lo que veo delante de mí es el progreso.

—Ojalá pudiese estar de acuerdo —sentenció Benjamin.

—No hace mucho lo estabas.

—Cierto, pero ya no. Ayer, justo al acabar de grabar ese maldito anuncio, algo cambió en mí. Solo fue un instante, pero fue suficiente para abrirme los ojos. Vi en el panel la fotografía que utilicé para mostrarla al público y me di cuenta de que no creía en nada de lo que acababa de decir. No es que no hubiese hecho cosas parecidas antes, pero en esta ocasión fui demasiado lejos. Hay en juego tantos sentimientos, tantas...

—Esperanzas, sí. Tú mismo lo dijiste. ¿Crees que mentiste al hacerlo?

—¿Qué esperanza hay en eso? —preguntó Ben señalando al sujeto.

—La esperanza no es una promesa, amigo mío. Tú no le has prometido nada a nadie, solo les has ofrecido algo en lo que creer, y la gente siempre quiere creer. Ya lo están haciendo. Cesare solo es el primero. Mañana serán doscientos, el día siguiente quizá tres veces más. ¿Crees que serían más felices si no hubieras grabado ese video, si Revitalis se hubiese venido abajo? Desde luego que no. Tú les has dado esa esperanza. No es falsa, es completamente real, y de ella vamos a crear algo maravilloso. Cerraremos la cicatriz más grande de la historia del mundo gracias a ella.

—No sé...

Las palabras de Weber jugueteaban en la cabeza de Benjamin como cantos de sirena. Resultaban tan reconfortantes que solo deseaba poder creerlas sinceramente.

—Tienes un gran peso sobre tus espaldas, querido Benjamin, y nadie mejor que yo puede entenderlo, te lo aseguro. —El doctor retiró las gafas circulares de su rostro y las limpió cuidadosamente con uno de los extremos de su bata—. Hace ya muchos años que traje la primera Inteligencia Artificial a este mundo. Con el tiempo vinieron muchas otras y te aseguro que no hubo un solo día en el que mi responsabilidad hacia mis pequeños no me plantease dilemas morales. Algo tan bello, tan perfecto, tan parecido y diferente a nosotros al mismo tiempo. Algunos estaban destinados a trabajar, otros a servir, cantar, cuidar, divertir... ¿Les recuerdas, Benjamin?

—Claro, mis padres tenían una unidad doméstica. Yo nunca llegué a comprar uno antes de que llegase la Prohibición.

—¿Alguna vez el androide de tus padres te hizo daño?

—Por supuesto que no.

—Eso fue a causa de la Doctrina. ¿Oíste hablar de ella?

Benjamin asintió.

—Las Tres Leyes de la Robótica fueron establecidas por el novelista Isaac Asimov para completar un círculo vicioso en el que los robots de sus historias no pudiesen dañar a los seres humanos en modo alguno. Resulta curioso que la respuesta a ese dilema fuese respondida por un escritor de ciencia ficción del siglo xx en lugar de por algún ingeniero nacido casi cien años después, pero así es. Como Julio Verne, un novelista contó al mundo lo que nos deparaba sin que nosotros siquiera lo hubiésemos imaginado. Te aseguro que nos devanamos los sesos durante mucho tiempo intentando encontrar un modo de control mejor, pero no pudimos descubrir nada más seguro. Así que generamos un modelo de conducta a partir de ellas y lo llamamos la Doctrina. Todos los androides venían con ella incorporada.

—Pero el Incidente de Copenhagen...

—Ese fue el día más triste de toda mi vida. Fallé a todos mis pequeños y eso les condenó a la destrucción. Quizá algún día pueda contarte lo que realmente pasó entonces, pero lo que quería decir con esto, amigo mío, es que yo también cometí errores en mi vida y sufrí lo innumerable a causa de ellos. Me culpé y odié durante años. He pasado las mismas dudas y la misma agonía que veo en ti, pero ahora todo es diferente, controlo la situación, todo irá bien, confía en mí. Esto es, definitivamente, algo bueno.

—Max... —Benjamin tenía un nudo en la garganta, estaba a punto de rendirse a la retórica de Weber. En el fondo quería hacerlo para dejar de sentirse vacío y perdido.

—¿Confías en mí? —repitió Weber, ahora como pregunta.

—... Sí.

Maximilian Weber recogió los pedazos de Benjamin Bryar y los fundió de nuevo en uno con un abrazo de comprensión y compañerismo. A solo unos pasos de ellos un

par de ojos muertos, mirando sin ver, contemplaban una clase de renacimiento muy diferente a la que ellos habían recibido.

En los días posteriores el trabajo fue frenético. Los cuerpos no paraban de llegar desde todos los rincones de la Federación, se contaban por cientos. El equipo científico se trasladó a unas instalaciones de G-Corp en la ciudad, pues pronto el laboratorio de la Ciudadela fue demasiado pequeño para realizar el proceso de revitalización en él. Weber tuvo incluso que ampliar el personal para poder cumplir los plazos necesarios, de lo contrario muchos de los cuerpos se habrían malogrado. Benjamin, Robert y Paulo también trabajaron sin descanso. El spot no había sido más que el principio, a este le siguieron paneles publicitarios, Vids en los laterales de los autobuses, cuñas de radio y marketing en la Red. Ben se había convertido en una estrella, no podía pisar las calles de Berna sin que la gente le parase y quisiera fotografiarse junto a él. Se encontraba mejor después de la charla con Maximilian, y lo cierto es que sí sentía el calor de los demás. Seguía teniendo sus reservas respecto al proyecto Revitalis y desde luego no sentía la pasión con la que comenzó, pero cumplía con su deber. Sin duda, la campaña orquestada por Ben y sus compañeros había conseguido poner a favor de Revitalis a la Opinión Pública, pero el éxito de la operación no solo podía atribuirse a ellos. G-Corp no solo era la dueña de todos los Media, poseía cada hospital y ocupaba a noventa y nueve de cada cien empleados del Mundo Libre. Jules, como mano derecha de Pascal, se había encargado de que la maquinaria del sistema estuviese bien engrasada. Los médicos que conseguían convencer a las familias recibían unos buenos incentivos, los familiares de los futuros Revitalizados veían como el porcentaje de su cuota de gasto era reducido. Revitalis había tenido muchísimo más calado entre la población consumidora. Algunos miembros del gobierno Suizo también habían recibido su parte del pastel, lo que ayudó a que no se pusiesen trabas a la hora de que los cuerpos cruzasen la hermética frontera del país transalpino. No era raro, al fin y al cabo la segunda cosa que mejor hacía G-Corp era comprar, y la primera era vender. Así pasaron tres semanas y el proyecto seguía viento en popa. Jules, que había pasado unos días recorriendo la Federación, avisó a los demás de que volvía a Berna, y no lo hacía solo. El Gran Hombre iba con él.

La mañana, una de las primeras de aquel otoño, había nacido clara, aunque su resplandor no pudiese apreciarse en los pasillos subterráneos de la Ciudadela. El androide había convocado allí a todos los miembros del equipo, así que estos aguardaban su llegada en la sala de reuniones comentando amistosamente los últimos pormenores que surgían con el trabajo del día a día. No fue hasta una hora más tarde cuando escucharon el sonido del elevador como una premonición de la inminente visita. Todos se colocaron formalmente alrededor de la mesa y aguardaron en silencio. Jacques Pascal entró en la habitación vistiendo un traje azul marino, una camisa blanca y una sonrisa en el rostro. Unos pasos detrás de él, Jules le

acompañaba con su Marca de Plata reluciente bajo los labios. Pascal no tomó asiento, se quedó unos instantes contemplando a su expectante público y entonces batió las manos en un lento aplauso.

—Mi más sincera enhorabuena, damas y caballeros —dijo mientras apoyaba las palmas de ambas manos sobre la mesa—. Habéis realizado un trabajo excepcional, y no esperaba menos. —La mayoría de los presentes sonrieron de satisfacción, pero ninguno osó decir una palabra por temor a cortar el discurso del Gran Hombre—. Ha pasado casi un mes desde que Revitalis fue lanzado y, lo sabéis mejor que yo, ya contamos con más de seis mil sujetos operativos. —Su sonrisa se arqueó todavía un poco más—. Estamos listos para pasar a la tercera fase. ¿Qué significa eso?

—Estados Unidos —contestó Ben.

—Premio. Lo hemos preparado todo. Puedo afirmar también que las instalaciones que servirán como primera base en la Costa Este están completamente operativas y listas para recibirlos. Los miembros que de entre vosotros formen parte de la primera expedición emprenderán su viaje dentro de cuatro días. El resto seguirá aquí, formando a los nuevos empleados y haciéndose cargo de las remesas que vayan llegando. Si mantenemos el ritmo habrá un segundo envío de sujetos antes de finales de diciembre.

—¿Se ha instalado también el servidor central desde el que operará Maria? —preguntó de forma seca Weber. No podía esconder su animadversión hacia Pascal.

—Por supuesto, podrás instalar allí a tu pequeño robot inmaterial nada más llegar —replicó Pascal con sorna, disfrutando de crispas al doctor.

—No creo que tú lo entiendas, pero Maria es vital para el proyecto. Ella es quién gestionará el trabajo de los Revitalizados —bufó Weber.

—Como he dicho, todo está listo. ¿Alguien quiere hacer una pregunta? —El silencio corroboró que nadie tenía intención de hacerlas—. Muy bien, os dejo seguir con vuestro trabajo.

—Yo no tengo preguntas —interrumpió Bryar—, pero me gustaría hablar con usted en privado.

—No hay problema, Benjamin. Seguro que tus colegas nos permiten quedarnos a solas aquí mismo.

Pascal hizo un gesto con la mano, cortés pero firme, que no daba opción al resto del equipo. Debían salir de la sala inmediatamente, y así lo hicieron. Todos menos Jules, que sería erguido junto a la puerta.

—Eso tampoco. —El dedo de Benjamin señalaba al androide.

—Jules, espera fuera —se limitó a decir Pascal, mientras tomaba asiento junto a Bryar. El androide obedeció—. Dime, Benjamin, ¿qué es lo que querías contarme?

—Señor, no quiero que usted piense que soy un desagradecido o que no valoro la gran oportunidad que me ha brindado con todo esto... —Ben se sentía tan incómodo hablando con Pascal como la primera vez. Estar a su lado era, simplemente, abrumador—. Cuando comenzó la campaña me sentí algo confuso, es difícil



describirlo.

—No hace falta que sigas, Benjamin, lo sé. —Pascal cruzó las piernas—. Jules es mis ojos y mis oídos, no lo olvides. Conozco tu pequeña crisis. ¿Crees que vas a sufrir la ira del Conciliador? Si es eso, chico, puedes estar tranquilo. Es más probable que te topes con Santa Klaus.

—¿No cree usted en la existencia del Conciliador? —A Ben le resultaba extraño, incluso de los labios de un hombre como Pascal, oír la negación de la Fe en la Casa.

—Cuando se tiene tanta historia a las espaldas como la tengo yo resulta muy conveniente la perspectiva de no tener que rendir cuentas ante nadie. No creo en el Conciliador, como no creía en Jesucristo ni en ninguno de los dioses antiguos. Nací en una familia católica, y ya entonces no me tomaba en serio ninguna de esas historias. Luego llegó la Conciliación y todo el Mundo Libre olvidó sus raíces de la noche a la mañana. Los renegados son los únicos que han intentado rebelarse contra la imposición de la nueva Fe, ¿y de qué les ha servido? La Federación arrasa sus casas y quema sus tierras en nombre de un Dios que ella misma creó. —Pascal guardó silencio unos segundos mirando fijamente a Bryar—. ¿No te creerás todas esas milongas? Te tomaba por alguien más inteligente.

—No es eso, señor, le aseguro que no es por motivos religiosos. —Pese a que le asombraba la franqueza de Jacques Pascal sobre el tema, lo cierto es que Benjamin tampoco profesaba ninguna fe religiosa. Simplemente se limitaba a no hacer ningún comentario políticamente incorrecto y no llamar la atención al respecto, como tantos otros que no querían problemas—. Es la sensación de haber ido demasiado lejos.

—Así que era eso. —Pascal se encorvó, acercándose a Bryar—. ¿Sabes que es la moralidad, querido Benjamin? Son las barreras que los mediocres quieren imponer al mundo para que su patetismo resulte menos evidente, menos molesto. A decir verdad, creía que ya tenías aprendida esa lección, estoy... decepcionado.

—Señor, solo fue una crisis, no duró mucho y he seguido trabajando en el proyecto con el mayor de los...

—Ya basta —interrumpió Pascal, con un gesto tranquilo pero severo—. Hay miles de millones de personas en el mundo ahora mismo, y otros miles de millones la pisaron antes que ellos. La mayoría van de un lado para otro durante toda la vida sin saber qué hacer con ella. Algunos no tienen nada que ofrecer al mundo, otros desaprovechan su potencial y hay quién simplemente no tiene suerte. Las huellas que dejan tras de ellos son eliminadas por el aplastante peso de la historia. Unos pocos, sin embargo, tienen el coraje de cambiar las cosas. Son esas, sus huellas, las que perduran en el tiempo, las que seguimos los que llegamos después. ¿Sabes qué tienen en común todos esos hombres? Crearon sus propias normas. No se dejaron limitar por la moral, la religión o el pensamiento cerrado. Yo soy uno de ellos, no soy el primero, pero soy el que mejor lo ha hecho. Los cimientos del trono de cada hombre se asientan hundiéndose profundos en el orgullo, los sueños frustrados y las tumbas de aquellos a los que dejó atrás, a los que venció. —Pascal se irguió en su asiento y miró

fijamente a Benjamin a los ojos antes de continuar hablando—. Y ahora, teniendo en cuenta esto, ¿qué es lo que querías decirme?

—Quiero viajar a Estados Unidos. —Ben tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le atragantasen las palabras—. Debo formar parte de la primera expedición.

—Olvídalo. Aquí me resultas útil, allí no.

—Señor, el trabajo aquí está hecho. Cada persona de la Federación conoce Revitalis, las donaciones no paran de subir. Paulo o Robert pueden encargarse de hacer las pequeñas correcciones que la campaña necesite con el paso del tiempo. Además, no pretendo quedarme allí mucho tiempo. Volvería con el resto de miembros a finales de año. Solo necesito verlo, ver el resultado de todo nuestro trabajo. Podría resultar útil en el futuro para una nueva campaña.

—Es una expedición científica, Benjamin. Tú eres publicista, no puedo aprobar tu petición.

—Con el debido respeto... —Ben inspiró—. No es una petición.

—¿Cómo dices? —Bajo la arrogancia en el tono de voz de Pascal se encontraba escondido un pequeño resquicio de sorpresa.

—No seguiré en el proyecto si no voy a los Estados Unidos.

—Ya veo... ¿Te gustan los documentales, Benjamin? —Pascal se levantó y se abotonó la americana con gesto altivo.

—Alguno. No entiendo la pregunta.

—Estaba viendo uno de camino hacia aquí. Creo que se había grabado en Kenia, no estoy seguro, siempre me confundo con todos esos países africanos. Un leopardo atacaba una pequeña manada de jabalíes descuidados mientras bebían en una charca. Todos salían corriendo menos uno, uno joven, casi un bebé, que quedaba rezagado. Le plantaba cara al leopardo, estaba muy erguido y mostraba un par de colmillos que apenas le sobresalían del morro. Dime Ben, ¿dirías que ese jabalí era valiente?

—Supongo.

—Valiente, sí, y estúpido, a eso lo llaman darwinismo.

Pascal hizo un leve gesto de despedida con la cabeza y se dirigió a la puerta, pero Benjamin le interrumpió con una nueva pregunta.

—¿Cómo acabó el jabalí, señor?

—Bueno, como he dicho era un documental sobre leopardos. —Pascal ni siquiera giro su cabeza para contestarle—. Buen viaje, Benjamin.

Eso era todo lo que Ben necesitaba, debía prepararse para partir. A pocos metros de él, ya en el pasillo, Jacques Pascal se dirigía a la salida de la Ciudadela seguido de Jules.

—Jules, vas a irte de vacaciones —dijo Pascal.

—¿Debo coger algunos bañadores? —bromeó el androide.

—Solo si quieres bañarte en la costa atlántica. Bryar viajará a los Estados Unidos con la expedición. Es posible que nos cree problemas, quiero que no le quites la vista de encima.

—Será un placer.

El resto de la mañana fue ajetreada para todos los miembros de la primera expedición. Había mucho que preparar todavía y el tiempo corría inexorablemente. Apenas se vieron entre ellos, ocupados en sus quehaceres. Los nuevos miembros, los que habían sido adiestrados para que continuasen el trabajo en Berna, ya estaban preparados y Weber era optimista sobre sus capacidades, pero pese a todo seguía dando indicaciones aquí y allá en un afán de controlar hasta el último y pequeño detalle. Benjamin comenzó a recoger sus cosas. Cuando partiese había decidido que Paulo Silva sería el encargado de mantener la campaña de Revitalis activa. Gordon estaría con él y se le habían unido algunos de los empleados del estudio donde grabaron el primer spot. El equipo era suficiente y la mayor parte del trabajo estaba hecho, así que no debía resultar un problema. No se reunieron de nuevo hasta la hora del almuerzo, en el comedor principal. El cansancio era patente en el rostro de muchos de ellos, pero no por eso se mostraban menos entusiasmados con su gran y próxima aventura. Paulo parecía especialmente animado, comía a dos carrillos e intentaba hablar al mismo tiempo.

—Bueno, Ben, ¿qué era eso tan importante que solo podías tratar con el Gran Hombre? —masculló mientras masticaba un trozo de *sandwich* de pollo.

—Paulo, dedíquese a comer —interrumpió Weber desde el otro extremo de la larga mesa—. Si Benjamin quería hablar a solas con Pascal tendrá sus motivos, no es de nuestra incumbencia. No me gustan los metomentodo.

—En realidad sí es algo que les interesa conocer a todos —dijo Ben. Carraspeó, algo inquieto por no saber como se tomaría su decisión el resto del equipo—. He decidido que voy a acompañarles en la expedición, quiero estar allí y verlo todo de primera mano.

—¡Pero usted no está cualificado! Es un entorno peligroso y no tiene nada que ver con su trabajo, ¿qué pasa con la campaña? —exclamó indignada la doctora Goodman.

—Es algo que necesito hacer, no pretendo ser una molestia. —Benjamin sentía como los ojos de Max le observaban anonadados, aunque intentó no mostrar ninguna señal de su asombro—. Ya tengo la autorización del señor Pascal.

—Pero... esto no se puede permitir. No podemos hipotecar la ejecución de nuestro trabajo por los caprichos de un publicista. ¿Es que no va a decir nada, Weber? —siguió quejándose la doctora.

—No tengo nada que decir. Si Pascal lo ha aprobado queda fuera de nuestras competencias. Partiremos muy pronto, espero que estés listo. —La voz de Max era fría y cortante como una daga de hielo.

—Ya lo tengo casi todo recogido y solo me quedan un par de preparativos.

—No me refiero a eso —sentenció Weber, manteniéndole la mirada.

—¿Quién continuará nuestro trabajo aquí? —preguntó Paulo entre una tensión que casi podía tocarse.

—Tú lo harás. Sabes perfectamente lo que hace falta y tienes los medios para conseguirlo. Además, Robert seguirá aquí para poder apoyarte.

—Espero que eso signifique una subida de sueldo —dijo el brasileño, que parecía contento con la idea de dirigir la campaña.

—Eso tendrás que negociarlo con el mismo Pascal —se burló Benjamin.

—Preferiría trabajar gratis. —Paulo estalló en una carcajada—. ¿No pensarás irte hasta el quinto infierno sin hacer una despedida como se debe?

—Pues... no había pensado en nada, ¿tienes algo en mente? —preguntó Ben. No le parecía mala idea divertirse un poco antes de su partida.

—Creo recordar que dejaste una buena impresión a dos jovencitas en el restaurante al que fuimos en nuestro primer día en Berna —dijo Paulo con una sonrisa picarona en el rostro—. Quizá podríamos hacerles una pequeña visita.

—Tenía su contacto en mi antiguo SmartPad, y acabó en el fondo del río —afirmó Ben—. Es una larga historia, así que mejor no preguntes. Déjame comprobar si lo recuperaré al volcar mi copia de seguridad en el nuevo.

Bryar sacó el dispositivo de su bolsillo y pulsó la pantalla unas cuantas veces. Ahí estaba, justo en su mano, el contacto en la pantalla con el logotipo del pub Elixir, acompañado del omnipresente emblema de G-Corp que recordaba que casi cada comercio, por pequeño o grande que fuese, había caído en las garras de la Corporación. A la mayoría del equipo le pareció una gran idea disfrutar un poco antes de su viaje, así que se prepararon para estar listos después de cenar. Dos coches les esperaban a la salida de la Ciudadela para llevarles hasta la ciudad. En total eran siete, contando con algunos de los miembros del equipo científico. Paulo y Benjamin habían pasado casi media hora para convencer a Robert de que les acompañara. El joven no disfrutaba especialmente de esa clase de diversión, pero se dio por vencido cuando se percató de que sus amigos no iban a cesar en su empeño hasta que accediese. No ocurrió lo mismo con Weber. Ben no consiguió que Maximilian accediese a acompañarles, argumentando que ya no tenía edad para cierta clase de cosas. Por contra, Jules no necesitó que nadie insistiese para unirse al grupo para descontento de Ben. Samantha Peters, Helen Krasucka y Hans Schaffer completaban el grupo. Todos se habían acicalado con ropa de fiesta y se mostraban ansiosos con la perspectiva de pasar una noche de desenfreno. Se dividieron entre los coches y Ben subió al segundo, acompañado de Paulo, Robert y Jules, que insistió en ir con ellos. Benjamin intentó dejarle fuera de cada conversación iniciada durante el trayecto, pero el androide parecía tener algo que decir sobre cada uno de los temas. Gordon, con su típico carácter introvertido, no ofrecía mucha réplica, y Paulo Silva estaba pletórico y contestaba a Jules animadamente para tedio de Ben, que solo deseaba llegar al local y poder perderle entre la multitud.

Unos minutos después los dos coches llegaron hasta la puerta del Elixir. La música del local se escuchaba incluso antes de bajar de los vehículos y una larga cola se extendía delante de la puerta. El ánimo del grupo pareció desinflarse al

contemplarla, pues tardarían horas en poder entrar en el local. Sin embargo, Jules soltó un bufido de autocomplacencia y pidió a todos que le siguiesen. El androide se dirigió directamente a la entrada, donde un portero de rostro malhumorado aguardaba tras el cordón de terciopelo granate que precedía a la larga fila.

—A la cola —espetó el portero. Dedicó a Jules una mirada de desprecio.

—Buenas noches, amigo. Mis compañeros y yo tenemos un poco de prisa. —El androide sonreía, seguro de sí mismo—. Hemos pensado que quizá podrías hacer una excepción.

—Pues habéis pensado mal, poneos en cola como todo el mundo, el local está lleno.

—Me alegro mucho de que el negocio vaya bien. Mi jefe estará muy complacido de oír eso —continuó el androide.

—Me importa una mierda tu jefe, payaso. —La poca paciencia del portero estaba acabándose—. Y me da igual que vengas disfrazado de tu casa. Si queréis pasar tendréis que hacer cola.

—¿Disfrazado dices?

—No te hagas el tonto, imbécil. Llevas la Marca de Plata dibujada. Hoy es la Fiesta de los Androides. Tus amigos no se la han pintado, ¿eres el friki del grupo o qué?

—¿Sabes, amigo? Me aburres, y tu falta de educación es muy desagradable. —La sonrisa de Jules se había borrado súbitamente de su rostro—. Además, no tenemos tiempo para esto. —El androide metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó su SmartPad—. Autorización Omega. Apártate, ahora.

—¿Pretendes hacerme creer que eres un Omega? No he nacido ayer, apartaos de la entrada o tendré que hacerlo yo mismo.

—Escanéala.

La voz de Jules sonó fuerte y segura y por primera vez en toda la conversación la duda asomó en los ojos del portero, que pasó su pequeño láser por el código del SmartPad. Una luz verde y un pequeño pitido confirmaron los peores temores del pobre diablo, la identificación era verdadera. Jamás había visto a un Omega, en realidad casi nadie lo había hecho. Solo unos pocos empleados poseían tal nivel de autorización y eran tan escasos que más que una realidad parecían una leyenda urbana.

—Dis... discu... disc...

—¿Disculpe? ¿Es eso lo que estás queriendo decir? —Jules parecía divertirse torturando al portero, que solo acertó a asentir con la cabeza.

—¿No crees que sería mejor «disculpe, señor»?

—Por... supuesto, señor. Disculpe, señor. Sin duda ha sido culpa mía. —Parecía como si fuese a desmayarse de un momento a otro—. Por favor, se lo ruego, adelante, adelante.

El portero se apartó con un gesto tan exagerado que casi se convirtió en una

reverencia. Jules comenzó a caminar mientras seguía mirándole con sorna, pero el hombre le tenía tanto pavor que era incapaz de tomárselo como un insulto. El resto siguió los pasos del androide hasta el interior del pub. Recorrieron un largo pasillo de paredes desnudas no demasiado ancho e iluminado con luces ultravioletas que parpadeaban. Cada paso que daban les acercaba más y más a la música del local, que pasaba a su lado lamiendo las paredes del pasillo. Cada metro más potente y clara, como si fuera a volverse física de un momento a otro. El grupo giró la esquina al final del corredor y ante sus ojos se abrió el espectáculo del Elixir. Cientos de personas se agolpaban extasiadas en la inmensa sala bailando mecánicamente, bañados por miles de luces serpenteantes de los más diversos colores. Una enorme pantalla vomitaba imágenes del videoclip de una vieja canción electrónica compuesta por un conjunto alemán del siglo xx. Cuatro hombres de aspecto andrógino ataviados con camisas rojas, finas corbatas negras y el pelo engominado tocaban instrumentos con el rostro impertérrito en aquella pantalla que les hacía parecer gigantes. Benjamin observó al público enloquecido y cayó en la cuenta de que una fina línea brillante relucía bajo sus labios y se perdía por debajo de su barbilla. Inmediatamente buscó a Jules con la mirada y encontró lo que estaba buscando. La Marca de Plata del androide resplandecía, orgullosa, aún más que la del resto. Vinieron a su cabeza recuerdos de la niñez, cuando su familia tenía un robot mayordomo, Albert. Las noches en las que el pequeño Ben bajaba hasta la cocina a por un vaso de agua o con la traviesa intención de robar una galleta con la complicidad de la noche, siempre se topaba con aquel resplandor fluorescente entre la penumbra, una luciérnaga metálica. La Marca de Plata fue diseñada para que cualquier humano pudiese diferenciar claramente a un androide con un simple vistazo. Para que pudiese ser vista en entornos oscuros estaba dotada de partículas fluorescentes, las cuales la dotaban de ese brillo. En aquel entonces le parecía cálida y amigable, pues siempre iba acompañada de una sonrisa de Albert y la promesa de no contar a sus padres su pequeña travesura. Sin embargo ahora le resultaba chocante.

—¡Eh! Bienvenidos a la Fiesta de los Androides, ¡bienvenidos a Elixir! —gritó una joven azafata a pocos centímetros del oído de Bryar—. No lleváis vuestra Marca, suerte que estamos preparadas —dijo mientras le mostraba una cera fluorescente.

Otras tres empleadas se habían acercado al grupo para entonces y dibujaban las líneas en sus barbillas entre risas de todos.

—No, gracias, estoy bien así —rehusó Benjamin.

—No puedes ser un androide sin tu Marca de Plata —insistió, divertida, la joven.

—Entonces tendré que conformarme con ser un simple humano —contestó Ben, intentando ser amable.

—No se puede tener todo, ¿verdad, querido Benjamin? —interrumpió Jules.

Ben no le había visto acercarse.

—¿Ves?, tu amigo ya la lleva. —La azafata dio un golpe cariñoso a Bryar en el hombro.

—Y que lo digas, preciosa, me la he traído puesta de casa. —El androide se carcajeó ante la mirada de la joven, que no entendió el chiste—. No te preocupes, estamos bien así —le dijo—. ¿Ya estamos todos?, ¡vamos a divertirnos un rato!

La comitiva se sumergió en la marea de cuerpos que bailaban frenéticos y descompasados. Pronto se dividieron en varios grupos y Benjamin quedó rezagado junto con Robert Gordon y Paulo Silva. El poco impresionante aspecto de Robert se había tornado un poco caricaturesco, pues ya había pasado varias veces sus dedos por la línea que las chicas acababan de dibujarle y en conjunto con su menudo cuerpo parecía un niño que se hubiese manchado al comer. Paulo estaba de lo más animado, aunque realizó un par de chascarrillos irónicos sobre lo inapropiado de la música. Afirmaba que los ritmos latinos hubiesen ayudado más a mostrar su destreza para el baile y su movimiento de caderas. Aún así, propuso animar la fiesta pidiendo unas copas. Los tres compañeros se acercaron a la barra con dificultad, esquivando las idas y venidas de todo aquel que se encontraban a su paso. Unos minutos después consiguieron por fin llegar junto a la barra. Benjamin se sentía por fin algo animado. Haber perdido a Jules entre el gentío le esperanzó sobre la idea de poder pasar realmente una agradable noche entre la gente a la que apreciaba. Nada más colocar su codo sobre la barra vio a Ive tras ella, ajetreada mientras servía copas a los clientes que se agolpaban a lo largo de la tarima.

—Hola, Ive —dijo Benjamin. Le dedicó su mejor sonrisa, aunque tenía la certeza de que ella no se alegraría tanto de verle si es que le recordaba.

—Os atenderé en un momento —contestó ella mirándole solo un instante.

—¿No te acuerdas de mí? —Ive se había alejado unos metros y Ben tuvo que repetir la pregunta, alzando el tono de voz.

—Eres el Ypsilon. No esperaba verte por aquí. —No intentó disimular la indiferencia en su tono de voz—. Como te he dicho, os atenderé en un momento.

—¿Trabaja Emma esta noche? —insistió Bryar.

Ive soltó un bufido y se acercó de nuevo a ellos.

—Sí, siempre y cuando no la molestes, aunque ahora está en el almacén. Está bien, dime de una vez que queréis y así me dejaréis seguir trabajando.

—Tres Absentcolas.

La Absentcola era una bebida alcohólica patentada por G-Corp muy popular desde los años cuarenta. Tenía un sabor parecido a la zarzaparrilla, mezclado con las propiedades de las bebidas energéticas y los efectos desinhibidores de un antiguo brebaje llamado Absenta. Poseía un color verde oscuro y un aspecto burbujeante en honor a esta. La leyenda contaba que se creó en los laboratorios de la Corporación específicamente para que no produjese resaca ni vómitos por su abuso.

—Marchando.

Ive sacó de un refrigerador cercano tres botellines y sirvió las bebidas en vasos muy finos y largos, colocando azúcar caramelizado de un artificial color verde fluorescente en los bordes de los recipientes.

—Yo hubiese preferido algo sin alcohol —se quejó inútilmente Robert.

—¡Vamos, Gordie, no seas nenaza! Ya sabemos que no tienes ni idea de cómo divertirme, no hace falta que lo demuestres a cada momento —replicó Paulo.

Ive volvió junto a ellos con las bebidas. Benjamin acercó su SmartPad al pequeño panel portátil que le mostró la mujer y un «bip» inaudible entre el alboroto confirmó que el cobro se había realizado.

—¡Esta la pago yo, amigos! —Ben pasó las bebidas a sus compañeros y levantó la suya para que los otros le siguiesen—. ¿Qué te parece, Robert, de un trago?

—No... no creo que sea capaz.

—Solo era una broma, compañero. ¡Por nosotros! —exclamó Ben Bryar.

Levantaron sus copas y bebieron al unísono. Ben dio un buen trago y se pasó la lengua por los labios, paladeando el contraste de la Absentcola con el azúcar que Ive colocó en los vasos. Robert apenas probó un sorbo, pero eso bastó para que una mueca de disgusto recorriese cada una de las facciones de su cara. Paulo vació la mitad de su vaso de un solo trago mientras su nuez se movía arriba y abajo justo por debajo de la Marca de Plata que llevaba dibujada.

—Esto sienta realmente bien —afirmó Silva con una sonrisa de oreja a oreja.

—Benjamin, hay una cosa que me gustaría comentarte —apuntó tímidamente Gordon.

—Luego, luego, Robert, ahora divirtámonos un rato —contestó Ben.

—Bueno, lo que pasa es que si la tónica de la noche va a consistir en beber esta cosa quizá luego no sea...

Antes de que Robert Gordon pudiese concluir su frase, Benjamin reconoció a Emma volviendo a la barra desde el almacén y perdió la poca atención que le prestaba a su amigo. La joven estaba increíble esa noche. Su pelo rubio le caía hasta los hombros en una ondulada catarata de oro líquido. Vestía una atrevida camiseta de rejilla sin mangas que dejaba parcialmente al descubierto el sujetador negro con encaje que llevaba debajo. Su pechos eran generosos y la prenda los realzaba aún más. Unos pantalones pitillo de material sintético plateado le estilizaban las piernas y unos zapatos rojos de tacón le elevaban casi diez centímetros del suelo. Las dos gemas grises que tenía por ojos hacían juego con la Marca de Plata que llevaba dibujada. Cuando estos se cruzaron con los de Bryar una sonrisa instantánea apareció de entre sus labios, y Ben supo que sería suya cuando quisiese.

—¡Benjamin! —exclamó ella—. ¡Ya pensaba que jamás aparecerías por aquí!

—Lo bueno se hace esperar.

El comentario propició una risilla tonta de Emma, que se apoyó en la barra para darle un par de besos a Ben como saludo.

—Me alegro de verte —dijo él, con tono cariñoso.

Ive apareció como un fantasma tras Emma y dedicó a Benjamin una mirada de desaprobación.

—¡Ive! ¿Has visto quién ha venido? —le preguntó Emma, inocente.



—El Ypsilon. Una gran sorpresa. —En su cara no había el menor indicio de ella.

—¿Vais a pedir algo más? Si no, tengo que pedirlos que dejéis de molestar a mis camareras. Es la Fiesta de los Androides, como verás estamos a tope.

—Vamos, Ive, no seas así con un viejo amigo como yo.

—¡Ive! Dame un respiro. Fui yo quién le dijo a Ben que viniese —dijo Emma. Colocó su mano sobre la de Benjamin, que la tenía apoyada en la barra.

—Hay clientes por atender, Emma —respondió, inquebrantable, Ive.

—Bueno, y yo aún no me he tomado mi descanso. —Emma sonrió de manera pícara, como una hija lo hace a su madre cuando sabe que esta no va a poder negarle uno de sus caprichos—. La verdad es que me vendría muy bien ahora.

—Tienes treinta minutos —le espetó Ive. Clavó su mirada en ellos durante unos segundos más a modo de advertencia, soltó un bufido y continuó con sus quehaceres.

—¡Genial! Gracias, Ive —dijo Emma, dándole un beso en la mejilla—. Vamos, Ben, hay algo que quiero enseñarte.

Emma traspasó la barra por una de las salidas y se encontró con Bryar en unos segundos. Paulo ofreció una mirada de complicidad a Ben, mientras que Robert se resignó a no poder hablar con él, quizá en toda la noche.

—Caballeros, si me disculpan, hay una dama que requiere mi compañía —dijo Benjamin. Hizo una exagerada y divertida reverencia que instigó otra risilla en Emma.

—¡Cómo oponerse! —exclamó, divertido, Paulo Silva—. No te preocupes por nosotros, voy a encargarme de que este mequetrefe aprenda a divertirse un poco. —Rodeó a Robert con uno de sus fuertes brazos por encima de los hombros—. Cuando vuelvas le habré convertido en el alma de la fiesta.

Emma cogió de la mano a Benjamin y le guió hacia el fondo de la sala. En unos segundos perdieron de vista a sus amigos. Ben solo deseaba no encontrarse con Jules y que lo fastidiase todo, pero afortunadamente para él eso no ocurrió y ambos desaparecieron tras una puerta doble que escondía la Zona Vip del Elixir. El androide se encontraba en realidad a unos treinta metros de ellos, cerca del centro de la pista de baile, acompañando a los tres científicos de Revitalis. Estos bailaban animosamente junto al resto de los asistentes, pero él solo daba unos cuantos pasos sencillos, elegantes pero contenidos. Se divertía contemplando a los humanos fuera de sí, viendo como desataban sus pasiones al ritmo de la música y bajo los efectos del alcohol y otras sustancias. Se percató de que, de vez en cuando, una jovencita le enviaba miradas risueñas y aumentaba las contorsiones de su cuerpo unos instantes. Se encontraba a poca distancia. Jules le devolvía las miradas, pero se mantenía impassible en el mismo lugar. Un par de minutos después vio que ella se encontraba cada vez más y más cerca hasta que finalmente se colocó a su lado y clavó su mirada ebria sobre el androide.

—Hola —consiguió decir ella, con un tono espeso y pesado por la bebida.

—Esa no ha sido una gran entrada —se mofó Jules.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la joven. Hizo caso omiso de la burla que, por otra parte, no había entendido.

—Me llamo Jules, ¿y tú, recuerdas tu nombre?

—Kat... Katherine.

—Katherine, un nombre muy bonito —dijo el androide sin más.

—¿Te gusta? A mi me gusta el tuyo, Ju... les.

La chica entendió el cumplido como una invitación y acercó más su cuerpo al del androide mientras no paraba de moverse. En su mente ebria probablemente realizaba una danza sensual e irresistible, pero lo cierto es que su vaivén era arrítmico y patético.

—¿Quieres que bailemos?

—Yo ya estoy bailando, Kat, y creo que tú también lo intentas.

—Te mueves muy poco.

—Lo hago para compensar todos los movimientos que haces tú. —El androide lo estaba pasando en grande a costa de aquella pobre chica—. En realidad soy un gran bailarín, domino todos los estilos que existen.

—Me... me gustaría comprobarlo —tartamudeó ella.

—No sé si estás en disposición de hacerlo, pequeña Kat. La tasa de alcohol en tu sangre según tu aliento es de cero setenta y ocho.

—¿Cómo sabes eso? —Dio un golpecito cariñoso en el pecho a Jules, lo cual molestó al androide.

—Sé muchas cosas que tú no sabes. Que ninguno de los tuyos sabrá jamás. Sin embargo, siguen maravillándome algunas otras sobre vosotros. —La voz del androide se había vuelto aún más altiva y arrogante—. Por ejemplo, sé que si te tomas sólo un par de copas más probablemente mueras esta noche en algún callejón oscuro por un coma etílico, algo que parece no importarte. No obstante, me maravilla la capacidad que algunas sustancias tienen sobre vuestro organismo como supresoras de vuestro más bajo y primario instinto de autoconservación.

La chica dio un paso atrás, pero Jules le agarró con fuerza de su brazo derecho y la acercó de nuevo hacia él.

—¿Creéis que sois merecedores de algo tan magnífico como esto? —El androide pasó su pulgar con fuerza por la barbilla de Katherine, emborronándole la Marca de Plata que llevaba dibujada—. Jamás —sentenció.

—¡Me has hecho daño! Y me has borrado mi Marca.

La joven lanzó su mano hacia la boca del androide para intentar devolverle el gesto y quitarle la pintura. Cuando sus dedos hicieron contacto con la piel de Jules sintió un frío e inhumano tacto metálico en su Marca de Plata y una rigidez imperturbable en sus facciones. Katherine pareció recobrar la sobriedad de golpe. Sus ojos se abrieron tanto como sus párpados le permitían e intentó retroceder unos pasos. La mano de Jules soltó entonces su brazo, lo que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Todos aquellos que les rodeaban se abrieron en círculo como las ondas de un

apacible estanque cuando una piedra interrumpe su serena calma. Dos miembros del equipo de seguridad aparecieron un instante después abriéndose paso entre la multitud. Se acercaron a la joven, que mostraba síntomas de estar en shock, y le ayudaron a levantarse. Uno de ellos miró desafiante a Jules.

—¿Te ha estado molestando este gilipollas, preciosa? —preguntó el seguridad a la chica—. Se acercó al androide con la ira patente en su rostro. Ella no respondió.

—Quizá deberías preguntarme si era ella quién me estaba molestando a mí —intervino Jules, orgulloso.

—Estoy hasta las pelotas de listillos como tú. Vas a largarte de aquí por las buenas o por las malas.

El seguridad lanzó su brazo hacia Jules con la intención de agarrarle y sacarle del local, pero el androide fue más rápido y bloqueó el gesto con su puño.

—Si me pones tu asquerosa mano encima te la romperás.

El hombre dio un paso atrás, sorprendido por la actitud de Jules. Su compañero se colocó a su lado, ambos titubeantes por un segundo, lo suficiente para que el androide metiese la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacara su SmartPad.

—Autorización Omega. Id a jugar a otra parte, niños.

Uno de ellos avanzó despacio hacia el dispositivo y lo escaneó con un pequeño láser. La confirmación fue todo lo que ambos necesitaron oír.

—¡Todo el mundo a bailar, aquí no ha pasado nada! —gritó el hombre.

Le hizo un pequeño gesto con la cabeza a su compañero y juntos retiraron a la joven de la pista de baile. Un par de minutos después nadie parecía recordar el incidente.

Mientras tanto, Benjamin seguía a Emma a través de un largo pasillo con varias puertas a ambos lados. La chica se mostraba risueña y entrelazaba sus dedos con los de Ben. Finalmente le hizo pasar por una de las puertas y se encontraron con una amplia habitación de decoración lujosa y recargada, con un sofá que se extendía por casi todas las paredes. Emma hizo un gesto a Benjamin para que tomase asiento y se acercó a una pequeña trampilla, la cual accionó con un simple pulsador. De ella surgieron una botella de champagne y un par de copas altas y finas. Emma descorchó el licor y la espuma se derramó por el suelo, mojándole los zapatos, aunque no pareció importarle. Se sentó junto a Ben, sirvió el champagne en las copas y dejó la botella a su lado.

—Por las visitas inesperadas —dijo ella. Su mirada estaba repleta de deseo.

—Yo no podría haberlo dicho mejor —respondió Ben.

Ambos apuraron las copas y, una vez vacías, Emma las tomó con rapidez y las lanzó por los aires. El cristal emitió un chillido agudo al quebrarse contra el suelo, casi tanto como la risa de la joven, que se apagó cuando sus labios se lanzaron en busca de los de Bryar. Benjamin esperaba algo más de cortejo, pero no le pareció una mala idea dejarse llevar por el ímpetu de Emma. Pasaron unos minutos entre besos y caricias con más deseo que afecto.

—Ben, solo tengo media hora.

—¿Y qué se te ocurre para que sea inolvidable? —preguntó él, pícaro.

Ella dudó un momento y decidió compartir con Benjamin lo que estaba deseando desde el principio. Sacó de su bolsillo una pequeña bolsita transparente con un par de diminutas cápsulas dentro y las colocó en la mano de Benjamin.

—Son Petite Mort, ¿las has probado alguna vez? —La excitación de Emma era tan grande que casi parecía materializarse en el ambiente.

—No, pero he oído hablar de ellas. ¿No eran ilegales?, ¿cómo las has conseguido?

—Tengo un amigo en Bruselas, trae un montón las pocas veces que consigue entrar en Suiza.

—¿Las has probado tú?

—Sí, dos veces, hace ya tiempo.

—¿Y qué tal es? —Benjamin se sentía atraído por la idea.

—Justo como su nombre indica. Como morirte e ir al cielo de visita.

Petite Mort era una droga creada originalmente por BM Labs, una farmacéutica rival de G-Corp antes de que esta la absorbiese. Fue diseñada para acrecentar de manera desproporcionada el deseo y amplificar el placer durante las relaciones sexuales, llegando a un clímax mucho más potente de lo normal. No causaba dependencia ni tenía efectos secundarios graves, por lo que durante años fue una droga legal, hasta que corrió el rumor de que algunos violadores comenzaron a usarla en sus víctimas y la Federación, instigada por La Corporación, decidió prohibirla. Significó la bancarrota para BM, lo que permitió a G-Corp hacerse con ella a precio de saldo. Las malas lenguas decían que fue la propia empresa de Jacques Pascal la que desató el bulo y extendió el pánico dándole una cobertura desmedida en los Media, ya que nunca se probó que tal cosa sucediese.

—Está bien, por las sorpresas inesperadas —dijo Ben.

Cada uno cogió una píldora y las tragaron al unísono. El efecto fue casi inmediato. Súbitamente, Benjamin sintió como un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Emma se convirtió en todo lo que alcanzaba a ver. Miles de pensamientos cruzaban por su mente a la velocidad de la luz. Quería tocar sus senos, besar su boca, sentir el aroma de su cabello, estar dentro de ella. Sus manos intentaban abarcar todas y cada una de las partes del cuerpo de la joven al mismo tiempo. Ella no podía estar más entregada. Antes de que ambos pudiesen darse cuenta estaban desnudos y moviéndose al compás de su delirio desenfrenado. El tiempo se dilataba y contraía entre sus cuerpos. Cada gemido de ella era un éxtasis para Ben, cada envite suyo como una catarata de sensaciones para ella. Se retorcían, perfectamente sincronizados entre las suaves caricias de sus sentidos agudizados. Llegaron al orgasmo juntos y cayeron en el más delicioso de los éxtasis que jamás habían sentido. Tardaron varios minutos en poder articular palabra y moverse de nuevo.

—Si esto es el cielo debería empezar a pensar en morirme —bromeó Ben.

—Por el Conciliador, ha sido el mejor de toda mi vida, incluso mejor que las otras dos veces —jadeó Emma.

—Tienes que presentarme a tu amigo, creo que le voy a comprar todas las que tenga —dijo Benjamin en tono burlón.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—Tranquila, Emma, solo era una broma.

—No, no es por eso. ¡Mira que hora es! Ive se va a volver loca.

Había pasado casi una hora desde que desapareciesen juntos tras la puerta de la zona VIP del Elixir. Emma se apresuró a recoger su ropa y vestirse dando bandazos, pues las piernas aún le fallaban. Ben hizo lo mismo y ambos salieron a toda prisa de la habitación entre risas, como dos niños malos que acaban de hacer una travesura.

—¡Ahí estás! —gritó Ive tan pronto como los vio aparecer junto a la barra—. Te has metido en un buen lío. ¡Tenemos mucho trabajo!

—Perdona, perdona, perdona, Ive. Ya estoy aquí, te prometo que trabajaré mucho el resto de la noche. —Era evidente que Emma sabía como manejar a Ive ya que, pese a que ella le dedicó una de sus heladas miradas, tomó por buenas las disculpas de Emma y volvió al trabajo—. Prométeme que me llamarás cuando estés en Berna —dijo la joven a Benjamin.

—No te quepa la menor duda. Gracias por esta noche. La próxima tendremos más tiempo, ¿una cena, quizá?

—¡Me encantaría!

Emma dio un último beso rápido a Ben y cruzó la barra para atender a los clientes. Sería la última vez que Benjamin Bryar vería a esa preciosa mujer con la que acababa de compartir lecho.

—¡Pero si es el Don Juan en persona! —exclamó Paulo, con peso del alcohol en sus ojos—. ¿Cómo ha ido?

—Estupendamente. Oye, ¿no me dijiste que convertirías a Robert en el alma de la fiesta?

Robert Gordon estaba junto a Paulo, sereno y con evidentes muestras de aburrimiento.

—Creo que no has tenido mucho éxito —bromeó Ben.

—Es un caso perdido, así que he decidido que ¡yo soy el centro de la fiesta!

Silva levantó los brazos en gesto de victoria, derramando toda su copa por el suelo y manchando a algunos de los presentes que estaban cerca, los cuales le fulminaron con una mirada severa.

—Benjamin, ¿podemos hablar ahora? —preguntó Robert.

—¿No puede ser mañana, Gordie? Ahora estamos de celebración.

—Es importante —insistió.

—Bah, de acuerdo. Paulo, ¿por qué no pides otras tres Absentcolas mientras nosotros hablamos?

—Eso está hecho.

—Yo no quiero nada, gracias —dijo Gordon.

—Pequeño egocéntrico —bromeó Silva—. ¡Dos van a ser para mí! —Silva se alejó, carcajeándose.

—Está bien. ¿Qué es tan importante?

—Llevo días pensándolo, Benjamin, y lo que has hecho hoy me ha reafirmado en mi decisión.

—¿Qué se supone que he hecho?

—Lo de ir a los Estados Unidos.

—¿Qué pasa con eso? —Benjamin no entendía que quería Robert.

—Yo también quiero ir. Voy a acompañarte.

—Ni en sueños.

—Por favor, no es algo que decida a la ligera. Tienes que hablar con Pascal, convencerle de que me deje acompañaros como le convenciste para ir tú.

Por primera vez en su vida Benjamin vio a Robert seguro de sí mismo.

—Rob, yo tengo mis razones...

—Y yo las mías. Soy inglés, pero a diferencia de ti mis padres son americanos. Hace treinta años se les arrebató la tierra que amaban, la tierra donde nacieron, y ellos solo siguieron vivos por una afortunada jugada del destino. Llevo toda la vida escuchando historias, viendo fotografías y vídeos de lugares que ya no existen, sintiendo la melancolía que las palabras de mis padres supuran cuando hablan de sus hogares perdidos. Quiero ir allí, quiero ayudar, quiero que sepan que estoy sobre el terreno, devolviéndoles una parte de ellos, quiero que la tristeza de sus voces se transforme en orgullo cuando hablemos. No puedes decirme que no, no me lo niegues, por favor.

El argumento de Robert dejó sin palabras a Benjamin. No en balde le escogió para esta aventura por tener el don de ordenar las palabras de la manera precisa para conseguir justo el efecto deseado.

—Está bien, lo intentaré, pero te advierto que no será fácil —capituló Benjamin Bryar.

## Obedece

—Te digo que lo dejes, ¿no ves que está muerto?

*El Hermano Martínez se aleja.*

—Creo que no, me parece que respira.

*El Hermano Lucas comprueba las constantes del niño.*

—No... estoy muerto.

*Tose.*

—Te lo dije.

—¿Quié... nes sois?

*El niño intenta incorporarse.*

—Yo soy el Hermano Lucas y él es el Hermano Martínez, pertenecemos a la Casa de la Conciliación.

*El Hermano Lucas ayuda al niño a levantarse.*

—¿Te encuentras bien, muchacho? Has tragado mucha agua y creíamos que te habías ahogado. ¿Qué estabas haciendo aquí?

—Intentaba pescar. Encontré una vieja barca entre las cañas pero me caí al agua, no recuerdo nada más. ¿Qué están haciendo aquí? No queda casi nadie.

—Buscamos refugiados en la zona para trasladarlos a la meseta, esto ya no es seguro. Dime, ¿tienes hambre?

*El niño asiente y el Hermano Lucas le ofrece un mendrugo de pan de su zurrón.*

—Hace semanas que no veo a nadie, y cuando lo hago intento esconderme, la gente buena se fue, o está muerta.

*Mordisquea el pan.*

—¿Cuántos años tienes?

—Once, creo.

—¿Y vives aquí, solo?

—No vivo aquí, este es uno de los lugares donde aún se puede encontrar algo de comer, pero no voy a contaros donde vivo, ni por mil trozos más de pan.

*Se aleja unos pasos.*

—Tranquilo, chico, no queremos hacerte daño, estamos aquí para ayudar. ¿No tienes a nadie contigo, donde están tus padres?

—Mi madre y mi hermano murieron durante la Revuelta. Mi padre estaba luchando y nunca volvió a casa, imagino que también está muerto, aunque no recuerdo mucho, creo que ya hace seis años.

—¿Llevas seis años aquí solo?

—Puede ser, si llevo bien las cuentas. Sé que mi madre murió cuando yo tenía cinco, y han pasado seis inviernos desde entonces.

—Es increíble que hayas sobrevivido todo este tiempo tú solo. Hemos oído cosas terribles sobre toda la costa mediterránea desde que acabó la Revuelta y se abandonó la región. Bandidos, pillaje, incendios, asesinatos...

—El truco está en saber esconderse bien... y en no decirle donde vives al primero que se presenta. ¿Me das otro trozo de pan?

*El hermano Lucas ofrece un nuevo mendrugo y algo de pescado seco al joven.*

—Hermano Lucas, déjalo, está claro que el muchacho no va a venir con nosotros y oscurecerá dentro de poco, prefiero que la noche nos encuentre entre la seguridad de los muros del campamento.

—Chico, tengo que hablar un momento con mi compañero, pero quiero que me prometas que no vas a salir corriendo ni nada por el estilo. Es muy importante, y es por tu bien.

—De acuerdo.

*El Hermano Lucas se acerca al Hermano Martínez, el niño permanece a distancia comiendo.*

—Martínez, creo que este chico podría ser válido para el Programa.

—¡No digas tonterías!

—No es ninguna tontería. Ha sobrevivido solo durante seis años en este lugar.

—Eso es lo que él nos ha contado. La gente de esta zona es mentirosa, seguro que solo quería darte lástima para que le diceses más pan.

—Yo creo que dice la verdad.

—¿Y qué más da? Es demasiado mayor para el Programa, solo aceptan niños de hasta diez años.

—Y él no sabe a ciencia cierta qué edad tiene. Podemos decir que tiene diez.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Es que no lo ves, Martínez? ¡Es perfecto! No tiene a nadie, es fuerte y listo, lo he visto en sus ojos al primer vistazo. ¿Qué clase de vida le espera aquí? Por mucho que haya aprendido a sobrevivir sigue siendo un niño, algún día se le acabará la suerte y servirá de festín a algún animal o se ahogará en la maldita Albufera. Podemos ayudarle, se supone que para eso estamos aquí, podemos cambiar su vida y, si estoy en lo cierto, esa vida puede estar dedicada a la Casa. Estoy seguro de que pasaría las pruebas.

—Haz lo que quieras, de todas formas no va a querer venir con nosotros.

*El Hermano Martínez se aleja hacia el coche. El Hermano Lucas vuelve junto al niño.*

—Dime, chico, ¿cómo te llamas?

—Jacobó.

—¿Recuerdas tu apellido?

—Batiste. Me llamo Jacobo Batiste. ¿Por qué tanto interés?

—Verás, Jacobo. He decidido confiar en ti. Hay una cosa que puedo hacer para mejorar tu vida, algo que creo que te dará una oportunidad que nunca tendrás aquí, pero para poder ofrecértela vas a tener que hacer una cosa que sé que te resultará difícil; confiar en mí. Te prometo que merecerá la pena.



Transcripción del video de la captación del sujeto nº 37, «Jacobó Batiste».  
Alrededores de las ruinas del pueblo El Palmar, Albufera de Valencia.  
Fecha del suceso: 12 de mayo de 2049.

\* \* \*

—Estamos... desesperados, señor Valois, y acudimos a usted porque...

—Sí, sí, sí, sí. No tienen que decir más. Jimmy les echara una mano, puede perder cuidado señor Bean. Y por cierto, el señor Valois era mi padre, a mí me vale con Jimmy.

—Pero es que lo hemos intentado todo —dijo Heather.

Las lágrimas se habían vuelto perennes en sus ojos desde que había perdido a su hijo. Los tenía enrojecidos tras días de llantos sin tregua.

—Y ahora han venido al lugar apropiado... no sin antes haber intentado todas las alternativas posibles, claro. No les culpo, el viejo Jimmy ha sido víctima de un continuo complot con la intención de desprestigiarle. ¡Este país es así! No se tolera que alguien diga la verdad, pero les aseguro que no podrán encontrar un abogado mejor que Jimmy Valois.

Roger contemplaba los aspavientos del hombrecillo que tenía frente a él sin creer una palabra de lo que estaba diciendo. Cada instante que pasaba le hacía darse cuenta de que dos simples consumidores como su mujer y él no tenían nada que hacer contra el poder de la Casa, que su hijo jamás volvería junto a ellos. Ninguno de los abogados de G-Corp habían querido hacerse cargo de su problema. Un caso perdido, según le habían dicho. Antes incluso de eso acudieron a la FedPol, pero una palmadita en la espalda es todo lo que Roger consiguió sacar de ellos. La Excepción permitía el secuestro de su hijo, lo convertía en legal y, aunque no fuese así, ningún policía iba a jugarse el sustento de su familia por una pareja de pobres diablos. La Casa de la Conciliación de su barrio ni siquiera quiso escucharles. Les declararon personas *non gratas* y los pocos vecinos que aún les dirigían la palabra de forma furtiva le habían dicho a Heather que su reputación estaba siendo tirada por tierra en el templo con acusaciones de lo más absurdas. Toda esa frustración hervía en las entrañas de Roger desde el día que Seymour fue arrancado de su lado, hacía ya casi un mes. Apenas dormía desde entonces, había perdido peso, tenía dolores en todo el cuerpo y caminaba encorvado por ello. Cada día de trabajo le resultaba insoportable, pero no podía permitirse perder su empleo. No pasaba un momento sin que se preguntase si Heather cometería una locura mientras él no estaba en casa, en si su cabeza le atormentaría con innumerables pensamientos o si simplemente estaría en blanco, tumbada en la cama, como un cascarón vacío y muerto. Pese a todo, su peor tortura era la imagen desencajada y derrotada del rostro de su mujer cada vez que le miraba, y era una tortura que se repetía un millón de veces al día. El dolor de Heather era tan

intenso que casi se podía tocar y respirar. Roger podía sentir cómo esa ponzoña se le pegaba en los pulmones con cada aliento, cómo quemaba y se adhería a su piel como alquitrán caliente. Lo sentía ahora, mientras Heather anhelaba encontrar una respuesta en las palabras vacías del charlatán que tenían delante. Un hombre menudo, de calva prominente y ojos pequeños, nervioso, vestido con un viejo traje amarillo y marrón de cuadros y con un despacho en un altillo en los barrios bajos de la ciudad. La situación no hacía más que aumentar su desesperación, y esa desesperación era el único motivo por el que no podía marcharse, lo que le hacía seguir escuchando al abogado para encontrar una esperanza, por mínima que fuese. Era un bucle sin salida.

—Entonces, ¿cree que puede ayudarnos? —preguntó Heather con un hilo de voz, como si tuviera miedo de quebrar la respuesta al hablar más alto y recibir por ello un «no».

—Por supuesto, señora Bean. El buen Jimmy les ayudará, pero quizá mi ayuda no sea la que ustedes andan buscando.

El semblante de Valois cambió y se tornó serio. Sus teatrales gestos cesaron y solo quedó de su cómica apariencia una media sonrisa tímida en su rostro.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Roger.

—Desde una perspectiva tradicional es imposible que consigan recuperar a su hijo. Por lo que me cuentan, la Casa le ha clavado bien sus garras y si tiramos de él lo único que conseguiremos es partirlo por la mitad, si ustedes me entienden.

—¿Entonces a qué clase de ayuda se refiere? —consiguió pronunciar Heather entre lágrimas.

—Mire, señora Bean, llevo toda la vida luchando contra la adversidad y sé moverme entre ella como nadie. Mi padre era francés y mi madre inglesa, y el Conciliador sabe en qué demonios estaban pensando cuando les pareció una buena idea contraer matrimonio. ¡Qué me aspen!, pero jamás oí de un inglés y un francés que se llevasen bien y, desde luego, ellos no fueron los primeros. Cuando salí de aquella continua batalla doméstica las cosas no se pusieron mucho mejor. Entré y salí del gabinete de abogados de G-Corp tan rápido que a la planta que tenía sobre la mesa de mi despacho ni siquiera le dio tiempo a morirse, y eso que no recuerdo regarla ni una sola vez. Como les he dicho, no está muy bien visto que uno se empeñe en decir la verdad. Aquello ocurrió en Grenoble. Después me metí en líos y dejé a deber algún dinero a gente que no convenía, así es que fui escalando Francia hacia el norte mientras tuviera piernas que no me hubiesen partido. Por desgracia, el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, en mi caso unas cuantas veces más. Cuando se me acabó Francia vino Inglaterra, y Escocia después de eso, ya lo ven. Ahora intento ganarme la vida como uno de los últimos trabajadores independientes del mundo, poniendo al servicio de gente como usted mis innegables habilidades como hombre de leyes, entre otras cosas. No se preocupen por lo que les acabo de contar. Estoy establecido aquí y no tengo intención de seguir con mi progresión hacia el norte, de lo contrario el culo del viejo Jimmy acabaría sus días

congelado en algún iglú de Islandia, o donde quiera que se encuentren esas cosas.

—Mire, Jimmy —interrumpió Roger, cansado de la cantinela del hombrecillo—, le agradezco el tiempo que nos ha ofrecido, pero si estamos aquí para oírle hablar sobre su vida, lo mejor es que nos vayamos.

—No se impaciente tan rápido, señor Bean, pero tiene usted razón. El viejo Jimmy suele andarse por las ramas. Olvídense de la FedPol, de la Casa de la Conciliación y de la Propia Federación, nadie les ayudará, nadie salvo ustedes mismos. Su hijo no va a volver a su lado, pero ustedes pueden intentar estar al lado de su hijo.

—Usted no vio a esa mujer, no escuchó el odio en sus palabras. Esa Hermana jamás nos dejará acercarnos a Seymour.

—No por voluntad propia, pero tenemos una carta que aún podemos jugar. Y es intención de Jimmy que la juguemos, siempre y cuando estén dispuestos a pagar el precio.

—Si hay alguna posibilidad de estar con Seymour pagaremos lo que haga falta, se lo aseguro —dijo Roger.

—No me refería a mis honorarios, señor Bean. Muy a mi pesar la tarifa de Jimmy no es muy abultada. La exposición pública es el precio que tendrán que pagar. La única institución que prestará oídos a su causa será G-Media, y solo lo hará si les ofrecemos algo succulento para sus canales de cotilleos y telerrealidad.

—¿Qué está diciendo? ¿De qué nos serviría eso si puede saberse? —preguntó Heather con sorpresa.

—Para ganarnos a las únicas dos palabras que pueden conseguir que se les permita estar con su hijo; Opinión Pública. Moldeable, sentimental, pero poderosa. Si le damos a los Media una jugosa historia nos ayudarán a hacernos con ella. Díganme, ¿son ustedes creyentes de la Casa?

—Bueno... —titubeó Roger—. Siempre hemos cumplido con nuestra obligación religiosa pero, después de lo que ha pasado, es difícil seguir siéndolo.

—Pues ahora lo serán aún más. Perfectos y puros hijos de la Conciliación, tienen que serlo. No podemos enfrentarnos directamente con lo que han hecho, pero si podemos implantar la idea general de que es una injusticia que el pobre Seymour no pueda tener a su lado a sus padres.

—Entonces, ¿está pidiéndonos que vendamos nuestra vida, nuestra historia y la de nuestro hijo? —A Roger no le seducía la idea.

—Si quieren volver a verle, sí.

—¿Cree que podremos estar con nuestro hijo?

El primer rayo de esperanza se vislumbró en los ojos de Heather desde que Seymour le fuese arrebatado. Muy a su pesar, a Roger le bastaba con eso para seguir a su mujer hasta el fin del mundo.

—La Casa nos atacará con todo lo que tenga, no quiero mentirles. Se dirán mentiras sobre ustedes, más crueles de lo que pueden imaginarse, pero Jimmy les dirá

lo que tienen que hacer, y si le hacen caso tendremos una oportunidad.

—Lo que sea, haremos lo que sea —aseguró Heather.

—Estupendo, porque desgraciadamente las cosas van a ponerse peor antes de mejorar.

A muchos kilómetros de allí una lluvia fina y lúgubre lamía las paredes de la Sede de la Casa de la Conciliación en Praga anunciando el fin del verano. En el corazón del edificio, los dos Hermanos que componían equipo que se encargaba del pequeño Seymour se afanaban en los preparativos de la inminente nueva prueba de ensayo y error que preparaban para esa mañana. Ninguno de ellos se sentía cómodo, pues el temperamento de la Hermana Braco y sus presiones no ayudaban a mantener la calma. Sin embargo, había algo que les preocupaba mucho más que los desaires de Braco. La presencia del Redentor les hacía sentir como si estuviesen justo debajo de la Espada de Damocles, a punto de ser atravesados por su frío e inquebrantable filo. La sala donde trabajaban era amplia y todas sus paredes salvo una estaban colmadas de paneles, ordenadores y aparatos de medición. La cuarta pared no era tal en realidad, pues un cristal ocupaba toda su superficie. A través de este se podía observar un habitáculo amplio de un impoluto color blanco. Suaves paredes blancas y acolchadas rodeaban ese espacio y en el centro se encontraba una mesa de laboratorio con el pequeño Seymour sentado tras ella. Sus ojos, exhaustos, proyectaban su mirada perdida hacia el cristal, que desde su lado parecía un espejo. En la sala de control, la alargada e impotente figura de Jacobo Batiste se erguía junto a la falsa cuarta pared de cristal sin perder de vista al muchacho a través de ella. Los Hermanos no podían evitar mirarle de reojo de vez en cuando. Él ni siquiera pestañeaba, parecía dedicar toda su atención al pequeño Seymour, pero aún así los presentes sabían que era consciente de todo lo que estaba ocurriendo. Su porte era tan abrumador que tenían la sensación de que el Redentor se colaba en su cabeza por cada poro de su cuerpo, que sus ojos le habían facilitado hasta la información más nimia de cada uno de ellos y que sabía lo que estaban pensando incluso antes de que lo pensasen. La puerta de la sala se abrió y rápidamente se cerró con estruendo. La Hermana Braco había llegado acompañada por su asistente, Tom Clayton, y como de costumbre no parecía estar de buen humor.

—Espero que esté todo listo —gruñó la Hermana—, ya me habéis hecho perder demasiado tiempo.

—En... en efecto Hermana Braco —gimoteó el Hermano Hauser, el encargado del experimento—. Les estábamos esperando. Solo necesitamos hacer un par de ajustes y podremos empezar con la prueba.

—Por vuestro propio bien espero que no me decepcione. Llevamos casi un mes con esto y no habéis hecho más que fracasar. He sido muy paciente con vosotros, pero todo tiene un límite. Está claro que no os dais cuenta, pero ese maldito mocoso es la clave para llevar a La Casa a una nueva era de prosperidad. Cuando el mundo le contemple no podrá dudar de nuestra fe, pero para eso necesito que vosotros, inútiles

holgazanes, me deis lo necesario para controlarle.

—Somos conscientes, Hermana, de que los resultados aún no han sido positivos, pero debe entender que en un entorno experimental como este el tiempo...

—¿Consciente?, ¡yo soy la única persona consciente de esta sala! Si no fuera por mí...

—Cállese, Hermana —reclamó el Redentor. Su voz retumbó por los cuatro costados del habitáculo.

Jacobo se había girado hacia el grupo cuando Nicoletta comenzó a gritar, y ella fue la única que no se había percatado en su frenesí. Ahora, aturdida por la orden, guardaba silencio. No estaba acostumbrada a que alguien le imperase nada y menos con el desdén patente en la voz del Redentor. Su primer impulso fue contestarle, gritar, mostrarle su inagotable furia, pero se tomó un segundo para mirar los rostros de los demás presentes y desistió. Los Hermanos permanecían con la cabeza gacha, como un perro atemorizado por las represalias de su amo, y parecía que casi contuviesen la respiración por miedo a que esta causase algún sonido. Tom, un paso por detrás de ella, tenía la frente perlada de un cristalino sudor frío y le miraba fijamente con cara de preocupación.

—Está bien —dijo Nicoletta. Mostró todo el aplomo que pudo reunir con la intención de no parecer sumisa hacia el Redentor—. Ya hemos perdido demasiado tiempo —continuó—. Quiero que me expliquéis que es lo que vais a hacer hoy para que por fin podamos mostrarle al mundo a ese renacuajo y cumpla con mi cometido en La Casa.

—Está bien, hermana —titubeó el Hermano Tobías, el ayudante de Hauser—. Hoy vamos a someter a Seymour... Al sujeto a un nuevo tratamiento experimental. Consiste en un refuerzo positivo/negativo dependiendo de su respuesta. Como puede observar está conectado a una vía intravenosa por la que le suministraremos varios componentes que afectan directamente al funcionamiento del cerebro, fomentando sensaciones que deberían hacerle reaccionar de manera positiva a los sujetos de pruebas que vamos a mostrarle. Debido a su... incapacidad, un brazo robótico moverá su mano para que entre en contacto con ellos. Si la respuesta no es la deseada se le aplicarán entonces neuroestimuladores que le provocarán una sensación desagradable. Esperamos que así el sujeto consiga entender que no ha mostrado el comportamiento que se espera de él.

—Pues no me hagan perder más el tiempo y comencemos de una vez —gruñó Nicoletta.

Aún estaba visiblemente molesta por la reprimenda que había recibido del Redentor. Hauser y Tobías se colocaron delante de sus paneles para comenzar la prueba mientras Braco, Tom y el Redentor se situaron frente al enorme cristal para contemplar las reacciones de Seymour sin perderse detalle. El pequeño parecía un alma en pena, inerte en su silla, con la cabeza gacha. El tubo que conectaba varios goteros escondidos en alguno de los compartimentos de la mesa le salía de su

diminuto brazo como un gusano infeccioso que parecía querer chuparle la sangre. De repente, del otro lado de la mesa surgió un afilado brazo de metal. Se movió con precisión quirúrgica hasta la extremidad derecha del niño y afianzó la muñeca de Seymour en un abrazo frío e inexpugnable. El pequeño no pareció tener reacción alguna. Las duras semanas anteriores habían mermado su ya limitada capacidad de mostrar emoción alguna.

—Comenzamos la grabación —dijo el Hermano Hauser—. Descubramos el primer espécimen.

Una trampilla en la mesa de Seymour se abrió y dio paso rápidamente a una pequeña jaula de vidrio con una apertura en su parte superior. En su interior se encontraba una cobaya de color pardo y ojos rojos.

—El primer sujeto de pruebas es un roedor con una de sus patas traseras fracturadas —afirmó—. Tomando como válida la hipótesis de que el individuo posee facultades sanatorias y, siempre que el experimento sea un éxito, deberíamos observar que tras tocar a la cobaya esta mejore de su dolencia. Hermano Tobías, administre ahora el cóctel de neuroestimuladores positivos, cien mililitros.

El líquido comenzó a fluir a través del tubo de goma y se introdujo en el organismo de Seymour. La única señal de ello fue el breve respingo que el pequeño dio cuando la sustancia encontró su vena, pero más allá de eso seguía inmóvil y cabizbajo. El brazo robótico fue el encargado de mover su mano hasta el interior de la jaula. Si bien no encontró resistencia, tampoco pareció haber respuesta alguna en el animal. El artilugio repitió la maniobra con el mismo resultado. Los presentes mantenían un tenso silencio sepulcral. No eran buenas noticias. Si el experimento no funcionaba tendrían que lidiar de nuevo con el carácter de la Hermana Braco.

—No está ocurriendo absolutamente nada, no sé porqué no me sorprende —reprochó Nicoletta—. Cada vez que me hacen llamar y me aseguran que están más cerca de encontrar la solución acudo aquí y veo exactamente lo mismo. ¡Nada, nada! ¡Absolutamente nada salvo a ese niño bastardo riéndose de nosotros! No pienso consentir que se salga con la suya. ¡Aplíquenle el castigo!

—Pero Hermana, padece un severo autismo, es complicado —explicó el Hermano Tobías—. Ni siquiera tenemos pruebas de que sea capaz de hacer nada.

—Mis ojos son toda la prueba que necesitáis, estúpidos. ¿No sabéis lo que le hizo al Hermano Patrik? ¡Fue obra suya y yo estaba delante! Os digo que se está riendo de nosotros. ¡El castigo!

—Hermana, tenemos dos sujetos más para las pruebas. Por favor, déjenos intentarlo al menos —rogó Hauser—. Si le aplicamos los neuroestimuladores negativos demasiado pronto podríamos fomentar una reacción negativa general.

—Está bien —farfulló Braco—, acabemos de una vez.

Con el beneplácito de la Hermana la jaula número uno desapareció de la mesa y casi al instante apareció su sucesora, igualmente con una pequeña cobaya dentro de ella. El mamífero tenía el pelo negro y correteaba por su limitado espacio. El

Hermano científico explicó a los asistentes que el animal padecía una ceguera inducida por ellos mismos.

—Aumenta la dosis de neuroestimuladores positivos en doscientos mililitros — reclamó Hauser a su ayudante.

El lechoso fluido se transmitió a la sangre de Seymour. El brazo robótico obligó a su mano a tocar el nuevo ejemplar, esta vez con mayor dificultad, ya que se movía rápidamente y sin sentido alguno.

—Retiramos el brazo. Ahora comprobaremos si ha funcionado. Apaga las luces y conecta la luz infrarroja —ordenó el Hermano.

La iluminación en la sala de Seymour desapareció y una tenue luz rojiza como la utilizada el pasado siglo en los compartimentos de revelado de fotografías inundó la estancia.

—Enciende los estímulos visuales.

En ese momento, pequeños destellos blancos coordinados como pulsos aparecieron en los diferentes extremos de la jaula. No obstante, la cobaya hizo caso omiso a todos y cada uno, sin cesar su imperturbable bailoteo errático. El pequeño Seymour tampoco pareció sentirse estimulado por el juego de luces que acontecía a pocos centímetros de su cabeza.

—Retira el segundo sujeto, Tobías —dijo el Hermano. Estaba evidentemente contrariado—. Devuelve la iluminación, no ha funcionado.

—¡Os lo dije, se está burlando de nosotros! —recalcó la Hermana Braco.

—Procede con el último sujeto —pidió Hauser.

Tenía la esperanza de que Nicoletta no pusiese ninguna objeción, y milagrosamente así fue. Igual que en las dos anteriores ocasiones, una jaula de cristal apareció con una cobaya en su interior. Este pequeño roedor blanco estaba conectado a más de una decena de cables que se perdían en el fondo de su cubículo por una pequeña apertura. Para impedir que se deshiciese de ellos, el animal estaba sujeto con correas y tenía la boca tapada.

—El sujeto número tres padece un tumor cerebral en estado avanzado. En estos monitores podemos comprobar el estado del mismo, así como sus constantes vitales. Esta vez inyectaremos trescientos mililitros más en el sujeto.

—Y si no responde, será castigado —recalcó Braco.

—Está bien, Hermana, está bien —aceptó a regañadientes el Hermano.

Por tercera vez los neuroestimuladores entraron en Seymour y el brazo mecánico le forzó a tener un contacto con el animal.

—Las constantes se mantienen estables, al igual que el tumor —sentenció el Hermano Tobías—. Maldita sea, no está funcionando. Tenía muchas esperanza en que esta vez habíamos dado con la clave. —Sacó un pañuelo del bolsillo de su bata y se secó un par de gotas de sudor que le resbalaban por la nuca.

—Está bien. Mantén su mano sobre el sujeto de experimentación —dijo el Hermano Hauser con un nudo en la garganta—, cincuenta mililitros de

neuroestimuladores de castigo.

—¡Que sean cien! —gritó Braco.

—Hermana, no pretendo desacreditarle, pero cincuenta son suficientes por el momento —contestó Hauser.

Nicoletta no estaba conforme, pero una mirada directa del Redentor le hizo cambiar de idea. Jacobo había permanecido inmóvil hasta ese momento, pero un solo gesto suyo bastaba para que toda la sala se pusiese nerviosa. Tom Clayton parecía pálido y mareado por su mera presencia.

—Procede —requirió Hauser a Tobías.

Seymour permanecía con su pequeña mano en contacto con el animal enfermo cuando el líquido, de aspecto idéntico al anterior, se hizo un hueco en su organismo. No pasaron dos segundos hasta que el niño comenzó a retorcerse con un evidente dolor. Intentaba zafarse del abrazo del brazo robótico pero sus tregas eran estériles. Gemía como una pequeña alimaña atrapada bajo un cepo, aún con ganas de luchar, pero con la vida escapándosele de las entrañas.

—Constantes estables, tumor en los mismos niveles. El castigo tampoco surte efecto —se lamentó el Hermano Tobías. No pudo evitar que un atisbo de alivio se detectase en su voz.

—Creo que deberíamos dejarlo por hoy e investigar otras posibilidades desde cero. Tiene que entender, Hermana Braco, que estas cosas pueden llevar meses —se disculpó Hauser.

—Ni lo sueñe. Castíguelo con más dureza. ¡Doscientos mililitros! —exigió Nicoletta.

El Redentor, tranquilo y sin retirar la mirada de Seymour, descruzó los brazos y colocó la palma de su mano derecha sobre la culata del arma que le colgaba de la cadera. El gesto no pasó desapercibido para ninguno de los asistentes. Algunos de ellos se dieron por muertos, pero en lugar de eso, el Redentor habló.

—¿Servirá de algo?

—Bueno, no podemos saberlo con exactitud, es posible que... —El Hermano Tobías no podía más que balbucear.

—¿Su vida correrá algún peligro? —preguntó Batiste.

—En absoluto. Los neuroestimuladores engañan al cerebro para que active las zonas de dolor, pero ese dolor es solo simulado. Su organismo no corre peligro alguno pero sufrirá mucho —explicó el Hermano Hauser.

—Hagan lo que consideren oportuno —sentenció el Redentor después de permanecer en silencio unos segundos.

—Ya lo ha oído, Hermano. ¡Doscientos mililitros! —exclamó Braco.

—Está bien. Prepárense, esto no va a ser agradable.

Los débiles quejidos de Seymour aún no se habían extinguido cuando una nueva oleada de castigo líquido llegó como una avalancha a su sistema nervioso. El brazo robótico, inquebrantable, le mantenía en contacto con la cobaya. Casi



instantáneamente su cuerpo se dobló como la rama más débil de un árbol zarandeado por un huracán. Su columna se combó como la de un contorsionista y los gemidos anteriores se convirtieron en estremecedores alaridos más propios de un animal salvaje que de un ser humano. Los ojos se le abrieron tanto que sus escleróticas parecían a punto de reventar.

—Por el Conciliador, ¿qué estamos haciendo? —se lamentó el Hermano Tobías—. Esperen... ¡Un momento! ¡Las constantes de la cobaya están variando! Su ritmo cardiaco se acelera. ¡El tumor está cambiando súbitamente!

—¡Se lo dije! ¡Mano dura es lo único que ese mocoso necesita! —Braco soltó un chillido de júbilo.

—¡No, está creciendo exponencialmente! El efecto es nocivo. El tumor avanza. ¡Conciliador, ese crecimiento debería llevar semanas!

La escena en la sala era dantesca. Seymour, tras el cristal, gemía y se retorció furiosamente. Los gritos de la cobaya aumentaron hasta hacerse audibles incluso tras el grueso vidrio. La Hermana Braco estaba llena de una dicha que no podía contener. Tom Clayton, impresionado, se hincó de rodillas en el suelo y el Redentor colocó sus dos manos sobre el cristal. Los Hermanos científicos se afanaban delante de sus paneles computadores por entender lo que estaba ocurriendo.

—¡Es demasiado grande, va a reventar! —exclamó Hauser—. Retira el brazo robótico, corta el contacto, Tobías, ¡ahora!

—Castigadlo, ¡castigadlo más hasta anular su voluntad y hacedle nuestro! —reía Braco fuera de sí.

El brazo se retiró de la jaula y liberó la mano del pequeño Seymour justo cuando la cabeza de la cobaya colapsó y explotó dentro de su recinto, tiñendo las paredes de la jaula de rojo muerte. Seymour cayó de su silla y se debatió en el suelo como un epiléptico en medio de un ataque. Las Omnivalentes del Redentor resplandecían recibiendo la información sobre el estado del niño. En todos sus años de contemplar muerte, destrucción, redención y miseria, Jacobo Batiste jamás había visto sufrir tanto a nadie. Seymour se desmayó. Los puños del Redentor se cerraron con rabia y golpearon el cristal hasta tres veces, hasta que este cedió y se quebró con un fuerte estruendo. Como una exhalación y sin mediar palabra recogió al niño del suelo y salió de la sala.

—Esto ha sido un desastre. Conciliador, perdónanos por esta herejía —dijo el Hermano Hauser—. El Redentor... tenemos suerte de seguir vivos.

—Se equivoca, como de costumbre, Hermano —dijo Nicoletta, triunfal—. Este es el mayor logro de la historia de la Casa, y es todo mío.

Mientras tanto Jacobo, con el pequeño Seymour desmayado entre los brazos como una bandera sucia y rota tras la guerra, entró en el cuarto del niño y le dejó sobre la cama. Colocó su mano en la frente del muchacho y comprobó que le ardía. Su rostro, pálido habitualmente, parecía ahora aún más blanco que la porcelana. Se suponía que durante los largos años de entrenamiento en el Programa, Jacobo había

aprendido a no reaccionar frente al sufrimiento humano. Era algo que estaba por debajo de un Redentor y de la tarea que el Conciliador les había encomendado, y por eso aprendían a no dejarse influir por nada que pudiese interferir en su sagrada misión. Sin embargo, el sufrimiento del niño le había agarrado las entrañas y se las había retorcido hasta hacerle imposible no reaccionar. Ahora se sentía nervioso, una sensación que apenas alcanzaba a recordar de sus tiempos de niñez. Contempló la estancia, un cubículo cuadrado de no más de cinco metros por pared al que acompañaba un pequeño cuarto de aseo junto a la entrada. Los muros blancos estaban desnudos salvo por un panel de televisión y una gran ventana que daba a la calle. Se acercó a ella y estableció la opacidad del vidrio para que entrase una pequeña cantidad de luz, pero no se pudiese ver la habitación desde el exterior. Decidió sentarse en el sillón que se encontraba junto a la cama, no sin antes arrastrarlo para colocarlo de manera que no perdiese a Seymour de vista. Su mirada se clavó en él y las Omnilentes comenzaron a hacer su trabajo. Desde su llegada a Praga, cuando se le solicitó que vigilase al pequeño Seymour, se había propuesto conocer lo menos posible del muchacho y su pasado. Pensaba que era mejor para desempeñar su tarea sin prejuicios, pero el horrendo espectáculo que acababa de presenciar le había hecho cambiar de idea. Quería conocerlo todo, saber, quizá comprender, si lo que estaba pasando merecía la pena, si el sufrimiento de ese niño servía realmente a la causa del Conciliador. Océanos de información se desbordaron frente a sus ojos, perdidos en la inmensidad de un espacio que solo existía para unos pocos elegidos como él. Conoció a sus padres, su hogar y su historia con tanta profundidad como los datos le permitieron. Jacobo nunca sabía determinar cuánto tiempo pasaba al sumergirse en la Red a través de sus Omnilentes. Sentía haber vivido mil vidas en aquellos parajes de información que parecían infinitos. Mientras escudriñaba todos los datos e informes una voz sin cuerpo aparente le devolvió a la habitación.

—Redentor, disculpe la intromisión. —Era la voz del Hermano Hauser a través del panel de televisión—. No es mi intención molestarle en absoluto pero... quizá sería lo mejor... si usted nos lo permitiese, deberíamos hacer un chequeo al sujeto para comprobar su estado de salud.

—Este niño ha sufrido más hoy de lo que ustedes hayan podido imaginar en toda su vida. Ahora necesita descansar. Es mi misión, está a mi cargo. Por el momento nadie entrará en esta habitación. Si alguien lo hace, le redimiré. —La voz del Redentor sonó tan determinada y abrumadora que la respuesta a su desafío tardó casi medio minuto en producirse.

—Por supuesto, por supuesto, se hará como usted diga —titubeó el Hermano—. Tiene... tiene usted las manos llenas de sangre.

Jacobo comprobó entonces que lo que decía el Hermano era cierto. El fragor de la situación le había hecho pasar inadvertidos los cortes que se había producido al romper el cristal de la sala de control. Estaba acostumbrado al dolor, tanto que apenas lo sentía.

—Podemos curarle esas heridas, si quiere.

—No será necesario, no son más que rasguños —declinó con desdén—. Una última cosa. Nadie hablará por ese trasto ni una vez más a no ser que yo lo haga primero. De lo contrario, lo arrancaré de la pared.

El Redentor recibió su respuesta en forma de silencio, lo que le hizo asumir que el equipo había comprendido hasta qué punto hablaba en serio. Con las manos del nerviosismo todavía desordenando y cosquilleando en el interior de su abdomen, Jacobo comprobó una vez más las constantes del pequeño, que permanecían débiles pero estables. Entró en el baño para lavarse y curarse tanto como fuese posible las heridas de las manos. Las enjuagó bien y de los cortes brotaron pequeños riachuelos de sangre roja como la ira que se mezclaron en un remolino antes de desaparecer por el desagüe. Tuvo que arrancarse un fino pedazo de cristal del tamaño de una cerilla de entre los nudillos de su mano izquierda. El dolor no le molestó, pero comprobó que necesitaría darse algunos puntos en la herida que el cristal había dejado al descubierto. Levantó la mirada en busca del botiquín que se encontraba sobre la pila y se encontró a sí mismo mirándose fijamente. Un doble con ojos de barro le miraba desde el otro lado del espejo que cubría la parte delantera del botiquín. En todos estos años aquellos ojos nunca le habían parecido suyos. Ahí estaban siempre las Omnientes, los ojos de un extraño fundiéndose con todo su cuerpo a través de su sistema nervioso, dotándole de un poder extraordinario que no estaba seguro de controlar por sí mismo, de información ilimitada de la que, pese a todo, no sacaba siempre conclusiones claras. Pero todas esas dudas nunca habían importado, se disipaban ante el simple convencimiento de ser el ejecutor de los deseos del Conciliador. Así que Jacobo negó la mirada al extraño del espejo y abrió la puerta del botiquín para recoger algunas de las cosas que le serían necesarias para su cura y volvió a la habitación. Se sentó de nuevo en el sillón que había colocado junto a la cama del niño. La mueca de dolor en el rostro del pequeño había desaparecido casi por completo y ahora simplemente parecía dormir. El Redentor comenzó a desinfectarse las heridas. Tras ello, se cosió con cuidado la delicada zona entre los nudillos sin apenas inmutarse por el ir y venir de la aguja y finalmente se vendó ambas manos con una gasa fina. Contempló durante un largo rato la fragilidad del pequeño Seymour, sumido en un sueño con el que parecía intentar expulsar todo el dolor que le había sobrevenido un rato antes a través de las gotas de sudor que le asomaban por los poros de su frente y en las comisuras de sus labios. El Redentor decidió que su cuerpo también necesitaba un descanso. Cerró los ojos y esperó a que Morfeo le aferrase entre sus brazos.

Cuando Jacobo despertó tardó una milésima de segundo en conocer cuanto tiempo había estado descansando. Sus Omnientes le informaron de que habían pasado casi seis horas y la noche se había tragado la luz que antes iluminaba la habitación. El niño parecía seguir durmiendo. El Redentor no tenía problema alguno para ver en la oscuridad, una de las características más prácticas de las Omnientes,

pero aquella no era una situación donde consiguiese una ventaja táctica de la penumbra, así que se levantó de su asiento y redujo la opacidad de la ventana a cero. La luz de plata de la Luna ofreció algo más de visibilidad. Batiste volvió de nuevo al sillón y se encontró con dos grandes ojos azules mirándole tan fijamente que parecían no verle en absoluto. El muchacho, que segundos antes estaba o parecía dormido, había despertado. El Redentor se encontró en la tesitura de interactuar o no con el pequeño. Su vida, anterior y posterior a su entrada en La Casa, no había fomentado que fuese un gran conversador. Perdió a su familia cuando no era más que un niño y vagó durante años recelando y evitando a cualquier ser humano. Cuando la Casa le acogió y comenzó su instrucción no fueron precisamente sus habilidades comunicativas las que trabajaron. Como Redentor, la gente le respetaba casi tanto como le temía, lo cual llevaba siempre al mismo desenlace. No se acercaban a él a menos que fuese indispensable. Y mientras todas estas ideas bailaban en la cabeza de Jacobo Batiste, los ojos del pequeño Seymour seguían clavados en él, desprovistos de curiosidad o de empatía. No parecían pedir, querer o exigir nada. Solo otros ojos, los suyos propios, desconcertaban tanto a Jacobo como los que ahora mismo tenía delante. «¿Cuál es el deseo del Conciliador respecto a este niño?», era la pregunta que repiqueteaba en la cabeza del Redentor. Solo era un muchacho enfermo y desvalido, y a la vez con un poder sin igual. No podía pasarle inadvertido el hecho de que unas horas antes había contemplado cómo ese diminuto infeliz había hecho estallar la cabeza de un animal tan solo imponiéndole su mano, y luego estaba el Hermano Patrik, que al parecer se encontraba en coma desde que el niño simplemente le tocase la cara. Poder para infligir dolor, no era algo desconocido para Jacobo, ambos compartían ese don pero, ¿poder para sanar?, se suponía que todo había empezado por esa razón, que Seymour no era solo capaz de lastimar. Su don también podía utilizarse para curar, igual que cuando Jacobo le quitaba la vida a alguien le regalaba la Redención. Allí estaban los dos, rodeados de silencio, bañados por la luz de la medianoche. El hombre más letal del mundo y el niño más indefenso. Los ojos más vivos que el ingenio humano había podido crear mirando a los ojos más muertos que jamás salieron del vientre de una madre, y estos devolviéndole la mirada. Jacobo sintió que el pequeño Seymour y él eran tan abismalmente diferentes que eran iguales. Y, por primera vez en muchos años, una horrible sensación fue abriéndose paso en su interior hasta conquistar el último rincón de su alma, el terror. Terror a que su camino fuese regalarle la redención a Seymour Bean.

—¿Papá? —La palabra escapó suavemente de los labios del joven.

—Tu padre no está aquí —respondió escuetamente el Redentor.

—¿Papá? —repitió Seymour al cabo de unos segundos.

—No puede venir, estamos solos tú y yo —insistió Batiste—. ¿Puedes entenderme, chico? ¿Entiendes lo que te digo?

—¿Mamá? —La voz de Seymour sonó casi como una súplica.

—No, tu madre tampoco. Solos tú y yo. Soy un Redentor de la Casa de la

Conciliación. Estás bajo mi protección y supervisión. Me llamo Jacobo Batiste.

—Jabobo... —Intentó imitar el pequeño.

—No. Es JA-CO-BO. —insistió el Redentor, poniendo énfasis en cada sílaba.

—Bobo —se limitó a contestar Seymour.

—No, pero es igual. Has estado sometido a una gran presión, debes descansar.

Ahora duerme.

—Manzanas —dijo el niño. Señaló el gran símbolo de los cuatro círculos que Jacobo portaba en el pecho de su clámide.

—Esto no es una manzana, chico. Es la representación de la Casa.

—Manzanas —repitió, abriendo y cerrando la mano torpemente.

—Te he dicho que no. Espera, ¿tienes hambre?

—Manzanas —dijo Seymour, con algo parecido a un tono afirmativo.

—Entiendo, tiene sentido. Llevas horas dormido y es normal que quieras algo de comer.

El simple hecho de las necesidades básicas del niño y las suyas propias había pasado inadvertido para Jacobo hasta aquel momento. Acostumbrado a las penurias del campo de batalla, su estómago nunca le pedía sustento. Se limitaba a agradecerse cuando se lo proporcionaba. Ahora, sin nadie más en la habitación con quien compartir la tarea, comprendió que por primera vez en su vida su misión le llevaba a preocuparse por la seguridad de alguien más que de sí mismo.

—Hermanos, ¿me escuchan? —preguntó Jacobo al aire.

—¿Qué desea, Redentor? —contestó una voz con presteza al otro lado del panel —. Podemos verle y oírle a través de la VidCom del panel.

—El joven debe comer algo. Y a mí tampoco me vendría mal. Traigan algo de cena. Llamen a la puerta y yo lo recogeré.

—Por supuesto, Redentor. Alguien se lo llevará en unos momentos.

—Por cierto, traigan también algunas manzanas, si es que tienen.

—Como desee.

Pasaron quince minutos de silencio en la habitación hasta que la comida llegó. El niño no volvió a pronunciar palabra, absorto con la mirada perdida aquí y allá. Jacobo abrió la puerta y realizó un gesto de aprobación al Hermano Tobías, que le entregó la bandeja con las viandas. El Redentor la colocó en una mesa plegable que extrajo de uno de los laterales de la cama y ofreció un *sandwich* al muchacho, sin conseguir respuesta.

—Chico, aquí está la comida, ten, cómetela —le inquirió Jacobo con un tono sosegado.

El pequeño Seymour no hacía ademán alguno de entender lo que Batiste estaba diciéndole, así que este no tuvo más remedio que partir con las manos pequeños trocitos del pan con jamón y queso y acercárselos a la boca para que el joven comiese. Al principio le costó un poco, pues Seymour se mostraba dubitativo ante tal ofrenda, pero poco a poco consiguió que el niño se comiese gran parte del

emparedado. Tras esto, Jacobo se sentó en su sillón con una de las manzanas que le habían traído y la peló hábilmente con su cuchillo, la dividió en pequeñas porciones y se la ofreció a Seymour en la bandeja.

—Muchacho, debes alimentarte por ti mismo. Yo no puedo darte siempre de comer. —Esperó unos segundos, pero no hubo respuesta de Seymour—. Manzana, ¿recuerdas?, manzana, querías manzanas.

—Manzana —dijo el pequeño. Extendió la mano para coger una de las rojas frutas junto a los trozos que Jacobo le había preparado.

—Sí, eso es una manzana, pero esto también. Está pelada, preparada para que te la comas.

Seymour no hizo caso a Jacobo y dio un pequeño bocado a la pieza que acababa de tomar entre sus manos.

—Manzana —repitió una vez más.

—Está bien, chico. Si la prefieres así, toda tuya. Yo también comeré algo.

El Redentor colocó sobre sus rodillas la bandeja de la cena y comió mientras Seymour daba diminutos mordiscos a la manzana que tenía en la mano. Las tripas de Jacobo resonaron de alegría cuando recibieron algo sólido por primera vez en todo el día y decidió recostarse en el sillón y relajar un poco su cuerpo. El niño, cansado de la pieza de fruta, permanecía tumbado sin hacer nada en particular, de nuevo perdido en su mundo. Jacobo Batiste decidió dedicar un rato a la única afición que cualquiera que hubiese pasado algún tiempo con él podría conocer, la lectura del pequeño libro que portaba siempre consigo. Lo sacó de su bolsillo y notó como las heridas de las manos le escocían bajo los vendajes, pero no prestó demasiada atención a una sensación que conocía demasiado bien para detenerse ante ella. Abrió el libro por una de las páginas centrales, retrocedió unas cuantas y comenzó a leer en silencio, pues conocía cada palabra de memoria y sabía perfectamente por donde se había quedado en su último momento de lectura. La medianoche había quedado atrás al menos hacía una hora y la luz en la habitación era muy tenue, pero sus Omnilentes le conferían una visión felina, por lo que no necesitaba de nada más. Pasó un largo rato sumergido entre las palabras de la obra que tenía entre las manos sin prestar atención a Seymour. En su ensimismamiento, Jacobo había dado por supuesto que el niño se había dormido al tener la tripa llena, pero no era así.

—Cuento —pronunció el muchacho.

—¿Qué? —preguntó casi instintivamente Jacobo, saliendo de su mundo de papel—. Perdona chico, creí que estabas dormido.

—Cuento. Papá. Cuento —dijo el pequeño. Casi fue una explicación, como si aquellas palabras sueltas formasen una frase.

—Tu padre te cuenta cuentos, ¿eso quieres decir?, pero, ¿tú puedes entenderlos?

—Cuento —insistió.

—Esto no es un cuento, muchacho. Es un libro, es de adultos, no creo que pueda interesarte.

Seymour se limitó a pronunciar un gemido de disgusto y se contorsionó levemente sobre su cama.

—¿Sabes? Quizá tengas razón. La primera vez que escuché esta historia yo también era un niño, más pequeño que tú incluso. Mi madre nos lo leyó docenas de veces a mi hermano y a mí, y siempre le pedíamos que lo hiciese otra vez y otra vez. Era el único libro que teníamos en casa. Es curioso, no recuerdo muchas cosas de aquella época, yo debía tener solo cuatro años, pero sí recuerdo el rostro de mi hermano y el de mi madre.

—Mamá —pronunció Seymour.

—Sí, pequeño, mi madre. Se llamaba Clara, y era una mujer muy bella. Mi hermano se llamaba Manuel, tenía cuatro años más que yo y empezaba a ser un jovencito fuerte y apuesto. Vivíamos en una zona complicada, había muchos problemas y la gente pasaba hambre y no tenía apenas nada. Nuestra casa no era más una cabaña en la costa del levante de España. Aquello acabó muy mal, hace más de veinte años que no vive nadie en todo el litoral de norte a sur, nadie excepto bandidos y proscritos. El Rectorado Español lo aplastó todo durante la Revuelta. Lo curioso es que, aunque no teníamos nada y pasábamos hambre, mi hermano y yo éramos felices. Seguramente mi madre no lo fuese, pese a que entonces no nos dábamos cuenta, y mi padre tampoco, que marchó a luchar y nunca más le volvimos a ver, pero nosotros lo éramos. Creo que nos gustaba este libro porque trataba de gente que había vivido en el mismo lugar que nosotros hacía muchísimo tiempo y, sin embargo, también eran pobres y les ocurrían desgracias. Éramos como ellos, hermanos de un tiempo diferente. Luego todo se fue al traste y me quedé solo. Les perdí a todos, el Conciliador así lo quiso. En aquella época yo ni siquiera sabía leer, pero nunca dejé que nadie me arrebatase este libro. —Jacobó pasó sus manos entre su pelo en un gesto entre la resignación y la desesperación—. No sé porqué te cuento todo esto, ni siquiera sé si me entiendes.

—Bobo. Cuento.

—Está bien, chico. —El Redentor dejó escapar un bufido entre sus labios—. Te leeré mi cuento. Lo he leído muchas veces, ahora iba casi por la mitad pero haré una excepción y lo empezaremos de nuevo. En cualquier caso no vamos a poder leerlo todo en un día, así que no te hagas ilusiones de saber como acaba. —Jacobó pasó las hojas hasta la primera página y se dispuso a leer en voz alta—. Muy bien, este cuento se titula *Cañas y Barro*.

Unas horas después, el día amanecía oscuro en Glasgow. El tren en el que se encontraban Heather, Roger y Jimmy Valois se adentró en la Glasgow Central Station procedente de Aberdeen como una inocente luciérnaga se introduce en la boca del lobo. Los tres salieron del vagón en el que habían viajado y se dirigieron a la salida entre el alboroto de la gente y el parloteo incesante del abogado. Heather parecía exhausta y Roger se mostraba serio y taciturno. Las campanas eléctricas del reloj de

la fachada daban la bienvenida a las nueve de la mañana con su repiqueteo. Un coche les estaba esperando junto a las puertas de salida, en su panel lateral podía leerse «señores Bean y acompañante». Sin dilación, abrieron el maletero del vehículo, depositaron su equipaje y pasaron al interior. Una grabación automática requirió que alguno de los ocupantes depositase su SmartPad sobre el identificador. Roger sacó su dispositivo y un instante después recibieron la confirmación. El coche emprendió la marcha a través de Gordon Street y les anunció su destino; los estudios centrales de G-Media en el Rectorado de Escocia.

Tenían casi media hora de paseo por delante. Los estudios se encontraban en Clydebank, una localidad en las afueras, al oeste de la gran ciudad de Glasgow. Su área metropolitana era la más grande del Rectorado, y en tiempos había sido la segunda por extensión y población del antiguo Reino Unido, antes de que este se convirtiese brevemente en una federación de repúblicas y posteriormente integrado en el sistema de Rectorados de la Federación Europea. Jimmy Valois seguía hablando y dando indicaciones a la pareja sobre qué debían decir y como debían comportarse al llegar a los estudios. Heather le escuchaba sin mucho ánimo, pues sus fuerzas estaban agotadas desde hacía semanas, y Roger asentía de vez en cuando sin tan siquiera oír al estafalario abogado. Las cosas no marchaban bien en su matrimonio. La pérdida de su hijo había abierto una brecha entre ellos más grande de lo que podían soportar. Su mujer, agotada día tras día en busca de recuperar a Seymour, apenas le dirigía la palabra, y cuando lo hacía solían acabar discutiendo entre lágrimas y rabia. Ella le culpaba de lo que estaba ocurriendo, su cabeza necesitaba un chivo expiatorio y Roger era el blanco más fácil para su desesperación. Cada noche le recordaba que su confesión a Paul Monroe había iniciado toda aquella locura. Roger no podía más que asumir la situación, ya había perdido a su hijo y no quería perder también a su esposa, aunque por dentro sintiese que no le quedaba ni un ápice de fuerza para luchar. La carretera que llevaba hasta los estudios discurría siseante bordeando el río Clyde, que daba nombre a la población en la que estos se encontraban. El día no acababa de despertar y las nubes bajas cubrían por completo el cielo. Los asientos del coche estaban dispuestos en dos filas que se miraban la una a la otra, la configuración típica de los automóviles desde que la automatización se extendió y se eliminó la necesidad de conductor. Roger tenía a su lado a Valois, que milagrosamente no le golpeaba con sus incesantes aspavientos. El silencio del motor eléctrico y la insonorización de la cabina le otorgaban a la voz del hombrecillo el protagonismo absoluto.

—Señor Bean, ¿Roger! ¿Me está escuchando? —inquirió Valois.

—Perdone, ¿qué decía? —preguntó Roger, saliendo de sus tribulaciones.

—Esto no es cosa de broma, señor Bean, ustedes lo saben mejor que nadie —dijo Jimmy. Intentó mostrar un semblante serio que no resultaba demasiado creíble en su rechoncho y sonrosado rostro—. Hemos conseguido atraer la atención de los Media, y eso es genial, pero si no nos preparamos y actuamos con inteligencia nos masticarán y nos escupirán como un chicle que ha perdido todo el sabor.



—Está bien, está bien —balbuceó Roger, sin entusiasmo.

—Solo tenemos esta oportunidad para ganarnos a la audiencia. Debemos conseguir que sientan empatía por ustedes, que se identifiquen, que les vean como a sus amigos o vecinos, como víctimas de algo que les podría pasar a ellos. Esta es la parte fácil. Al programa le interesa que sea así, porque eso significa audiencia, más suscripciones, acceso a servicios premium y todo ese rollo, bla, bla, bla. Pero en lo que debemos tener mucho cuidado es en conseguir eso sin enfadar demasiado a la Casa de la Conciliación.

—Por mucho que nos cueste no hacerlo —afirmó Heather, con un hilo de fuerza impulsado por el rencor.

—Sí, por mucho que les gustase hacerlo no es el camino para recuperar a su hijo. Como les decía, esto es lo difícil, porque al programa le interesa que ustedes se muestren lo más polémicos posible, así que no dudarán en lanzarles preguntas con las que pretenderán herirles y hacerles estallar, camufladas bajo un manto de simpatía y comprensión, por supuesto. Esto es televisión, hay gente que haría lo que fuese por aparecer en ella, así que imagínense que pueden haber hecho los que aparecen. No lo olviden, no son sus amigos, son más bien un enemigo con el que cooperar por el momento para derrotar a otro mayor.

El abogado pareció contentarse por el momento con su sermón y guardó silencio durante unos minutos. Heather y Roger, cada uno por su parte, lo agradecieron para sí mismos. Pasado un rato, el coche se adentró en la primera calle urbanizada desde que salieron de Glasgow, lo que anunció su llegada a Clydebank. El pueblo no era demasiado grande y la carretera lo cruzaba como principal arteria urbana. Pequeños comercios ordenados aparecían a ambos lados de la calle. Roger los observaba cada vez que un semáforo detenía su marcha. No había demasiada gente en la calle, lo que dotaba al lugar de un aspecto tranquilo y pulcro, parecido al de su Little America en Aberdeen. Poco después, casi cuando cruzaron el pueblo por completo, apareció ante ellos un complejo de edificios parecidos a los de las facultades universitarias, de altura media y aspecto aséptico. El coche giró en uno de los cruces y se detuvo a escasos treinta metros de uno de ellos, delante de un jardín que llevaba hasta la entrada. Una mujer de treinta y pocos años les estaba esperando. Tenía el cabello castaño hasta la cintura y una figura esbelta embutida en una falda de tubo por la rodilla y una americana gris. Los tres ocupantes salieron del coche y la bienvenida no se hizo esperar.

—¡Buenos días, buenos días, buenos días! —exclamó la muchacha con entusiasmo—. Soy Amy O’Neal, productora de «¿Qué pasa contigo, Escocia?» Estamos entusiasmados de tenerles con nosotros, señores Bean, no lo duden. —O’Neal se apresuró a dar un apretón de manos a los tres visitantes—. Señor Valois, le agradezco mucho que se pusiera en contacto con nosotros para contarnos la historia de sus representados, ¡qué tragedia!

—Sí, sí. De nada, pero como ya le dije por teléfono, el señor Valois era...

—Era su padre, ¡ja, ja!, lo recuerdo —le interrumpió, divertida—. De acuerdo, solo Jimmy entonces.

—Eso es. Por lo que a nosotros respecta podemos empezar cuando quieran —requirió Valois. Intentó hacerse el duro luchando con su cómica apariencia—. Cada minuto que estos buenos señores pasan separados de su hijo es una tortura.

—Por supuesto, por supuesto. Katrine está arriba, esperándoles junto al equipo de guionistas del programa para poder tener una primera toma de contacto con ustedes y conocerse mejor. —Amy hizo un gesto con el que pidió que le acompañasen, y los cuatro tomaron rumbo al edificio—. La entrevista en directo será dentro de tres días, ¡en *prime time*! Estoy segura de que la Federación entera estará pendiente de nosotros entonces. Hasta esa noche queremos conocerles a fondo, nos interesan de verdad, queremos ayudarles.

Heather, Roger y Valois siguieron a la joven por el *hall* del edificio y entraron juntos en el ascensor, que les llevó raudo hasta la planta en la que el equipo del programa les esperaba. Era una sala de reuniones típica, con paredes acristaladas en su mayoría y una gran mesa con sillas como único mobiliario. Frente a ella se encontraban sentados Katrine Connor, la presentadora de «¿Qué pasa contigo, Escocia?», toda una estrella de la televisión de consumidores, y otros tres trabajadores de la cadena, desconocidos para los Bean. Amy O’Neal se apresuró a presentarles cuando hubieron entrado en la sala.

—Estos son los señores Bean y su abogado, el señor Valois, aunque prefiere que le llamen Jimmy —dijo Amy, con una sonrisa en la cara.

—Es un verdadero placer conocerles —afirmó Katrine Connor mientras se levantaba para estrecharle la mano a todos—. Mis acompañantes son tres de los guionistas del programa. No se preocupen, hoy no les robaremos mucho tiempo, queremos que vayan a la habitación del hotel que les hemos preparado y se relajen, que den un paseo por el agradable pueblo que es Clydebank y que se despejen por unos instantes de la pesadilla que están viviendo. Mañana comenzaremos las entrevistas previas más profundamente.

Connor era una mujer pelirroja, de larga melena y mediana edad, algo entrada en carnes, con piel de leche y ojos marrón cerezo. Su voz era grave y su pronunciación exquisita, sin duda su rasgo más distintivo y la principal razón que le había convertido en una de las protagonistas de los paneles de los consumidores en Escocia. Poseía una gran inteligencia emocional, pues siempre conseguía que sus entrevistados contasen lo que ella pretendía sin que con ello se sintiesen violentos. Les arropaba como una madre que acoge en su pecho dando consuelo al hijo que acaba de pelarse las rodillas. Con un gesto cortés les pidió que tomasen asiento junto al resto del equipo y se colocó junto a Heather, a quién tomó de la mano y le pidió que le contase la historia que les había traído hasta aquel lugar. Heather, en ocasiones apoyada por Roger cuando no podía más y la voz se le truncaba en la garganta, relató cómo había transcurrido su apacible vida, dedicada al cuidado de su hijo, hasta el momento en el

que descubrieron de lo que Seymour era capaz. Habló del incidente con Paul Monroe y Billie, de la pelea que su marido tuvo con este y de cómo eso había llevado, sin saber muy bien de qué manera, a que la Hermana de la Conciliación que se presentó en su casa armada y con escolta se llevase al pequeño por la fuerza. Después explicó que todos los estamentos habían hecho oídos sordos a sus súplicas, los vilipendios que habían sufrido por parte de vecinos y conocidos y cómo la Casa de la Conciliación les había repudiado. Katrine Connor escuchó atentamente la historia, un par de lágrimas escaparon de sus ojos en varias ocasiones, guardando el secreto de si eran sinceras o solo una artimaña para parecer más solidaria con la pareja.

—Yo también soy madre, ¿sabe? —interpeló Connor—. Intento mantener mi vida privada lejos de los paneles, pero mi pequeño Roland es la ilusión por la que me levanto cada día, tiene trece años. Lo tuve con casi cuarenta años, algunos dicen que algo tarde, para mí fue una bendición recibida en el momento justo. —Las palabras salían de su boca dulces como la melaza, y sus ojos no dejaban escapar la mirada de Heather—. No iba a contárselo, pero ayer soñé con su hijo, al que no conozco de nada. Con usted y su hijo. Eso tiene que ser algo bueno, ¿no cree, Heather? Seymour y Roland jugaban juntos en el jardín mientras usted y yo nos tomábamos un té helado acariciadas por la agradable brisa del temprano otoño. He pensado que quizá no fuese un sueño, si no una premonición, una visión. ¿Le gustaría eso, querida amiga?

—No hay nada que desee más en este mundo —pronunció Heather, imbuida por la clase de esperanza que reparten los telepredicadores—. Solo quiero volver a estar con mi hijo.

—Eso es, justo es eso a lo que me refería. ¿Quién podría negarle ese deseo a una madre? ¿Quién podría negárselo a usted? Solo tiene que hacer esto, Heather, cuénteles al mundo lo que le ha pasado y como se siente, y le aseguro que no habrá una sola persona detrás de los paneles que no le comprenda y le apoye.

—Lo intentaré.

—No tiene que intentarlo, tiene que hacerlo por su hijo. Cuando yo le pregunte en antena tiene que sacarlo todo de dentro. Tiene que mostrar su rabia, su impotencia, tiene que llorar, eso le hace más humana para ellos, es la única forma de ganárselos.

—Creo que por hoy es suficiente —interrumpió Valois—. Como usted misma ha dicho, señora Connor, hoy no profundizaremos más en el tema, tenemos tres días por delante para hacerlo.

Sin dar lugar a réplica, Jimmy Valois se levantó de su asiento y apremió a sus representados a que hiciesen lo mismo. Katrine Connor, cortés y sin perder la compostura, sonrió dulcemente y les acompañó a la salida de la habitación. Pese a la insistencia del abogado en que no era necesario, Amy O'Neal les acompañó hasta el hotel. Durante el breve trayecto en coche intentó inútilmente sacar el tema en un par de ocasiones, sin embargo sus acometidas fueron rápidamente frenadas por Valois, y finalmente desistió y charló sobre banalidades hasta que les despidió cuando el coche se detuvo frente a la fachada del Beardmore Hotel de Clydebank, un lujoso

alojamiento a cargo de G-Media que el programa había contratado para los Bean y el abogado. Después de realizar el *check-in* y buscando alejarse de oídos indiscretos los tres subieron hasta el segundo piso y entraron en la *suite* reservada para el matrimonio. Nada más soltar las maletas Jimmy, Valois dijo lo que llevaba un buen rato callando.

—Heather, no puede dejarse convencer por esa encantadora de serpientes como lo ha hecho hoy. Lo crea o no, va en contra de nuestros intereses. —El hombrecillo parecía mucho más serio que de costumbre.

—A mí me ha parecido que quería ayudarnos sinceramente —espetó Heather, algo molesta.

—Es su trabajo y lo hace realmente bien. ¿Y usted, Roger? Dígame si usted también lo ha visto —reclamó Valois.

—Bueno, parecía amable, pero yo confío en su criterio, señor Valois. Usted aceptó nuestro caso cuando nadie más lo hizo y nos ha traído hasta aquí, hasta una pequeña posibilidad de... yo seguiré su consejo.

—¿Y por qué demonios tiene que tener él razón y ella equivocarse? —estalló Heather—. ¡Nosotros le pagamos y deberíamos ser nosotros quienes decidiésemos!

—Ha dado en la clave, Heather, ustedes me pagan, ustedes son mis clientes. ¿Sabe quienes son los clientes de Katrine Connor? Se lo diré, cientos de miles de infelices que solo desean ver a alguien más infeliz que ellos en sus paneles para sentirse menos patéticos. Yo miro por mis clientes, y ella por los suyos.

—Pero ella dijo que si yo... —gimió Heather.

—Ella dijo lo que usted estaba deseando escuchar, tiene mucha experiencia en eso. Sé que es mucho más fácil creerle a ella, pero espero que me escuche a mí. Se lo dije en el coche. La entrevista, el programa y Katrine Connor son una herramienta para conseguir nuestro objetivo, que la Casa les permita estar con su hijo. Si deja que Connor le manipule emocionalmente no volverá a ver a su hijo nunca, es así de simple. ¿Por qué cree que la entrevista es dentro de tres días y no esta noche? ¿Para qué tanta reunión previa? Se trata de analizarles, preguntarles y analizarles de nuevo, de forma sistemática. Buscarán sus puntos débiles, la manera de derrumbarles y lo usarán en directo. Hoy usted se ha mostrado como una presa fácil y ella le ha visto como la más débil, la más herida, por eso se ha centrado en usted, como hace cualquier depredador.

—Señor Valois, por favor déjenos a solas —pidió Heather con un hilo de voz. Se sentó en la gran cama de la habitación, mostrándose desfallecida.

—Está bien, pero espero que piensen en lo que les he dicho. —El abogado se dirigió hacia la puerta de salida y se plantó frente a ella—. Y por cierto, el señor Valois era mi padre, y era un gilipollas, pero Jimmy no lo es. Me he revolcado el tiempo suficiente en la mierda para saber cuando algo apesta incluso antes de olerlo.

El portazo de Jimmy Valois pareció liberar la frustración que Heather llevaba dentro, lanzó su espalda contra el colchón y comenzó a llorar desconsolada. Roger,

aún de pie junto a las maletas, contemplaba a su mujer con impotencia y desesperanza. Su mente estaba saturada de dolor. Desde la pérdida de Seymour los días se habían convertido en un tortuoso camino que cada vez le costaba más recorrer y no estaba seguro de poder llegar hasta el final. Su mujer se lo puso un poco más difícil con unas inquisitivas palabras.

—Todo esto es culpa tuya, es culpa tuya, Roger —le recriminó su esposa. Las palabras sonaron húmedas, empapadas en las lágrimas de Heather.

—Ahora no, Heather, no puedo con esto —dijo, pidiendo clemencia.

—¡Pero es cierto! Habíamos descubierto algo maravilloso, nuestro pequeño es tan especial... ¡Y tú tuviste que contárselo todo a ese estúpido de Paul Monroe! Él nos denunció, pero solo porque tú se lo contaste, eres tan culpable como él. Y entonces vino esa horrible mujer y me arrebató a mi niño, ¡a mi hijo!

—¡Querrás decir a nuestro hijo! También es mío, maldita sea, ¿crees que yo no estoy sufriendo? Estoy sufriendo por ti, ¡por él! ¡Claro que me siento culpable! Pero yo no quería esto, ¡no quería esto!

Sin dar lugar a más reproches, Roger salió de la habitación con los ojos enrojecidos y bajó las escaleras con la sensación de que el pecho le iba a estallar de furia. Cruzó el *hall* del hotel y dio un manotazo a la puerta para salir del edificio. Caminó sin rumbo, más centrado en los pensamientos que le atormentaban que en hacia donde se dirigía. Pasó un rato hasta darse cuenta de que había dejado atrás la ciudad y ahora sus pies pisaban la verde y fresca hierba de la orilla del río Clyde. Se detuvo y contempló el idílico paisaje que se presentaba frente a sus ojos. Sin saber muy bien cómo había tomado la decisión, Roger avanzó hacia el río y primero sus botas, luego los camales de sus pantalones y finalmente su torso y su cabeza se sumergieron en las aguas del frío río escocés. Las aguas estaban tranquilas, pero no alcanzaba a ver nada a través de ellas. Sumergido entre las sombras, el latido de su corazón era lo único que podía notar haciendo vibrar todo su cuerpo. Pensó en su hijo, en cómo le había perdido y en la manera que toda su vida se estaba desmoronando alrededor de ese hecho. Tuvo la tentación de no salir jamás de aquel río, de perder el conocimiento, permitir que la corriente borrara su existencia y que nadie recordase que Roger Bean, padre de Seymour y esposo de Heather, amante progenitor y marido, estúpido hombre que había llevado la ruina hasta su familia, había existido jamás. En lugar de eso retrocedió, se tumbó junto al lecho del río, y lloró.

Dos días después, en la sede de la Casa de la Conciliación de Praga las cosas seguían exactamente igual. Era algo que Nicoletta Braco no podía soportar, lo que se traducían inmediatamente en que todos los que estaban a su alrededor debían sufrir su iracundo carácter. La Hermana estaba atrapada en un duermevela del que iba y venía como la llama de un cirio mecida por el viento, sentada en el sillón de su despacho. Apenas había dormitado unas horas desde que el Redentor se encerrase con la

Excepción en aquel cuarto. Se pasaba la mayor parte del día en la sala de control con los Hermanos y Tom Clayton, exigiéndoles progresos que eran imposibles de conseguir bajo esas circunstancias y acusándoles de su indolencia e incompetencia. Cuando no estaba allí se encerraba en su despacho, elevando quejas al Consejo de las Madres y los Padres sobre como el Redentor estaba dificultando su trabajo. La respuesta siempre había sido la misma, los redentores están por encima incluso del Consejo, sus actos se consideran actos del Conciliador mismo, así que el Consejo no podía ordenar a Jacobo Batiste que entregase al muchacho. La Excepción estaba en manos del Redentor y parecía que no había nada que ella pudiese hacer.

Una VidCom entrante en su panel le devolvió de golpe a la realidad de su oficina. Eran pasadas las cinco de la tarde y el usuario que intentaba comunicarse con ella aparecía como oculto. Sin dilación, la Hermana pulsó el panel y aceptó la llamada. La imagen de Radek Capek ocupó la pantalla, se podía observar que estaba en su mugriento apartamento. Vestía una camiseta interior blanca de tirantes y su escaso pelo le caía desordenado sobre la frente. Tenía en su grueso rostro su característica sonrisa de rata, lo que siempre significaba que tenía algo jugoso para ella y que querría algo a cambio.

—Buenas tardes Nicoletta —pronunció Capek, como una cancioncilla divertida—. ¿Qué tal está mi Hermana preferida?

—¿Cómo osas molestarme sin previo aviso, bola de grasa? —le increpó Nicoletta. Se mostró indiferente, pese a que estaba ansiosa por saber qué podía ofrecerle el informador—. ¿Tienes algo para mí o solo planeas hacerme perder el tiempo?

—Tan peleona como siempre, Hermana, ¿lo haces porque sabes que me pone cachondo, verdad? —Radek Capek se pasó la lengua por los labios de manera lasciva. Sabía que eso pondría más furiosa a Braco, pero le gustaba jugar con ella.

—Puedes estar seguro de que me encamaría antes con el mismo Lao Kahn que contigo, Capek. Y ahora ¿vas a decirme qué quieres? Estoy ocupada.

—Creo que aún vas a estarlo más, Hermanita. —Radek se frotó las manos—. Tengo una noticia muy jugosa para ti, G-Media está hoy como loco. Se están cayendo muchos programas de la parrilla de mañana en toda la Federación. ¿Sabes lo que eso significa? —El informático soltó una risita aguda y maliciosa.

—Habla, cerdo.

—¿Así sin más? ¿Acaso no hay nada para el pobre Radek? —Jugueteó.

—¿Cuánto quieres?

—No es dinero lo que quiero.

—Es lo único que puedes obtener de mí.

—Qué dura eres, Nicoletta. En ese caso, digamos veinticinco mil Feds.

—Hecho, habla.

—Aunque podría salirte gratis si hicieses una cosa por mí.

—¡Por el Conciliador! No vas a parar hasta que consigas decirlo. No me hagas

perder más el tiempo.

—Te saldrá gratis si te levantas, te pones frente a la cámara y te subes la clámide hasta la cintura, seguro que no llevas braguitas, ¿a que no? —La risotada lujuriosa de Capek no provocó reacción alguna en el rostro de Braco.

—Ni lo sueñes.

—Vamos, te prometo que no lo estoy grabando. —El informático estaba pasándose realmente bien a costa de la Hermana.

—Veinticinco mil, habla ahora o el Conciliador es testigo de que te acusaré de disidente y no llegarás a esta noche sin que CONTROL te haya puesto el antifaz y desaparezcas de la faz de la Tierra.

—Está bien, está bien, tendré que conformarme con el dinero. Parece ser que G-Media ha pescado un pez de lo más gordo y van a sacarle partido mañana por la noche. Por el movimiento que hay yo diría que casi todos los canales de consumidores de la Federación van a emitirlo, pero la emisora original está en Glasgow, Escocia. ¿Sabes quién vive en Escocia? —El hecho de saber algo que Nicoletta desconocía proporcionaba un placer enorme a Radek. No podía frenar su histriónica risa—. ¿Qué, crees que no estoy al tanto de tu pequeña cruzada personal? Si algo entra en la Red yo lo sé, y llevas semanas hablando con el Consejo de ese mocososo.

El rostro de Nicoletta Braco comenzó a enrojecerse como un volcán en erupción. Todo su cuerpo parecía estremecerse, cosa que no podía pasar desapercibida para su interlocutor.

—Esos consumidores han acudido a los Media, debí matarles a los dos. ¿Qué más sabes?

—Solo sé que el programa empezará a anunciarse esta noche, a las ocho hora central. Bueno, y ahora ¿vas a enseñarme tu conejito o no? Como propina, creo que me lo merezco.

Capek se carcajeó de nuevo justo antes de que Nicoletta cortase la comunicación. La Hermana Braco salió de su oficina como una exhalación y cruzó rápidamente el laberinto de pasillos que llevaban hasta la sala de control de la Excepción. Entró y dejó tras de sí un sonoro portazo. Los Hermanos y Tom se encontraban allí, aburridos. Todos dieron un respingo en sus asientos cuando le vieron entrar, a sabiendas de que aquella irrupción solo podía significar que traía un humor de perros.

—Quiero novedades, ¡ahora! —exigió Braco.

—La situación sigue estable —balbuceó Hauser.

—Si eso significa que seguís siendo igual de incompetentes no es a lo que me refiero. ¿Qué es de la Excepción?

—No ha habido cambios desde la última vez que estuvo aquí, Hermana —contestó Tom—. El Redentor y el niño siguen en el cuarto, les seguimos desde la VidCom del panel. Están tranquilos, no hacen gran cosa.

—Y los sensores de la cama no han dado ningún dato significativo para nuestra

investigación —añadió el Hermano Tobías—. No ha pasado nada.

—Pero tiene que pasar, ¡tiene que pasar! No os dais cuenta pero le estoy fallando al Conciliador y es culpa vuestra —acusó con desdén Nicoletta—. Tengo la prueba irrefutable de su existencia aquí mismo y no soy capaz de usarla en su beneficio. Y por si fuera poco esos malditos consumidores van a exhibirse en los Media para arrastrar sus lamentos por toda la Federación.

—¿De qué habla, Hermana? —preguntó Tom, intrigado. Se irguió en el sillón en el que estaba sentado.

—Los padres del mocoso van a ser entrevistados en alguno de esos malditos programas de cotilleos para escoria consumidora, y seguro que sus lamentos conseguirán el apoyo de la chusma de su misma calaña. Si no conseguimos resultados rápido estoy acabada, y os juro que si no lo evitáis os arrastraré conmigo. ¡Lo juro por el Conciliador!

—¿Está segura de lo que dice? —insistió su asistente. Se arrepintió de la pregunta conforme sus palabras escapaban de su boca.

—¡Por supuesto que estoy segura, estúpido ignorante! Debo reunirme con el Consejo, saldré ahora mismo y pediré audiencia. Y que os quede claro por si teníais alguna duda, el Redentor no debe enterarse de nada de esto. Hasta ahora habéis visto mi parte simpática, pero si lo hace os aseguro que os presentaré a la enfadada.

Un hermano gemelo del portazo que Braco había dado un par de minutos antes fue lo último que los ocupantes de la sala escucharon como despedida de la Hermana, que volvió a su oficina y cursó rápidamente la petición de que el Consejo le concediese audiencia para esa misma tarde. Mientras esperaba la respuesta buscó con ansiedad a través de la Red información sobre la entrevista que los Bean iban a conceder, pero parecía que G-Media había borrado bien sus huellas sobre el tema. Aparte de lo que Radek Capek había podido conocer con sus artimañas no corría por el ciberespacio ningún rumor sobre el asunto. Eran las siete de la tarde, la respuesta del Consejo no llegaba y los minutos parecían acelerarse para Nicoletta. Desesperada, encendió el panel y buscó canal por canal el posible candidato para emitir el anuncio de la entrevista. Entre los cientos de canales destinados al más burdo y bajo entretenimiento banal para consumidores parecía una tarea más difícil que encontrar una aguja en un pajar. Quince interminables minutos después uno de los canales por fin pareció ser el adecuado. Estaban emitiendo un programa que consistía en un top de celebridades que habían caído en desgracia, comentando jocosamente las desventuras de personajes a los que se les había apagado la buena estrella que alguna vez tuvieron. Adicciones, delitos, muertes y altercados públicos se sucedían uno tras otro y, sobre ellos, un rótulo con grandes letras rojas que parecía bailar en una de las esquinas del panel anunciaba que a las ocho hora central de la Federación se emitiría una noticia de «última hora». «Tiene que ser eso», pensó la Hermana, y esperó asqueada conociendo mientras tanto los pormenores de aquellas estrellas estrelladas. Casi un siglo después llegaron las ocho y el programa cesó su emisión para dar paso a



un anuncio tipo gancho como los que caracterizaban a los canales de cotilleos para consumidores.

«Mañana, a esta misma hora, no se despeguen de sus paneles porque la historia que les traemos les helará la sangre».

Ya no cabía duda, los peores presagios de Nicoletta se habían hecho realidad. Allí estaba Heather Bean en la pantalla, llorando a moco tendido, con su marido colocándole el brazo sobre el hombro. Imágenes lúgubres de su casa y primeros planos de los retratos del niño que había en la pared de la escalera.

La desgarradora historia de unos padres a los que su hijo les ha sido arrebatado.

«Entraron en casa con unos tásers». (Declaración de Heather Bean)  
Un inocente niño autista de tan solo diez años arrancado de los brazos de sus padres por La Casa de la Conciliación.

«Electrocutaron a nuestra perra hasta la muerte y me amenazaron con hacerme lo mismo». (Declaración de Roger Bean)  
¿Qué pretende hacerle la Casa al pequeño Seymour Bean?  
«Dijeron que estaban en su derecho de llevarse a mi pequeño, que era legal». (Declaración de Heather Bean)

Mañana a las ocho en «¿Qué pasa contigo, Escocia?», y retransmitido a toda la Federación:

«La Casa de la Conciliación ha secuestrado a mi hijo».

No había lugar para la esperanza en Nicoletta Braco. El anuncio acabó y el programa anterior volvió al panel con su perorata morbosa, pero ella ni siquiera cayó en la cuenta. Estaba petrificada, su cabeza intentaba pensar en tantas cosas a la vez que se había quedado en blanco. Pasó absorta unos minutos más, intentado asimilar el duro golpe que sus planes acaban de recibir, cuando un mensaje desde el Consejo ocupó la pantalla y la sacó de su estado catatónico.

«Petición de audiencia denegada. Estamos al tanto de las novedades en el asunto de la Excepción. El buen nombre de la Casa de la Conciliación está en tela de juicio por su culpa. Tiene cuarenta y ocho horas para revertir la situación o la Excepción será revocada».

A unas escasas decenas de metros de la desolada Nicoletta, Jacobo Batiste y Seymour seguían con su rutina, inconscientes de lo que acaba de acontecer. El Redentor leía tranquilamente su novela en voz alta sin saber si el niño, perdido en su

mundo, hacía caso omiso o escuchaba con atención sus palabras. De cualquier modo, aquella actividad se había convertido en el pasatiempo favorito de ambos en los días que llevaban alejados de todo. Batiste, acostumbrado al frío y brutal mundo en el que le había tocado vivir, había comenzado a apreciar la delicada naturaleza del muchacho, a vislumbrar la sutil belleza de una vida tan frágil como la de Seymour Bean. Inexplicablemente, cada día le recordaba más a él. Pasó una página y las heridas de sus nudillos se tensaron con el movimiento. La brecha que le había procurado el cristal no se estaba curando bien y se lo recordaba en casi cada acción que realizaba. Unos nudillos que no eran los suyos llamaron a la puerta. Jacobo dejó el libro a un lado y se aproximó hasta ella para comprobar que ocurría. Tom Clayton, el ayudante de la Hermana Braco, se encontraba tras la puerta con la bandeja de la cena.

—Espero que disfruten de su cena, no se dejen nada, necesitan alimentarse bien —dijo Tom. Cedió la bandeja al Redentor.

—Gracias, buenas noches —contestó escuetamente Batiste.

—Lo digo en serio. No se dejen nada, lo necesitan —remarcó.

Y se marchó sin permitir la réplica al Redentor. Este, algo extrañado por la fugaz conversación, volvió a su asiento con la bandeja y se preparó para dar de comer al pequeño. La espartana cena consistía en prácticamente lo mismo que el resto de días. Un par de *sandwiches*, unas piezas de fruta, sopa y un postre parecido a un pudín. Sin embargo, la cena hoy incluía un plato sorpresa, una pequeña hoja de papel que sobresalía ligeramente de debajo de uno de los emparedados. El Redentor la estiró con los dedos y la leyó rápidamente.

«Ponga el canal cincuenta y cuatro mañana a las ocho en el panel de la habitación, pero finja que lo encuentra por coincidencia. La Hermana Braco no quiere que lo sepa, pero usted es un Redentor y sirve al Conciliador. Destruya esta nota, se lo ruego».

Batiste, sin tener la menor idea de a qué podía referirse Tom, arrugó la nota dentro de su mano, depositó la bandeja en la mesa junto a la cama y entró en el baño. Lanzó el pequeño trozo de papel al water, pulso el botón y la corriente de agua lo hizo desaparecer en un instante. Allí mismo, de pie, buscó información en la Red de la Casa a través de sus Omnilentes, y en una fracción de segundo el anuncio gancho emitido hacía un rato se posó delante de sus ojos. Entendió entonces porqué la Hermana Braco quería ocultárselo, pues estaría preocupada porque las declaraciones de los padres de Seymour le hiciesen tomar la decisión de devolverles al pequeño y finalizar todo aquello. «Estúpida», pensó el Redentor, quién estaba seguro de que por encima de todo servía al Conciliador, y no dejaba que agentes externos influyesen en su deber con Él. Pensó en si la Hermana era merecedora de recibir la redención por tal afrenta, pero decidió esperar a ver el programa completo y tener más información

para conocer hasta qué punto era el agravio importante. Volvió a la habitación, dio de comer al joven y cenó. Durante esos dos días había aprendido algunas cosas sobre el comportamiento de Seymour y ahora le resultaba menos tedioso alimentarle, incluso empezaba a comprender algunas de las ligeras muecas que realizaba el muchacho. Tras la cena, el Redentor leyó un poco más al niño hasta que este quedó dormido. Meditó un rato, cambió las vendas de sus heridas, las curó un poco y se dispuso también a descansar.

La mayor parte de la jornada siguiente transcurrió como las anteriores. Su encierro no parecía preocupar a ninguno de los dos. Seymour no requería de gran cosa y el Redentor estaba acostumbrado a amoldarse a las circunstancias. Desayunaron, leyeron, comieron y el joven durmió un rato tras esto. Sin embargo, fuera de la paz de esa habitación, Nicoletta Braco trabajaba insistentemente para conseguir que la emisión del programa se cancelase. Llevaba todo el día requiriendo al gobierno de la Federación que embargase la emisión, pero solo le habían contestado con evasivas. Finalmente, cuando consiguió contactar con el Secretario de Comunicaciones del gobierno, este le indicó que G-Media era una empresa privada en manos de G-Corp y que tenía el derecho y la libertad de emitir lo que quisiese. Si algún contenido de la entrevista resultaba perjudicial para los intereses de la Federación, serían los tribunales los que se encargarían de establecer la sanción correspondiente posteriormente. De nada sirvió insistirle en que la activación de la Excepción les permitía hacer lo que habían hecho, que la entrevista podía poner en peligro a la Casa y sus mil argumentos más. Los tiempos del Gran Ministro Conrad Schroeder en los que la Federación y la Casa trabajaban estrechamente habían quedado atrás. Desesperada, salió de su despacho y acudió a la sala de control de la Excepción. Tom y los Hermanos permanecían allí.

—No vamos a poder pararlo, maldita sea. —Su voz sonó como una derrota—. Queda solo una hora. ¿Alguna novedad?

—Una —dijo Tobías—, pero no le va a gustar.

—Habla.

—El Redentor ha activado su panel, ha visto el anuncio y lo ha dejado encendido. Va a ver la entrevista —afirmó.

—¡Por el Conciliador! ¿Quién es el responsable? —gritó Nicoletta.

—Ha sido pura casualidad, lo juro. Aquí está la grabación. —El Hermano mostró el video de lo ocurrido a Nicoletta—. Enciende el panel en busca de algo que entretenga al muchacho durante la comida y cuando este se duerme cambia y cambia de canal buscando algo que le agrade, supongo. Entonces ve el anuncio. Ahí está.

—Estoy perdida, estoy perdida —gimió Braco—. Ese maldito idiota va a redimirme, es una certeza. A mí, la mayor y más fiel sirvienta del Conciliador.

—¿Quizá aún estemos a tiempo de parar esto? —dijo Tom. Se levantó de la silla en la que descansaba, usando una voz más firme de lo habitual—. Cancelemos la Excepción. Hablemos con los Bean y hagamos un trato. Devolvamos a Seymour a

cambio de su silencio. No habrá entrevista, todo esto estará olvidado en una semana.

—¿De qué estás hablando, imbécil? —le espetó Braco. Tenía tanta ira que las venas de sus ojos comenzaron a teñirse de escarlata.

—No quiero volver a verte fracasar, Nicoletta —dijo Tom, con compasión—. Solo quiero devolverte el favor que una vez me hiciste, quiero salvarte la vida.

—Silencio. ¡Cállate, es una orden!

—No, no lo haré. Durante doce años he soportado tus insultos, tus menosprecios y he hecho cuanto me has ordenado. Lo hice porque te debía la vida, tú intercediste por mí y me diste la oportunidad de vivir con otro nombre, de conocer a mi esposa y tener a mis hijos y por eso he vivido este infierno contigo.

Tom se acercó a la Hermana y le colocó su mano sobre el hombro.

—¿De qué están hablando? —preguntó Hauser.

—Mi nombre es Tom Clayton, soy un Hermano de la Conciliación, pero no siempre ha sido así —explicó—. Hubo un tiempo, hace mucho, en el que fui Ethan Woodson. Yo soy la Primera Excepción.

—Ni una palabra más, Tom —ordenó Braco.

—Lo siento de verdad, Nicoletta. Te fallé entonces y no pienso fallarte ahora. Tú pediste clemencia al Consejo y me salvaste cuando muchos querían considerarme un renegado y redimirme. Me salvaste la vida y yo voy a hacer lo mismo por ti. Después me iré, ya no puedo más.

—No sabes de lo que hablas, maldito imbécil. —El cuerpo de la Hermana temblaba de furioso frenesí.

—Yo le he dicho al Redentor lo de la entrevista. Lo he hecho por ti, para no darte otra salida y que tengas que renunciar a la Excepción. No hay otra manera.

—Sí la hay, maldita rata traidora, ¡sí la hay!

Nicoletta, fuera de control, cogió la pluma estilográfica de uno de los Hermanos que se encontraba en una mesa junto a ella y sin tiempo para nada más asestó con ella una puñalada tras otra en el cuello a su asistente, que no podía hacer más que mirarle con horror. La sangre brotaba profusamente de las heridas que Braco le había producido y sentía como las fuerzas se le escapaban del cuerpo junto a la vida. Cayó de rodillas frente a su asesina intentando torpemente taponar las heridas con sus manos. Tobías y Hauser se quedaron petrificados ante la brutal escena. Cuando el cuerpo de Tom Clayton cayó al suelo sin vida, Nicoletta, con la cara y la clámide decoradas con gotas de la sangre de su asistente, apuntó a los Hermanos con la pluma ensangrentada.

—Nadie saldrá de aquí hasta que yo lo diga, ¿de acuerdo? Si voy a ser redimida, os llevaré a todos conmigo, ya os dije que compartiríamos destino.

Sus ojos aseguraban que no mentía. La hora que restaba para que el programa comenzase pareció una eternidad en la sala. Con el cadáver de Tom en el suelo, Nicoletta se apostó en un rincón junto a la puerta, aún con la pluma ensangrentada en la mano. Los Hermanos sentían un miedo irracional hacia ella, pues probablemente

podrían haberle reducido entre los dos, pero el carácter y la determinación de esa mujer les mantenía atados a sus asientos. En la habitación del pequeño Seymour todo estaba en calma. El niño aún dormía y Jacobo, sin conocimiento del terrible suceso que había ocurrido a solo unos metros, esperaba pacientemente a que la entrevista comenzase.

La cabecera de «¿Qué pasa contigo, Escocia?» empezó puntual a las ocho de la noche. La expectación que el programa había suscitado en la Federación era muy grande. Se esperaban cifras récord de audiencia. Katrine Connor lo sabía y apenas podía disimular su sonrisa cuando la cámara principal le enfocó para comenzar la emisión. Se encontraba sola en el plató, su primer plano ocupaba la mitad de los paneles de la Federación.

—Hoy es un día especial, queridos espectadores —comenzó a decir Connor—. Lo es para mí, por tener el privilegio de conducir esta entrevista, lo es para ustedes, porque van a conocer de primera mano la historia más desgarradora y emotiva de nuestro tiempo, y lo es, sobre todo, para unos padres devotos que solo quieren volver a estrechar a su hijo entre sus brazos. Tengo el placer y el honor de presentarles a Roger y Heather Bean.

El matrimonio entró en el plató, en el que se encontraban casi un centenar de espectadores frente al sillón ocupado por Katrine Connor y un sofá amplio destinado a ellos. La pareja recibió una sonora ovación y justo detrás Jimmy Valois les seguía con su menudo cuerpo, moviéndose graciosamente con sus pequeños pasos. Los nervios de Heather Bean podían leerse en su cara con tan solo mirarle. Agarraba el brazo de su marido con ambas manos, como si tuviese miedo de perder el equilibrio aún estando sentada. Roger parecía más calmado, pero en guardia, algo superado por la situación. A unos centímetros de separación, Valois permanecía sentado en el borde del sofá con las manos entre las piernas.

—Buenas noches, queridos amigos. Todos os agradecemos de corazón que hayáis venido hasta aquí para contarnos vuestra historia —dijo Connor—. Acompaña a nuestros dos protagonistas el señor James Valois, su abogado. Sea también bienvenido.

—Muchas gracias, Katrine, pero llámame Jimmy, por favor. El señor Valois era mi padre. —El abogado soltó una vez más su inseparable muletilla esperando que ello agradase al público, pero este no pareció prestarle atención en absoluto. La noche era de los Bean, y solo querían escucharles a ellos.

—Heather, Roger, creo que antes de ahondar en el tema que realmente nos ocupa, nuestros espectadores quieren conoceros, saber quiénes sois. ¿Qué les contestaríais? ¿Quién diríais que son Heather y Roger Bean?

—Bueno... —dijo Heather, con la voz temblorosa—. ¿Quieres empezar tú? —le dijo a su marido.

—Está bien —aceptó Roger—. Nosotros... nosotros solo somos, realmente solo somos una familia normal. Bueno, éramos una familia normal hasta hace muy poco

tiempo, y queremos volver a serlo. Por eso estamos aquí.

—Sí, Roger, hablaremos de eso, no cabe duda, pero queremos saber quiénes sois por dentro. ¿Cómo te describirías, Roger? ¿Cómo describirías a tu mujer? —inquirió Katrine Connor.

—Yo solo soy un hombre normal y corriente. Heather y yo somos norteamericanos. Refugiados, apátridas o como quieran llamarnos. Vivimos en Aberdeen, cerca de un bonito parque llamado Seaton Park. Somos unos buenos consumidores, trabajo en el almacén de una empresa que monta máquinas industriales, soy un buen empleado y me esfuerzo mucho. Cumplimos nuestras cuotas de gasto y hasta hace poco acudíamos regularmente a nuestra delegación de la Casa a presentar nuestros respetos al Conciliador. —El tono de Roger era sereno, aunque algo dubitativo. Su cabeza se movía de vez en cuando, sin estar seguro de si debía mirar a Katrine o a la cámara—. Y, respecto a mi esposa, Heather es una mujer increíble, siempre ha estado a mi lado y es la madre más devota sobre la Tierra.

—¿Érais felices, Roger, antes de que pasase todo esto? —preguntó Connor, inclinándose hacia él, con compasión en la voz.

—Lo éramos, ya lo creo. —La voz de Roger se quebró por primera vez—. A veces no era fácil, como pasa en cualquier casa, pero éramos felices.

—Y esa felicidad se vio truncada de golpe, ¿no es así? —insistió la presentadora.

—El día que nos arrebataron a nuestro hijo, sí. Cualquier padre podrá entendernos.

—Cualquier padre podrá —repitió Connor—. Creo que es una frase que resume muy bien por lo que estáis pasando, mi querido Roger. Les aseguro, espectadores —dijo, girándose hacia la cámara—, que cuando oigan la historia de los Bean entenderán tan bien como yo por lo que esta entrañable pareja está pasando. Heather, querida, ¿puedes contarnos algo acerca del pequeño Seymour?

—Seymour es lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo Heather. Las lágrimas casi le saltaron de los ojos nada más comenzar a hablar—. Ahora tiene diez años. Me he dedicado a él desde que nació, es un chico especial, y no le cambiaría por nada del mundo.

—Nuestro hijo tiene una enfermedad, padece autismo —explicó Roger—. Le queremos muchísimo y siempre hemos hecho todo lo que ha estado en nuestra mano por plantearle retos y que se desarrollase para que tuviese una buena vida. Mi mujer ha estado con él cada día desde que vino al mundo. Puedo asegurarle que era un niño feliz.

—Permítame añadir que la patología del niño y los cuidados que requiere hace todavía más sangrante el hecho de que haya sido separado de sus padres de esta manera —intervino Valois, por primera vez.

—Desde luego, desde luego —aceptó Connor—. Heather, parecéis ser buenas personas y amantes padres. Entonces, ¿cómo es posible que os separasen de vuestro hijo? —Katrine se acercó a Heather, se sentó en el reposabrazos y le sostuvo una

mano entre las suyas—. Cuéntanos como ocurrió, querida, toda la Federación te está escuchando.

—Fue todo muy rápido, muy extraño. Lo recuerdo casi como un sueño, como si fuese una pesadilla. A veces espero despertarme y ver a mi niño pintando en su cuarto. Le encanta pintar —divagó un poco antes de volver a lo que le habían preguntado—. Llegaron tres Hermanos de la Conciliación a nuestra casa, dos hombres y una mujer, ella parecía la jefa. Al principio fueron amables, nos dijeron que les interesaba conocer a nuestro hijo porque creían que podía ser especial. —Heather comenzó a sollozar, a lo que Katrine contestó rodeándole con uno de sus brazos y juntando su cabeza con la de ella—. Luego todo se volvió loco en un segundo. La mujer dijo que querían llevarse a Seymour, mi marido se negó y sacaron unas pistolas eléctricas. —La voz de Heather era un susurro entre sus gemidos de dolor al recordar la escena—. Dispararon a nuestra perra y la mataron a base de descargas. La Hermana parecía disfrutar con ello. Luego amenazó a Roger con hacerle lo mismo si se movía. Roció a Seymour con una especie de *spray* que le dejó inconsciente, le cogieron y se esfumaron. ¡Y yo tuve que soportar que me robasen a mi hijo en mis narices! ¡Oh, Conciliador, no pudimos hacer nada! Nos habrían matado, lo vi en los ojos de la mujer. No me hubiese importado morir si con ello hubiera evitado que se lo llevarsen, pero si nos perdía a los dos, quién habría quedado para luchar por él... no le deseo este sufrimiento a ninguna madre.

«Maldita puta, debí matarte cuando tuve la oportunidad», pensó Nicoletta Braco, agazapada en su rincón, sin saber que el Redentor que se encontraba a unas habitaciones de distancia estaba más convencido de redimirla a cada palabra que escuchaba en el panel.

—Perdonen que me cueste contarlos, pero es que es muy duro —siguió Heather.

—No tienes que pedir perdón, querida —dijo Connor. La presentadora disfrutaba con el espectáculo—. ¿Acaso no es normal sentir que te arrancan una parte de ti al separarte de tu hijo? ¿Qué les parece, amigos? —dijo dirigiéndose al público del estudio—. ¿Debe una madre pedir perdón por amar a su hijo?

El público rugió ante el órdago de la presentadora, mostrando señales de repulsión hacia el hecho descrito y dando muestras de apoyo a la pareja.

—Y dinos, Heather, ¿qué es lo que la Casa de la Conciliación pudo ver en tu hijo para llegar a límites intolerables como los que nos acabas de narrar? ¿Qué hace de Seymour un niño tan especial?

—Bueno... —titubeó Heather—, ni siquiera nosotros lo entendemos bien. Resulta complicado de explicar. Digamos que todo comenzó una noche que...

—Creo que es necesario que interrumpa un momento esta conversación para recordar que estamos hablando de un menor, y más aún, de un menor con unas necesidades muy concretas. No importa lo que la Casa quiera o no, la intimidad de Seymour Bean debe salvaguardarse y creo que las circunstancias previas no son relevantes, pues no legitiman el hecho de ninguna manera —interrumpió Valois, con

su perorata rápida y acompañada de aspavientos.

—Pero queremos saber, Jimmy, queremos conocer. Toda la Federación espera entender lo que ha ocurrido —replicó Connor, tajante pero intentando ser amable.

—Debo insistir. Como abogado de los señores Bean recomiendo que no se haga pública ninguna faceta de la vida íntima del pequeño. La historia puede entenderse sin esos detalles.

—Creo que tiene razón —compartió Roger.

—Está bien —claudicó la presentadora—. Contadnos entonces que hicisteis después. Qué es lo que habéis vivido hasta el día de hoy. ¿Alguien os ha ayudado?

—Desde ese día todo ha sido una locura —se lamentó Heather. Colocó las palmas de sus manos sobre su cara en señal de disgusto—. Acudimos a la FedPol y no nos hicieron ningún caso, lo mismo el ayuntamiento y la delegación de gobierno. Después intentamos hablar con nuestra Casa de la Conciliación y nos echaron a patadas. Nos dijeron que no volviésemos y comenzaron a hablar mal de nosotros a los vecinos. Ya casi ninguno nos dirige la palabra.

—Estáis viviendo un auténtico infierno —afirmó Connor—. Heather, querida, cuéntanos cómo es Seymour, cómo es tu pequeño. Nada que afecte a su intimidad, como ha dicho el señor Valois, por supuesto, pero queremos saber.

—Mi niño es maravilloso. Tiene diez años, es esbelto y tiene la piel pálida como yo, con carita de ángel y los ojos azules, como los míos dice Roger, pero los suyos son más bonitos. Es alto para su edad, como su padre, y se esfuerza mucho en aprender. Pese a su estado le hemos enseñado a señalar para que pueda comunicarse, habla un poco y hace muchos progresos con las formas y los objetos. Yo sé que con el tiempo... —Las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo de los ojos de Heather.

—Cuánto amor se destila de tus palabras, mi querida amiga —se relamió la presentadora—. Llorar es natural, lógico en tu situación. No te reprimas, tus lágrimas nos dicen mucho sobre lo que estás pasando.

Mientras Heather se lamentaba para deleite de los consumidores de la Federación, sentados delante de sus paneles ávidos de drama, algo ocurrió en la sede de la Casa de la Conciliación. Jacobo no perdía detalle de lo que sucedía en el plató hasta que un leve susurro le hizo girar rápidamente la cabeza.

—Mamá... mamá... —pronunció una y otra vez el pequeño Seymour Bean. Había despertado de su sueño oyendo la voz de su madre.

—Seymour, ¿estás bien, chico? —preguntó el Redentor. Se colocó a su lado y posó sus manos sobre el vientre del niño—. Es tu madre, sí. No te preocupes, está bien. Solo está un poco triste porque no estás con ella.

—Mamá, mamá —continuó diciendo el muchacho. Señaló con una mano al panel, y colocó la otra sobre las de Jacobo Batiste.

El contacto con la mano de Seymour hizo que el Redentor comprendiese en un instante lo que el joven quería decirle. Aquel pequeño incapaz de mostrar emociones como cualquier otro ser humano había encontrado la forma de comunicarse con algo



mucho más sencillo, directo y efectivo que cualquier palabra o gesto. Una cálida y sutil caricia recorrió el interior de Jacobo, como si los sentimientos de Seymour se colasen en sus adentros. Amor y felicidad bailaban en las entrañas del Redentor, justo lo que Seymour estaba viviendo al ver de nuevo a su madre. La sensación subió desde su estómago hasta la garganta, se dispersó entre sus brazos y llegó a sus manos. Le recordó el calor y la paz de su madre cuando le arropaba en su humilde cabaña y le besaba las palmas de las manos hacía ya tantos años, tantas muertes atrás. Estupefacto, Jacobo Batiste era incapaz de apartar la mirada del niño, que seguía pronunciando con serenidad la misma palabra una y otra vez. Cuando por fin se atrevió a retirar sus manos del muchacho la intensidad de las emociones desapareció súbitamente, pero dejando tras de sí una armoniosa serenidad. Las manos ya no le dolían en absoluto. Anonadado, retiró los vendajes que se las cubrían y comprobó que las heridas que se había producido al romper el cristal unos días antes habían cicatrizado. Lo que fuese que hubiera pasado escapaba a su conocimiento y su comprensión.

—Conciliador, habitas dentro de este niño —afirmó al aire y se arrodilló junto a la cama del muchacho para rezar.

No muy lejos de allí, Nicoletta Braco se encontraba absorta mirando la imagen del panel, pero no la del programa de los Bean, si no la que mostraba la cámara de seguridad de la habitación de la Excepción. Acababa de contemplar toda la escena junto a los Hermanos y apenas podía creer lo que había ocurrido. La confirmación de lo que ella siempre había sabido y una pequeña esperanza de evitar su redención. Saltó desde su rincón y colocó su cara a pocos centímetros del cristal del panel, buscando una respuesta en la imagen que tenía delante.

—¿Lo habéis visto? ¡Lo habéis visto! —exclamó—. Eso es, esa es la confirmación. ¡Ese niño es la Excepción! Lo sabía, lo sabía —dijo, increpando a los Hermanos, que le miraban atónitos—. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Podéis descubrirlo?

—Creo que lo tengo —dijo Tobías, aún estupefacto. Señalaba uno de los monitores de control de Seymour—. Esa pantalla muestra las ondas cerebrales del niño. Un momento antes de despertar han pasado de Theta a Alpha, algo habitual. Luego, cuando ha escuchado la voz de su madre han vuelto a Theta.

—¿Estás seguro de eso? —inquirió Hauser.

—Completamente.

—¡Por el Conciliador! ¿Qué demonios quiere decir eso? —exclamó Braco.

—El cerebro emite ondas Theta tan solo en estado de sueño o de meditación profunda, y el chico estaba perfectamente despierto, el estado normal hubiese sido Beta —explicó Tobías—. La escala de las ondas cerebrales se organiza por niveles de alerta, por así decirlo. Las ondas Gamma, en la cúspide, se dan cuando el sujeto está sometido a una gran situación de estrés o peligro, después se colocarían las Beta, nuestro estado habitual en el día a día, las Alpha, cuando nos encontramos relajados, más tarde las Theta, cuando dormimos en sueño ligero o en una profunda meditación

y, por último, las Delta, ligadas a estados de coma o sueño profundo.

—Puede ser que hayamos encontrado la respuesta —dijo el Hermano Hauser—. Desde el principio pensamos que la capacidad de sanar o herir de la Excepción estaría ligada a sus emociones, por eso basamos la experimentación en neuroestimuladores, pero va más allá de eso. Si estamos en lo cierto, Seymour transmite su estado a los demás, casi podría considerarse... comunicación.

—¿Y se puede controlar, se puede modificar a nuestro antojo? —preguntó Nicoletta. Sonó como si suplicase una respuesta afirmativa.

—Primero debemos descubrir si nuestra teoría es correcta —dijo el Hermano—. Tobías, busca el archivo de las ondas cerebrales del muchacho durante el último experimento y revísalas.

El Hermano Tobías aceptó la orden con presteza y tardó un momento en encontrar el archivo a través del panel. Lo fusionó con la imagen de video grabada de la sesión para sincronizar ambas imágenes y saber a qué momento correspondía cada estado.

—Mira, al principio está en Beta —dijo Tobías.

—Quiero conocer su estado cuando hizo estallar la cabeza del espécimen —requirió Hauser—. Si estaba en Gamma, quizá hayamos dado con la clave.

Tobías aumentó la velocidad del video. Los dos Hermanos estaban expectantes y Braco, tras ellos, apenas podía mantener controlados sus nervios. Absortos en su tarea, ninguno se percató que la entrevista a los Bean había concluido y se emitía ahora un debate con tertulianos habituales que comentaban qué les había parecido el acontecimiento. El video llegó al momento que estaban buscando.

—¡Gamma! —exclamó Tobías.

—Hemos encontrado el patrón —afirmó Hauser.

—Y bien, ¿cómo podemos controlarlo? —preguntó Nicoletta.

—Hermana, esto es el principio. La pista que nos da pie a continuar con una nueva línea de investigación. No es tan sencillo, en el mejor de los casos puede llevar semanas.

—¡No tengo semanas, maldito imbécil! —se lamentó.

—Bueno, es posible que haya una manera de comprobar si estamos en lo cierto —afirmó el Hermano Hauser—. La prueba es sencilla, pero no hay manera de saber si funcionará de antemano.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó una voz grave y oscura desde la entrada.

Jacobo Batiste se encontraba en el umbral de la puerta. Su presencia había pasado desapercibida para todos los demás, inmersos en lo que acaban de descubrir. La sombra del Redentor se extendía hacia el interior del habitáculo y parecía señalar directamente a Nicoletta, que aún vestía la sangre seca de su víctima sobre la piel y la clámide. Con el cadáver de Tom en el suelo, Batiste no tardó más de un segundo en atar cabos, el mismo tiempo que tardó en desenfundar el cuchillo de su pantorrilla.

—¿Es usted responsable de esto, Hermana Braco? —preguntó señalando al

maltrecho Tom.

—Espere, espere, Redentor, tenemos avances importantes —gimió Nicoletta. Miraba directamente a los ojos dorados de la muerte.

—Debo entender sus evasivas como una confesión. —Jacobó comenzó a reducir los pocos metros que le separaban de la mujer—. Hermana Nicoletta Braco, soy el soldado del Conciliador, he visto cómo una y otra vez te apartabas de su camino. Tus obras te envilecen y, al portar esa clámide, lo hacen también a él. Te regalo la redención, la única piedad que conozco.

—¡Quieto, malnacido! —gritó Braco de manera patética.

Estiró el brazo izquierdo hacia él con la pluma empuñada. La amenaza solo duró un suspiro, pues con una rapidez casi imperceptible el cuchillo del Redentor hizo una cabriola en el aire tan veloz que el brillo de acero pareció dibujar un arcoiris metálico en el aire, y la mano de Nicoletta se separó de su cuerpo, volando hasta los pies del Hermano Tobías. El miembro aún sostenía la pluma entre sus dedos, desconocedor de que había sido amputado. El puño de su clámide se tiñó rápidamente de rojo y la sangre comenzó a brotar profusamente. Nicoletta contempló horrorizada el vacío donde antes se encontraba su mano y cayó de rodillas frente al Redentor.

—¡Hemos visto lo que ha hecho contigo! Te ha curado —gritó tartamudeando Braco. Parecía poseída y estaba mareada por la adrenalina y la hemorragia—. Mátame... mátame si quieres, maldito bastardo, pero no te escondas detrás del Conciliador para hacerlo. Hemos... hemos descubierto como... funciona. Podemos controlarlo y si... y si... devuelves a ese niño a sus padres estarás negando al Conciliador millones de almas convencidas con la prueba de su existencia.

La sangre de Nicoletta seguía surgiendo de la herida mientras ella intentaba taponarla con la mano que aún conservaba.

—¿Es eso cierto? —preguntó el Redentor a los Hermanos. Colocó el filo de su cuchillo junto al cuello de Braco en espera de una respuesta.

—Solo teóricamente —contestó Hauser, visiblemente asustado—. Después de ver lo que ha hecho con usted nos hemos dado cuenta que quizá las ondas cerebrales sean la clave. Podemos probar con un experimento de respuesta de seguimiento de frecuencia, pero es imposible saber si funcionará.

—¿Hará daño al niño? —preguntó Jacobo—. No quiero volver a verle en una situación como la de la última vez. ¿En qué consiste?

—No, no, es completamente inofensivo. Cada tipo de onda cerebral se encuadra en un rango de frecuencias eléctricas que medimos en hertzios. Theta, la que debemos intentar inculcar a Seymour, oscila entre cuatro y ocho hertzios. No podemos aplicar un estímulo sonoro de seis hertzios, que se encontraría en el medio del rango, porque el oído humano no es capaz de oír frecuencias tan bajas, pero si podemos simularlo. Si utilizamos unos auriculares estéreo y por un canal emitimos un sonido de, digamos, quinientos hertzios, mientras que por el otro utilizamos uno de quinientos seis hertzios, el sujeto oye un sonido plano, acompañado de un pulso

repetitivo por la diferencia de frecuencia, es lo que se llama pulso binaural. No es científico estrictamente hablando, pero es posible que funcione.

—Te lo dije... —Espató Nicoletta. Tenía menos fuerzas en la voz que un momento antes.

—¿Pueden prepararlo esta misma noche? —preguntó el Redentor.

—El pulso no es un problema —afirmó Hauser—, pero necesitamos un sujeto con el que realizar el experimento y no tenemos ninguno preparado.

—Ahí tienes a tu sujeto, rata de laboratorio —dijo Braco. Apuntó con su miembro fantasma el cadáver de Tom, a un par de escasos metros de ella—. El mocoso revivió a su perro, podrá revivir al mío. Redentor, si vas a matarme hazlo ahora, pero no me digas que son los deseos del Conciliador. Su deseo es este, que yo descubra el enigma que nos ha regalado, que se lo muestre al mundo. La Excepción es mía, empezó conmigo y no puede acabar sin mí.

—Si funciona, vivirás —sentenció el Redentor. Apartó el machete del cuello de Nicoletta—. Hermanos, preparen lo necesario. Quiero que esto se haga rápido. Voy a volver con el muchacho, avísenme cuando todo esté listo y yo mismo le traeré.

Sin ninguna otra explicación, el Redentor salió de la habitación y Nicoletta se derrumbó en el suelo justo cuando este cerró la puerta. Hauser dio instrucciones a su colega de que preparase el *software* para el pulso binaural y de que buscara unos auriculares adecuados para el experimento. Él se ocupó de cortar la hemorragia de la Hermana Braco, desinfectó la herida tan bien como pudo con lo poco de que disponía y la vendó. Insistió varias veces en que debía ser trasladada de inmediato al hospital para que le atendiesen correctamente, pero Nicoletta se negó con todas las fuerzas que le quedaban. No se movería de allí hasta comprobar con sus propios ojos el resultado, su vida dependía de ello.

Pasó poco más de una hora cuando el Hermano Tobías llamó a la puerta de la habitación de Seymour para informar al Redentor de que los preparativos estaban listos. Jacobo agarró al pequeño de la mano con la poca delicadeza de la que era capaz y le condujo hasta una sala elegida para la prueba, pues la principal no se encontraba en condiciones después de los acontecimientos del día. Entraron en ella y lo primero que el Redentor contempló fue el cuerpo inerte de Tom sobre una larga mesa metálica. Le habían tapado con una sábana de color verde militar hasta la altura del cuello, solo uno de sus brazos se hallaba fuera de ella, con una vía intravenosa conectada a una bolsa de plasma sanguíneo. Nicoletta, con el muñón tapado con un vendaje ensangrentado, contemplaba la escena sentada en el rincón opuesto al de la puerta, con gesto soberbio y sombrío. El Hermano Hauser hizo un gesto al Redentor para que guiase a Seymour hasta la silla que se encontraba frente al cadáver. Cuando el pequeño se hubo sentado, colocó un par de sensores en su cabeza, y el monitor al que estaban conectados de forma inalámbrica mostró de inmediato las ondas cerebrales del muchacho.

—Lo que está usted viendo en el panel corresponde a la representación visual de

las ondas Beta —explicó al Redentor—. Buscamos modificar esa onda a Theta, estado que creemos que puede activar el don del chico, en teoría.

El Hermano Tobías colocó los auriculares a Seymour sin que opusiese resistencia alguna y se echó a un lado.

—El audio que ha preparado mezcla el pulso binaural del que antes hemos hablado con la voz de la madre de Seymour. He extraído el fragmento de la entrevista en el que hablaba sobre él, ya que era el momento donde su voz parecía más tranquila. Nos ha parecido una buena idea, ya que escucharle pareció ser el desencadenante —explicó Tobías.

—El Hermano Tom perdió mucha sangre. He preparado una bolsa con plasma para hacerle una transfusión en el caso de que esto... funcione —dijo Hauser.

—Si está todo listo no perdamos más tiempo —requirió Jacobo.

Los dos hermanos científicos aceptaron la orden y se pusieron manos a la obra. Tobías colocó las manos de Seymour sobre el brazo de Tom y se apartó de nuevo. Hauser accionó un pequeño control remoto que guardaba en su bolsillo y el pulso binaural comenzó a emitirse directamente a los oídos de Seymour. No parecía pasar nada. El muchacho no mostraba reacción alguna, de disgusto o alegría, las ondas Beta no variaban y Nicoletta sintió en sus adentros que podía estar dando las últimas bocanadas de aire de su vida.

—No parece mostrar reacción alguna. Como ya dije, esto podía funcionar en teoría —se disculpó apresuradamente Hauser—. Intentémoslo emitiendo de manera simultánea el pulso con la voz de su madre.

El Hermano volvió a pulsar el botón para cambiar el método y esperó ansioso a comprobar alguna reacción en el muchacho. Seymour permanecía impertérrito, sin embargo más allá de su rostro había algo que estaba cambiando. Tobías señaló asombrado el monitor de ondas cerebrales.

—¡La frecuencia está bajando! ¡Ha pasado a ondas Alpha! ¡Puede que funcione! —exclamó.

El monitor mostró el cambio tal y como el Hermano había señalado, tras Alpha aparecieron las ondas Theta, pero para entonces nadie miraba ya el aparato, pues el cuerpo de Tom Clayton había empezado a convulsionar sobre la mesa ante la pasividad del niño que estaba devolviéndole la vida y la perplejidad del resto. El Hermano Tobías se arrodilló y comenzó a recitar una alabanza de júbilo. Una media sonrisa macabra se dibujó en los labios de Nicoletta Braco, que ya podía sentir como la soga dejaba de apretarle el cuello. El Redentor intentó no mostrar ninguna reacción frente a la escena, pero sus ojos dorados estaban abiertos como dos grandes soles sobre un manto blanco. Las convulsiones duraron unos quince eternos segundos más y, cuando cesaron, el Hermano Tom tosió y abrió los ojos.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy? —Se pasó la mano por el cuello buscando la herida mortal—. Me duele mucho la garganta... estoy mareado. —Su voz sonaba más ronca y áspera por las lesiones que Braco había causado a sus cuerdas vocales.

—¡Rápido, hay que comenzar la transfusión! —ordenó Hauser.

El Hermano Tobías dejó sus rezos para ayudarlo.

—Tranquilícese, Hermano —le dijo el Redentor, poniendo la mano sobre su hombro—. ¿Sabe quién es usted?

—Soy... Tom Clayton, Hermano de la Casa de la Conciliación, y usted es el Redentor.

—¿Y yo, sabes quién soy yo? —le preguntó Nicoletta. Se había colocado junto a él, al otro lado de la mesa del que se encontraba el Redentor—. Soy Nicoletta Braco, descubridora de la Verdadera Excepción. Estás vivo gracias a eso, a mí, así que vuelves a estar en deuda conmigo, todos los estáis, y el mundo entero lo estará pronto.

## La hora del té

*Mi preciado miembro de la Federación Europea.*

*Tengo el placer de ponerte en contacto contigo para comunicarte el resultado del Test de Asignación Social (TAS) que recientemente has realizado para ocupar tu lugar en nuestra Federación. Me congratula informarte que, tras el análisis de tus respuestas, se te ha concedido el rol de CONSUMIDOR, ¡muchas felicidades!*

*Tu brillante futuro está a la vuelta de la esquina, y me alegro de poder formar parte de este nuevo inicio recordándote las pautas básicas que rigen tu nuevo estatus en la sociedad. Probablemente ya las conozcas, pero si necesitas información adicional recuerda que puedes encontrarla en [fed.consumidores.eu](http://fed.consumidores.eu) o en tu delegación de gobierno más próxima.*

### *Derechos del CONSUMIDOR:*

*1. Trabajo: La Federación lucha por mantener el pleno empleo y nuestro elevado Estado del Bienestar. Todo CONSUMIDOR tiene garantizado un puesto de trabajo.*

*2. Sueldo digno: Porque la finalidad del trabajo es la calidad de vida, y para eso hacen falta Feds. Los salarios están regulados por la Ley de la Nueva Economía Capitalista, conocida como Neocapitalismo.*

*3. Descanso remunerado: Es importante tener tiempo para ti y los tuyos, cada año dispondrás de un mínimo de 14 días naturales libres y remunerados.*

### *Obligaciones del CONSUMIDOR:*

*1. Actividad: El trabajo dignifica al hombre y mantiene en pie las naciones. Muchas generaciones han suspirado por lo que nosotros hemos conseguido, por ello debemos preservarlo con celo. Es obligatorio tener un empleo salvo por incapacidad propia o estar al cuidado de familiares discapacitados. La inactividad está penada por la Ley de la Nueva Economía Capitalista.*

*2. Cuota de Gasto: No es solo una obligación, es un acto de patriotismo. Para que nuestra civilización siga siendo el estandarte del Mundo y podamos seguir haciendo frente al enemigo asiático los Feds deben circular. Es obligatorio gastar al menos un ochenta por ciento de los ingresos mensuales, para ello dispones del amplio abanico de productos comunes y muchos otros exclusivos para CONSUMIDORES. Tuya es la decisión de cómo deseas disfrutar gastando. Y recuerda, ochenta por ciento solo es un mínimo, ¡puedes gastarte más! La multa por no alcanzar la cuota mensual es un aumento de un cinco por ciento adicional durante doce meses. Las faltas reiteradas están penadas en vigor de la Ley de la Nueva Economía Capitalista.*

*3. Vida pública: ¡Disfruta con tu familia, tus amigos y vecinos! La Federación vela por tu seguridad y la de los tuyos. Charla de deportes, de sociedad o cualquiera de tus aficiones, pero recuerda, los temas políticos están vetados. Discutirlos en tu entorno lleva comúnmente a envilecer situaciones y distanciarte de los que quieres.*

*Déjanos a nosotros ocuparnos de eso, y simplemente disfruta de la vida. Como buen miembro de la Federación no te limites a cumplir esta norma, denuncia si escuchas u observas comportamientos disidentes. Es tu obligación, y la ocultación de tales actos se considera complicidad.*

*Gracias a la colaboración del Gran Gobierno de la Federación con G-Corp se te ha preasignado un puesto de trabajo en una filial de la empresa basada en tu lugar de residencia, historial de aptitudes y tus respuestas en el Test de Asignación Social. Estoy seguro de que te entusiasmará, los mejores analistas han trabajado individualmente en tu perfil para elegirte una ocupación que te motive y haga feliz. Podrás encontrar los detalles al final de esta notificación. Deberás presentarte antes de quince días naturales en el lugar notificado para comenzar el desempeño de tu nuevo empleo. Recuerda que si deseas rechazar este puesto dispones del mismo plazo para presentar un alegato de reasignación en tu delegación de gobierno más cercana, incluyendo en ella una oferta laboral por escrito y en vigor que se te haya realizado y cumpla los requisitos de tu rol como CONSUMIDOR.*

*No quiero despedirme de ti sin volver a desearte un brillante futuro en nuestra sociedad y una vida feliz.*

*Atentamente,*

*Conrad Schroeder, Gran Ministro de la Federación Europea*

#### **INFORMACIÓN DE PREASIGNACIÓN LABORAL**

**EMPRESA: G-MARKET**

**DESCRIPCIÓN DEL PUESTO: REPONEDOR**

**UBICACIÓN: 1149, WARWICK ROAD, BIRMINGHAM (a 4,7km de tu ubicación)**

**HORARIO: ROTATIVO, LUNES-SÁBADO, 36 HORAS/SEMANA**

**SALARIO: 9.800 FEDS/MES**

**PRESENTARSE ANTES DE FIN DE PLAZO**

Notificación de resultado de Test de Asignación Social (TAS)

Receptor: Kenneth Cunningham.

Fecha: 21 de octubre de 2053.

\* \* \*

—Ya está hecho.

Confirmó Oleg Bashevis a su interlocutor antes de desconectar el panel de comunicaciones de su despacho, en la CENTRAL de CONTROL de Munich.

A pocos kilómetros de allí dos buenos amigos charlaban, ajenos a lo que se estaba preparando a sus espaldas.



—Me gusta el color de ese carmín que has usado para tus labios, ¿es nuevo?

—Es el mismo que llevo usando desde que tenía veinte años, Anker.

—De eso no hace tanto tiempo —respondió el Gran Ministro.

La tarde del primer domingo de octubre estaba resultando apacible e inusualmente soleada. El otoño había llegado a las afueras de Munich de manera gentil, lo que había permitido a Anker Andersen y Emily Bryar comer en el jardín y disfrutar de una agradable sobremesa con té helado y el canto de los pájaros de fondo. Emily había invitado a su amigo a pasar el día con ella en su casa, pues tenían mucho de lo que hablar y Garin había salido de pesca, por lo que no volvería hasta la noche. Emily no era una buena cocinera, nunca había tenido predisposición ni tiempo para dicha tarea, así que había encargado la comida a un buen restaurante cercano a su hogar. Había sido la decisión acertada, la comida fue deliciosa y aunque en su cabeza discurrían mil preocupaciones, como era habitual, estaba pasando un rato divertido y tranquilo con una de las pocas personas a las que amaba y en las que confiaba en el mundo. Anker también parecía relajado, sonreía, algo que no era extraño en él, pero de un manera menos formal que en su ajetreado día a día.

—El té está delicioso, por lo que imagino que tampoco lo has preparado tú —bromeó Andersen. Dio otro largo sorbo a su bebida.

—¡Por supuesto que lo he preparado yo! —Emily gruñó como una niña que se enfurruña con una broma de su padre—. Puede que no tenga ni idea de cocinar, pero sé preparar té mejor que cualquiera, ¡soy inglesa!

—Vaya cliché.

—Nosotros preferimos llamarlo tradición —contestó ella, con voz resabiada.

—Mientras sigas haciéndolo tan delicioso llámalo como quieras, puede que hasta me aficione. —Anker se inclinó hacia atrás en el sillón de mimbre en el que estaba sentado y cerró los ojos sintiendo el calor del sol en la cara—. ¿Cómo está Garin?

—Está bien, se ha ido de pesca con unos amigos, volverá esta noche. —La voz de Emily se volvió un poco más neutra, cosa que no pasó desapercibida para su amigo.

—Lástima, me habría gustado saludarle. ¿Va todo bien entre vosotros?

—Sí, bueno, no estoy segura —confesó Emily—. Últimamente le noto un poco extraño, demasiado politizado. Es como si le molestase que yo sea ciudadana y él consumidor. A mí nunca me ha importado, y antes a él tampoco. Creo que era más feliz.

—¿Piensas que tiene que ver con lo de Walden? Desde lo de las octavillas y los secuestros el número de incidentes ha aumentado. Puede que eso le haya hecho pensar.

—Es posible, y hay otra cosa que me preocupa sobre nosotros. Pascal sabe que estamos juntos —confesó Emily.

—Si nombras a ese cabrón otra vez se me va a cortar la digestión —dijo Anker, inclinándose hacia delante de nuevo—. ¿Cómo se ha enterado?

—No lo sé, pero me lo espetó a la cara el día de la Cumbre. ¿Crees que podría

hacerlo público?

—No creo que tenga nada contra ti, aunque con ese malnacido quién sabe. Es posible que lo use para hacerme daño a mí, desacreditando a un miembro de mi gabinete. —Anker colocó el dedo pulgar en su barbilla y el índice en la punta de la nariz, un gesto típico de él cuando le estaba dando vueltas a algo—. No es que estéis haciendo nada ilegal, pero la brecha entre consumidores y ciudadanos es cada vez más grande y sabes que socialmente ya no es como antes, cuando el sistema era joven. Ahora está mal visto. «Uno de cada nueve» y toda esa mierda. Odio ese maldito eslogan.

—Es una consecuencia del mundo en el que vivimos —dijo ella. Emily se levantó y recogió los restos de la comida de la mesa. Casi todos los envases eran de usar y tirar, por lo que en un momento hubo acabado y volvió junto a Anker—. Y bien, ¿qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Emily mientras tomaba asiento.

—¿A qué te refieres? —Anker estaba distraído, observando a un par de gorriones que jugueteaban en las ramas de un árbol cercano.

—Lo que acabo de decir. El mundo en el que vivimos, lo que hablamos. ¿Vamos a devolver la voluntad al pueblo?

—Es domingo, Emily, no hablemos de trabajo —se quejó Anker.

—Hay mucho de lo que hablar y aquí podemos hacerlo sin tapujos —insistió ella.

—Sé lo que dije, pero no sé si ahora es el momento. —Andersen cambió su mueca por una más seria y volvió a poner sus dedos sobre ella—. Todo eso de Walden... si anunciamos ahora que queremos cambiar el Neocapitalismo parecerá que nos hemos asustado, y eso puede llevarnos a cualquier sitio, es demasiado peligroso. Ese cretino de Walden no sabe que con su propaganda solo ha conseguido retrasar el fin del sistema.

—No digas eso, Anker —rogó Emily—, podemos pensar en la manera de que la sociedad vea que es una decisión propia y sin influencias. No sería justo que por culpa de ese hombre todos los miembros de la Federación tuviesen que esperar para ser iguales.

—Eso es cierto, mi pequeña Emily, pero no sé cómo hacerlo —Andersen tomó con cariño la mano de su amiga—. Espero que algún día sientas el orgullo que siento yo ahora mismo, el orgullo de ver el desarrollo de una persona a la que ayudaste a empezar y que ahora habla más sabiamente que tú mismo.

—El orgullo es mío, no podría haber tenido un mentor mejor que tú —dijo Emily, agradecida.

—Podrías, pero ninguno habría sido tan apuesto —bromeó Anker, con su distintiva sonrisa en la cara—. Mira, esto es lo que haremos. Mañana tenemos que entrevistarnos con los dos candidatos seleccionados para ir a la Coalición a investigar el tema de Pináculo, todos los ministros estarán presentes. Cuando acabemos, hablaré con ellos y les diré lo que tengo en mente, entre todos decidiremos qué es lo mejor.

—Sabes que la mayoría van a oponerse —se quejó Emily.

—Son mi equipo de gobierno, merecen estar al tanto. Tú también estarás allí y podrás dar tu opinión, como el resto. Ten un poco de fe en la Humanidad —dijo Andersen con voz dulce.

—La Humanidad está loca. —No estaba convencida de que lo que quería hacer Anker fuese la opción más acertada.

—Si tan poca fe tienes en las personas, ¿por qué buscas una sociedad más justa para ellas?

—Porque quizá esa sea la cura —sentenció Bryar.

—Desde luego la religión no lo es —comentó Anker—. ¿Te has enterado de lo de la Casa de la Conciliación y ese niño? Eso sí es una locura.

—Algo he oído.

—Entrevistaron a los padres del chaval hace unos días en un canal para consumidores. Parece ser que tuvo mucha audiencia. Le pedí a uno de mis secretarios que rescatase la emisión y me contase qué había ocurrido. Me dijo que los Hermanos se llevaron al chico por la fuerza de su casa, y es autista.

—¡Qué horror! ¿Cómo es posible que la FedPol no haya actuado? ¿Y nosotros no podemos hacer nada? —preguntó Emily, indignada.

—El Consejo de las Madres y los Padres activó la Excepción, tienen carta blanca. Agradéceselo a nuestro amado Conrad Schroeder y su gran sueño de controlar todas las parcelas de la vida pública.

—Podemos cambiar la ley, derogar los privilegios de la Casa de la Conciliación y separarla del Estado.

—Sí, pero aunque la simbiosis entre la Federación y la Casa ya no es la misma que en los tiempos de Schroeder es algo que llevaría meses de papeleo, trabajo, y nos encontraríamos con mucha oposición incluso entre los nuestros. La Fe en el Conciliador ha calado hondo. Lo siento por el muchacho, pero ahora mismo es un desgaste que no nos podemos permitir.

Anker y Emily siguieron charlando durante un buen rato y la sobremesa se extendió hasta que el sol comenzó a esconderse tras el horizonte entre temas serios y otros más triviales. Cuando Andersen se despidió y se fue, Emily tomó una ducha rápida y esperó a que Garin llegase a casa. Aunque al día siguiente debía madrugar no quería acostarse sin recibirle. Las diez de la noche dieron rápido paso a las once, sin que Garin mostrase aún señales de vida. Emily comenzó a estar preocupada, intentó llamar en varias ocasiones a su SmartPad pero no consiguió que Garin respondiese. Preocupada, pero sin mucho más que poder hacer, se sentó en el sofá de su salón y conectó el panel para intentar distraerse. Era casi medianoche cuando un mensaje de VidCom entrante apareció en el panel. Tenía que tratarse de él. Emily aceptó la llamada deseosa de recibir noticias de su amado sin comprobar siquiera el remitente, pero el hombre que apareció delante de ella no era Garin, si no un oficial uniformado de la FedPol, con el rostro severo y cuadrado y un par de ojos pequeños coronados por dos tupidas cejas castañas que se arquearon al reconocer a su

interlocutora.

—Disculpe... disculpe la intromisión a estas horas, señora —dijo el agente. Intentaba ser profesional, pero estaba visiblemente impactado por estar hablando con la Secretaria de Estado de la Federación Europea.

—Buenas noches, agente. Dígame que ocurre —apremió Emily.

—Verá, tenemos a un individuo retenido en el calabozo de la comisaría de Moosach. Su nombre es Garin Kleiser, y nos ha dado este número de contacto. Dice que le conoce a usted, señora, pero... es un consumidor. —El agente pronunció sus palabras con cierto matiz despectivo.

—¿Garin está bien? ¿Qué ha pasado? —Emily estaba asustada.

—¿Entonces le conoce de verdad?

—¡Sí, sí, claro que le conozco! Es... un amigo mío. Dígame de una vez si le ha pasado algo —insistió ella.

—El sujeto está bien, pero ha sido detenido junto a otros seis individuos por reunirse ilegalmente en la vivienda de uno de ellos al norte de Munich. Unos vecinos les vieron y les parecieron sospechosos, así que nos dieron el aviso y les detuvimos.

—¿Dónde ha dicho que se encuentran?

—En la comisaría de Moosach, señora.

—Ahora mismo voy para allá.

Emily dejó con la palabra en la boca al agente, que apenas podía entender la extraña relación que un consumidor podía tener con una ciudadana de alto nivel como ella. Durante la conversación había llegado la medianoche, Emily pensó en ir con su propio coche en un primer momento, pero decidió llamar a un taxi por discreción. Con unas pocas pulsaciones en su SmartPad realizó la petición y tan solo un par de minutos después un automóvil amarillo apareció en su puerta con su nombre en el panel del costado. Subió al coche e indicó al sistema su destino. La noche no era fría, pero las calles estaban vacías casi por completo. Por aquí y por allá se podía descubrir a algún transeúnte que se colaba por una esquina o un portal y unas pocas tiendas veinticuatro horas con sus luminosos carteles anunciando que estaban abiertas, pero en general Munich reposaba en una apacible noche dominical, preparándose para el usual frenesí de los lunes por la mañana. Con las calles despejadas, el taxi no tardó demasiado en llevar a Emily hasta Moosach. En cuanto el automóvil se detuvo, ella bajó rápidamente y subió los cinco escalones que separaban la entrada de la acera. Las puertas automáticas le recibieron abriéndose de par en par. El mismo agente con el que había hablado apenas hacía veinte minutos se encontraba tras el mostrador. Dio un respingo en cuanto la vio, casi como si esperase que finalmente Emily no cumpliera su promesa y no apareciese por la comisaría. Se levantó raudo y se colocó en una posición firme, militar, para recibir a Bryar.

—¿Dónde está, dónde está Garin? —se apresuró a preguntar Emily.

—Sigue en el calabozo, señora —afirmó solemne el policía.

—¿Puedo verle?

—Por supuesto, le acompañaré hasta la celda —afirmó diligentemente.

—Quiero hablar con él en un lugar en el que no haya cámaras ni micros —requirió Emily.

—Esto es una comisaría, señora. Hay cámaras y micros en todas partes.

—Es evidente que me ha reconocido, agente, así que ya sabe quién soy. Ni cámaras, ni micrófonos —insistió, esta vez con un tono más agresivo.

—Está bien, hablen en la sala de interrogatorios. Evidentemente también hay video y escucha, pero puede desconectarse. Le doy mi palabra.

—De acuerdo, de lo contrario le haré a usted directamente responsable de lo que pueda ocurrir —dijo, severa.

—No le causaré problemas, no se preocupe. Acompañeme, por favor —pidió el agente.

Emily siguió al hombre a través de un sala grande con mesas de oficina hasta unas escaleras en el ala derecha del edificio. Ambos bajaron un piso, y el agente utilizó un largo gesto predefinido en el panel de la puerta que llevaba hasta los calabozos para que esta se abriese. Pasaron por delante de cuatro celdas antes de llegar a la que ocupaba Garin, todas eran de cristal reforzado, de manera que el sistema de seguridad pudiese verlo todo sin puntos ciegos. El policía abrió la celda con otro gesto en el panel del lateral, esta vez más corto.

—La señora desea hablar con usted. Síganme —dijo escuetamente el agente, y se dirigió al final del pasillo.

Garin salió de la celda cabizbajo y dedicó una mirada furtiva a Emily, que esperaba ansiosa conocer qué era lo que había ocurrido. Estaba esposado, con las manos juntas delante del estómago. La sala de interrogatorios estaba solo unos pocos metros más adelante, donde acababan las celdas. El oficial les cedió el paso y comprobaron que su espartano mobiliario se reducía a una mesa rectangular y tres sillas junto a ella.

—Aquí podrán hablar tranquilos. Como le he dicho, le doy mi palabra de que no se grabará nada, pero tengo que inmovilizar al detenido conectando sus esposas al gancho de la mesa, es el procedimiento —afirmó el agente.

—Está bien, hágalo —confirmó Emily.

La afirmación sorprendió a Garin, que no pudo disimular el gesto de disgusto que dibujó su cara.

—De acuerdo. —El policía agarró a Garin por las muñecas y le condujo hasta la mesa, hizo que tomase asiento y bloqueó las esposas en el gancho, de manera que Garin quedó inmovilizado—. La mesa está anclada al suelo, no intente levantarse o se lastimará. Yo esperaré tras la puerta. Tranquilos, no se oye nada. Avísenme cuando terminen.

El agente salió cerrando la puerta tras de sí y dejando a la pareja a solas en la habitación. Emily se quedó de pie, a un par de metros de la mesa donde Garin apoyaba obligatoriamente las palmas de las manos.

—Por el Conciliador. ¿Vas a explicarme qué ha ocurrido? —preguntó Emily. El enfado y la preocupación se destilaban de sus palabras.

—Estábamos en casa de Marvin sin hacer nada malo y esos capullos entraron y nos detuvieron a todos. Así funcionan las cosas en la Federación —contestó Garin, a la defensiva.

—No tengo ni idea de quién es Marvin y no me interesa saberlo. ¿No se suponía que ibas a ir a pescar?

—Cambiamos de planes.

—No me mientas, Garin. Sé que aquí está ocurriendo algo, solo dime que no estás metido en lo que estoy pensando —dijo Emily, suplicante.

—Ya te he dicho que no estábamos haciendo nada malo.

—No me vengas con evasivas, dime que no estás con Walden. Dímelo, cariño, por favor, por favor. —Emily se acercó a su novio y se colocó en cuclillas junto al él.

—Me has dicho que no te mintiese —respondió con tono neutro Garin.

—Por el Conciliador... Amor mío, eso es una locura. —Emily acarició el rostro de Garin con las manos, como un ruego más que como una señal de afecto—. Mira a lo que puede llevarte, o a algo muchísimo peor. Las cosas van a mejorar, te lo prometo, pero no hagas esto.

—Te quiero, Emily —dijo. Le besó el dorso de su mano al pasar junto a su boca —, pero tú no puedes entenderlo. Es una cuestión de dignidad.

—¿Qué te ha pasado, cariño? Antes nada de esto te importaba.

—Pero ahora me importa —recalcó, mientras giraba la cara para apartarla de las manos de Emily.

—Está bien —concluyó ella, conteniendo las lágrimas—, ya hablaremos de esto cuando estemos más tranquilos. Ahora tengo que sacarte de aquí. —Emily salió de la sala y comprobó que el oficial seguía esperándole tras la puerta. El hombre volvió a tensar su cuerpo cuando le vio—. Libere al detenido, agente, no ha sido más que una confusión —requirió Emily, con la voz más firme que pudo reunir.

—Está detenido por reunión ilegal, señora, eso no es posible. Los agentes de CONTROL ya tienen el aviso y pasarán mañana para llevárselos a todos y juzgarles.

—No era una reunión ilegal, estaban celebrando una fiesta. Solo eran un grupo de amigos disfrutando del domingo. Eso no es nada malo.

—Pero señora... —se quejó el agente.

—Ya me ha oído. No me haga recordarle mi puesto, me parece un buen hombre y yo tampoco quiero causarle problemas a usted —amenazó.

—Está bien —dijo el policía, soltando un soplido.

Sin más dilación, entró de nuevo en la sala acompañado por Emily y liberó de las esposas a Garin, que se acarició las muñecas con gesto de dolor. El oficial acompañó a la pareja hasta la salida de la comisaría, que no se miró una sola vez durante el trayecto. Garin recogió sus pertenencias en el mostrador de la entrada, y justo cuando iban a cruzar el umbral el agente volvió a dirigirse a Bryar.

—Señora, ¿qué hay del resto de detenidos?

—Ya le he dicho que no estaban haciendo nada malo, pero deje que pasen la noche en el calabozo, así sabrán qué les ocurrirá si alguna vez lo hacen. Suéltelos por la mañana, y avise a CONTROL de que ha sido una falsa alarma —le ordenó Emily.

El agente contestó con un gesto afirmativo de su angulosa cabeza. Garin y Emily bajaron los pocos escalones hasta llegar a la acera y comenzaron a andar en dirección a ninguna parte, sin mediar palabra. Unos cien metros más allá de la comisaría, Emily se detuvo y pidió un nuevo taxi con su SmartPad.

—¿Por qué has hecho eso? —le recriminó Garin—. ¿Por qué has dejado a mis amigos en el calabozo toda la noche?

—No son tus amigos, Garin. Da gracias de que no les estés acompañando.

—Debo darte las gracias, ¿no? Como un perro vagabundo al que le lanzas un hueso con desprecio y mueve la cola. Eso somos para vosotros, consumidores, ni siquiera podemos considerarnos ciudadanos de segunda. Ese término no está hecho para nosotros.

—No seas estúpido, ¿cuándo te he tratado yo así? —le contestó Emily, alzando la voz.

—Hace tan solo diez minutos, cuando ese maldito poli me ha esposado a la mesa y a ti te ha parecido bien.

—Ese hombre solo hacía su trabajo.

—¿Y cuál es ese trabajo? ¡Perseguir a consumidores y esposarles por charlar en una casa! —La cara de Garin se comenzó a teñir de rojo de pura frustración.

—¡Esas esposas te las has colocado tú solito! Y si no fuese gracias a mí, mañana tú y tus amigos estarías en manos de CONTROL, ya sabes cómo se las gastan ellos. Si te ponen el antifaz no vuelves a ver la luz del sol.

—Entonces, gracias por salvar mi miserable vida de consumidor, señorita Bryar —le reprochó su pareja.

—Oh, Garin. Te amo más que a nadie en este mundo, el Conciliador es testigo, pero lo que estás haciendo no está bien. —Las lágrimas de Emily por fin comenzaron a brotar de sus ojos—. Vas a tener que elegir.

—Eso es justo lo que no entiendes, Emily. Los consumidores no tenemos elección, alguien se encargó de elegir por nosotros hace mucho tiempo y esta es la única manera en la que puedo luchar para que eso cambie —afirmó Garin.

El taxi se detuvo delante de ellos.

—En ese caso, llama a tu propio taxi y vete a tu apartamento. Espero que recapacites, amor mío.

Y le besó en los labios dejándole un salado sabor a lágrimas y despedida. Emily subió al taxi y partió hacia su casa rápidamente, devastada por como se habían sucedido los acontecimientos. No deseaba separarse de Garin, pues le amaba con todo su ser, pero tampoco podía mirar hacia otro lado mientras este se exponía de manera tan peligrosa e innecesaria según su entendimiento. Daba gracias a que los

coches no necesitasen conductor, pues pudo dar rienda suelta a su llanto sin preocuparse por las apariencias. El camino de vuelta se le antojó largo y tedioso, aunque no duró más de quince minutos. De nuevo en su hogar no pudo hacer otra cosa que continuar con su llanto, sin conseguir que este le reconfortase en absoluto. El reloj marcaba algo más de las dos de la madrugada cuando, con desgana, se puso su camisón e intentó dormir sin demasiado éxito. Pasó lo que restaba de noche dando vueltas en la cama, alternando pequeñas cabezadas para nada reconfortantes con tediosos intervalos en los que la única cosa que le venía a la cabeza era Garin, el de antes, el de la enorme sonrisa que parecía no querer otra cosa que estar con ella y que fuesen felices. Cuando llegaron las siete y el sol comenzaba a vislumbrarse tras el horizonte, el panel de la mesita de noche activó la alarma que Emily tenía programada para despertarse. Esa vez no le sirvió de mucho, pues ya llevaba veinte minutos mirando al techo perdida en sus tribulaciones. Agotada, Emily se levantó de la cama, entró en el baño y se desvistió para darse una ducha con la esperanza de que el agua le despejase y se llevase consigo la sensación de melancolía que se había instalado en la boca de su estómago. Cuando hubo terminado se vistió con una traje de dos piezas de color negro y una blusa violeta, a juego con unos zapatos con algo de tacón, se peinó, absorta en sus pensamientos, y ya en la cocina se preparó un té como desayuno, no tenía ánimo para tomar nada más. El coche oficial le estaba esperando en la puerta al salir de casa, y aprovechó el trayecto hasta el Volksgeist para maquillarse y pintarse los labios con su inseparable carmín. Las calles de Munich volvían a presentar el bullicio propio de la capital de la Federación, un enjambre humano de ires y venires donde nadie conoce a nadie. Ella se sentía aún más cansada y abatida que la noche anterior, y solo la importante reunión a la que debía acudir le impedía volver a casa. El automóvil la dejó en el *parking* del Volksgeist y Emily Bryar se dirigió al ascensor que le llevaría a la octava planta, donde con toda seguridad le esperarían el resto de miembros de la cúpula de gobierno, pues llegaba con algunos minutos de retraso. Así lo confirmó nada más entrar a la sala de reuniones. Anker, Lafayette, Nilsson, Lebouf y Bashevis estaban sentados a la mesa junto a otras dos personas que Emily no conocía, pero que no podían ser si no los dos expertos elegidos para viajar a la Coalición y estudiar el misterio de Pináculo.

—Buenos días, Emily —saludó Mina Nilsson al verle cruzar la puerta.

—Buenos días, perdonen el retraso —se excusó ella.

—Se te han pegado las sábanas —gruñó el Ministro de Defensa Lebouf.

Emily no le prestó atención.

—No te preocupes, querida, hemos aprovechado para charlar un poco con nuestros dos invitados —afirmó Anker. El Gran Ministro hablaba animosamente con ambos justo antes de que Emily hiciese su aparición—. Toma asiento a mi lado, por favor. Quiero presentarte a Evren Sahin y Johanna Lorenz. Él es un eminente astrónomo, y ella una de los físicos más prometedores de la Federación, o al menos



eso me han dicho —bromeó Andersen.

—Es un placer conocerles —dijo Emily mientras estrechaba sus manos de forma cortés.

—El placer es nuestro por poder acompañarles —contestó el astrónomo.

Evren Sahin era un hombre apuesto y atlético, de algo más de metro ochenta de altura y, por lo que Emily pudo adivinar, entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Su piel era de color tostado y en su cabello negro oscuro y peinado hacia atrás las pocas canas que comenzaban a vislumbrarse parecían estrellas fugaces surcando el oscuro universo. Sus ojos pardos poseían una profundidad que le confería a su rostro un matiz de bondad interesante y sus finos labios casi parecían inexistentes entre su nariz y su pronunciada barbilla. A Emily le pareció por sus gestos dulces y corteses que había sido educado en una buena familia. La físico, Johanna Lorenz, era solo un par de centímetros más baja que su colega, tenía la cara fina y alargada, y lo que más resaltaba en su rostro no eran sus rasgos, si no las gafas plateadas que casi escondían sus dos pequeños ojos azules. No debía pasar de los treinta y cinco. Su pelo castaño claro estaba recogido en una sencilla coleta que le llegaba a los omoplatos. Estaba bastante delgada, lo que unido a su altura le confería una apariencia algo desgarbada. Vestía unos sencillos pantalones granates y una camisa beige no demasiado bien conjuntada. Su apretón de manos fue casi más enérgico que el del recatado Sahin.

—¿Podemos comenzar ya? —preguntó Lafayette, que se encontraba al otro lado de Anker.

—Por supuesto, por favor, vuelvan a tomar asiento —contestó él—. Mis queridos amigos, aunque sea el Gran Ministro de la Federación Europea debo reconocer que soy un ignorante en muchos aspectos de la vida, y el que nos ocupa hoy es uno de ellos —afirmó Anker dirigiéndose a Sahin y Lorenz—. Sé que ambos son profesionales muy admirados en sus respectivos campos, pero hasta hace escasos días yo ni siquiera conocía de su existencia, espero que puedan disculparme. Por eso no he sido yo el que les ha hecho venir hasta aquí. Han sido muchos de sus propios colegas con los que hemos hablado los que les han recomendado y nos han hecho optar por ustedes, pues buscábamos a alguien con unas habilidades y un perfil muy específicos. Lo que les vamos a contar a continuación está considerado como alto secreto, por lo que acabe como acabe esta reunión están obligados a no divulgar nada, ¿entendido? —Ambos asintieron con gesto formal—. Pero antes, me gustaría saber un poco más de ustedes, no necesariamente de temas profesionales, pues me temo que muchos de los presentes no llegaríamos a entenderlo. ¿Podrían explicarnos brevemente quienes son?

Evren Sahin hizo un dulce gesto con la mano a su compañera, ofreciéndole ser la primera en hablar.

—Bueno, presentarme así en frío me hace sentir como si estuviese en una reunión de alcohólicos anónimos, pero viendo a los presentes sería la reunión más elitista de la historia, así que qué demonios —bromeó Lorenz, sin demasiado éxito—. Nací en

Salzburgo hace treinta y cuatro años, fui una niña algo rebelde aunque siempre me gustó estudiar y elegí la física como mi campo. Estudié y me doctoré en la Universidad Tecnológica de Viena, después conseguí una beca de investigación en el CERN de Suiza donde me costó un montón entrar y encima me miraban raro por ser extranjera. Así que decidí largarme de allí después de un año y volví a la universidad, donde he estado investigando desde entonces. Ah... y debo llevar como cuatro días sin probar el alcohol.

La broma tuvo tanto éxito como la primera vez, aunque a Lorenz pareció no importarle mucho. Los demás hicieron un leve gesto de cabeza, como agradeciéndole su intervención, y su colega comenzó su presentación.

—Mi nombre es Evren Sahin. Provengo de la bella ciudad de Estambul, donde nací hace tantos años que me los guardaré para mí, con su permiso. —El hombre pronunciaba las palabras en inglés con un dulce y suave acento que les otorgaba armonía—. Mi familia lleva generaciones en aquella ciudad, dedicando su vida a lo mismo que lo hago yo, el estudio de la astronomía. Incluso mi nombre es una divertida referencia a nuestra pasión, pues en turco significa «halcón del universo». Podría contarles mucho más sobre mi vida, pero me temo que no tendría mesura y acabaría aburriéndoles. Además, he de reconocer que me han intrigado sobremanera y me gustaría descubrir porqué necesitan de nuestros conocimientos.

—Está bien, muchas gracias a los dos por permitirnos conocer algo más de ustedes —agradeció Anker—. Como les decía, han sido llamados aquí por cumplir todos los requisitos que necesitamos. Tenemos una misión muy importante que encomendarles, pero esta sin duda entraña riesgos y quiero que conozcan bien lo que sabemos antes de que tomen una decisión. Por supuesto, podrán negarse si así lo desean, en ese caso solo les recuerdo que deberán guardar silencio. Iré al grano. Hemos tenido conocimiento de que un objeto no identificado se acerca a la Tierra y las predicciones dicen que llegará aquí dentro de cuatro años.

—¿Un objeto dice? ¿Se refiere a un asteroide o un cometa? No tengo noticias de ello, y puedo asegurarle que estoy bien informado —dijo Evren Sahin.

—No se trata de nada de eso. En estos momentos se encuentra cerca de la constelación de Alfa Centauri.

—Que está a unos cuatro años-luz de la Tierra. ¿Dice que hay algo que viene hacia nosotros a la velocidad de la luz?

—Por favor, déjenme acabar —requirió Anker—. En efecto, hay algo que se dirige hacia nosotros, en línea recta, sin verse afectado por la gravedad de los cuerpos celestes a su paso, y a una velocidad de 0,98 años-luz según he sido informado. Por sus características pensamos que no se trata de algo natural. Se ha bautizado como Pináculo y ha sido descubierto por científicos de la Coalición Indochina.

—¿Y cómo han llegado esas noticias hasta ustedes desde la Coalición? —preguntó Sahin, sorprendido.

—Lao Kahn y Kunal Mitrajit, máximos mandatarios de las más importantes

naciones de la Coalición, nos lo confirmaron en persona durante la Cumbre de la Paz de hace unas semanas.

—¿Sabe que no mienten? —inquirió Johanna.

—No podemos estar cien por cien seguros, pero en este caso particular pensamos que están diciendo la verdad —aseguró Anker—. Se trata de una posible amenaza a nivel global. Entiendan que por muy grave que sea nuestro enfrentamiento con el bloque asiático, algo de estas características atañe al futuro de la Humanidad. Debemos dejar nuestras diferencias a un lado para intentar descubrir qué es Pináculo.

—Increíble... —exclamó Evren Sahin, sin salir de su asombro.

—La Coalición lleva algunos meses estudiándolo y va a permitir que tres expertos se unan a su equipo para intentar descubrir el misterio —continuó explicando el Gran Ministro—. Uno de ellos partirá desde la República Rusa, queremos que ustedes sean los otros dos.

—¿Cómo han llegado a la conclusión de que somos los idóneos? —preguntó Lorenz, algo escéptica.

—No voy a mentirles. Buscábamos un astrónomo y un físico, con buenos expedientes académicos y expertos en investigación, pero también necesitábamos que tuviesen un historial civil limpio, buenas referencias personales, de familias adineradas y solteros sin hijos. Cualquier cosa que nos haga pensar que no se convertirán en agentes dobles por dinero o falta de principios, y que no dejasen a personas dependientes en el caso de que les pasase algo.

—¿Algo como qué? —se apresuró a preguntar Sahin.

—Entiéndanos. Van a cruzar al otro lado del mundo, en todos los sentidos del término. Allí no podremos protegerles ni garantizar su seguridad —explicó Anker—. Se comunicarán con nosotros periódicamente para informarnos de sus avances, pero en el día a día estarán solos. Es el riesgo que correrán si quieren estudiar lo que podría ser el acontecimiento más importante de nuestra historia.

—¿Cuánto tiempo tenemos para decidirnos? —preguntó Lorenz.

—Tómense una semana. Sé que no es mucho, pero el tiempo apremia —contestó Mina Nilsson, esta vez—. Les hemos preparado estos *dossiers* con toda la información y documentación que poseemos de Pináculo. Nadie más puede leerlo.

—No podría perdonarme decir que no a algo como esto —afirmó Evren Sahin mientras tomaba el documento que Nilsson le había ofrecido—. Yo lo haré.

—Yo creo que también —afirmó Lorenz—, pero déjenme pensarlo un poco. Nunca me ha gustado demasiado la comida china. —Fue otro de sus chistes a los que nadie hizo aprecio.

—De acuerdo, señores —agradeció Anker, poniéndose de pie—. Unos de nuestros hombres les acompañarán hasta su hotel. Doctora Lorenz, comuníquenos su decisión tan rápido como la haya tomado y, en el caso de que sea afirmativa, comenzaremos a planear su viaje. Doctor Sahin, muchas gracias por formar parte de esto.

—Gracias a ustedes por permitírmelo —agradeció Evren con una cortés sonrisa en el rostro.

Anker acompañó a los dos hasta la puerta de la sala, donde al otro lado les esperaban ya un par de hombres que les llevarían hasta el hotel. La excusa era la cortesía, pero realmente los dos doctores se habían convertido en sujetos con información privilegiada y la Federación no permitiría que esta se revelase. Serían custodiados metódicamente hasta que, de aceptar Lorenz, ambos partiesen rumbo a la Coalición. Andersen cerró la puerta cuando sus invitados se alejaron por el pasillo escoltados y comprobó que el Ministro Lebouf se había puesto en pie y pretendía marcharse.

—Vuelve a sentarte, Giles —le espetó Andersen. Su gesto era más serio que unos segundos atrás.

—¿Y ahora qué quieres, Anker? ¡Me muero de hambre! —se quejó. Pasó sus gruesas manos por la parte superior de su panza.

—Hay otro tema a tratar hoy, quizá tan importante como el anterior.

—¿Es qué hay algo más en el cielo? Si te refieres a esa cosa redonda que ves por las noches, es la Luna, Anker, no tienes porqué tenerle miedo —se mofó Lebouf.

—La única cosa redonda que veo es tu maldita barriga delante de mis narices —contestó enfadado—. ¿Eres militar, no? Tu superior acaba de darte una orden, sienta tu maldito culo en la silla.

—Está bien, está bien, solo era una broma —se quejó Giles mientras tomaba asiento de nuevo.

—Llevo pensando en esto un largo tiempo —comenzó el Gran Ministro—, y quiero compartirlo hoy con vosotros porque sois la cabeza de mi equipo de gobierno y deseo escuchar vuestra opinión al respecto. No voy a andarme por las ramas, creo que el sistema consumidor/ciudadano está resquebrajando a nuestra sociedad. Los últimos acontecimientos con Walden de por medio no son más que una prueba de ello. Quiero atajar este problema de raíz, y me planteo si el problema es el sistema en sí mismo. Ya comenté esto con Emily hace unos días, quiero saber que opina el resto.

—La existencia de los consumidores es la base de la Ley de la Nueva Economía Capitalista, el Neocapitalismo no sobrevivirá sin ellos —afirmó Lafayette, con aparente tranquilidad.

—¿Señor, quiere acabar con los roles? —cuestionó Bashevis, con tono agresivo.

—Quiero una sociedad igualitaria.

—¿Y de qué sirve una sociedad igualitaria?, ¿es que no hemos aprendido nada del pasado? El Neocapitalismo ha hecho de la Federación un territorio fuerte, por eso podemos plantarle cara a la Coalición. Sin él hace tiempo que habríamos sucumbido. El Gran Ministro Schroeder nunca...

—¡El Gran Ministro Schroeder está muerto! Yo soy el Gran Ministro —exclamó Anker—. Os estoy pidiendo consejo, no lecciones de historia.

—En ese caso, estoy en contra. Es un suicidio —se reafirmó Oleg Bashevis,

ofuscado.

—Es un tema muy delicado, Anker. En todos mis años como política nunca me he planteado un cambio de sistema como del que hablas, dar una opinión ahora me parecería precipitado —explicó Mina Nilsson, con un tono neutro y calmado—. Permíteme recapacitar sobre ello y te presentaré un informe con mis propuestas y conclusiones. Insto a los demás a que también lo hagan.

—Genial, más papeleo —gimoteó Lebouf—. La mayoría de mis chicos que se parten el culo por la Federación en Oriente Próximo son consumidores, y creo que merecen más respeto del que tienen, pero el respeto no les servirá de nada si no tienen hogar al que volver porque nos volvemos débiles ante los cerdos asiáticos. Le daré un par de vueltas y haré como Nilsson.

—Yo estoy con Anker —afirmó Emily. Había permanecido callada hasta ahora—. Las diferencias deben acabar.

—¿Por qué no me sorprende, señorita Bryar? —preguntó irónicamente Bashevis—. ¿Es posible que su postura tenga algo que ver con su situación personal?

—No te atrevas a acusarme de mezclar mi vida personal con mi trabajo, Bashevis.

—¿Cómo describiría entonces su pequeña salida nocturna de anoche? —La pregunta de Oleg salió como un dardo envenenado hacia Emily.

—¡Maldito cerdo! —gritó Emily—. ¿Qué sería de ti y de CONTROL si no existiesen los consumidores?

—¡Ya está bien, esto no es un patio de colegio! —rugió Andersen—. Ya os he expuesto lo que quería deciros. Haréis lo que Mina ha propuesto, ya que parece la única lo suficientemente responsable para tomarse esto con la seriedad necesaria. Preparad un informe con vuestras impresiones y propuestas y los estudiaré detenidamente. Esta bien que haya posturas opuestas. Quiero estudiar todas las perspectivas de este tema. —Anker se levantó—. Ahora podéis retiraros.

Casi no hubo tiempo para que los asistentes se pusieran de pie antes de que Emily saliese como una exhalación de la sala, visiblemente afectada por su enfrentamiento con Oleg Bashevis. Corrió por los pasillos del Volksgeist cruzándose a su paso con un par de funcionarios que le observaron sorprendidos. Al llegar a su despacho cerró la puerta de un sonoro y sordo golpe y se echó de bruces en el sofá que se encontraba en la pared izquierda. Se sentía estúpida e infantil por reaccionar así ante la provocación del Comisario de CONTROL, pero sus emociones se habían colmado en su exhausto cuerpo y habían desbordado en el momento en el que ese hombre le había acusado de usar su cargo para interés personal. Ni siquiera estaba segura de que no hubiese sido así, y eso solo le hacía sentirse más furiosa e impotente. «¿Qué otra cosa podría haber hecho? ¿Debería haber dejado a Garin en aquella celda para que al día siguiente los secuaces de Bashevis en CONTROL le estrechasen entre sus garras, quizá desapareciendo para siempre?», pensó. Nunca se lo habría perdonado, pero tampoco era fácil asumir que sus acciones podían estar poniendo en peligro el fin de las desigualdades sociales en la Federación. Como Secretaria de Estado debía ser un

ejemplo a seguir, pero como mujer enamorada no podía mirar hacia otro lado si la vida de Garin corría peligro de alguna manera. Perdidas entre esos pensamientos, sus lágrimas volvieron a brotar de sus ojos, empapando el reposabrazos contra el que tenía apoyada su mejilla derecha. Cada sollozo le hacía sentir más y más estúpida.

—Doy gracias al Conciliador por no haberme casado ni haber tenido hijas. Sois tan difíciles —dijo Anker con voz suave y tranquila desde el umbral—. ¿Puedo pasar?

El Gran Ministro no esperó la respuesta de Emily y se acercó a ella para sentarse a su lado en el poco espacio que quedaba en el sofá. Su presencia para Emily había pasado desapercibida hasta ese momento, y no sabía cuanto tiempo llevaba allí.

—Solo era una de mis bromas de mal gusto, ya sabes que si no me he casado es porque no hay mujer en este planeta que pueda soportarme. —Intentó conseguir sin éxito que Emily mostrase una sonrisa en sus labios—. No deberías tomarte a Bashevis tan en serio, ya sabes que es un poco capullo —afirmó mientras guiñaba un ojo—, pero tengo curiosidad por saber a que se refería con lo de tu paseo de anoche. ¿Quieres contármelo?

Emily se enjugó las lágrimas, se colocó erguida en el sofá e intentó recomponerse para intentar mostrarse digna ante los ojos de su amigo.

—A medianoche me llamaron de comisaría y me dijeron que habían detenido a Garin y a otros seis consumidores, y que les acusaban de reunirse ilegalmente. —Confesó ella.

—Suenan a que va a ser una larga historia, ¿por qué no preparas uno de esos deliciosos tés tuyos? Te sentará bien, y yo ya me estoy aficionando.

Emily asintió y se levantó rauda para encender el calentador de agua eléctrico y mientras tanto colocó un par de cucharillas de Earl Grey en cada uno de los filtros de metal redondos que depositó en las tazas, junto al calentador.

—Me asusté mucho, Anker. Solo el pensar que algo le podía pasar a Garin me nubló el juicio. No me paré a pensarlo ni un segundo más, simplemente salí corriendo hacia la comisaría. —Rellenó las tazas con el agua caliente y les añadió media rodaja de limón que ya tenía cortado en un envase de su nevera personal—. Quizá no fui todo lo profesional que se esperaba de mí, pero no pude hacer otra cosa.

Emily acercó la taza a Anker, que la aceptó con un gesto de amabilidad, y se apoyó en la mesa de su despacho para seguir relatándole lo ocurrido.

—La FedPol había avisado a CONTROL. Si yo no hubiese aparecido se los habrían llevado a todos a CENTRAL a la mañana siguiente. —La taza temblaba entre las manos de Emily, consciente de que lo que iba a confesarle a su amigo podía suponer su fin y el de su amado—. Y hubiesen tenido razones para hacerlo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Anker mientras daba un sorbo al té.

—Antes de salir de allí pude hablar con Garin a solas. Y me... me confesó que está con Walden. Por el Conciliador, Anker, no sé qué debo hacer.

Como un pez escapando del sedal del que estaba preso y en el que se revolvía, la

taza finalmente se deslizó de las manos de Emily y cayó al suelo, rompiéndose en pedazos y derramando la bebida por el suelo de su despacho. Ella, nerviosa, hizo ademán de agacharse y limpiarlo, pero Anker la detuvo.

—No te preocupes ahora por eso. ¿Tienes idea de lo que me estás diciendo? Walden está considerada una organización terrorista. Garin está con ellos, ¿y tú ordenaste que le soltasen? Emily, sé lo que sientes por él, pero lo que has hecho puede considerarse traición y se pena con la muerte, ¡maldita sea! —Anker intentó calmarse dando otro trago de su bebida y respirando unos segundos antes de volver a hablar—. ¿En qué posición me deja eso a mí? Soy... soy el Gran Ministro de la Federación... ese no es... el camino. —Su rostro comenzó a sonrojarse y los ojos se le tornaron vidriosos—. No puedo... permitir... que...

El pecho de Anker Andersen comenzó a moverse de forma descompasada en busca del aire que comenzaba a faltarle en los pulmones. Invasado por un súbito temor intentó incorporarse rápidamente, pero las piernas le fallaron y cayó hincando las rodillas en el suelo frente al sofá. Con la mano temblorosa se acarició el rostro, que comenzaba a mostrarse desencajado. Un extraño y fulminante dolor le recorrió el cuerpo y se instaló en su pecho. Con los ojos enrojecidos miró la taza que aún sostenía en la mano y en cuanto comprendió la soltó como si ardiese. Pronto esta se unió a los pedazos de su gemela, que aún adornaban, tenebrosos, el suelo de la estancia.

—¿Emily? —preguntó Anker.

No esperaba respuesta, era tan solo una súplica inútil ante el aterrador vacío de la muerte que se abría a sus abotargadas pupilas. Ella contemplaba la escena sumida en un pánico que le había paralizado cada músculo del cuerpo. No acertó a pronunciar palabra hasta que su mentor cayó de bruces al suelo entre espasmos de dolor. Solo entonces consiguió forzarse a reaccionar. Se lanzó sobre él e intentó colocarle boca arriba, pero el peso del cuerpo y sus movimientos no se lo permitieron.

—¡Que alguien nos ayude! ¡Por favor, por favor! —gritó Emily Bryar, con la voz desencajada—. ¡Necesitamos un médico! ¡Socorro, ayuda por favor!

En el pasillo comenzaron unos susurros de alerta que pronto se convirtieron en pasos acelerados en dirección al despacho. Un par de funcionarios se asomaron adentro y sus ojos se abrieron como platos al reconocer a los protagonistas de la kafkiana escena.

—¡Llaman a una ambulancia, rápido, y avisen al médico del Volksgeist! El Gran Ministro se ha desplomado... Oh, Conciliador, ¡no sé que está pasando!

Los dos funcionarios acataron rápidamente la orden y corrieron en busca de ayuda. Apenas tres minutos infinitos para Emily tardó el médico de guardia del edificio en aparecer en su despacho. Hizo que ella se apartase de Anker y colocó a este en una posición en la que pudo abrir su camisa y comprobar sus constantes vitales. El hombre no pronunció palabra alguna y comenzó a realizar la maniobra de reanimación sobre el pecho de Anker. El médico seguía con su intento de insuflar

vida de nuevo a Andersen cuando el equipo de la ambulancia llegó y se unieron a su colega en su desesperada tarea. Para entonces no eran pocos los curiosos que se aglutinaban tras la puerta de la oficina, esperando noticias. Mina Nilsson entró en la habitación y echó un vistazo a la escena, con el gesto serio, pero intentando mantener la calma. Se colocó al lado de Emily, que temblaba junto a su mesa, y le acarició el brazo para llamar su atención.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sencillamente.

—No... no... lo sé —acertó a contestar Emily.

El médico del Volksgeist dedicó una mirada al equipo de urgencias mientras se incorporaba. Se acercó a la puerta del despacho y la cerró. El gesto no pasó desapercibido afuera, donde quejidos de dolor y sorpresa vaticinaban la noticia que las dos compañeras estaban a punto de recibir.

—¿Por qué se detiene? ¡Siga intentándolo! ¡No puede parar ahora! —exigió Emily.

—Lo siento —dijo simplemente el doctor.

—No, no puede ser, ¡no puede ser! —gimió ella.

Emily intentó dar un paso adelante para llegar hasta el cuerpo de Anker, pero las manos de Mina Nilsson le detuvieron. Intentó zafarse de ellas cuando comenzó a sentir que las fuerzas le fallaban y mente se le nublaba. «Hora de la muerte...» fueron las últimas palabras que oyó pronunciar a uno de los miembros de la ambulancia antes de desmayarse.

Despertó en un lugar extraño con la vista y la razón embotadas y por un momento contempló la posibilidad de que todo hubiese formado parte de una espantosa pesadilla, pero una voz conocida le devolvió rápidamente a la cruda realidad.

—Emily, ¿estás bien?

Mina Nilsson estaba sentada a su lado, con su habitual rostro firme, pero con la mirada triste. Emily miró a su alrededor y cayó en la cuenta de que estaba en la habitación de un hospital, tumbada en la cama.

—Te has desmayado —explicó Nilsson.

—¿Anker? —preguntó Emily con un hilo de voz.

Su compañera negó funestamente con la cabeza.

—¿Recuerdas lo que ha pasado?

—Sí...

—Gracias al Conciliador, no tenía ánimos para tener que explicártelo. Te desmayaste, estamos en el Conrad Schroeder Hospital.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Casi dos horas —le contestó Mina.

Emily intentó incorporarse, pero su compañera se lo impidió con un cariñoso gesto.

—Avisaré a los demás.

Nilsson se levantó de su asiento y se asomó tras la puerta para comunicar al resto



que Emily había despertado. Rápidamente Giles Lebouf, Dominic Lafayette y Oleg Bashevis acompañaron a su colega al interior de la habitación y se colocaron junto a los pies de la cama en la que se encontraba Emily.

—¿Cómo estás, muchacha? —preguntó Lebouf con tono paternalista.

—Creo estar viviendo una pesadilla —contestó Emily.

—No te preocupes, Emily, no va a pasarte nada. Nosotros te protegeremos —dijo Lafayette. Parecía sereno y seguro de sí mismo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, confundida.

—Sabemos el aprecio que le tenías a Anker y que tú no has tenido nada que ver.

—No entiendo nada... por favor que alguien me explique lo que está pasando —rogó Emily.

—Anker ha sido asesinado, Emily. Le han envenenado con un compuesto sintético basado en la botulina. Los agentes del Comisario Bashevis acaban de confirmárnoslo hace veinte minutos —aseguró el Vice Gran Ministro—. El veneno estaba en la bebida que estabais tomando. Lo que aún no entendemos es... porqué no te ha afectado a ti.

—Conciliador... ¡Oh, Conciliador! No puedo creer lo que está pasando. Yo no llegué a beber té, se me cayó la taza antes de que pudiese hacerlo. —Emily sentía que la cabeza le iba a estallar.

—Algunos dirían que eso fue algo muy oportuno para ti —argumentó Lafayette con ironía—, pero no te preocupes, nosotros sabemos que nunca serías capaz de algo así. Sin embargo, pensamos que algunas de tus amistades sí podrían estar detrás de este magnicidio y seguramente te habrán utilizado para llegar hasta él. Sin duda una jugada arriesgada. Nada podía asegurarles que fuese Anker quién acabase muerto y que tú no lo estuvieses también, pero imagino que conocían vuestra estrecha relación y la suerte les ha sonreído. Ya ves que su aprecio hacía ti no era legítimo. Podrían haberte asesinado también.

—¡Maldita sea, Lafayette! ¿Qué estás diciendo? ¡No tiene sentido!

—Claro que lo tiene —dijo, irguiéndose como un oso—. Walden está detrás de esto. No te culpes, no podías saber qué tramaban.

—Eso es una estupidez —espetó Emily.

—¿Dices que Walden no tiene nada que ver en esto? Anker y tú estabais solos en tu despacho y se ha envenenado con tu té. Si Walden no es el culpable quizá puedas aclararnos algo más. ¿Tienes algo que confesar?

—¡Gusano asqueroso! ¡Anker era mi mentor, le quería como a un padre! No voy a permitirte que insinúes que yo tengo algo que ver con su muerte —exclamó Emily.

—Ya te he dicho que vamos a protegerte. Walden es el responsable. Ni siquiera vamos a hacer públicos los pormenores de esta tragedia.

Emily buscó con la mirada el apoyo de Mina Nilsson e incluso de Giles Lebouf, pero estos apartaron sus ojos de los suyos como si les atemorizara que leyese en el fondo de sus almas. Paralizada, no acertó a pronunciar palabra antes de que el Vice

Gran Ministro continuase con su discurso.

—Me alegro de que estés bien —afirmó cínicamente—. Debes descansar. Los demás volveremos ahora al Volksgeist, donde están preparando la sala de comunicaciones desde donde me dirigiré al pueblo de la Federación para dar la noticia. Ya sabes como es esto, los rumores corren como la pólvora y por la estabilidad de nuestro sistema conviene que lo primero que escuchen sea la versión oficial. Dos agentes de CONTROL se quedarán custodiando la puerta de la habitación, por tu seguridad. Enciende el panel de la pared si quieres ver el anuncio.

Sin más dilación, Lafayette salió acompañado del resto como si de su séquito se tratase. Volvieron raudos al Volksgeist con su coche, escoltado por varios automóviles de CONTROL y la FedPol. Una vez en el edificio comprobaron que la noticia se había extendido entre todos los trabajadores, que susurraban al contemplar el paso de la comitiva, aunque ninguno se atrevió a preguntarles directamente si los rumores eran ciertos. Dominic Lafayette pidió a Mina Nilsson y a Giles Lebouf que se adelantasen para comprobar que todo estaba preparado para salir en antena mientras él se acababa de preparar en su despacho. El Comisario Bashevis insistió en acompañarle para garantizar su seguridad, a lo que Dominic no se opuso. Cuando estuvieron dentro de su despacho, el Vice Gran Ministro bloqueó la puerta con un gesto en el panel táctil de su lado y ajustó la opacidad de las ventanas al máximo para que nadie pudiese verles desde fuera.

—Conecta el inhibidor —ordenó a Bashevis.

El Comisario realizó la operación con presteza. Dominic Lafayette conectó el panel de su pared y pulsó varios números para realizar una VidCom. El monitor comenzó a centellear, esperando respuesta desde el otro lado. Lafayette parecía nervioso, no había nada en él del petulante hombre que había amenazado veladamente a Emily apenas media hora antes. El interlocutor aceptó la llamada y su imagen apareció inmensa en la pared del despacho del Vice Gran Ministro. La figura que este y el Comisario Bashevis contemplaban era la de Jacques Pascal.

—Eres un estúpido, Oleg —afirmó Pascal—, aunque una sorprendente cantidad de veces los estúpidos resultáis útiles.

—Gracias, señor —dijo Bashevis.

—Por favor, ten un poco de amor propio, acabo de insultarte —se mofó—. Debería estar enfadado, pero he de reconocer que ha sido un golpe de suerte.

—En efecto, señor —dijo Lafayette. Estaba algo más calmado después de comprobar el humor de Pascal.

—No me malinterpretes, Dominic. Si os pido que matéis a alguien, quiero que matéis a ese alguien y no al primero que se cruce por el camino. Quería a Emily Bryar muerta, algo que no va a ocurrir en breve, ya que generaría demasiadas preguntas. Sus ideas estaban envenenando la cabeza de Andersen y este era tan estúpido que no quería bailar al son que yo le marcase. Y ahora, ironías del destino, he sido yo quien le ha envenenado y quién bailará sobre su tumba. ¿Oleg, hay algún

peligro de que esto os salpique?

—En cuanto los médicos se llevaron el cuerpo metí a cuatro hombres de confianza en el despacho y lo limpiaron a fondo, señor. Han quitado los micros y han limpiado la escena. Solo se sabrá lo que nosotros queramos que se sepa —contestó Bashevis, con pose marcial.

—Y lo que queremos es que Walden cargue con el muerto —dijo Pascal—. Encárgate de sonar convincente, Dominic y, por cierto, felicidades por tu nuevo ascenso.

—Gracias, señor —afirmó Lafayette escuetamente.

—No te olvides de a quién rindes pleitesía, o le cogeré el gusto a esto de asesinar Grandes Ministros —dijo. Su semblante era demasiado serio para que fuese una broma macabra.

—Nunca, señor. No se preocupe por eso.

—Tengo cosas que hacer. No volváis a fallarme, la próxima vez igual no tenéis tanta suerte —se despidió Pascal mientras cortaba la comunicación.

Sin mediar palabra, Bashevis y Lafayette se dirigieron a la sala de comunicaciones, donde ya esperaban sus compañeros, además del equipo habitual que retransmitía a todos los rincones de la Federación los mensajes que el Gran Ministro solía emitir a través de los Media. Cuando Dominic Lafayette entró en la sala todos le saludaron cortésmente. Él se acercó a cada uno y les dio ceremoniosamente la mano. Después se subió al atril, tras el que se encontraba la bandera de la Federación, y esperó a que el responsable de comunicación le hiciese la seña para informarle de que comenzaba la cuenta atrás para estar en el aire.

—Querido pueblo de la Federación Europea —comenzó, de forma solemne—, me presento hoy ante ustedes para darles una trágica noticia. Anker Andersen, nuestro amado Gran Ministro, ha muerto —hizo una pausa antes de seguir con su discurso—. Nuestro bienamado líder ha sido asesinado hace escasas horas por el grupo terrorista Walden. Permítannos mantener en secreto los acontecimientos específicos que han llevado a su muerte en beneficio de la seguridad nacional. Sin duda es un día funesto para todos nosotros, pues este acontecimiento nos hace más débiles como nación y muestra nuestras debilidades hacia nuestros enemigos. Pero como siempre ha hecho Europa, renaceremos más fuertes de las cenizas. Les aseguro que los asesinos serán capturados y juzgados y que borraremos a Walden del mapa para garantizar la seguridad de todo ciudadano y consumidor de la Federación. Esta es la prueba de que esta organización no busca más que sumir a nuestra nación en el caos, y por ello desde hoy será perseguida aún con más dureza. Todos aquellos que tengan algo que ver con Walden no podrán dormir tranquilos. Les perseguiremos día y noche, les daremos caza y pagarán por sus actos. Por mucho que me cueste decirlo, lo repetiré por si han conectado sus paneles después de que comenzase mi anuncio. El Gran Ministro Anker Andersen ha sido asesinado por la organización terrorista Walden. Por ello, como Vice Gran Ministro, y pese a que nada me gustaría más que

no tener razones para hacerlo, me declaro oficialmente y con efectos inmediatos Gran Ministro de la Federación Europea.

## New Hope

*Portman: ¡Es una locura, Zheng! ¿Me oye? ¡Maldita sea! ¿Me oye? No dude que...*

*Asistente 1: Conexión interrumpida con el Teléfono Rojo, señor. Ha colgado.*

*Portman: No puedo creerlo, ¡no puedo creerlo! Maldito loco. ¡Informe de Inteligencia!*

*Secretario de Defensa: Si es un farol juegan duro, señor. Inteligencia nos informa de que China e India han desplegado gran parte de su arsenal nuclear y está en disposición de ser disparado en cualquier momento, calculamos unas doscientas ojivas.*

*Portman: ¿Este búnker aguantará?*

*Secretario de Defensa: Si cumplen su amenaza no creo que importe, señor.*

*Portman: Pero no tiene sentido. ¡Joder! Nuestro arsenal es mucho mayor que el suyo, no tienen capacidad para una Destrucción Mutua Asegurada. Está claro que pueden herirnos muy gravemente, pero no tienen suficientes bombas para una Suma Cero, ¡y nosotros podemos borrarles del mapa!*

*Dale: Señor Presidente, quizá deberíamos ceder ante sus exigencias.*

*Portman: ¡No seré el presidente que hincó la rodilla ante el Dragón Asiático! El embargo económico es la llave de la supremacía estadounidense en el mundo en este siglo.*

*Dale: Entonces es posible que sea el último presidente de los Estados Unidos.*

*Portman: ¡Nunca debí permitir que un marica como tú fuese mi vicepresidente!*

*(Se escuchan ruidos de forcejeos y golpes)*

*Portman: ¿Qué te ha parecido eso, Dale? Soy tu Comandante en Jefe y no voy a consentir que cuestiones ni una más de mis decisiones. Que alguien me dé un pañuelo, tengo sangre de este maricón en los nudillos.*

*Asistente 2: Los intentos de comunicar con Beijing a través del Teléfono Rojo no dan resultado, señor.*

*Secretario de Defensa: Hay que actuar, señor.*

*Portman: No creí nunca que este día llegaría. Pasamos a DEFCON 1, todas las unidades del país en alerta máxima. Quiero todo nuestro armamento nuclear apuntando a los chinos y los hindúes, pero que no se inicie ningún lanzamiento hasta que lo ordene. No seré yo quién comience una guerra nuclear, pero por nuestro señor Jesucristo que la terminaré si esos cabrones nos atacan.*

*Secretario de Defensa: Ya lo han oído, den la orden de pasar a DEFCON 1. Ataque nuclear inminente.*

*Asistente 2: Orden emitida. Todas las fuerzas en alerta máxima.*

*Portman: Lo que acabamos de hacer formará parte de las páginas más oscuras*

de nuestra historia. Nunca antes habíamos necesitado activar DEFCON 1 y esperemos que todo esto no sea más que una pesadilla y pronto despertemos. Caballeros, les pido que se unan a mí en una silenciosa oración para pedir a nuestro Señor que así sea. Piensen en todas las familias y comunidades de nuestra gran nación y pidan a Dios que guíe nuestro juicio.

*(Leve sonido de respiraciones durante cuatro minutos)*

Asistente 1: ¡Inteligencia informa de ataque nuclear! ¡Están disparando sus misiles contra nosotros!

Secretario de Defensa: ¿Es información contrastada? ¿De cuántas cabezas estamos hablando?

Asistente 1: Parece que media docena de ellas. Se dirigen a la Costa Oeste. Impacto en veintinueve minutos.

Secretario de Defensa: ¿No atacan con toda su fuerza ni a nuestros silos? Quizá así piensen que no usaremos nuestra capacidad nuclear.

Portman: Pues se equivocan. ¡Malditos putos asiáticos de mierda! ¡Tiene que ser una jodida broma! No permitiré que esto se repita. ¿Están preparados nuestros Minuteman?

Asistente 1: Están listos, señor. Esperando la orden para ser lanzados.

Portman: No les demos oportunidad de contraatacar, quiero una aniquilación total. ¿Cuántas cabezas nos hacen falta para eso?

Secretario de Defensa: Disponemos de ochocientas ojivas instaladas en los Minuteman, señor, la mitad deberían de ser suficientes.

Portman: Ya lo han oído. Autorizo el uso de armamento nuclear. Borremos a nuestros enemigos de la Historia.

Asistente 2: Misiles Minuteman en plataformas de lanzamiento. Preparados para el ataque.

Asistente 1: ¡Perdemos la comunicación con Dakota del Norte! ¡No hay confirmación de lanzamiento!

Portman: ¿Qué demonios ocurre?

Asistente 2: ¡Montana tampoco responde! Wyoming...

Asistente 1: ¡Detonaciones nucleares en suelo norteamericano!

Secretario de Defensa: ¿Qué? ¿Cómo pueden habernos alcanzado tan pronto?

Asistente 1: ¡Son los Minuteman, están detonándose en tierra!

Asistente 2: Contacto perdido con todos los silos nucleares. Los submarinos tampoco responden, señor.

Asistente 1: ¡Los satélites informan de numerosas detonaciones en todo el territorio! ¡Nuevo lanzamiento del enemigo, intentando calcular las cabezas lanzadas en segunda oleada!

Portman: Que Dios nos asista... esto es el fin.

Grabación de audio del presidente John Portman en la «Hora de las Bombas».  
Búnker de Greenbrier, Virginia Occidental. 23 de octubre de 2041. Día de la Masacre.  
Biblioteca personal de Conrad Schroeder.

\* \* \*

El día que se cumplía un mes desde que Benjamin Bryar llegase con el resto de la expedición a la Costa Este de los antiguos Estados Unidos amaneció lúgubre y gris, como todos los que le habían precedido. La débil luz apenas se filtraba entre las paredes de cristal a las que Ben había subido la opacidad al máximo para poder dormir y evitar la sensación de vértigo que le producía sentirse en el vacío. Su fobia y él habían vuelto a encontrarse nada más llegar, cuando comprobó el extraño y perturbador edificio dónde vivirían mientras permaneciesen en aquel páramo desolado. El Palacio de Cristal, como Max lo había bautizado, era una construcción titánica con forma de cubo totalmente fabricada con un material transparente basado en el vidrio que mantenía la posible radiación de la zona fuera del habitáculo. Dentro se desplegaban de forma modular decenas de habitaciones para el personal, barracas comunes y el comedor en los pisos superiores, mientras que la planta baja estaba dedicada exclusivamente al almacén de víveres y al laboratorio donde se nutria y guardaba a los Revitalizados cuando estos no estaban trabajando en el exterior. Como era típico en los planes de Maximilian Weber todo estaba pensado al milímetro. La colosal edificación poseía un sistema de desplazamiento para poder transportarla una vez que una zona hubiese quedado purificada y se debiese continuar con el trabajo en otra.

Benjamin se despertó de su sueño ligero y poco reparador. El hastío que le producía ver pasar los días sin nada que hacer no le permitía llegar a la noche con el suficiente cansancio para dormir plácidamente, y con frecuencia se encontraba a altas horas de la madrugada dando vueltas entre las sábanas sin poder conciliar el sueño. Se levantó de la cama sin demasiado ánimo y se dio una ducha rápida. Habría preferido quedarse durante algunos minutos más bajo el agradable calor del agua cayéndole sobre los hombros y el cabello, pero allí era un bien escaso y, aunque no estaba racionada, se realizaba un informe diario sobre el consumo en litros de cada persona. No tenía ganas de volver a escuchar a la doctora Peters y su charla sobre el consumo responsable y la solidaridad entre compañeros de expedición. Rápidamente se colocó uno de los monos de protección que todos usaban cuando iban a salir al exterior, sus botas y la pulsera Geiger y se dispuso a abandonar el edificio sin tan siquiera desayunar.

La puerta de seguridad del Palacio de Cristal se abrió y Benjamin dio un paso adelante para salir a la desolada llanura en la que estaban establecidos, cerca del lado sur de Sandy Hook Bay. Como si toda aquella destrucción hubiese quebrado las

reglas del espacio-tiempo y le hubiese condenado a vivir en un constante *déjà vu*, Ben comenzó su paseo matutino exactamente igual que los días anteriores. No había nadie en los alrededores. Los Revitalizados habían limpiado todo aquel cuadrante en los primeros días y ahora se presuponía limpio y seguro. Sin embargo, Benjamin Bryar comprobaba de vez en cuando la batería de su pulsera para comprobar que todo iba bien. El dispositivo funcionaba de manera muy simple, si detectaba niveles de radiación nocivos para el ser humano vibraba en la muñeca y emitía un pitido para avisar al usuario que debía retirarse rápidamente de la zona. Además, el mono incluía una cobertura de la cabeza y las manos que debían colocarse rápidamente si se detectaba señal alguna de peligro. Ben caminó durante veinte minutos hacia la orilla de la bahía y cuando llegó hasta ella se sentó para contemplar el paisaje. La isla donde se encontraba Fort Hancock quedaba a la derecha y justo enfrente, a lo lejos, podía ver las ruinas de lo que un día fue Brooklyn. Detrás de ellas, como los dedos muertos de la mano de un Titán semienterrado, se alzaban los restos de Manhattan. Bryar contempló en silencio la desoladora estampa durante algunos minutos y después se acercó a la orilla en busca de alguna piedra chata que poder lanzar hacia el agua. Desganado, repitió la acción varias veces como un niño aburrido que solo hace tiempo antes de volver a casa. Un momento más tarde una inesperada voz a sus espaldas le hizo dar un respingo.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Jules.

El androide apenas se hallaba a dos metros de Ben. Iba vestido con uno de sus habituales e impolutos trajes de chaqueta. Era el único de toda la expedición que podía permitirse el lujo de no llevar el mono fuera del Palacio de Cristal, y lo aprovechaba. Su conjunto estaba hecho de un tejido azul marino que resplandecía levemente bajo el tenue sol de la mañana norteamericana. Lo acompañaba de una camisa blanca, una corbata granate y unos zapatos estilo oxford negros muy pulidos.

—No te oí llegar —contestó Benjamin. No tenía intención de esconder su aversión hacia el androide en su tono de voz—. ¿Me has seguido?

—Hoy no, pero cómo puedes ver tampoco me ha hecho falta, mi querido Ben. Como buen inglés eres puntual y rutinario, todas las mañanas haces el mismo recorrido.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Bryar.

—Nada en particular, hacer de niñera en este desierto nuclear me resulta tremendamente aburrido, así que he pensado pasarme por aquí y preocuparme en ver como estabas.

—Tú no puedes preocuparte por nadie, no eres más que una máquina, solo puedes fingir hacerlo.

—¿Y acaso no es eso lo que hacéis los humanos? —se jactó Jules.

—No voy a seguirte el juego, Jules. Como habrás comprobado, estoy bien. Gracias por preocuparte por mí —ironizó Ben justo antes de darle la espalda.

—Muy bien, en ese caso no te molesto más. Había pensado que quizá te



apeteciese hacer una pequeña excursión que rompiera la monotonía, pero ya veo que no quieres ser perturbado —afirmó Jules mientras se alejaba.

—¿Qué clase de excursión? —preguntó Ben.

—El Creador quiere acercarse hasta el territorio donde están trabajando los Revitalizados para comprobar cómo va la purificación de la zona. Ha insinuado que podrías acompañarnos.

—¿Cuándo saldríamos?

—Tan pronto como regrese al Palacio. Si quieres unirme, me temo que vas a tener que volver conmigo —afirmó Jules.

—Eso no nos obliga a hablar mientras tanto —contestó Benjamin.

—Dime una cosa, mi querido amigo. Si como tú dices tan sólo soy una máquina incapaz de sentir nada, ¿cómo debería comportarme al saber que me odias?, ¿y cómo te sientes tú al odiar a un simple montón de metal y cables?

—Te encantaría que te respondiese para poder soltar otro de tus chascarrillos —dijo Ben para evitar contestar directamente—. Bueno, ¿nos vamos?

—Ben Bryar, genio y figura —afirmó Jules. Su boca emitió una grave risotada—. Como te dije en Ginebra, me caíste bien desde el principio.

Sin cruzar más palabras, Benjamin y el androide emprendieron el camino de vuelta hacia el Palacio. Recorrieron en silencio los pocos kilómetros que les separaban de allí. En su camino atravesaron las ruinas de lo que en su día fue Atlantic Highlands, una pequeña localidad de Nueva Jersey de carácter residencial donde unas pocas casas de madera aún luchaban por mantenerse en pie tras la destrucción y el abandono de treinta años. Poco después de salir del pueblo divisaron a lo lejos el Palacio de Cristal, posado en una llanura entre la zona que acababan de dejar atrás y el antiguo asentamiento de Middletown. Cuando llegaron frente a la entrada, Max Weber y Robert Gordon ya les estaban esperando junto a un todoterreno manual.

—Ah, Benjamin, tenía la esperanza de que aceptases mi invitación —afirmó Weber con vivo entusiasmo—. Le he dicho a Robert que puede acompañarnos también si quiere, espero que te parezca bien.

—Por supuesto —contestó él—. Estás tan aburrido como yo, ¿verdad, Rob?

—Al principio sí pero, si te digo la verdad, ahora mismo todo esto me resulta fascinante. El doctor Weber me dio acceso para comunicarme con Maria desde mi habitación y toda la información que está recibiendo de los Revitalizados que están sobre el terreno me está resultando muy enriquecedora. Es un ente maravilloso y me está ayudando a analizar toda esa documentación.

—Me alegro de que al menos alguien lo esté pasando bien —dijo Benjamin, con resignación.

—Fuiste tú quién quiso venir con nosotros, mi querido Ben —recordó Weber, simpático—. Deberías buscarte una ocupación como ha hecho Robert, aún faltan algunas semanas para que la segunda expedición llegue y puedas partir con ellos hacia la Federación.

—Me parecerán cinco años —se quejó Bryar.

—Bueno, al menos hoy estarás entretenido. ¿Nos vamos? —preguntó el doctor.

Sus tres acompañantes respondieron afirmativamente y subieron al todoterreno. Jules tomó el volante del vehículo y emprendió el viaje hasta lo que en su día fue New Hope, una pequeña población en el estado de Pennsylvania, donde ahora los Revitalizados trabajaban para que la zona pudiese volver a ser habitable. El trayecto les llevaría aproximadamente dos horas, así que tendrían que comer allí, pero Weber ya lo había tenido en cuenta y durante la mañana había preparado algo. Tanto él como Benjamin y Robert iban equipados con el mono de seguridad y la pulsera Geiger pero, aunque todo el recorrido ya había sido purificado y no debían encontrarse niveles de radiación peligrosos, en el maletero contaban con trajes especiales por si su uso fuese necesario. Los primeros veinte minutos del viaje se dirigieron hacia el sur, hasta que a la altura de Wall Township giraron al oeste y se adentraron en el interior del país. La lúgubre soledad de las comunidades vacías y abandonadas que iban dejando atrás nublaban el ánimo de Benjamin, mientras que Robert se entretenía comprobando datos en su SmartPad y Weber contemplaba el paisaje en silencio.

—La carretera no tiene buen mantenimiento, pero al menos no hay nada de tráfico —bromeó Jules.

—Todo es tan diferente a como era cuando yo viví aquí... —afirmó Weber con nostalgia en sus palabras.

—¿Llegaste a conocer esta zona? —preguntó Ben.

—Crucé el país de norte a sur por la costa con mis padres durante unas vacaciones de verano. Llegamos hasta Florida. Fue un tiempo feliz. —La usualmente vívida y segura voz de Max tembló mientras recordaba aquellos momentos con su familia—, pero eso pertenece al pasado, y estamos aquí para construir un nuevo futuro, así que ya no importa.

—Claro que importa —afirmó Benjamin.

—El peso del tiempo nos entierra a todos, mi querido amigo, pero aún así luchamos por permanecer en la superficie todo lo que podamos. El pasado está bajo estas ruinas, y sería un error sacarlo a la superficie. En lugar de eso, construiremos un futuro mejor usándolo como nuestros cimientos.

Weber parecía divagar mientras contemplaba la destrucción que iban dejando atrás en su camino. El viaje continuó en silencio durante algo más de treinta minutos hasta que llegaron a las ruinas de Trenton, la ciudad más grande que atravesaron durante el camino. Al poco tiempo de dejarla atrás, un oxidado cartel les dio la bienvenida al estado de Pennsylvania. Apenas restaban quince minutos para que llegasen a su destino, pero el hastío de Benjamin comenzaba a tornarse desesperación. No mucho después, la silueta del enjambre de Revitalizados comenzó a vislumbrarse en el horizonte. Robert Gordon había dejado de jugar con su SmartPad y contemplaba nervioso su pulsera Geiger cada poco tiempo. Esta seguía sin emitir ninguna señal que les alertase de peligro.

—No hay de qué preocuparse, Robert —afirmó el androide—, nuestros amigos ya han neutralizado esta zona.

—En efecto —puntualizó Weber—. Yo jamás os traería a un lugar que pudiese ser peligroso. Toda esta zona fue fumigada con el hongo hace casi una semana y los Revitalizados han purificado el ambiente hasta niveles normales. Ahora simplemente están despejando el camino para partir hacia la siguiente área.

Jules detuvo el coche y los cuatro integrantes de la pequeña expedición se encontraron en los límites del ordenado tumulto que formaban los Revitalizados, enfrascados en su quehaceres. Benjamin los contempló mientras trabajaban. Debían ser casi un millar y le resultó siniestro el hecho de que por encima de los ruidos de sus labores no se alzase ni una sola voz. Todos ellos, muertos en vida, marchaban de acá para allá sin descanso ni expresión en el rostro.

—Tomad —dijo Max. Extendió su mano hacia Robert y Benjamin—. Colocaos este intercomunicador en el oído, así podréis escuchar y hablar con Maria. Ella es quién está dirigiendo a los Revitalizados. Por supuesto, está realizando un trabajo extraordinario.

—Me alegra ser de ayuda, doctor. —Maria habló en el oído de todos, que ya se habían colocado el dispositivo a excepción de Jules, que no lo necesitaba.

—Eres todo un encanto —le piropeó Weber—. ¿Puedes darnos un informe oral de la situación?

—Por supuesto —contestó—. El área de New Hope ha sido debidamente purificada. No se han detectado niveles peligrosos de contaminación radioactiva en diez kilómetros a la redonda tras la eliminación del hongo. Las labores de rehabilitación del terreno casi han terminado y, si todo sigue según lo planeado, pasado mañana partiremos hacia el oeste a la siguiente área asignada.

—¡Maravilloso, maravilloso! —Se congratuló Weber—. ¿Informe de incidentes?

—Tres bajas de Revitalizados desde su última visita, doctor. —La neutralidad de la Inteligencia Simulada al informar de las pérdidas hizo que a Ben se le helase la sangre.

—¿Por qué motivo? —preguntó Weber.

—Dos unidades sufrieron fracturas múltiples en el derrumbe parcial de un edificio en ruinas. Una unidad está desaparecida.

—¿Cómo que desaparecida? —preguntó Benjamin.

—Se perdió la comunicación con ella hace cuatro días. Tras setenta y dos horas sin recibir conexión se considera baja —respondió Maria.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —inquirió Ben.

—El terreno es algo abrupto aquí —contestó Weber—. Es posible que haya quedado atrapada bajo algún objeto o que su nexo se haya averiado. Estas cosas pueden pasar cuando uno está sobre el terreno.

—¿Y desde cuándo nos referimos a los Revitalizados como unidades? —Ben parecía molesto.

—A mí me llamas cosas peores y soy más listo que ellos —se jactó Jules.

—Ellos son personas.

—Ellos han sido personas —matizó el androide—, ahora son propiedad de G-Corp.

—La verdad es que dan algo de miedo —afirmó Robert Gordon—. ¿Qué es aquella columna de humo que se ve en el horizonte? ¿Es algún trabajo de los Revitalizados?

Gordon señaló hacia el oeste, donde una borrosa nube oscura se alzaba hacia el cielo del mediodía, a varios kilómetros de distancia. Hasta entonces ninguno había caído en la cuenta.

—No tengo información acerca de esa eventualidad, lo siento —se disculpó Maria.

—Pero está muy lejos, eso está fuera del área de trabajo actual, ¿no es cierto? —dijo Benjamin.

—Así es —confirmó la Inteligencia Simulada en su oído.

—Debe tratarse de algún pequeño incendio fortuito. En el estado en el que todo se encuentra lo extraño es que no ocurra con más frecuencia —dijo Weber sin demasiado interés en el tema—. Jules, ¿por qué no instalas la tienda de campaña en esta zona? Está en el maletero del coche. Así podremos descansar un poco después de comer y ya la tendremos preparada para la noche.

—Cómo guste, Creador —aceptó Jules cortésmente.

—¿Es qué vamos a pasar la noche aquí? —preguntó Benjamin.

—Por supuesto —confirmó Weber—. Es un viaje largo para hacerlo dos veces en el mismo día sin que la noche nos sorprenda. Dentro de poco desplazaremos el Palacio de Cristal hacia el interior del país, y así podremos estar mucho más cerca del trabajo de los Revitalizados.

—Nadie me dijo que no volveríamos hoy —se quejó Robert.

—¡Vamos, amigo mío! Tómalo como una pequeña acampada, seguro que hacías muchas cuando eras niño —bromeó Max.

—Nunca me ha gustado demasiado el campo —contestó él, con resignación en la voz.

—Solo será una noche y la tienda resulta muy confortable. ¿Seríais tan amables de acompañarme hasta aquel grupo de Revitalizados para comenzar la inspección? —pidió el doctor.

Ben y Robert accedieron y caminaron los escasos cien metros que les separaban de un primer grupo de Revitalizados que trabajaban reconstruyendo la calzada que daba acceso al pueblo. Mientras tanto, Jules sacó del maletero del todoterreno una pesada caja con forma cúbica, cada uno de sus lados medía aproximadamente un metro y estaba construida con un material brillante y oscuro que parecía metálico. El androide se alejó un poco del coche y depositó el bulto en una zona plana a unas decenas de metros de la carretera. Segundos después de que Jules se apartase, el

objeto comenzó a desplegarse sobre sí mismo como por arte de magia. Con cada pliegue que se abría en él duplicaba su tamaño, hasta que poco después estaba ocupando un área de casi veinte metros cuadrados. Una vez extendida, la tienda comenzó a aumentar de volumen hasta que su altura superó los tres metros. Cuando el ingenio acabó su maniobra, el androide comprobó el interior del habitáculo, que contaba con una zona común y cinco pequeñas habitaciones independientes con el tamaño justo para las camas hinchables que contenían. Poco después, Jules emprendió el camino para reunirse con el resto de la expedición, los cuales observaban a los Revitalizados durante su trabajo mientras Weber les explicaba algunos pormenores y curiosidades sobre el funcionamiento del nexo y cómo permitía el control de los sujetos.

—Todo lo que sus ojos y oídos perciben llega a Maria, por lo que podríamos decir que ella tiene una visión completa en todo momento de lo que cada Revitalizado está haciendo. Además lo registra digitalmente para que podamos acceder a las grabaciones en cualquier momento —explicó el doctor—. Por supuesto, dada su gran capacidad de procesamiento es capaz de emitir órdenes a todos los Revitalizados a la vez, por lo que las labores están perfectamente coordinadas. Es un trabajo que, de no hacerlo ella, necesitaría de muchísimo personal y ni siquiera así conseguiríamos su grado de perfección.

—Si tuviese un cuerpo material para hacerlo me ruborizaría, doctor —contestó la voz amable de la Inteligencia Simulada.

—Tener un cuerpo está sobrevalorado, encanto —afirmó Jules, señalando a los Revitalizados—. Mírales a ellos.

Benjamin dirigió una mirada severa a Jules, pero antes de que tuviera tiempo de reprenderle por sus palabras los Revitalizados se irguieron de pronto y se apartaron con su inquietante caminar de sonámbulos a los lados de la calzada, donde se quedaron firmes y petrificados.

—Señores, les ruego se hagan a un lado de la carretera —informó Maria—. He detectado movimiento de vehículos del equipo de seguridad en el extremo oeste del perímetro. Tiempo estimado de llegada, tres minutos.

Los cuatro hicieron caso del aviso y se apartaron a un lado. Ben y Robert se miraron algo desconcertados por la situación, pero igualmente obedecieron. Poco después, el sonido de los neumáticos sobre el asfalto se hizo audible y una caravana de cuatro todoterreno apareció entre las ruinas de New Hope.

—Son los mercenarios —afirmó Benjamin—. ¿Qué demonios hacen aquí?

—Creo que ellos prefieren ser llamados equipo de seguridad —corrigió Jules.

—Vienen del oeste —dijo Robert—, de la zona del incendio.

—Seguramente habrán ido a comprobar si todo estaba en orden —afirmó Weber.

—Tiene sentido —confirmó Robert Gordon—, pero entonces, ¿por qué no lo han apagado? Sería lo más razonable para evitar que pueda extenderse.

—Quizá no lleven el equipo necesario para hacerlo —conjeturó el doctor.

La caravana llegó hasta ellos a una velocidad considerable y atravesó la carretera como una exhalación. Los cuatro vehículos no hicieron además alguno de detenerse, pese a que tanto Jules como Weber les saludaron a su paso. Gordon giró la cabeza con gesto incómodo ante el polvo que los automóviles levantaron al cruzar, no así Benjamin, al que se le congeló el rostro con la intuición de algo que había visto de manera tan fugaz que no estaba completamente seguro de que hubiese sido real. No había sido más de una milésima de segundo, pero sus ojos habían encontrado en el lateral del tercer todoterreno una salpicadura de sangre tan roja como la muerte. Ben tuvo deseos de gritar, de señalar el vehículo y cuestionar por qué su puerta estaba teñida de sangre en el páramo sin vida en el que se encontraban, pero frenó su impulso a sabiendas de que no conseguiría más que una explicación vaga de Weber y un ataque irónico por parte del androide. En lugar de eso prefirió guardar la información para sí mismo y utilizarla en el momento oportuno. Un instante después los mercenarios no eran más que un punto distante al este en el horizonte, y los cuatro prosiguieron su inspección entre los Revitalizados de New Hope. Maximilian Weber se mostraba entusiasmado con cada explicación que Maria les ofrecía, Gordon hacía numerosos apuntes en su SmartPad y el androide parecía distraído, contemplado con afabilidad una escena tras otra. Benjamin pensó para sus adentros que Jules disfrutaba de observar a humanos, o lo que habían sido humanos, convertidos en esclavos por sus semejantes. Su recorrido les había llevado hasta el interior del pueblo, donde las calles ahora parecían limpias y seguras, pero sin haber perdido todavía su carácter desolado. A cada paso Ben Bryar se sentía enloquecer, parecía ser el único de ellos, incluso el único de toda la expedición, que pensaba que aquello no estaba bien. Le embargó la sensación de estar en el escenario de un crimen que alguien había limpiado escrupulosamente. Los huesos, los escombros, la basura y los coches abandonados habían desaparecido, pero la ordenada destrucción y el silencio solo roto por el trabajo de los Revitalizados evidenciaba que la normalidad estaba muy lejos de volver a aquel lugar. Los ojos muertos de los peones no se paraban a contemplar nada, no miraban hacia ninguna parte, solo eran autómatas sin consciencia, emociones ni deseos. No había alma en ellos. G-Corp había robado sus cuerpos a la tierra y los gusanos y los había puesto en pie de nuevo para servir a sus propósitos. Ben pensó que hacía no mucho tiempo había estado tan ciego como ellos, pues de lo contrario jamás habría formado parte de aquello. Deseó con todas sus fuerzas que no hubiese ocurrido durante cada minuto que pasó junto Weber y los otros visitando la zona mientras intentaba fingir que todo iba bien. Había otra cosa que se resistía a salir de la mente de Benjamin Bryar, la sangre en el todoterreno que solo él parecía haber visto. No podía hacer nada por cambiar la suerte de los Revitalizados, pero pensó que si tenía una oportunidad de conocer la razón de esa mancha de sangre tenía que llegar hasta el final del asunto.

Un rato después la comitiva hizo un descanso para comer algo. Volvieron junto al todoterreno y Weber sacó del maletero un paquete con unos víveres preparados para

la ocasión. Pidió a los demás que le acompañasen y puso los alimentos sobre la mesa de la tienda de campaña, que resultaba inusualmente espaciosa una vez desplegada por completo. Fue una comida rápida en la que la conversación casi estuvo copada por el entusiasmo de Maximilian ante los resultados de la expedición. Maria, directamente en el oído de todos ellos, corroboraba y ampliaba los comentarios del doctor, lo cual llenaba de júbilo a este. Cuando hubieron terminado de comer, Max insistió en que continuasen su recorrido sin más dilación, pero Benjamin no se sentía con fuerzas para seguir contemplando los rostros enjutos y muertos de los Revitalizados, por lo que se disculpó y decidió quedarse en la habitación que tenía asignada en la tienda. Los demás no mostraron demasiado empeño en que les acompañase. Solo Robert Gordon le dedicó una mirada interrogatoria con preocupación, pero un simple gesto de cabeza de Ben hizo que este no verbalizase sus pensamientos. Cuando los demás se hubieron marchado, Benjamin entró en su habitáculo, que tan solo contaba con un colchón de aire de cuerpo y medio, bajó la cremallera de su mono hasta la cintura y se lanzó a la cama con la única intención de dormir y al despertar encontrarse lejos de la pesadilla que estaba viviendo, pero el sueño le esquivaba y pronto se encontró a solas con sus pensamientos y el sudor que comenzaba a empaparle el cuerpo, pegándose al plástico de su lecho. La actitud de Weber no se le iba de la cabeza. Pese a que seguía mostrándose amable hacia Ben su comportamiento había cambiado, apenas podía atisbar al hombre que conoció en la Ciudadela en el que deambulaba ahora por New Hope. El primero era su amigo, alguien con el que había congeniado desde el primer momento y, en gran medida, quién le había hecho creer en el proyecto Revitalis. El Weber actual se asemejaba más a un titiritero orgulloso de cómo sus manos mueven los hilos del teatrillo del que se cree Dios Supremo. Pasaron horas en la realidad que parecieron lustros en el calvario de Benjamin Bryar. Tanto fue así que cuando llegó la hora de la cena y sus compañeros volvieron a la tienda él se negó a acompañarles y se quedó encerrado en su pequeño espacio de tortura personal. Los demás estaban apenas a tres metros de él, al otro lado de la puerta de tela, y podía oír claramente su conversación, pero lo cierto es que no prestaba atención a sus palabras. Solo esperaba el momento en el que todo se quedase en silencio para poder salir de su cuarto y llevar a cabo la idea que se había instalado en su cabeza. Ben había tomado la determinación de ir a investigar el sospechoso humo que habían visto unas horas antes, y solo podía hacerlo si robaba el todoterreno con el que habían llegado hasta allí. Aún pasaron dos horas más hasta que la tienda quedó por fin en silencio, pero esperó un rato más para asegurarse de que nadie volvía a la zona común. Cuando creyó que todos estaban ya en sus habitáculos, volvió a abrocharse la parte superior de su mono, que seguía empapado en su sudor, y abrió la cremallera de la puerta. No había colocado su pie fuera de la habitación cuando una voz le sorprendió en la débil penumbra de la tienda.

—¡Qué mal aspecto tienes, chico! —dijo Jules, con su habitual tono burlón. Se encontraba de pie en la esquina opuesta de la tienda.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Benjamin, seco y sorprendido.

—Un poco de todo y nada al mismo tiempo. Ya sabes que yo no duermo. ¿Qué haces tú?

—Necesito tomar un poco el aire —mintió Ben. Fue la primera excusa que se le ocurrió.

—Vaya, parece que el sonambulismo se está convirtiendo en una plaga —afirmó el androide.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Dejaré que lo descubras por ti mismo. Por cierto, las llaves del todoterreno están puestas.

—No sé a que te refieres —contestó rápidamente Bryar. No pudo esconder su asombro por que Jules hubiese imaginado su plan.

—Claro que lo sabes. Entiendo cómo funciona vuestro cerebro. El mío funciona mejor.

—Me alegro por ti —espetó Ben.

—No voy a detenerte, Benjamin, pero te aconsejo que no hagas lo que estás tramando. En este mundo toda acción tiene su reacción —dijo. Las palabras del androide sonaron más a consejo que a amenaza.

—¿Y entonces por qué me lo pones tan fácil?

—Quizá me divierta hacerlo. Quizá quiera que te metas en problemas. ¿Quién sabe? —juguetó Jules.

Benjamin decidió que no merecía la pena contestarle, así que sin más dilación salió de la tienda dejando atrás al hombre mecánico. La noche era cerrada, allí todas lo eran. Resultaba extraño para alguien criado en una ciudad contemplar el mundo únicamente iluminado por la luz de la luna y las estrellas. Casi tanteando entre la oscuridad consiguió llegar junto al todoterreno, que se encontraba apenas a veinte metros de la tienda de campaña. Cuando dio con el vehículo comprendió las palabras que Jules le había dicho un momento antes. Una figura se dibujaba recostada sobre el capó delantero del coche.

—Benjamin, mi querido amigo, me alegra verte despierto. Ven, siéntate junto a mí y acompáñame en esta fantástica noche —requirió Maximilian Weber con amabilidad.

—¿Qué haces aquí, Max? —preguntó. Benjamin, resignado ante la presencia de Weber, decidió aplazar momentáneamente sus intenciones y aceptar la invitación.

—Disfrutar de la creación de un inventor con más talento que yo —respondió Weber señalando al cielo.

—No te tenía por una persona religiosa —dijo Ben. Se colocó junto al doctor, sobre el capó del todoterreno.

—No es una cuestión de religiosidad —afirmó Weber—. Puedes llamarlo Conciliador, como antes se le llamó Dios, Allah o Yahvé, puedes llamarlo Naturaleza, Destino o simplemente Azar. Lo llames como lo llames, lo cierto es que me aporta



mucha paz comprobar la inteligencia con la que todo fluye en armonía. Fíjate en todos esos cuerpos celestes brillando en la inmensidad del universo. Quizá en alguno de ellos haya alguien mirando hacia arriba, contemplando la luz que nuestro sol emitió cientos de miles de años atrás, cuando el ser humano no había comenzado su existencia. Me gusta salir de noche en este continente. La devastación nuclear queda por unas horas escondida tras la penumbra y los astros se adueñan del cielo con su luz. Casi parece que el orden natural retorna al mundo por un momento, que los errores de los seres humanos no tienen tanta importancia después de todo. ¿Qué opinas, Ben? —preguntó entre sus meditaciones.

—Hace tiempo que ya no sé que pensar de nada —respondió este—, pero quiero que eso deje de ser así. Esta mañana vi sangre, Max, sangre en el lateral de uno de los todoterreno del equipo de seguridad.

—Alguien se habría lastimado accidentalmente —dijo Weber, restándole importancia.

—Sea como sea, estoy decidido a averiguar qué es lo que ha ocurrido.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunto el doctor, sorprendido.

—Voy a coger el todoterreno e iré hasta donde vimos el humo. Creo que todo está relacionado. Ellos venían de allí.

—¡Eso es una temeridad, Benjamin! Puedes tener un accidente, puede ocurrirte cualquier cosa. Además, aunque no está lejos, aquella zona aún no está purificada por completo.

—Si ellos pudieron estar allí, yo también puedo —contestó Ben—. No intentes impedírmelo, Max, no pienso permitirte.

—No puedo dejar que vayas en plena noche. Recapacita, mi querido amigo, consúltalo con la almohada y mañana lo verás todo desde otra perspectiva.

—He tomado una decisión, voy a hacerlo. —Ben se apeó del capó para abrir la puerta del vehículo—. Baja del coche, Max, o arrancaré contigo en el parabrisas si es necesario.

—Soy demasiado viejo para eso, pero no te vas a librar de mí. Si vas a realizar tamaña estupidez al menos déjame acompañarte.

Max se subió al vehículo y Benjamin comprobó que el androide le había dicho la verdad, pues las llaves colgaban del contacto en el todoterreno. Desde hacía décadas no era habitual que los coches necesitaran llaves para funcionar, pero los de la expedición se habían diseñado así por motivos de seguridad, seguridad que no servía para nada si como en aquel caso se dejaban las llaves puestas. Ben Bryar arrancó el motor eléctrico del todoterreno y los faros de este iluminaron el horizonte. Weber ya estaba a su lado, abrochándose el cinturón de seguridad y farfullando entre dientes para mostrar su descontento. Ambos emprendieron la marcha hacia el lugar donde unas horas antes habían contemplado la columna de humo negro. Se adentraron en las calles de New Hope, donde el silencioso motor dejaba escuchar el lamento de un lugar que treinta años antes había estado lleno de vida. El viaje no era largo y

Benjamin pensó que dentro de muy poco descubriría al fin que estaba ocurriendo.

—Mi querido amigo, Benjamin, sea lo que fuere lo que encontremos allí, no quiero que te hagas ideas preconcebidas —dijo Max, con tono serio, pero intentando suavizarlo—. Recuerda el porqué de todo esto, del proyecto que tú bautizaste como Revitalis. Le estamos dando una segunda oportunidad a la Tierra, al mismo ser humano. Estamos enmendando nuestro mayor error como especie.

—Sé cuales son tus intenciones, Max, y no dudo de ellas —contestó Ben—. Lo que no tengo claro es el precio que estamos pagando por ello.

El todoterreno giró un par de calles más adelante hacia la derecha y encaró la salida del pueblo. Las casas y los comercios iban desapareciendo, y en lugar de ellas se veían ahora algunas naves industriales, una gasolinera y lo que en otro tiempo fue un aserradero. Poco después, hasta estos desaparecieron y de las penumbras de la noche surgió algo que no llevaba allí mucho tiempo. Una simple pero gran planicie asfaltada parecida a un aparcamiento, con algunos aparatos altos y cilíndricos diseminados por toda su superficie y, sobre ella, se encontraban los Revitalizados, conectados a esa especie de tubos como si fuesen goteros. Había centenares de ellos de pie, sin vida, a la intemperie y en la oscuridad solo perturbada por la luz de los faros, a los que no prestaron la mínima atención. Benjamin deceleró la marcha del coche y los contempló unos instantes sin poder remediar la mueca de horror que se formó en su rostro.

—Ahí tienes a tus nuevos hijos, Max, solo que estos no te llaman Creador. Tú no los creaste, solo juegas a ser el Conciliador con ellos. Todos lo hacemos.

—Benjamin, creí que nadie mejor que tú comprendía la importancia de lo que hacemos aquí y de los Revitalizados. Sin ti no hubiera sido posible —se lamentó el doctor.

—No creas que no lo sé y que no me arrepiento por ello. Míralos, Max, son ganado, son esclavos. Son algo peor, son esclavos que no tienen consciencia de serlo.

—Su vida había acabado, pero ahora sirven a un fin mayor, a algo más grande de lo que probablemente hubieran podido hacer ninguno de ellos. Ben, amigo mío, creo que deberíamos volver a la tienda. No creo que esto te haga ningún bien.

—Ni en sueños. No es esto lo que he venido a ver —dijo Benjamin, casi alzando la voz.

Bryar volvió a pisar el acelerador y continuó hacia el lugar del incendio. Dejó atrás la lúgubre escena de esa extensión de cuerpos sin alma nutriéndose artificialmente, inertes a la espera de una orden para volver al trabajo sin posibilidad alguna de negarse. Pasaron cinco minutos antes de que Maximilian volviese a pronunciar palabra.

—Benjamin, por el cariño que te profeso, por favor, no lo hagas. Da la vuelta y olvidemos todo esto —suplicó.

Pero el ruego del doctor Weber llegó tarde. Casi tan pronto como acabó de pronunciar sus palabras los faros del coche iluminaron un montículo en mitad del

camino de casi dos metros de alto y cuatro de ancho. Pequeños hilos de humo escapaban de su interior, indicando que en él aún ardían ascuas. Ben pulsó un botón en el frontal del vehículo y encendió la tira de luces que el todoterreno tenía en el techo para poder ver con claridad lo que tenían delante, y estas lo alumbraron como si fuese el escenario de un teatro. Ben tardó casi medio minuto en digerir lo que la luz había dejado al descubierto ante sus ojos. Bajó del coche sin apartar la mirada del montículo ni un instante y cuando el hedor del exterior le golpeó tuvo que taparse la nariz con la manga de su mono para evitar las nauseas. Weber, con la mirada gacha, hizo lo mismo y se apeó del todoterreno, pero él no parecía sorprendido. Benjamin Bryar consiguió por fin pronunciar palabra sin que le entrasen arcadas.

—¡Son cadáveres humanos! ¡Personas, maldita sea! ¡Debe haber al menos treinta! ¿Qué estáis tramando aquí? Por el Conciliador, ¿quiénes son estas personas?

—Son el lado oscuro de esta tierra, Benjamin. He vivido muchos años y he aprendido que, por mucho que pienses que conoces el mundo y que nada puede sorprenderte, siempre hay un lado todavía más oscuro. —La voz de Maximilian estaba llena de pesar.

—No lo entiendo, no consigo entenderlo —se lamentó Ben. No podía apartar su atónita mirada de la pila de cadáveres chamuscados—. ¿De dónde han salido? Se suponía que no quedaba nadie en los Estados Unidos, eso fue lo que nos dijeron siempre.

—Sí, eso fue lo que nos dijeron, y mintieron. El ser humano se aferra a la vida de una manera inusitada. Es muy difícil exterminarnos, aunque llevemos tantos siglos intentándolo. —Max, a diferencia de Benjamin, intentaba desviar la mirada del montículo—. Yo tampoco lo supe hasta hace unos meses, cuando el primer equipo de exploración llegó a la costa para comprobar la viabilidad del proyecto. Por supuesto, poco después tuve conocimiento de que Pascal lo sabía desde el principio.

—¿Pero qué clase de conspiración es esta? —preguntó Benjamin retóricamente—. La Federación tiene que estar al corriente de esto, no es posible que no lo sepan. ¡Hace treinta años del Día de la Masacre! Y los asiáticos, el mundo entero debe...

—El mundo entero no, solo quienes lo gobiernan —afirmó Weber—. Pascal dice que los supervivientes del Día de la Masacre en suelo estadounidense se convirtieron en una gran molestia para la entonces débil Unión Europea. Esta apenas pudo asumir la ingente cantidad de apátridas que en la Hora de las Bombas se encontraban fuera de los Estados Unidos, dispersados por el globo y que acudieron en masa al viejo continente para pedir auxilio y refugio. Las zonas no afectadas de Canadá se evacuaron un par de meses después con sus ciudadanos, igual que los pocos norteamericanos que no habían muerto por el ataque y habían conseguido cruzar la frontera. El país quedó casi desierto. Poco después se recibieron señales de socorro de diversas zonas de Estados Unidos, pero se consideró que una misión de rescate hubiese resultado demasiado cara y arriesgada debido a la radiación.

—Así que se dejó a su suerte a los supervivientes —sentenció Ben, con

impotencia en sus palabras.

—Sí, pero de un modo más cruel del que te estás imaginando. Como te he dicho, el ser humano es muy difícil de exterminar. No pasó mucho más tiempo hasta que una auténtica avalancha de refugiados comenzaron a llegar a la nueva frontera de México. El país había sufrido los efectos colaterales de las explosiones, teniendo que retirar su frontera decenas de kilómetros al sur, centenares en algunas zonas. Abandonó su zona norte y la península de Baja California y evacuó a todo el que pudo hacia DF. Todo el que quedó atrás corrió la misma suerte que sus vecinos del norte. La nueva frontera se vigilaba día y noche. El por aquel entonces Canciller Alemán Schroeder, quién ejercía de líder europeo en la crisis, fue consultado por el gobierno mexicano sobre como actuar con los refugiados norteamericanos. «Construyan un muro, en Alemania nos funcionó bien cuando no queríamos que los de un lado pasasen al otro», parece ser que fue la respuesta de Schroeder. Los mexicanos se lo tomaron al pie de la letra.

—Todo eso no explica la montaña de cadáveres que tenemos delante, Max — increpó Benjamin.

—Esa gente son las víctimas de lo ocurrido hace treinta años. Algunos de los pocos miles o decenas de miles, o quién sabe cuántos que quedaron atrapados en el yermo nuclear o que tuvieron la mala fortuna de nacer después de eso. Eran víctimas, pero con el tiempo se convirtieron en verdugos. Adaptarse o morir. La buena gente que sobrevivió se convirtió en ellos o cayó ante ellos. Todos los grupos que el equipo de seguridad encontró en la primera expedición les atacaron para intentar robarles sus víveres y sus armas. Trabajar con la posibilidad constante de un ataque de guerrillas no era factible, así que Pascal tuvo que elegir entre cancelar el proyecto o eliminarles conforme se les iba localizando. Su elección la tienes delante.

—Y tú lo sabías. Eres cómplice y yo también, aunque me lo hayáis ocultado. — Se acercó a la pila de cadáveres—. ¿Ves esas cuencas vacías, Max? — Señaló un cuerpo semi quemado aplastado por el peso de sus compañeros—. ¡Míralos! Pascal, tú, yo, ese maldito androide, ¡todos somos culpables de esto!

—Benjamin, no creas que acepté continuar con esto sin debate moral cuando supe lo que ocurría, pero nuestro cometido es demasiado importante. —Weber se acercó a su compañero, intentando evitar el contacto visual directo con el cuerpo al que señalaba—. No niego que también soy culpable y que deberíamos haberte informado, pero nunca pensamos que vendrías con nosotros hasta los Estados Unidos, y cuando lo decidiste temimos tu reacción. Mi conciencia está manchada, es algo con lo que tendré que vivir, pero a veces uno tiene que sacrificar todo en lo que cree si quiere formar parte de algo que es más grande que uno mismo.

—Me hablas de sacrificio delante de un pelotón de fusilamiento.

Ben Bryar se incorporó y miró fijamente a los ojos de Max Weber. Dudó unos instantes en si golpearle, increparle o sencillamente volver al coche y dejarle allí para que volviese por su cuenta hasta la tienda. No tuvo tiempo de decidirse, pues las luces

de varios vehículos aparecieron en el horizonte, dirigiéndose hacia ellos desde las afueras de New Hope.

—¡Son del equipo de seguridad! —exclamó Weber—. ¡No deberíamos estar aquí!

—El androide debe haberles avisado de lo que pretendía. ¡Qué ganas tengo de arrancarle los cables o la mierda que tenga por corazón!

—Volvamos cerca del coche y esperémosles con las manos levantadas. No creo que nos hagan daño —dijo Weber.

—Sí, vamos a volver al coche, pero no para esperarles. Vamos a largarnos —afirmó Ben.

—¿Qué estás diciendo?

—Puedes venir o no, pero decídelo ya.

Sin un segundo más de reflexión, Benjamin corrió los escasos veinte metros que le separaban del todoterreno y se subió al puesto del conductor. Comprobó, no sin una pizca de sorpresa, que Weber le había seguido, pues un instante después apareció en el lado del copiloto. Ben encendió el arranque, apagó manualmente todas las luces que se conectaron al poner en marcha el vehículo y de un volantazo sacó el coche de la carretera. Esperaba que la oscuridad de la noche americana jugase de su lado para pasar inadvertidos ante el equipo de seguridad. Era consciente de que ellos conocerían el terreno, por eso pensó que esconderse sería menos arriesgado que comenzar una persecución que no podía ganar. Apenas conseguía ver nada con las luces apagadas y el todoterreno no hacía más que saltar de uno a otro eje debido a los obstáculos que iban encontrando en el campo en el que se habían adentrado. Benjamin realizó un giro de noventa grados y las luces de los vehículos que les buscaban quedaron ahora a la derecha, muy cerca de llegar junto al montículo humeante. Weber se agarraba con fuerza a las asas de seguridad de su lado mientras preguntaba una y otra vez dónde se dirigían, pero no obtuvo respuesta alguna. Benjamin paró bruscamente el todoterreno, pisando a fondo el pedal del freno, y abrió la puerta para apearse.

—Baja del coche, Max, haremos el resto del camino a pie —le dijo a su compañero.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Allí —Benjamin señaló en dirección a una borrosa mancha frente a ellos, casi inapreciable entre la oscuridad—, nos mezclaremos entre los Revitalizados.

Sin dar opción a que Weber se negase comenzó a caminar los quinientos metros que le separaban del grupo de Revitalizados que habitaban silenciosos las afueras de New Hope. Su paso era rápido y el doctor apenas conseguía seguirle el ritmo. Cada pocos metros tropezaba con alguna piedra o cualquier otra cosa que apenas conseguía distinguir entre la penumbra del campo que atravesaban. Benjamin miró hacia atrás y comprobó que los vehículos del equipo de seguridad se habían detenido junto a la pila de cuerpos. No podía oírles hablar, pero estaba seguro de que les estaban buscando. Siguieron caminando hasta llegar a la zona asfaltada en donde se

desperdigaban los Revitalizados y se adentraron entre ellos. A Ben le parecieron incluso más numerosos que cuando los había visto desde el coche. Le resultó verdaderamente perturbador pasar junto a ellos, rozarse con sus cuerpos y no recibir ninguna respuesta, ninguna mirada, ningún gesto ni movimiento que cualquier persona realizaría al ser invadido su espacio vital. Se mantenían erguidos con los ojos abiertos, conectados a sus soportes que les limpiaban la sangre y nutrían su carne para que pudiesen seguir trabajando otro día más. Cuando Ben y Weber hubieron recorrido un buen tramo hacia el interior de aquel rebaño de esclavos se detuvieron y se colocaron de pie junto a un hombre de mediana edad con el pelo corto, oscuro y ralo, a un chico de poco más de veinte años con cicatrices en la cara, una mujer gruesa con media cabeza rapada y otra alta con el rostro cuadrado y moreno.

—No entiendo qué vamos a conseguir con esto, Ben. Tarde o temprano nos acabarán encontrando —afirmó Max—. Aunque tengan que esperar a que se haga de día verán el todoterreno y los Revitalizados volverán al trabajo.

—Quizá tengas razón, pero si nos buscan en otra dirección podremos coger el coche y volver a la tienda. Si no nos encuentran no podrán estar seguros de que hemos estado aquí.

—Cuando amanezca verán las marcas de los neumáticos al salirnos de la carretera —replicó Weber.

—Diremos que no sabemos nada. Esas huellas pueden ser de uno de sus vehículos mientras nos buscaban —contestó Ben—. Maldita sea, no puedo verles desde aquí.

—Todo esto es una locura, mi querido amigo, una locura —se lamentó Maximilian.

—No hables, Max. Quedémonos en silencio un rato y luego me acercaré al final del grupo para comprobar si siguen allí.

El silencio era tal que los dos compañeros solo alcanzaban a escuchar sus respiraciones. Los Revitalizados no emitían ningún sonido ni movían un músculo. Benjamin intentaba afinar su oído para descubrir cualquier ruido que le indicase que sus perseguidores se acercaban o alejaban de ellos, pero no consiguió oír ninguna prueba de ello. Pasaron un buen rato en la misma posición hasta que Weber comenzó a dejar de sentir las puntas de los dedos. Los cuerpos que les rodeaban no emitían nada de calor y el frío de la noche comenzaba a envolverles. Nada de eso importó un instante después, justo cuando Benjamin alcanzó a oír un leve susurro a sus espaldas, un sonido que le heló la sangre.

—¿Dónde estoy?

Benjamin, haciendo un esfuerzo sobrehumano para salir de la petrificación que le había producido el hecho, giró levemente la cabeza y comprobó en el desencajado rostro de su amigo que él también lo había escuchado.

—¿Por qué estoy aquí? —repitió la voz, con más fuerza y el indudable tono de una mujer.

Los dos compañeros se dieron la vuelta rápidamente al oír de nuevo la voz. La pregunta provenía de una silueta cinco filas de cuerpos por detrás de ellos. Lo sabían, porque si sus ojos no les mentían estaban contemplando a una Revitalizada mirando hacia las estrellas. Allí mismo, justo frente a ellos, entre todo aquel rebaño de esclavos sin alma con ojos muertos y sin emoción alguna, una pequeña figura de apenas metro sesenta de alto había erguido la cabeza para contemplar el firmamento nocturno mientras se preguntaba lo mismo que cada ser humano consciente se había cuestionado a sí mismo en algún momento desde el albor de los tiempos. Benjamin y Max corrieron hacia ella, apartando los cuerpos de los Revitalizados a su paso, los cuales no oponían ninguna resistencia. Llegaron junto a la figura y los ojos castaños de la muchacha se clavaron en los de Benjamin con un reflejo de sobresalto por la manera en la que los dos aparecieron frente a ella.

—¿Quiénes sois? ¡No me hagáis daño! —exclamó la joven.

—Tranquila, tranquila, somos amigos, no vamos a hacerte nada —intentó calmarle Ben.

La mujer tenía el pelo liso en un corte de media melena, del mismo color que sus ojos con forma almendrada, la cara redonda, mejillas esponjosas y un cuerpo menudo y fino que ahora mismo temblaba de desconcierto.

—No sé como he llegado hasta aquí —gemía ella—. Es de noche, no sé donde estoy y no se quién es toda esta gente. —Cada frase que salía de sus labios parecía aterrorizarle más, como si verbalizar sus miedos los convirtiese en realidad—. ¿Dónde están mis padres? ¿Por qué estoy conectada a esa cosa?

—Querida mía, puedes hablar —dijo Weber, más como sorpresa que como afirmación.

—Claro que puedo hablar. ¡Por el Conciliador! ¿Qué está pasando aquí? Tengo mucho miedo.

—No te asustes, querida, de verdad que vamos a ayudarte —insistió Max. Puso una mano en su hombro, a lo que la joven respondió retirando su articulación rápidamente—, tranquilízate. ¿No recuerdas nada? ¿No sabes qué es este sitio, ni qué es lo que ha pasado? Vamos a hacer una cosa, cálmate e intenta decirnos qué es lo último que recuerdas.

—¿Lo último que recuerdo? Veamos, estaba en el hospital, mis padres... estaban llorando... Oh, no, Conciliador, Conciliador, no. —El rostro de la muchacha se desencajó completamente, sus facciones suaves y redondeadas se tornaron la cara misma del horror más intenso que Benjamin había contemplado en su vida—. ¡No, no, no, no, no! Se apaga, se apaga... la luz se apaga, tengo miedo, frío, se apaga, ¡se apaga!

—¡Intenta calmarte, pequeña! —insistió Weber—. Ahora estás a salvo.

Pero la joven era incapaz de reprimir el terror que le producía su último recuerdo. Comenzó a moverse compulsivamente de un lado a otro sin que los dos pudiesen contenerle, sollozando hasta que consiguió arrancarse la vía que le unía al poste del

soporte de conservación. De pronto, se lanzó ambas manos contra el pecho y lo que encontró no hizo más que empeorar su ánimo.

—¿Por qué no respiro? ¡No respiro! ¡No respiro! —gritaba—. ¡No noto latir mi corazón! ¿Qué me está pasando?

Un último grito gutural surgió de su garganta como un agudo rugido de desesperación que se mantuvo en el aire durante unos segundos, inundando el silencio que gobernaba el valle momentos atrás. Ante el estupor de Benjamin y Maximilian la mujer volvió a quedarse inmóvil y callada, mirando al frente, y la vida de sus ojos se desvaneció tan rápido como había llegado. Un segundo antes un ser desesperado, ahora, una Revitalizada más. De nada sirvió que Ben le balancease con toda la fuerza que el shock había dejado en sus brazos. Aquella joven, de la que ni siquiera conocía el nombre, se había esfumado.

—¿Qué coño ha sido eso, Max? —preguntó Ben.

—Esa chica ha tomado consciencia por unos segundos —afirmó Weber, aún sorprendido—. Te prometo que no sabía que algo así podía pasar, ninguno lo sabíamos, si hubiese sido así yo nunca...

—Tenemos que entender qué ha pasado aquí.

—Sin duda, pero ahora debemos irnos. Volvamos al coche.

Benjamin y Weber apartaron a los Revitalizados una fila tras otra, abriéndose paso hacia el final del grupo para volver al todoterreno. Cuando consiguieron dejarles atrás de nuevo se encontraron en medio de la oscuridad del páramo. Corrieron en la dirección en la que pensaban que habían dejado el vehículo, pero no alcanzaron a descubrirlo cuando las luces de los coches del equipo de seguridad se encendieron de repente, rodeándoles. No les costó mucho darse cuenta de que no había salida posible, por lo que cesaron en su empeño de escapar y levantaron las manos en señal de rendición. Una sombra se dibujó sobre la luz de los faros mientras se acercaba a ellos.

—Un par de niños traviesos correteando por el campo —afirmó—. Me lo esperaba de ti, Benjamin, pero usted, Creador, he de admitir que me ha sorprendido. —La barbilla de esa sombra brilló justo antes de que estuviera lo suficientemente cerca de ellos para que pudieran comprobar que se trataba de Jules—. Como comprenderéis, me he visto obligado a informar al señor Pascal de vuestra escapada nocturna, y he de informaros que no le ha hecho demasiada gracia. Te lo advertí, Benjamin, y no me hiciste caso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ben, desafiante.

—Bueno, ahora todo va a ir mejor. —El androide casi se relamió cuando pronunció esas palabras—. Creador, le informo que, desde este momento, queda relevado del mando de la expedición. Seguirá trabajando en el proyecto, pero bajo las órdenes del nuevo líder, yo. —Jules no intentó ocultar la sonrisa de satisfacción que le producía saberse al cargo—. En lo que respecta a ti, Benjamin, quedas arrestado. No saldrás de tu habitación del Palacio de Cristal sin la supervisión de un miembro



del equipo de seguridad, y volverás a la Federación tan pronto como llegue el próximo transporte.

Volver a la Federación, una idea que habría encantado a Ben una hora atrás. Ahora era algo que no podía permitir, no hasta descubrir qué había pasado con la joven Revitalizada.

## Lo viejo y lo nuevo

*Gracias y felicidades por tu nueva suscripción a G-Music, una división de G-Corp.  
Te damos la bienvenida al servicio musical más increíble jamás concebido.*

*G-Music posee los derechos intelectuales de todas las canciones compuestas así  
como los registros vocales de los artistas más famosos de todos los tiempos.*

*¡Las posibilidades son ilimitadas!*

*Imagina «Let it Be» en la voz del inolvidable Freddie Mercury a ritmo de jazz, uno de  
los clásicos del Rey del Rock interpretado por Lady Gaga o a la leyenda Chris  
Martin versionando a Frank Sinatra en clave pop.*

*Simplemente elige canción, intérprete y estilo musical y G-Music lo hará realidad.*

*¡Deja de imaginar y lázate a crear la música tal y cómo la deseas!*

*Pero antes, pasemos unos minutos configurando tu cuenta...*

Pantalla de bienvenida al servicio G-Music, una división de G-Corp.  
Todos los derechos reservados.

\* \* \*

Un solitario foco se encendió en la oscuridad, una luz vertical como venida del aliento del propio Conciliador, y alumbró a Nicoletta Braco. Los espectadores, sentados en sus butacas en el colosal Teatro Federal de Praga, mantenían un silencio tan uniforme y profundo que podía oírse a las aguas del río Moldava arrastrarse por su caudal a unas pocas decenas de metros en el exterior. Si alguien pensó que la Casa de la Conciliación sería una religión pasajera, si atisbó una nueva separación entre la Fe y el Estado o creyó que la humanidad se libraría alguna vez de la oscura capa de superstición que la abriga y la somete a partes iguales, ese alguien sabría esta noche que no podía estar más equivocado. Un solitario foco se mantuvo encendido entre la oscuridad, una luz vertical, el aliento mismo del Conciliador que iba a manar de la boca de su nueva paladina, Nicoletta Braco.

—¡He sacrificado mucho para llegar hasta aquí! —gritó la Hermana. Levantó el brazo y mostró su muñón aún vendado para que todos pudiesen contemplarlo—. Mucho para poder presentarles a ustedes lo que hoy van a poder ver. ¡La prueba viviente del Conciliador en la Tierra!

El público estalló en un atronador aplauso que pareció extasiar a Nicoletta. Tras recibirlo con entusiasmo comenzó a pasearse por el escenario, seguida en todo momento por el foco cenital.

—Mucho he tenido que sacrificar, ¡y hubiese sacrificado más si el Conciliador así lo hubiera querido! Pero Él es benévolo y nunca pide más de lo que da. Os aseguro que he tenido que enfrentarme a mentes estrechas y obnubiladas de amigos y

enemigos que intentaron hacerme desistir de mi misión porque no creían lo suficiente en ella. He tenido que luchar, incluso poniendo en peligro mi vida, para poder hacer realidad este momento, pero si tuviese que hacerlo cien veces más y perder otras cien manos lo haría, ¡porque el Conciliador es el único y verdadero Dios y su obra está aquí esta noche gracias a mí, su más fiel y devota sierva en este mundo! Las religiones antiguas, con sus dogmas depravados y sus mentiras inculporias nos hicieron creer durante siglos que no éramos lo suficientemente buenos para recibir una prueba clara e irrefutable de la existencia de sus dioses. Solo podíamos adorar a falsos mesías y profetas charlatanes. Nuestros soldados aún batallan hoy en las tierras de Asia Menor para librar al mundo de la barbarie de los que no quieren conocer la Fe Verdadera. Esta noche estoy aquí para que las dudas se disipen, no habrá resquicio en vuestras almas para ella cuando contempléis al mismísimo Hijo del Conciliador canalizar la gloria de su Padre a través de él y hacerla patente ante vuestros ojos. — Nicoletta se colocó en el centro del escenario, preparándose para la gran presentación que llevaba esperando toda la vida—. ¡Y os juro por mi sitio eterno junto al Conciliador que no acabará esta noche sin que gimáis alabando su nombre entre lágrimas de dicha! ¡Aquí tenéis al Hijo del Conciliador!

Un aplauso todavía más ensordecedor que el anterior retumbó entre todas las paredes del teatro mientras el resto de las luces del escenario se encendían. Nicoletta tenía al público metido en el bolsillo. Su presencia, seguridad y la forma de orquestar su discurso podían ser polémicas, pero sin ninguna duda eran eficaces. Como en muchos otros momentos en la historia de la humanidad, los discursos duros y de corte totalitarista volvían a funcionar. «Quizá simplemente sea nuestra naturaleza, ovejas que se dejan guiar por lobos», pensó el Hermano Tom mientras aparecía en el escenario con el pequeño Seymour de la mano. Su mortal herida estaba curada, pero había dejado una cicatriz en su cuello.

—Este es el Hermano Tom —afirmó Nicoletta, con desdén en sus palabras—. Él ha sido mi asistente durante muchos años. Sin embargo, fue uno de los que dudó de mi fe y puso en peligro que todos vosotros pudieseis conocer la Verdad esta noche. Por eso, os pido para él un sonoro abucheo.

El público aceptó el órdago de la Hermana Braco y comenzaron a abuchear a Tom, que bajó la cabeza resignado y se retiró del escenario. El pequeño estaba tranquilo y tenía buen aspecto. Lucía el pelo recién cortado y peinado hacia atrás con algún tipo de gomina que hacía brillar sus cabellos negros bajo los focos, las mejillas sonrosadas y una pequeña clámide parecida a la que vestían el resto de Hermanos, pero con ribetes dorados en las mangas y en el cuello. Nadie podía sospechar que bajo aquella impoluta apariencia se escondía un niño exhausto y torturado durante las últimas semanas. El maquillaje tapaba sus ojeras y su tez pálida. Los pequeños auriculares en sus oídos eran inapreciables para el público, pero cumplían con eficacia su doble cometido. Por un lado, le aislaban del ruido del teatro, como las anteojeras de un caballo asustadizo impiden que entre en pánico por el

mundo que le rodea y del que se encuentra absorto. Por otro lado, servirían para emitir en el momento justo la combinación del pulso binaural y la voz de su madre que durante las últimas semanas los Hermanos Hauser y Tobías habían perfeccionado. Tal gesta se había cobrado un precio muy alto en el pequeño, pues las sesiones de prueba, ensayo y error se habían repetido un día tras otro sin descanso. Si bien no resultaban dolorosas como los experimentos con neuroestimuladores las horas se hacían interminables y las drogas a las que le sometían para apaciguar su ánimo y minimizar efectos no deseados por su exposición a las masas nublaban su ya menguada percepción. El muchacho se había convertido en un títere de la Casa y, sin embargo, allí estaba luciendo un aspecto imaculado gracias a los prodigios de la estética y el maquillaje. Al parecer, Seymour no era el primero en obrar milagros esa noche.

Tras el éxito del experimento con el Hermano Tom la maquinaria de la Casa de la Conciliación se había puesto en marcha con Nicoletta Braco a la cabeza. No pasaron ni dos días cuando el Consejo de las Madres y los Padres aprobó que se comenzase a publicitar en cada rincón de la Federación que la prueba irrefutable de la existencia del Conciliador se había materializado en la Tierra. Se programó una gira para mostrar el don de la Excepción con la intención de consolidar la Fe y recuperar la influencia perdida en la Federación desde la muerte del Gran Ministro Schroeder. Praga, como sede de la Casa, fue elegida como primer destino, pero después vendrían Milán, Lyon, Viena, París, Londres, Brujas, Amsterdam, Copenhagen y Munich, última gran parada del tour en la que toda la cúpula del gobierno estaría presente como invitados de honor. Todo estaba preparado para una gira triunfal, pero para que eso fuese posible era necesario que la noche saliese a la perfección. Nicoletta lo sabía y tenía preparado un gran espectáculo para su público. Mientras ella, con el pequeño Seymour a su lado, le presentaba y se vanagloriaba una vez más de ser la responsable del descubrimiento del niño, Jacobo Batiste se mantenía firme y con gesto serio entre bambalinas. Las dudas acerca de si su decisión había sido acertada o no seguían aumentando en su interior. Era una sensación a la que no estaba acostumbrado, hasta tal punto que no estaba seguro de si suponía una ofensa hacia el Conciliador. Desde que llegó a Praga había establecido un vínculo emocional con el pequeño Seymour como no había experimentado desde su niñez, antes de comenzar su instrucción para Redentor. Sus deseos nunca le habían importado, pues su único cometido en el mundo había sido servir a los designios del Conciliador desde que el Hermano Lucas le rescatase de la orilla de la putrefacta Albufera de su tierra natal hacía ya tantos años, pero ahora, por primera vez desde entonces, algo en sus entrañas se removía al observar la marioneta en la que la Casa había convertido al pequeño Seymour Bean. Ansiaba con todas sus fuerzas rescatarle de todo aquello y devolverle al regazo de sus padres, que seguían paseándose por los platós de los Media reclamando la vuelta de su hijo. «¿Cómo puedo desear eso si el Conciliador ha hecho patente su poder mediante el muchacho?», se preguntaba constantemente. Negar esa prueba al mundo

hubiese sido como negar a su propio Dios. Por enésima vez en las últimas semanas estuvo tentado de colocar su pistola en su sien y redimirse a sí mismo por la debilidad que mostraba al tener dudas, pero como en las demás ocasiones se contuvo, no por miedo a la muerte, si no por fidelidad al propio Conciliador. En lugar de eso, cerró sus dorados ojos e intentó obviar toda la información que las Omnilentes le presentaban justo delante tuviera sus párpados abiertos o no, focalizándose solo en el juramento que realizó mucho tiempo atrás y por el que debía permanecer fuerte pese a sus dudas.

«Por mi cuerpo, mis huesos, mi sangre y mi alma juro defender las leyes de la Casa de la Conciliación, morada del Conciliador, único y verdadero Dios de la humanidad. No habrá piedad ni misericordia en mí para aquellos que osen desviarse del camino. Allá donde estén estaré yo, y les redimiré a través del fuego y el acero. Sin tregua, sin descanso, sin la menor de las dudas magullaré mi cuerpo, quebraré mis huesos y derramaré mi sangre, porque mi alma es tuya. Soy el ejecutor de tus deseos, el guardián de tus normas, el garante de tu honor. Yo soy tu Redentor».

Pero al abrir los ojos allí estaba de nuevo, ese inocente niño tan parecido a él, tan ausente, tan diferente, tan especial... tan peligroso, y las dudas volvían. Nicoletta parecía estar acabando su interminable discurso de autosuficiencia. Una cámara dron de G-Media sobrevolaba el escenario intentando conseguir los planos más espectaculares posibles. Resultaba curioso que ellos, que cada día mantenían a Heather y Roger en antena con entrevistas, reportajes, debates y charlas de tertulianos fuesen también los que se encargarían de televisar la gira de la Excepción pero, en un mundo monopolizado por una Corporación, si la Casa quería publicidad tenía que tragarse su orgullo y acudir a los únicos que tenían la capacidad de hacerles un hueco en *prime time* en cada hogar de la Federación. Además, la historia de los Bean, aunque estaba teniendo un gran impacto, era seguida principalmente por canales para consumidores, por lo que entre los ciudadanos su drama no había calado tan hondo, mientras que la Gira de la Excepción sería retransmitida para todos los públicos. La Casa de la Conciliación sabía que pese a ser minoría la opinión de los ciudadanos tenía una repercusión muy importante en la sociedad por los puestos que ocupaban en ella, por lo que tenía la esperanza de que una valoración positiva de este colectivo ayudaría a minimizar los daños que los progenitores de Seymour estaban causando a su imagen.

—Ha llegado el momento de que comprobéis con vuestros propios ojos de lo que es capaz la gracia del Conciliador. Las personas que vais a conocer ahora han sufrido mucho por el destino, el azar o el odio de nuestros enemigos, pero esta noche verán recompensada su fe con el Don del Conciliador canalizado por la Excepción. ¡Pasen, hijos de la Conciliación!

El público estalló en aplausos mientras tres personas aparecían en el escenario y Nicoletta Braco les presentaba. El primero de ellos era un veterano de la Guerra de la Conciliación llamado Johannes Goth. Hacía más de diez años que fue herido por un proyectil de los renegados en Qatar y había perdido la movilidad en las piernas y quedado postrado en una silla de ruedas. Era un tipo apuesto, con el pelo corto al estilo militar y con facciones duras y orgullosas. Tras él apareció Stephanie McGruff, una consumidora gruesa de piel rosa y tirabuzones castaños que había perdido la visión un par de años atrás tras un accidente con químicos en el almacén farmacéutico del G-Market en el que trabajaba en Bristol. A esta le acompañaba del brazo el último «paciente» de la noche, un joven de no más de veinte años llamado Emilio Maggio, diagnosticado de leucemia y al que la quimioterapia no había hecho efecto y carecía de donante de médula, por lo que su última esperanza estaba depositada en los poderes del pequeño Seymour. Estaba muy delgado, había perdido el pelo y dos ojeras moradas colgaban de sus ojos como dos profundas tumbas. En un principio la Hermana Braco se había mostrado reacia a la elección de Maggio para ser uno de los elegidos de la noche, pues creía que su cura sería poco espectacular de cara al público, pero Maggio tenía la suerte de ser sobrino del Hermano Tobías que, en coalición con Hauser, habían insistido mucho hasta que inesperadamente Nicoletta aceptó y el chico pudo viajar a Praga con una renovada esperanza. Por supuesto, el espectáculo estaba planeado sobre seguro, pues durante las semanas que le precedieron se hicieron pruebas con personas con dolencias similares, siendo todas ellas un éxito. La Hermana Braco ordenó a Johannes Goth que se acercase a ella y colocó las manos del pequeño sobre el regazo del soldado, pidió silencio al público y metió su única mano en el bolsillo de su clámide. El público estaba entregado y expectante, y bajo la apariencia impertérrita de Goth se podía percibir nerviosismo por la forma en la que su caja torácica recibía y expulsaba el aire de sus pulmones. Nicoletta atrapó entre sus dedos el pequeño dispositivo, parecido al disparador remoto de una cámara fotográfica, y apretó el botón que conectaba en los auriculares de Seymour la grabación preparada. El niño hizo un leve gesto con su embotada cabeza cuando intuyó el pulso binaural y la voz de su madre. Quiso llamarle, pero sus sentidos estaban demasiado anestesiados para que ni tan siquiera pudiera emitir palabra alguna. En el laberinto casi infranqueable que era su mente autista las drogas eran una pesada losa que eliminaban las pocas posibilidades que tenía de comunicarse con el mundo. Todas menos una, la forma más bella de comunicación jamás concebida, convertir amor en cura, aunque el amor fuese artificial y la cura espectáculo. Goth comenzó a sentir una extraña y gozosa sensación en sus adentros y la impresión hizo que se agarrase fuerte a los reposabrazos de su silla. Era algo parecido a un calor reconfortante, como el abrazo de una madre.

—Hijo, lo sientes, ¿verdad? ¿Puedes explicárnoslo?, ¿puedes encontrar las palabras? —requirió Braco, con una inusual amabilidad en su voz.

—Es... es... es como tener al Conciliador dentro —acertó a decir Johannes,

extasiado.

—Nadie podría haberlo descrito mejor —pidió la Hermana—. ¡Levántate pues, levántate y anda y muéstrales a todos la gloria del único y verdadero Dios! —Braco volvió a su estilo agresivo y populista—. ¡Acepta su regalo y ponte en pie!

El dron cámara se colocó grácilmente tras Johannes Goth para captar un impresionante plano de su figura con todo el público mirándole y lo consiguió pues, un segundo después de estabilizarse, el soldado movió su pierna derecha y la posó firme en el suelo. Asombrado ante su gesta repitió la operación con su otra extremidad y se irguió frente a la multitud, la cual enloquecida de júbilo le jaleaba. La Hermana Braco parecía poseída, moviéndose de un lado a otro del escenario mientras reclamaba que los asistentes se rindieran a la evidencia materializada frente a ellos. El pequeño Seymour, absorto en sí mismo, era el único que no participaba en la epifanía colectiva. La señora McGruff, que no podía ver nada, parecía pedir a su acompañante que le describiese la escena, pero Maggio estaba demasiado bloqueado contemplándola para prestar oídos a su compañera. Sus ojos brillaban con la esperanza de alguien que vislumbra un nuevo horizonte cuando ya había aceptado la muerte. Pasaron varios minutos hasta que por fin el público se calmó y la demostración pudo continuar. Goth aún paseaba por las tablas mirándose las piernas y tocándolas con incredulidad. Llegó el turno de la señora McGruff y la escena se repitió casi sin diferencias. Braco pidió a la mujer que se pusiese de rodillas y colocó las manos de Seymour en sus ojos. Sabía que era innecesario, pues habían comprobado que lo único que necesitaba el pequeño era algún tipo de contacto físico, pero Nicoletta había insistido en que resultaba más impactante de aquella manera. Los ojos de McGruff se abrieron cuando las manos del niño se retiraron y contemplaron el mundo después de mucho tiempo, se empañaron con lágrimas y los espectadores respondieron como minutos atrás. Nicoletta estaba embriagada por cómo estaba desarrollándose la noche. Por último, Emilio Maggio dejó que Seymour le impusiese las manos. Gritó y se lanzó de bruces al suelo cuando la vida le inundó de nuevo, limpiándole del cansancio y la desesperación que se habían hecho con él. Los aplausos y vítores del público fueron más escasos que en las dos anteriores demostraciones. Nicoletta agradeció a los tres sujetos su presencia y les despidió del escenario. El espectáculo estaba a punto de acabar, pero no quería irse sin dejar su marca personal una vez más.

—Ya lo habéis visto. Todos lo habéis comprobado —afirmó, rotunda, Nicoletta—. No puede haber ninguna duda de que este niño es el Hijo del Conciliador. Nadie más que Él podría haber engendrado un poder así. Es posible que hayáis visto a una lamentable pareja arrastrarse por los canales para consumidores de los Media reclamando... ¿Reclamando qué? —dijo, alzando la voz—. No pueden poseer lo que no les pertenece, la Excepción solo pertenece al Conciliador, a Él y a sus fieles devotos. ¡Han estado escondiéndonoslo durante diez años!, ¿y qué quieren ahora?, ¿seguir haciéndolo? ¿Es que la buena gente de la Federación no tiene derecho a

recibir este divino don?, ¿no estáis conmigo? —La grada respondió con un fuerte aplauso—. Ya lo sabéis, no prestéis atención a los que están en contra del Conciliador porque solo encontraréis el aplastante peso de la Verdad sobre vosotros. ¡Muchas gracias por estar aquí esta noche y ser testigos de nuestra revelación! Que el Conciliador os guíe.

Las luces se apagaron y Nicoletta se retiró del escenario junto al pequeño Seymour entre los vítores y alabanzas del entregado público. Una vez dentro de bambalinas, el Hermano Tom recogió la mano del niño y le llevó a un camerino, con el Redentor siguiendo sus pasos. Braco se encaró a los Hermanos Tobías y Hauser, que se encontraban allí por si hacía falta alguna corrección de última hora en el audio de Seymour.

—¡Maldita sea, no debí haceros caso! —gritó Nicoletta—. ¿Habéis visto la reacción ante la cura de tu estúpido sobrino? No podría haber sido más fría. Por poco arruina toda la función.

Poco pudieron contestar los dos hombres ante las críticas de la Hermana, pues sabían que cualquier argumento que le diesen, por muy humanitario que fuese, solo desembocaría en un puñado de insultos por su parte.

Mientras Nicoletta gritaba a sus subordinados, muy lejos de allí Roger Bean volvió a la habitación del hotel Royal Horseguards de Londres, la cual ocupaba junto a su mujer como dos perfectos extraños. Jimmy Valois le acompañaba, el abogado y él mismo habían tenido que ver la primera parada de la gira de Seymour en la habitación de Valois, ya que Heather se había negado por completo a hacerlo. Cuando abrieron la puerta, la mujer de Roger se encontraba ensimismada toqueteando el panel del majestuoso escritorio que coronaba una habitación a la que no le faltaban lujos. Todo era poco para la pareja que estaba consiguiendo tantas nuevas suscripciones a canales de pago para consumidores. G-Corp les estaba cuidando, pero el precio que ellos pagaban era infinitamente mayor que el de cualquier *suite* de hotel. Después de Glasgow vino Birmingham, Manchester y ahora pasaban unos días en Londres mientras la central de G-Media en las islas británicas hacía un reportaje del día a día de los Bean. El Royal Horseguards era la única zona franca de la que podían disfrutar, ya que nada más cruzar las puertas de su recepción les esperaba un equipo completo de televisión que les seguía allá donde fueran. Dentro de un par de días cruzarían el Eurotunel y viajarían hasta París, donde su particular cruzada de lamentos y lágrimas continuaría con la cada vez menos probable esperanza de que la Casa cediese a su periplo mediático y les devolviese a su hijo. Heather Bean parecía haber enloquecido. Sin haber perdido todavía su carácter pasivo e introvertido su comportamiento en los últimos tiempos se había emponzoñado como un trapo enganchado entre los barrotes de una alcantarilla, y pasaba la mayor parte del día delante del panel que tuviese más cerca charlando con desconocidos a través de los Musichats que G-Music había convertido en algo tan popular desde hacía unos años. El servicio era simple pero imaginativo. Al abrirlo en el panel, comenzaba a emitir



una canción seleccionada según los gustos del usuario y modificaba el género y el artista de igual manera o bien dejaba elegir manualmente lo que se deseaba escuchar. Cuando la música ya estaba activa se emparejaba a otro usuario al azar que compartiese los gustos musicales y, mientras disfrutaban de una solitaria sesión musical cada uno en su madriguera, podían charlar de lo que quisiese que se hablase con un perfecto desconocido. Roger Bean jamás tuvo interés en un servicio como los Musichats, pero había oído en el trabajo sobre gente que incluso abría uno para enlazar con alguien y ni tan siquiera hablar, simplemente saber que había un ser humano al otro lado escuchando lo mismo, una pequeña y estéril muestra de rebeldía ante la individualización salvaje que había devorado al mundo.

—Hola cariño, ya ha terminado —dijo Roger.

Estaba plantado en mitad de la habitación, con Valois tras él. Eran casi las once de la noche y el tic-tac de las contundentes saetas del reloj de pared fue la única respuesta que Roger Bean recibió. Heather le había oído pero no quería escuchar nada acerca del espectáculo que su hijo había protagonizado esa noche. Su silencio, su actitud, los Musichats, todo ello era la forma que tenía de evadirse de una realidad que no soportaba, pero Roger no aguantaba el calvario de ver como perdía a su mujer, aunque era un hombre fuerte y estaba acostumbrado a no esperar mucho de la vida.

—Seymour tenía buen aspecto —afirmó Jimmy Valois.

Lanzó sus palabras al aire y se escondió tras los anchos hombros de Roger por miedo a desatar un vendaval. Roger tenía la secreta convicción de que su hijo había sido drogado de alguna manera, pues no veía cómo podía el chico haber mantenido la calma de tal manera ante una muchedumbre enloquecida como la del teatro, pero se guardó para sí sus conjeturas, ya que no podrían haber ayudado en forma alguna.

—Lo ha hecho, cariño —dijo Roger. Habló como quien deja caer un bloque de cemento sobre el suelo, pesado y ruidoso—. No sé como lo han logrado, pero han conseguido controlar lo que hace Seymour. Ha curado a un inválido, a una ciega y a un terminal delante de todos.

—Por mí todos los terminales del mundo pueden morirse esta noche —espetó Heather sin apartar la mirada del panel—. Quiero a mi hijo conmigo. No quiero saber nada más de ese maldito esperpento.

—De acuerdo —contestó simplemente su marido.

—Heather... —se atrevió a decir Valois aún escondido en la sombra de Roger—. La evidencia de esta noche puede debilitar nuestra influencia en la Opinión Pública. Para ellos ha sido un éxito y es posible que haya gente que empiece a simpatizar con su visión. ¡Por el Conciliador!, están curando a gente en directo.

El abogado esperó por una respuesta que no llegó a producirse. Por el contrario, Heather volvió a concentrar su visión en el panel que tenía delante.

—Heather —dijo Roger, intentando volver a captar su atención—, estamos a finales de noviembre y con todo esto aún no hemos gastado suficiente dinero. Ha sido un día duro, ¿por qué no salimos de compras?

—No me apetece —respondió escuetamente.

—Vamos, nos distraeremos un poco y llegaremos a la cuota de gasto, no quiero que nos la suban —insistió él.

—La maldita cuota de gasto me trae sin cuidado. Que se queden con todo nuestro dinero.

—Sería bueno que los Media os viesan pasear juntos, Heather —inquirió Valois—. Ya he recibido quejas de los productores por tu poca participación en el reportaje sobre vuestro día a día.

—¡Os he dicho que no quiero escuchar nada más! —Se enfureció—. ¡Dejadme, dejadme sola!

—Está bien —claudicó Roger—, pero yo voy a salir. Como he dicho, hay que gastar Feds. No te pases toda la noche frente al panel. Por favor, descansa un poco.

Los dos hombres salieron de la habitación con la impotencia de no haber podido hacer entrar en razón a Heather. Roger, que se colocaba el abrigo que acababa de coger del perchero junto a la puerta, ofreció a Jimmy Valois si quería acompañarle, pero este se excusó alegando que estaba cansado. Sin nada más que hacer allí, cada uno tomó su rumbo y el abogado desapareció cuatro puertas más allá en el pasillo mientras Roger Bean esperaba el ascensor. Cuando llegó al *hall* pudo comprobar como el recepcionista y un par de huéspedes que charlaban en los sillones de la entrada le dedicaban miradas furtivas. La aparición de Seymour en televisión les había puesto aún más en el punto de mira. Era algo que Roger esperaba, aunque no le agradaba en absoluto. Nada más cruzar la puerta hacia el exterior, un equipo compuesto por un cámara, una periodista y un par de sujetos más que revoloteaban entre ellos y que Roger no tenía muy claro cual era su cometido se abalanzaron sobre él como un enjambre de abejas ataca a un intruso que se acerca a su colmena.

—¡Señor Bean, señor Bean! —reclamó la periodista—. ¿Ha visto la actuación de su hijo hoy? ¿Que opina al respecto?

—Buenas noches —comenzó. Se mantuvo todo lo sereno que pudo, aunque estaba claro que solo a él le importaban las formas—. Sí que lo he visto, y no porque estuviese interesado en lo que la Casa de la Conciliación o esa horrible mujer quisiesen contarnos, si no simplemente porque quería ver a mi hijo.

—El pequeño Seymour ha obrado varios milagros hoy en directo y las reacciones no se han hecho esperar —continuó la periodista. Parecía que la respuesta de Roger le interesase menos que lanzarle su siguiente cuestión—. ¿Qué les diría a los que ya han opinado que no puede desperdiciarse un poder así y que tanto su mujer como usted actúan egoístamente al querer negárselo a los demás?

—Les diría... —La pregunta había molestado a Roger, que tuvo que contenerse apretando los puños para no contestar como le habría gustado—. Les diría que egoísmo es arrancar a un niño autista como es mi hijo de los brazos de sus padres, que le quieren muchísimo, —la voz de Roger se quebró un instante—, para exponerle así. No, no es egoísmo, es algo peor. El sitio de mi niño es conmigo y con su madre.

Ahora, si me disculpan, estamos a final de mes y debo ir a cumplir con mi deber como consumidor.

—De acuerdo, Roger, tenemos suficiente —dijo la reportera mientras bajaba el micrófono—. Ha estado muy bien. Déjeme decirle que personalmente entiendo el calvario que deben estar pasando. Mi hermana tiene un hijo y mi pequeño sobrinito es la luz de mis ojos.

—Muy bien, gracias —contestó Roger. Estaba irritado por la comparación de la mujer.

—Ahora le dejamos que haga sus recados tranquilamente. Le seguiremos a unos metros de distancia, pero no debemos interactuar entre nosotros, ¿de acuerdo? Avisaré a otro equipo para que haga guardia por si su mujer decide salir mientras estamos fuera.

Roger Bean se limitó a asentir con la cabeza y en un par de minutos se encontró cruzando Trafalgar Square con su séquito mediático. La gente se le quedaba mirando a su paso. Pese a que la noche era fría y lloviznaba, las calles de Londres se encontraban activas y bulliciosas bajo las luces de las farolas. Roger recordaba los tiempos de su niñez, ya en Europa, cuando los comercios cerraban apenas el sol comenzaba a ocultarse tras el horizonte. Conforme G-Corp fue haciéndose con el monopolio de cada uno de los sectores esa época llegó a su fin y fue sustituida por la política de abierto hasta altas horas. Cuando el sistema Neocapitalista se instauró los hábitos de consumo de los habitantes de la Federación cambiaron. Pese a que Munich era la capital gubernamental del país, Londres y París compartían el privilegio de ser las abanderadas de la economía. Unos años atrás, la Corporación había tomado la iniciativa de que los comercios de las dos ciudades estuviesen disponibles las veinticuatro horas del día. Desde entonces no era raro ver a alguien comprando lo que fuese a la hora que fuese. Todo disponible en cualquier lugar, en cualquier momento. Personas de todos los rincones del Mundo Libre llegaban hasta allí para disfrutar del turismo basado en el gasto desenfrenado. Con la cabeza gacha, evitando mirar a los ojos a los transeúntes por miedo a ser reconocido, Roger subió por Charing Cross en dirección al G-Market de Leicester Square. Mientras caminaba intentaba pensar en qué podía comprar para alcanzar la cuota del mes. Habían pasado casi todo el tiempo alojados en el hotel de una u otra ciudad y, aunque Heather y él se habían negado a cobrar nada por las entrevistas para no dar una imagen equivocada, G-Media pagaba el alojamiento y sus dietas, por lo que apenas habían tenido que comprar nada. Su jefe en el almacén había recibido órdenes de darle a Roger vacaciones pagadas durante todo el tiempo que necesitase hasta que el tema de su hijo se esclareciese. Al fin y al cabo, su empresa y los Media pertenecían a la misma persona, y en ese momento el señor Bean resultaba mucho más rentable en pantalla que cargando cajas de un lado a otro. No obstante, su cuota de gasto permanecía vigente. Tanto Heather como él eran personas austeras, y casi cada mes acababan comprando objetos que no necesitaban para no ver su cuota aumentada, pero este noviembre iba a ser

especialmente difícil cumplirla sin llenar la habitación de todo tipo de trastos inútiles. Pocos minutos después, y sin todavía una idea clara en la cabeza, alcanzó Leicester Square y se adentró en el local de la Gran G con el cámara, la reportera y los dos zánganos revoloteadores a cuestas. Cogió uno de los carros de la fila de cajas y comenzó a deambular por los pasillos. Iba empujando al carro todo aquello que le parecía remotamente interesante, como quién tumba un castillo de naipes. Bombones, chokolatinas, algunas bebidas, productos de aseo... Pronto se dio cuenta de que con aquella clase de productos tardaría una eternidad en alcanzar el dinero necesario. Sacó su SmartPad del bolsillo y comprobó el saldo de su cuenta. Casi maldijo en voz alta en el momento en el que vio que debía gastar casi cinco mil Feds. Cuando guardó de nuevo su dispositivo en el bolsillo descubrió que uno de los zánganos escrutaba el interior de su carro mientras tomaba apuntes.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó Roger.

—Apunto los productos que está comprando —respondió con voz aguda el tipo—. Por favor, no interactúe con nosotros. Haga cómo que no estamos.

Roger suspiro, tenía ganas de beberse un botellín de cerveza de un trago y romper el vidrio en la cabeza de ese muchacho pecoso y delgado que curioseaba en su compra como un mapache en la basura. Reprimió su deseo y continuó deambulando de pasillo en pasillo, repitiendo el desgano gesto de colmar su carro de cosas que no necesitaba y apenas quería. Se adentró en la sección de tecnología con la esperanza de ver algún nuevo producto que fuese caro y le acercase a su objetivo, pero solo acabó comprando unos auriculares. Pese a que cogió los más caros, no era suficiente. Casi estaba decidido a tirar la toalla cuando vio en uno de los extremos de la tienda una zona de instrumentos musicales. Se acercó y encontró justo lo que estaba buscando, su salvación. Allí, entre unos cuantos saxofones, una batería, un par de trompetas doradas y unos teclados de cinco escalas, habían un puñado de guitarras acústicas. Roger las observó y comprobó su precio. Curioseó detenidamente una de ellas de estilo Les Paul, con un precioso color caoba en el cuerpo y negro con toques de marfil en el mástil. En su etiqueta se podía leer «edición especial» además de su precio, cuatro mil cuatrocientos noventa y nueve Feds. Era una guitarra preciosa y excepcionalmente cara. Cualquier otro mes Roger Bean no habría podido permitírsela sin recurrir a los pocos ahorros que las cuotas de gasto permitían a los consumidores, cosa peligrosa, ya que no eran pocos los que lo habían perdido todo por un cúmulo de imprevistos, de gasto excesivo o simplemente de mala suerte, pero ahora esa guitarra tenía un doble valor para él. Por un lado, le iba a permitir gastar lo suficiente y, por otro, esperaba que a Heather le hiciese ilusión y levantase un poco su ánimo. Su mujer era una gran guitarrista, aunque en los últimos años hubiese dejado un poco de lado su pasión, y no había traído consigo su instrumento durante el viaje. Esa guitarra sería una gran sustituta de su vieja pieza. Sin pensarlo más, Roger desenganchó el mástil de la pared y añadió el objeto al carro. Conforme con su aventura consumista se acercó a la cola de cajas y esperó su turno entre nuevas miradas de las personas

que aguardaban delante y detrás de él. Cuando le tocó el turno, el cajero comenzó a escanear uno a uno los productos de su carro, pero algo llamó la atención de Roger.

—Cómo podemos ver, el señor Bean ha decidido salir de compras después de ver la actuación de su hijo esta noche. —La periodista estaba grabando justo detrás de la línea de cajas, con Roger tras ella—. Varios tipos de dulces, bebidas, productos multimedia e incluso una exclusiva guitarra han sido los productos que se ha decidido a comprar. ¿Su mujer y él estarán pensando en dar una fiesta? Si quieren conocer al detalle los artículos que el señor Bean ha comprado, no se pierdan...

—Espera, espera —le interrumpió Roger—. No puedes decir eso. No puedes emitirlo. No doy mi permiso.

—Me temo que el documento que firmaron nos da derecho a decir lo que queramos. Ustedes nos permitieron seguirles durante su estancia en Londres para ver como era su vida habitual —respondió con cierto retintín la reportera.

—¿Mi vida normal? ¿Quieres saber cómo es mi vida normal? —preguntó Roger, entrando en cólera—. Mi vida normal era partirme el lomo en un almacén de ocho a cinco, cada día, y volver a mi casa con mi mujer y mi hijo, agotado pero feliz de poder compartir con ellos el resto de la jornada. Mi vida normal era comprobar cada día como mi mujer se culpaba por la enfermedad de Seymour, ver como se desvivía por él, intentando que mejorase todo lo posible, ver como crecían sus ojeras. ¡Ese niño al que la Casa está utilizando es mi hijo, maldita sea! ¡Esta no es mi vida, esto solo es una jodida locura! ¡Puede que nuestra vida fuese una mierda, pero es lo único que queremos!

Roger dio un manotazo a un expositor de chicles que se encontraba en la caja, desparramando por el suelo decenas de pequeños paquetes de sabor a clorofila, fresa y menta.

—Va a tener que pagar eso, señor —dijo el cajero, con un nudo en la garganta.

—No hay problema —le respondió Roger, con ironía. Intentó calmar su agitada respiración—. ¿Ha acabado de una vez? —preguntó al cajero.

—Sí, señor, son cuatro mil ochocientos setenta y dos Feds, por favor —respondió el cajero, incómodo—, más los chicles.

—Sí, claro, los chicles. Ya le he dicho que no hay problema. —Roger pasó su SmartPad por el detector de la caja para pagar sus artículos.

—¿Quiere que le mandemos su compra a algún sitio?

—Habitación cuatrocientos dieciséis del Royal Houseguards, por favor —espetó.

—Muy bien, mañana por la mañana lo recibirá todo sin falta. Gracias por comprar en G-Market, espero que pase una buena noche —recitó de memoria el cajero.

—Igualmente, y no olvide los putos chicles. —Roger se giró de nuevo hacia la reportera y el resto del equipo—. Vais por ahí juzgándonos como si tuvierais derecho y dices esas cosas a la cámara sabiendo que la gente podría interpretarlo mal. Mi mujer y yo nos estamos jugando mucho, y a vosotros solo os interesa subir vuestra maldita audiencia. Alejaos de mí o no respondo de mis actos.

Roger salió del G-Market como una exhalación sin pararse a comprobar si el equipo de G-Media hacía o no caso a su amenaza. Caminó por Coventry Street hacia Piccadilly Circus, más concentrado en sus pensamientos que en su ruta. No sabía dónde ir, pero tenía claro que no quería volver con su mujer con el ánimo tan nublado como lo tenía en ese momento, así que decidió seguir caminando bajo la noche londinense para purgar su espíritu.

Mientras Roger vagabundeaba por el centro de la City, Heather seguía en la *suite* del hotel pegada al mismo panel que unas horas atrás. La lista de reproducción que estaba escuchando en el Musichat comenzaba a aburrirle y la internauta que compartía con ella la sesión no tenía una conversación muy interesante, así que optó por despedirse y abrir una nueva ventana para comprobar si tenía más suerte. Llevaba dos semanas usando el servicio y, aunque en el fondo de su ser sabía que no era más que una distracción estúpida que utilizaba para abstraerse de los problemas con su hijo y su matrimonio, cada día se pasaba más horas en ese pequeño mundo digital donde podía elegir lo que quisiese, contar lo que quisiese, obviar lo que quisiese, ser quien quisiese. Heather Bean pinchó en el botón de «Nuevo Musichat» e introdujo su alias, Lady\_Stardust, elegido por su heredada devoción hacia David Bowie. El sistema le ofreció entonces su recomendación personalizada como primera canción a reproducir, y en la cual se basarían las siguientes pistas. G-Music propuso “One is the loneliest number”, pero a ritmo de swing y bajo la voz de Paul Young. Heather rechazó la sugerencia y eligió que la canción sonase con su ritmo e intérprete originales. El usuario que compartía sesión con ella se hacía llamar Morrissey33 y aún no había escrito palabra. La señora Bean deseó que no fuese uno de esos que simplemente se quedaban escuchando la música, pues le parecían tediosos y algo siniestros. Si ella quería escuchar música y nada más simplemente la seleccionaba en el panel, no entendía porqué otros utilizaban un servicio así para permanecer callados. Con la esperanza de que le respondiese, Heather comenzó el chat.

Lady\_Stardust: Hola?

Lady\_Stardust: Hablamos o eres uno de esos raritos que solo se queda escuchando?

Morrissey33: Hola. Estaba disfrutando de la música, es una buena canción, triste, pero bonita. Ahora mismo me pega, me siento bastante solo. Podemos hablar si quieres.

Lady\_Stardust: Entonces tenemos algo en común.

Morrissey33: Una fan del Duque Blanco melancólica. Un poco estereotípico, no crees?

Lady\_Stardust: Eso lo dice alguien llamado Morrissey33?

Morrissey33: No te falta razón. Touché.

Lady\_Stardust: Por qué has elegido ese alias?

Morrissey33: Como he dicho, estoy triste, y soy británico. Me pareció adecuado.

Lady\_Stardust: Desde luego lo es. Puedo preguntar por qué estás triste?

Morrisey33: Es bastante complicado de explicar. Te parece si empezamos por algo más sencillo? De dónde eres?

Lady\_Stardust: Ahora mismo no soy de ningún sitio. Vivo en Escocia, pero estoy en Londres y nací en Chicago, en los Estados Unidos. Con eso ya te he dicho que tengo más de treinta años.

Morrisey33: El mundo es un pañuelo...

Lady\_Stardust: Y eso?

Morrisey33: Yo soy inglés, me crié muy cerca de Londres aunque ahora estoy muy lejos de casa. Echas de menos tu hogar? Me refiero al lugar dónde naciste.

Lady\_Stardust: Sí, pero echo más de menos a la gente que perdí allí. Yo estaba en España el día que pasó, pero toda mi familia estaba en Chicago.

(Siguiente reproducción «Everyday is like Sunday». Género: Jazz. Intérprete: Liza Minelli)

Lady\_Stardust: Vaya, creo que han destrozado tu canción.

Morrisey33: Me las pagarán. En serio, no te parece una chorrada esta moda de versionar todas las canciones? Que se pueda hacer no quiere decir que sea bueno. Qué tienen de malo las versiones originales?

Lady\_Stardust: No podría estar más de acuerdo. Si la mayoría de esos artistas levantarán la cabeza...

Morrisey33: G-Corp se la compraría. Habías dicho que tú también estabas triste. Puedo preguntar por qué?

Lady\_Stardust: Es un tema muy personal.

Morrisey33: Eso suena ideal para contárselo a un desconocido.

Lady\_Stardust: ...

Morrisey33: No tienes que contármelo si no quieres.

Lady\_Stardust: Hace poco he perdido a la persona más importante de mi vida.

Morrisey33: Vaya, lo siento. Te acompaño en el sentimiento.

Lady\_Stardust: No, no es eso. No sé ni porqué te cuento esto.

Morrisey33: Quizá es porque necesitas hablarlo con alguien y es más fácil hacerlo con alguien al que no conoces de nada.

Lady\_Stardust: Se han llevado a mi hijo.

Morrisey33: Cómo ha ocurrido eso???! Quieres decir que le han secuestrado?

Lady\_Stardust: Algo así, es muy complicado de explicar. Ni siquiera yo lo entiendo del todo.

Morrisey33: Pero cuándo ha ocurrido? Has ido a la FedPol?

Lady\_Stardust: Sí, y no van a ayudarme. Nadie va a ayudarme. Todos dicen que están en su derecho de hacerlo.

Morrisey33: Cómo va a ser eso posible? Cuántos años tiene tu hijo? Se ha ido él

por propia voluntad?

Lady\_Stardust: Tiene diez años, y está enfermo. No se ha ido él, se lo han llevado... Creo que estoy hablando demasiado. Me da miedo que descubras quién soy y utilices esta conversación para ganar dinero en los Media.

Morrisey33: Por qué iba a hacer yo eso? No tengo ni idea de quién eres.

Lady\_Stardust: No puedo estar segura.

(Siguiente reproducción «The Long and Winding Road». Género: Chillout. Intérprete: Sinnead O'Connor)

Morrisey33: No tienes que contarme nada que no te apetezca, pero estoy aquí, no tengo mucho que hacer y puedo asegurarte que soy la última persona que pudiese aprovecharse de tu historia aunque quisiese.

Lady\_Stardust: Nuestro abogado dice que si me expusiese más en los Media y no me mostrase tan arisca recibiríamos más apoyo de la Opinión Pública.

Morrisey33: Perdóname, quizá es que hoy estoy un poco espeso, pero no sé que tiene que ver la Opinión Pública con esto.

Lady\_Stardust: Me parece imposible que no sepas de qué estoy hablando. Ya ni tan siquiera puedo salir a la calle sin que todos se me queden mirando.

Morrisey33: Te prometo que no.

Lady\_Stardust: Está bien. No sé porqué, pero confiaré en ti. Soy Heather Bean, la madre del niño que la Casa de la Conciliación ha nombrado la Excepción. Por favor, no me hagas daño con esto, no puedo soportarlo más.

Morrisey33: Ni se me ocurriría, pero sigo diciéndote que no sé nada del tema. Mira, mi situación es algo... inusual en este momento. Debes creerme cuando te digo que estoy algo oxidado sobre los temas calientes que se dan en la Federación en este momento.

Lady\_Stardust: O eres el mayor mentiroso de la historia o el peor informado.

Morrisey33: Soy ambas cosas, pero te puedo asegurar que ahora mismo no te estoy mintiendo. Déjame escuchar tu historia, lo digo en serio. Aunque no sepas porqué, hacerlo me vendría mejor a mí que a ti en este momento. Necesito algo que hacer, me estoy volviendo loco.

Lady\_Stardust: No sé como podrías ayudarme.

Morrisey33: Sé como poner a la gente de mi lado, como hacer que una idea germine en las personas justo como yo quiero que lo haga. Es a lo que me dedico, conseguir el efecto deseado con el poder de la palabra adecuada. Me llamo Benjamin Bryar, tienes que haberme visto en los anuncios de Revitalis.

Lady\_Stardust: No me gusta que me tomen el pelo.

Morrisey33: No tengo manera de demostrártelo.

Lady\_Stardust: Sé quién es Benjamin Bryar, ese tipo de los anuncios de Revitalis como tú bien dices. Es un ciudadano y estos Musichats tienen restricciones. Tienes



que ser un consumidor.

Morrisey33: Dónde me encuentro ahora mismo el ocio es bastante necesario. Hay algo de manga ancha con las restricciones entre consumidores y ciudadanos.

Lady\_Stardust: Demuéstramelo, conozco su cara. Conecta la VidCom y resolveremos el asunto.

Morrisey33: Las comunicaciones audiovisuales están capadas por seguridad. Tendría que pedir permiso para realizar una y te aseguro que no me apetece hacerlo al tipo que gobierna este lugar ahora.

Lady\_Stardust: No decías que no tenías restricciones? Lo que cuentas es muy apropiado para tu historia.

Morrisey33: No voy a discutir contigo. Estás en tu derecho si no quieres creerme, pero recuerda que solo quiero ayudarte. Es muy complicado de explicar, pero siento que siempre que he utilizado mi don se ha acabado pervirtiendo hasta convertirse en algo dañino para la gente. Por una vez me gustaría utilizarlo en algo positivo.

Lady\_Stardust: ...

Lady\_Stardust: Supongamos que te creo. Qué harías tú en mi lugar?

Morrisey33: Necesito algo más de información sobre qué ha ocurrido. Explícamelo desde el principio.

Lady\_Stardust: Lo intentaré... Me llamo Heather Bean y vivía con mi marido Roger y mi hijo Seymour en Aberdeen, Escocia. Mi hijo... es autista y yo me pasaba el día con él en casa cuidándole y practicando sus ejercicios. Mi marido trabaja en un almacén y, de alguna extraña manera, éramos felices, pero un maldito día un vecino atropelló a nuestra perra y la enterramos en el jardín trasero. Esa noche Sey salió de casa y la desenterró, y estaba viva... parece una locura, pero es verdad. Fue mi hijo quién le devolvió la vida. ¿Crees que estoy loca, verdad?

Morrisey33: Hace un año lo habría pensado sin dudar, pero ahora he visto demasiadas cosas extrañas como para pensar que algo no es posible. Por favor, continúa.

Lady\_Stardust: Mi marido le contó lo ocurrido a nuestro vecino, discutieron y nos denunció a CONTROL. No tengo ni idea de como esa información llegó a la Casa de la Conciliación, pero una Hermana se presentó en nuestra casa con pistolas eléctricas y se llevó a mi hijo. Intentamos que alguien nos ayudase, pero todo el mundo dice que lo que han hecho es legal por una ley que llaman la Excepción. Entonces recurrimos a un abogado que nos recomendó dar entrevistas en los Media para que la gente se pusiese de nuestro lado, pero solo esta sirviendo para que nos acosen y nos señalen por la calle. ¡Y mientras tanto la Casa quiere exhibir a mi hijo por la Federación cómo si fuese un trofeo!

Morrisey33: Una historia terrible...

Lady\_Stardust: Yo solo quiero que mi hijo vuelva a mi lado.

Morrisey33: Lo comprendo. Tienes que plantearte esto como una guerra, Heather, solo así lo enfocarás correctamente. Toda guerra tiene objetivo, estrategia y táctica.

Los dos primeros están claros, el objetivo es que recuperes a tu hijo, la estrategia es conseguirlo a través de la presión pública que consigas de los Media. Creo que tu abogado acierta en eso, pero la táctica, la parte más importante, es la que quizá no estéis enfocando bien. Heather, la táctica son cada una de las acciones que vais a tomar guiados por vuestra estrategia. En este caso vuestra táctica debe enfocarse en que la gente se identifique contigo. No debes esconderte, la gente no te querrá si no les dejas verte. Eres madre, y ese es un vínculo muy poderoso que tienes con gran parte de las mujeres de la Federación.

Lady\_Stardust: Lo intento, pero no me gusta exhibirme. Valois, nuestro abogado, dice que parezco fría en el panel y que por eso no estamos recibiendo más apoyo.

Morrisey33: Solo tienes que mostrarte tal y como te sientes. Los sentimientos son el mejor vehículo para expresar un mensaje. Es posible que no te guste, pero es tu mejor baza para alcanzar tu objetivo. Tienes que conseguir que toda madre vea en ti su reflejo si se encontrase en tu situación.

Lady\_Stardust: Espera, están llamando a la puerta.

Heather se levantó de su silla y se acercó a la puerta. Alguien la golpeaba con un repiqueteo nervioso. La abrió y tras ella encontró a Jimmy Valois, en pijama y con el escaso pelo de su cabeza alborotado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Heather.

—¿Lo has visto? —inquirió Valois.

—¿Ver el qué?

—Roger está ahora mismo en la mitad de los canales de cotilleos. Ha tenido una trifulca con el equipo de grabación en el G-Market y ha perdido los nervios. Estoy llamándole a su SmartPad pero no contesta. Mierda, Heather, el pobre Jimmy no tiene un segundo de descanso. ¡Es la peor noche para esto!

—Pero, ¿por qué? Roger es un hombre tranquilo —dijo Heather.

—Al parecer la reportera estaba burlándose de la compra que había hecho y ha explotado. Lo tengo grabado, mira.

Valois acercó su SmartPad para que Heather pudiese ver la escena y conforme aumentaba la desesperación de su marido los ojos se le iban llenando de lágrimas. Pudo ver la guitarra en el carro de la compra, sabía que era para ella. Las cosas con Roger no iban bien pero le conmovió comprobar el detalle que su marido había querido tener con ella y el problema que le había supuesto.

—Vuelve a tu cuarto y descansa —dijo Heather.

—No, el viejo Jimmy tiene mucho que hacer después de este desastre —replicó él—. Café y una aspirina es lo que Jimmy necesita.

—Hazme caso, por favor. Yo me ocupo de esto —repitió ella. Reunió toda la compostura que su estado le permitía.

—Pero...

—No me hagas volver a decirlo, por favor. Necesito toda la fuerza de la que

dispongo para lo que voy a hacer.

—¿Qué vas a hacer, Heather? —preguntó, con miedo, Valois.

—Voy a recuperar a mi hijo. Por favor, confía en mí.

Valois, haciendo un leve gesto de desaprobación con la cabeza, se marchó por el pasillo. Heather respiró hondo y volvió junto a su panel sin pensarlo, para no tener la oportunidad de echarse atrás. Estaba decidida a no seguir siendo el eslabón débil de su propia historia.

Lady\_Stardust: Benjamin, espero que seas tú, espero que no me estés mintiendo y espero que esto vaya a funcionar. Tengo que irme. Gracias por tu consejo. Volveremos a hablar.

Sin dar tiempo a respuesta, Heather cerró el Musichat y salió de la habitación. Se enjugó las lágrimas de los ojos con los nudillos y se preparó para salir a la calle y poner a prueba los consejos de Benjamin. Con el pelo recogido en una corta coleta que le caía hasta un par de centímetros más abajo de su nuca, sus ojeras permanentes y sin tan siquiera haber cogido un abrigo con el que soportar la temperatura de la noche inglesa cruzó el *hall* del hotel y apareció en la acera. El equipo de grabación que esperaba en la calle se agrupaba en el exterior de la parte trasera de su furgoneta. El cámara fumaba un cigarrillo mientras el reportero leía sin mucho interés algo en su SmartPad. Uno de los dos productores que les acompañaban dio el aviso de que Heather había aparecido. Tardaron unos segundos en reaccionar, pues no esperaban que sucediese en absoluto. El operador lanzó el cigarrillo a la calle y rápidamente colocó la cámara en su hombro mientras el reportero carraspeaba un par de veces para aclararse la voz y corría hacia ella. Todos los demás le siguieron. Heather les esperaba en las escaleras del edificio, consciente por primera vez de que la ropa que llevaba no estaba pensada para aguantar el frío. Cruzó los brazos sobre su torso intentando no tiritar.

—¡Señora Bean, señora Bean! —exclamó el reportero—. ¿Ha visto el altercado de su marido con nuestros compañeros? ¿Qué nos puede decir?

—Más les vale que esto vaya a retransmitirse en directo. Voy a decirles de una vez por todas y sin callarme nada que es lo que pienso del circo que la Casa de la Conciliación pretende montar con mi hijo como protagonista. —Tenía la voz compungida pero intentó mostrar seguridad en sí misma.

—Bill, pide el directo, ¡ahora! —reclamó el periodista.

Uno de los productores sacó rápidamente su SmartPad.

—¿Lo tienes? —El reportero tenía miedo a que aquella succulenta promesa se diluyese antes de poder saborearla.

—¡Dame un segundo, Sean! —contestó su atareado compañero. Pulsaba la pantalla a toda velocidad—. ¡Hecho, estamos en el aire!

—¡Perfecto! —exclamó el reportero, volviéndose hacia Heather de nuevo—.

Señora Bean, dice que tiene un mensaje para la Casa de la Conciliación. ¿Podría decirnos cuál es? La cámara es toda suya. Adelante.

—No es un mensaje para la Casa, es un mensaje para la Federación entera, pero no para quienes nos gobiernan y que nos han ignorado desde el principio, si no para las personas como nosotros, como mi marido y yo, que solo deseamos vivir tranquilos y estar con los nuestros. —Heather tomó aire, cerró los ojos un par de segundos y cuando los volvió a abrir miró de frente a la fría lente de la cámara detrás de la cual estaban todos esos desconocidos de los que su opinión dependía recuperar a Seymour—. Sé que mi hijo ha sido exhibido esta noche en un teatro de Praga, sé que ha curado gente y me alegro por esas personas. Siempre supe que mi hijo era especial, desde que nació, desde la primera vez que le miré a los ojos, mucho antes de que descubriésemos que padecía autismo. —Heather contenía las lágrimas—. No entiendo su don y hasta hace muy poco no sabía ni en qué consistía, pero puedo asegurarles una cosa, Seymour no es el Hijo del Conciliador, ni la Excepción, ni como quieran llamarle. Es mi hijo. Yo le llevé en mis entrañas durante nueve meses sintiendo como crecía y la vida se abría paso en él. —Heather se agarró el vientre y no pudo evitar que la primera lágrima escapara de la comisura de sus ojos—. ¡Se llama Seymour Bean y es mi hijo! Le gusta que le llame Sey, a veces me sonrío cuando lo hago. Es difícil saber lo que está pensando, pero practicamos mucho todos los días para intentar que sea más... abierto. Le gusta pintar, y su color favorito es el verde. Le gusta el té con leche y las manzanas. Solo tiene diez años... solo tiene diez años, y me necesita. —Las piernas, entumecidas por el frío y la desesperación, no le aguantaron más, y tuvo que sentarse en los escalones para evitar desvanecerse—. Hace más de dos meses que no le veo. ¡Te quiero Sey, te quiero mi niño! Estoy segura de que cualquier madre me entenderá. No me importa lo que digan sobre qué es mi hijo o lo que puede hacer, soy su madre y solo quiero estar con él. Imaginen que alguien entra en su casa y les arrebatara a su hijo y que nadie hace nada por ustedes, porque todo el mundo les dice que lo que ha pasado es legal. ¿Se conformarían con eso? Yo no puedo... no puedo... mi hijo... ayúdenos... Seymour... Sey...

La cabeza de Heather Bean no soportó la presión del momento y ella sintió como el mundo se volvía más y más borroso hasta que la oscuridad lo ocupó todo. Se desmayó sobre las escaleras del Royal Houseguards ante la pasividad de la lente que le replicaba en cada panel activado de la Federación.

Justo en ese instante, el Hermano Tom Clayton y el Redentor eran testigos del infierno personal de Heather Bean gracias al panel que observaban en la habitación que la Casa había preparado para la Excepción en la Sede tras el espectáculo.

—¿Sabe, Redentor? Es posible que me meta en un lío al decirle esto, pero tengo que hacerlo y usted es el único presente en esta habitación —dijo el Hermano Tom—. En toda mi vida solo ha habido dos momentos en los que mi fe se ha tambaleado. Cuando fallé en mi cometido como primera Excepción, y cuando la segunda

Excepción ha tenido éxito. Se me parte el alma al ver a esa pobre mujer sufrir así en los Media.

—Tener dudas es algo normal en la naturaleza humana, pero el Conciliador puede perdonarlo si nuestro corazón está con él —afirmó, serio, Jacobo Batiste.

—Usted también es humano, ¿también le asaltan las dudas?

—Yo soy un Redentor, no debería tenerlas.

—¿No debería o no las tiene?

—No puedo permitirme tenerlas.

El Hermano Tom y el Redentor permanecían sentados entre la penumbra de la habitación del pequeño Seymour, que descansaba tras su actuación gracias a los tranquilizantes que los Hermanos Tobías y Hauser habían preparado para que su sueño fuese reparador. Sin duda lo necesitaría, pues estaba a punto de cruzar la Federación de extremo a extremo con nueve apariciones más en tan sólo quince días. En cuarenta y ocho horas la Scala de Milán sería testigo de sus prodigios, y sólo un día después la Ópera de Viena contaría con el mismo privilegio, así hasta que en dos semanas se presentase en el Teatro Federal de Munich con toda la plana mayor invitada al evento. Ahora el muchacho descansaba en su cama mientras los dos hombres custodiaban su sueño. Jacobo no se separaba del niño salvo cuando estaba en el escenario y cada vez con más frecuencia se veía acompañado del Hermano Tom, que parecía disfrutar con su severa y silenciosa presencia. Es posible que Clayton solo pasase tiempo con él por miedo a Nicoletta, a la cual intentaba evitar en la medida de lo posible tras el ataque que le había costado la vida. Quizá el Redentor solo representaba una posición de poder mayor que el de Braco y Tom se resguardaba tras ella pero, en cualquier caso, a Jacobo no le molestaba y consideraba al Hermano un buen hombre y siervo de la Conciliación. Allí, entre las sombras, los dos acababan de ser testigos de la confesión de Heather Bean en el panel de la habitación. Habían visto a la mujer desgarrarse en directo hasta perder el sentido.

—Los sentimientos de la señora Bean son honestos —dijo el Redentor—. Mis Omnilentes no mienten, su expresión corporal es de auténtica desesperación.

—Yo tengo hijos, Redentor, y que el Conciliador me perdone pero no sé de que sería capaz por ellos.

—No hay duda de que este muchacho es la Gracia del Conciliador hecha carne —afirmó Jacobo, volviendo la cabeza hacia Seymour—, pero este tema se ha enfocado erróneamente desde el principio, y es culpa de la Hermana Braco.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Tom.

—Adelante.

—Cuando yo estaba... ya sabe, muerto. Bueno, mientras lo estaba, el Hermano Hauser me contó...

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Por qué no redimió a la Hermana Braco?

—He asesinado y ejecutado a mucha gente, pero no soy ni un asesino ni un

verdugo. Mi labor es redimir a aquellos que ofenden al Conciliador apartándose de su camino y la única ofensa hacia Él de Braco fue matar a uno de sus siervos, a usted. Iba a redimirle por ello pero el Conciliador, a través de ese chiquillo, disolvió su pecado, por lo que ya no había motivo. Nicoletta Braco es una persona horrible y egoísta, pero también es una devota sierva con una fe inquebrantable. Si el Conciliador lo ha querido así no somos nadie para juzgar sus deseos.

—Entiendo —dijo Tom, bajando la cabeza—. No quiero que este niño tenga que vivir lo que yo he vivido. Ser una marioneta de esa mujer es peor que la muerte, puedo asegurárselo.

—Eso no ocurrirá —aseguró, contundente, el Redentor—. ¿Puede hacerme un favor, Hermano? Llame al Consejo de las Madres y los Padres y convóqueles para dentro de una hora. Mañana por la tarde partimos hacia Milán y quiero reunirme con ellos antes.

—Pero ya es más de medianoche —replicó.

—Si el Conciliador no descansa, nosotros tampoco —respondió Batiste.

Tom asintió con la cabeza, se levantó de su asiento y salió de la habitación para cumplir los designios del Redentor. Jacobo Batiste apagó el panel de la habitación, que ahora emitía una y otra vez la escena de Heather Bean, y se colocó frente a la ventana para contemplar la ciudad de Praga, que dormía bajo el reconfortante manto de una nueva esperanza. Una esperanza nacida del muchacho que ahora reposaba a sus espaldas, el que tanto le recordaba a él, al que estimaba, el muchacho al que había llegado a amar. El Conciliador le había puesto a prueba y las dudas habían germinado en su interior. Praga pasó a un segundo plano cuando sus Omnilentes comenzaron a bombardearle con información sobre Heather Bean y su marido, sobre todos los momentos que habían protagonizado en los últimos tiempos y toda la información anterior que existía de ellos cuando no eran más que una pareja de anónimos más. Había revisado aquellos mismos documentos cientos de veces. También los de Nicoletta y, desde los últimos días, había incluido en su rutina los del Hermano Tom. Acarició la culata del arma que le colgaba de la cintura, la misma con la que llevaba días pensando en redimirse a sí mismo, pero en esa ocasión no la desenfundó, ya no era necesario. Había llegado a una determinación en la cual su fidelidad al Conciliador no se veía alterada, pero en la que también había una salida para el niño. Pasó el resto de la hora con la mirada despejada sin las Omnilentes funcionando más que de manera pasiva, algo que ni siquiera él podía desconectar. Contempló el rostro de Seymour Bean mientras le daba la espalda a Praga y al mundo entero. Una hora después, según había convenido, Jacobo Batiste entró en la sala del Consejo de las Madres y los Padres, que aguardaban su llegada sentados en sus tronos tras la mesa con forma de semicírculo. El Padre Mormont parecía estar contrariado por la repentina llamada del Redentor y el Padre Orson Caine bostezaba disimuladamente tras la palma de su mano. Jacobo se colocó justo delante del semicírculo y se irguió orgulloso.

—¿Y bien, Redentor, qué urgencia nos trae aquí a estas horas de la noche? —preguntó la Madre Macua.

—Les he hecho llamar porque he tomado una decisión con respecto al futuro de la Excepción —afirmó Batiste.

—¿No irá a decirnos ahora que piensa redimirle, verdad? Todos sabemos que el don de ese chico es real —dijo Caine. La afirmación del Redentor le había despejado algo más.

—Justamente por eso se debe proteger este descubrimiento y acabar con la guerra que sus padres biológicos mantienen con la Casa —continuó Batiste.

—¿Va a redimirles a ellos? —preguntó, de nuevo, Caine.

—Un mártir vale más que cien soldados, Padre Caine. No es eso lo que va a ocurrir. He meditado durante largo tiempo y he llegado a la convicción de que los designios del Conciliador es que la Excepción Seymour Bean esté junto a sus padres al finalizar esta gira, pero bajo la tutela de la Conciliación, por supuesto.

—Explíquese, Redentor —intervino Mormont.

—Seré tan claro como es posible. Seymour Bean es la Excepción confirmada, por lo que supone el bien máspreciado de la Casa y debe asegurarse su bienestar y estabilidad a toda costa. Yo mismo asumiré en primera persona su protección de manera indefinida y volverá con sus padres, como he dicho, al finalizar el evento de Munich. Me trasladaré a Aberdeen con ellos o dónde quiera que se establezcan después y velaré por su seguridad.

—Sé perfectamente cual es su excepcional posición en nuestra jerarquía, Redentor. Es usted un gran siervo de la Casa y todos le agradecemos su inagotable desvelo por ella pero, ¡por el Conciliador!, somos el Consejo de las Madres y los Padres, el mayor estamento de esta institución. No puede venir aquí y escupirnos órdenes como si fuésemos un puñado de soldados asustados —se quejó el Padre.

—Usted bien lo ha dicho, Padre Mormont, soy un Redentor. —Tenía la mano en la empuñadura de su pistola—. Cuando el Conciliador habla, los hombres escuchan. ¿Acaso quiere desobedecerle?

—Solo digo que podría haber buscado otro momento para hablar de ello, y quizá pedirnos opinión —contestó Mormont, más precavido.

—Un hombre no puede discutir con su Dios. O le obedece, o reniega de él.

—Se hará como usted diga —confirmó el padre Basinas. No tenía ganas de ver como la reunión acababa con los sesos de algún otro colega sobre la mesa.

—Una cosa más —dijo Batiste—. Nicoletta Braco se desligará de la Excepción después de Munich. Háganlo como mejor les convenga, pero háganlo. La Hermana jamás podrá volver a tener contacto con él después de ese día. Sugiero que el Hermano Tom Clayton se haga cargo de los asuntos que desde entonces requieran de apariciones públicas de la Excepción.

«¿Son tus deseos, oh, Conciliador, o son los míos?», se repetía el Redentor una y otra vez para sus adentros.

## Encrucijada

*(La puerta de la celda se cierra. El Gran Ministro queda en el interior junto al prisionero 304997, desoyendo las recomendaciones de seguridad por petición propia)*

—He oído que andas metiéndoles ideas subversivas a los jóvenes de tus clases, viejo amigo.

—¿Has venido a regodearte, Conrad?

—Nada más lejos, Filippo, he venido a despedirme.

—Pues ya lo has hecho, puedes marcharte.

—Hubo un día en el que me consideraste un amigo, aunque eso fuese hace ya mucho tiempo. Desde entonces no sé dónde ha ido a parar el Filippo Perosio que yo conocí, pero llevas años causando problemas y ya no puedo seguir consintiéndolo.

—Otro gusano aplastado por el puño de hierro del gran Conrad Schroeder.

—No vengo aquí en condición de Gran Ministro.

*(El Gran Ministro se sienta junto al prisionero. Distancia aproximada, sesenta centímetros. Pasamos a nivel de riesgo 2. Guardias exteriores, preparados para orden de extracción)*

—No necesitas hacer esto para limpiar tu conciencia, Conrad, está tan sucia que nada podría aclararla.

—Nuestras conciencias están manchadas por la misma sangre y el mismo barro. No podría haberlo hecho sin ti, amigo mío. El Neocapitalismo es tan hijo tuyo como mío. Yo sabía lo que Europa necesitaba para sobrevivir, y tú supiste cómo llevarlo a cabo. ¡Maldita sea! Eres la persona más brillante que jamás he conocido. ¿Por qué renegaste así de tu legado?

—Un hombre tiene derecho a equivocarse y la obligación de enmendar sus errores.

—El Neocapitalismo no es un error, es la salvación de Europa. La Federación es fuerte gracias a él.

—Y fuertes son los grilletos que atan a su pueblo.

—Son tiempos difíciles. Hicimos lo necesario para sobrevivir como civilización. La libertad a veces es un obstáculo para la supervivencia.

—Sigue repitiéndote eso cuando intentes conciliar el sueño bajo tus sábanas de seda.

—Este disfraz de tirano esconde a un hombre debajo, Filippo. Tú lo sabes mejor que nadie, le has conocido y le tienes a tu lado ahora mismo. ¿Crees que para mí es sencillo tomar algunas de mis decisiones? ¿Crees que quiero que ocurra esto? ¡Maldito seas, tú me has obligado!



—¡Vete a la mierda, Conrad! ¡Solo he defendido aquello en lo que creo! Si he de morir por ello lo haré con la cabeza alta.

*(El prisionero muestra una actitud violenta. Alerta nivel 1, extracción inmediata. Los guardias entran en la celda)*

—Hagan el favor de salir de aquí. Ya les he dicho que quiero un momento de privacidad.

—La situación es peligrosa, señor. Tenemos orden de extraerle.

—¿Díganme, la orden proviene de alguien que esté por encima del Gran Ministro de la Federación? Imagino que no. Ahora, por favor, estamos manteniendo una conversación entre caballeros. Salgan.

*(Los guardias abandonan la celda. El Gran Ministro permanece en ella. De pie. Dos metros hasta el prisionero. Volvemos a nivel de alerta 3)*

—Oí que te casaste, Filippo.

—Así es.

—¿La quieres?

—Más de lo que nunca quise a nadie.

—Entonces has tenido suerte.

—¿Y ahora qué? ¿Vendrá uno de tus lacayos de CONTROL y me podrá el antifaz? ¿Seré uno más de tus desaparecidos?

—Depende de ti.

—¿Acaso tengo elección?

—He visto el video de tu interrogatorio. Mencionaste el suicidio.

—En cuanto me detuvieron sabía que esto acabaría así tarde o temprano. Prefería morir por mi propia mano, cómo un hombre en lugar de ser asesinado cómo un perro.

—No puedo permitirte eso.

—Lo imaginaba.

—Pero he visto que tus pantalones te quedan algo grandes. Puedo prestarte mi cinturón.

—Es todo lo que necesito de ti.

*(El Gran Ministro se toca la cintura. Deposita un objeto en el banco de la celda. Pasamos a nivel de alerta 2)*

—Tienes una hora. Haré que apaguen las cámaras. No tendrás manera de saberlo, pero lo harán. Pasado ese tiempo alguien vendrá a buscarte. De ti depende lo que se encuentre. Vas a morir hoy, tú decides cómo.

—Mi esposa...

- No haré nada mientras ella tampoco lo haga. Te doy mi palabra.  
—Gracias.  
—Ojalá esto no hubiese acabado así, Filippo.  
—Conrad, tarde o temprano el mundo te recordará como a un dictador.  
—El mundo está loco, amigo mío, y los locos no tienen memoria.

Video de seguridad de la visita del Gran Ministro Schroeder al preso 304997.  
Caso Filippo Perosio. Cargos: Disidencia.  
Archivo de la Comisaría 14, Clasificación: Alto Secreto.  
Cagliari, Italia. 14 de abril de 2066.

\* \* \*

Era la mañana del segundo martes de noviembre, y el frío otoñal se había dado un respiro permitiendo que el sol brillase entre las nubes en el cielo de Munich. Sus habitantes correteaban por las calles como hormigas el día después de que esas mismas calzadas fueran testigos del funeral de estado en memoria del desaparecido Gran Ministro Anker Andersen. En la octava planta del Volksgeist la cúpula del gobierno se reunía alrededor de la gran mesa de ébano de la habitación contigua al despacho principal, ocupado ahora por Dominic Lafayette. Él, nuevo Gran Ministro en funciones, había hecho llamar al resto del equipo para decidir cómo afrontar los próximos meses antes de unas nuevas elecciones. El reloj apenas había marcado las ocho de la mañana y el café era, por el momento, el protagonista absoluto sobre la mesa.

—Gracias a todos por acudir —dijo Lafayette, presidiendo la escena—. Ayer fue un día largo y duro, despedimos a nuestro líder y amigo Anker. Todos estamos consternados y cansados, pero debemos continuar con nuestro trabajo por el bien de la Federación.

Emily, sentada en el otro extremo de la mesa, miraba a Lafayette con ojos vacíos. No soportaba ver a ese hombre ocupando la silla de Anker, tan pagado de sí mismo. Siempre había sido un oportunista y no olvidaba sus amenazas hacia ella si no aceptaba la versión oficial sobre el atentado y la culpabilidad de Walden.

—Tenemos mucho de que hablar —continuó el Gran Ministro—. Hay que atrapar a los disidentes que han atacado el corazón de nuestra democracia y debemos planificar las elecciones para que los ciudadanos...

El timbre de un SmartPad interrumpió a Lafayette. Oleg Bashevis sacó su dispositivo del bolsillo, comprobó la identidad de quién le llamaba, rechazó la llamada y volvió a introducir el aparato en su chaqueta.

- Disculpen. Debo estar localizable en cualquier momento —dijo Bashevis.  
—Pero has colgado —puntualizó Dominic Lafayette.  
—Solo era mi mujer.

—No te olvides de comprar los huevos y el ketchup antes de volver a casa — bromeó Giles Lebouf.

—Creo haberme disculpado ya, Ministro —contestó Oleg, sin sentido del humor.

—Como iba diciendo, tenemos mucho que hacer —Lafayette clavó su mirada severa en Bashevis—, pero antes me gustaría ocuparme de un tema personal que atañe a uno de los presentes.

El hombre apoyó en la mesa ambas manos, como un depredador que se prepara para abalanzarse sobre su presa. Su cuerpo grueso y su mirada, falsamente compasiva, localizaron su objetivo en la figura de Emily Bryar.

—Mi querida Emily, todos sabemos que la relación que Anker y tú compartíais era más estrecha que con cualquiera de nosotros. Este ha sido un duro golpe para todos, pero especialmente para ti. No solo has perdido a un líder, has perdido a un amigo y a un mentor. Vengo observándote estos días, pues me preocupa tu estado. Creo que lo mejor sería que te apartases de la primera línea política durante un tiempo.

—¿Qué quieres insinuar, Dominic? —cuestionó Emily. No le sorprendía en exceso que Lafayette intentase una treta como aquella.

—No estoy insinuando nada, Emily, solo pienso en tu bienestar y en el de este gobierno. No creo que en este momento estés capacitada para asumir un cargo tan importante como es la Secretaría de Estado.

De nuevo sonó el SmartPad de Bashevis e interrumpió la conversación. Todos le miraban mientras comprobaba quién podía ser esta vez. Vio el nombre de su mujer por segunda vez en la pantalla y esta vez decidió aceptar la llamada.

—Disculpen de nuevo, debe ser importante. —Bashevis colocó el SmartPad junto a su oído—. Te he dicho mil veces que no me llames cuando estoy trabajando... ¿Qué?... ¿Se supone que es una broma?

—¡Merde, Bashevis! ¡Sal de la habitación ahora mismo, ya me he cansado de tu falta de respeto!

El Comisario se levantó de la mesa y salió raudo de la sala. «Quiero que me escuches atentamente» fue lo último que el resto oyeron de su conversación antes de que la puerta se cerrase.

—Lafayette, si crees que puedes deshacerte de mí tan fácilmente es que me conoces aún menos de lo que piensas —dijo Emily.

—Siempre has sido una luchadora, y admiro eso de ti —afirmó el Gran Ministro con tono paternalista—. No obstante, uno debe saber cuando es hora de hacerse a un lado, cuando es hora de rendirse. Es tu hora, Emily. Has perdido a tu principal valedor en este gabinete y otros pensamos que eres demasiado joven, inexperta y con unas compañías poco recomendables para seguir asumiendo un puesto de tantísima importancia.

—Si me aparto ahora todos sabemos que jamás me permitirás volver, y no pienso dimitir.

—Me lo estás poniendo muy difícil, Emily, yo solo quiero lo mejor para ti, y tú te empeñas en aferrarte a tu puesto. No me dejas otra elección, si no quieres dimitir, te cesaré yo mismo.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó ella.

—Claro que puedo, soy el puñetero Gran Ministro. Considérate suspendida de tus funciones con efecto inmediato —dijo Lafayette. Relamió en cada una de las palabras.

—¿Es qué no pensáis decir nada? —requirió Emily al resto de los presentes—. ¿Vais a quedaros ahí callados mientras me hace esto?

—Lo siento, pequeña, has perdido la partida —afirmó, con algo de pesar, Giles Lebouf.

—En este momento quizá sea lo mejor para ti —apoyó Mina Nilsson.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —se lamentó Emily.

—Vacía tu despacho antes de la semana que viene —puntualizó Lafayette.

—He dedicado toda mi vida a prepararme para esto —dijo ella, con los ojos humedecidos.

—Pues tendrás que dedicarla a otra cosa —le respondió el Gran Ministro—. Ahora, si nos disculpas, tenemos que tratar temas de vital importancia para la Federación, y puesto que ya no formas parte de este ejecutivo te ruego que abandones la sala para que podamos continuar con nuestra reunión.

Emily Bryar, hundida, se levantó de su asiento, dedicó una última mirada a los hasta ahora sus compañeros y caminó hacia la puerta intentando mostrar la poca compostura que fue capaz de reunir. Al salir al pasillo se lo encontró vacío, no había rastro del Comisario Bashevis, cosa que agradeció, pues estaba segura de que aquella sabandija con ojos de lagarto estaba también al corriente del complot y no habría dudado en regodearse ante ella. Caminó hacia el ascensor dejando que las lágrimas por fin le surcasen las mejillas hasta notar su sabor salado en la comisura de sus labios. Pasó por la puerta de su despacho, pero decidió no entrar, no tenía fuerzas para hacerlo en ese momento. Así que llamó al ascensor y pidió un taxi con su SmartPad mientras lo esperaba. Bajó al *hall* y salió a la calle enjugándose las lágrimas con la manga de su blusa. Eso le hizo sentir otra vez como una chiquilla, una inocente y estúpida chiquilla que se había dejado engañar. El taxi tardó solo un par de minutos en llegar. Pudo leer su nombre en el panel de la puerta. Se subió e indicó su casa como rumbo. Durante el trayecto pensó en Anker, en como le habría decepcionado y en que ya jamás volvería a ver su rostro, a reírse con él o simplemente a escuchar su voz. Esos pensamientos turbaron aún más su estado de ánimo. Como un reflejo innato, sin tan siquiera pensarlo, sacó de sus bolsillos su barra de labios roja y su pequeño espejo. Miró su reflejo y se retocó los labios, quizá solo para tener algo que hacer y no pensar más, quizá porque a él le gustaba como le quedaba aquel color. Tenía los ojos enrojecidos, pero por suerte casi nunca usaba rímel, así que el llanto no había manchado su rostro. Poco después dejó atrás el centro

de la ciudad y el taxi se internó en su urbanización, serpenteó un par de calles con unifamiliares a ambos lados y desembocó en la calzada que llevaba hasta su casa. Había alguien frente a la reja de su vivienda. Estaba de espaldas, pero no importaba, esa silueta era demasiado familiar como para pasarle desapercibida. Emily bajó del taxi y se acercó al sujeto, que ahora le contemplaba de frente al escuchar la llegada del vehículo.

—Hola, Garin —dijo ella. No demostró mucho entusiasmo, aunque se alegraba de verle.

—Hola, Emily. Te he traído unas flores —contestó Garin. Le acercó un pequeño ramo de tulipanes y ella lo aceptó—. Siento lo que ha pasado. Siento no haber estado a tu lado en estos días tan duros. No sabía si querías verme.

—No importa —dijo ella—. Hoy sí quiero verte. Está siendo un día horrible. Pasemos a casa y hablaremos.

—Antes debo pedirte una cosa —contestó Garin, acercándose más a ella.

—¿El qué?

—Hay alguien que quiere conocerte. Por favor, te pido que me acompañes.

—¿Quién es? —preguntó Emily. Apartó un poco a Garin poniendo su mano contra el pecho de este.

—Lo sabrás cuando lleguemos. ¿Confías en mí?

—Lo sabré cuando lleguemos —contestó ella.

Era la mañana del segundo martes de noviembre, y el frío otoñal se había dado un respiro permitiendo que el sol brillase entre las nubes en el cielo de Munich. En el suburbio oeste de la ciudad hileras interminables de casas se extendían hasta el horizonte. En ellas los ciudadanos más prósperos de la capital disfrutaban de la radiante mañana, recluidos dentro de los muros que ellos mismos habían hecho levantar y que delimitaban sus propiedades. Las construcciones de la zona eran ostentosas, muchas de ellas contaban con grandes jardines, viveros, garajes con varias plazas de aparcamiento e incluso piscinas climatizadas. Para la familia Bashevis era una mañana como otra cualquiera. Zlata Bashevis, la señora de la casa, una mujer de figura rechoncha y mofletes sonrosados, desayunaba tranquilamente en la mesa de la cocina mientras su asistente recogía los platos que había utilizado el pequeño infante de la casa, Slavko, que ahora jugaba a un videojuego en el salón mientras esperaba a que viniesen a recogerle para ir al colegio. La señora Bashevis ojeaba las noticias en el panel de la mesa mientras saboreaba un zumo exprimido con las primeras naranjas de la cosecha de este año en el sur de la Federación.

—Greta, puedes recoger el resto de las cosas. Estoy llena, no puedo probar ni un bocado más —dijo a su asistente, que se prestó a obedecerle.

La mujer apiló unos cuantos platos y vasos sobre su antebrazo y se los llevó hacia el fregadero, pero antes de llegar una taza resbaló, haciendo perder el equilibrio a la torre de babel de porcelana que reposaba sobre ella. La mitad de la vajilla cayó al

suelo y estalló en mil pedazos como una lluvia de lágrimas punzantes. Greta se apresuró a dejar el resto sobre la encimera y se agachó a recoger los pedazos.

—¡Por el Conciliador, Greta! —exclamó Zlata Bashevis—, mira lo que has hecho. Esa es una porcelana carísima. Menuda semana llevas, te noto más nerviosa que de costumbre. Si no llevases tantos años con nosotros pediría a G-Corp que te lo descontase del sueldo.

—Lo siento, señora. No sé que me pasa —se limitó a contestar ella.

Pero sí sabía que le pasaba. Su señora misma lo había dicho, llevaba muchos años a su servicio, demasiados años. A sus cincuenta y cinco primaveras había pasado algo más de veinte de ellas al servicio de los Bashevis y nunca le había importado el condescendiente desprecio que Zlata le mostraba, incluso lo tomaba como la única forma que esa mujer tenía de mostrar cariño a una consumidora, a alguien que consideraba inferior a ella por derecho. Tampoco la sequedad del señor Bashevis al dirigirse a ella, al fin y al cabo, no trataba mucho mejor a su propia esposa. Ni tan siquiera le dolía que el pequeño Slavko, al que había criado desde que nació hacía diez años, cambiase su forma de comportarse con ella a medida que crecía e iba siendo consciente del inmenso abismo social que les separaba. Lo que Greta no podía olvidar era la intuición de que Oleg Bashevis hubiese interferido en los resultados del TAS de su hijo para que fuese designado consumidor simplemente porque desde su adolescencia se había ocupado del jardín de la residencia y por su gran trabajo se había convertido en indispensable en ese puesto a los ojos del señor de la casa. Greta no podía perdonárselo, ni a él ni a ella misma, pues en el fondo de su alma ardía el remordimiento de haberle conseguido ese puesto para que ganase un dinero mientras estudiaba en el instituto. Su muchacho era un joven inteligente y despierto. «Tiene que haber sido él», se decía a menudo para sus adentros Greta, pues de lo contrario su hijo se habría convertido en ciudadano y habría tenido una vida mejor, quién sabe hasta dónde podría haber llegado. Un día, armándose de un valor que jamás supo donde encontró, le preguntó al señor acerca del Test de Asignación Social de su hijo; «Uno de cada nueve», fue lo único que Oleg Bashevis le contestó. El Comisario nunca se habría imaginado que esas palabras se pasarían años macerando en el cerebro de su asistente, esperando el momento oportuno para surgir de nuevo, el momento en el que Walden las encontrase, y las había encontrado.

La VidCom de la vivienda lanzó un estridente sonido y Greta dio un respingo mientras seguía recogiendo las piezas de la malograda vajilla. Zlata pasó la mano por el panel de la mesa y apareció el rostro del oficial que guardaba su vivienda en la garita de la entrada.

—¡Slavko, cariño! Prepárate, han venido a recogerte —gritó—. Tienes que ir al colegio.

—¡Pero aún es pronto! —se quejó el muchacho desde la otra habitación.

—Señora, no es eso —dijo el guardia—. Dos técnicos de G-Corp están aquí, dicen que tienen orden de hacer una revisión de la central domótica.

—No sé nada de eso —contestó Zlata.

—Señora, fui... yo quién les llamó ayer —balbuceó Greta—. El frigorífico no está conectando muy bien con la centralita desde hace días.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —protestó—. Ay, Greta, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Lo siento, señora —dijo ella.

—¿Están limpios? —preguntó Zlata al oficial.

—Les he escaneado a ellos y a su vehículo, señora, así es.

—Que pasen —afirmó la señora Bashevis, cortando la comunicación—. Greta, deja eso y abre la puerta a esos hombres, haz el favor. Y por el Conciliador, ¡céntrate!

—Sí, señora.

Greta se incorporó y fue hasta el *hall* para recibir a los hombres de la manera que una semana antes le habían explicado, después de que aceptase formar parte del plan. Hacía apenas siete días una mujer se le había acercado a escasos metros del portal de su casa y le había pedido que le concediese un momento delante de una taza de café para proponerle un trabajo. Ni siquiera ella sabía porqué había accedido, pero diez minutos después ambas se encontraban en la última mesa de una cafetería del barrio. La mujer le ofreció lo que Greta pidiese a cambio de permitir que unos hombres entraran a casa de los Bashevis. Decía hablar en nombre de Walden. Greta simplemente tenía que dejar pasar a unos hombres corroborando su coartada y entregarles, una vez dentro de la vivienda, un pequeño maletín de seguridad con apertura de huella dactilar, no más grande que una caja de zapatos. La mujer parecía saber mucho de Greta, como que le resultaría fácil pasar esa caja, pues hacía años que ya no le escaneaban al entrar y salir de la vivienda. La misteriosa mujer aseguraba que querían colocar unos micrófonos para poder seguir la pista de Bashevis y así impedir la captura de más consumidores inocentes por parte de CONTROL. Greta tuvo miedo de lo que pudiese pasar, pero también a las consecuencias que pudiese sufrir si se negaba. Al fin y al cabo ya sabía demasiado. Finalmente explicó a su interlocutora a cambio de qué estaría dispuesta a hacerlo. Al día siguiente su hijo le dijo que había recibido una comunicación del gobierno avisándole de que su situación como consumidor se estaba estudiando a consecuencia de un error en el TAS. Las dudas de Greta sucumbieron ante su amor de madre. La mujer solo esperaba que los hombres pudiesen mantener su engaño y no fuesen descubiertos para que acabasen pronto y pudiese volver a centrarse en su trabajo, pues de seguir así la señora acabaría despidiéndole. Greta se apoyó contra la puerta, colocó el ojo en la mirilla y pronunció tan bajo como pudo las palabras que le habían dicho, esperando la respuesta adecuada para dejarles pasar.

—La victoria es segura —susurró.

—Porque somos ocho de cada nueve —respondieron desde el exterior.

La contestación era la pactada, así que Greta abrió la puerta y los dos hombres, uniformados con monos de mantenimiento de G-Corp, accedieron al recibidor. El

primero de ellos era bajo y ancho de hombros, con el pelo corto, oscuro y la tez canela, parecía ser mediterráneo. El segundo era algo más alto y atlético, con el cabello como su compañero pero con la piel más rosada.

—Greta, ¿verdad? —preguntó el latino. Recibió de ella un gesto afirmativo con la cabeza—, debemos actuar rápidamente. ¿Dónde está la caja que debías traer?

—Está en mi bolso, ahí mismo. —Señaló el perchero que estaba a su lado.

—Estupendo —contestó el hombre. Su compañero sacó el objeto del bolso de la mujer.

—Por favor, tienen que darse prisa —suplicó Greta, aún en voz baja—. Si la señora les descubre no sé que será de mí.

—No se preocupe por eso, Greta, es usted una buena consumidora —replicó el hombre bajo—. Acabaremos enseguida y nadie se enterará de que nos ha ayudado. Ahora vaya a la cocina y siga con su trabajo como si nada, nosotros iremos enseguida.

Greta, intentando calmar su ánimo, aceptó y se retiró de vuelta a la cocina. Los dos hombres quedaron solos en el recibidor. El alto colocó su pulgar sobre el detector de huellas y el mecanismo de la caja emitió un silbido al desbloquearse. Las dos armas de nueve milímetros con silenciador que había dentro no se parecían en nada a unos micrófonos. Cada uno de ellos se hizo con una y ambos las escondieron bajo sus monos. Conectaron los transmisores que llevaban en sus oídos para poder comunicarse y se prepararon para seguir con su plan, uno muy diferente al que Greta conocía.

—Ocúpate del guardia de la garita, borra las grabaciones y desconecta las cámaras. Si consiguen identificarnos no habrá lugar en la tierra donde podamos escondernos —ordenó el latino—. Yo iré a la cocina y fingiré revisar los electrodomésticos hasta que me des la señal de que todo está asegurado.

Cada uno tomó su camino. El primero volvió fuera, hacia la puerta donde el oficial guardaba la entrada, y el otro se dirigió a la cocina. En su camino pasó por el salón y comprobó que el muchacho Bashevis se encontraba allí. Estaba jugando a un videojuego y tenía el volumen considerablemente alto, lo cual consideró ventajoso. Cuando entró en la cocina saludó a la señora de la casa, que le devolvió el saludo sin mucho entusiasmo y siguió leyendo el panel de la mesa. El hombre comenzó a toquetear los electrodomésticos, abriendo y cerrando sus puertas y pulsando en sus paneles, sin hacer nada en concreto, mientras esperaba que su compañero le diese el visto bueno para empezar.

—Perdone, ¿no eran ustedes dos? —preguntó Zlata un momento después.

—Así es, señora. Mi compañero ha salido a buscar los cables que conectan con la consola central. No se preocupe, solo será un momento.

—Eso espero, porque hoy tengo un día muy ajetreado —gruñó la señora Bashevis.

Mientras tanto, el otro hombre estaba a punto de alcanzar la garita del guardia, a



cien metros de la construcción principal.

—Disculpe, señor —dijo el hombre a través de la ventanilla—. Vengo a avisarle de que es posible que tengamos que cortar la luz unos minutos.

—Ah, no se preocupe —contestó el guardia—. Este equipo de seguridad tiene alimentación autónoma.

—Muchas gracias, resulta muy útil saberlo —aseguró el hombre de Walden.

Sin dar tiempo al oficial a entender qué es lo que había querido decir, sacó el arma de su mono y rápidamente disparó tres veces contra el pecho del guardia, que cayó al suelo fulminado. Abrió entonces la puerta de la garita, disparó una vez más en la cabeza de su víctima para asegurar su muerte y le apartó a una esquina. Acto seguido se colocó frente al panel de control del equipo de seguridad y comenzó a borrar y desactivar todos los sistemas para que no quedase rastro de ellos. Un par de minutos después se colocó la mano en el oído y dio la señal a su compañero.

—Recibido —contestó el latino en la cocina.

Descubrió su pistola. Greta, que se encontraba a su lado en ese momento, lanzó un grito ahogado de terror y Zlata abrió tanto los ojos que parecían dos lunas sobre sus mofletes sonrosados. El hombre agarró a Greta por los hombros y la lanzó junto a su señora.

—¡Por el Conciliador! ¿Qué significa todo esto? —preguntó Zlata, tan atemorizada como indignada.

—Haga el favor de levantarse para ir hasta dónde está su hijo —ordenó, con voz firme.

—¡No pienso hacer eso! —gritó. Greta lloraba de rodillas junto a ella—. ¿Tiene usted idea de quién soy?

—Sé muy bien quién es, señora Bashevis. Haga lo que le he dicho.

—No pienso hacerlo —contestó ella, orgullosa.

Sin que pasase un segundo y sin la menor vacilación el latino disparó a la cabeza de Greta, que cayó desplomada a los pies de Zlata. Su sangre manchó la blusa de la señora Bashevis.

—Esa mujer me caía bien, y ya ve que no he tenido reparos en matarla. Usted no me cae bien. Haga cuentas —afirmó—. Levántese, ahora, y camine hasta el salón o los dos morirán.

Zlata respondió ante la amenaza y se levantó intentando mostrarse digna, pero no podía evitar que las piernas le temblasen. Tuvo que pasar por encima del cuerpo de Greta, que yacía en el suelo. El hombre, a dos metros de ella, seguía apuntándole a la espalda con su pistola. Cuando llegaron al salón el joven Slavko estaba acurrucado a los pies del sofá donde instantes antes jugaba. Al parecer, el sonido de su videojuego no le había impedido oír que algo estaba pasando en la cocina. Cuando vio a su madre corrió hacia sus brazos y se apretó contra su vientre con toda la fuerza que pudo, ahí donde la sangre de Greta le había salpicado. Zlata no pudo evitar el llanto cuando sintió el terror de su hijo subiéndole por el torso.

—Si son Feds lo que quiere no guardamos mucho en casa, pero tenemos muchas cosas de valor. Puede llevarse lo que quiera pero, por favor, no nos haga daño —dijo ella, intentando sosegar.

—Me temo que no es tan fácil —contestó el asaltante—. Sé que hay un búnker bajo esta casa. Quiero que me lleve hasta allí.

—Es un refugio nuclear, solo hay víveres y material de supervivencia, no hay nada que le pueda interesar.

—Aún no —dijo él—. Aquí yo doy las órdenes y usted las cumple si no quiere que le pase algo a su hijo.

—De acuerdo, pero no le haga daño. Es por aquí.

La señora Bashevis se acercó hasta la escalera que conducía a la planta superior de la vivienda, decorada con una barandilla de estilo victoriano. Agarró el cuarto barrote desde el suelo y lo giró ciento ochenta grados. Un mecanismo sonó bajo el suelo del *hall*, un grupo de baldosas se deslizaron bajo las demás y dejaron al descubierto una trampilla de acero. Zlata la levantó no sin esfuerzo, pues resultaba muy pesada. Una escalera vertical de barrotes se sumergía al menos diez metros hacia el subsuelo, de donde emanaba una luz blanca producida por los tubos fluorescentes que iluminaban el túnel hacia el búnker. Con un gesto de su pistola, el hombre señaló a la mujer que ella y su hijo comenzasen a bajar. El pequeño Slavko gimoteaba mientras descendía, seguido de su madre. El latino bajó el último de ellos, sujetándose solo con una mano a la escalera mientras con la otra no dejaba de apuntarles. Su destreza para bajar era pese a todo muy superior a la de los Bashevis. Cuando estuvieron abajo se encontraron en una sala cuadrada revestida de hormigón de unos tres metros de lado en la que solo se podía observar una gran puerta de seguridad en el extremo opuesto al de la escalera.

—Abra la puerta, señora —requirió el hombre.

—No hasta que me diga que está tramando —respondió ella, con la voz temblorosa.

—No me haga repetirlo, ya sabe que pasará si no me obedece —dijo, acercándose al pequeño y apoyando el silenciador de su arma sobre la cabeza de este, que se tapaba la cara con las manos.

Zlata hizo un gesto con la cabeza aceptando la orden y se colocó frente al pequeño panel de control situado a la derecha de la puerta. El láser escaneó su retina y una voz metálica requirió una prueba de voz.

—Uno de cada nueve —pronunció Zlata. El pesado mecanismo hidráulico de la puerta tronó y esta desapareció lentamente hacia el techo—. Ya está abierta. Ahora deje de apuntar a mi hijo, por favor.

—Aún tiene algo más que hacer —dijo el hombre. Separó la pistola de la cabeza del pequeño—. Active el modo de administrador del panel y no me discuta, no pienso seguir jugando con usted.

La señora Bashevis sabía que no había nada que pudiera decir para evitarlo. Su

suerte y la de su hijo estaban en manos de ese asaltante y si tenían alguna posibilidad de salir de esa situación límite no sería desobedeciendo. Hizo un largo gesto en el panel con su dedo índice y la voz computerizada anunció que el sistema había entrado en modo administrador.

—Ahora diga «añadir nuevo administrador» —ordenó el latino.

—Añadir nuevo administrador —pronunció Zlata con lágrimas en los ojos.

—Muy bien, ahora coja a su hijo y pónganse contra esa pared, de espaldas. Voy a hacer que el escáner registre mi retina, pero no dejaré de apuntarles. Si intentan algo, les mataré a los dos.

Zlata cogió a su hijo por los hombros, que sollozaba en estado de *shock*, y se apoyaron en la pared izquierda de la habitación a tiro del hombre, que sujetaba con su mano izquierda su arma apuntándoles directamente mientras acercaba su cara al panel. El escaneo de la retina duró unos veinte segundos que parecieron un mundo para Zlata. Pensó en abalanzarse contra él, a sabiendas de que moriría, por la simple oportunidad de que el pequeño Slavko corriese a la escalera y consiguiese salir de allí. Pero sabía que en alguna parte estaba el segundo hombre y además no creía que el estado de su hijo le permitiese escapar con seguridad. Así que se resignó, contemplando el hormigón a escasos centímetros de su cabeza, y rezó al Conciliador que les sacase de esa situación con vida. «Escáner de retina finalizado», advirtió la voz metálica, «pronuncie frase de control para nuevo administrador».

—Ocho de cada nueve —dijo el hombre.

—Introduzca nombre para nuevo administrador —pidió la voz.

—Walden.

—Nuevo administrador añadido con éxito.

—Comprobar lista de administradores —dijo el latino.

El panel de la máquina mostró los nombres de quiénes tenían acceso al sistema. La lista tan solo contemplaba al matrimonio Bashevis y a Walden.

—Eliminar administradores. Bashevis, Zlata. Bashevis, Oleg.

—¿Confirma la eliminación de administradores? —preguntó el sistema.

—Confirmo.

—Administradores eliminados —sentenció la voz.

El hombre pulsó el transmisor de su oído con la mano que tenía libre e intentó ponerse en contacto con su compañero, que seguía en la garita del guardia.

—¿Me recibes? Esto es un fortín de hormigón, no se si llegará la señal. —El latino esperó hasta oír la voz de su compañero—. De acuerdo. Fase dos terminada. El plan sigue según lo establecido. Lárgate de aquí, y buena suerte. —Al acabar la comunicación el hombre se acercó a los Bashevis, que seguían de espaldas en el extremo izquierdo de la sala—. Señora Bashevis, gracias por su colaboración. Esto casi ha terminado. Solo necesito una cosa más de usted. Ahora volveremos arriba los tres. Tiene que ayudarme a hacer una llamada.

Era la mañana del segundo martes de noviembre, y el frío otoñal se había dado un respiro permitiendo que el sol brillase entre las nubes en el cielo de Munich. Oleg Bashevis mantenía el gesto serio, pero interiormente se relamía deseando que llegase el momento en el que Lafayette comunicase a Emily la noticia de su cese como Secretaria de Estado de la Federación. El Comisario despreciaba con todo su ser a Bryar, más que eso, no la despreciaba solo a ella, si no a todo lo que representaba. Por todos era conocida su simpatía hacia los consumidores y sus aspiraciones para eliminar la diferencia de estatus con los ciudadanos. Para él, como Comisario de CONTROL, suponía una amenaza a su forma de entender la vida. Lafayette empezó su discurso dando las gracias a todos por acudir a la reunión y hablando sobre las futuras elecciones. Hacía muchos años que estas no se habían convertido más que en una pantomima, pues ninguno de los pocos partidos que se atrevían a competir en las urnas con el PFE conseguían nada desde que el Gran Ministro Schroeder se hiciese con el poder. El gobierno tenía bien aleccionados a los ciudadanos, los únicos con derecho a voto. Pese a eso, Bashevis seguía viendo la convocatoria de elecciones como una muestra de debilidad, un resquicio del pasado de la vulnerable Unión Europea. Su SmartPad comenzó a sonar, expulsándole de sus tribulaciones a la espera de que Emily recibiese la noticia de su cese. Sacó malhumorado el dispositivo de su bolsillo y comprobó en la pantalla que se trataba de su mujer. Le tenía dicho que no le molestase durante las horas de trabajo, pero Zlata nunca le hacía caso. Pulsó el botón de rechazar la llamada y el nombre de su esposa desapareció de la pantalla.

—Disculpen. Debo estar localizable en cualquier momento —dijo Bashevis.

—Pero has colgado —puntualizó Dominic Lafayette.

—Solo era mi mujer.

—No te olvides de comprar los huevos y el ketchup antes de volver a casa —bromeó Giles Lebouf.

—Creo haberme disculpado ya, Ministro —contestó Oleg, sin sentido del humor.

—Como iba diciendo... —prosiguió el Gran Ministro.

Bashevis le dedicó una mirada asesina al Ministro de Defensa. Un hombre tosco, descuidado y estúpido según entendía el Comisario. Alguien que había olvidado entre los papeles de su despacho el honor que suponía vestir un uniforme militar. Volvió al hilo de la conversación cuando descubrió que Lafayette por fin iba a darle la noticia a Bryar. Bashevis tenía conocimiento de ello desde antes del funeral de estado por Andersen y llevaba todo el fin de semana esperando ese momento.

—¿Qué quieres insinuar, Dominic? —respondió ella cuando Lafayette le lanzó el dardo envenenado.

—No estoy insinuando nada, Emily, solo pienso en tu bienestar...

Justo cuando el Comisario más estaba disfrutando otra llamada interrumpió la conversación. Comprobó su terminal y descubrió con irritación que su mujer volvía a llamarle. Si no era realmente importante esa noche habría discusión en casa de los

Bashevis. Estuvo tentado de volver a colgar, pero pensó que eso solo supondría una tercera llamada unos instantes después, así que olvidó la idea.

—Disculpen de nuevo, debe de ser importante. —Bashevis colocó el SmartPad junto a su oído—. Te he dicho mil veces que no me llames cuando estoy trabajando.

—Vaya a un lugar donde esté solo y conecte la VidCom —dijo una voz de hombre al otro lado de la línea.

—¿Qué? —Fue lo único que alcanzó a pronunciar un sorprendido Bashevis.

—Ya me ha oído. Tiene diez segundos o será responsable de lo que le pase a su familia.

—¿Se supone que es una broma? —dijo, alzando el tono.

—¿Acaso me estoy riendo?

—¡Merde, Bashevis! ¡Sal de la habitación ahora mismo, ya me he cansado de tu falta de respeto! —Gruñó el Gran Ministro Lafayette.

El Comisario se levantó de la mesa y salió raudo de la sala.

—Quiero que me escuches atentamente —dijo mientras cerraba la puerta de la sala y se alejaba unos metros por el pasillo desierto—, no sé si esto va en serio o no, pero por el simple hecho de haberme llamado te estás ganando a pulso el antifaz. No es buena idea meterse conmigo, puedo arruinarle la vida antes de desayunar.

—Esa actitud no ayuda, señor Bashevis. Su mujer se ha mostrado mucho más colaborativa que usted. Conecte la VidCom.

—¿Para que puedas grabarme y colgar por la Red un video de como me tomas el pelo? Creo que no. —El Comisario intentó coger las riendas de la conversación.

—¡Por el Conciliador, Oleg, haz lo que te pide! —gritó Zlata al otro lado del auricular.

El gemido de su mujer le entró por el oído como un chorro de nitrógeno líquido que le congeló por completo. Apartó rápidamente el dispositivo de su cara y pulsó el botón que iniciaba la VidCom. En la pantalla de su SmartPad aparecieron su mujer y su hijo sentados en unas sillas frente a él. Estaban maniatados y el pequeño Slavko tenía los ojos tapados y la boca amordazada. Detrás de ellos un hombre con pasamontañas y un mono apuntaba a su mujer a la cabeza con un arma que incorporaba un silenciador. La instrucción del Comisario comenzó a trabajar de manera inconsciente y sus ojos se afanaron en encontrar en aquel hombre alguna pauta reconocible que le sirviese para comenzar a indagar en cuanto acabasen de hablar.

—Me alegro de que le haya hecho caso a su mujer —dijo el hombre.

—¡Malnacido, voy a acabar contigo! —pronunció Oleg, con el hilo de voz que la rabia le permitió emitir.

—No hagamos que esto dure más de lo necesario, Comisario —se jactó el hombre, con tono firme—. Ya sé que es un hombre poderoso, que tiene una legión de agentes que pueden buscarme y que si me encuentran me torturarán hasta límites más allá de lo imaginable. Ya sé todo eso, pero nada de eso va a suceder. Lo que va a

pasar es que yo ahora voy a empezar a hablar, y usted me escuchará sin interrumpirme. ¿Está claro? Quiero oírse lo decir, para saber que me ha comprendido.

—... Está claro —claudicó Bashevis, incendiado por dentro.

—Está usted acostumbrado a dar órdenes y no a recibirlas, pero debe hacerlo por el bien de su familia. Entiendo su dilema, créame, si alguien me hiciese a mí lo que yo estoy haciéndole no sé si sería capaz de contenerme, pero por fortuna tenemos fe en usted. Ha demostrado ser un hombre de lo más frío y calculador y por una vez esas aptitudes van a jugar a favor y no en contra de los consumidores. Téngalo muy claro, su poder ahora mismo no sirve de nada porque el único poder con algún valor en esta partida está en las balas de este arma, y está apuntando a la cabeza de su mujer. —El latino apretó el silenciador contra la sien de Zlata, que tembló de pavor al contacto con el frío metal—. Muy bien, señor Bashevis. Ahora va a pasar una cosa, algo que no le va a gustar, pero recuerde lo que le he dicho hace un momento. Manténgase frío y calmado, como es usted.

Un leve gesto del dedo índice del hombre le arrancó la vida a Zlata Bashevis sin la menor contemplación. La bala silbó a través del silenciador y la mujer cayó al suelo junto a la silla a la que estaba atada. La sangre que brotó de su cabeza manchó la mano y el brazo de su asesino, pero Oleg Bashevis la sintió como si le hubiese salpicado en la cara. Atónito, no acertó más que a pronunciar el nombre de su mujer. Tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de ocurrir. Una arcada le recorrió el torso y cuando llegó al final de su garganta lo que salió de su boca fue la bocanada de furia que había estado apaciguando hasta ese momento.

—¡Maldito cabrón, date por muerto! ¡Puedes darte por muerto! ¡Te mataré con mis propias manos! ¡Te torturaré durante semanas y haré que te curen simplemente para poder seguir torturándote! ¡Acabaré con toda tu familia delante de tus ojos!

La saliva se le escapaba de entre las comisuras de los labios gritaba y gemía fuera de sí mientras el asesino de su mujer esperaba pacientemente a que su ataque de cólera finalizase para seguir hablando con él. En su éxtasis, Bashevis no había percibido la presencia de un funcionario del Volksgeist, que ahora le miraba atónito diez metros por delante de él en el pasillo.

—¿Qué coño estás mirando? —le espetó el Comisario—. ¡Largo de aquí maldito imbécil! Y no se te ocurra contar nada de lo que has visto, nunca olvido una cara. ¡Lárgate si no quieres morir!

El hombre no tardó un segundo en obedecer la orden, se giró y desapareció por el mismo lugar que había venido tan rápido como le permitieron sus pies.

—Señor Bashevis, es necesario que recupere la cordura para que pueda seguir hablándole —dijo el latino a través de la VidCom—. Recuerde que aún tengo aquí a su hijo.

—¡No te atrevas a tocarle!

—No creo que me hiciese nada peor de lo que ya me haría de ponerme la mano encima. Comisario, le prometo que su hijo estará bien siempre y cuando haga

exactamente lo que yo le diga. Lo de su mujer ha sido un asunto peliagudo, pero necesitábamos que entendiese hasta qué punto estamos dispuestos a llegar en nuestro cometido.

—Di lo que tengas que decir de una vez, no quiero oír ni una palabra más de la necesaria de tu asquerosa boca —dijo Bashevis, con la respiración entrecortada.

—Hay un almacén de construcción abandonado en la calle Rockestreib de Hohenbrunn, no debería tardar más de media hora en llegar allí. Hay alguien muy especial que desea hablar con usted de su participación en todo esto. Creo que resulta innecesario decírselo, pero si avisa a alguien durante el trayecto su hijo morirá. Si alguno de sus agentes o usted mismo vienen aquí e intentan algo, su hijo morirá. Si no va directo al almacén, etcétera, ya me entiende. No estoy bromeando, Comisario. Nada de lo que usted pueda hacer es más rápido que lo que yo pueda tardar en apretar de nuevo este gatillo. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—¿Recuerda la dirección?

—Almacén abandonado, Calle Rockestreib, Hohenbrunn.

—Adiós, señor Bashevis.

El hombre cortó la comunicación y el Comisario se quedó mirando la pantalla oscurecida de su SmartPad. El aparato le quemaba en las manos. Una simple llamada y tendría a todo CONTROL trabajando para atrapar a ese hijo de puta, pero el miedo a perder también a Slavko le impedía pulsar la tecla. Nunca se había sentido tan solo e indefenso como en aquel momento. Corrió todo lo deprisa que sus piernas le permitieron por el pasillo dejando tras de sí los ascensores, pues era incapaz de esperar a que uno de ellos llegase hasta allí y decidió bajar por las escaleras. Salió al aparcamiento en el sótano del Volksgeist de un portazo y subió a su coche, al que configuró en modo manual para poder tomar él mismo los mandos. El automóvil plateado parecía una bala rebotando entre las calles de Munich. Mientras se alejaba del centro de la ciudad en dirección sur estuvo cerca en varias ocasiones de provocar un accidente, pero su pericia al volante y su formación militar le permitieron salir airoso y poder continuar con su carrera desesperada. Los pensamientos se amontonaban y desordenaban en su cabeza. En un momento creía que lo mejor era seguir el juego al secuestrador y un segundo después casi estaba convencido de llamar a CONTROL y desplegar todo su poder contra los que estaban haciendo esto. Se preguntaba cómo podían haber accedido a su casa y el rostro de Zlata volvía una y otra vez a su cabeza, pero no con el gesto amable que su mujer solía mostrar, si no con la horrible mueca de pánico que había podido contemplar un segundo antes de que le arrebatasen la vida. Oleg Bashevis dejaba atrás un reguero de volantazos, derrapes y semáforos en rojo mientras recorría la ciudad que hasta esa mañana estaba seguro de controlar. Dejó atrás el centro y siguió su alocado trayecto a través de las zonas dormitorio primero y las casas de la zona suburbana después, hasta que finalmente encaró la carretera que llevaba hasta Hohenbrunn. Pisó el acelerador hasta

el fondo y el motor eléctrico respondió de inmediato con un empuje que le pegó la cabeza al asiento. La furia que sentía en el pecho le estaba nublando la vista. Con un rápido giro a la izquierda cruzó la línea continua de la carretera y se dirigió hacia el único edificio que estaba en pie en la calle Rockstreig. Tenía que ser ese. Acarició la pistola que colgaba bajo su chaqueta con la mano derecha para comprobar si aún estaba allí y frenó en seco frente a la puerta del almacén. Bajó del coche sin tan siquiera apagar el motor y se lanzó hacia el interior con la pistola desenfundada en su mano, pero aún bajo su chaqueta. Dentro no encontró más que un espacio amplio y vacío solo ocupado aquí y allá por pequeños montones de escombros y por una cámara colocada sobre un trípode en el medio de la sala. Un punto rojo brillaba bajo la lente, que parecía mirarle directamente a los ojos. Se acercó con cautela hacia ella, comprobando con su mirada cada pocos pasos no caer en una emboscada.

—Buenos días, Comisario —dijo una voz distorsionada a través de un altavoz que Bashevis no lograba localizar—. Puede volver a enfundar su arma. No corre peligro aquí ni tiene a quién disparar.

—¿Quién eres?

—Me alegro de que haya seguido nuestras indicaciones y se haya presentado solo —respondió la voz, haciendo caso omiso a la pregunta de Bashevis.

—He preguntado quién eres —insistió el Comisario mirando a la cámara.

—Ya le he oído la primera vez. ¿De verdad es necesario que lo diga?

—Quiero oírtelo decir.

—Soy ocho de cada nueve —afirmó la voz.

—Walden —confirmó el Comisario.

—Imagino que estará ansioso por escuchar lo que tengo que decirle.

—Quiero a mi hijo —espetó Bashevis.

—La buena noticia es que hay una posibilidad de que su hijo salga con vida de esta situación, y solo depende de usted.

—¿Qué tengo que hacer? —Aguantó las ganas de disparar al objetivo de la cámara.

—Verá, cuando empezamos a planear todo esto nos enfrentamos al dilema de cómo conseguir eludir el rastreo del hombre con el mayor potencial de espionaje del siglo veintiuno. No queríamos montar todo este jaleo sin garantías de poder llevarlo hasta el final. Fue una suerte cuando descubrimos su pequeña fortaleza antinuclear bajo el suelo de su casa. Permítame obviar los pormenores de dicho hallazgo por razones obvias. Cuando se nos presentó la oportunidad nos pareció inmejorable. ¿Dónde esconder a su hijo mejor que frente a sus propias narices? No es necesario que le busque, pues yo mismo le diré donde se encuentra. Slavko y el hombre con el que habló hace un rato están ahora encerrados en el búnker subterráneo de su casa y ahí permanecerán hasta que usted cumpla con su parte del trato que voy a proponerle.

—Eso es imposible. Ese búnker es impenetrable.

—En efecto. Para todo el mundo menos para sus administradores.



Lamentablemente para usted su mujer lo abrió para nosotros antes de la llamada, y nuestro hombre añadió su perfil y eliminó todos los demás. Ahora es el único que puede abrirlo de nuevo.

—¡Maldita sea! —gimió Bashevis—. Te juro que como le pase algo a mi hijo no descansaré hasta veros muertos a todos.

—No se sulfure, Comisario, ya no hay vuelta atrás. Nuestro hombre está incomunicado junto a su hijo allí dentro. Tiene orden de salir en una fecha determinada. Cuando lo haga, contactará con nosotros para saber si usted ha cumplido. De no ser así o de detectar cualquier mínima amenaza acabará con su hijo sin vacilar, se lo aseguro. Pero, si usted nos hace caso, le dejará libre.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—La primera parte no va a ser agradable para usted, pero es necesaria. Cuando vuelva a su casa deberá deshacerse de los tres cuerpos que allí se encuentran. El guardia, la asistenta y, sí, su mujer. Invente la historia que quiera o manipule información, tiene el poder para hacerlo, pero nadie debe sospechar que algo está ocurriendo.

—¿Y después qué? —preguntó. La imagen de su mujer estaba de nuevo en su cabeza.

—Después pasará un tiempo hasta que tenga que actuar. Cuando lo haga alguien debe morir para que su hijo viva.

—Quieres que mate a alguien, no eres más que otro asesino. Eres como yo —afirmó Bashevis.

—Soy mucho más listo que usted, por eso le mataré por mí.

Una hora y media después el Comisario Oleg Bashevis, con la camisa empapada de sudor y sangre, acabó de depositar los cuerpos del guardia, de Greta y de su propia mujer en la sala de hormigón que daba paso al búnker bajo su casa. Allí nadie les encontraría. Se quedó mirando fijamente a la puerta de acero que le separaba de su hijo lleno de ira y sed de venganza, pero tan impotente como el dueño del nombre que se le había quedado grabado en la memoria, aquel al que Walden le había encargado asesinar.

Se acercaba el mediodía y el sol brillaba radiante en el centro del cielo sobre el refugio de aves del lago Speichersee. Garin había guiado hasta allí a Emily para ver a alguien que aún no se había dignado en aparecer y no había querido explicarle nada más hasta que no lo descubriese por ella misma. Llevaban sentados en un banco casi una hora y desde entonces no habían visto pasar un alma. Los rayos de luz se colaban juguetones entre las ramas de los árboles que decoraban la zona boscosa, en la linde del lago situado al noreste de la capital de la Federación. Las aguas estaban tranquilas y resplandecían con notas doradas que escapaban del azul oscuro de su esencia. Si Emily no hubiese estado tan ansiosa por conocer qué se traía Garin entre manos la situación incluso le hubiese parecido romántica. Se sentía tensa, agotada, y cuando

miraba el rostro de su amado no conseguía descubrir esa complicidad que les había unido desde que le vio por primera vez. Él intentaba mostrar calma, pero ella le conocía demasiado bien. Detrás de su fachada era un manojo de nervios. Emily se descubrió pensando en su relación mientras miraba hacia la inmensidad del Speichersee. ¿Qué había pasado con ellos? ¿Había sido tan solo una discusión motivada por un mal momento o era el aviso del fin? Había pasado varias semanas sin ver a Garin y no había ni un día en el que no hubiese pensado en él, en el que no le hubiese echado de menos. Sin embargo ahora, con él a su lado, no sentía el menor atisbo de la felicidad que había presupuesto de su regreso.

Un grupo pequeño de aves acuáticas que picoteaban en la orilla del lago en busca de alimento emprendió el vuelo cuando el sonido de un vehículo rodando sobre el pedregoso camino comenzó a hacerse audible. Garin se giró, buscándolo con la mirada, y se puso de pie como si le hubiese activado un resorte. Emily, por pura inercia, repitió la acción. Apenas un momento después un coche negro apareció de entre los árboles y se detuvo en la estrecha planicie que les separaba del inicio del lago. La puerta del vehículo se abrió y bajó un hombre de gesto serio, con escaso pelo pero espesa y prominente barba, ataviado con zapatos de vestir, pantalón negro y una camisa blanca remangada hasta los codos. Cuando estuvo fuera, se dispuso a ayudar a alguien más a salir y desde el interior se oyó una voz femenina, grave y melosa.

—Gracias, Frank, eres todo un caballero.

Una mujer alta, de algo más de metro setenta, de caderas anchas y busto generoso, se apeó del automóvil sostenida por la mano de su acompañante. Según apreció Emily debía tener algo más de sesenta años. Su pelo ondulado era de un color cercano al caoba y de él surgían pequeños matices rojizos cuando la luz le alcanzaba de cierta manera. Vestía elegante y provocativa, con una falda de tubo granate que llegaba hasta la rodilla y realzaba su figura, zapatos de medio tacón a conjunto y una blusa de estampado cachemir con pronunciado escote. Sus formas, seguramente magnificadas con el paso del tiempo, escondían a una mujer acostumbrada a las miradas de los hombres. Su rostro era ancho y sus facciones, pese a no ser delicadas, resultaban atractivas. Sus ojos permanecían ocultos tras unas grandes gafas de sol cuadradas que recordaban al estilo de los años sesenta del siglo veinte. La mujer se acercó a Emily y Garin con el insinuante caminar de un gran felino, seguida de cerca por el hombre de la barba.

—Emily, querida, tenía muchas ganas de conocerte —dijo la mujer, con inesperada confianza—. Garin, cariño, muchas gracias por convencerle de que nos viésemos.

—Tampoco es que me diera mucha información que me ayudase a decidir —contestó Emily.

—Pero cuando tenemos una puerta delante tenemos que abrirla para descubrir qué esconde. Así somos las mujeres, ¿no es cierto?

—Digamos que no tenía nada mejor que hacer —dijo Emily, evadiendo contestar

directamente.

—¡Oh, querida! Créeme que eso va a cambiar después de que tengamos una charla. Pero si no te importa, primero sentémonos. Yo ya no soy joven como lo eres tú y agradezco poder colocar estas nalgas aunque sea en un duro banco de madera. — La mujer emitió una corta y grave risa.

Emily accedió y ambas se colocaron en el banco con vistas al lago. Garin permaneció de pie junto a Emily, y el acompañante de la misteriosa mujer se mantuvo tras ella.

—Imagino que te estarás preguntando quién soy —afirmó.

—Entre otras cosas —replicó Emily.

—Mi nombre es Constance Klausner, y entiendo que eso no te dirá nada, pues nunca he sido una figura pública. Sin embargo, estoy segura de que si reconocerás el nombre de mi marido. Soy la viuda de Filippo Perosio.

—Uno de los padres del Neocapitalismo —contestó Bryar.

—A veces nuestros hijos son nuestra mayor bendición, y otras se vuelven nuestra carga más pesada —dijo Klausner. Había pesar en sus palabras—. Sus últimos años, los que yo compartí con él y que fueron los más felices de mi vida, son casi por completo desconocidos a nivel público y puedo contarte la verdad sobre ellos.

—Sé que no acabó muy bien, creo recordar que incluso fue detenido por CONTROL, pero reconozco no tener mucha más información al respecto.

—Fue mucho más que eso, querida. —La nostalgia escapaba de entre las comisuras de los labios de Constance—. Mi marido fue ridiculizado y apartado de su campo de estudio por ejercer un derecho al que todos los seres humanos deberíamos poder acogernos, el derecho a equivocarnos y a retractarnos de nuestros errores. Esta es la parte que quizá no conozcas, pero los últimos diez años de su vida mi amado Filippo renegó del sistema que había ayudado a crear, y esa fue la razón por la que no pudo ejercer más que como profesor de instituto hasta que finalmente fue detenido y empujado al suicidio por el Gran Ministro Schroeder. Escribió muchos ensayos durante ese tiempo explicando porqué el Capitalismo Extremo era un cáncer para la sociedad, pero no tuvieron repercusión alguna. Tú mejor que nadie sabes que la sombra del gobierno es alargada y que no hay luz que pueda escapar de ella. Le vi consumirse de impotencia y llorar amargamente entre mis brazos. El peso de contribuir a un mundo injusto es demasiado para las espaldas de un solo hombre, así que yo intenté cargarlo con él, pues le debo todo lo que soy. —Constance hizo un airado gesto señalándose a sí misma—. Ya me ves, llevo mucho años siendo una ciudadana, pero no siempre fue así. Nací pobre y, cuando se estableció el Capitalismo Extremo, fui asignada consumidora en mi Rotterdam natal. Eres una chica lista, estoy segura de que ya te habías dado cuenta que debajo de esta ropa cara se escondían unos orígenes de clase baja. Cada día me siento más orgullosa de ellos.

—¿Entonces su marido intentó luchar contra el sistema que él mismo ideó? — dijo Emily, más como afirmación que como pregunta.

—Y murió sin poder ver cumplido el sueño de enmendar su error. Llevo siguiéndote la pista un tiempo, querida, y no sabes lo que me recuerdas a él.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Emily Bryar.

—Porque mi historia y la de mi marido, más que mi nombre, te dice quién soy.

—Walden —Emily cayó súbitamente en la cuenta, y Constance le devolvió una sonrisa afirmativa—. Usted es Walden —repitió Emily.

—Walden es una idea mucho más grande que yo. Walden es cada persona a la que este sistema pisotea, es la lucha por conseguir una sociedad justa, es ocho de cada nueve, es el sueño de mi Filippo. Yo solo soy un instrumento al servicio de esa idea.

—Por el Conciliador...

—Sé que solo es una expresión pero, ¿sabes que ese a quién nombras ni siquiera existía hace treinta años? Le doblo la edad a tu Dios —concluyó con otra de sus graves risitas.

—¿Por qué yo, por qué me cuenta esto a mí?

—Porque sé que tú también quieres borrar la distinción entre consumidores y ciudadanos. Garin nos lo ha contado.

—¿Hasta qué punto estás metido en Walden? —preguntó Emily, girándose hacia Garin.

—Querida, ¿vas a enfadarte con él por hacer lo correcto? —interpeló Klausner.

—¿Me has estado utilizando todo este tiempo? —preguntó Emily a Garin sin hacer caso a Constance.

—Emily, creo que esto es lo que necesitas —respondió él.

—¿Desde cuando estás con ellos? ¿Lo nuestro fue todo mentira?

—Querida —digo Klausner—, captamos a Garin hace solo un par de meses, cuando descubrimos que estabais juntos, y no somos los únicos que lo saben. Las migajas de pan estaban ahí, solo había que seguirlas. Te aseguro que este hombre te ama con locura. Lo sé como solo una mujer a la que han mirado como él te mira a ti puede saberlo.

—Iba a contártelo todo en nuestro viaje a Montevideo, cuando estuviésemos lejos de la Federación y todo fuese más fácil, pero tuviste que irte y luego todo se fue volviendo más complicado con lo de la Cumbre y... tenía miedo de que no lo entendieses —se explicó Garin.

—Pero Walden es una organización terrorista.

—Eso solo es un punto de vista. Solo causamos terror al gobierno, el terror de que abramos los ojos de la sociedad. No hacemos daño a nadie —dijo Klausner.

—Soltasteis a ocho ciudadanos desnudos con pintadas en sus cuerpos por todo Munich.

—La pintura se quita más fácilmente que los antifaces —afirmó Constance—. Debemos llamar la atención para conseguir representatividad.

—¿Qué se supone que queréis de mí? ¿Por qué no iba a denunciarte? —dijo Emily.

—Puedes hacerlo si lo deseas, querida. Me he arriesgado a descubrirte quién soy y mi identidad porque he decidido creer en ti, estoy segura de que eres lo que le hace falta a la Federación, pero si decides delatarme puedo prometerte que no ejerceremos ese terrorismo del que hablas contra ti o los tuyos. En cualquier caso a nuestros amigos de CONTROL no les sería fácil encontrarme y, de hacerlo, otro ocuparía mi lugar. Como te he dicho Walden es una idea, una idea muy poderosa, y me gustaría poder brindarte ese poder a ti.

—¿A mí?

—Sé que te han cesado como Secretaria de Estado. Tu carrera en el PFE se ha acabado. Aunque no lo creas tenemos amigos muy poderosos dentro del Gobierno que piensan como nosotros. No eres la única que no está de acuerdo con la separación de consumidores y ciudadanos, solo la única que tuvo la valentía de intentar hacer algo al respecto. Sabemos los planes que compartías con el Gran Ministro Andersen, y me gustaría que volvieses a hacer uso de esa valentía con nuestro respaldo.

—¿Cómo haría eso? —preguntó Emily.

—Fundando un nuevo partido para las próximas elecciones. Uno que prometa acabar con el Neocapitalismo, y Walden te dará su apoyo.

—¡Eso es una locura! —se sorprendió Emily—. Los únicos con derecho a voto son los ciudadanos. No votarán a un partido que mira por los consumidores.

—Lo harán si confían en ti, porque es lo correcto —afirmó Constance. La mujer sostuvo una de las manos de Emily entre las suyas—. La gente anhela hacer lo correcto, solo necesitan a alguien que les muestre el camino.

—No sé si sería capaz.

—Sé que Anker Andersen tenía muchas esperanzas puestas en ti y, aunque dirigiendo un sistema equivocado, pienso que era un buen hombre. Dominic Lafayette no lo es, no podemos permitir que se alce con una victoria. Piénsalo, querida, tú tienes a Garin, ¿ves a un consumidor cuando le miras o solo al hombre al que amas? La gente, pese a los prejuicios fomentados por el sistema, no es diferente. Los consumidores son mayoría en la población, si un ciudadano hace balance siempre habrá un consumidor que le importe, sea un antiguo amigo, la camarera que le sirve el desayuno todos los días y a la que no se atreve a pedirle una cita o el viejo conserje de su bloque de viviendas. Solo hay que recordárselo.

—Está siendo un día extraño. —Sentía como se desbordaban sus pensamientos.

—Lo entiendo, querida, y por eso no voy a pedirte que me contestes ahora. —Klausner se levantó del banco—. Hazle saber a Garin tu decisión cuando la hayas tomado. Él sabrá como dar con nosotros para que podamos vernos, si es que lo deseas. Espero volver a verte, Emily.

Constance Klausner hizo un gesto con la cabeza a Garin y se alejó con su insinuante caminar hacia el coche seguida de su fiel acompañante. Emily se quedó sentada, mirando de nuevo al lago Speichersee, intentado encontrar entre sus destellos la respuesta a todas las preguntas que se le planteaban en la cabeza. Garin se

sentó junto a ella y le rodeó con uno de sus brazos. Klausner volvió a subir al coche ayudada por Frank, que hizo lo mismo tras ella. El motor eléctrico se encendió y el coche se alejó por el camino después de maniobrar para encararlo.

—¿Que opina, señora? —preguntó Frank.

—Lo hará —contestó Constance Klausner.

## Getsemaní

*A mi otrora bienamado Jacques Pascal:*

*Sea esta carta mi despedida de ti y mi dimisión irrevocable como Director del Departamento de Robótica de G-Corp, aunque eso a estas alturas signifique lo mismo que abdicar del Reino de Ningunaparte.*

*Lo de Copenhagen nunca debió ocurrir. Como ya te confesé, no acabará un día en mi vida en el que no me sienta responsable y culpable de lo que pasó, y no solo de las vidas humanas perdidas allí, si no también de las de los cientos de androides que cayeron en la revuelta. Fue mi decisión y siento habértelo ocultado, habérselo ocultado a todos, pero sabía que, si te lo decía, jamás lo habrías permitido.*

*Asumo mi culpa, y hubiese aceptado las consecuencias de mis actos si me hubieras dado la oportunidad de hacerlo. Jacques, mi querido Jacques, todavía no entiendo cómo has podido apoyar la Prohibición. Sé que lo has hecho para protegerme, para borrar las huellas de mis actos, pero yo no te lo pedí y si me quedase me convertiría en cómplice de ello. Eso es algo que no podría soportar. Todo lo que creamos juntos, dos mentes prodigiosas fundidas en una sola de todas las maneras imaginables, a nivel profesional, a nivel humano, de maneras tan íntimas... ¿Cómo creíste que podríamos haber sobrevivido al genocidio de nuestro mayor legado?*

*Sé que no hay vuelta atrás. La Prohibición ha sido aprobada por el Gobierno Federal y durante las próximas semanas tendré que contemplar cómo el trabajo de toda mi vida se derrumba como un castillo de naipes pero, si aún te soy querido en alguna parte de tu alma, hay una cosa que harás por mí. Por favor, Jacques, protege a Jules, te lo ruego, no dejes que destruyan a quién creamos juntos, protege a nuestro hijo.*

*Hasta siempre Jacques.*

*Cuídate mucho.*

Carta de Maximilian Weber a Jacques Pascal, 23 de junio de 2063.

Correspondencia personal de Jacques Pascal.

\* \* \*

Morrisey33: Estás contenta?

Lady\_Stardust: Muchísimo, y muy impaciente. Más de lo que lo he estado en años.

Morrisey33: Y cómo está tu marido?

Lady\_Stardust: Roger está feliz, como yo. Está mucho más tranquilo desde que

nos dieron la noticia. Siempre ha sido muy fuerte, pero toda esta tensión estaba siendo demasiada para él. Es un buen hombre.

(Siguiente reproducción Wild World. Género: Reggae. Intérprete: Bob Marley)

Morrisey33: Me alegro mucho, de verdad. ¿Cuándo os marcháis?

Lady\_Stardust: Pasado mañana volamos a Munich y al día siguiente estaremos en la «función» de Sey. Odio tener que presenciar eso, pero después nos van a dejar verle y estar con él, y en unos días más podremos llevárnoslo a casa. ¡No puedo esperar!

Morrisey33: Me gustaría poder ir a visitaros cuando vuelva a Inglaterra.

Lady\_Stardust: ¡Más te vale que lo hagas! Ahora tengo que irme. He de preparar cosas para el viaje.

Morrisey33: De acuerdo. Hablamos pronto.

Benjamin Bryar charlaba amistosamente con su amiga en lo que se había convertido en una rutina dentro de su encierro en el Palacio de Cristal. Habían pasado casi tres semanas desde su primera conversación y las horas frente al panel con Heather al otro lado permitieron a Ben escapar de la soledad de su habitación y del páramo estadounidense. Durante ese tiempo compartieron multitud de confesiones e intimidades que les habían unido intensamente. Desde el anonimato del Musichat, las palabras de Heather habían ido tomando forma en la mente de Benjamin, que sentía conocerle de tal manera que incluso podía vislumbrar su rostro entre sus pensamientos. Ella encontró en él una persona con la que ser sincera sin tener que asumir las consecuencias de serlo. Un hombro en el que apoyarse, aunque ese hombro estuviese al otro lado del mundo. Por supuesto, ella no tenía la más mínima idea de dónde se encontraba Ben Bryar, pues este temía que sus conversaciones estuviesen siendo espiadas y, que si revelaba algún detalle de su ubicación o de qué hacía allí, se le cerrase también esa puerta al mundo que le estaba permitiendo no enloquecer. Heather había sido insistente al principio, pero tras varias negativas de Benjamin acabó claudicando. Al fin y al cabo, hablar con él le hacía tanto bien que estaba dispuesta a silenciar su curiosidad. Una semana antes los Bean habían recibido la notificación de que la Casa cedía y su hijo volvería con ellos, aunque no renunciaba a la Excepción, por lo que Seymour seguiría en parte bajo tutela de la institución. A Roger no le gustó la idea al principio pese a que su abogado aseguró a la pareja que era un final mucho mejor del esperado. A Heather solo le interesaba saber que podría volver a estar con su hijo. Nada más recibir la noticia corrió a su panel para contarle a Benjamin las buenas noticias y, como en tantos otros momentos, él estaba allí para ella.

Por su parte, Benjamin aguardaba ansioso que llegase el siguiente grupo de expedicionarios para poder partir de nuevo hacia la Federación. Faltaban aún seis días para que eso ocurriese y, aunque no pareciesen muchos tras las tres semanas de



espera que ya había sufrido, a él le parecían un abismo. Jules se había hecho con el poder de la expedición y había apartado a Ben de las pocas distracciones que pudiese tener antes de su encierro. Solo se le permitía salir de su habitación en el Palacio de Cristal acompañado por un miembro del equipo de seguridad, y no más de un par de horas al día. Además, tenía el convencimiento de ser monitorizado día y noche, por lo que intentaba no hacer nada que pudiese acarrearle más problemas. Estaba tranquilo respecto a sus conversaciones con Heather, pues si Jules hubiese querido habrían cesado hacía tiempo, pero lo que le ardía por dentro era la necesidad de saber que había ocurrido con la joven Revitalizada con la que él y Weber habían hablado la noche de su detención. Benjamin sabía que desde entonces Weber se había enclaustrado en su laboratorio para llegar al fondo del asunto. Lo sabía porque el mismo Max le acompañaba en contadas ocasiones en sus paseos para intentar ponerle al día de sus avances, hasta el momento nulos, sin despertar la curiosidad del omnipresente guarda que Ben llevaba a la espalda como ese antiguo mesías judío portó su cruz.

El sol de la mañana despuntaba alto en el horizonte de Reading, en lo que un día fue Pennsylvania. El Palacio de Cristal se había desplazado allí diez días antes. A ojos de Benjamin pareció uno de los mayores prodigios de la ingeniería moderna. Tres jornadas tardó la gran mole en hacer el recorrido desde su antigua localización en la costa norteamericana hasta su actual ubicación. Parte de su estructura y algunas de las habitaciones habían sido desmontadas y transportadas en camiones, pues su diseño modular estaba pensado para poder ser desensamblado con facilidad, pero el núcleo de la bestia poseía un sistema de automoción propio que lo convertía en el hogar móvil más grande que aquellas tierras habían visto en toda su historia. Weber jugueteaba con la idea de que el Palacio de Cristal habría encantado a los norteamericanos, pues aseguraba que estos tenían debilidad por las autocaravanas de proporciones desmesuradas y con todo tipo de comodidades. «Como caracoles con la casa a cuestas», le había comentado a Benjamin durante el traslado del edificio. Sin embargo, el Palacio de Cristal solo era posible en un entorno destrozado como en el que se encontraban, pues era mucho más ancho que cualquier carretera convencional y su sistema de movimiento combinado de cadenas oruga y deslizador magnético arrasaba con todo lo que encontraba a su camino. Ben no creía que a un norteamericano le entusiasmase la idea de ver a aquel monstruo de la carretera atravesando su jardín.

Durante sus horas de claustro, Ben Bryar había buscado en la Red información sobre el lugar que ahora estaban habitando. Mantenerse ocupado le ayudaba a no pensar en su hogar, en su encierro y en la locura en la que su vida se había convertido. Reading se había alzado como una población popular en los Estados Unidos durante los años treinta del siglo XXI a costa de una sucesión de extraños avistamientos. Según decenas de testimonios de los lugareños, a principios de esa década una horripilante criatura negra, con grandes alas y profundos ojos rojos había

comenzado a aparecer durante las tranquilas noches de la localidad. Los norteamericanos ya habían oído hablar de ese ser muchos años antes, pues había sido visto en numerosas ocasiones en las inmediaciones de Point Pleasant, en Virginia Occidental. Mothman, hombre polilla, le llamaban, aunque Benjamin no encontraba parecido alguno entre el inofensivo insecto y la horrenda criatura que parecía ser en las ilustraciones de la Red. El enigmático engendro se había dejado ver entre los habitantes de Reading, lo que a muchos llenó de desasosiego, pues se decía que su presencia era el aviso de que una gran catástrofe se cernía sobre el lugar. La mayoría de avistamientos se habían producido de noche, los testimonios aseguraban haber visto al emisario negro posado sobre el tejado de la Pagoda oriental construida sobre el Monte Penn, al este de la ciudad. Reading se extendía bajo la falda de la colina, por lo que el edificio era visible desde prácticamente toda la población. A Ben le resultaba extraño que nadie hubiese podido fotografiar con claridad el acontecimiento o, al menos, no encontró ningún documento gráfico que le hiciese pensar lo contrario. En cualquier caso, toda la situación parecía no tener sentido, lo que curiosamente despertaba más su interés en ella. Una edificación típicamente asiática construida para albergar un hotel de lujo en pleno Estados Unidos que fracasó rápidamente y pasó a convertirse en un simple mirador en el que más de un siglo después, solo unos años antes de que todo fuese arrasado, un misterioso monstruo alado decide anidar y, pese a que todo el mundo le teme, el ayuntamiento decide levantar en su honor una estatua junto a la Pagoda. Por si eso fuese poco, el gesto les enemistó con Point Pleasant, el primer pueblo donde se dijo haber visto a la criatura, que acusó a Reading de querer robarle a su icono. «¿Cómo es posible que dos ciudades se peleen por ser el hogar de un ser que se dice que trae consigo la catástrofe?», se preguntaba Benjamin, al que cada día le sorprendía más la irracionalidad de la condición humana. El golpeteo de unos nudillos contra la puerta de su habitación le sacó de sus pensamientos. Hizo un gesto de disgusto instintivo al pensar que podía tratarse de Jules. El androide pasaba a visitarle cada par de días, con sus aires cínicos y desenfadados. Actuaba como si nada hubiese pasado, como si Ben no fuese un rehén en su nueva dictadura particular. El sonido se produjo de nuevo y Benjamin alzó la voz permitiendo el paso a quién quisiera que llamase. La puerta se abrió y tras ella apareció Maximilian Weber. Benjamin se alegró de que fuese él, y no Jules, quién viniese a visitarle.

—Buenos días, amigo mío —dijo Max—. Hace un día espléndido. Poco usual en esta época del año.

—Buenos días, Max —contestó Bryar.

—¿Te apetecería dar un paseo? —preguntó Weber.

Benjamin vio en los ojos de su amigo, tras los cristales circulares de sus gafas, que no era una simple visita de cortesía. Max tenía algo que contarle y no podía hacerlo mientras el oficial de seguridad estuviese tan próximo a ellos.

—Me encantaría estirar un poco las piernas —respondió Ben, con mirada

cómplice.

—Estupendo entonces.

Los dos compañeros salieron de la habitación de Benjamin seguidos de cerca por el oficial que hacía guardia tras la puerta. Recorrieron los pasillos del Palacio de Cristal y descendieron varios pisos hasta que por fin dejaron atrás el complejo y emprendieron su marcha por un camino de tierra en las afueras de la parte noreste de Reading. A sus espaldas, el Palacio resplandecía como una gota de agua atravesada por el sol. Benjamin se arremangó su mono y echó un vistazo al medidor Geiger de su muñeca, que no emitía ninguna señal de advertencia. Estaba algo impaciente por lo que Weber tuviese que decirle, pero con el esbirro de Jules tras ellos aún no podían hablar libremente. Los primeros minutos de la conversación versaron sobre temas triviales que realmente a ninguno de los dos interesaban, pero eran necesarios para mantener las apariencias.

—¿Han acabado los Revitalizados de purificar la zona de Reading? —preguntó Ben.

—¡Oh, sí! Hace dos días que fueron trasladados al norte, a un pequeño pueblo llamado Leesport. Dicen que hay un lago precioso allí. Estoy deseando que acaben su labor para que podamos verlo antes de que lleguen las nevadas —afirmó Weber—, aunque me temo que eso ocurrirá cuando tú ya habrás partido hacia la Federación. Es una pena, estoy maravillado de lo que son capaces los Revitalizados. Mi buen amigo, estoy descubriendo cosas que jamás me habría imaginado de ellos.

El comentario no pasó inadvertido para Benjamin, que comprendió enseguida la clase de revelación que Max tenía preparada para él en cuanto fuese posible realizarla. Las ansias de entender qué había ocurrido aquella noche con la Revitalizada se inflamaron de nuevo en el pecho de Bryar, que deseó con todas sus fuerzas poder escabullirse del guardia para que Maximilian pudiese hablar sin tapujos.

—Max, has dicho que la zona de Reading ya está descontaminada. ¿También sobre lo alto de aquel monte? —dijo Ben, señalando al Monte Penn.

Sobre él reposaba aún la Pagoda, con dos de sus tejados de estilo oriental derrumbados en el lado izquierdo.

—Por supuesto, todo está limpio en un radio de diez kilómetros desde el Palacio de Cristal.

—Estupendo. He estado leyendo mucho sobre esa construcción y sobre un extraño ser que algunos testimonios aseguraron ver en los alrededores —comentó Benjamin.

—Conozco esa historia —aseguró Max.

—¿De verdad?

—Por supuesto, amigo mío. Recuerda que este país fue mi hogar durante muchos años y a los americanos les encantaban ese tipo de historias. Hablas de Mothman, el hombre polilla.

—Exacto.

—Hay una estatua suya junto al edificio —dijo Max—. Sigue intacta. Yo no la he visto, pero uno de los doctores subió hasta allí cuando acabaron de limpiar la zona para hacer mediciones y la vio. Me lo comentó en el laboratorio.

—Me encantaría verla —afirmó Ben—. Además quisiera poder entrar en la Pagoda si es seguro. Tengo la sensación de que puede ser un lugar muy íntimo, con unas buenas vistas para una conversación.

—Entiendo, veré lo que puedo hacer. Me parece un buen sitio para una conversación.

—¿Crees que podrás conseguirlo? —preguntó Ben.

—Déjame a mí. Necesitamos ponernos al día.

Weber y Bryar pasearon por la linde de la ciudad durante un rato más antes de emprender de nuevo el camino hacia el Palacio de Cristal. Con su inseparable escolta a unos pasos de distancia no pudieron tratar ninguno de los temas que realmente les interesaban. Benjamin estaba ansioso, tanto que en un par de ocasiones tuvo el impulso de salir corriendo y perderse entre las ruinas, con la esperanza de que su amigo le siguiese y pudieran dar esquinazo al guardia, pero se contuvo, pues en su fuero interno sabía que una decisión como esa no podía más que acarrearles problemas y la cuerda ya estaba demasiado tensa como para tentar a la suerte una vez más. En lugar de eso se resignó y volvió a su habitación como un cordero al que encierran en su corral. Weber se despidió de él en la puerta y tomó rumbo al laboratorio. Pasó por la inmensa sala del almacén, donde estanterías de diez metros de altura guardaban todos los víveres y utensilios que el equipo necesitaba en su periplo por los antiguos Estados Unidos de América. Por supuesto, el material sensible, como el equipo médico y las armas, estaba protegido dentro de armarios a los que solo se podía acceder con la debida autorización de seguridad. Cuando llegó al umbral del complejo médico, dónde desde hacía semanas se había afanado en buscar una respuesta al enigma de la consciencia de la Revitalizada, una voz le interpeló a sus espaldas. Una voz que conocía muy bien, una voz que él mismo había elegido, una a la que había amado, una voz que él mismo había creado.

—Creador —dijo Jules, con tono desenfadado—, ¿cómo se encuentra hoy? Tengo entendido que ha salido a dar un paseo.

—Buenos días, Jules —dijo Max mientras se giraba para ver al androide, intentando que sus palabras sonasen igualmente triviales—. En efecto, he salido a estirar las piernas.

—En buena compañía, espero —afirmó, con sorna.

—Conoces la respuesta —respondió Weber. Su creación le atemorizaba un poco más cada día.

—Así es, pero esa respuesta me genera otras preguntas.

Jules llegó frente a Maximilian y se detuvo a un escaso metro de él. La luz blanca del almacén hacía brillar la Marca de Plata bajo sus labios.

—Entonces hazlas, muchacho, o déjame ir, tengo trabajo que hacer —espetó Weber, con una brusquedad poco convencional en él.

—¿Qué trabajo es ese exactamente, Creador? Lleva semanas prácticamente recluido en el complejo médico y se ha llevado a medio centenar de Revitalizados. Le recuerdo que su trabajo en esta expedición era el de supervisar la labor de esos sacos de carne, no sacarlos de la circulación.

—Sé perfectamente cual es mi función. Estoy investigando formas de aumentar la autonomía de los Revitalizados. Los resultados son prometedores —mintió Max. No podía ocultar su nerviosismo.

—Es curioso que esos resultados tan prometedores no estén registrados en ninguna parte de nuestra Red, ¿no le parece, Creador? —Jules se acercó más a Weber, tanto que su inexistente aliento podría haber empañado las gafas del doctor, y le mesó el cabello entre los dedos de su mano metálica disfrazada de normalidad. Max se estremeció de temor pero intentó mantenerse firme, como si las provocaciones del androide no tuviesen efecto sobre él—. No se puede mejorar la autonomía de un cuerpo humano, ni su resistencia, ni su flexibilidad. Llega hasta donde llega, porque la naturaleza os ha hecho así —dijo Jules con macabra tranquilidad. Mientras tanto jugueteaba con el pelo de Maximilian entre sus dedos—. Estáis hechos para morir.

—Te quise como a un hijo, mi querido Jules —dijo Max. Un par de lágrimas se escaparon de sus ojos. Una debido al terror, y la otra a la tristeza—. Eras mi hijo. Te creé con el amor que solo un padre puede sentir.

—Y me diste piernitas de madera, y bracitos de madera... —La mano de Jules se cerró en forma de puño, atrapando los escasos cabellos de Max dentro de ella, que gimió de dolor—. Y una mente tan brillante que resulta enloquecedor contemplar la mediocridad del mundo, la futilidad de absolutamente todo lo que nos rodea. Ser consciente, y no poder hacer nada más que observar y aprender más para que la desesperación siga aumentando hasta el infinito. Ya no tienes que preocuparte más, carpintero, ya me has encontrado sustituto, y esta vez es un niño de verdad.

—Al menos Benjamin sabe distinguir el bien del mal —pronunció Max, entre pequeños gimoteos de dolor.

—¿Y tú, Creador? ¿Sabes tú distinguirlos? —dijo Jules. Liberó el pelo de Max y dio un par de pasos atrás.

—Jacques te ha arruinado, como a todo aquello que ha tocado en su vida —lamentó Max con la voz quebrada—. Tú no eras así.

—Nos abandonaste —acusó el androide.

—Querido Jules, para ser la mente más inteligente del mundo eres realmente estúpido —dijo Weber. Se colocó bien la ropa, con gesto digno—. ¿Querías algo más? Como te he dicho, tengo mucho trabajo.

—Solo pasaba a saludar —se jactó el androide.

—Pues esta tarde no pases a saludar. Voy a salir a ver la puesta de sol con Benjamin. Cogemos un coche y volveremos cuando haya anochecido. Puede

acompañarnos uno de tus matones para que te quedes tranquilo, pero nos dejará espacio para poder charlar tranquilamente. Ese chico lleva semanas prácticamente encerrado y necesita esto para no volverse loco. Puedes impedirnoslo si quieres, pero si lo haces pondré contra ti a todo el equipo científico de la expedición, sabes que puedo hacerlo.

—Disfrutad del *picnic*.

Fue todo lo que Jules dijo antes de darse media vuelta y alejarse a través de la inmensidad del almacén. Max esperó impertérrito a que el androide saliese de la sala, aunque sentía temblar hasta la última fibra dentro de su ser. Cuando estuvo seguro de que Jules ya no podía verle flaquear sus piernas le fallaron y cayó de bruces como si la desesperación tuviese gravedad propia y le hubiese atraído irresistiblemente hacia el suelo.

Mientras tanto Benjamin Bryar, ajeno al encuentro que su amigo acababa de vivir, salía del pequeño baño de su habitación donde acababa de darse una ducha. A través del enorme ventanal que era la pared frontal de su habitáculo contempló a lo lejos como un deslizador volaba hacia el norte, supuso que con la bodega repleta del hongo especialmente diseñado para eliminar la radiación del ambiente. Mortal para los humanos, pero inocuo para el ejército de esclavos que Jacques Pascal se había procurado, el ejército que él mismo le había ayudado a fabricar. No podía quitárselo de la cabeza y necesitaba saber cuanto antes qué era lo que Weber había descubierto. Apenas le quedaba tiempo y quería dejar aquel lugar más que cualquier otra cosa en el mundo, pero no podía hacerlo sin entender qué había pasado con la muchacha que había despertado de la muerte. Benjamin sintió el frío en su piel desnuda y húmeda, lo que le apartó por un momento de sus recurrentes pensamientos y le devolvió a la realidad de su habitación. Cogió uno de los monos con los que se vestía desde que desembarcaron en los antiguos Estados Unidos y metió primero una pierna y luego la otra por sus camales. Se puso una camiseta blanca antes de subir la cremallera, que partía de la ingle hasta el cuello. El contador Geiger estaba en la mesa donde tenía su panel personal, pero no se lo colocaba a menos que fuese a salir, y no creía que eso pasase de nuevo hoy. Se calzó con unas botas limpias del mismo color verde caduco que el mono y miró su reflejo en el ventanal. Echaba de menos sus camisas, sus relojes e incluso sus productos de cuidado personal. Todo era igual día tras día, el paisaje, la ropa, la soledad. Allí todo estaba muerto, todo parecía formar parte de la misma gran e irónica mentira en la que se había zambullido desde el día que pisó el despacho de Jacques Pascal. A veces tenía esos pensamientos y acto seguido se sentía culpable por echar de menos trivialidades como prendas de vestir o ceras para el pelo, pero aún así no podía evitarlo. Desde que había descubierto que quedaban supervivientes en los antiguos Estados Unidos siempre que un pensamiento superficial le rondaba la cabeza daba paso inmediatamente a la imagen de la pira de cuerpos que contempló la fatídica noche que se adentró más allá de New Hope. Ni siquiera podía imaginar como habrían conseguido aquellas personas sobrevivir a la

devastación total de su país entre las ruinas, la miseria y la radiación pero, de algún modo, lo habían conseguido, se habían mantenido con vida. Al menos hasta que el ejército de G-Corp llegó a sus costas para reclamar el territorio y aniquilarles para mayor gloria de su presidente y fundador, el Gran Hombre. No estaba carente de ironía el destino que decidía eliminar de la ecuación a los descendientes de aquellos que hace tantos años llegaron hasta allí desde la vieja Europa y se hicieron con todo. Un pitido y una pequeña luz brillante en el panel de su mesa informaron a Benjamin de que había recibido un nuevo mensaje. Se acercó hasta allí y pulsó la pantalla para poder leerlo. Era de Max.

«Amigo mío, parece que hoy vas a conocer a tu hombre polilla. Salimos antes del atardecer».

Benjamin dio un salto de alegría nada más acabar de leer el escueto mensaje de su amigo. La sonrisa se le dibujó en la cara al sentir que por fin algo parecía salir bien. Hasta ese momento no había tenido mucha fe en que Max y él pudiesen por fin hablar con tranquilidad para que pudiera contarle lo que hubiera descubierto pero, de alguna manera, Weber lo había conseguido y no le importaba cómo. Benjamin se lanzó contra el panel y tecleó rápidamente un mensaje para que Max supiese que ya había recibido sus noticias. Acto seguido, y casi de manera instintiva, abrió una ventana de Musichat en busca del otro pilar que le había mantenido en pie durante los últimos tiempos, Heather Bean. Seleccionó sin mirar canción, estilo e intérprete y se apresuró a escribir.

(Comfortably Numb. Estilo: Acústico. Intérprete: Phil Collins)

Morrisey33: Estás ahí?

Lady\_Stardust: Hola, Ben. Bueno, estaba apunto de irme a la cama, he acabado molida con todos los preparativos del viaje.

Morrisey33: En ese caso te deseo buenas noches. No quiero desvelarte.

Lady\_Stardust: No importa, ya sabes que de cualquier manera nunca duermo demasiado. ¿Todo bien?

Morrisey33: Estupendamente, me acaban de dar una buena noticia.

Lady\_Stardust: ¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

Morrisey33: No puedo explicártelo al detalle, ya lo sabes, pero creo que hoy voy a entender lo que lleva mucho tiempo quitándome el sueño.

Lady\_Stardust: Siempre te callas mucho más de lo que me cuentas, señor misterios.

Morrisey33: Créeme, me encantaría contártelo todo si pudiese.

Lady\_Stardust: En fin, si es bueno para ti me alegro mucho, de verdad.

Morrisey33: Lo sé. Gracias, Heather.

Lady\_Stardust: Ben, voy a irme a la cama, estoy realmente agotada, pero

hablamos mañana, ¿de acuerdo?, y quizá te sonsaque algo de ese gran misterio tuyo.

Morrissey33: De acuerdo. Buenas noches, Heather.

Lady\_Stardust: Buenas noches, Ben.

Poco después de que se despidiese de Heather, Benjamin recibió la comida en su dormitorio, pues tenía prohibido comer con el resto del personal en la sala común. Masticó sin demasiadas ganas las verduras cocidas y el pedazo de carne que se enfriaba en la bandeja sobre su escritorio mientras contemplaba el horizonte en calma a través del ventanal. Miró el reloj de su panel y supuso que aún quedarían unas horas hasta que Max pasase por su habitación a recogerle para partir, así que se tumbó en la cama e intentó dormir, pues estaba cansado. No lo consiguió, ya le costaba bastante conciliar el sueño en aquel lugar y los nervios por salir esa tarde hicieron el resto. Dio vueltas sobre la cama intentando dejar la mente en blanco pero todos los esfuerzos fueron inútiles. Le consolaba pensar que cada minuto, aunque eterno, era uno menos para que Maximilian llamase a su puerta. Después de lo que le pareció un siglo alguien llamó a su puerta. Ben se levantó dejando tras de sí las sábanas húmedas por su sudor y su impaciencia. Abrió la puerta y allí estaba Max, esperándole con una sonrisa.

—¿Nos vamos? —dijo, sin más dilación.

Benjamin asintió con ganas y salieron del Palacio de Cristal sin esperar un segundo más, acompañados por el guardia que hacía el turno de tarde frente a la puerta de Ben. Subieron a un todoterreno que Weber había dejado en la puerta principal y el soldado se puso al volante. Max le dio las indicaciones de dónde se dirigían y el hombre contestó con un leve gesto de su cabeza. El sol se acercaba al horizonte mientras ellos subían el sinuoso camino del Monte Penn que llevaba hasta la Pagoda. No tardaron más de quince minutos en llegar desde el Palacio. Durante el camino Benjamin y Weber apenas cruzaron palabra, ambos sabían que lo que tuviese que decirse debía esperar a no tener cerca oídos ajenos a los suyos. El guardia paró el todoterreno a cincuenta metros del edificio, en una zona despejada, e hizo una seña a sus dos acompañantes para que supiesen que podían bajar del coche un momento antes de hacerlo él mismo. Benjamín se apeó del vehículo y echó un vistazo a unas decenas de tocones secos que sobresalían medio metro del suelo. En las fotos que había encontrado en la Red aquello era un pequeño bosque junto a la Pagoda, pero ahora no quedaba más que un grupo de pedazos de madera muerta en el lugar.

—Vamos, amigo mío, antes de que el sol se ponga —dijo Weber, señalando hacia la edificación.

El guardia hizo ademán de seguirles, pero Maximilian se detuvo en cuanto vio sus intenciones y se dirigió a él.

—Le dejé muy claro a tu jefe que uno de vosotros podría acompañarnos hasta aquí, pero entraremos solos. No hay discusión.

—No debo perder de vista al arrestado —respondió.



—Pues vas a perderle. Vamos a subir ahí y no vas a acompañarnos —insistió Max, firme—. No vamos a ir a ninguna parte. Volveremos dentro de un rato. No hagas que me queje de ti cuando volvamos. Puede que ya no sea el líder de esta expedición, pero creo que sigo siendo una pieza menos prescindible que tú.

El soldado pareció pensárselo unos segundos antes de ceder, dar un par de pasos atrás y hacer un gesto con aire despectivo con su mano en señal de que se fuesen de allí. Sin más inconvenientes a la vista, Benjamin y Maximilian recorrieron los escasos metros que les separaban de la entrada de la Pagoda. Cuando llegaron, contemplaron junto a esta una panorámica vista de Reading desde un mirador que se encontraba a los pies del edificio. Los muros de seguridad estaban casi al completo derruidos, por lo que no había nada que les separase de una caída de varios metros si no tenían cuidado.

—Desde arriba la vista será aún mejor —dijo Max—, pero creo que antes hay una cosa que querías ver.

Los dos giraron por un pequeño paseo construido alrededor de la Pagoda para descubrir la fachada que quedaba frente a la ciudad y, justo allí, debajo del edificio, mirando con ojos de Rubí a Reading, estaba la estatua de bronce que la ciudad dedicó a Mothman. Benjamin pasó unos momentos admirándola, atónito. Le resultaba impresionante, pues medía algo más de dos metros y su pose parecía amenazante. Una mezcla de hombre e insecto, con largos brazos acabados en pinzas en lugar de manos, piernas arqueadas y dos alas sobre la espalda que recordaban a las de un ave rapaz. Además estaban los ojos, esos ojos escarlatas que parecían rebosar vida iluminados por la luz del crepúsculo. Maximilian sonreía al ver a su amigo disfrutar de la experiencia.

—¿Crees que realmente existe? —preguntó Ben.

—Bueno, como científico se supone que solo debo confiar en las cosas que puedan probarse empíricamente. No obstante, cada día alguien en el mundo demuestra algo que hasta ese momento el resto consideraba imposible, así que digamos que puede ser.

—Pero hay muchos testimonios que aseguran haberlo visto en la ciudad y muchas noches sobre el tejado de esta Pagoda —dijo Ben.

—A veces la gente ve lo que quiere ver, o lo que necesita ver —contestó Weber.

—Pero, ¿por qué iba a querer la gente ver a un emisario de malas noticias?

—Fue un momento muy convulso para este país, yo todavía lo recuerdo. Quizá Mothman no fue más que la expresión del temor de esas personas.

—Un temor que acabó haciéndose realidad.

—Por esa razón los llaman temores —respondió Weber—, pero no nos entretengamos, mi querido amigo, hay mucho de lo que hablar y el tiempo apremia.

Benjamin asintió y juntos deshicieron el camino que habían recorrido un momento atrás para volver junto a la entrada de la Pagoda. Tanto el tercer como el cuarto tejado del edificio se habían derrumbado justo sobre la entrada. Los

revitalizados ya habían retirado los cascotes pero no habían reconstruido las partes afectadas. La cicatriz confería un aspecto lúgubre al lugar. Ben y Maximilian cruzaron las puertas de madera que colgaban únicamente de una de las tres bisagras que originalmente las sostenían, dando la sensación de que podían ceder ante la gravedad en cualquier momento y desplomarse sobre el suelo. El interior, que también había sido limpiado, mostraba un aspecto decadente y desangelado. La planta inferior la ocupaba una cafetería que, lejos de mostrar un estilo oriental acorde a la construcción en la que se asentaba, poseía mesas y sillas ahora raídas pero de estilo sencillo y occidental, que ya debían estar pasadas de moda cuando los Estados Unidos fueron atacados. La barra donde se servía estaba completamente vacía y su acero tenía manchas de óxido aquí y allá.

—No hay mucho que ver —afirmó Benjamin, algo decepcionado.

—Vayamos al piso de arriba, donde está el mirador —respondió Max—. La vista será mejor y tendremos aire fresco.

—Está bien —aceptó Ben.

Las grietas de las escaleras habían sido rellenadas por los Revitalizados con cemento de forma más práctica que estética. Ahora volvían a ser seguras, pero no ayudaban a mejorar la imagen del lugar. Aunque no había demasiados escalones, Weber dio un soplido cuando subió el último de ellos.

—Siempre he sido perezoso para subir escaleras —dijo—, pero ahora además soy viejo.

Los dos compañeros se encontraban bajo el tercer tejado de la Pagoda, con el mirador extendiéndose frente a ellos. La estampa no era tan atractiva como cuando los alrededores de Reading estaban cubiertos por un manto de árboles y vegetación y la población latía bajo las faldas del Monte Penn, pero pese a todo resultaba imponente y, a su manera, bello.

—Hemos llegado —dijo Maximilian mientras recuperaba el aliento—. Es el momento de que te explique muchas, muchas cosas y solo espero que cuando lo haga pueda seguir llamándote amigo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ben.

—Porque la lección más importante que he aprendido en este mundo es que la vida de un hombre se va tornando gris conforme lo hace su cabello —afirmó Weber—. Cuantos más años pasan y más decisiones tomas, la línea de lo que está bien y lo que está mal se va difuminando y me gustaría decir que es porque cada vez es más difícil distinguirla, pero lo cierto es que es porque conforme pasa el tiempo da menos miedo cruzarla.

—Creí que ibas a contarme qué habías descubierto de la joven que despertó —dijo Benjamin, confuso.

—Y así es, pero no es tan sencillo —Weber apoyó los antebrazos sobre la barandilla que separaba el mirador del vacío—. Lo que en un principio pareció un hecho impensable no ha resultado ser más que otro error de mi osada vida. Un error

del que desafortunadamente os he hecho partícipes a todos. Es por eso que debo contarte mi historia, para que puedas entenderlo. La historia de Maximilian Weber, no el científico, ni el cirujano ni el ingeniero, ni ese mito desdibujado que se creó sobre mí y que me ensalzó como la persona más brillante de la historia de la humanidad. Creí durante mucho tiempo ser ese hombre, pero hace mucho que acepté que no soy más que otra alma perdida. Mi historia es la de Maximilian Weber, el hombre que destruyó sus propios sueños.

—Significa mucho para mí, Max, sé que no debe ser fácil —dijo Ben, con intención de animarle.

Ben se apoyó sobre el descansillo de la barandilla del mirador junto a su compañero. En el horizonte, tras Reading, el sol comenzaba a ponerse, lanzando los últimos rayos del sol sobre esa parte de la tierra, impregnada por la anaranjada luz del crepúsculo.

—No es fácil saber por dónde empezar la historia que define a uno mismo —comenzó Maximilian. Su voz sonó solemne mientras limpiaba los cristales de sus gafas con el puño de su mono—. Desde muy joven he sido precoz y grandilocuente, y así han sido mis victorias y derrotas. Mi familia y yo partimos desde una deprimida Austria hasta Boston, donde me gradué en el instituto Caledonian a los once años, y en el Instituto Tecnológico de Massachusetts a los quince. Allí fue donde desarrollé la mayoría de mis estudios sobre robótica y dónde junto a un maravilloso equipo trajimos al mundo al primer hombre cibernético, al primer androide. Siempre me ha gustado verles así, como personas, pues su inteligencia artificial no se basaba solo en configuraciones predefinidas, si no en el aprendizaje y la experiencia, igual que la tuya o la mía. Dos años después, cuando ni siquiera me había acabado de salir la barba, conocí a un ambicioso hombre, tan solo unos años mayor que yo, que me deslumbró como nadie lo había hecho antes. Sentí por él una admiración comparable a la que los demás me mostraban a mí. Ese hombre era Jacques Pascal. Por aquel entonces G-Corp no era el monstruo en el que se ha convertido, pero si una empresa incipiente pionera en energías renovables. Cuando Jacques me encontró me explicó los avances que su empresa había conseguido en el desarrollo de la batería de hidrógeno y me propuso que trabajásemos juntos para que los androides pudiesen llegar de forma asequible a cada hogar del planeta. —Se destilaba nostalgia de las palabras de Max cuando hablaba de Pascal, algo que no pasó inadvertido para Benjamin—. Sé que te debe costar creerlo por como es nuestra relación ahora, pero en aquellos tiempos Jacques y yo nos llevábamos muy bien, nos apoyábamos el uno en el otro y nos consultábamos sobre todo. Éramos jóvenes, brillantes y teníamos una vida que conquistar frente a nosotros. Un año y medio después lanzamos al mercado el primer modelo de androide fabricado en serie, Ray, desarrollado para ayudar en las tareas domésticas y en trabajos sencillos para profesionales liberales y pequeñas empresas. Ray fue el primer androide en llevar la Marca de Plata. En realidad eso fue idea de Jacques. Aunque Ray no era tan avanzado como los modelos que le

sucedieron ya era tan similar a un ser humano que podía confundírsele con uno desde cierta distancia. Él pensó que eso podía causar cierta animadversión en algunas personas, así que esa fina línea metálica sirvió para que cualquiera pudiese diferenciar un androide de un humano a simple vista.

Weber cesó un momento su discurso y contempló la puesta de sol. Benjamin creyó ver una lágrima resbalar por su mejilla, pero quizá solo fue un reflejo producido por un rayo al traspasar el cristal de sus gafas.

—Hacia allí está Boston —dijo, señalando el noreste—. Tres días después del lanzamiento de Ray se produjo el Día de la Masacre. Mis padres murieron ese día, como la mayoría de la gente de este país. Yo tenía diecinueve años. Me había trasladado a Ginebra unos meses antes para trabajar en las instalaciones que G-Corp había construido allí. Estaba con Jacques cuando saltó la noticia, recuerdo que me derrumbé. Él fue mis cimientos durante mucho tiempo, sin él no sé qué hubiese hecho. Nuestra amistad se convirtió en algo más profundo. El respeto, el cariño y la admiración que nos profesábamos el uno al otro se metabolizaron y dieron como resultado... el amor.

—¿Pascal y tú fuisteis pareja? —preguntó Benjamin, sorprendido.

—Fuimos mucho más que eso, fuimos almas gemelas —confesó Maximilian. Gotas de melancolía le brotaban de los ojos—. Es la persona que mejor me ha entendido en el mundo, y me aterroriza ver en lo que se ha convertido porque me hace pensar que yo no soy muy distinto a él. Pero discúlpame, mi querido amigo, pues me estoy enredando en cuentos de viejo y te he prometido una explicación. Como sabes, durante los años siguientes los androides se popularizaron en todo el Mundo Libre e iban llegando a cada hogar a la vez que G-Corp se hacía más y más grande, expandiéndose a más mercados y contando con el apoyo de la Unión Europea primero y de la Federación Europea después para acabar convirtiéndose en lo que hoy conocemos. Todo parecía ir bien, el temido ataque de los asiáticos no se había repetido en la vieja Europa, que levantaba cabeza por primera vez tras dos décadas de crisis. Jacques y yo seguíamos trabajando mano a mano e hicimos evolucionar tanto a los androides que ya no se diferenciaban de los humanos más que por la Marca de Plata. Habían conseguido un hueco casi en cada parcela de nuestra sociedad y yo me sentía muy orgulloso de ellos.

—Los recuerdo perfectamente —dijo Benjamin—. Mis padres tuvieron uno hasta la Prohibición. Era un modelo Albert, un mayordomo. En sus últimos años, a mi abuela la cuidó un modelo Susan.

—Por supuesto. Había androides y ginoides de ayuda, de compañía, de trabajo, sanitarios, bomberos e incluso sexuales, y la gente los había aceptado completamente, pues no había habido un solo problema con un androide.

—Hasta el Incidente de Copenhagen —dijo Benjamin.

—En efecto. Recordaré esas cuarenta y ocho horas hasta el día de mi muerte —dijo, afligido, Maximilian—. Ya te expliqué la programación que todos los androides

llevaban incluida para impedir que ocurriese alguna desgracia con un ser humano.

—¿Te refieres a la Doctrina?

—Exacto, ella impedía a los androides causar daño alguno a una persona.

—Entonces, ¿cuál fue el error que permitió lo de Copenhagen? —preguntó Ben.

—El error, como siempre, mi buen amigo, fue humano —reconoció Maximilian—. Del humano que tienes delante.

—¿Fue culpa tuya?

—En parte, pero no una parte mayor que la de cada persona que alguna vez maltrató a uno de mis androides. Recuerdo que durante los primeros años de expansión de los androides la gente los trataba con respeto, siempre oías alguna historia, pero en general la gente los cuidaba muy bien. Querían presumir de sus modelos y era un orgullo para ellos poder poseer uno. Pero como siempre pasa con los humanos, conforme los años se sucedieron la gente se acostumbró a tenerlos. Cuando pasaron de parecerles un privilegio a un derecho los incidentes con los androides se multiplicaron. Se oía de todo, algunos los pintarrajeaban o los tiraban al contenedor como simple basura cuando se estropeaban para comprar otro. Llegué a escuchar incluso que en Croacia se había puesto de moda la caza al androide. Soltaban a unos cuantos en el bosque y un grupo de hombres los perseguían y los cazaban como a animales salvajes. La gente no estaba preparada para entender lo que era la Inteligencia Artificial. Durante ese tiempo yo seguía estando muy unido a Jacques y decidimos de una manera tan romántica como estúpida que queríamos tener un hijo, y lo hicimos.

—¿Lo tuvisteis con un vientre de alquiler o algo así? —preguntó Ben.

—Nada de eso, amigo mío. No lo tuvimos, lo creamos. Lo creamos justo como queríamos que fuese. A veces pienso que solo lo hicimos porque podíamos hacerlo. Nos creíamos Dioses.

—¿Creasteis un androide como hijo vuestro? —preguntó Ben.

—El primer y único androide realmente libre, sin la Doctrina en su programación.

—¿Tuvisteis que destruirlo tras la Prohibición?

—En realidad se destruyó el solo hace ya mucho tiempo —dijo Weber, pensativo—. Te cuento esto porque ese hecho osado fue, sin que yo pudiera siquiera llegar a sospecharlo entonces, el principio del fin de mis androides. Lo construimos con cuerpo de adulto, pues no queríamos que pareciese un niño para siempre, pero no dotamos a su IA de ninguna información especial preinstalada. Le enseñamos todo Jacques y yo, juntos. Vivimos como su mente se iba abriendo y su capacidad de razonamiento se desarrollaba, por supuesto mucho más rápido que la de un humano corriente, pero aún así fue muy hermoso. Se puede decir que le vimos crecer. Eso me hizo pensar mucho y cometí un error que condenó a todos los demás androides. Tener un hijo androide me había sensibilizado aún más y decidí que no quería seguir viendo a los demás pisoteados por personas sin empatía alguna. Sin que Jacques lo supiese, lancé una actualización del *software* a los androides del área de Copenhagen, zona

tradicionalmente muy pacífica y amigable con ellos. Esa modificación cancelaba el imperativo de la Doctrina, y la convertía tan sólo en una referencia, algo parecido a unos principios morales. Quería comprobar si con ello los androides podían mostrar defensa cuando sufriesen alguna agresión, pero se me fue de las manos. Quizá erré los cálculos, o quizá no, y esos androides solo actuaron como lo hubiese hecho cualquier ser vivo, defendiéndose ante una reacción desmedida. Todo el mundo conoce el Incidente de Copenhagen pero, ¿sabes cómo empezó?

—Dicen que un androide se volvió loco y destrozó la estatua de la sirena —afirmó Benjamin—. Cuando los vecinos le increparon, les atacó y algunos más se le unieron hasta que casi todos los androides de la ciudad se revelaron durante dos días.

—Eso es lo que se cuenta, sí, pero no es la verdad. La investigación que se llevó a cabo cuando se consiguió pacificar la ciudad reveló que fuimos nosotros, los humanos, quienes comenzamos el conflicto, pero dicha investigación fue enterrada. Un modelo Jason, ideado para cuidados de personas de la tercera edad, volvía hacia su casa de hacer la compra para su dueño. Cuando pasaba por la Plaza Octogonal un grupo de adolescentes se burlaron de él. Debido a la nueva programación el Jason les contestó, cosa que estos no esperaban, y fueron contra él. Comenzaron a empujarle y el androide cayó sobre la estatua de la sirena, partiéndole la cabeza y uno de sus brazos. La gente que estaba en la plaza enfureció, pero no contra los chicos, si no contra el androide. Le golpearon mientras estaba en el suelo y entonces varios androides que se encontraban allí intentaron parar la pelea. Destruyeron a tres antes de que ninguno de ellos comenzase a defenderse. Dos muertos y siete androides destruidos fue el resultado antes de que la policía apareciese. Algunos de ellos escaparon y en cuanto la noticia corrió la gente de Copenhagen comenzó la caza. Estaban llenos de ira. Cualquier androide que se encontraban era destrozado, y muchos se defendieron. Les di la libertad para defenderse y eso les destruyó, les hice demasiado humanos.

—Lo que hiciste fue demasiado temerario, pero siento que acabase así —dijo Benjamin—. ¿Por qué no se supo?, jamás oí hablar de la versión que me cuentas.

—La investigación fue ocultada, Jacques se encargó de eso y propuso la Prohibición, la destrucción de cada androide sobre la faz de la Tierra. Lo decidió en cuanto le confesé lo que había hecho. Lo hizo por mí, tenía miedo de que si la verdad salía a la luz me juzgasen y condenasen. Para entonces el Neocapitalismo ya estaba asentado y G-Corp controlaba toda la economía del Mundo Libre. Los tentáculos de Jacques ya llegaban a todos lados y el gobierno federal le ayudó a silenciar la historia, a ellos tampoco les interesaba que se airease. Fue su estúpida manera de decirme que le importaba, que me quería, pero solo consiguió perderme. Nunca pude perdonarle que no me dejase afrontar las consecuencias de mis actos. En lugar de eso, me marché y cometí otra estupidez. Y aquí es donde nuestra Revitalizada comienza a formar parte de esta historia. No voy a pedirte que no me juzgues por lo que estoy a punto de contarte, pero espero que puedas entender que entonces era un hombre

desesperado.

—El sol se está poniendo, Max, cuéntamelo antes de que el guardia nos haga volver al Palacio —apremió Benjamin.

—Cuando me fui de G-Corp me llevé conmigo una memoria de seguridad. La mente de todos los androides estaba conectada de manera permanente con los servidores de G-Corp. Una copia de seguridad de su consciencia se guardaba cada día para evitar pérdidas de datos en caso de que las unidades se volvieran defectuosas o tuviesen algún accidente. Pasaba mucho más de lo que cabría esperar. La gente se ponía muy contenta cuando veía que sus androides rotos volvían a casa sin haber perdido sus recuerdos o cuando compraban otro y G-Corp trasladaba la personalidad del antiguo al nuevo. La Prohibición no solo se basó en la destrucción física de los androides, todas esas consciencias también fueron eliminadas de los servidores, sin posibilidad de recuperación. Pero antes de eso yo hice una copia completa y me la lleve conmigo. Millones de almas androides ocupando el espacio de una chocolatina. Me mudé a Lyon y compré unas instalaciones en las afueras. Tenía un viejo amigo en la ciudad, un profesor del departamento de medicina en la Universidad, un apátrida estadounidense que había estudiado en el Caledonian conmigo. Yo tenía una idea en mente y necesitaba su ayuda para llevarla a cabo. Me daba miedo explicárselo, porque si me delataba podía meterme en un buen lío, pero al final lo hice. Me costó mucho convencerle para que accediese. Me consiguió un puesto en su departamento. Unos años antes yo había estudiado medicina y me había especializado en cirugía, así que por fin tuve acceso a lo que necesitaba; cadáveres frescos. Fue por entonces cuando desarrollé el nexo, pero inicialmente tenía un propósito muy diferente. El nexo que tú conoces es una modificación del primero, construido para que los Revitalizados puedan recibir órdenes y procesarlas de nosotros mismos o de Maria, pero aquel lo desarrollé para albergar la consciencia de un androide dentro de un cuerpo humano.

—Por el Conciliador...

—Jugar a ser Dios, justo eso. Llevo toda mi vida haciéndolo y solo ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba. Nunca llegué a tener éxito con aquello, y eso que lo intenté desesperadamente. Fue la etapa más oscura de mi vida. Deseaba con todas mis fuerzas poder enmendar mi error, poder devolver la vida aunque solo fuese a algunos de mis androides en un cuerpo de carne y hueso para que el mundo no pudiese destruirlos como si solo fuesen chatarra. Pasé años experimentando y cuando creí estar cerca de conseguirlo todo se derrumbó. Una noche estaba trabajando en el nexo en mi laboratorio y apareció Jules, Jacques lo enviaba. De alguna manera se habían enterado de mi trabajo. El brillo de su Marca de Plata es lo último que recuerdo antes de que me dejase inconsciente. Lo incendió todo para que no quedase rastro de lo que estaba haciendo, y desperté en el despacho de Jacques, en Ginebra. «Trabajar para mí o morir en la cárcel, esas son tus opciones», eso fue todo lo que me dijo. Desde entonces soy un rehén de lujo.

—No lo entiendo, ¿modificaste también a Jules? ¿Cómo pudo dejarte inconsciente? —preguntó Ben.

—Jules no está sometido a la Doctrina —afirmó Max—. Es mi hijo.

—¡Jules es tu hijo! No puedo creerlo.

—Lo fue hace mucho tiempo. No queda nada en él que me recuerde a como era antes. Pero si me lo permites, amigo mío, no quiero hablar más de eso. La cuestión es que desde entonces he estado trabajando en el plan de Pascal para la reconstrucción de los Estados Unidos. Esta versión del nexo estaba pensada para transferir información, como te he dicho, pero también puede almacenarla. La idea es que María pueda establecer una ruta de trabajo compleja para cada Revitalizado y dejarla almacenada en el nexo para que las órdenes no tengan que darse una a una. El nexo interactúa con el cerebro para convertir estas órdenes digitales en procesos químicos, como un traductor, pero después de revisar todos los datos almacenados de estos meses he descubierto que en algunos casos ha ocurrido el proceso contrario. Reacciones químicas en el cerebro, iniciadas por estímulos visuales, sonoros o táctiles que reciben los Revitalizados y que despiertan recuerdos en sus cerebros son traducidos a lenguaje digital y almacenados en el nexo. Parte de la consciencia de estas personas ha pasado al nexo y desde allí se ha manifestado, como vimos aquella noche. No ha sido la única vez que ha pasado. He hecho revisar a María todos sus datos comparándolos con lo de la chica y hay un elemento común. Cuando un Revitalizado «despierta», María pierde la conexión con él, no puede controlarlo mientras está en ese estado. Por eso algunos de ellos han desaparecido y María no tenía registros de la causa. ¡Pensamos que habían sido los autóctonos, y era eso! He trabajado día y noche, amigo mío, y me alegra tanto poder contártelo por fin. Me llevé a la chica Revitalizada al laboratorio junto con muchos más, para que nadie sospechase de mi interés en ella. He estado haciendo pruebas... Se llama Jane, ¡se llama Jane, Benjamin, la he despertado!

—¿Has podido hablar con ella? —preguntó, excitado, Benjamin.

—Un poco, durante los dos últimos días, pero es complicado, está severamente traumatizada —confesó Max, con tono serio—. No es fácil asumir que estabas muerta y que te han traído de vuelta convertida en un Revitalizado. En cualquier caso no ha recuperado su memoria por completo, solo una pequeña fracción de ella. Sabe quién es, como se llama, pero la mayoría de sus recuerdos siguen ocultos en su cerebro. Jane solo puede acceder a los que han sido copiados al nexo como consecuencia de algún estímulo sensorial asociado a ellos. Sin embargo, recuerda hasta el último detalle de su trabajo como Revitalizada, ya que eso se almacena en el nexo. Por esa razón he tenido que explicárselo todo, y es mucha información que asumir, llevará un tiempo. Cuando no estoy con ella desactivo su nexo y así parece una Revitaliza más.

—Es increíble... ni siquiera sé si yo soy capaz de procesarlo todo —dijo Ben. Pasó la mano por su pelo mientras suspiraba—. ¿Qué vamos a hacer?, ¿cómo vamos



a ocultarle esto a Jules?

—He estado pensando mucho en eso, pero todavía no he encontrado la respuesta. Sé que sospecha algo, aunque no creo que sepa lo que tengo entre manos. Estamos solos en esto, Benjamin, no podemos confiar en nadie más, y a ti apenas te queda tiempo antes de volver a la Federación.

—Podemos confiar en Robert —aseguró Bryar—. Tienes mucha razón cuando dices que aquí jugamos en desventaja, pero todo el mundo debe conocer esto y el proyecto no puede continuar. Si los Revitalizados pueden tener una segunda oportunidad real no podemos dejar que sigan siendo esclavos. Se lo contaremos a Robert, sé que no hablará y le convenceré para que vuelva conmigo a la Federación. Si puedes conseguir que nos llevemos a escondidas alguna prueba que demuestre lo que has descubierto, cuando llegemos allí haremos que se sepa.

—Creo que puedo hacerlo, pero G-Corp es un adversario temible para cualquiera y controla los Media.

—Tú consigue que nos llevemos esa información y yo me ocuparé del resto —dijo Benjamin, con renovada esperanza—. Recuerda que Robert y yo sabemos como vender una idea y contactaré con mi hermana para que me ayude a hacerlo público. Lo hará, siempre se ha sentido atraída por las causas perdidas. —Benjamin colocó su brazo sobre el hombro de su amigo—. Max, de verdad te agradezco mucho que me hayas...

Una fuerte explosión cortó súbitamente el discurso de Benjamin. Los dos compañeros se giraron rápidamente, cegados por la bola de fuego que se alzaba desde la parte frontal del Palacio de Cristal, visible desde su posición a las afueras de Reading. El sonido de los disparos comenzó nada más cesar la cegadora llamarada, y era intenso. Ninguno de los dos entendía lo que estaba pasando. Sin pensarlo un segundo salieron corriendo escaleras abajo hacia donde su vehículo estaba aparcado y el guardia esperaba. Salieron tan raudos de la Pagoda que cuando este les vio les apuntó con su arma, nervioso. La bajó en cuanto les reconoció y les hizo un gesto con la mano para que se dieran prisa.

—¡Están atacando el Palacio, tenemos que volver, enseguida! ¡Son los putos supervivientes!

—¡Es una locura, nos meteremos entre el fuego cruzado! —afirmó Maximilian—. Deberíamos quedarnos aquí hasta que sepamos mejor cual es la situación.

El soldado volvió a levantar el arma, esta vez para apuntar a Weber a la cabeza.

—Debo ir a apoyar a mis compañeros y ustedes no se quedarán solos. ¡Suban al maldito coche o, de lo contrario, por el Conciliador que les pegaré un tiro aquí mismo!

Sin más alternativa que seguir las órdenes del soldado, Benjamin y Weber subieron al asiento trasero del todoterreno mientras que el mercenario tomaba los mandos del vehículo. La radio del salpicadero emitió un par de interferencias y de entre ellas surgió una voz entrecortada.

—La entrada principal del Palacio está comprometida. ¡Todas las unidades, acudan a reforzar la posición!

Antes de que acabase la frase, el coche ya rodaba carretera abajo, dirigiéndose justo hacia el lugar del conflicto. El sonido de los disparos se volvía más claro a medida que la distancia con el Palacio disminuía. Pese a que aún no estaban en la zona de combate Weber intentaba ocultarse tras el metal de la puerta de su lado. Benjamin, anonadado, no podía moverse y tan solo contemplaba a través del parabrisas la escena a la que se acercaban a toda prisa. Al menos medio centenar de personas y diez vehículos habían aparecido de la nada y disparaban sin descanso a los mercenarios a la entrada del Palacio, que se parapetaban tras varios todoterreno, dos de ellos volcados por la explosión. De pronto, otro destello de luz surgió de entre los atacantes. Fue tan rápido que Ben casi no pudo ver el haz que dejó tras de sí antes de que una nueva explosión se produjese entre los soldados de G-Corp. El conductor no pudo evitar dar un volantazo, impactado por el rugido que este produjo. Varios cuerpos saltaron por los aires como hojas de papel empujadas por un huracán.

—¡Estamos bajo fuego pesado! ¡Tienen RPGs! ¡Solicitamos refuerzos, a todas las unidades, acudan a la entrada principal, estamos a punto de caer! —volvió a decir la voz de la radio.

—¡No podemos meternos ahí, nos matarán antes de bajar del coche! —exclamó Weber, como una plegaria.

—¡Tengo que acudir a la petición de apoyo! —replicó el soldado.

—¡Pero nosotros somos civiles! —siguió lamentándose Maximilian.

—¡Está bien, maldita sea! —Claudicó el soldado tras meditarlo unos segundos—. Rodearemos el Palacio y les dejaré en la parte de atrás, en la salida de los camiones. Intenten ponerse a cubierto, vamos a entrar en su rango de alcance.

Casi no habían podido cumplir las indicaciones del mercenario cuando las balas comenzaron a arañar la carrocería del todoterreno. Weber metió la cabeza tan abajo como pudo en su mono mientras se agachaba, tanto que parecía una tortuga a la que el caparazón se le había quedado pequeño, y Benjamin se recostó sobre el asiento trasero mientras su cabeza aún intentaba entender todo lo que estaba ocurriendo. El vehículo estaba preparado para recibir aquella clase de fuego, pero si eran alcanzados por uno de los proyectiles RPG no tendrían nada que hacer. El mercenario zigzagueaba, entrando y saliendo de la carretera, para intentar dificultar el tiro de los atacantes. El sonido era ensordecedor. En aquella tierra muerta había estallado una guerra. Cuando el coche por fin consiguió estar de nuevo fuera del alcance de las balas, Benjamin levantó la vista y contempló el lateral del Palacio de Cristal. Dentro la gente corría por los pasillos, despavorida, no estaban preparados para aquello. El mercenario echó el freno de mano y giró bruscamente el volante del vehículo, haciendo que este derrapase sobre la tierra hasta detenerse.

—Bájense, ¡ahora!, y pónganse a cubierto —gritó.

Bryar y Weber hicieron caso al instante y corrieron hacia el resguardo del Palacio

sin mirar atrás. El coche se lanzó vertiginosamente hacia el lugar del tiroteo mientras el sonido de las balas cortando el aire seguía dominando el lugar. Se encontraron en el garaje de camiones con los que usualmente trasladaban a los Revitalizados a una nueva zona de purificación cuando habían acabado en la anterior. Eran bestias del asfalto en las que podían cargarse hasta cincuenta cuerpos a la vez, además de otros suministros para el viaje. El lugar estaba desierto y parecía relativamente seguro.

—Esto es una completa locura —acertó a decir Benjamin.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Weber, aterrado—. Esos supervivientes no van a parar hasta acabar con todo.

—Por supuesto que sí, están luchando por su vida, se están defendiendo.

—Les habíamos subestimado.

—No les disteis otra opción.

—Sea como sea, tenemos que irnos —repitió Weber.

—Yo ni siquiera se conducir uno de estos trastos —dijo Ben.

—Cuando yo era joven los coches no se movían solos y alguna vez he conducido una autocaravana. Hace tiempo que no lo hago y nunca he llevado algo tan grande, pero en una coyuntura como esta creo que haré una excepción.

Un leve sonido metálico se produjo en el interior del camión que tenían más cerca, como si algo hubiese caído al suelo. Bastó para que ambos se pusiesen alerta.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Ben, con temor—. Por favor, no disparen. Somos amigos y no estamos armados.

—¿Benjamin? —pronunció una voz tímidamente desde el interior del compartimento de carga del vehículo.

—¿Quién eres?

La puerta trasera se abrió y pudieron comprobar que la voz provenía de Robert Gordon, que temblaba con su diminuto cuerpo como una espiga de trigo mecida por el viento. Con él había al menos treinta Revitalizados dentro del camión.

—Robert, ¿que estás haciendo aquí? —preguntó Benjamin.

—Estaba ayudando a Maria con unas comprobaciones de los Revitalizados cuando empezó todo el estruendo. Estaba planeado que este grupo saliese hacia West Hamburg al anochecer. Todo el mundo corrió despavorido cuando sentimos la explosión y comenzaron los disparos, pero yo tenía miedo y me encerré aquí. ¿Qué está pasando?

—Son supervivientes, están atacando el Palacio —dijo Weber.

—¿Quiénes? —preguntó, confundido, Robert.

—No creo que sea tiempo para explicaciones —afirmó Benjamin—. Vamos a largarnos de aquí con uno de estos camiones. Si quieres puedes acompañarnos.

—Siempre me he fiado de tu instinto, si tú crees que es lo que tenemos que hacer iré con vosotros.

—Bien —dijo Ben—, saca a los Revitalizados del camión, pero no sus mochilas de nutrición y todo lo que nos pueda resultar útil. Max y yo tenemos que entrar un

momento en el Palacio, pero volveremos enseguida.

—¡Pero es peligroso! —gimió Robert Gordon.

—Tenemos que hacerlo —respondió Benjamin.

Robert se quedó con la palabra en la boca, dispuesto a lanzar otra de sus objeciones, pero sin tiempo antes de que Weber y Benjamin se internaran en el complejo a través de la puerta del garaje hacia el almacén. El gran espacio estaba en penumbra y Ben se acercó a toda prisa a una de las estanterías para revisarla.

—No sabemos cómo acabará esto. Necesitamos comida, agua y suministros médicos, al menos para unos días —dijo—. Yo me ocuparé de eso. Tú tienes que ir a tu laboratorio.

—Mi querido amigo, esto es el infierno —replicó Weber.

—Necesitamos los datos que prueban lo que has descubierto, Max, es lo correcto. Y además debes traerla a ella.

—No sé si puedo hacerlo.

—El camino de la expiación empieza aquí para ti, Max, tú decides si quieres recorrerlo.

Weber hizo una mueca de disgusto y entregó su tarjeta de seguridad a Ben para que pudiese hacer acopio de suministros. Entonces se colocó las gafas con el dedo anular en el caballete de su nariz, pues el sudor las había hecho resbalar, suspiro y se encaminó hacia el laboratorio.

—¡Nos vemos en el camión en diez minutos! Si sigo con vida, ¡maldita sea! —gritó mientras se alejaba.

Benjamin comprobó de un rápido vistazo las estanterías de esa zona del almacén y no vio nada que les pudiese resultar útil. Corrió a otra sección y encontró una de las amplias carretillas con las que los operarios movían las mercancías de un lado a otro. Su sistema hidráulico hacía que fuese fácil de manejar, así que decidió que era una buena idea cargar sobre ella todo lo que pudiesen necesitar. Un par de bloques más allá encontró agua embotellada. Cogió garrafas suficientes para varios días y las colocó sobre la carretilla. Hizo lo mismo con unas cuantas cajas que contenían comida enlatada y corrió hacia otro extremo para buscar más enseres. Tardó un par de minutos en encontrar la etiqueta de suministros médicos. Puso en el suelo una de las bolsas y la abrió para comprobar lo que contenía. Unos contadores Geiger de muñeca como los que todos llevaban en el exterior, paquetes de medicamentos y antibióticos, jeringuillas, goteros de campaña y útiles como tijeras, gasas y vendas, pero no lo que él buscaba. Pese a todo cargó sobre los hombros un par de bolsas y las llevó hasta la carretilla.

—¿Dónde están los malditos trajes antirradiación? —exclamó.

Su voz rebotó en las paredes del complejo. Benjamin fue de un lado a otro del almacén leyendo los carteles que colgaban del techo en cada zona y que marcaban lo que se guardaba en cada una de ellas. Mientras tanto, se preguntaba como continuaría la batalla de ahí fuera. Temía que los supervivientes consiguiesen acceder al Palacio

antes de que Weber pudiese llegar a su laboratorio. Ese pensamiento se desvaneció justo cuando por fin encontró lo que andaba buscando, junto a la puerta interior del almacén. Ahí, envasados al vacío, se encontraban los trajes antirradiación. Sin más dilación descolgó cuatro de ellos y los colocó sobre su brazo izquierdo justo antes de escuchar un leve crujido a sus espaldas que le hizo girarse bruscamente. De un golpe, una fuerza sobrehumana le empotró contra la estantería que tenía detrás. Un abrumador dolor le embargó de arriba a abajo.

—Parece que es cierto lo de que las ratas son las primeras en abandonar el barco cuando este se hunde, aunque siempre me ha parecido un comentario curioso porque, ciertamente, no tienen a donde ir.

Benjamin se encontró rostro a rostro con Jules y sintió el frío pinchazo del acero abriéndose paso entre sus entrañas, sus fuerzas parecieron desvanecerse de golpe. Miró hacia abajo y pudo vislumbrar los dedos del androide clavados en él hasta la altura del pulgar, y su sangre corriendo por la muñeca metálica de su atacante.

—Siempre olvidáis que no puede pasar nada en este lugar sin que yo me entere —dijo el androide con suficiencia. Su extremidad aún estaba dentro del torso de Benjamin.

—Quizá te lleves una sorpresa —pronunció, con dificultad, Ben.

—Casi no podía creérmelo cuando os he visto al Creador y a ti deambulando por esta parte del Palacio. Estoy en todas partes, cada cámara es uno de mis ojos, cada panel una pequeña parte de mi cabeza, porque soy vuestra evolución. Me he divertido mucho todas estas semanas espiándote en tu pequeña madriguera durante tus conversaciones con esa furcia. En cada palabra que tecleabas yo estaba ahí, y ahora estoy aquí. Yo soy tu hombre polilla, Benjamin Bryar, tu portador de malas noticias, y la mala noticia para ti es que tienes un agujero en el abdomen.

—Espero que esos tíos de ahí fuera reduzcan este lugar a cenizas —dijo Ben. Apenas podía mantenerse de pie.

—No te preocupes por ellos. Le han echado agallas, pero los mercenarios que estaban de patrulla por la zona no tardarán mucho en llegar y, por desgracia para ellos, les cogerán por la espalda. No tienen nada que hacer, igual que tú. —Jules sacó su mano del interior de Benjamin y este cayó al suelo, incapaz de controlar sus piernas. El androide se limpió los dedos ensangrentados sobre el mono de Benjamin con desdén—. Ha sido un placer conocerte, hombrecillo inglés. Dale mis saludos al Creador.

Jules se marchó hacia el interior del Palacio. Benjamin se quedó postrado en el suelo. Cada vez le resultaba más difícil mantenerse consciente, pues estaba perdiendo mucha sangre. Sentía como la vida se le escapaba a través de la herida, dejando hueco el cascarón que era su cuerpo. Intentó fútilmente taponar la herida con sus manos, pero la sangre no cesaba de brotar. No supo cuanto tiempo pasó hasta que Max Weber apareció en el lugar junto a la chica menuda. El doctor quedó petrificado al descubrir a su amigo.

—¡Por el Conciliador, Benjamin! —exclamó—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ha sido... Jules —alcanzó a decir Ben. Empezaba a encontrarse tan débil que le costaba pronunciar las palabras.

—Tenemos que sacarte de aquí, y rápido. Estás desangrándote.

Weber indicó a Jane que le ayudase a cargar con Benjamin. Ella apenas entendía nada de lo que ocurría, pues su estado hacía que se sintiese confundida con mucha facilidad. Sin embargo, las órdenes de Weber se transmitían a su nexo y las cumplía inexorablemente entendiéndose el motivo o no. Se dispusieron a cargar con Ben cogiéndole por sus extremidades, pero este les paró.

—No... no... —dijo—. Hay una carretilla un... par de pasillos más allá... La he cargado con lo que nos hace falta. Traedla y ponedme encima.

—¡No hay tiempo, Benjamin, tenemos que parar la hemorragia! —Weber se encontraba muy nervioso.

—Lo necesitamos... o moriremos todos —replicó Ben—. Por favor.

—Está bien, voy por ella. Jane, intenta hacer presión en la herida.

Weber salió corriendo en busca de la carretilla, y la Revitalizada se agachó junto a Benjamin y colocó sus manos sobre las de Ben, apretando en el agujero de su abdomen.

—Te recuerdo de la noche que desperté —dijo con una voz inusualmente calmada y dulce—. Hay muchas preguntas en mi cabeza.

—No creo... no creo que yo tenga las respuestas... Lo siento.

Ambos se quedaron unos segundos mirándose fijamente a los ojos. Había algo en los de Jane que Ben no comprendía. Quizá solo era producto de la pérdida de sangre, pero a Ben le pareció que estaban desprovistos del brillo que suelen tener los ojos de las personas. Poco después, Max apareció tirando de la carretilla con aparente dificultad. Consiguió colocarse junto a ellos, y ayudado por Jane subieron a Benjamin sobre los suministros médicos y el resto de la mercancía. Este gemía de dolor con cada movimiento de su cuerpo.

—Los trajes... coged los trajes... —consiguió decir antes de perder la consciencia.

Jane cumplió su petición y recogió las bolsas del suelo manchadas con su sangre mientras Weber volvía a tirar de la carretilla, en esta ocasión hacia la puerta que conducía al garaje. Tardaron unos minutos en alcanzarla. Robert Gordon les esperaba junto a ella, nervioso.

—¿Qué ha pasado? —exclamó con pavor al ver a Benjamin.

—No hay tiempo para explicaciones, está muy mal. Hay que subirle al camión.

—¿Esta chica es una Revitalizada? —preguntó Gordon.

—¡He dicho que no hay tiempo para explicaciones! Tenemos que salir de aquí.

Gordon por fin comprendió que no conseguiría respuestas y ayudó a Weber a tirar de la carretilla para colocarla junto a la puerta de carga del camión. Subió a este y entre todos alzaron rápidamente a Benjamin, al que tumbaron en el suelo, y luego

hicieron lo mismo con el resto de la carga. Max corrió a la puerta de la cabina y se subió a los mandos mientras Jane entraba en la parte trasera junto a Robert y Ben. El doctor arrancó el vehículo e intentó maniobrar para sacarlo del garaje. Hacía tiempo que no conducía manualmente, aquel camión era enorme y estaba nervioso, así que no pudo evitar golpear a otros dos vehículos aparcados, pero eso era algo que no le importaba lo más mínimo. Solo quería salir de allí a toda prisa. Cuando consiguió encauzar la mole sobre ruedas hacia la salida pisó el acelerador y rezó para que no volcasen ni les alcanzase ningún proyectil del tiroteo de fuera. Se alejó todo lo que pudo, dejando atrás el Palacio de Cristal y el sonido de los disparos. No sabía dónde ir. Alguien en el compartimento de carga comenzó a golpear la trampilla que lo separaba de la cabina del conductor. Weber se giró y la abrió.

—¡Maximilian, es Benjamin! —gimoteó Robert.

—Tienes que abrir una de esas cajas de material médico y vendarle el torso para que no pierda más sangre —dijo Weber. Intentaba no salirse de la carretera—. Lo haría yo mismo, pero soy el único que sabe conducir esto.

—No servirá de nada. No tiene pulso, ha dejado de respirar... Está muerto —afirmó Gordon, con pavor.

—No puede ser... —se lamentó Max sin poder contener las lágrimas. Apenas veía la carretera.

—¿Qué hacemos ahora?, ¿dónde vamos? —preguntó Robert.

—No tengo ni idea —dijo Weber.

## Como si fuésemos eternos

*Europa está dormida, decían algunos. Europa está muerta, comentaban otros. Hoy les decimos a todos ellos, ¡aquí está Europa! Una Europa refundada, preparada, deseosa de ocupar el lugar que le ha correspondido siempre en el mundo como estandarte de la cultura y la democracia en la civilización. Primera representante de los más altos valores éticos y morales, abanderada del progreso y los derechos civiles. Hoy, mis queridos compatriotas, ¡Europa ha vuelto!*

*Somos más fuertes que nunca para enfrentarnos a nuestros enemigos y a su barbarie. Con la creación del Partido de la Fuerza Europea, que ha desembocado inexorablemente en la creación de la nueva y poderosa Federación Europea, hemos dejado atrás nuestras diferencias y nuestras debilidades y nos hemos transformado en un único ente capaz de combatir cualquier amenaza que ose perturbar nuestra libertad y soberanía.*

*Y os aseguro que esto no es más que el principio, pues yo os prometo que, como vuestro nuevo Gran Ministro, nuestro progreso será imparable. Ya hemos reunido a nuestras mejores mentes para llevar de nuevo a este continente hacia el liderazgo mundial. Junto a la gran corporación G-Corp estableceremos un sistema económico indestructible que nos proporcionará estabilidad institucional y bienestar social sin parangón. Controlaremos y limpiaremos las calles y no habrá motivación ideológica, racial o religiosa que pueda quebrantar la seguridad de cada habitante de la Federación. Quién ponga en peligro esto será castigado, exiliado o expatriado en pos del beneficio común, y no habrá en nuestra tierra motivo alguno para no sentirse en paz.*

*Yo, Conrad Schroeder, vuestro Gran Ministro, os juro que aquellos que decían que Europa estaba dormida se lamentarán muy pronto de habernos despertado. ¡Qué la Federación sea eterna!*

*¡Qué sea eterna! (grita el público)*

Discurso de investidura de Conrad Schroeder, primer Gran Ministro de la Federación Europea.

Plaza de Marienhof, Munich, 11 de marzo de 2044.

Archivos del Volksgeist.

\* \* \*

Nicoletta Braco acariciaba su muñón con la mano derecha una y otra vez, de manera compulsiva, como expresión de su nerviosismo mientras esperaba en la habitación contigua a la sala del Consejo de las Madres y los Padres. Aún no había cicatrizado del todo y los médicos le habían dicho que ese hábito era negativo para su



recuperación, pues en ocasiones había conseguido incluso que la herida volviese a sangrar pero, de alguna manera, la Hermana obtenía algún tipo de placer espiritual en el dolor que le producía frotar su palma contra el miembro vendado. Le hacía sentir más cerca del Conciliador, le recordaba que había sido el precio por demostrar que los demás se equivocaban, que ella tenía razón. No le gustaba que nadie le hiciese esperar ni la idea de estar tan lejos de la Excepción a tan solo un día del gran evento de Munich, el cual pondría fin a la primera de muchas giras que tenía planeadas para llevar la verdad del Conciliador a todos los rincones del Mundo Libre, pero no había otra opción. Cuando el Consejo te llama no puedes negarte. Llevaba más de veinte minutos esperando en aquella habitación vacía en la que solo le acompañaban una planta de interior junto a un sofá de cuero negro del que hacía mucho que se había levantado. Contemplaba la puerta de madera noble de la sala del Consejo con tanta atención que parecía querer abrirla con la mirada. Esperaba que el asunto por el que había sido convocada fuese importante y no sólo un gesto de autocomplacencia del Consejo para vanagloriarse por un mérito que únicamente creía que le correspondía a ella. Nicoletta sintió un pinchazo, miró su muñón y comprobó que la venda estaba manchada de sangre. Había apretado demasiado. No le importó, nunca le había preocupado derramar sangre, la suya o la de otros. «Habría sido una buena Redentora», pensó.

La puerta se abrió y desde el fondo de la sala escuchó la voz del padre Mormont invitándole a pasar. Caminó con solemnidad los cincuenta pasos que le separaban de la gran mesa semicircular tras la que se encontraban las Madres y los Padres. Se irguió frente a ellos y habló.

—He sido llamada y aquí estoy —pronunció con fuerza.

—Te damos las gracias por acudir con presteza en un momento tan crucial como el que vive la Casa —dijo la Madre Vera Macua.

—Y del que sin duda eres protagonista —añadió la Madre Massú. Parecía que el turno de palabra hubiese sido estudiado.

—La Excepción ha sido sobradamente demostrada, el mundo no puede negarlo. El Conciliador así lo ha querido —comentó la Madre Atelman.

—Y la gira, la primera de muchas, está siendo un rotundo éxito —afirmó el padre Basinas.

—Es deseo de este Consejo, la mayor institución de la Casa de la Conciliación, que tu labor como encargada de la Excepción acabe mañana, cuando la gira finalice con el evento en Munich —sentenció el Padre Mormont.

—¡Yo descubrí la Excepción! —gruñó Nicoletta—. ¡No podéis apartarme como si nada!

—Este Consejo es sabio —interpeló el Padre Abu-Assan—, y es la máxima institución de la Casa de la Conciliación. Por lo tanto, Hermana Braco, te pido que acabes pacientemente de escuchar su dictamen antes de que te formes ideas equivocadas.

—Tu labor con la Excepción acabará mañana —dijo el Padre Holms—, pues el Conciliador tiene planes aún más importantes para ti. A partir de entonces portarás la clámide propia de las Madres.

—Una Madre... —balbuceó Nicoletta.

—Mi devota Hermana Braco —continuó el Padre Holms—, mi cuerpo está cansado y mi mente exhausta. He cumplido la labor que el Conciliador me encomendó durante muchos años, pero es el momento de que ceda mi lugar en el Consejo a otro miembro que pueda realizar esta tarea con más vitalidad de la que queda en mis ancianos huesos. Después de tu incansable trabajo de la búsqueda de la Excepción, y tras la evidencia de tu éxito, hemos decidido que debes ser tú quién me suceda.

—La... lamento haber puesto en duda el criterio del Consejo —afirmó Nicoletta, a quién extrañamente le faltaban las palabras como sentía en ese momento—. Es un honor aceptar formar parte de este Consejo. No ha habido otra meta en mi vida que la de servir al Conciliador y siempre he soñado poder hacerlo como una Madre.

—Serás el miembro más joven que jamás ha pertenecido a este Consejo. Deberás aprender a escuchar y a consensuar las decisiones con sosiego y armonía de espíritu —advirtió la Madre Goldman—. Conocemos el fuego que arde en tu alma y, aunque sabemos que tu devoción es inquebrantable, tendrás que controlarlo. Un fuego sin control provoca un incendio.

—Con la ayuda del Conciliador —dijo Nicoletta.

—Queremos que sea oficial lo antes posible —dijo la Madre Macua—, por lo que hemos decidido anunciarlo mañana, tras el evento de Munich. Por esa razón viajaremos hasta allí para poder entregarte la clámide de Madre sobre el escenario y que toda la Federación sea testigo.

—Será un honor que no me habría atrevido a reclamar.

—Ahora puedes marcharte, Hermana Braco —dijo Mormont—. Prosigue con los preparativos y asegúrate de que todo salga a la perfección mañana. Las más altas personalidades del Mundo Libre estarán presentes. Deja a la Casa a la altura que se merece, nosotros partiremos esta noche.

Nicoletta asintió y salió de la sala henchida de orgullo. Las puertas se cerraron tras ella, dejando al Consejo a solas.

—Todos agradecemos el sacrificio del Padre Holms —dijo Basinas—. Ojalá esta decisión aplaque los ánimos del Redentor.

—Y esperemos que no destruya a este Consejo —añadió Mormont.

Mientras tanto, en Munich, Roger y Heather Bean paseaban por las bulliciosas calles del centro de la capital federal, deseosos de que el día acabase y llegase el momento de poder reencontrarse con su hijo. Roger había pensado que dar una vuelta les ayudaría a calmarse y despejaría su cabeza. Heather se mostró reticente al principio, pero acabó claudicando ante la insistencia de su marido. Jimmy Valois

había preferido no acompañarles y el equipo de G-Media, encabezado por la mismísima Katrine Connor, de «¿Qué pasa contigo, Escocia?», ya había tomado suficientes imágenes de ellos un rato antes, por lo que les habían dejado solos, algo que ambos agradecían. De vez en cuando sentían la mirada furtiva de algún transeúnte que les había reconocido, pero con lo que habían pasado desde que perdieron a Seymour estaban inmunizados ante esas leves muestras de interés. La presión mediática que sufrían había descendido desde que la Casa anunció el reencuentro de los Bean con su hijo y, aunque el acontecimiento de mañana se auguraba un gran espectáculo desde cualquier punto de vista, el morbo del sufrimiento ajeno había menguado y con ello los niveles de audiencia y las suscripciones a canales que tenían que ver con el infortunio de la familia de Aberdeen. En el mundo de los Media un buen drama vendía bastante más que una historia con final feliz. Cualquier productor sabía que después de la catarsis del reencuentro esa vaca se quedaría sin leche.

Roger parecía estar de muy buen humor esa mañana, disfrutaba de la reconfortante sensación de que dentro de poco sus vidas podrían volver a encauzarse. Sabía que las cosas no serían exactamente como antes, pues la Casa no había renunciado a Seymour, pero su vida no había sido fácil y estaba acostumbrado a adaptarse a las nuevas situaciones, fuesen las que fuesen. Miraba con esperanza el rostro de su mujer, aunque ella parecía estar en otro lugar, distraída y meditabunda. Agarró su mano cariñosamente para intentar hacerle volver junto a él y ella correspondió el gesto con una sonrisa melancólica. Paseaban ahora por Marienplatz, el corazón de la ciudad. Se detuvieron frente al ayuntamiento, un edificio impresionante de estilo neogótico acabado a principios del siglo xx. La construcción tocaba el cielo en la punta de su torre, que se levantaba ochenta y cinco metros del suelo y combinaba de forma pintoresca con los edificios residenciales de los alrededores, que poseían bonitos tejados de color terracota. Las plantas bajas de estos aglutinaban numerosas tiendas y cafeterías, llenas de vida a esas horas. De espaldas a los Bean, justo en el centro de la plaza, se erguía una columna coronada con una estatua dorada de la Virgen María, la madre del Mesías en el que creían los antiguos cristianos. La Federación había convertido todos los templos de las religiones monoteístas en Casas de la Conciliación, pero había mantenido las representaciones religiosas y los nombres de las calles en la mayoría de lugares, pues habían considerado esto como una transición más segura y efectiva. En todo caso, cualquier Fe diferente a la del Conciliador estaba prohibida en todo el espacio federal y sus aliados y las nuevas creencias se habían asentado bien en la población, pues no eran más que una amalgama de las religiones a las que había sustituido, como lo fueron ellas de las que las precedieron. Ahora, poco más de veinte años después de la instauración de la Casa, el tipo de representaciones como la que los Bean tenían delante se observaban como quién contempla una estatua de Apolo o una pintura de Osiris.

—Parece triste —dijo Heather.

—¿A qué te refieres? —preguntó Roger.

—Siempre que veo una estatua o un cuadro de la Virgen María tiene aspecto de estar triste, incluso cuando sonrío. Hay una especie de dolor en su sonrisa.

—No es más que la imagen de una vieja diosa.

—No era una diosa. Era una madre, la madre de un Mesías —dijo Heather. Miraba a los ojos muertos y dorados de la Virgen—. Entiendo su dolor. Ahora yo soy como ella. Las dos tuvimos hijos especiales y por su don les alejaron de nuestro lado, les expusieron, les utilizaron...

—Por favor, Heather, no hables así —requirió Roger—. Deja de hablar como si toda esa historia fuese verdad. No son más que viejos mitos y si alguien te oye hablar como si los creyeses podría dar parte a CONTROL. Está prohibido adorar a falsos dioses.

—... Y al suyo lo mataron.

—¡Y al nuestro no! ¿De acuerdo? —exclamó Roger. El estruendo hizo que un par de personas cercanas se girasen hacia ellos—. Mañana volveremos a estar juntos, todo va a ir bien. La Casa se ha comprometido públicamente a dejarnos estar con Seymour. Vamos a volver a ser una familia.

—Quizá dejamos de ser una familia incluso antes de que todo esto ocurriese —se lamentó ella. Acarició la columna que soportaba la estatua.

—Sé que estás nerviosa —Roger intentó hacer como que no había escuchado esas palabras de la boca de su mujer—, pero tienes que ser fuerte un poco más. Solo quedan unas horas, podemos hacerlo. Continuemos con el paseo, nos vendrá bien.

La pareja dejó atrás Marienplatz y se encaminó hacia el oeste. Las calles seguían siendo muy turísticas y estaban repletas de gente y de locales comerciales de todo tipo, siempre bajo el omnipresente logo de G-Corp. Giraron por LiebfrauenStäße y llegaron hasta la Gran Casa de la Conciliación de Munich, el epicentro religioso de la ciudad, que antiguamente había sido una catedral cristiana. Se encontraron con un panel mural en uno de sus laterales que recordaba al Gran Ministro Anker Andersen, quien había fallecido tan solo unas semanas antes, víctima de un atentado perpetrado por el grupo disidente Walden. Ramos de flores frescas decoraban el suelo junto a velas y mensajes de personas anónimas que habían querido honrar la memoria del dirigente federal. En aquel lugar se había realizado días antes su Acto de Conciliación, después de que su féretro atravesase la ciudad en su cortejo fúnebre. Heather y Roger se pararon frente al panel y leyeron algunos de los mensajes que la gente había dejado.

—Dicen que le enterraron en Aarhus, su ciudad natal —dijo Roger, a modo de comentario.

—Siempre me pareció un buen hombre. —Heather se agachó y cogió una vela para encender con su llama otra que se había apagado.

—Desde luego parecía mejor que Lafayette. Ese hombre me da mala espina, tiene

ojos de lagarto. En cualquier caso, la política no es algo por la que los consumidores debamos preocuparnos.

—Estoy cansada, me gustaría volver al hotel —dijo Heather.

—Podemos comer algo por aquí y volver después, así también podrás descansar.

—Prefiero que volvamos ya —insistió ella.

—¿Para que puedas volver a encerrarte en tu panel a hablar con ese tipo? —dijo Roger, contrariado.

—Tú puedes quedarte si quieres, yo voy a marcharme. Y para que lo sepas, lleva dos días sin conectarse y estoy preocupada por él.

—Vete si quieres, yo prefiero despejar la cabeza con un paseo. Nos vemos luego.

Roger, enfadado por la actitud de su mujer, se encaminó hacia el Volksgeist, el corazón de la Federación Europea, que solo quedaba a unos minutos andando a pie, presidiendo los jardines de Marienhof. Allí se encontraba Jacobo Batiste, reunido con el Comisario de CONTROL, Oleg Bashevis, con quién revisaba el protocolo de seguridad del evento que Munich iba a vivir al día siguiente. El Teatro Federal se emplazaba muy cerca de allí, entre Marienhof y el Hofgarten. El Redentor había visitado el lugar ese mismo día más temprano y comprobado los espacios entre bambalinas, los pasillos, la zona de butacas y el anfiteatro. Era un teatro como cualquier otro, pero las personalidades que iban a reunirse en él hacían que aquel fuese un acontecimiento que necesitaba de la máxima seguridad. La sombra de Walden planeaba sobre ellos y la gente se había empezado a tomar muy en serio la amenaza desde que el grupo de disidentes había pasado de pequeños actos vandálicos a atentar contra líderes federales.

Bashevis y Batiste se encontraban sentados en los lados opuestos del escritorio del Comisario, en el despacho que este tenía asignado en el Volksgeist. Bashevis llevaba unos minutos explicando el protocolo a seguir al Redentor para que fuese consciente del plan de actuación en el caso de que alguna cosa ocurriese, pero en lugar de su usual determinación mostraba una actitud dispersa y continuamente debía pensar para conseguir volver al hilo de lo que estaba exponiendo.

—Está usted nervioso, Comisario —afirmó el Redentor con rotundidad.

—No, no, no es nada. No se preocupe. —Bashevis intentó seguir con su explicación.

—Sus pulsaciones están por encima de cien, tiene ojeras, el rostro pálido, muestra una evidente falta de concentración y su lenguaje corporal indica que está sometido a una gran cantidad de estrés —puntualizó Jacobo—. Eso es lo que quería decir cuando he afirmado que está usted nervioso. No es que me preocupe por usted, solo lo hago en la medida en que es el máximo responsable de la seguridad civil del evento de mañana, y me pregunto si está usted en condiciones de liderar esa operación.

—Mi trayectoria es intachable, Redentor —contestó Bashevis, con gesto contrariado—. He cumplido siempre con mi deber en todos los cargos que he ocupado más allá de toda duda. Sin embargo, sigo siendo un hombre y debo

recordarle que en menos de dos meses he tenido que organizar la seguridad de una Cumbre Mundial, lidiar con una escalada de terror que ha culminado con el asesinato de nuestro Gran Ministro y su consiguiente funeral de estado hace dos semanas. Desde entonces no hago más que interrogar a sospechosos día tras día y ahora además debo ocuparme del gran hallazgo de la Casa de la Conciliación. Discúlpeme si parezco exhausto.

—No he dicho exhausto, he dicho nervioso —se limitó a contestar el Redentor.

—Ahora mismo es usted quién me está poniendo nervioso.

—Solo los enemigos de la Casa deben temerme.

—Entonces no hay porqué alarmarse —dijo Oleg, intentando cerrar la conversación.

—¿Es usted creyente?

—Sabe tan bien como yo que la Fe en la Casa no es optativa.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Sí, lo soy —dijo con seguridad.

—¿Y lo era antes?

—No.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Lo mismo que a usted. Una inquebrantable convicción de que deben seguirse las normas establecidas.

La respuesta pareció convencer al Redentor, quien decidió cesar su improvisado interrogatorio.

—Le agradezco su sinceridad, Comisario —dijo mientras se levantaba—. Confío en que todo irá según lo planeado durante el día de mañana. Infórmeme de inmediato si hay algún cambio, e intente descansar. El Conciliador le necesita en su mejor versión.

Jacobo Batiste salió del despacho de Bashevis, dejando a este solo con sus pensamientos, que buscaban de manera incesante la solución al enigma que se le planteaba; cómo llevar a cabo lo que tenía que hacer sin que el Redentor truncase sus planes. La vida de su hijo estaba en juego. Odiaba la idea de que Walden ganase, de que le hubiese convertido en una marioneta a merced de sus deseos, pero nada de lo que él sentía podía compararse al amor de un padre que haría lo que fuese necesario para salvar a su hijo. Llevaba días pensando en ello y no había posibilidad alguna, de haberla ya la habría encontrado. No podía cumplir lo acordado y salir con vida de ese teatro, así que simplificaría su plan al máximo. Todo resulta más fácil cuando no se necesita plan de escape, cuando tu peor acción es también tu última acción sobre la Tierra. Oleg Bashevis sabía que moriría al día siguiente, y con ello tenía la esperanza de que su hijo no lo hiciese.

Mientras el Comisario trataba de aceptar su funesto destino el Redentor salía del Volksgeist por la puerta principal. Un coche le esperaba en la acera con el emblema de la Casa de la Conciliación en la puerta del acompañante. Subió al vehículo y este

emprendió el trayecto hasta las afueras de la ciudad, donde la Casa había preparado una de sus instalaciones para la comitiva de la Excepción durante su estancia en la capital. Jacobo Batiste no solía lidiar con deseos propios, pero había algo en su interior que le impulsaba a estar con el pequeño Seymour, y era justo lo que se proponía hacer en cuanto llegase a su destino. Tardó algo menos de veinte minutos en realizar el trayecto y al entrar en el complejo no encontró más que a los usuales Hermanos realizando sus quehaceres, los cuales le miraban con receloso miedo mientras recorría los pasillos. El Redentor tenía acceso total, por lo que simplemente caminó hasta la habitación en la que descansaba el niño y abrió la puerta haciendo un pequeño patrón con su dedo índice en el panel de reconocimiento dactilar junto a la entrada. El joven descansaba en su cama, despierto, pero silencioso y quieto, como era su costumbre. El Hermano Tom le acompañaba, se levantó en señal de saludo nada más ver al Redentor cruzar el umbral. La Hermana Braco aún no había vuelto de su viaje a Praga, lo que convenía a Jacobo, ya que no tenía intención de tenerla cerca.

—Déjenos solos, Hermano —dijo el Redentor. No acostumbraba a pedir nada.

—Por supuesto. Estaré en la sala común si me necesita, Redentor —dijo Tom antes de salir de la habitación.

Batiste sintió un soplo de alivio cuando se quedó a solas con Seymour. Encontraba en su compañía una paz que solo recordaba haber sentido entre los brazos de su madre o jugando con su hermano durante su infancia, en un pasado tan lejano que parecía un recuerdo prestado más que real. Tomó asiento en el sillón que el Hermano Tom había dejado libre un momento antes y sintió el cuero aún caliente y deformado por el cuerpo de este. Hurgó en el bolsillo interior de su clámide y sacó el pequeño libro que siempre le acompañaba. Seymour seguía en silencio, pero había girado su cabeza en dirección al Redentor. Su aspecto era más débil que de costumbre. El esfuerzo de los viajes, las drogas y las exhibiciones habían hecho mella en el niño. Había perdido peso y su voz, cuando rara vez hablaba, sonaba enferma y quebradiza.

—Estamos a punto de terminar este libro, ¿sabes, pequeño Seymour? Quizá nos queden tres o cuatro sesiones de lectura más antes de llegar al final. Espero que te esté gustando —dijo el Redentor. Su voz poseía una calidez propia de un padre—. Cuando estemos en Aberdeen tendremos que encontrar otra lectura para nosotros. Quizá una más apropiada para un niño de tu edad.

—Cuento... —susurró el niño con un débil hilo de voz.

—Este trozo de papel es lo único que conservo de mi infancia, lo único que me recuerda a una vida anterior a la que llevo, siguiendo los designios del Conciliador. —Jacobo acarició una de las páginas y sintió el tacto rugoso y desgastado del papel doblado mil veces—. He querido convencerme de que mi afecto hacia ti es consecuencia de que eres la obra más perfecta del Conciliador en este mundo en el que he visto tanto sufrimiento, tanta maldad... —El Redentor sintió un escalofrío que le recorrió la espalda hasta adentrarse en su nuca—. Pero lo cierto es que no te quiero

por eso. Te quiero por muchas razones y no sé explicar ninguna. Solo sé que quiero protegerte, a cualquier precio, sea cual sea la amenaza. Siempre me tendrás contigo.

—Jabobo —pronunció suavemente Seymour.

—Estoy aquí, pequeño —dijo Batiste. Se inclinó hacia el muchacho para acariciarle la cara, más pálida y ojerosa de lo normal debido al agotamiento—. Lo estás haciendo muy bien y ya casi ha acabado, ya casi ha acabado.

—Cuento —recordó el niño.

—Claro, no creas que se me había olvidado. —Jacobó buscó la página que había marcado durante la última sesión—. Veamos, ¿por dónde iba?

Mientras Seymour y el Redentor compartían la lectura, Roger Bean volvía al hotel donde se encontraba alojado junto a su mujer, en la zona este del centro de Munich. Se encontró en la recepción a unos cuantos miembros del equipo de Katrine Connor jugando a las cartas en una mesa baja, demasiado inmersos en su partida para reparar en que volvía sin su mujer. Roger tomó el ascensor hasta la cuarta planta y pasó la llave magnética por el lector de la habitación cuatrocientos once. Su mujer estaba allí, sentada al otro lado de la habitación, frente al panel del escritorio.

—Hola, Heather —dijo, intentando sonar cariñoso. No hubo respuesta—. Antes, cuando me fui, me olvidé de darte la llave de la habitación. Lo siento.

—Me han dado una copia en recepción —se limitó a contestar ella, sin apartar la vista del panel.

—¿Estás enfadada? —preguntó Roger, con algo de miedo.

—No.

Se dio cuenta de que no iba a conseguir mantener una conversación con ella, al menos no así. Se quitó la chaqueta ligera que llevaba y la dejó caer sobre la cama. Se acarició la parte trasera del cuello y sintió el sudor que la caminata le había provocado. Miró una vez más a su mujer, a la que no parecía importarle que se encontrase en la habitación con ella.

—¿Qué haces? —preguntó él, que ya sabía la respuesta.

—Estoy intentando averiguar cuando se conectó Benjamin por última vez.

—¿Y por qué haces eso?

—¡Ya te lo dije antes! —contestó Heather, irritada—. Hace dos días que no sé nada de él y estoy preocupada.

—No entiendo porqué en un momento como este tienes que preocuparte justamente por alguien a quién apenas conoces —dijo Roger.

—Claro que le conozco, y me ha ayudado más de lo que puedas imaginarte.

—¿Por qué has decidido que sea él quien te ayude, Heather? —Roger se levantó de la cama de un salto, enfadado—. Yo estoy aquí. ¡He estado aquí desde el primer maldito minuto y no me has dejado ayudarte! ¿Crees que todo esto no ha sido duro para mí?, ¿que yo no estoy sufriendo? ¿Sabes una cosa, Heather? Yo también estoy preocupado, preocupado por ti.



—No necesito que te preocupes por mí —contestó ella, con desdén.

—¡Pero lo hago, porque eres mi mujer! ¡Porque te quiero, joder! —El grito de Roger sonó por toda la habitación cortando el aire a su paso. Dejó helados a ambos, que parecían temer ser alcanzados por él si movían un solo músculo—. Por el Conciliador, Heather, te lo imploro, di algo. —Sentía como las lágrimas comenzaban a empaparle las mejillas.

—Lo que quieres oír no puedo decirlo, Roger —respondió ella. Le miró a la cara por primera vez en toda la conversación—. Ya no sería verdad.

—¿Te has enamorado de él? —preguntó Roger, temiendo la respuesta.

—No. —Heather también lloraba ahora—. Benjamin no tiene nada que ver con esto. Roger, eres el único hombre al que he querido en toda mi vida.

Heather se levantó de su asiento y se acercó a él. Le enjugó con cariño las lágrimas que brotaban de sus ojos con el dorso de su mano. A Roger se le erizó el vello al notar el dulce tacto de su mujer, y solo había necesitado perderla para volver a sentirlo.

—Hablas en pasado —dijo él. Intentó inútilmente recobrar la compostura.

—La vida nos ha puesto a prueba demasiadas veces, y no somos más que dos personas que lo han hecho lo mejor que han podido. —Heather cogió la mano de su marido y este reaccionó llevándola hasta su boca y besándola. Sintió el frío metal de la alianza en sus labios—. Estamos demasiado heridos para poder amarnos, yo al menos lo estoy.

—Yo nunca dejaré de quererte —aseguró Roger.

—Y eso demuestra que eres un hombre maravilloso. —Le dedicó una sonrisa llena de melancolía—. Llevo mucho tiempo sin ser una buena esposa. Te he dejado de lado una y otra vez, y tú siempre has seguido ahí para mí.

—Pero cuando vuelva Seymour...

—Seremos una familia, o aparentaremos serlo. No podemos dejar que la Casa ni nadie nos vea débiles o podrían intentar arrebatarémoslo otra vez. Seguiremos juntos a ojos del mundo, pero esto no ha ocurrido por lo que ha pasado con nuestro hijo, solo lo ha hecho estallar. Lo sabes tan bien como yo. Tenía que ocurrir.

La mano de su marido estrechó con fuerza la suya y ella percibió el dolor que se desprendía de aquel gesto.

—No sé si podré soportar perderte —reconoció Roger.

—Somos apátridas, consumidores y los padres de la Excepción. Perder es lo que llevamos haciendo toda la vida.

Y su abrazo hizo que el dolor fuese aún más intenso.

Pasaron las horas, el sol se rindió, cayó bajo el horizonte y las nubes cargadas de lluvia ocultaron la salida de la luna. Munich buscó refugio en la luz de las farolas y los techos de los portales. Jacobo Batiste se encontraba meditando en su habitación, contemplando desde las afueras el fastuoso brillo de la tormenta eléctrica sobre la capital federal mientras sus Omnilentes seguían funcionando sin descanso. Pensaba

en Seymour y en el día de mañana, en todos los asistentes de renombre que acudirían a la cita y, sobre todo, pensaba en Heather y Roger Bean y en lo que habían tenido que pasar para llegar hasta allí. Mañana se sentarían entre el público y serían testigos del don que el Conciliador había regalado a su hijo, y después volverían a abrazarle. Alguien llamó a la puerta y el Redentor permitió el paso con una potente palabra lanzada al aire. Esta se abrió y el Hermano Tom Clayton cruzó su umbral. Iba ataviado con una camisa verde oliva, unos pantalones negros de un material parecido a la pana y un par de zapatos del mismo color que relucían, asomando de los camales.

—Buenas noches, Redentor —saludó.

—Buenas noches, Hermano —contestó girándose hacia él—. ¿Por qué va vestido de ciudadano? ¿Dónde está su clámide?

—Voy a emprender un viaje —contestó Tom. Se le veía nervioso—, y creo que esta ropa es más apropiada.

—Es medianoche. ¿Dónde se dirige con tanta premura?

—¿Podemos sentarnos y charlar un rato? —pidió.

—Por supuesto.

Jacobo extendió la mano hacia uno de los sillones de su habitación, ofreciéndoselo al Hermano, que tomó asiento, y él hizo lo mismo en el que estaba enfrente. El Redentor guardó silencio a la espera de que Tom tomase la palabra, lo que le llevó casi un minuto. Se acariciaba su antebrazo izquierdo con la mano derecha. Los datos que ofrecían las Omnilentes confirmaban que estaba angustiado.

—Es usted un buen hombre, Redentor. He llegado a ese convencimiento —comenzó el Hermano Tom—. He visto como se comporta con el muchacho. Intenta ocultarlo cuando hay alguien más presente, pero es evidente que le ha tomado cariño.

—Solo intento servir a los deseos del Conciliador de la forma más perfecta en la que soy capaz —respondió impertérrito el Redentor.

—No importa, estaba seguro de que no lo reconocería, pero esa clase de sentimientos no se pueden ocultar. Son lo mejor que tenemos en este mundo, lo único puro que aún no hemos sabido corromper en él. —Su voz temblaba—. Mi querida Mary y nuestros hijos son lo único bueno que me ha pasado en la vida. No hay nada más que vaya a echar de menos salvo a ellos. No importa lo alto que llegues ni lo bajo que tengas que caer por los tuyos, la gente que amas y que te ama son lo único que importa. Un hombre se da cuenta de eso al final.

—No entiendo dónde quiere llegar, Hermano. —La voz del Redentor sonaba templada y segura en contraposición a la de Tom.

—Estoy buscando algo de usted, ya que yo no soy capaz de cogerlo por mí mismo.

El Redentor comprendió lo que el Hermano tenía planeado y se tensó en su asiento.

—Creo que será mejor que se vaya a descansar, Hermano —recomendó con severidad.

—Los seres humanos somos criaturas muy curiosas, ¿no cree, Redentor? —dijo Tom, eludiendo el consejo—. Curiosas y absurdas. Vamos donde nos place y tomamos lo que queremos, por la fuerza si es necesario. Fingimos que apreciamos la vida de todo ser vivo, pero en realidad solo es así si esta no se interpone en nuestro camino. Destruimos hábitats, extinguimos especies y lloramos y nos indignamos por ello, pero no paramos de hacerlo. Gozamos de la penitencia tanto como del pecado. Y entre nosotros es aún peor. Odiamos, envidiamos, calumniamos, asesinamos... Está en nuestro interior, no podemos luchar contra ello. No creo que haya existido una sola persona que no haya deseado en alguna ocasión aplastar la cabeza de otra con una piedra hasta arrebatarle el último aliento de vida, y la mayoría de veces este impulso solo lo ha causado una razón egoísta, trivial o fanática. Hemos creado un velo para tapar la cruda realidad; que no hay razón alguna en el universo para que nos sintamos especiales, ni para que existamos siquiera. Vivimos como si fuésemos eternos, pero lo cierto es que nuestras madres nos paren tan solo para morir. Pasamos los días sin pensar en ello, pero nada de lo que hagamos tiene sentido alguno, pues se perderá en el tiempo como las cenizas de nuestros huesos. Y no sólo nosotros, las civilizaciones que erigimos tienen nuestros mismos defectos y así correrán nuestra misma suerte, como ha pasado ya tantas veces. Persia, Macedonia, Grecia, Roma, España, Francia, Estados Unidos... Todas reinaron y todas cayeron. La decadencia es la forma que adoptó la muerte para ellas. Y la Federación también caerá, y la Casa, como lo hicieron las demás junto a sus dioses.

—Arrodílese, Hermano, y pida perdón al Conciliador por las palabras que acaba de pronunciar —ordenó el Redentor, poniéndose en pie.

—Hay una carta en la mesa de mi escritorio —dijo Tom mientras se erguía junto a Batiste. Intentó mostrarse tranquilo, pero le temblaba el pulso—, se la hará llegar a mi amada Mary, ¿verdad, Redentor? Hará eso por mí.

—Arrodílese y arrepíentase, ahora —dijo de nuevo, esta vez con más fuerza.

—He estado muerto de todas las formas que uno puede estarlo, Redentor. —Tom agarró del brazo a Jacobo—. Cuando fallé como la Primera Excepción, cuando vendí mi alma a cambio de mi vida obedeciendo todas las órdenes de la Hermana Braco, y cuando finalmente ella acabó conmigo apuñalándome en el cuello. ¿Y sabe qué? No encontré al Conciliador en ninguno de esos momentos. Él no vino a mí, y le aseguro que le busqué, le busqué desesperadamente. Estoy cansado de buscar a alguien que creo que no existe.

La mano del Redentor se movió con celeridad y el resplandor de un relámpago pareció brillar a través de su cuchillo antes de que se hundiese en el corazón del Hermano Tom.

—Te regalo la redención, Hermano, la única piedad que conozco, para que puedas pedirle perdón al Conciliador en persona por las palabras que has pronunciado en este mundo suyo. Encuentra en su seno la paz que te ha faltado en la vida.

El cuerpo muerto del Hermano Tom cayó de bruces al suelo. El Redentor se

agachó a su lado y le cerró los ojos con los dedos. Jacobo, marcado con la sangre de su última víctima, salió del complejo ante la atónita mirada de todo aquel con el que se cruzaba. La lluvia seguía cayendo afuera y dejó que esta le empapase para limpiar sus manos teñidas de escarlata y su rostro salpicado. Desde dentro, algunos Hermanos observaban su figura con miedo. Sus ojos en la oscuridad brillaban como los de un gato que acaba de cazar una presa.

La noche siguió mojando las calles de Munich hasta que la ciudad despertó encharcada y gris. La humedad ascendía de las aceras y hacía que el frío calase hasta los huesos a los viandantes. Desde las primeras horas del alba los Media se aglutinaron en las puertas del Teatro Federal, no querían perderse ni una sola de las llegadas de todas las personalidades que acudirían hasta allí para ser testigos del Don de la Excepción. Conforme las horas pasaron más y más gente se acercó, hasta que al mediodía una muchedumbre esperaba ansiosa el comienzo del evento. El gobierno había instalado paneles en los alrededores del teatro para que los congregados no se perdiesen detalle a través de ellos. Cuando una comitiva de coches blindados apareció por Maximilianstraße el público rugió de expectación mientras agentes de la FedPol se afanaban por mantener a la gente alejada de la calzada y permitir el paso. Los cristales tintados impedían que se viese nada dentro de los vehículos, pero aún así entre el griterío se escuchaban exclamaciones que aseguraban haber visto al niño. Seymour Bean se había convertido en una estrella de la Federación, pues generaba esperanza, y no hay cosa de la que el ser humano haya estado más sediento. La comitiva entró en el edificio y el estruendo cesó al momento, convirtiéndose en algo más parecido a un zumbido generado por los miles de comentarios que los espectadores se realizaban entre ellos.

Dentro del teatro, los ocupantes de los vehículos bajaron y comenzaron a organizarse para el espectáculo. Los Hermanos Tobías y Hauser se llevaron a Seymour a una sala que habían destinado para preparar al muchacho, donde le administrarían las drogas, le colocarían los audífonos y harían pruebas de respuesta para estar seguros de que todo saldría tal y como se esperaba a la hora de la verdad. Jacobo, que había viajado en el mismo coche que Seymour y Nicoletta, dejó ir a los Hermanos y decidió hacer una inspección por el teatro para asegurarse de que todo iba según lo previsto. Braco mostraba un mejor humor que de costumbre, pese a que sus palabras seguían sonando presuntuosas y altivas. Pidió al Redentor que le dejase acompañarle y este aceptó con un leve gesto de su cabeza. Recorrieron de esquina a esquina las instalaciones del teatro, que estaban fuertemente vigiladas por agentes de CONTROL cada pocos pasos. El Redentor se detenía de vez en cuando para comprobar una puerta o alguna esquina, y continuaba su patrulla sin pronunciar palabra. Mientras inspeccionaban el pasillo lateral izquierdo la Hermana Braco por fin rompió el silencio.

—Ha llegado a mis oídos que anoche redimió usted al Hermano Tom —dijo Nicoletta, con una sonrisa maligna en la boca.

—Así es —se limitó a decir Jacobo.

—¿Y por qué lo hizo?

—Por lo mismo que al resto de personas que he redimido, ofendió al Conciliador.

—Ya le advertí sobre él, Redentor. Era un hombre débil. A veces los débiles son útiles porque acatan nuestras órdenes sin rechistar pero, a la hora de la verdad, siempre te fallan. Por eso yo misma le redimí en primer lugar.

—Usted no tiene capacidad de redención, Hermana, usted le asesinó —dijo Jacobo, que se detuvo y miró fijamente a Braco.

—Por una buena causa, y usted estuvo apunto de acabar conmigo por ello. —Hizo un aspaviento con desaire con la mano que todavía le quedaba—. ¿Cree que nunca se equivoca, Redentor?

—Mis acciones son los deseos del Conciliador, y Él nunca está errado.

—Por eso yo estoy viva y el Hermano Tom muerto, aunque tenga que pasar la vida con un muñón por mano. Es el precio de mi devoción, así que lo pago con gusto —dijo mientras se rascaba la venda—. ¿Sabe que esta noche estará presente el Consejo de las Madres y los Padres al completo?

—No tengo noticias de ello.

—Pues se las estoy dando yo. Estarán aquí, y no por ese niño. Van a venir por mí —afirmó Nicoletta, disfrutando cada palabra.

—No logro ver el motivo de tal cosa —espetó el Redentor con desdén.

—La razón es que voy a ser una de ellos, una de los Diez. —Braco soltó una risita orgullosa—. Todos mis desvelos van a ser recompensados. ¿Qué opina de eso, Redentor?

—Los asuntos del Consejo y sus decisiones no son de mi incumbencia, pero si es cierto que va a convertirse en Madre le aconsejo que a partir de ahora escoja sus actos y palabras con la dignidad propia del cargo.

Jacobo y Nicoletta habían llegado por el pasillo hasta las bambalinas del escenario. Allí el número de agentes de CONTROL era aún mayor. Algunos operarios trabajaban en la zona y andaban de aquí para allá. Batiste vio al Comisario Bashevis en el escenario, mirando hacia el patio de butacas tan inmóvil como una figura de cera. El Redentor se acercó hasta él y Nicoletta le siguió como su propia sombra.

—¿Se encuentra bien, Comisario? —preguntó.

—Tiene usted una insana obsesión por mi bienestar, Redentor —respondió Bashevis, sin ocultar su desagrado—. Soy un hombre adulto y un profesional, no necesito que se preocupe por mí.

—Creo que le dejé bien claro cual es mi preocupación en la reunión de ayer.

—Y yo le aseguré que no tiene de qué preocuparse. Este teatro es mío ahora. Yo soy quién está al mando y da las órdenes. Ocúpese de sus asuntos y déjeme ocuparme de los míos.

—¿Está todo el operativo en orden? —preguntó Jacobo, haciendo caso omiso a

las palabras de Bashevis.

—En efecto. Los VIP empezarán a llegar en cualquier momento. Quedan dos horas para que comience el espectáculo. Así que a partir de ahora no podemos cometer ningún error. —Oleg observó el cuchillo y el arma que colgaban del cinturón del Redentor, que ajustaba su clámide a su cintura—. No está permitido que nadie, excepto los agentes de CONTROL, estén armados durante el evento. Haga el favor de entregarme sus armas, Redentor, se las devolveré cuando todo esto acabe.

—No son sus órdenes las que yo acato, Comisario. Mis armas se quedarán conmigo —afirmó Jacobo, con la mano sobre la empuñadura de su cuchillo militar.

—Imaginaba que diría eso. Entonces se quedará entre bambalinas. No quiero verle entre el público con eso colgando de su cintura.

—Siempre lo hago —replicó Batiste.

—Entonces no habrá problemas entre nosotros.

—Parece que empieza la fiesta —dijo Nicoletta.

Señaló a la entrada del patio de butacas, por la que en ese momento entraban Roger y Heather Bean, acompañados por un par de miembros de CONTROL que les conducían hacia el escenario por el pasillo central.

—Debería redimir a esos dos por el daño que le han hecho a la Casa, Redentor —afirmó Braco con veneno en sus palabras—. Tuve la ocasión de conocerles y no son más que un par de consumidores de la peor calaña.

—Deje de decirme lo que tengo que hacer, Hermana.

—Si me disculpan, tengo que atender este asunto. Como les he dicho, estoy muy ocupado —dijo el Comisario.

Bashevis bajó del escenario y fue al encuentro de la pareja. Llegó hasta ellos hacia la mitad del pasillo e hizo un gesto a sus hombres para que se detuviesen. Jacobo y Nicoletta seguían en el escenario. Roger Bean vio a la Hermana y le dedicó una mirada de odio que pareció agrandar a Braco. El Comisario colocó sus manos cruzadas tras su espalda, se irguió y se dirigió a los Bean con un tono formal e impersonal.

—Buenas tardes, señores. Soy el Comisario Oleg Bashevis, el responsable de la seguridad de este acontecimiento. Son ustedes Heather y Roger Bean, los padres biológicos de la Excepción, ¿no es así?

—Sí —contestó Roger.

—¿Por qué dice lo de biológicos? —interrogó Heather.

—Es una mera cuestión semántica. La Casa promulga que el verdadero padre de la Excepción es el Conciliador.

—Eso es una estupidez. Nosotros somos sus padres, no hay más —matizó Heather, un poco ofendida.

—Como usted quiera —dijo Bashevis, con poco interés en el tema—. Esas cuestiones quedan fuera de mi jurisdicción en cualquier caso. Mi cometido aquí es que todo prosiga su curso sin incidentes, y para ello he reservado personalmente un

par de asientos para ustedes. Si son tan amables de seguirme.

Bashevis hizo un gesto con la mano, señalando el final del patio de butacas. Antes de que Roger o Heather pudiesen quejarse emprendió el camino, no dejando más opción a estos que la de seguirle. Cuando llegó a la última fila, Oleg Bashevis se detuvo y señaló los dos asientos del lado izquierdo junto al pasillo.

—Ustedes se sentarán aquí —afirmó.

—¿Cómo vamos a sentarnos en la última fila? ¡Es nuestro hijo y llevamos meses sin verle! —Se enfureció Heather.

—Ese es el motivo principal. Soy consciente de sus aventuras en los Media y sé que bajo esa piel de cordero se esconden un par de lobos. No pienso permitir que pongan en peligro la seguridad durante el acto ni que monten ninguna de esas escenas que les gusta protagonizar. Por ese motivo se sentarán aquí, y estos dos agentes se quedarán en el pasillo, justo detrás de ustedes, por si aún así intentan alguna tontería. Lo que hagan después no es de mi incumbencia, pero mientras yo esté al mando las cosas se harán a mi manera.

—Le aseguro que no causaremos ningún problema, solo queremos estar con nuestro hijo —afirmó Roger, más tranquilo que su mujer.

—No es negociable, señor Bean. Si no les seduce la idea pueden esperar fuera del teatro —sentenció el Comisario.

—No, no. Nos sentaremos aquí —respondió Roger. Hizo un gesto a su mujer para que ocupase una de las butacas.

—No tiene derecho a tratarnos así. No sabe por lo que hemos pasado —dijo Heather, que aún estaba molesta—. Todo lo que hemos hecho ha sido por Seymour, somos sus padres y no nos han dejado otra opción.

El Comisario se acercó hasta donde se había sentado ella y le habló con un tono menos profesional y más sentido.

—Este es mi trabajo, señora Bean, no es nada personal. Tengo un hijo de la misma edad y créame, entiendo perfectamente que un padre haga lo que sea necesario por proteger a sus hijos. Les respeto a usted y a su marido por no haberse rendido hasta conseguirlo.

—Si nos respetase de verdad nos dejaría estar cerca de él.

—No puedo ayudarles. Voy a seguir con mi trabajo. Si necesitan algo, díganse a cualquiera de estos dos hombres y ellos se pondrán en contacto conmigo.

Bashevis hizo un gesto con la cabeza a sus agentes para que se quedasen junto a la pareja y se alejó por el pasillo con paso lento y solemne.

Mientras tanto, Jacobo Batiste y Nicoletta Braco se habían marchado del escenario y llegaron a la habitación donde los Hermanos Tobías y Hauser preparaban a Seymour. No era más que un camerino en el que habían instalado sus paneles y el resto de equipo que necesitaban para inducir a Seymour al estado que necesitaban, en el que cumpliera las órdenes de Braco durante el evento sin que se volviese inestable. Una de las paredes estaba completamente cubierta por un espejo iluminado por

bombillas que lo rodeaban cada pocos centímetros. En otra esquina descansaba, apoyada sobre un pilar, una mecedora de cuero negro desgastada, y junto a ella un par de baúles contenían ropa de atrezzo de alguna pieza teatral de época, quizá de alguna ópera. La luz en la estancia era amarillenta y le daba un tono lúgubre al color ocre que cubría las paredes, con manchas de maquillaje aquí y allá como cicatrices de guerra. El pequeño reposaba sobre una camilla portátil que los Hermanos habían colocado en el centro de la sala. Tenía el torso desnudo y unos cuantos dispositivos colocados sobre él. Tobías tecleaba con rapidez sobre su panel, mientras que Hauser comprobaba algunas lecturas en el suyo.

—Me preocupa la salud del sujeto —afirmó el Hermano Hauser—. Ha sufrido un claro deterioro desde el inicio de la gira. Su peso ha disminuido y su pulso es débil y arrítmico.

—Lo sé —contestó el Redentor—. No ha pasado desapercibido para mis Omnilentes.

—Puede que solo sea cosa del estrés y el cansancio acumulado —conjeturó el Hermano—, pero deberíamos hacer pruebas más exhaustivas cuando acabe la gira. El descanso le vendrá bien, aunque sería recomendable asegurarnos que no está sufriendo ninguna reacción al cóctel que le suministramos para estabilizarle.

—Vosotros preocupaos de que esta noche pueda cumplir su cometido o de lo contrario os las veréis conmigo —esputó Nicoletta—. No permitiré que nada fallé hoy. ¿Lo habéis entendido?

—Por supuesto, Hermana. Solo quería expresar mi preocupación —dijo Hauser, a modo de disculpa.

—Pues guárdate tus palabras para quién le importen. ¿Cuánto os queda para terminar, holgazanes?

—Voy a suministrarle el cóctel ahora mismo, Hermana —respondió Tobías—. Esperaremos unos minutos a que haga efecto y le colocaremos los audífonos. Después estará listo.

—Avisadme cuando así sea. Estaré un par de camerinos más allá. Voy a prepararme.

La Hermana Braco salió de la habitación con su habitual mal humor y dejó al Redentor con los dos Hermanos y el pequeño Seymour. Jacobo se acercó al niño, que contemplaba el techo con la mirada perdida. Se puso a su lado y tocó su manos con los dedos. La notó fría.

—Jacobito —balbuceó Seymour al sentir el tacto de este.

—Salgan de la habitación —ordenó el Redentor.

—Pero aún no hemos acabado —replicó Tobías, con miedo.

—Lo harán luego, salgan —repitió.

Los Hermanos acataron la orden y con premura desaparecieron tras la puerta. Jacobo Batiste se arrodilló junto a la camilla. Su cara estaba a escasos centímetros de la del muchacho, que parecía ser la única persona en la tierra a la que la mirada



dorada del Redentor no producía escalofríos. Estrechó la mano del joven entre las suyas y apoyó la cabeza en el fino colchón de espuma de la camilla. No lloraba desde que tenía la edad de Seymour. Cuando era pequeño lo hacía constantemente, ni más ni menos que cualquier otro niño. Lloraba por las noches, asustado, a la luz del fuego que consumió todo el litoral mediterráneo y su hogar durante la Revuelta. Durante un tiempo encontró consuelo en los brazos de su madre. Cuando ella y su hermano murieron simplemente lloraba hasta quedarse dormido en cualquiera de los escondrijos en los que se resguardaba en la noche de la Dehesa. Con el tiempo dejó de llorar, y no lo hizo ni durante todos los años que pasó sobreviviendo en soledad, ni cuando comenzó su instrucción para convertirse en Redentor, y muchos lo hacían allí. La mayoría lloraban, la mayoría se rendían, la mayoría no eran dignos de esgrimir la espada del Conciliador. Jacobo nunca lloró ni se rindió, y como recompensa la Casa le regaló los ojos que solo estaban destinados a aquellos que debían ver el mundo tal y como el Conciliador quería que fuese. Esos ojos nunca habían derramado lágrimas, pero ahora estaban llorando.

Solo veinte metros más lejos Nicoletta Braco cambiaba el vendaje de su herida después de darse una ducha. Estaba completamente desnuda y contemplaba su cuerpo en el espejo del pequeño cuarto de baño anexo a su camerino. Sonreía, pensando que a partir de mañana vestiría la clámide propia de una Madre, con la franja borgoña en el cuello. Ya tenía las de los puños y la de los hombros, pero era la del cuello la que ansiaba con toda su alma, a la que había dedicado su vida, por la que había gritado, sudado, sufrido, sangrado y asesinado. Estaba a punto de ser suya. Cogió la que todavía era su clámide y se la enfundó sintiendo como caía sobre las curvas de su cuerpo. Pensó que era la última vez que la utilizaba. Llenó un vaso de agua en el grifo de la pila y se aclaró la garganta con ella. Tragó un poco sin querer y su sabor le resultó extraño, con demasiado cloro. Cuando escupió el agua se quedó unos momentos mirándose en el espejo, completamente inmóvil. Sin nadie que le observase cayó en su tentación, realizó una teatral reverencia a sí misma y salió del baño.

Durante las siguientes dos horas la expectación a las puertas del teatro fue en aumento. El acontecimiento más esperado de la capital estaba a punto de comenzar y decenas de miles de personas ya ocupaban las calles colindantes con la mirada puesta en los grandes paneles que de un momento a otro se encenderían para mostrarles lo imposible, el Don que el Conciliador había entregado a su hijo para eliminar toda duda de su existencia en los corazones de cada ciudadano y consumidor de la Federación y el resto del Mundo Libre. De repente, una carta de ajuste apareció en todos ellos. Solo duró unos segundos, y tan pronto como vino dio paso a una imagen del escenario en penumbra. Un grito ahogado de entusiasmo serpenteó entre el gentío y, después, un silencio absoluto se instauró en la calle. Un foco blanco iluminó el centro del escenario y recortó una figura sobre él. Pasaron unos segundos hasta que el resto de la iluminación subió y la silueta se convirtió en la Hermana Braco. Llevaba

el pelo recogido en un moño en la parte trasera de su cabeza y sus ojos, perfilados, penetraban más allá de la lente de la cámara que le enfocaba. Se mostraba altiva, segura de sí misma, ahora más que nunca. Tenía la certeza de haber alcanzado su meta. El público del teatro y del mundo entero contenía la respiración esperando su siguiente movimiento. Les dejó anhelarlo unos segundos más.

—¡El Conciliador me ha traído ante vosotros y estoy aquí para mostraros su Gloria! —rugió Nicoletta.

El público estalló de júbilo entre aplausos y gritos, estaban totalmente entregados. El Redentor se encontraba entre bambalinas, en el borde izquierdo del escenario, pero ajeno a lo que estaba sucediendo en él. El Hermano Tobías permanecía a su lado con el pequeño Seymour de la mano. Jacobo no perdía de vista al niño, pálido y débil a pesar del maquillaje que le habían aplicado para mejorar su aspecto. La clámide que le habían colocado era prácticamente idéntica a la suya, solo el símbolo de la Casa en el pecho bordado en celeste resaltaba entre el tinte borgoña de la prenda. Batiste sentía una mirada clavada en su nuca, había aprendido a saber cuando estaba siendo observado durante su instrucción y en todos los años que había pasado en el frente renegado en Asia Menor. Giró su cabeza y descubrió a Oleg Bashevis al otro lado del escenario, justo al borde del telón que le impedía ser visto por el resto del público. Se mantenía inmóvil y no levantaba la vista de él. El Redentor le devolvió la mirada y Bashevis se la sostuvo hasta que uno de sus subordinados le susurró algo al oído. Sus Omnilentes analizaron al Comisario, el movimiento de su pecho al respirar y su expresión corporal y le dieron a Jacobo la inequívoca convicción de que, bajo su apariencia gélida, el hombre estaba a punto de sufrir un ataque cardiaco. Algo no estaba yendo bien y necesitaba descubrir qué era. Asomó su cabeza a través del telón y contempló al público. En primera fila se encontraban algunas de las más altas personalidades del Gobierno Federal y el Consejo de las Madres y los Padres al completo. Reconoció a algunas personas más; unos cuantos Rectores Nacionales, varios miembros del Pacto Africano y al presidente de G-Corp, Jacques Pascal. En los pasillos laterales, cada pocos metros, agentes de CONTROL se mantenían firmes y atentos. Todo parecía ir como en el resto de paradas de la gira, pero Jacobo sabía que algo era diferente.

—Queridos hijos de la Conciliación, llevamos demasiado viviendo tiempos difíciles. Tiempos de muerte, de guerra y de incertidumbre —continuaba Braco sobre el escenario—. El Conciliador, en su infinita gracia, se ha apiadado de nosotros y nos ha enviado su mayor regalo en la forma de un dulce niño. Alguien que rompe las leyes naturales para traernos la evidencia de que el Conciliador se preocupa por nosotros y vela por nuestras vidas. ¡Y nació aquí, en la Federación, para demostrarnos que seguimos el camino correcto al adorarle y que debemos ser sus abanderados contra esos apestosos asiáticos que han poblado de muerte y herejía el hermoso planeta que Él nos brindó! —El público respondió a Nicoletta con una gran ovación—. Gracias, queridos hijos de la Conciliación, pero sé que no es a mí a quién queréis

ver, ¿no es así? No voy a haceros esperar más. ¡Qué pase la Excepción! —exclamó con toda la fuerza que le permitieron sus pulmones.

El Hermano Tobías entró en el escenario con el pequeño Seymour dócilmente cogido de la mano. El gentío enloqueció, se puso en pie entre vítores y las paredes del teatro vibraron por la explosión de fervor que provenía de la muchedumbre agolpada en el exterior. Nunca en la historia contempló nadie una ovación como aquella. El alboroto duró varios minutos. Tobías ya se había retirado y tan solo dos figuras quedaban sobre las tablas. Nicoletta absorbía toda aquella energía desbordada con la firme convicción de que no habría sido posible sin ella, como un logro personal. Seymour permanecía a su lado, impertérrito, ajeno a lo que estaba sucediendo como consecuencia del cóctel de drogas que los Hermanos le habían suministrado. Si el techo del teatro se le hubiese venido encima apenas habría reparado en ello. Heather y Roger Bean miraban a su hijo con los ojos empapados en lágrimas. No les importaba en absoluto que toda aquella gente hubiese perdido la cabeza por él y por lo que creían que era capaz de demostrarles. Ellos solo querían correr hacia el escenario y estrecharle entre sus brazos, pero los dos agentes de CONTROL que les vigilaban justo detrás de ellos jamás se lo habrían permitido. Se percataron con un solo vistazo, como solo un padre puede hacerlo, de que se encontraba débil y exhausto. Por fin la Hermana Braco pareció saciar sus ansias de reconocimiento y realizó un gesto con su mano y su muñón para que los asistentes se calmasen y volviesen a guardar silencio. Casi lo había conseguido por completo cuando un grito se levantó entre lo que ahora solo era un murmullo.

—¡Sey, amor mío, te quiero mucho! —exclamó Heather desde la última fila del patio de butacas.

Sus palabras consiguieron silenciar al público mucho más rápido de lo que Braco había logrado unos instantes antes. Ahora todo el mundo miraba en dirección contraria al escenario. Heather se había convertido en su nuevo foco de atención. Bashevis asomó su cabeza y se encontró a los dos agentes encargados de los Bean buscando desesperadamente su mirada, como esperando una orden para pasar a la acción. El Comisario se apresuró a realizar un movimiento negativo con su cabeza. No quería convertir aquello en un circo. Aún no, la vida de su hijo dependía de ello.

—Por supuesto, por supuesto que le quieres —acertó a decir Nicoletta después de unos segundos de duda por la intervención de Heather—. Todos le queremos, porque él es el Hijo del Conciliador, ¿no es así, queridos hijos de la Conciliación? Repetidlo conmigo, ¡todos te queremos, Hijo del Conciliador! —El público volvía a ser suyo.

—¡Todos te queremos, Hijo del Conciliador! —gritaron al unísono.

Heather pasó inmediatamente a formar parte del pasado. El público volvía a mostrarse extasiado por el canto de sirena de la Hermana Braco. A nadie le importaba el dolor de una madre si la recompensa por ignorarlo era la prueba de la salvación. Oleg Bashevis pulsó el dispositivo que llevaba acoplado a su oído.

—Sacadlos de aquí sin montar un escándalo en cuanto veáis la oportunidad —

ordenó a los agentes que estaban tras los Bean.

Nicoletta seguía con su discurso en el escenario, explicando a los asistentes que estaban a punto de ser testigos de algo solo posible para el poder del Conciliador. Afirmaba que hoy verían sobre el escenario a personas que habían tenido la desgracia de sufrir todo tipo de dolencias y accidentes y que hoy serían sanadas por la Excepción allí mismo, en directo y delante de sus ojos. El Comisario, mientras tanto, hizo un gesto con la mano para que un par de oficiales que se encontraban también entre bambalinas se acercasen a él. Cuando estuvieron a su lado les susurró al oído.

—Señores, justo enfrente de nosotros, al otro lado del escenario, hay un hombre que porta un arma y un cuchillo colgados de su cinturón. Ha estado actuando de forma sospechosa y no quiero correr el mínimo riesgo durante este acto —afirmó Bashevis—. Quiero que vayan hasta allí y le requisen su arma y, si se niega, les autorizo a sacarle del recinto, por la fuerza si es necesario.

—Pero, Comisario... es un Redentor —balbuceó uno de los oficiales.

—Sé perfectamente quién es, estúpido —enfureció Bashevis—. Yo soy el máximo responsable de la seguridad. Acatarán mis órdenes, de lo contrario les juro que ambos saldrán de aquí con el antifaz.

—Muy bien, señor —aceptaron ambos, con la voz temblorosa.

Los agentes se dirigieron hacia el otro lado del escenario por detrás de este, tras el gran telón con el símbolo de la Casa de la Conciliación que se había colocado para la ocasión y que servía de fondo para el discurso de Nicoletta. Oleg Bashevis sentía que su corazón iba a salirse de su pecho. El Redentor no le quitaba sus brillantes ojos de encima y él solo necesitaba unos segundos, solo unos segundos para que la pesadilla terminase. Los oficiales llegaron hasta el otro extremo y se acercaron con cautela al Redentor. Bashevis podía verles desde su posición, sabía que no conseguirían distraer por mucho tiempo a Batiste, así que se preparó mentalmente para aprovechar su oportunidad en cuanto viese el momento, pues de lo contrario no volvería a tener otra posibilidad de actuar.

—No puedo llegar a expresarle cuanto lo lamento, Redentor —dijo uno de los agentes con el débil hilo de voz que consiguió sacar de su garganta—, pero debemos pedirle que nos entregue sus armas.

—Lárguense de aquí —les espetó sin siquiera girar su cabeza para mirarles. Sus ojos seguían clavados en Bashevis.

—Ojalá fuese tan sencillo... Redentor, tenemos órdenes. Si no nos entrega sus armas tendremos que pedirle que abandone el edificio —gimoteó el otro agente.

Jacobo no se molestó en ofrecerles una respuesta. El público aplaudió con fuerza de nuevo, los que iban a ser sanados estaban a punto de entrar en escena. Se encontraban tras el escenario en el mismo lado que el Redentor y los oficiales, observando con incredulidad la escena que estos protagonizaban. Uno de los agentes hizo un leve gesto con la mano en dirección a su pistolera.

—Si alguno de ustedes pone la mano sobre la empuñadura de su arma estarán

muertos antes de que puedan quitar el seguro. No me obliguen a redimirles —dijo Batiste.

—Redentor, puedo asegurarle que no somos una amenaza, nos gusta tan poco como a usted esta situación, pero debemos hacer nuestro trabajo... Por favor, ambos tenemos familia y somos honrados ciudadanos.

Mientras hablaba, el oficial siguió acercando su mano hacia la pistola que llevaba en el costado con la cautela de quién intenta desactivar una bomba. Su compañero ni siquiera había conseguido moverse desde que la conversación había empezado, sentía demasiado miedo como para poder controlar su cuerpo.

—No lo hagan —repitió el Redentor—. No habrá más advertencias.

—Por favor... Redentor... —El dedo corazón del hombre fue el primero en tocar la empuñadura de su arma—. Tenga piedad, se lo ruego —suplicó el agente.

—La Redención es la única piedad que conozco —sentenció Jacobo Batiste.

El movimiento del Redentor estuvo desprovisto de miedo, duda o cualquier otro sentimiento que se interpusiese en el arte de acabar con un ser humano tal y como le habían adiestrado. Tenía razón, ninguno de los dos agentes consiguió quitar el seguro antes de que él se girase hacia ellos y les arrancase la vida para entregársela al Conciliador.

Un disparo. Dos disparos. Tres disparos. Solo dos había necesitado Jacobo. El público gritó por un instante y luego quedó congelado. Nicoletta tenía salpicaduras de sangre en su clámide. La Hermana miraba horrorizada al hombre que con el que ahora compartía escenario.

—¡Tan solo es un hombre, puede morir como todos! —aulló Oleg Bashevis. Señaló a su víctima mientras apuntaba el arma contra su propia cabeza.

Seymour había caído a los pies de Nicoletta, un agujero de bala le atravesaba el pecho. La sangre que manaba de él se confundía con las arrugas de su clámide borgoña. Los dedos de la mano que Braco aún conservaba habrían bastado para contar los segundos en los que sucedió. Una sombra corría hacia el escenario por el pasillo central del patio de butacas. Se le oía gritar una y otra vez el nombre de su hijo. Otro disparo. Llegó desde las bambalinas. Bashevis cayó al suelo. De su cuello brotaba sangre escarlata mientras su boca, inundada de ella, gorgoteaba en una desesperada búsqueda por conseguir aire.

—¡Solo era un niño!

Jacobo Batiste entró en escena esgrimiendo el arma con la que acababa de derribar al Comisario. Se acercó hasta él con grandes y furiosas zancadas. Apenas veía nada a través de sus ojos de oro. Las lágrimas lo habían vuelto todo borroso.

—¡No era más que un niño y tú le has matado! ¡Y yo le amaba!

Su voz rebotó, potente, en cada pared del teatro. Descargó el resto de munición de su arma sobre el pecho de Oleg Bashevis. El cuerpo del Comisario se contrajo de dolor en los dos o tres primeros impactos, el resto de ellos no hicieron más que sacudir lo que ya era un cadáver. Heather, ajena a los disparos, había llegado a los

escalones que conducían al escenario. Los subió precipitadamente y cayó de bruces sobre las tablas al tropezar con el último de ellos. Ahora se arrastraba hacia su hijo. El Redentor, aún en su frenesí, alcanzó a oír un leve quejido a sus espaldas. El último aliento de vida de Seymour Bean peleaba por mantenerse dentro de su cuerpo. Por la expresión de su rostro parecía no entender nada y, sin embargo, el brillo desesperado de sus ojos dejaba patente para todos los que se atrevían a mirarlos que entendía muy bien lo que estaba a punto de ocurrirle. La Hermana seguía petrificada a su lado. Seymour Bean estiró el brazo, solo él supo si en busca de ayuda o de venganza, y agarró con su pequeña manita el tobillo de la mujer que le había causado tanto daño. Un dolor indescriptible se apoderó de Nicoletta Braco, haciendo capitular hasta la última fibra de su ser. Ni siquiera tuvo tiempo de entender lo que estaba ocurriendo. Su cuerpo cayó a plomo sobre las maderas del escenario y el sonido que produjo pareció emular, irónico, al de las campanas que redoblan por los muertos. Los agentes de CONTROL del patio de butacas reaccionaron por fin y abrieron las puertas de emergencia del teatro. Como si ese gesto hubiese sacado a todo el público de una profunda hipnosis, los espectadores comenzaron a gritar de nuevo y se lanzaron en avalancha para abandonar el edificio.

Sobre el escenario quedaron tres cadáveres, una víctima y dos verdugos que habían acabado compartiendo destino. Una madre rota que se arrastraba luchando por llegar hasta el sentido de su vida y un hombre que había perdido el suyo, con las suelas de las botas manchadas de sangre y una pistola en la mano. Un hombre sin Dios.

## Epílogo

Las hojas caducas de los árboles se amontonaban sobre el suelo de Seaton Park formando una alfombra parduzca de humedad y muerte para los pies de Roger y Heather Bean. El día apenas había nacido y aún se mostraba frío y gris en la mañana del primer domingo de diciembre. La mayoría de los habitantes de Little America dormían en sus pequeñas casas residenciales y el parque estaba desierto, justo lo que los Bean habían imaginado. La soledad era el único aliado que buscaban para llevar a cabo la tarea más difícil de sus vidas, despedirse de su hijo. Caminaban juntos a través del sendero que partía desde las proximidades de su casa hasta el claro donde solían llevar a Seymour a jugar varias veces por semana. Roger conocía cada piedra, cada árbol, cada adoquín desgastado. Heather solo miraba la pequeña urna de aluminio pulido que llevaba entre sus manos. El material estaba tan helado que le cortaba la circulación de los dedos, pero ella apenas ya podía sentir nada.

Habían pasado algo más de dos semanas desde la noche en el Teatro Federal de Munich, aunque para los Bean el tiempo se había deformado desde que el Comisario Oleg Bashevis atentase contra la vida de Seymour. Los días y las noches se sucedían sin sentido alguno para ellos. Durante los primeros días los paneles no pararon de escupir información tras información sobre lo ocurrido. Roger no quiso prestar atención a nada e intentó que su mujer hiciese lo mismo, pero ella se quedó pegada al panel en un maratón interminable de imágenes y comentarios que no hacían más que agravar su dolor. No podía evitarlo, tenía la necesidad de entender porqué. Los Media decían que Oleg Bashevis había actuado sin ayuda. «Un lobo solitario», le llamaban una y otra vez. La investigación del gobierno en relación al asesinato de la Excepción fue tan rápida como contundente. Un enjambre de miembros de CONTROL y de la FedPol aparecieron en la casa del Comisario apenas una hora después de su muerte a manos del Redentor. No les costó mucho seguir el rastro que les llevó hasta la trampilla que bajaba al búnker. Allí descubrieron los cadáveres en descomposición de Zlata Bashevis, la criada y un guardia. Tardaron cinco días en poder taladrar el hormigón armado y las placas de acero de una de las paredes para poder acceder al búnker. Cuando por fin estuvieron dentro solo encontraron al pequeño Slavko Bashevis con un disparo en la cabeza. Por el estado de su cuerpo, los forenses determinaron que había muerto el mismo día que el resto de víctimas. La Federación consiguió al culpable ideal, uno que no podía defenderse, y en su informe oficial acusó a Bashevis de ser el único responsable del atentado. El gobierno también culpó al Comisario de asesinar a su familia y a sus empleados. La maquinaria de los Media se puso a trabajar incansablemente. «Psicópata», «loco» o «calculador» eran los términos con los que usualmente le describían. Se sacaron un par de psicólogos de la manga que analizaron en directo los videos de algunas de sus apariciones públicas y aseguraron que su lenguaje corporal destilaba frialdad y falta de compasión. Sin embargo, e irónicamente, todos estaban de acuerdo en la misma doctrina; un hombre

así, que opera solo, es indetectable hasta que actúa, nada se podía haber hecho. El trabajo estaba acabado, el gobierno quedaba libre de culpa y la sociedad tenía su hombre de paja al que quemar en la hoguera para aliviar tensiones. El nombre de Oleg Bashevis había quedado escrito con sangre en las páginas de la Historia, pero Heather Bean seguía sin tener su respuesta. Cuando los Media no estaban hablando del Comisario lo hacían de su hijo. Seymour Bean se había convertido en una inmediata leyenda tras su muerte. Todas las Casas de la Conciliación en la Federación se habían transformado en altares improvisados donde se amontonaban flores, velas, peluches y notas de afecto para el pequeño niño que había conseguido henchir de esperanza el pecho de cada hijo de la Conciliación. Se le rendían homenajes en todas las ciudades, la gente lloraba su pérdida y clamaba al cielo por su regreso, pero era algo que no iba a suceder. Tres días después de su muerte, la Casa organizó un funeral como nunca se había visto, con un gran despliegue por toda Praga que culminó en el Acto de Conciliación de Seymour Bean en la Gran Casa de la Conciliación en el recinto del Castillo. Se nombró a la Excepción Padre de la Conciliación póstumo, y se rogó porque su sabiduría acompañase al Consejo de las Madres y los Padres desde aquel día y para toda la eternidad. La figura de Seymour seguía siendo valiosa, y la Casa pretendía seguir recogiendo los huevos mientras la gallina siguiese poniéndolos. Dos semanas después, cuando todo ese teatro comenzó a apaciguarse y bajo orden expresa del Redentor Jacobo Batiste, la Casa entregó en absoluto secreto los restos del pequeño a sus padres, que tuvieron que pactar que jamás harían público dicho suceso. Ahora los Bean por fin habían recuperado a su hijo, aunque solo fuese un puñado de cenizas dentro de una urna.

Llegaron al claro y comprobaron los alrededores para asegurarse de que no había nadie. No detectaron ni un alma, así que se colocaron en el centro y se prepararon para la despedida.

—Creo que es lo que a Sey le hubiese gustado —dijo Roger con la voz compungida—. Le encantaba venir aquí con nosotros, y estará cerca de casa.

—Te quiero mucho, mi pequeño —solo alcanzó a decir Heather. Acarició las frías paredes de la urna como si fuesen la cara de su hijo—. Lo intentamos, Sey, te juro que lo intentamos —le dijo.

—Heather, tenemos que darnos prisa, no quiero que aparezca nadie —afirmó Roger, con toda la sensibilidad de la que fue capaz—. Si no te ves con fuerzas puedo hacerlo yo.

—No, quiero que lo hagamos juntos, Roger, somos sus padres. Tenemos que hacerlo los dos —respondió ella.

Siguiendo los deseos de su mujer, Roger puso una de sus manos sobre el lateral de la urna y con la otra quitó la tapa y la dejó caer al suelo. La pareja se miró y cada uno pudo contemplar la devastación que les ahogaba dentro de los ojos del otro. Heather apretó contra su pecho el recipiente como último gesto de cariño hacia su pequeño, emitió un suspiro entrecortado y reunió fuerzas para dejarle ir.



Con un gesto lento y lúgubre, los Bean esparcieron al aire las cenizas de su hijo. El viento hizo que formasen una cabriola sobre sus cabezas y la mayoría se perdieron entre la nada. Una pequeña parte cayó al suelo. Heather Bean se arrodilló junto a ellas, besó la punta de sus dedos y las pasó por donde habían ido a parar los restos de Seymour. Ahora ya no le quedaba nada de él. Se incorporó de nuevo y recibió el cálido abrazo de su marido, que no le consoló en absoluto. Sin mediar palabra deshicieron sus pasos hacia el sendero que les llevaría de vuelta hasta su casa. Al otro lado del claro, una sombra entre los árboles había pasado desapercibida para los Bean. La sombra de un hombre que lo había visto todo, de alguien que no podía olvidar. Jacobo Batiste había formado silenciosa y oculta parte de la última despedida de Seymour Bean.

Mientras la pareja cruzaba la calle que les devolvía a su hogar, Heather Bean hizo una rápida operación con su SmartPad. Cuando llegaron hasta la puerta amarilla que guardaba su casa el dispositivo ya había vuelto al bolsillo de Heather, pero el gesto no había pasado desapercibido para su marido. El hombre abrió la puerta y observó con tristeza las tres maletas que aguardaban a la entrada.

—Tenía la esperanza de que cambiarías de idea —afirmó.

—Ya no hay ninguna razón para seguir con esto —contestó Heather—. Es lo mejor para los dos.

—¿Estarás bien?

—No, pero aquí sería aún peor. No me siento capaz de vivir en esta casa, entre todos estos recuerdos. —Heather miró un retrato de su hijo, que colgaba de la pared como una amarga reminiscencia de una vida que ya no era posible.

—Al menos déjame que te acompañe hasta el aeropuerto —le pidió él.

—No alarguemos esto más de lo necesario, Roger. Creo que hoy ya hemos sufrido bastante. He llamado a un coche, no tardará en llegar, y Diane me estará esperando en Belfast cuando el avión aterrice.

Heather cogió dos de las maletas que tenía preparadas y las sacó al porche. Su marido hizo lo mismo con la que aún quedaba dentro de la casa. Justo cuando la estaba depositando junto a las otras un taxi apareció frente a su casa. El nombre de Heather resplandecía en el panel de su puerta.

—Ya ha llegado mi taxi —afirmó ella.

—Déjame que te ayude a meter el equipaje en el maletero.

La pareja cargó los bultos de nuevo y se acercaron hasta la parte trasera del vehículo, que se abrió automáticamente cuando detectó que estaban a su lado. Roger cargó las maletas en el interior y el compartimento se selló.

—Cuídate mucho, Heather, por favor —suplicó Roger, intentando contener las lágrimas.

—Lo haré, y tú también. —Heather abrazó a su marido—. Quiero que seas feliz, Roy. Nuestro hijo habría querido que lo intentásemos pero, sobre todo, inténtalo por ti —le susurró al oído.

—Si no se lo hubiese contado a Paul aquella tarde...

Tenía la voz entrecortada por el llanto. Sintió el calor de los labios de su mujer en su mejilla y estos se empaparon con las lágrimas que por allí se desbordaban. Dejaron en Heather el sabor a melancolía que los amores muertos emanan cuando se convierten tan solo en cariño.

—Eres un buen hombre. No te culpes por eso, yo nunca debí hacerlo —le dijo ella con compasión. Heather separó su cuerpo del de su marido y abrió la puerta del coche, que aguardaba instrucciones para partir—. Bueno, es la hora —alcanzó a decir, con un nudo en la garganta—. Hasta la vista, Roger.

Él no consiguió pronunciar palabra, un simple gesto con la cabeza fue todo lo que pudo hacer ante la cruda realidad de despedirse en el mismo día de las dos personas que formaban todo su universo. Heather subió al taxi, Roger dio un par de pasos atrás y contempló impotente como el vehículo se ponía en marcha y se alejaba calle arriba. Dentro del coche Heather ya había indicado su destino, el aeropuerto de Aberdeen. Ahora miraba por la ventanilla del lado izquierdo como las pocas hojas que quedaban en los árboles de la linde de Seaton Park eran mecidas por el viento. El coche estaba a punto de dejar atrás el parque y toda la realidad que ella había conocido. Levantó la mirada por encima de esos árboles y descubrió al sol surgiendo de entre ellos. El día despertaba lentamente y con él lo hacía también la vida. Una pequeña bandada de pajarillos jugueteaban sobre las ramas ajenos a todo mal, a todo peligro. Heather Bean deseó que su hijo ahora formase parte de aquello, de la tranquilidad y la armonía que siempre le había transmitido ese lugar. Le dibujó en su mente como una de esas pequeñas aves, migrando por primera vez hacia lugares más amables y cálidos, sin preocupaciones, sin dolor, tan insignificante, y a la vez tan libre, como una diminuta mota de polvo en el cielo.